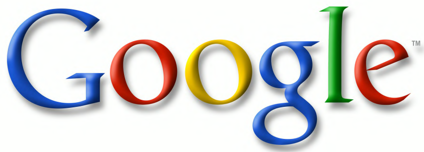
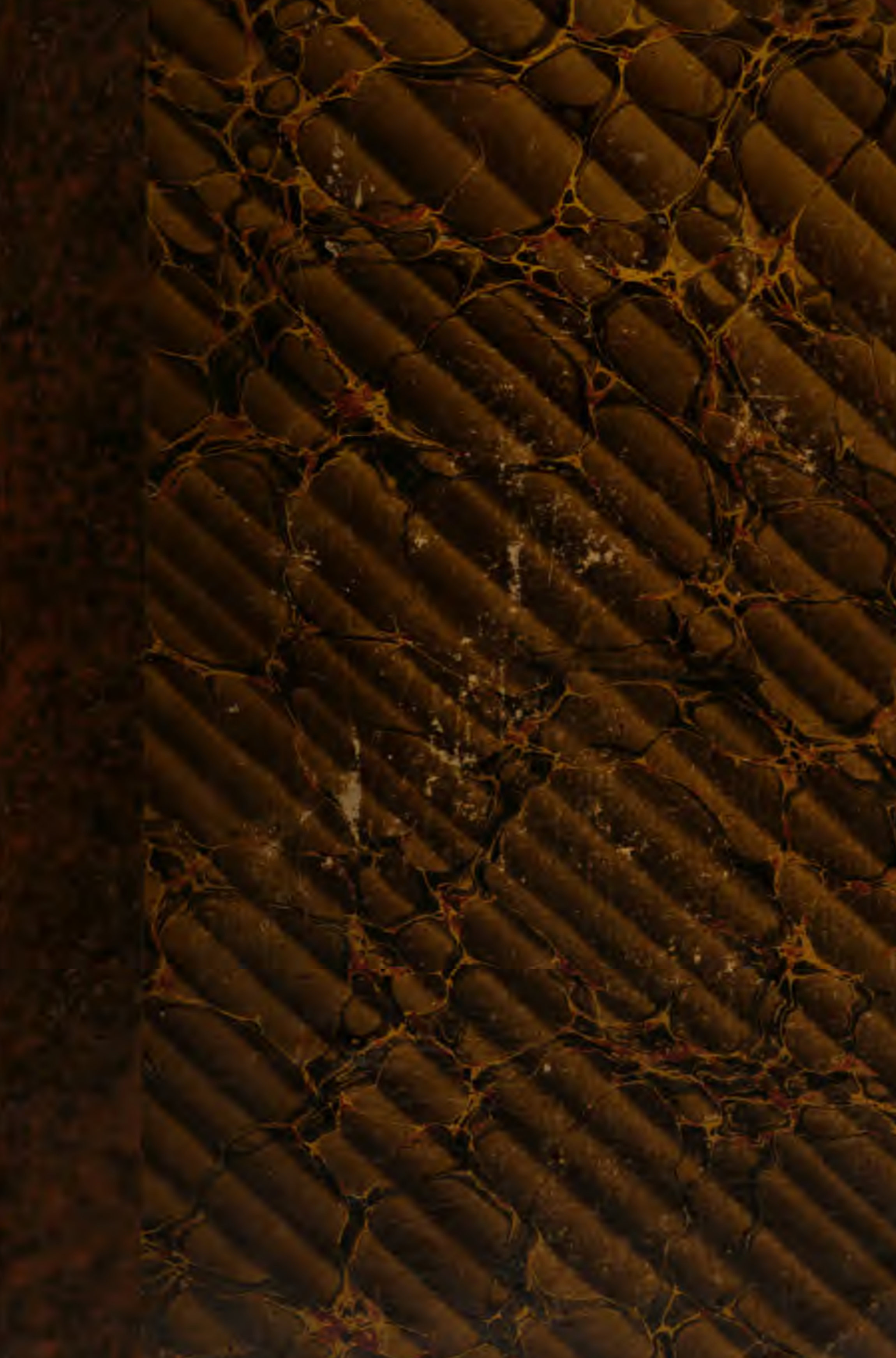
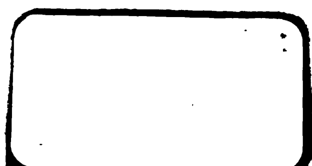





TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA



LAS PLAGAS

DE

UN PUEBLO,

NOVELA HISTÓRICA

POR DON FLORENCIO LUIS PARREÑO.

TOMO II.



MADRID:
OFICINA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO.
1867.

CAPITULO PRIMERO.

El padre y la hija.—Lamentos de una mujer enamorada.—Leon.—La fuga.—Los soldados, Jacinto y sus compañeros.—El nido de pájaros.—¡A la mar!

Dijimos que Leto habia tomado maquinalmente la carta, cinto y oro suelto que llevaba Melenik en los bolsillos, y que escuchó las frases dirigidas por el georgiano con sorpresa y desconfianza. Así es que quiso detenerlo y hasta dispararle el mosquete; pero Oton desapareció de su vista como ráfaga eléctrica, perdiéndose entre los árboles y breñas que seguian á aquellos.

El guarda vaciló un momento; mas le habia pedido auxilio su hija, y en la ignorancia en que estaba de lo que le acontecia, corrió hácia su cabaña, preparada el arma y sin soltar los objetos que le dió Melenik.

María estaba apoyada al quicio de su puerta para no caer al suelo; le faltaban las fuerzas; lloraba desconsoladamente, y su rostro, encendido y húmedo, demostraba la angustia y hasta el amargo dolor que sentia en aquellos instantes.

—Hija,—le preguntó Leto con interés,—¿quién te ha ofendido? ¿Adónde está? ¡Habla!

María se limpió las lágrimas con el delantal y, apoyándose en el hombro de su padre, le interrogó á su vez:

—¿Hallásteis á un extranjero?

—Sí.

—¿Qué os dijo?

—Me dió este oro, cinto y carta.

—Pero ¿qué os dijo?

—Que partiéramos al instante de aquí; que el marqués era un malvado; que un preso habia huido, y no sé qué otras cosas...

—¿Nada más?

—Eso sólo recuerdo.

—¿Nada expresó su labio sobre mí? ¿No añadió que me amaba, que nos buscaria más adelante, que me haria dichosa?

—No. Pero si te ha faltado, si te ofendió, pagará con su vida. Espera.

—¿Dónde vais, padre mio?

—¡A matarlo!

—¡A matarlo! ¿Pues no me veis que lloro por él, porque le amo con toda mi alma?

—Entónces lo traeré aquí, obligándole...

—¡No, padre mio! El es conde y nosotros míseros pecheros!

—Eso me dijo; pero su traje...

—No os engañó, ni á mí tampoco. Ese hombre no miente jamás; es valiente como pocos, noble como el caballero, generoso como la Providencia, hidalgo como no conocí á otro, y el mal está únicamente en que yo le amo, señor, y en que nos divide un mundo.

—¿Te dijo él que te amaba?

—No.

—¿Que se casaria contigo?

—Tampoco.

—¿Dónde le conociste, María?

—¡Ay! en nuestra humilde cabaña!

—¡Habla, por Dios, que tienes mi alma en tormento horrible!

—Era de noche; la puerta se hallaba entornada; oí un golpe y pude distinguir á Oton que rodó por el suelo, fatigado, hambriento, débil, cási exánime. Retrocedí asustada; fuí á tocar el caracol, mas reclamaba mi auxilio, y su acento dulce y tierno conmovió mi corazon. Me contuve, le miré, comprendiendo que aquel rostro pálido, demacrado, pero hermoso como el de un ángel, no podia hacerme daño. Me pidió agua, y se la dí mezclada con vino; luégo alimento, y le ofrecí nuestras pobres viandas; despues cama y descanso, y no pude negarle una zalea, almohadas y dos varas de terreno. En sus demandas imploraba mi caridad con voz, padre mio, que embargaba el alma, y tan bueno le juzgué, tan desgraciado, que le ofrecí hasta vuestra cama, que él aceptó. Me quiso dar oro; que rehusé; díjome entónces que contase con su gratitud y cariño, y aquellas frases enloquecieron mi mente. Me miró, prendiendo el fuego de sus ojos en mi pecho un volcan irresistible. Pidióme luégo que salvara á su hermano, preso y encerrado en la torre villanamente por vuestro señor el malvado Altacima, y le obedecí.

—¿Tú? ¡No puede ser!

—Mirad á los dos sobre aquellas rocas. Están abrazados. ¡Cuánto se aman!

—No distingo nada.

—Lo creo. Pues tened entendido que yo salvé á su hermano el capitan Magno, llamado el *Dragon*, que ahora huye de aquí y que pronto acabará con el marqués y con cuantos le obedecen.

—Pero tú, sin salir de esta cabaña, ¿cómo has podido hacer ese milagro?

—Padre, Jacinto se enamoró de mí; una noche quiso perderme, pero me libró *Leon*, y hallándolo yo apasionado, frenético, como un loco, en fin, le ofrecí honra y vida si salvaba á Magno. ¿Comprendeis el resto?

—Sí. ¿Qué le has dado, María?

—Sólo una esperanza que se convertirá en ilusion.

—¡Le has engañado!

—Poco es para el hombre que puso un bozal á mi perro y, como tigre sediento de su presa, se abalanzó á mí.

—¿Qué sucedió después?

—Nada, señor, no os alarmeis. Oton arrancó el bozal á mi perro, y éste separó á tiempo á Jacinto, cogiéndole por la garganta.

—¡Loado sea Dios! María, ¿por qué admitiste á Oton en mi cabaña?

—Padre, porque anduvo más de setenta leguas á pié y cayó exánime.

—¿Qué te importaba á tí?

—Un venerable sacerdote, que fué hermano vuestro, me dijo muchas veces que Dios aconsejaba é imponia la caridad á todos sus hijos.

—Fuiste demasiado buena con él.

—Cuando sepais el oro que os ha dado y lo que vale la carta que oprimen vuestros dedos, entónces comprendereis que nada hice para lo que ya le debemos.

—¡Qué talento tienes, María!

—¡Qué desgraciada soy, padre mio!

—¿Por qué le has amado si no podia corresponderte?

—¡Por qué le amo! ¡Cien veces y cien más se lo he preguntado á mi corazon; late con violencia, y calla, y nada más me dice!

—¡Puesto que se hallan entre aquellas breñas, yo partiré, hija mia, y cayendo á sus plantas le pediré con lágrimas en los ojos que te haga feliz!

—¡No quiere el cielo, padre mio! ¡Ved; una compañía de soldados se ha interpuesto entre ellos y nosotros!

—Es verdad. ¿Quiénes son, hija?

—No lo sé; pero oí muchas veces exclamar á Oton: «¡Ay del marqués y de cuantos le obedecen el dia que mi hermano se halle en libertad!» ¡Padre, vos sois guarda de Altacima, sin saberlo defendísteis los criminales hechos de ese malvado! ¡Huyamos, señor, huyamos, que estais perdido!

—¿Adónde, María?

—A Madrid.

—¿Estás loca?

—En ese cinto teneis dos mil ducados; con esa cárta os entregarán cinco mil: leedla, señor, y abreviad, que os van á prender.

Leto la obedeció, exclamando:

—¡El embajador de Venecia! ¡Oton nos regala una fortuna, ofreciéndonos además la proteccion de un poderoso, ínterin él regresa!

—¿Qué decís ahora, padre mio?

—¡Que es muy generoso!

—¡Ojalá que no le hubiera conocido!

—Añade luégo que al volver velará por tí; encarga que te eduquen é instruyan. ¡Hija, no dudes de Dios, y ten confianza en un caballero tan hidalgo!

—¡Padre, es conde, y yo la hija de un mísero guarda!

—Ya eres rica.

—¡Los grandes, señor, pagan de ese modo los beneficios que reciben de los pobres!

—¡Quién sabe! ¡Partamos, María! Si me prenden, quedarás abandonada y á merced de esa soldadesca. ¿Ves? ¡Han sitiado la torre!

—Sí, huyamos, señor, de un paraje donde se alberga el crímen.

—Cierra esa puerta y salgamos por la del corral. ¡*Leon*, en marcha! ¿Qué haces, hija mia?

—Mirando al extranjero.

—¿Otra vez lloras?

—¡Le voy á perder para siempre!

—¡Partamos, hija!

—¡Se niega mi corazon!

—¿Por qué?

—¡Porque lo tiene Oton y no me lo quiere dar!

—Entónces me siento, y que el cielo disponga de nosotros.

—¡No; sois mi padre; perdido él, sólo vos me quedais! ¡Huyamos! Ya es tiempo. ¡Dos soldados se dirigen á esta cabaña!

—Cierra bien. Ahora por la puerta del corral. Dame la mano. ¡Delante, *Leon!* ¡Corre, hija, por las llagas de Nuestro Señor!

—Si no puedo, padre.

—¡Me van á prender y acaso á matar, María!

—Haré un esfuerzo. ¡Volemos!

—Eso es. Por entre los árboles burlaremos la persecucion de los soldados.

—Nos han visto salir y vienen hácia nosotros. ¡*Leon*, á ellos! ¡Padre mio, corred más, que os puedo seguir!

Cogida María á la mano de Leto, caminaba en estos instantes como una exhalacion.

El perro obedeció á su ama.

Se oyeron después vários ladridos, la carrera de un caballo, y luégo quedó todo en silencio.

Leto y María continuaban corriendo.

El terreno era agreste, poblado de árboles; el guarda lo conocia perfectamente, y pronto pudo ganar, sin soltar á su hija de la mano, una colina cuajada de olivos y algarrobos, donde era imposible que penetrara la caballería. Allí se detuvo Leto, diciendo á su hija:

—Descansa, María, que aquí no llegarán los soldados.

—No puedo más; la fatiga me ahogaba.

Y se sentó en el suelo, añadiendo:

—¿Y *Leon?*

—No le veo; pero es indudable que detuvo á nuestros perseguidores.

—¿Lo habrán muerto?

—No lo sé.

—¡Sólo esa desgracia me faltaba!

—Aquí viene. ¡Cómo corre! ¡Mírale!

—Trae sangre en el hocico y garras; *Leon* ¿te han herido?

Exclamó María; Leto le contestó:

—No; fué él quien derribó á los soldados, cebándose en ellos con su natural fiereza. Veo desde aquí los caballos que montaban, corriendo sin direccion ni jinetes.

—¿Se distingue la torre, padre mio?

—Sí.

—¿Y el mar?

—Tambien. Nos hallamos sobre una altura.

—¿Y las breñas donde estaban Oton y su hermano?

—Creo que son aquellas.

—¿Los veis?

—No.

—Yo los buscaré con la mirada.

Y se puso en pié, corrió á lo más alto de la colina, gritando:

—¡Huyeron, padre! ¡Ya no volveré á escuchar su voz dulce y varonil, ni á contemplar el fuego de su mirada abrasadora! ¡Me equivoqué; van en un bote; las olas los cubren ahora! ¡Detente, mar; cesa en tus bramidos; esconde tu furor, y permite á esos hombres que corran hácia Cartagena sobre tu blanda superficie! ¡No me obedeces; continúas! ¡Ay de Oton y de Magno si Dios no los ampara! ¡Van á perecer! Pero no; recuerdo haber oido decir al conde que su hermano era el primer marino del mundo. ¿Y qué vale el talento del hombre, toda su habilidad y destreza, ni qué suponen cuatro tablas para el poder de ese elemento? ¡Padre, van á morir en medio de los mares!

—Hija, *Leon* ha herido ó acaso ha muerto á esos dos soldados. Pronto los buscarán sus compañeros, y si nos cogen nos matarán á ámbos.

—Eso nunca; no quiero que perezcais; partamos. Pero ¿y Oton? ¿Le hemos de dejar que se ahogue?

—¿Quién podria llegar al sitio donde dices que están?

—¿Vos no los veis?

—No.

—¡Sois ciego!

—Es que yo sólo estoy enamorado de tí, hija mia, y te tengo á mi lado.

—¿No podriamos salvarlos?

—¡Imposible!

—¡Pues muramos con ellos!

—¿Eso me ofreces, María? ¿Con eso recompensas mis cuidados y cariño?

—¡Teneis razon; estoy loca! ¡Adios, Oton! ¡Más me valiera no haberte conocido! ¡Adios, cabaña donde le ví por primera vez; adios, árboles que escuchásteis mis quejas; adios, viento que llevaste mis suspiros, apagando el acento sonoro y vibrante de mi extranjero! ¡Adios, misera comarca donde tanto amé, donde tanto sufrí, donde tanto lloré! *¡Leon*, adelante! ¡Padre, vuestra mano, y corramos nuevamente!

—¡Hija, me has hecho llorar!

—Murió el conde para mí, pero se acabó la miseria; ya no volveré á escuchar los golpes de ese mar furioso ni el canto de las aves, ni volveré á ver el triste olivo ni el fantástico algarrobo. ¡Huyamos, padre, que todo acabó para nosotros en esta pobre tierra! Corramos; quiero ver la corte, los grandes señores y las opulentas damas. ¡Entre ellos, rodeada de lujo, aspirando el aura del afortunado, acaso logre arrancar el puñal que destroza mi alma, el dardo con que un gentil caballero atravesó su corazon!

—¡Corramos, hija! ¡Fuera el mosquete y las insignias de guarda! Todo concluyó para Leto. Desde este instante será únicamente el padre de María. Mis consejos y cuidados sanarán tu alma, mi cariño endulzará tu corazon. ¡Corre, que la distancia atrae el olvido, el tiempo borra, y el amor de un padre sana las heridas de su hija!

—¡Volemos, que me ahoga el ambiente que se respira aquí, me entristecen esos árboles y me horrorizan los rugidos del mar! Somos ricos, señor; comprad caballos, y á Madrid á escape, si no quereis que muera en el camino.

—No; ya empiezan á cubrir el espacio las sombras de la noche. Andaremos una legua más que dista la aldea de tu tio Bernardo. Allí cenarás y dormiremos. Al amanecer me proporcionarán caballos que corran como el viento.

—Me dijo el conde: «Id por sendas extraviadas donde transite poca ó ninguna gente; que os dirija un guía práctico; recataos bien, y temedlo todo hasta que os halleis en la emba-

jada de Venecia.» ¿Lo oís, padre mio? Pues yo añado que Oton nunca miente.

—¡Se hará como lo deseas, y Dios misericordioso velará por un ángel que á nádie hizo daño jamás!

Ocho dias después entraron en la embajada de Venecia. Mateotti leyó la carta de Oton, los hospedó en su casa, trasladándolos luégo á otra donde hallaron lujo, criados y cuanto necesitaban.

Habian cambiado de traje, dos maestros se ocuparon en instruirlos, sufriendo ámbos una metamórfosis completa.

Es indispensable que nosotros nos quedemos en la posesion de Altacima.

Los soldados que sitiaron la torre y persiguieron á Magno y Leto no eran otros que los de la compañía mandada por el duque de Lerma, segun habrán comprendido nuestros lectores. Al frente de ella iba el capitan Perez, jefe valiente y tenaz como pocos; era crédulo; juzgó sinceras las explicaciones y frases del duque, y llegó á la fortaleza ansioso de coger al marqués y á cuantos le rodeaban para tratarlos como merecian. A la vez pensaba neutralizar los malos efectos de la prision y sufrimientos de Magno, estando con él tan condescendiente, atento, respetuoso y cortés como pudiera desear nuestro marino.

—Yo le probaré á Magno,—se decia por el camino,— que el duque no tiene la culpa del horrible atentado de que ha sido víctima; el autor, marqués de Altacima, caminará delante de él atado como un miserable pechero.

Hablando así se aproximó á la torre seis horas ántes del instante en que debia sorprenderla. El terreno le era muy conocido, y sin detenerse llegó á Torrelamata, manifestando al jefe de la fuerza que existia allí la órden que llevaba del rey. En consecuencia le rogó pusiera un vigía en observacion de cuanto acontecia en la posesion de Altacima.

A las cuatro de la tarde le participaron que habia salido del castillo un jinete, el cual se dirigia á Cartagena á escape tendido. Perez temió que se le escapase algun otro de los que estaban dentro, y, sin esperar á que llegase la noche, partió á

la prision de Magno, resuelto á prender á cuantos séres encontrase en los dominios del marqués. Esa fué la razon de perseguir sus soldados á Oton, Magno, Leto y María, ínterin el grueso de la fuerza penetraba en el edificio.

Perez mandó llamar á la puerta, pidiendo que le abriesen en nombre del rey. A estas voces palideció Jacinto; el crímen que concluia de cometer lo aturdió, dando la órden de que no franqueasen la entrada, y disponiendo una defensa tan inútil como desacertada. Los guardas, sirvientes y soldados del marqués vacilaron; el confidente insistió, pero, reconociendo uno de ellos á Perez y hombres que le acompañaban, dijo á sus compañeros:

—Nos manda abrir un capitan del rey, al frente de su compañía, y jura echar la puerta abajo y pasar á cuchillo á cuantos estamos dentro si tardamos en obedecerle. Oid sus voces; mirad por esa ventana la actitud de todos ellos, y os convencereis de que Jacinto delira.

El confidente, cada vez más confuso y aturdido, le contestó:

—¡Son bandoleros! No abrais, que así lo mandó el marqués, y yo, su representante, os lo prohibo en nombre suyo.

Vários se asomaron á la ventana y corrieron en tropel, gritando:

—¡Son soldados del rey! ¡Abramos, abramos, que echan la puerta abajo!

E inmediatamente dejaron expedita la entrada.

Perez, seguido de veinte soldados, avanzó, dejando el resto de su compañía que rodease el edificio para evitar que alguno se descolgase y escapara. En el acto mandó desarmar á los servidores del marqués, preguntando á uno de ellos:

—¿Dónde está tu amo?

—Marchó hácia Cartagena hace poco más de media hora.

—¡Mientes!

—Os equivocais, señor.

Replicaron sus compañeros.

—¿Quién ha quedado en su lugar?

—Jacinto Alcalá. Es aquel que está al pié de la escalera.

—Muy bien,—añadió el capitan.—Soldados, sujetad á todos esos hombres, á excepcion de ese barbilampiño, al cual dareis cincuenta palos si deja de contestar á alguna de mis preguntas ó no dice la verdad.

Obedecido que fué se llevó aparte al jóven á quien concluia de amenazar, interrogándole:

—¿Partió el marqués efectivamente?

—Sí, señor.

—¿Adónde fué?

—No lo dijo; pero le vimos dirigirse hácia Cartagena.

—¿Quiénes le acompañaban?

—De aquí salió solo.

—¿Qué os participó al marchar?

—Que no regresaria en mucho tiempo, y que obedeciésemos todos á Jacinto.

—Y el preso, ¿dónde está?

—No os comprendo, señor.

—A Magno el *Dragon*, ¿dónde lo tienen encerrado?

—No le he visto ni sé quién es.

—¡No mientas, ó te mando ahorcar!

—Señor, desde que vino el marqués sólo penetraron en la torre Jonás de Alaejo, su criado y un tal Sergio.

—¡Maldicion! ¡Me estás engañando, y vas á pagar con la vida tu infame conducta! Te hablo en nombre del rey.

—Lo sé, y os juro, por Dios Santo, que yo todo lo ignoro. Creo, efectivamente, que han pasado en la torre cosas extraordinarias; pero yo y mis compañeros, temerosos de ofender al señor marqués, no nos atrevimos á preguntar nada. En cambio, su confidente Jacinto debe estar enterado de todo. Como logreis hacerle hablar, es el único que podrá enteraros de lo que querais.

—Muy bien. ¿Cuántos sois en esta fortaleza?

—Los que habeis visto, y Leto, el guarda, que marchó hace poco.

—¿Nádie más?

—No, señor.

—¿Conoces bien las habitaciones de la torre?

—Sí, señor.

—Pues quiero reconocerlas una por una, y ¡ay de tí si no me las enseñas todas!

—Tiene las llaves Jacinto.

El capitan hizo que registrasen al confidente, que reconocieran luégo su habitacion, y, provisto de las llaves de la fortaleza, se las dió al jóven, diciéndole:

—Toma; ves abriendo las puertas y presentándome cuanto hay aquí. Vosotros cuatro, seguidnos; los restantes cuidais de esos hombres.

Y comenzó su reconocimiento con toda la escrupulosidad que pudo. Llevaba andada la mitad del camino cuando se le acercó su alférez, diciéndole:

—Mi capitan, los dos hombres que se hallaban sobre las breñas huyeron en un bote que tenían cerca de sí, pero creo que habrán perecido entre las ondas de ese mar, furioso como yo lo ví pocas veces. La gente que estaba en la cabaña más próxima eran un hombre y una jóven, y marcharon seguidos de un enorme perro, que tumbó á los dos soldados que mandé, hiriendo al uno de gravedad y lastimando al otro bastante. Sus amos desaparecieron y, segun me acaban de decir los habitantes de la torre, son el guarda Leto y su hija.

—Bien; que curen á los soldados, y seguid vigilando, alférez.

Perez continuó examinando la fortaleza. En los pisos altos no halló nada que pudiera llamar su atencion. Empezó en el bajo, encontrando la tartana ó carro en que condujeron á Magno.

—¿Qué carruaje es este?

Preguntó al jóven.

—No lo sé.

—¡Hola! ¡Por fuera es de lienzo y por dentro de madera! Abrelo.

—Está cerrado y no tengo la llave.

—¡Cómo cerrado! ¡Pues es verdad! Comprendo; es un calabozo portátil, donde indudablemente trajeron á Magno el *Dragon*.

—No lo sé.

—¿Le viste llegar?

—Tampoco.

—¿Ni sabias que estaba aquí?

—Hasta ahora no le ví jamás.

—Bueno. Muchachos, forzad esa cerradura.

Los soldados le obedecieron; el capitan añadió:

—Alumbrad. No me equivoqué; hay una argolla y manchas de sangre. Es sin duda el calabozo que dije ántes, de lo cual se deduce que pronto hallaré al infeliz que vino en él. Prosigamos el reconocimiento, y encomiéndate á Dios si dejas de enseñarme algo.

Terminaron en el piso bajo y se dirigieron al subterráneo, siendo lo último que examinaron la prision donde estuvo Magno y mataron á Sergio.

—Sólo queda esta puerta,—dijo el criado de Altacima al capitan,—cuya habitacion me es desconocida.

Y después de probar várias llaves dió con la que buscaba, dejando expedita la entrada.

—No hay nádie,—exclamó Ramiro, añadiendo horrorizado.—¡Sangre! ¡Un charco de sangre! ¡Las cadenas! ¡Oh, lo han muerto! Aún está ahí el botijo y los mendrugos que le arrojarian como á un perro! ¡Maldicion! ¿Estás seguro que no queda prision alguna?

—Cierto, señor; soy hijo de un guarda, me crié en la torre y la conozco perfectamente.

—¡Oh, salgamos de aquí! ¡Ay del marqués de Altacima si asesinó al representante de Venecia!

Y subió las escaleras sin detenerse hasta entrar en el despacho que servía al dueño de la torre. Cayó sobre el sillon, presentando el rostro contraido y la mirada vaga y recelosa. Después de meditar algunos segundos alzó la cabeza, diciendo á los cuatro soldados que habian quedado á la puerta:

—Sujetad tambien á ese barbilampiño, dejándolo con sus compañeros. Luégo me traeis bien amarrado á Jacinto Alcalá, viniendo tú, Gomez, provisto de una vara.

Diez minutos después entraba en el despacho el confidente del marqués, con las manos atadas á la espalda, inclinada la frente y en un estado horrible de remordimiento, miedo y pavura.

—Gomez,—exclamó Perez,—quédate detrás de ese hombre, y á cada seña mia le das seis palos con toda tu fuerza. No eres responsable, caso de romperle brazo ó costilla; ¿lo entiendes?

—Muy bien, mi capitan; descargaré como yo acostumbro.

—Ya lo has oido, encubridor de Altacima; sólo te resta morir ó contestar de una manera clara y terminante á las preguntas que yo te haga. Te hablo en nombre de S. M., y ante lo que manda el rey no debe detenerte consideracion alguna; de lo contrario perecerás esta noche, que así lo quiere mi augusto señor.

—Hablaré; soy un criado del marqués, que le ha obedecido y nada más.

—Bien; no mientas, si estimas en algo tu vida. Dime: ¿quién ha traido ese carro que guardais en una de ias habitaciones del piso bajo?

—Ese... yo...

—A la primer vacilacion, dale, Gomez.

—¡No, por Dios! El carro lo trajeron Jonás de Alaejo y su criado Roque.

—¡El secretario del duque! ¿Estás cierto?

—Salí á recibirlos, por órden del señor marqués.

—¡Mucho se va complicando esto! ¿Quién más acompañaba á Alaejo?

—Sergio el *Estudiante*.

—No le conozco.

—Lo trajo de Madrid, y segun noticias era un malvado, ladron y asesino.

—Y dentro del carro, ¿quién venía?

—Yo no ví...

—¡Dale, Gomez!

—¡Ay, ay! Basta; yo hablaré.

El de la vara descargó seis palos con toda su fuerza.

Jacinto cayó al suelo.

El capitan mandó que lo levantasen, añadiendo:

—No le pegues más si cumple su palabra. Jacinto, sólo te resta decir la verdad ó morir; te lo recuerdo por última vez. ¿Quién venía dentro del carro?

—Magno el *Dragon*.

—Eso es. ¿Cuál era su estado?

—Llegó herido, con fiebre, y tan enfermo que inspiraba compasion.

—¿Qué hicísteis con él?

—Encerrarlo en un calabozo.

—¿Quién te lo mandó?

—Mi amo y Jonás de Alaejo.

—¡Siempre Jonás de Alaejo! ¿Por órden del duque de Lerma?

—No os comprendo bien, señor capitan.

—De las conversaciones que han tenido, ¿se deduce que el secretario venía por encargo del *valido*, ó no? ¡Di la verdad, porque de lo contrario!..

—Sí, señor, sí; el duque estaba enterado de todo, segun les oí; pagaba los gastos, y Jonás le obedecia.

—¡Me ha engañado!—exclamó Ramiro para sí.—Después de tomar parte en crímen tan nefando, de dirigirlo, acaso, pretende aparecer inocente, declinando toda la responsabilidad en sus cómplices. ¡Y para accion tan indigna y miserable me convierte en instrumento suyo! ¡Oh, no conoce al capitan Perez, mas ha de saber muy pronto quién es!

Y añadió fuerte, dirigiéndose á Jacinto:

—¿Estás cierto de lo que dices?

—Seguro, señor; se lo oí á mi amo y á Jonás.

—Bien. ¿Y qué heridas causaron á Magno?

—Una en la cabeza, terrible.

—¿Se la curaron después?

—No, señor.

—¡Qué inhumanidad! ¿Qué alimentos le daban?

—Un dia agua sóla; otro el pan y berzas que desechaban los perros.

—¡La maldad de esos hombres no tiene ejemplo en el mundo! ¿Le veian ellos en su prision?

—Todos los dias.

—¿Y no se compadecieron de él nunca?

—Al contrario; llamaban al calabozo el teatro, y una hora de recreo á la conversacion que tenían con el preso.

—¿De qué hablaban?

—Magno rara vez desplegó sus labios; ellos le escupian en el rostro, lo apostrofaban, diciéndole además todo aquello que podia ofenderlo y martirizarle.

—¡Qué iniquidad! ¡qué cinismo! ¿Y nada contestaba el valiente capitan?

—Nada, señor. Amarrado con gruesas cadenas, inclinaba la frente al suelo y sufria con la resignacion de un mártir.

—Basta de explicaciones que horrorizan. ¿Cuántas veces estuvo Jonás?

—Dos.

—¿Cuándo verificó la última?

—Antes de ayer.

—¿Partió acaso hoy?

—Sí, al amanecer.

—¿A Madrid?

—No, á Cartagena.

—¡Tambien á Cartagena! ¿Qué misterio es ese, Jacinto? ¡Prepárate, Gomez!

—¡No, por Dios, que los palos de ese hombre trituran mis huesos! ¡Seis han bastado para dejarme sin accion ni movimiento!

—Con otros tantos mueres, Jacinto.

—Lo creo.

—Pues me hallo muy dispuesto á mandar que te los den.

—¡Os juro que no habrá motivo por parte mia! Preguntad lo que querais.

—Explícame el misterio que ha llevado á los dos á Cartagena.

—Señor, Jonás de Alaejo se despidió de mi amo para Madrid; mas después de haber partido averiguó el marqués que varió de ruta y que debia embarcarse hoy para Venecia, con objeto de robar á la sobrina del señor duque de Lerma, de la que al parecer está enamorado hace mucho tiempo. Ofendido mi señor por las mentiras de Jonás, y agitado por los celos, sigue el mismo camino en estos momentos, con ánimo resuelto de vengarse del que no há mucho creia su amigo.

—¡Qué complicacion, qué enredos y cuánta maldad! Se unen los tres para perder á Magno; luégo se burla el secretario del duque y del marqués, y á la postre corre el último en busca del primero para vengarse de él; y es natural, toda vez que el asesino no tiene afecciones ni consideracion á nádie. ¡Bien, Jacinto, muy bien; llegó el instante de la reparacion, y ¡ay de ellos y de sus cómplices! Sepamos ahora lo que más importa. Tiemblo al hacerte la pregunta que más interesa á la justicia y á la moral.

—Me figuro la que es, y os va á alegrar la contestacion. ¿Se refiere á la suerte del capitan Magno?

—Sí.

—Pues hacedla sin temor alguno; la aguardo con impaciencia, seguro de obtener con mi réplica vuestro aprecio y consideracion.

—Veamos: ¿qué suerte ha sido la del *Dragon?*

—Jonás le varió de prision, disponiendo, por órden del duque, que se le tratase mejor en lo sucesivo; partió, y el marqués, teniendo que ausentarse y estorbándole un preso de posicion tan elevada, lo sentenció á muerte.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¡Y le mataron!

—El mismo presenció la ejecucion; pero hubo un hombre

que le engañó y Magno vive, y Magno está en libertad, no obstante creer Altacima lo contrario.

—¿Quién es ese privilegiado ser?

—Yo.

—¿Y la sangre que he visto en el calabozo?

—Es la de un malvado que pereció en su lugar.

—¿Cómo se llamaba esa infortunada víctima?

—Sergio el *Estudiante*.

—¡Los amos se engañan entre sí, los criados engañan á los amos, y todo lo que hacen unos y otros lleva el sello de la infamia!

—Yo, señor, salvé á Magno por humanidad.

—No puede ser; el que se educa en el crímen jamás practica virtud alguna. Pero ¡ay de tí si sucedió como sospecho! Explícame esa nueva intriga.

—Mi amo sentenció á muerte á Magno y á Sergio; en el momento concebí la idea de libertar al primero; me puse de acuerdo con él, y al realizar las ejecuciones apagué la luz, dando las dos puñaladas al uno sin tocar al otro. Metí en el saco á Sergio, creyendo el marqués que era Magno, y lo arrojé al mar. Más tarde marchó Altacima, y entónces dejé al *Dragon* en libertad incondicionalmente.

—¡Pruebas!

—Debísteis verle al llegar, sobre las breñas que están pegadas á la torre.

—¿Era uno manchado de sangre, flaco, demacrado, con la barba y el pelo largo?

—Sí, señor.

—¿Y dices que no está herido?

—Así es la verdad; las manchas fueron de la sangre que arrojó Sergio.

—Y el jóven que le acompañaba, ¿quién era?

—Yo lo dejé solo, encargándole que partiera á Alicante en el bote del marqués.

—Jacinto, tú no has podido salvarle por generosidad, y si me ocultas algo vas á perecer.

—Señor, yo amaba á la hija de Leto el guarda; ella me ofreció acceder á mis exigencias si libertaba al *Dragon*, y desde ese instante concebí la idea de salvarlo.

—¿Quién era Leto?

—El que ha huido, cuyo perro hirió á dos de vuestros soldados.

—¡La Providencia es justa; te quedaste sin la novia y con el castigo de tus crímenes! Ahora todo lo empiezo á comprender. Ese jóven que le acompañaba no era otro que el valeroso georgiano, aquel que rompió sus cadenas huyendo del calabozo. Vino aquí; ganó á la hija de ese guarda, y ella te engañó á tí.

—Yo no le ví, pero acaso tengais razon.

—¿En qué te fundas?

—En el bozal que quitaron á un perro, tan de pronto y con tal oportunidad, que debió ser indudablemente ese hombre á que os referis.

—¿No has mentido en nada, Jacinto?

—¡Os juro que no!

—¡Que peligra tu vida, asesino de Sergio!

—Conste, señor capitan, que el *Estudiante* era un malvado, y que lo maté por salvar al noble Magno. Si he mentido, que me ahorquen.

Perez continuó su interrogatorio, mandando luégo que repitiera Jacinto sus declaraciones á presencia del alférez y sargento. Después llamó á uno de los soldados que persiguieron á Magno y á Oton, preguntándole:

—¿Hácia qué punto marchaban los dos que ganaron el bote?

—Primero huyeron de la costa de frente, luégo viraron á la derecha; mas creo que se habrán ahogado entre las rugientes olas que se alzaban fieras é imponentes.

—Retírate, y que me traigan nuevamente á Jacinto.

Cuando lo tuvo delante, le interrogó:

—¿Quiénes son esas mujeres que se encuentran en la torre?

—Las que están bien vestidas las trajo el señor marqués de Alicante para... vamos, para...

—Adelante. ¿Y las otras?

—Están casadas con los guardas y criados...

—Basta. Retiraos todos, y que entre el alférez.

Y quedó solo hasta que se presentó el que acababa de llamar, diciéndole:

—Aquí me teneis, mi capitan.

—Ruiz, parto inmediatamente á Cartagena, seguido de mi criado. Vos quedais en mi lugar, pero concretaos á hacer lo siguiente: mandais dar pienso, luégo cenad vosotros, si hay en la torre lo bastante, y, cuando hayais concluido, echad de aquí á todos los criados y dependientes del marqués, cerrais la torre, llevándoos la llave y á Jacinto. Dormid en Torrelamata y continuad hasta Albacete, donde me esperareis.

—Se ha levantado un temporal...

—No importa; el soldado lucha y vence toda clase de dificultades. Que no queden en este castillo ni los perros; prohibiendo, en nombre del rey, á los que vais á poner en libertad, que se acerquen aquí. Adios.

—¿Nada más me decís?

—Eso sólo. Obedeced, respondiéndome con vuestra cabeza de Jacinto y de la llave de la torre.

Seguidamente partió el capitan con solo su criado, y dos horas después el alférez al frente de la compañía, yendo á pié Jacinto, maniatado con cuerdas.

Los guardas y demás servidores del marqués se esparcieron por los caseríos inmediatos; las alicantinas pernoctaron en Torrelamata, y aquel castillo, donde tanto habia sufrido Magno, quedó completamente abandonado, sirviendo únicamente de muralla al mar y de nido á los pájaros. La posesion de Altacima se veia ahora triste y solitaria como el desierto.

Sepamos ya si han perecido ó no Magno y Melenik en el fondo del insondable abismo que pretendia tragarse á ámbos.

CAPITULO II.

El mar.—La tormenta y el mísero bote.—Temeridad.—Los montes de alga.— La segunda cabaña.

Hemos visto á Magno y á Melenik lanzarse al mar en un bote tan pequeño é inseguro, que fueron precisos el temerario valor de los dos y todo el imperio de la necesidad para echarse al agua con tan diminuto casco en los momentos que las olas amenazaban tragarse toda clase de embarcaciones.

A quinientas brazas de la costa cesó de reir Oton para decir á Magno:

—No puedes remar; te faltan las fuerzas, y te aconsejo que tires esos palos, fijes el timon y guíes esta nave, que la tormenta empieza y acaso sean insuficientes tu destreza y talento marinos.

—Ayer no probé bocado y hoy sólo comí un mendrugo y berzas.

—Pues yo almorcé poco y no he comido nada: mas ¡voto al infierno que he de llegar á Cartagena remando!

—Aguanta, Melenik. Ya está fijo el timon. Ahora rema, mi valiente amigo, que mueves bien los palos y es tan duro tu corazon como el tiempo.

—¿Qué opinas de esos nubarrones y del furioso Levante que azota nuestras caras?

—Temporal deshecho y largo.

—¿Conoces esta costa?

—Conozco cási todos los mares del mundo, Oton.

—¿Se estrellará nuestro bote?

—No.

—¿Se nos pondrá por montera?

—Tampoco, ni esa sería razon para que pereciésemos. Los soldados entraron en la torre, nádie nos persigue, por cuya razon navegaremos en breve á cien brazas de la costa. Ambos nadamos bien, y en el caso de un siniestro fácilmente llegaremos á la orilla.

—¿Por qué no nos aproximamos ya?

—Porque es preciso huir de la rompiente; cuando estemos frente á la playa entónces viraré de otro modo. Nada temas, mi querido georgiano; el mar es mi elemento, el agua mi casa.

—En tu *Dragon* poco me importarian esas olas que suelen estrellarse azotándonos el rostro, pero estas cuatro tablas no ofrecen seguridad alguna.

—Estás en un error; para el sitio en que nos hallamos no hay embarcacion tan segura como este diminuto esquife.

—Hermano mio, te baña el agua y gasta tus débiles fuerzas ese fiero oleaje.

—Eso nada supone al que se educó en el mar y desde su infancia desafió todos los peligros.

—¡Qué flaco estás, Magno mio, qué descolorido, qué demacrado!

—Hijo, el ayuno y penitencia, impuestos con horrible crueldad, dieron ese resultado.

—¡Vas enseñando las carnes!

—Sí, tanto me revolqué, á impulso del dolor, sobre el duro suelo que me servía de cama, que mi ropilla, calzas y gregüescos se hicieron pedazos.

—¡Tú, el poderoso senador de Venecia, el capitan más rico

que surca los mares, el hombre más espléndido y generoso que cruza la tierra, enseñando los muslos, brazos y pecho!

—Pues ahí verás. Tambien tú, conde Divari, disimulas un poco tu título y fortuna con ese grosero traje que cubre tu blanca y tersa epidermis.

—Consiste en que viajo de incógnito. Tuve el capricho de andar á pié más de setenta leguas, descansar en un pesebre...

—El viento endurece.

—Comer poco y mal en los mesones...

—Al relámpago sigue el trueno.

—Seguir el escape de un caballo...

—Aumenta el oleaje.

—Logrando que nada en el mundo detuviese mi carrera...

—Cambia el aire y empieza á soplar del Sur; en este país le llaman *leveche*.

—¡Cuánto he sufrido yo tambien, Magno! Caí várias veces en tierra fatigado, consumido por la fiebre, por la debilidad, y todavía corrí y áun seguia á Jonás...

—¡Jonás!..

—Has soltado el timon, y si lo abandonas nos envolverá el mar.

—¡Jonas! ¡Seguiste á Jonás! ¡Y vive aún, Melenik!

—Sí, le salvé la vida en un meson de la Mancha.

—¡Tú!

—Yo.

—Ya estamos á cien brazas de la playa... ¡Qué generoso fuiste, qué caballero!

—Mucho; le estimo tanto y le estaba tan agradecido, que le libré de morir con placer indecible.

—Lo creo.

—Llevo un sentimiento grande por haberme visto obligado á apalearle, evitando de este modo la deshonra de una infeliz manchega. Las lesiones que le hice endulzaron su viaje, hasta el punto de tener que caminar tendido sobre el caballo.

—¡Infeliz! ¡No tienes corazon!

—Los montañeses del Cáucaso adolecemos de ese defecto.

—¿Y luégo?

—Después se encerró él en el castillo, y yo caí sin sentido dentro de la mísera cabaña de esa María, hija de Leto, de la que está enamorado Jacinto.

—Continúa.

—No. Cuando te refiera toda la historia, entónces sabrás eso y mucho más que ignoras.

—¿Con que heriste á seis alguaciles, te encerraron en un calabozo como el mio y lograste romper las cadenas y huir?

—Sí.

—¿De qué medios te valiste?

—Ya lo has dicho tú: rompiendo las cadenas y escapando.

—Al obrar de esa manera faltabas á tu juramento, Melenik. Tú debiste en el acto partir á Venecia á defender á Otilia.

—Cierto; en cuyo caso te hubieran asesinado hoy y yo más adelante sería el afortunado esposo de la mujer más encantadora que existe en la tierra. Pero como ni tú ni tus enemigos tuvísteis la amabilidad de decirme qué habia sido de Magno el *Dragon*, ántes de cumplir mi juramento debia saber si era llegado ó no el caso de realizarlo.

—¿Qué hizo Mateotti?

—El embajador y todos tus compañeros de Madrid montaron en cólera; les oí discursos que aterraban, planes que extremecian, proyectos sublimes, y tanto hablaron y se enfurecieron, que todo el mundo se enteró de cuanto pensaban, incluso el duque de Lerma. Por esa razon lograron unos verse en castillos, otros desterrados, y los restantes en la cárcel, con la sola excepcion de Mateotti y el conde Divari, que áun cuando le prendieron escapó, y sin decir nada á nádie, sin desplegar sus labios, fija una idea en su mente... ¡Voto al diablo!

—¿Qué es eso?

—Nada; que una ola quiso introducirse en mi estómago, y al efecto llenó mi boca de agua.

—Me distraje, Melenik.

—¿Tanto te interesa el cuento?

—Mucho.

—Pues decia que fija una idea en su mente, nada le detuvo hasta verla realizada. Sereno, impávido, luchando con los hombres, con los elementos, con la miseria, con el cansancio, la fatiga, el insomnio, el hambre, el agua que caia á torrentes... ¡Voto al infierno! La llamé y vino...

—¿Otra ola?

—Sí, mayor que la anterior; de esta he tragado algo.

—Te ha tumbado.

—Y á tí. No te distraigas, hermano, sino creeré que no sirves hoy ni para timonel.

—¿Quién te enseñó á remar?

—El látigo de un circasiano.

—¡Bien aprendiste!

—Era un mar negro como mi destino, como la intencion de tus amigos Jonás y Altacima. El esquife que yo movia imitaba á una canoa; mi alimento eran ostras, mi lecho la arena, y la recompensa á tanto trabajo el látigo de mi señor, el cual me acariciaba de continuo.

—¿Estabas resignado?

—Sí; cuando me era posible tumbaba el bote, y mi amo iba al agua conmigo.

—¿No llegó á ahogarse?

—Una noche fatal en que aún me dolian bastante los verdugones que me hizo por la mañana, fuimos al abismo, con tanta desgracia, que no volvió á salir.

—Y á tí, ¿qué te sucedió?

—Yo tenía diez años nada más, pero tan ligeros los brazos y tan fuertes los pulmones, que llegué á la orilla riendo á carcajadas, en tanto que el circasiano se iba al infierno no sé cómo, pues, siguiendo yo otro camino, me fué imposible distinguirle.

—¿Y luégo?

—Mi padre me recogió, le conté el lance y, pareciéndole

mal mi travesura, vendióme en un mercado de Turquía como cesta de brevas ó inocente cabrito. ¡Ay, con los turcos no pude distraerme! En cambio tú lo hiciste al poco tiempo por mí de una manera más digna.

—¡Mucho habrás sufrido, hijo mio, durante tu infancia!

—Tanto como el sér más infortunado de la tierra.

—Yo lo aplaudo.

—Gracias.

—Por eso ahora eres tan fuerte, tan valiente, tan osado, tan entendido. Por esa razon comenzaste á ser hombre cuando los demás son todavía niños.

—¡Que te distraes, Magno!

—Ya no importa.

—¡Qué no importa!

—No; empieza á llover, el chubasco amenaza ser completo, y todo es agua arriba y abajo.

—Ya lo veo; noto además que avanzamos poco.

—Hay que presentar á las olas la proa del bote y vamos *culebreando*.

—Anocheció ántes de tiempo, y de este modo no llegaremos nunca á Cartagena.

—No estamos aquí mal, recordando lo que era de mí en aquel calabozo.

—¿Crees que podremos seguir así toda la noche?

—No; opino porque el oleaje nos echará á la playa y, rendidos por la fatiga y el cansancio, dormiremos sobre la blanda arena. ¡Oh, no es desconocido á mis carnes ese lecho!

—Ni á las mias.

—Lo peor de todo es la falta de alimento.

—Ahora recuerdo que dí todo el dinero que llevaba al padre de María, y áun cuando viéramos casa ó meson, nada podriamos pedir por no tener con qué pagar.

—¿Le regalaste mucho?

—Más de dos mil ducados en oro, y una carta para Mateotti que equivalia á cinco mil.

—¡Generoso anduviste, georgiano!

—Aprendí del *Dragon* que no existe nada tan despreciable en la tierra como el avaro de dinero.

—Verdad es.

—Ya no se distinguen los objetos á dos varas de distancia.

—En cambio llueve á torrentes.

—Truena además, ruge el viento, las olas braman y nos espera una noche deliciosa.

—Melenik, desde mi oscuro y martirizador encierro oia yo esos golpes de mar, viento y chubascos. «¡Ay, exclamaba, quién pudiera verse arrullado por ese temporal! ¡Las olas serían fantasmas que distraerian mi mente, los truenos orquesta agradable, los relámpagos fuegos artificiales y la extensidad del Mediterráneo el augurio de mi dicha!»

—Pues te lo ha concedido Dios, y en verdad que no es tan bueno eso como parece á primera vista.

—Cien veces y más los hallé peores en medio del gran Océano y me dormia columpiado por las olas, sin que pudiera ocurrírseme que la negra y extensa boca del abismo me tragara. Por eso los malvados me sujetaron con cadenas, condenándome á la inaccion y al tormento de la inmovilidad. Y era todo lo peor que podian hacer con el hombre que vivió siempre corriendo como el águila por el éter.

—Magno, esto va mal.

—En el Caspio y en el Negro, ¿son desconocidos estos chubascos?

—Sí; yo al ménos jamás presencié tan gran tormenta.

—Huyamos un poco de la rompiente; proa al mar y adelante. Rema ahora cuanto puedas, que pronto nos obligará el temporal á saltar en tierra.

—Pues desembarquemos de una vez y no gastemos inútilmente nuestras fuerzas.

—Por la inversa, lo que ganemos ahora eso ménos andaremos luégo.

—Pues sea.

—Voy á ayudarte.

—¿Qué haces?

—Sujeto el timon, cojo mis palos y remo yo tambien.

—Magno, que te vas á debilitar más aún, y temo...

—Remaré más que tú. Oton, canta un aire de tu país: alegra mi espíritu, hermano.

—¿En médio de esta tormenta?

—Sí; el huracan, las olas y el trueno serán el coro; tu voz, dulce y vibrante, el aria.

—Veo con placer que no menguó tu valor.

—¿Por qué, si me hallo del mismo modo que soñaba en mi calabozo? Canta y extásieme tu acento. ¿Recuerdas aquella cancion triste, agorera, de los montañeses caucasianos, que entonabas en el *Dragon?*

—Sí.

—¿No olvidaste la letra, que empezaba: «Entre las breñas y el bosque?»

—No.

—¿Crees como yo que la noche convida?..

—¡Ay, á cenar bajo cubierta, á dormir sobre mullido lecho!

—Te daré ámbas cosas si tu canto logra agradarme.

—¡Tú!

—Yo.

—¿Dónde está ese palacio expléndido, mi querido senador? Porque yo sólo veo agua y oscuridad completa.

—Algo habrá percibido el ojo infalible del marino cuando te ofrece cena y cama.

—Pues yo nada distingo.

—Es que tú no te criaste en la mar como yo.

—¿Nos vamos á Africa?

—No; pero siendo difícil y expuesto volver la popa, es indispensable que la proa reciba el golpe si hemos de avanzar.

—Creo que nos vamos retirando mucho de la playa.

—Bastante.

—¿Con que quieres oir el canto de los hijos del Cáucaso?

—Sí.

—Pues bien, te diré ántes que esas hermosas mujeres de ojos negros y rasgados, cútis blanco, esbeltas y negligentes,

llamadas georgianas y circasianas, aparecen cual fantasma delicioso al asomar el alba. El Cáucaso, como sabes, atraviesa ámbos países, ó sean la Circasia y la Georgia, para concluir en el mar Caspio. La cordillera, á la hora indicada, empieza á cubrirse de montañesas jóvenes, alegres y tan bellas como la ilusion: unas llevan el cántaro de leche, otras el diminuto cordero, y las más cestos de fruta aromática, fresca y sabrosa. Desde el monte se dirigen al pueblo cercano, donde cambian su mercancía por unos cuantos pedazos de ese vil metal que tantos crímenes, disgustos, suspiros, sinsabores y rios de sudor cuesta al género humano. Suben saltando las pendientes, bajan las cuestas corriendo, y sus voces argentinas, dulces y agradables, entonan la siguiente cancion.

Y Melenik, al compás de los remos, comenzó á elevar su acento claro y sonoro, formando singular contraste con el ruido de las olas, el trueno y el huracan. Magno, débil y fatigado, iba cási tendido en el pequeño bote, guiando el timon unas veces, otras se incorporaba para remar, y hasta hubo instantes en que le pareció sublime el cuadro, que á cualquiera otro hubiera extremecido. La oscuridad era completa; el viento aumentaba, las olas subian y el abismo amenazaba tragárselos, sin que el uno ni el otro temblaran ante el gran peligro en que parecian envueltos.

Melenik acabó su cancion. El capitan le dijo:

—Bien, amigo mio; tu hermosa voz, en noche como esta, la podia tomar el navegante por la de la sirena de que nos habla la fábula. Lograste producir en mí un éxtasis que me arrobó.

—Eso está muy bien en un hombre que fué arrojado á la playa del Brasil como banasta de sardinas, creció luégo sobre cuatro tablas en medio de los mares, y no hubo en adelante peligro que él no desafiara. Yo, que no soy marino ni conozco ese elemento, como tú, te digo, en verdad, que voy empezando á temer por nuestras vidas. Esto ya no són olas, son montes de espuma, ya no cae agua, es un torrente que circunda el bote; el aire se ha desencadenado, y en mi concepto au-

menta el peligro considerablemente. ¿Me he equivocado, señor capitan?

—No; te lo anuncié ántes, y por desgracia he acertado.

—¿Y qué hacemos, hombre de ciencia y de práctica?

—Oton, en la playa, y á dos millas de aquí, distingo una luz; debe salir de la cabaña de algun pescador, y si conseguimos llegar, tendremos cama y cena.

—¿Es ese el palacio de que me hablabas?

—Sí.

—Pues vira hácia la playa, saltemos en tierra, caminando á pié lo que nos falta.

—¡Ay, Oton, me siento tan débil que no podria andar cien pasos!

—Noto que seguimos avanzando hácia dentro.

—Sí; pronto viraré en redondo para volver la popa á las olas y que nos ayuden.

—Buena idea; pero si ántes de realizarla tumba á nuestro ruin esquife algun golpe de mar, faltos de fuerza como estamos, podremos morir sin ganar la orilla.

—¡Séa lo que Dios quiera!

—Pero es muy triste, Magno, perecer despues de habernos juntado, en medio de los mares.

—Al contrario; juntos hemos vivido, y de acercarse el fin de nuestra existencia me complace morir abrazado á tí, y que unidos dejemos este mundo, en el que sólo hallé hasta ahora ingratitud y pesares.

—¿Eso me dices á mí?

—Tú eres la excepcion, Melenik; por eso te amo tanto ó más que pudiera hacerlo con un hermano.

—¿Quién piensa en la muerte viviendo Jonás y Altacima, esperándote Otilia, buscándote una madre desolada y estando sufriendo en prision ó destierro todos nuestros amigos de España?

—Tienes razon, Melenik. Aviva un poco.

—¿Mar adentro todavía?

—Sí.

—Nos vamos á ahogar, Magno.

—Al contrario; es una operacion que practiqué cien veces y jamás me salió mal.

—¡Qué ola, Santo Dios! ¡Otra y otra! ¡Nos traga ese abismo!

—Veamos. Aguanta un poco por babor. Eso es; sujeto el timon, cojo los palos y te ayudo. Ahora somos muchos á mover el bote; tú, las olas y yo.

—Corre admirablemente; bien, muy bien.

—Sí, pero aún estamos expuestos, siendo así que no nos es posible presentar toda la popa al mar si hemos de llegar adonde está aquella luz.

—¿Qué haces con ese remo derecho?

—Sostener el bote; de lo contrario nos hubiéramos ido ya á pique.

—¡Cómo vuela!

—Sigue haciendo esfuerzos, Oton, que yo, más débil aún, te imito, y urge avanzar.

Los dos prosiguieron remando; Melenik prestaba á sus palos el empuje de que era capaz, y Magno movia el remo izquierdo, procurando con el otro salvar su barca de los terribles embates que la acosaban por instantes.

Del agua que caia de las nubes y de la que dejaban las olas habia en el bote media vara, de lo cual deducirán nuestros lectores que los pobres navegantes iban como metidos en el mar. Azotados sus rostros, empapadas sus carnes y faltos de alimento y de fuerza, continuaron sin embargo media hora más expuestos á perecer de un momento á otro.

Eran necesarias la solidez, buena construccion del esquife, y toda la inteligencia y práctica del *Dragon*, para no haber naufragado ya veinte veces en noche tan oscura y tempestuosa con mar tan brava y olas tan furiosas.

Cada vez iban viendo más cerca la luz; pero ¡ay! sus fuerzas, cási agotadas, comenzaron á debilitar el entendimiento de Magno, y en el instante que nuestro sabio marino dejase de discurrir, estaban perdidos.

—Más,—exclamó comprendiendo todo esto;—esfuérzate, Melenik, que no está léjos la playa, y la muerte nos persigue de cerca.

—Ya lo hago, Magno; pero estallan mis sienes, me falta la vista, y las muñecas parecen oprimidas por crueles esposas.

—¡Ahora sería terrible perecer! ¡Tenemos la luz á mil brazas nada mas!

—¡Magno, me siento morir!

—¡Ay, Oton, que nos ahogamos!

—¡Otro esfuerzo!

—Así.

—¡No puedo, no puedo!

—¿Qué es eso?

—¡Nuestro bote encalla! ¡Sólo eso nos faltaba!

—¡Ah! Comprendo. Los montes de alga que tiene esta playa llegan hasta aquí. Ve la prueba en esa inmensa espuma que cubre este paraje. Ahora es difícil que las olas tumben nuestro bote.

—Pero estos golpes de mar, esa espuma nos azota y aniquila.

—Espera. Como yo creia, sólo hay una cuarta de agua. Dame la mano y salta sobre el alga. ¿Te sostiene?

—Sí.

—Toma ese remo, yo cogeré otro, y nos servirán de sonda y de apoyo.

—Yo iré delante.

—No.

—Sí.

—Pues dame la mano y caminemos á la par.

—¡Dios mio!

—¡Nos tumbó una ola! Avancemos.

—¡Otra vez el mar!

—¿Qué agua tiene?

—Vara y media.

—¿Nos sostendrá el alga?

—Sí.

—¡Pues el cielo sea con nosotros, y adelante! Lo importante es huir de las olas.

Con agua hasta los hombros anduvieron veinte brazas, el alga empezó á subir, y poco á poco fueron librándose del embate de las olas, hasta que, despues de una lucha horrible de quince minutos con su propia debilidad, con el agua y los montes de alga, pisaron la playa. Ambos cayeron al suelo, exclamando á la vez:

—¡No puedo más!

Melenik añadió:

—¡Me hallo en tierra y se me figura un sueño! ¡Gran marino eres, Magno, mas contra ese elemento todo es poco!

—Acabó el agua que teniamos debajo; ahora es alga y arena; pero continúa la que cae de arriba. ¿A qué distancia estamos de la luz, Oton?

—Cerca; á doscientas varas.

—¿Podrás llegar?

—Sí.

—Pues vé delante, que yo te seguiré más despacio.

—¿No quieres descansar más?

—Falta me hace, pero anhelo hallarme pronto bajo cubierta.

—Pues vamos, Magno.

Apoyado cada cual en un remo y en estado indescriptible comenzaron á andar, primero Oton y luégo Magno; pero ámbos encorbados, jadeantes y en situacion la más lastimosa.

Nuestro jóven georgiano hizo el centésimo esfuerzo sobre sí, consiguiendo llegar á la puerta de una cabaña, por cuyo ventanillo salia el resplandor de la luz de un candil y el de las llamas de la leña que ardia en el hogar.

Oton llamó, y encontrándose sin moneda alguna, trató de excitar la caridad del pescador, dueño de aquella vivienda, con las siguientes frases:

—¡Abrid, por Dios, que no tengo casa, cena ni otra cosa en el mundo que desgracias!

Un acento destemplado le contestó:

—El cielo te ampare, hermano; aquí somos tan pobres como tú.

En este instante llegó Magno y, oyendo la respuesta anterior, exclamó:

—Abrid á dos náufragos, ¡voto al demonio!

—Eso ya es otra cosa.

Añadió el pescador, y les dejó expedita la entrada, prosiguiendo:

—Yo tambien fuí marino, naufragué en las costas de la India y sé lo que es eso. ¡Avanzad! Allí teneis lumbre. Por Cristo que llegais ámbos en peor estado que yo entré en el Perú. Sentaos en esas dos sillas, tirad los remos y descansad.

Aquellos le obedecieron, dejándose caer, particularmente Magno, sin fuerza ni aliento para hablar.

Se hallaban nuestros viajeros en una cabaña que tenía un corralito y la sola habitacion en que se encontraban; era grande, y en torno habia redes, plomos, cuerdas, una cama donde dormian padre é hijo, cuatro ó cinco sillas, un arca y la batería de cocina, tan pobre como el resto del ajuar. El pescador representaba cincuenta años, y su hijo veintitres.

Sentados los cuatro en torno del fuego, preguntó el padre:

—¿Dónde naufragásteis?

Repuesto algo el *Dragon*, le contestó con voz débil y apagada:

—En un mar que tú no conoces.

—No os comprendo.

—Ya lo sé; y sería inútil que intentara explicártelo. Llegamos aquí mi hermano y yo en un pequeño bote, en el cual anduvimos quince millas sobre ese abismo que debió tragarnos.

—¿Veníais en alguna galera?

—No, ántes navegábamos en un buque que naufraga á menudo en el océano de sociedad que te es desconocida; nos abordaron los piratas, y eso es todo. ¿Cómo te llamas, pescador?

—Felipe.

—Por todas partes veo redes, plomos y cuerdas. ¡Oh,

qué recuerdo trae á mi mente ese aparato! Tambien yo en mis primeros años habité una cabaña como esta, connaturalizándome con la penosa ocupacion á que estás dedicado. ¿Produce aquí mucho la pesca?

—No, señor; apénas se saca para vivir.

—¿Tienes buenas lanchas?

—Una sola, con mal aparejo y cási tan vieja como yo.

—Te regalaré una nueva, que me interesan los hombres de tu oficio.

—¡Vos! ¡Con ese traje roto!

—Sí; mas es indispensable que tú tambien hagas algo por mí: necesito, en primer lugar, cena para mi hermano y para mí; dormir un poco, y partir luégo en tu lancha, para estar al amanecer en el puerto de Cartagena junto á la escuadra veneciana. Si logro de tí ámbas cosas, te daré al concluir mi viaje cien ducados.

—¡Cien ducados!

—¿Te parecen pocos?

—Al contrario, señor; esa cantidad haria mi suerte; pero dudo...

—Felipe, soy capitan y me sobra el oro; no te fijes en mi traje roto y manchado; no mires mi faz demacrada ni mi vista lánguida; oye sólo la oferta de un hombre que jamás mintió.

—Está bien, señor capitan. ¿Qué cena deseais?

—Queremos un ave, algunos de los pescados que veo en esa banasta, pan y vino.

—Si sigue el temporal, ¿preferís marchar á pié?

—No; debo quedarme en el puerto; no puedo entrar en la ciudad.

—Comprendo. Serán poco más de las ocho; á las doce habrá concluido la tormenta, y á las dos podremos hacernos á la mar para llegar á la escuadra al amanecer; pero es el caso que no tengo pan ni aceite bastante; soy de parecer que os acosteis; mi hijo irá al caserío inmediato por lo necesario, y yo os despertaré en cuanto tengais condimentada la cena. ¿Aceptais?

—Sí.

—¿Os secásteis bien?

—No es la humedad lo que me molesta, Felipe; son el cansancio, la fatiga, lo que he sufrido y la debilidad consiguiente. Mas fío en Dios que he de salir bueno de tu cabaña si me das lo que te he pedido. ¿Tú te quedas aquí?

—Sí.

—Pues encarga á tu hijo que no participe á nádie nuestra llegada.

—Ya lo oyes, Anselmo.

—De ese modo recibirás muy pronto los cien ducados.

—Me dispongo á ganarlos.

—Y yo á descansar. ¿Cómo te sientes, Oton?

—Muy bien, hermano; se secaron mis vestiduras y voy poco á poco cobrando las fuerzas perdidas. Apóyate en mi brazo y te llevaré á la cama.

—¿Podrás?

—Sí.

—Pues vamos. Veo efectivamente que vas derecho. ¡Bien, Oton!

—Espera.

—No, yo subiré solo. ¡Magnífico lecho! Tan malo fué el que tuve por espacio de treinta dias, que este me parece el mejor del mundo. ¡Oh, cuánto suspiré por uno igual! Echate conmigo, hermano. Todo es pobre en esta mísera vivienda, mas no entraron en ella la traicion ni probablemente la maldad.

—No obstante eso, me siento á la cabecera de tu cama y velo. ¡Juro no cerrar los ojos hasta que me halle entre tus navíos!

—Mal hecho; los dueños de la cabaña son honrados.

Interin tenía lugar el diálogo anterior, expresado á media voz, decia Felipe á su hijo:

—Anselmo, coge y mata la gallina negra, toma después dinero y tráete pan tierno, aceite y vino. Abrevia.

Cuando volvió aquél del corral con el ave comenzó Feli-

pe á desplumarla, en tanto que el otro marchaba al caserío inmediato.

Magno continuaba hablando con Oton. En este instante le decia:

—¡Qué infortunada es la existencia humana! Me veo de pronto libre; como si esto fuera poco, corres á mi encuentro, y el placer que yo noté al estrecharte no es posible explicarlo. Tenía en aquellos momentos segura la vida y halagada ésta con tu cariño; pero apénas empezaba á libar la dicha, nos vemos amenazados por las puntas de várias espadas, y á los pocos instantes en medio de ese mar que no temí nunca, que ansiaba surcar; mas las olas crecen, el huracan aumenta y mi vida vuelve á estar en más peligro que ántes. Tuve que remar sin fuerzas, y, tan fatigado como no me ví jamás, llegué á esta playa en peor estado que á la torre de Altacima. ¡Ese es el mundo, Oton; yo le conocí hace tiempo; empieza á estudiarle tú, que te ha de hacer falta algun dia!

—Por ese prisma que tú le ves ahora, mi querido Magno, le contemplé yo desde que nací hasta que tú me sacaste de la esclavitud, desde que te sorprendieron hasta este dia; así es que lo tengo tan estudiado y conocido como el libro en que se lee á todas horas sin tregua ni descanso. Pero duérmete.

—No puedo, Oton; la debilidad me lo impide.

—Haz un esfuerzo.

—¡Mi pobre madre me seguirá buscando; Otilia suspirará por mí, y esos malvados caminarán hácia Venecia!..

—Cierra los ojos y duerme.

—¡Ay, qué carga es la vida! ¡Jamás me sentí tan anonadado como ahora!

—¡Duerme, por Cristo!

—¡Yo, que me hice superior á las fatigas, que no temí el insomnio, que llegué á connaturalizarme con los trabajos!..

—¡Duerme, por el diablo!

—¡Ahora sucumbo falto de todo, de todo!

—¡Maldicion! Tus males se curan con un poco de alimen-

to y un mucho de descanso, ¿lo oyes? de descanso. Di, quiero dormir, y el sueño correrá en tu ayuda. Querer es poder, en hombres como nosotros.

—Niño, si pretendes sobreponerte á mí, te has equivocado. Acércate más. No quiero dormir, ¿lo entiendes? A media voz, para que no te oiga Felipe, cuéntame lo que te ha acontecido desde aquella funesta noche en que caí en la red de esos malvados hasta el momento de hallarte junto á la torre.

—No...

—¡Te lo mando!

—Sea, puesto que te empeñas, y veo con dolor que áun cuando callase no ibas á dormir.

—Tu acento, tus miradas, tus frases forman el gran paliativo de mis penas. Habla.

—Oyeme.

Y Oton principió á referir á Magno detalladamente cuanto le ocurrió desde que fué sorprendido aquél hasta el instante en que, por su hábil intriga y esfuerzos heróicos, habia logrado darle la libertad.

El georgiano comenzó su relato en español, después recurrió al italiano, y hubo de excitar tanto con sus frases y accion la admiracion de Magno, que se veia continuamente abrazado por aquél, y al concluir lo colmó de elogios, añadiendo:

—Nada hallo que reprenderte, Melenik; fuiste un héroe, y no hay hecho en tí que no pueda enorgullecer al más valiente y experto. ¡Por Dios que te empezaste á titular conde Divari, y no has de dejar de serlo el resto de tu vida! Ese condado, que yo compré para tí y para Otilia, lo heredarán tus hijos; tendrás rentas, servidumbre y cuanto necesites para ostentarlo como cumple á un poderoso de la tierra; ¡yo te lo juro!

—¡Anhelaba verte libre, á mi lado; ese era mi deseo, eso logré, todo lo demás me sobra!

—Obtuviste lo uno y lo otro, que mi satisfaccion y dicha aumentan viéndote elevado. Di, niño de la Georgia, ¿dónde aprendiste tanto?

—Junto á ti, rico y poderoso senador de Venecia.

—Yo no pude enseñarte á entrar en casa de Jonás, á seducir á su prima, á correr como el águila, á sufrir tanto como yo, con la abnegacion de un santo, y á demostrar, en fin, valor y entereza inconcebibles á tu edad.

—¡A mi edad! ¿Qué hacias tú á los diez y ocho años en el Perú? ¿Olvidaste tu historia?

—A mí me obligaba la necesidad.

—Y á mí el deber, el agradecimiento, el amor.

—Te has crecido, Oton, hasta llegar á mí.

—Si he de estar siempre á tu lado, era indispensable que así sucediera.

—Te miro con orgullo.

—Me alegro.

—Formas mi ilusion.

—Si me haces vanidoso, caeré del pedestal en que me has colocado.

—¡Qué ingenio y qué travesura!

—Pensemos en cenar, y deja esos comentarios que á nada conducen. Felipe, ¿cómo anda esa gallina?

—Ya está. Anselmo, pon la mesa y sobre ella lo necesario.

—¿Qué hora será?

—Más de las diez.

—¿Cesó el chubasco?

—Empieza á ceder.

—¿Qué opinas tú?

—Que pronto quedará el mar como una balsa. Ea, señores, sentarse aquí, que vais á hallar el ave y los pescados tan buenos como los sirven en las grandes ciudades.

—Lo veremos.

Exclamó el *Dragon*, y se colocó frente á Melenik, comenzando á comer ámbos.

—Encuentro,—añadió Magno,—bien condimentada esta ave.

—Serví en la marina real é hice por algun tiempo de cocinero. Muerta con posterioridad mi mujer, vengo hace tres años ocupando su puesto en el hogar.

—Hallo tierna y sabrosa esta carne.

—Probad el vino, que tampoco es malo.

—¡Cierto!

—¿Ganaré los cien ducados, señor?

—¡Quién sabe!

—¿Por qué dudais?

—Felipe, me compadece tu suerte, y acaso sean algunos más. . .

—Con lo ofrecido me contento.

—Pudiera suceder que yo doblara la suma.

—¿Tan rico sois?

—Bastante.

—¡Y tan generoso!

—Nada es más despreciable para el buen caballero que esos tipos de egoismo y miseria humana donde se esconde la avaricia.

—Pues ellos dan sus razones.

—Te equivocas; pretenden disculpar vanamente un defecto tan horrible como asqueroso. Nada se presenta más repugnante y envilecido que el descendiente de los deicidas, y bien sabes que forma el verdadero tipo de ese defecto ingénito en su raza maldita y errante, y el que imita á esos hombres se iguala á ellos.

—Pues hay bastantes cristianos que andan el mismo camino.

—Los cuales son despreciados por los más y compadecidos por los ménos.

—Mucho deberé á la suerte, señor capitan, si os llevo á Cartagena con bien y vuelvo á mi cabaña con la suma ofrecida.

—Más tendrias que agradecerle si á la voz del mendigo que llamó á tu puerta le hubieras abierto, Felipe.

—Atendí sólo al náufrago, señor, porque soy tan pobre...

—Tienes una cabaña de que él carecia, un pedazo de pan que poderle ofrecer, lumbre con que secar su harapiento traje y un Dios que te impone caridad.

—En épocas anteriores mendigué yo tambien y hallé cerradas muchas puertas.

—Algunas encontrarias abiertas.

—Pocas fueron.

—¡Lo malo no se imita, Felipe! Acerca ese pescado.

—¿No comeis más ave?

—No.

—¿Por qué?

—Desde hace tiempo sólo me alimento con pan, berzas, y mi débil estómago no podria resistir mucha cantidad de esa suculenta carne.

—Dos platos. Estos son pajeles, y aquí un mujol más sabroso que cuantos pescados comísteis hasta ahora.

—Cierto; no le conocia.

Y continuaron cenando, pareciendo á ámbos deliciosos aquellos manjares, frugales y malos para los que comian en su espléndida casa de Madrid. Al terminar, preguntó Magno á Felipe:

—¿Qué hora es?

—Las once próximamente.

—Dormiré hasta las dos. A esa hora ten tu lancha dispuesta; me llamas, y partiremos á Cartagena, si el tiempo no lo impide. Vela esta noche, Felipe, que mañana descansarás más tranquilo y satisfecho que hoy.

—Está bien, señor; me hallo acostumbrado á las largas veladas, y no me violentaré por una más.

Magno fué solo á la cama, subiendo á ella con facilidad. Empezaba á recobrar parte de las fuerzas perdidas.

—Oton, échate conmigo.

Exclamó, apoyando la cabeza sobre la almohada. Pero el georgiano acercó una silla á la cabecera del lecho, y sentándose en ella le contestó:

—No duermo esta noche, Magno, que lo hice ayer.

—Obedece...

—No te molestes; aquel niño tan sumiso acabó para siempre. Hasta tanto que te deje en tu escuadra, libre de todo pe-

ligro, mis ojos permanecerán abiertos, y la mano junto al mango de esta preciosa daga que me regaló Mateotti.

—Terco, como rudo montañés.

—Sólo á tí te tolera ese insulto el conde Divari.

—Pues voy á dormir, aristocrático señor, en tanto que á tí te entretiene una nimiedad que á nada conduce.

—Descansa, sí, que falta te hace; yo soy más fuerte que tú.

—¿Qué dices?

—Que hoy soy más fuerte que tú.

—Mañana variarás de opinion. Un sueño tranquilo empieza á apoderarse de mi materia. Hasta luégo.

Y Magno cerró los ojos.

Felipe dijo á Anselmo:

—Hijo, acuéstate sobre esas redes; tu manta puede servirte de almohada.

Y él se sentó en el hogar, cerca de la lumbre.

Anselmo y Magno reposaban. Felipe siguió al calor de las ascuas, y Melenik comenzó á pensar en la suerte de María, la hija de Leto.

De este modo trascurrieron tres horas.

CAPITULO III.

La lancha de los pescadores.—Antítesis.—La escuadra veneciana y el puerto de Cartagena.—Empieza una nueva faz para Magno el Dragon.

A las dos de la madrugada despertó Melenik á Magno, diciéndole:

—Levanta.

—¡Qué sueño me quitaste tan tranquilo y apacible!

—Cesó el temporal; el mar está en calma; la lancha provista de un farol, y los dos pescadores dispuestos á remar.

—Pues vamos.

Y se tiró de la cama, siguiendo ámbos á Felipe, el cual cerró la puerta de su cabaña y los encaminó á la lancha. Al llegar junto á ella, le dijo el *Dragon:*

—Entre esos montes de alga hallarás un bote del marqués Altacima, que debes destruir en el momento que vuelvas, callando todo lo demás, Felipe.

—Está bien, señor.

Y se sentaron, primero Magno, lo más cerca posible de la proa, después Anselmo, seguia á éste Oton, y junto á la popa iba Felipe. En el extremo superior habian fijado un farolito,

cuya luz les servía para huir de los escollos. El *Dragon* exclamó por último:

—Adelante. Ya sabeis que quiero llegar al amanecer.

—Es preciso apretar un poco para conseguirlo, pero estoy seguro que lograreis vuestro deseo si el agua no lo impide.

—La mar se presenta de un modo contrario á como yo la dejé, y no hay temor de que varíe.

—Opino lo mismo; después de tan horrorosa tormenta era consiguiente la completa calma que empieza á reinar.

—¿Has doblado muchas veces con tu lancha el cabo de Palos?

—Bastantes, señor.

—Lo encuentro peligroso.

—Lo es efectivamente; mas no para nosotros que lo conocemos bien.

—El fresco de la madrugada empieza á molestarnos mucho.

—Cubríos con esa manta, que vais medio desnudo, capitan. Vuestro traje habrá sido bueno, hoy tiene tantos girones...

—Verdad es; dormí con él por espacio de treinta dias, y cedió ante el peso de mi cuerpo. Gracias, pescador; esta manta principia á quitarme las molestias que sentia. ¿Tienes frio, Oton?

—No.

—¿No te violenta nada?

—Sí, la ansiedad y el deseo.

—Ya poco falta.

—Interin no llegues á tu barco y te contemple rodeado de cañones, mosquetes y rostros venecianos, no estaré tranquilo.

—¿Por qué?

—Hermano, ¡hay tanta maldad en la tierra que poco á poco vamos abandonando!..

—No hemos de tardar en pisarla de nuevo, y entónces ¡ay de toda esa gente que te hace temer! ¿Por qué no duermes

ahora, Melenik? Tú estarás acostumbrado á hacerlo sobre la tabla de un bote.

—Verdad es; mas no cerraré los ojos hasta que no vuelva á tener ricos y mullidos divanes de damasco, lunas de Venecia, pajes y criados, balas, pólvora, y un castillo flotante.

—¿Por qué no te acercas y apoyas tu cabeza sobre mi muslo, como lo hacias anteriormente?

—¿No te molestaré?

—Al contrario; me complace tu calor, me envanece que estés junto á mí.

—¿Recobraste las fuerzas perdidas?

—Todas no, pero si las suficientes para sostenerte.

—Gracias, hermano; acepto, por serme imposible renunciar al mayor placer que tuve en la vida. Aguanta un poco, Anselmo, que voy á pasar. Ahora me siento aquí, apoyando mi cabeza en tu muslo.

—Deja que ahueque algo la manta y te cubra parte del cuerpo. ¿Estás bien?

—¡Ay, salí del infierno y me encuentro ya en el paraiso! ¡Que si estoy bien, pregunta! ¿Tú sabes lo que yo suspiré por lograr esta dicha, la sangre que me obligaron á verter, todo lo que padecí, las lágrimas con que regué el suelo y los ayes que el viento apagó? ¡Magno mio!..

—¿Qué decís, caballero?—exclamó el patron sorprendido.—Es acaso vuestro hermano el famoso capitan Magno el *Dragon*?

—Séalo ó no, concrétate, Felipe, á oir, ver y callar; recibe luégo la recompensa á que te hagas acreedor, y continúa el resto de la vida prudente y reservado, que el descubrir un secreto y venderlo suele hacer la desgracia en los hombres de tu condicion.

—No era la curiosidad lo que me obligó á preguntar; era el interés, el agradecimiento.

—Explícate.

—El capitan Magno, ese hombre, el más valiente de cuantos cruzaron los mares, el más entendido, el más generoso,

salvó nuestro barco en el Océano de un naufragio seguro. Sin su poderoso auxilio todos hubiéramos perecido.

—¿Le viste tú?

—Ya lo creo; caí á sus plantas durante una horrible tormenta, besé su mano, admirando la tranquilidad que demostraba su rostro, su heroismo, su ciencia. Nuestro buque se fué á pique, y el suyo cruzó por encima de las olas como un torbellino incontrastable al rigor de los elementos.

—¿Se parece á mí en algo?

—Creo que no. Vuestra barba, rostro demacrado, mirada lánguida... No, en nada. Aquel marino no sois vos, capitan, estoy cierto.

Melenik soltó una carcajada, contestando á Felipe:

—¿Crees por ventura que no puede haber dos marinos de un mismo nombre? Este vale mucho; pero aquél; ¡oh! aquél, Felipe, no se hubiera dignado aceptar tu mesa, cama y lancha.

—Cierto. ¿Le conocísteis vos tambien?

—Mucho.

—¿En dónde?

—En el mar Jónico, venciendo á los turcos; en el Océano destruyendo la escuadra inglesa, la alemana, la francesa, y en tierra, donde nádie podia tampoco igualarse á él en valor y talento.

—Calla, Oton, y duerme, que no me gusta oir hablar así de mi tocayo.

—¿Tienes celos, le envidias? ¡No me extraña, mísero cautivo de treinta dias, pobre náufrago, que tomó por palacio la cabaña de Felipe!

—Esta noche ha sucedido eso, mañana será otra cosa.

—Para mí cambió ya del todo la decoracion.

—Aún te cubres con un traje grosero.

—¡Qué importa, si estrecho á mi Magno, si me apoyo sobre su muslo derecho, si puedo verlo, oir su voz, contemplar su faz y defenderlo con mi daga!

—Duerme y calla, montañés.

—No quiero, hermano; me agrada más cruzar despierto

este tranquilo mar. ¡Si tú pudieras comprender la satisfaccion que me embarga, el placer que ya empiezo á sentir!..

—Podrán, á lo más, igualarse á los mios; que el estrecharte á tí, Oton, no ofrece menor dicha que la tuya.

—¡Qué bueno eres! ¡Y querias que partiera á Venecia en busca de tu dama, como si yo hubiera podido vivir sin tí!

—No te conocia bien, Oton; de lo contrario te dijera: conde, si me prenden, sálvame, que ante tu valor é inteligencia privilegiada no hay peligro ni dificultad invencible.

—Ya me vas conociendo, Magno. ¿Callas? Me alegro; cuando no oigo tu voz grata y armoniosa, rodeo con mi brazo tu cintura y me produce idéntico placer. Padre, hermano, señor, ¿quién podria ya separarnos en el mundo?

—Me enternecen tus caricias, georgiano. ¡Fuí tan desgraciado!

—Me hicieron llorar las tuyas, Magno. ¡Sufrí tanto!

Y los dos se abrazaron, permaneciendo en silencio. El éxtasis á que ambos se entregaban fué interrumpido por la voz de Felipe, que exclamó:

—Continuad, señores, que me interesan mucho vuestras palabras.

—¡A tí! No te comprendo, pescador.

—Habeis pronunciado la frase georgiano; luégo hablásteis de prision y grandes padecimientos, y eso parece descubrir el incógnito que ántes me fué imposible penetrar.

—Explícate más, Felipe.

—Señor, aquel famoso capitan que nos salvó la vida y, después de dejarnos en puerto seguro, dió á cada cual un equivalente á lo que le habian arrebatado las olas, llevaba á su lado un precioso niño que solia pasar las horas recostado sobre su muslo, como ahora va Oton en el vuestro; era de la Georgia, segun me dijeron, y como los sufrimientos han podido demacrar vuestro rostro y apagar esa mirada que un dia brilló más que el sol, la consecuencia es tan cierta como dicha me ofreceria llevar en mi lancha al hombre que tanto debo, que tanto admiré.

—No eres tonto, Felipe; se prudente y rema mejor, que te distraes.

—Verdad es, mi capitan; pero si vos pronunciáseis una sola palabra, se aumentarian mis fuerzas y no era difícil que volara el esquife sobre las ondas del mar.

—Haz lo último, y espera la frase, que la escucharás dentro de una galera que te es muy conocida.

—Aviva, Anselmo, y ten en cuenta que al menor descuido chocará mi remo con tu cuerpo. ¡Aprieta, voto á Lucifer, que lleva nuestra nave un tesoro inapreciable! Así. Cruce la lancha majestuosa y rápida en torno de ese cabo que asusta á los marinos ménos experimentados que nosotros.

—Magno,—preguntó Melenik,—¿vuelve el mar á adquirir su anterior bravura?

—No; prosigue como una tabla.

—¿Y el movimiento que empiezo á notar?

—Estamos doblando el cabo, que sólo nos ofrece un columpio agradable. Duerme, Oton.

—Mañana, hermano; permaneceré despierto y en tan deliciosa postura hasta que despunte el alba; el alba, Magno; ahora va á ser la precursora de nuestra dicha presente y futura; su luz diáfana y radiante volverá á presentar el rostro de Magno y la figura del conde Divari; luégo aparecerá el sol con sus rayos de oro, y más tarde principiará una venganza que ha de extremecer al mundo.

—¡Calla, niño!

—¡Já, já, já! ¡Niño! Pregúntaselo al valiente Pantoja, al entendido Mateotti, á todos tus amigos; luégo á los corchetes de Madrid, al valido y á sus secuaces; ellos te dirán si es ó no niño el que hizo más que los primeros, el que se burló de los otros.

—La frase venganza está mal en los labios de un caballero.

—Pues ó yo no lo soy, ó consiste en que desconozco la hipocresía, porque al pronunciarla late mi corazon de júbilo, se extasía el alma y me produce una alegría suprema. ¡Venganza! ¡Oh, yo la bendigo, porque ella me ha de convertir en ar-

cángel, y á los diablos, tus enemigos, en víctimas! Al columpio de este oleaje, con el dulce calor que me prestas, con el consuelo de tu regazo, soy feliz; pero consiste en que luégo hallaré la venganza; de lo contrario, en tal postura, en el estado en que me hallo, sería desdichado.

—¡Olvida tus instintos montañeses, rudo servícola, fiero georgiano!

—Cámbiame el corazon.

—¡Ahoga sus impulsos!

—No quiero.

—¡Tan obediente y sumiso ántes, y ahora!..

—Ayer como ayer y hoy como hoy. Yo era, mi querido Magno, un niño, cuya buena educacion, debida á tu talento ó interés, me convirtió en cordero que te amaba y seguia por la tierra y el mar, anhelante y sumiso. Mi mundo se cifraba en tí, mi voluntad era la tuya, y sólo pensaba en agradarte, en reir cuando tú reias, en llorar cuando tú suspirabas; pero de pronto nos separó la mano del destino, y en vez de contemplar tu noble faz, me hallé rodeado de enemigos que me acechaban por todas partes, que me acometian y que á la postre pensaban levantarme un patíbulo. Entónces recordé que era hombre, que te seguí en los combates, que me llamaban tu discípulo, y deseché de mí la infancia, la indolencia y el abandono en que viví. Desde ese instante, ingenioso como tú, intrigué; valiente como tú, vencí, y ya, caminando por ese nuevo sendero, es delirio, insensata locura pretender que retroceda, pare ó me detenga. Si te vengas, te ayudaré, Magno mio; si perdonas, yo castigaré, que de volver á sufrir otra como la pasada, no he de tener el remordimiento de haber contribuido á ella con mi servil sumision, con mi torpe candidez.

—Duerme, georgiano; delirio por delirio, sueña.

—Lo mismo me decia Pantoja hace un mes, y se conceptúa hombre de mundo como tú.

—Pues calla al ménos, que estamos en lo peor del cabo, y es conveniente doblarlo sin peligro.

Felipe y Anselmo continuaban remando, si bien ahora los

dirigia Magno, efecto del peligro en que realmente se hallaban.

Quince minutos después habian doblado el cabo, entrando en un mar tranquilo y por el cual corria la lancha sin impedimento ni zozobra.

De aquel modo prosiguieron hasta las cuatro y media.

Las nubes habian desaparecido por completo, y á la tempestad del dia anterior reemplazó una madrugada tan apacible y serena como la mayor parte de las que saludan á los habitantes de Cartagena.

Magno exclamó, fija su mirada en Oriente:

—Oton, aparece el primer crepúsculo matutino.

Nuestro georgiano se incorporó, y mirando hácia el mismo punto que el *Dragon*, dijo:

—¡Yo te saludo, aurora de mi dicha; llega radiante y bella como el sol que anuncias, como la venganza que me traes! ¡Ya no me veré obligado á salvar á Jonás ni á contemplar con los brazos cruzados la horrible figura del marqués de Altacima! ¡De Oriente vienes, mi país natal; llega en tu carro de fuego; avanza, corre, embriaga mi alma, extasía mi corazon! ¡A tu luz refulgente pronto brillarán los cañones de Venecia, los ojos de Magno y el mundo, que hoy me presentas por otro prisma muy distinto del que le veia ayer! Mira, hermano; sobre aquel elevado monte hay un castillo de Felipe; para destruirlo te basta decir quiero; debajo existen edificios suntuosos, calles y casas sin cuento, un pueblo valiente y una ciudad, en fin, poderosa; pues bien, con seis horas tienes bastante para convertirlo todo en un monton de ruinas. Recuerda lo que eras ayer, lo que puedes hoy, y no olvides nunca que me lo debes á mí. Sentenciado á muerte estabas; el puñal que mató á Sergio debió clavarse en tí; ¿lo recordarás siempre, Magno?

—Acaba; ¿qué pretendes, Oton?

—Quiero, hermano, que al volver á tu antigua opulencia y poderío no olvides que acabó el niño para empezar el hombre; quiero tener voluntad; quiero vengarme, y anhelo, en fin,

modificar tu conducta cuando no esté de acuerdo con la razon. Abonan mi deseo hechos que has admirado y el ingenio que aplaudiste.

—Mira, Oton, fíjate en aquellos bultos que hay á la derecha. ¿Qué distingues?

—¡La poderosa escuadra veneciana! ¡Bendita sea!

—No es eso, Melenik; aquel navío aislado que hay más á la derecha, quieto, inmóvil, altanero, ¿qué presenta en su proa?

—¡Ya!.. De entre las aguas parece salir un dragon que se ha abrazado á él y lo oprime, defendiéndole con su cuerpo.

—Eso es. ¡Ya contemplo el esbelto casco que creí perdido para siempre; ese palacio portátil, testigo de mis glorias y de mis penas; la casa que yo habité tantos años, en la que reí mucho y en la que algo lloré! ¡Oh! rema, Felipe. ¿Te sientes por ventura fatigado cuando tan poco falta para el término de tu carrera?

—Señor, dirigida mi proa á la popa del *Dragon*, va mi lancha como una saeta. ¿No lo notais?

—Más de prisa aún, que me aguarda mi compañero de los mares, y no debo hacerle esperar.

—Es el mejor navío que ancló en Cartagena.

—Segun ensancha la faz de la aurora va presentándose más bello y agradable.

—Desde la última vez que estuve en ese puerto ha aumentado bastante la escuadra veneciana.

—Sí, al regresar el *Dragon* no vendria probablemente solo.

—¿Podemos llegar á él?

—¡Quién lo duda! ¿Percibes la escala de cuerdas?

—No, señor.

—Pues la tiene á estribor; procura aproximar tu lancha lo más cerca de ella

—Ahora la veo, y pronto estaremos al pié.

Y siguieron remando hasta quedar la nave de Felipe pegada al navío *Dragon*.

Un mosquetero paseaba por el castillo del buque, único

sér humano que se distinguia á aquella hora en que todavía reposaban cási todos.

Cartagena aparecia triste, tranquila y solitaria.

Su puerto, concurrido en la época que pasa nuestra historia, se hallaba favorecido por multitud de embarcaciones españolas y extranjeras de guerra y mercantes, si bien eran muchas más las primeras, en su mayoría venecianas.

Ninguno de los que pudieran vigilar el puerto reparó en el diminuto esquife que concluia de acercarse al *Dragon;* en cambio el centinela que tenía éste en el castillo se aproximó á la barandilla, exclamando:

—¡Ah del bote! ¿Qué quereis?

En dos segundos saltó Melenik desde la lancha al navío, contestando al soldado veneciano:

—¡Soy Oton! ¡Baja ese mosquete; reconóceme, y silencio!

—¿Vos?

—Sí.

—¿Y el capitan?

—Mírale.

—¡Ese no es!

—Viene flaco, con el traje roto y la barba crecida, pero es tu jefe. ¡Ay de tí si le desobedeces!

Magno subió tambien al buque, diciendo desde arriba á Felipe:

—Lanchero, deja ahí á tu hijo y aguarda dentro del *Dragon* la recompensa que has merecido.

Y volviéndose, preguntó al centinela:

—¿Quién falta en la nave?

—Nádie, señor. Perdonad, os habia desconocido. ¡Venís!..

—¡Silencio! ¿Duerme el alférez?

—Creo que sí.

—Está bien. Deja á ese hombre que espere en la popa, y á nádie despiertes.

Y seguido de Melenik se dirigió por la escotilla á la preciosa y elegante cámara de su barco. Ya en ella se dejó caer sobre el mullido divan que la rodeaba, exclamando:

—Creí no volver á sentarme en este sitio; pensé que mi *Dragon* seguiria cruzando los mares sin que sonara más en su recinto la voz del que lo mandó construir, del que lo dirigió hasta ahora. Todo lo hallo en el estado en que lo dejé; mis espejos venecianos, mis mesas de rica madera americana, las sedas de Asia, los adornos de la India. Bien; el cuadro y el ambiente que respiro aquí me rejuvenecen, Oton.

—Magno, noto que la memoria de Otilia no te molesta demasiado.

—Entre ella y yo se ha interpuesto una mora que hace treinta años suspira por su pobre hijo, le busca por todas partes, llora por él... ¡Ay, tambien yo en los treinta y un dias que van trascurridos sufro, padezco al considerar anegada en llanto á la pobre madre y tan léjos del objeto de su amor!.. Tambien yo...

Magno fué interrumpido por el ruido de una puerta que se abrió de pronto, y apareciendo un hombre á medio vestir, le dirigió la boca de una de sus pistolas, preguntándole.

—¿Quién eres? ¿Cómo osaste llegar hasta aquí? ¿Y tú?

Magno le contestó con calma:

—¡Me desconoceis! ¿Tan diferente vengo, alférez, que ni mi voz os indica quién soy?

—¡Ese acento!.. ¡Hablad!

—Han bastado treinta dias de martirio para ponerme en el estado que veis. Soy vuestro capitan Magno, y éste, Oton Melenik.

Al oficial se le cayeron las pistolas de las manos y anduvo hácia su jefe, diciendo:

—¡Vos! ¡Tan flaco, con ese traje roto, enseñando vuestras carnes y tan desfigurado!..

—¡Ved en este cuadro el poder de la traicion, los efectos de la maldad!

—¡Osaron atentar contra vos! ¡Ya lo sabía!

—Sí.

—¡Y lo consiguieron al fin los miserables!

—Fuí sorprendido villana y cobardemente; de un golpe

en la sien me privaron de la razon, y ya les fué muy fácil cargarme de cadenas, encerrándome luégo en el peor calabozo que existió en la tierra. Allí permanecí treinta dias, y hubiera muerto á no salvarme este niño, el cual ha demostrado más valor y talento que cuantos me rodeais.

—¡Melenik! No me extraña; sé lo que vale, lo que os ama. Permitidme que lo abrace.

—¿Llevásteis á Otilia donde os mandé?

—Sí, señor; en el palacio del Dux la dejé, y allí debe continuar.

—¡Lo decís de un modo!..

—Más adelante, cuando hayais descansado, puesto que á vos todo se os puede decir, os hablaré de ella.

—No; ahora mismo. ¿Qué peligro amenaza á ese ángel?

—Peligro ninguno; allí está bien defendida, muy estimada y nada le falta, señor. Me referia á lo que ella piensa...

—Vos tuvísteis siempre una opinion fatal respecto de ese sexo encantador. Verdad es, alférez; para oir vuestras ideas sobre esa ú otra dama, siempre es pronto. Concluid de vestiros; dictad las órdenes convenientes como si yo no estuviera en el barco, y regresad. Interin dais á Oton doscientos ducados.

El alférez le obedeció, saliendo de la cámara con Melenik. Poco después regresó el último, diciendo al *Dragon:*

—Aquí está el oro que has pedido; ¿qué hago con él?

—Dámelo, y trae á mi presencia á ese infeliz pescador. Perdona mi franqueza, conde Divari. Desde hoy haré que te guarden todos, dando yo el ejemplo, las consideraciones y respeto que mereces por tu elevada clase, por tu talento y valor.

—Gracias, aristocrático y poderoso heredero del más excelso príncipe que tuvo España. Para los demás seré lo que tú quieras; para tí un humilde...

—No acabes la frase; para todos será Oton Melenik el conde de Divari. Tráeme á Felipe.

Algo más tarde se acercó el pescador á Magno, preguntándole con timidez:

—Señor, ¿qué me mandais?

—Toma, Felipe, esos doscientos ducados que has merecido por la cena, cama y lancha que me proporcionaste anoche. ¿Te juzgas bien recompensado?

—No, señor.

—¿Qué dices? Pide lo que quieras.

—Deseo saber si me hallo enfrente del poderoso capitan Magno el *Dragon*.

—Sí, yo soy.

—¡Qué desfigurado y!.. Pero eso á nada conduce; mi recompensa se cifra ya en que acepteis la cama, cena y lancha en premio de la vida que me salvásteis y de la honra...

—No prosigas, Felipe. Coge este oro, cambia tu nave por una nueva, y á nádie digas que me has visto.

—Yo desearia...

—Eres pobre, tienes un hijo y pisé tu cabaña, Felipe. El recuerdo de lo último quiero que sea grato para tí el resto de la vida. Toma.

—¡Gracias, espléndido señor; ocultaré el secreto, y miéntras exista bendeciré vuestro nombre!

—Ahora estrecha mi mano, y parte.

—¿Eso más?

—Sí, que me alargaste anoche la tuya, juzgándome un mísero náufrago, y es preciso que yo te despida en mi casa como tú me recibiste en la tuya. Ahí la tienes.

—Esta honra no tuvo parecido en el mundo. ¡El cielo inspire á tan valeroso marino, librándolo de una nueva traicion!

—Adios, Felipe.

Y Magno cruzó los brazos, quedando con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Melenik, tendido en el divan y apoyada su frente en un almohadon, le miraba desde un extremo de la cámara con orgullo y placer.

Poco después oyeron el ruido de dos remos que se alejaban, y todo volvió á quedar sumido en el mayor silencio.

Magno seguia meditando y Oton mirándole. De pronto sonaron los atambores y clarines, á este estrépito siguió el de

muchas voces y pisadas, y al toque de diana el movimiento y la animacion consiguientes.

Aquellos sonidos guerreros alzaron la cabeza de Magno, el cual se puso en pié, exclamando:

—Todo acabó ya para el *Dragon*; ahora empieza Magno de Austria. Esos clarines me devuelven el entusiasmo que miré apagado, hacen latir mi corazon de júbilo, embriagan mi alma, y, como el fénix, renace de sus cenizas el bravo marino, el temido capitan.

Y comenzó á pasear, apareciendo en sus ojos el fuego que amortiguaron la desventura y el sufrimiento, y en su bello rostro la animacion, color y vida que le robaron las desgracias.

Melenik, que no le perdia de vista, se decia en estos instantes:

—Poco á poco va resucitando su materia. ¡Ay de nuestros enemigos el dia que nos hallemos frente á frente de ellos!

El alférez volvió á presentarse en la cámara, diciendo á Magno:

—Dí las órdenes convenientes, y quedo á vuestra disposicion, mi capitan.

—¿Participásteis mi llegada?

—No, señor; aguardaba vuestra vénia.

—Bien hecho. Alférez, Oton Melenik se titula conde Divari, y habrán de guardársele las mismas consideraciones que á mí. Haced que inmediatamente nos dispongan dos baños y trajes, guardando cuidadosamente el que ahora llevo. Después almorzaremos, durmiendo seguidamente cuatro horas yo, lo que quiera el conde; al despertar me enterareis de cuanto sea conveniente, y entónces daré órdenes y me presentaré á mis subordinados. Abreviad en lo posible.

Todo se hizo como Magno acababa de disponer, y una hora más tarde se hallaban éste y Oton cubiertos con ricos trajes de seda; el primero ostentaba su banda de capitan, y el segundo lucia una hermosa espada con relieves de oro. Tenían en el *Dragon* ropa y cuanto les hacía falta, y á las dos horas de

haber llegado pudieron sentarse á la mesa y almorzar en compañía del alférez.

Terminó este acto sin que ninguno de los tres hablara. Al concluir, exclamó Magno:

—Voy á descansar sobre el divan; tú, conde, métete en cama.

—No; quiero dormir, como tú, cuatro horas solamente y en esta cámara.

—¿Aún temes algo?

—Nada. Deseo únicamente estar junto á tí y contemplarte el mayor tiempo posible.

—En ese caso entornad esas puertas de luz, alférez, cerrad la escotilla y despertadnos á las doce.

—Muy bien, mi capitan. Hasta luégo.

Y después de obedecerle desapareció el oficial, dejando cási á oscuras la cámara en que se hallaban Magno y Melenik.

Ambos cerraron los ojos, no tardando en ser presa de sueño tranquilo y sosegado. El *Dragon* habia cambiado ya su duro lecho de piedra y paja por el blando divan, testigo de sus glorias y de sus penas; aquel era el sitio donde el capitan reposaba cuando habia algun peligro ó era necesaria de pronto su presencia. En aquel sitio recibió á generales ingleses, turcos, franceses y alemanes. Desde allí habia impuesto su voluntad á escuadras y pueblos poderosos; al volver á pisar esta cámara trocaba las cadenas y suplicio á que le condenaron Altacima y Jonás por un lujo y poder que pocos hombres lograron en la tierra.

El alimento, el descanso y la tranquilidad devolvian á Magno y á Oton las fuerzas que poco á poco fueron agotando.

Al despertar Melenik se hallaba mucho mejor que ántes de salir de Madrid, y el *Dragon* á la mitad de una reaccion completa.

—¡Qué sueño me habeis quitado, alférez!—exclamó el capitan incorporándose.—Me hallaba muy bien, pero al despertar ahora, como en la noche última, creí estar sujeto con ca-

denas, en horrible calabozo y recibiendo los mendrugos y berzas que me arrojaban á la cara!..

—¿Qué decís, señor?

—Nada, alférez; abrid todas las puertas de luz; entre aire, mucho aire; ensánchense mis pulmones y vuelva la vida que contemplaba desaparecer. ¿Cuántos buques hay en el puerto?

—Trece.

—¿Quién los manda?

—Desde ahora el capitan Magno.

—¿Y todos me obedecereis?

—Con entusiasmo, con amor.

—¿Sabeis, alférez, lo que hicieron conmigo?

—Lo he supuesto, señor, y me horroriza la idea. Gente hay de sobra para tomar el puerto y la ciudad que tenemos enfrente; hablad, y los palacios se convertirán en ruinas, los hombres en cadáveres, y el mundo temblará otra vez al oir esa voz, al escuchar vuestras órdenes.

—¿Con que basta una sola frase mia?..

—¡Un signo, y el puerto se cubrirá instantáneamente de botes y mosquetes, los cañones de Venecia vomitarán balas y metralla!..

—Ya veo, alférez, que termina el sueño cruel y pasajero que absorbió mis facultades por treinta dias; al despertar dudé, presa aún de mi horrible pesadilla, mas ya desapareció del todo y vuelvo á ser aquel que infundia terror á los enemigos de Venecia. Subid nuevamente, que formen los soldados y se me presente la tripulacion; á la vez izad la bandera capitana, y que vengan los jefes de los doce navíos restantes á recibir órdenes mias. Disponed además un espléndido banquete. Abreviad.

—Señor, la bandera está izada; de los restantes buques preguntaron la causa, y esperan con ansiedad grande contemplaros. Respecto de nuestra tripulacion y soldados, pajes y sirvientes, todos están sobre cubierta, aguardando la honra de que les hableis; la ansiedad se halla retratada en sus rostros, y en verdad que no hay uno cuyo corazon no lata ya

de alegría. Os juzgaron muerto, y al saber que estais entre ellos su placer es indescriptible.

—Pues vamos arriba.

—Permitidme una pregunta capitan. ¿No os mandais cortar esa barba y cabellos?..

—No, alférez; crecieron en la prision, y he de llevar á Venecia este recuerdo. ¿Guardásteis el traje, segun os lo encargué?

—Sí, señor.

—Pues seguidme. Oton, cógete á mi brazo y participa de nuestra ventura.

Várius entusiastas vivas y una descarga de mosquetería, repetida luégo en todos los buques de Venecia, recibió á Magno. A la vez se empavesaron los trece navíos, y un aplauso, no interrumpido por muchos minutos, le demostró el cariño y admiracion de cuantos marinos tenía la reina del Adriático en el puerto de Cartagena.

Magno escuchaba sobre el castillo de su *Dragon* aquellos aplausos sin envanecerse, sin que su alma se entregara á pasion alguna bastarda; ántes al contrario, le recordaban las cadenas, calabozo y accidentes del dia anterior, presentándole la vida humana llena de peripecias y alternativas tan contrarias entre sí como la dicha y el pesar, la suerte y la desgracia.

Las cubiertas de los demás buques, como igualmente el puerto, se cubrieron de curiosos que anhelaban saber lo que ocuria entre los hijos de Venecia; mas solo oyeron descargas, vítores y plácemes, concluyendo por ver encerrados en la cámara del *Dragon* á los jefes y oficiales de los trece navíos

La tropa formada en las cubiertas se retiró, la tripulacion hizo lo mismo, y una hora después volvieron las cosas á su anterior estado, sin otro cambio que el haber pasado la bandera capitana desde el navío *Hércules* al *Dragon*.

Magno refirió á sus oficiales algo de lo que concluia de acontecerle, les encargó la reserva, y, después de darles algunas órdenes terminantes y concretas, los convidó á comer, sentándose en aquel momento á la mesa.

Nuestro marino aprovechó la oportunidad de contarles los medios de que se valió Oton para salvar su vida, lo expuesto que estuvo á perecer y el valor, talento y energía demostrados por el georgiano. Al principio le miraron con sorpresa, después con admiracion y últimamente con entusiasmo. Aquella funcion fué para el conde Divari; los marinos le colmaron de elogios, le estrecharon, brindando por él y aplaudiendo el amor y heroismo que patentizó á Magno.

Se hallaban en los postres cuando se presentó al pié de la escalera un paje, el cual exclamó:

—Señor; desea la honra de hablar con vos el capitan Perez, que dice haber llegado de Madrid no há mucho.

—¡Que aguarde!

Contestó el *Dragon* y continuó la comida, si bien la llegada del español sirvió de tema á nuestros marinos para burlarse del duque de Lerma, de sus amigos y de cuantos le obedecian.

—Eso es que el valido,—exclamaba uno,—os manda prender, y ¡ay de vos, mi querido capitan! ¡Pronto temblareis ante ese bravo emisario!

—Magno,—añadia otro,—saldrá de esta cámara humilde y resignado ante el poder de ese *babieca.*

Y de este modo continuaron, hasta que terminó el banquete y el *Dragon* los fué estrechando uno por uno, diciéndoles:

—Adios, señores; no tardaremos en volvernos á ver; ínterin cumplid las órdenes que os he dado y esperad tranquilos una gran noticia que en breve llegará á vuestros oidos.

Los oficiales le abrazaron con entusiasmo, le vitorearon como merecia y salieron de allí lanzando carcajadas, que el capitan Perez creyó traducir de un modo insultante y ruboroso.

Poco después se cubrió el puerto de botes que iban dejando á los marinos en sus respectivos navíos.

El enviado de Lerma aguardó una hora sobre cubierta sin desplegar sus labios ni demostrar impaciencia y desasosiego. Luégo escuchó resignado las risas de los oficiales que cruzaron por delante de él, sin dignarse mirarlo, esperando con los

brazos cruzados la anhelada voz de un paje, que por fin le dijo:

—El muy poderoso jefe de la escuadra veneciana, mi amo y señor, se digna recibiros. Seguidme.

Y le acompañó hasta dejarle en la cámara.

Era aquella muy extensa, segun hemos dicho, y se hallaba tan bien decorada como el salon más lujoso de la corte.

Perez miró en torno, viendo á un costado al *Dragon* y al conde Divari. El primero se puso en pié é hizo una elegante cortesía al español, preguntándole:

—¿Qué deseais de mí?

—¿Sois vos el capitan Magno?

—Sí, y no debe extrañaros el cambio que notais en mi persona. Lo debo á la traicion y á la infamia de que fuí víctima en Madrid. ¿Quién os dijo que yo vivia y me encontraba en este navío?

—Los acontecimientos y cuanto ví esta tarde en la escuadra veneciana.

—¿Quién os manda?

—Salí de Madrid de órden del rey, comunicada por el duque de Lerma; mas vengo aquí de mi propia cuenta y riesgo.

—¿Con qué objeto? Venecia, señor capitan, os recibirá bien si no os trae una intriga ó la idea baladí, que nosotros los marinos...

—Perdonad si os interrumpo. Salí de Madrid engañado; llegué á la torre de Altacima, sorprendí á sus defensores, la venda cayó de mis ojos y comencé á ver una verdad tan amarga como sangrienta. Ya en ese camino no he debido retroceder, y llego á vuestro barco en busca de la solucion de un problema que empiezo á resolver. Eso es todo, noble señor.

—¿Creeis, por ventura, señor Perez, que el senador de Venecia, el jefe de la escuadra más poderosa que cruza los mares, debe perder el tiempo en satisfacer vuestra curiosidad?

—Sí, señor; vengo á comprar noticias ó descubrimientos que pagaré con otros.

—¡Ah! Si eso sucede, puede que salgais de aquí complacido. Ampliad un poco vuestras explicaciones.

—No estamos solos.

—Ese jóven que veis reclinado en el divan, es el señor conde Divari, mi amigo y compañero en tierra y en el mar. En Madrid era conocido con los nombres de Oton Melenik. Unos le apellidaban además el *Turco* y otros el *Georgiano;* fué aquel que hirió á seis alguaciles, y, rompiendo las cadenas que le ligaban, huyó del calabozo con que le obsequiaron los madrileños, á pesar de su calidad de extranjero y de estar agregado á la embajada de Venecia. De este insulto y de falta tan grave ya la república pedirá cuentas á vuestro gobierno; mas, prescindiendo de esto, debo añadir que el señor conde, burlándose del duque y de todos mis enemigos de España, fué desde la corte á la torre de Altacima, y, sacándome de horrible mazmorra, me regaló una vida que pretendieron quitarme la traicion y la villanía.

—Oí hablar mucho efectivamente del valor y entereza de ese caballero, de su prodigiosa hermosura, y por lo visto no miente la fama.

—Sus hechos están tan ligados á los mios, que léjos de molestarnos su presencia, podrá sernos útil y conveniente.

—No insisto; que se quede, y si me lo permitís, daré principio á mi relato. Supongo que nada me direis hasta oir las explicaciones que debo daros, y me apresuro á exponerlas.

—Está bien, capitan; yo á nada me comprometo, más os escucharé con gusto.

—Espero que tambien vos hablareis.

—Mucho suponer es.

—Mi franqueza y lealtad os obligarán probablemente.

—Veamos; pero ¡ay de vos si llegásteis aquí con careta, Perez!

—Os contestaré con pruebas.

—Empezad.

—Principio: Me hallaba en Madrid esperando órdenes de S. M., cuando oí contar, en el círculo de mis amigos y parien-

tes, el rapto de Otilia de Sandoval, la causa que tuvo esa bella jóven para abandonar el hogar materno, y la parte que suponian habiais tomado en tan grave accidente. Después se habló de un gran descubrimiento hecho sobre vuestro orígen; á la vez se dijo que fuisteis sorprendido y muerto cruelmente ó encerrado al ménos en horrible mazmorra. La corte se conmovió ante noticias tan alarmantes; se reunieron para deliberar los embajadores; la aristocracia se indignó, y el pueblo todo comenzó á demostrar su disgusto, lanzando contra el valido epígramas y cuanta befa y escarnio cabe en pasquines y libelos infamatorios. El nombre del duque, unido al de Jonás de Alaejo y al de Altacima, corrian de boca en boca apostrofados, maldecidos por la multitud. Sois español, valiente, generoso, y mi pueblo, señor capitan, os hizo siempre justicia.

—Verdad es. Continuad, Perez.

—El que sirviérais á una nacion extranjera no fué causa para que os rebajase un quilate de su admiracion y cariño...

—Al grano, capitan.

—Tanto se dijo y comentó, y tan altivos se presentaron vuestros amigos, que el favorito encastilló unos, encarceló á otros y desterró á los más.

—Lo sabía. Proseguid.

—En tal estado me llamó el duque de Lerma para confiarme la siguiente mision.

Y Perez hizo un relato exacto y circunstanciado de cuanto pasó entre él y el duque, y de lo que le aconteció más tarde en la torre de Altacima. Luégo añadió:

—Sin detenerme partí á Cartagena, resuelto á prender á Jonás y al marqués si lograba encontrarlos; pero á la mitad del camino fuí sorprendido por horrible tormenta que me anegó en agua, viéndome obligado á refugiarme en una mísera cabaña de los llanos de Cartagena. Al amanecer entré en la ciudad; hablé al gobernador en nombre del rey, pregunté luégo, hasta averiguar lo que habia sido de Jonás de Alaejo y del marqués de Altacima. Cuando hube terminado, comprendiendo por las demostraciones de vuestra escuadra

que os hallábais en el *Dragon*, vine aquí temiendo equivocarme, deseando veros para librar á mi patria de un conflicto con Venecia y al buen nombre español de la mancha que hubiera caido sobre él de ser cierto el asesinato que ayer me hizo temblar, recaido en vuestra noble persona. Engañado yo por el duque de Lerma, y resultando éste cómplice en el atentado inícuo cometido con vos, yo no puedo callar, servirle de instrumento ni hacer nada contrario á mis deberes de caballero y á las prescripciones que imponen el honor y la conciencia. Si habeis podido conocerme y apreciar por mi relato la intencion que me anima, decidme si quereis ó no darme las explicaciones ó la solucion del problema que os pedí ántes.

Magno permaneció algunos segundos meditando. De pronto exclamó:

—Perez, en Madrid hay bastantes malvados; pero abundan más los hombres cuyo desinterés, abnegacion y caballerosidad son dignos del aplauso y la consideracion. Vos perteneceis á la clase de los últimos; lo he leido en vuestro semblante, actitud y frases. En prueba de que así lo creo, yo os ruego estrecheis mi mano, contándome desde hoy en el número de vuestros amigos.

—Gracias, capitan Magno; acepto la honra, y en verdad que no es para expresada la grata satisfaccion que siento en estos instantes. ¡Si yo pudiera con parte de mi sangre borrar la infamia que usaron con vos, estad seguro de que lo haria! ¡Oh, fuí de los primeros en aplaudir vuestro valor, nobleza y generosidad, y no he podido ser de los últimos en indignarme al saber la maldad de que habiais sido víctima!

—Perez, sentémonos aquí y prosigamos hablando como dos buenos amigos; que al complaceros hoy en vuestra justa demanda mucho podré ganar yo tambien.

—Hablad, señor, y en la justa reparacion que debeis exigir, contad conmigo en cuanto me sea dable ayudaros. Sois español, teneis gran talento, y en vuestra venganza estoy seguro que separareis al pueblo, que os hizo justicia y aplaudió, de los miserables que os sorprendieron y castigaron tan cruel

y bárbaramente. Vos no amenazareis á mi patria como Mateotti y los restantes individuos del Cuerpo extranjero; léjos de eso ireis derecho hácia el valido y sus cómplices, para exterminarlos, para no cesar hasta acabar con todos. De ese modo prestareis un servicio á mi país, haciéndoos á la vez justicia. ¿Es cierto, poderoso señor?

—Sí, Perez; podia indudablemente con cuarenta navíos venecianos destruir Barcelona, Valencia, Alicante, Cartagena, Málaga y Cádiz; se extremeceria el valido, hariamos temblar á Felipe III y España entera se conmoveria pagando en general un delito que no cometió; pero áun cuando me fuera eso fácil, no lo intentaré jamás; que soy noble, y esa patria es la mia,—la de mi padre Don Juan de Austria.

—¿Con que es verdad lo que oí? ¿Con que sois el heredero de aquel héroe?..

—Sí, Perez.

—¿Teneis efectivamente un lunar?..

—Vedlo, amigo mio.

Y Magno descubrió su brazo izquierdo, presentando á Perez un lunar cubierto de pelo. Aquél exclamó;

—Cierto; es el mismo á que se referian los amigos del general Mondragon; pero bastaba con que vos lo afirmáseis.

—He creido conveniente que lo veais, Perez, para que empiece el mundo á conocerme y para que si en lo sucesivo intentais realizar la idea que llegó á vuestra mente en la torre de Altacima, que no os detenga la consideracion de que esos malvados se ensañaron con un hombre de orígen extranjero.

—Nada será ya suficiente á contener mi paso; mas es preciso que hableis; me faltan datos...

—Oidme, Perez: el duque de Lerma quiso vengarse de mí, pero jamás se le pudo ocurrir un atentado como el que realizaron Jonás de Alaejo y el marqués de Altacima. Enamorado el primero de Otilia, sonrojado el segundo é identificados ámbos por el vicio y la perversidad, se unieron contra mí. Es de advertir que mucho ántes del rapto de la sobrina del favorito, me ví obligado á castigar á esos hombres, llenándolos

en público de infamia y baldon. El uno necesitó en consecuencia inutilizarme, y ámbos vengarse de la manera ruin, cobarde y traidora que lo han hecho. A este fin el secretario influyó con el duque, excitando sus pasiones y precipitándolo. Sólo de ese modo se explica que sin ser malvado, Sandoval haya tolerado y hasta favorecido los hechos de sus miserables cómplices. Esta es la verdad que yo deduje de las frases de Alaejo y Altacima. Son ateos, no creen en la Providencia, y dieron por hecho que nádie me sacaria de aquella horrible mazmorra, resultando de aquí que me dijeron más de lo que convenia á la suerte futura de ámbos.

—Magno, Sandoval es tio de Otilia, y ese parentesco no debe influir en que se extravíe vuestra opinion...

—No continueis, Perez; si yo pudiera odiar á algun hombre en el mundo, sería ciertamente el valido; pero justo en todas mis apreciaciones, no quiero ni debo culparle de otras faltas que de aquellas que realmente cometió.

—A mí me consta que fué hipócrita, y que, al mandarme á la torre, obedecia por miedo á las consecuencias del funesto atentado que acaso dirigió.

—Que dirigió no, que toleró. Notad que mientras él me perdona y me manda llevar á su lado, Jonás se ensaña conmigo más que nunca y Altacima me sentencia á muerte. Ambos desafian todas las consecuencias funestas que pudiera abortar su cínica conducta y, más terribles hoy que ayer, no cejan una línea, yendo de crímen en crímen hasta el fin del objeto que se proponen, en tanto que el duque duda, retrocede y hasta trata de enmendarse, intentando neutralizar los malos efectos de su tolerancia con una accion contraria y reparadora.

—Pero hipócrita.

—No podia ser de otro modo necesitando aparecer inocente.

—Piensa salvarse él sacrificando á sus cómplices.

—Porque los juzga tan malvados como son, ó hirió su alma el aura del arrepentimiento.

—En mi concepto llegó tarde.

—Para libertarme de la muerte, sí, pero no para que Magno lo trate con la dureza que á Jonás y á Altacima.

—¿Qué intentais, poderoso capitan de marina, senador de Venecia, primo del rey de España?

—Escuchadlo, Perez: el marqués y Jonás morirán; preciso es extirpar esos dos tubérculos gangrenosos que amenazan dia y noche á la sociedad de que forman parte. Luégo iré á Madrid, y, derribando el pedestal donde Lerma se elevó, caerá el ídolo, el sol de su ventura se oscurecerá, marchando el valido á un rincon de España corrido, avergonzado, tan humilde mañana como altanero es hoy.

—¿Eso os proponeis?

—Eso realizaré.

—¿Qué medios vais á emplear, señor?

—Haré uso de las escuadras de Venecia, de sus poderosos soldados, de toda la influencia y poder que tiene esa república, de mi parentesco con el rey y de vuestros buenos servicios.

—Gracias. Acepto el puesto de honor que me designeis, y me preparo á ocuparle dignamente. ¿Qué debo hacer?

—Lo siguiente: seguido de vuestra compañía, que os espera en Albacete, segun dijísteis, vais á Madrid. En cumplimiento de vuestro encargo participais al duque que en la torre no estábamos Altacima ni yo. Le entregais las llaves de esa fortaleza y os retirais sin decirle más.

—Bien; pero el cómplice del marqués le enterará de cuanto me refirió á mí.

—No; por el camino le decís que queda en actitud de contar á Lerma lo que más le agrade, demostrándole las funestas consecuencias que podrá tenerle la declaracion de que mató á Sergio por salvarme. Antes que esto suceda mandais extender lo que os dijo á vos, autorizando el escrito vuestra firma y las del alférez y sargento de la compañía. Lerma supondrá que he muerto, y poco á poco irá tranquilizándose. Entre tanto redactais vos una memoria circunstanciada de cuanto me acon-

teció desde el instante en que fuí sorprendido en la calle del Almendro hasta hoy, apendizada con el escrito anterior. Hecho esto procurad que llegue á manos de S. M. ¿Teneis medios de conseguir lo último?

—Yo mismo se la entregaré, rogándole que la lea sin testigos y con el interés que merece un documento de tal importancia.

—Muy bien, Perez; decid á S. M. de palabra que tenga la bondad de esperar mi regreso á Madrid para determinar. Añadid que yo se lo suplico en nombre de la justicia ultrajada, de lo que he sufrido y de la paz de sus Estados. Por lo que pueda ocurrir aguardais mi llegada en la embajada de Venecia. Tened un poco de paciencia.

Y Magno redactó una carta que dió á Perez, continuando:

—Al entrar en Madrid mandais este pliego á Mateotti: leedlo ántes que lo cierre.

El capitan le obedeció, replicando:

—Muy bien; comprendo el todo de vuestra idea y me dispongo á apoyarla ¿Partis á Venecia esta misma tarde?

—No, mañana.

—Os conviene ganar tiempo para llegar al Adriático ántes que vuestros enemigos.

—¿Por qué?

—Peligra la honra y vida de Otilia de Sandoval.

—Todos desconoceis el talento, fuerza de voluntad y valor de esa dama. Sabeis únicamente que es hermosa, que tiene algo de resolucion y nada más; entraré primero que mis enemigos, pero áun cuando así no fuera, se estrellará el intento de los malvados ante la sabiduría y precaucion de tan sublime mujer.

—Aplaudo vuestra seguridad, pero como fuisteis vos sorprendido puede serlo ella, y es conveniente daros algunas noticias que ignorais, en lo relativo á Jonás y Altacima.

—Hablad.

—Llegó el primero á Cartagena ayer á las nueve de la mañana. El gobernador habia recibido dos dias ántes una car-

ta de Alaejo, en la que le pedia en nombre del rey un buque que le llevara á Venecia en el ménos tiempo posible. Aquél le tenía preparado el mejor que existia en el puerto, y se hizo á la vela á las doce del dia.

—Lo he supuesto.

—Es que va en una galera ligera como el viento, española, bien dotada de gente, con buen velámen y veinte remos por banda.

—Adelante.

—Por la noche llegó el marqués de Altacima, parando en casa de un antiguo mayordomo de su familia. En el acto trató de facilitarse dinero, del que por lo visto carecia, logrando que le diese un comerciante seis mil ducados, á cuyo fin hipotecó una de sus posesiones. Y esta mañana, en los momentos que yo llegaba á Cartagena, saltaba á un buque francés que va á Génova directamente.

—Tomó mi consejo; pero no pudo contar con que le iria yo al alcance.

—No os comprendo.

—Lo creo. Continuad.

—La galera en que ha marchado es, segun mis noticias, muy velera, va de vacío y su tripulacion nada deja que desear. De esto deducireis que si desde Génova corre en buenos caballos á Pádua, llegará ántes ó á la vez que Jonás, y lo que el uno no consiga podrá lograrlo el otro.

—No sois fuerte en marina, Perez, por lo cual me concreto á deciros que arribaré á tiempo.

—Vuestro navío es el más grande y hermoso de cuantos contemplé hasta ahora; pero su inmensa mole y los cuarenta cañones que sostiene deben, en mi concepto, hacerlo pesado y tardo en sus movimientos.

—Eso no obstará para que arribe con la oportunidad debida.

—La maldad de esos hombres es tan grande, que parecen inspirados por Lucifer, y os sería funesto llegar á Venecia después que ellos.

—Tranquilizaos, amigo mio; anclaré mucho ántes que ellos.

—¿Conoceis bien la causa que les lleva cerca de Otilia?

—Sí; en sus criminales intentos pretenden deshonrar y envilecer á la casta vírgen que yo adoro. Miéntras los malvados se ensañaron conmigo, consiguieron fácilmente su propósito; mas en el instante que pensaron caer como cuervos sobre un ángel que el cielo indudablemente protege, caminaron hácia su perdicion sin poderlo ellos adivinar. Sí, Perez; de haberlos encontrado yo en el mar ó en España, poco ó nada les haria. Yo no compongo tribunal, me es imposible juzgarlos ni aprendí á ensañarme con el vencido; así es que, no batiéndose ellos, me veria obligado á dejarlos marchar. Aquí hubieran buscado defensores que ocultarian la justicia, siempre escondida y difícil de hallar; pero en Venecia se encontrarán con un tribunal severo, inapelable, y que, sin consideracion alguna, los sentenciará poco después de cogerlos. Allí se emplea en el sumario tres dias á lo más. ¿Comprendeis el resto?

—Sí, señor.

—Dejadlos que corran á Venecia; yo deseo que lleguen, y me es igual que sea ántes ó después que yo; porque en vez de medios con que repetir sus crímenes, sólo hallarán jueces y un patíbulo.

—No insisto, puesto que tanta seguridad demostrais.

—Partid vos á Madrid, noble Perez, sin cuidaros para nada de ellos ni de mí. Visitais al duque, visita breve y concreta; luégo ocupaos de redactar la memoria detallada, que pondreis después en manos de S. M. sin prisa alguna. La carta que dirijo á Mateotti cerrará todas las bocas, y, como vos tampoco hablareis, será fácil que encuentre yo á Lerma columpiándose dulcemente en el aura del poder, en el instante que silbe el huracan de la desgracia, y, envuelto en él, lo haga rodar por el polvo de la miseria humana.

—Me engañó ese hombre, quiso hacer de mí un instrumento miserable, y anhelo el momento en que pueda decirle:

aquí está el prisionero Magno, que he traido yo, no como humilde cordero, á quien pensábais sujetar con la mentira y la falacia, sino como espada vengadora que nos da á ámbos lo que merecemos.

—Muy bien; eso sucederá si vos os concretais á realizar mi pensamiento en la forma que os lo he presentado. Os recomiendo algo de diplomacia y mucha habilidad cuando esteis delante del valido.

—No faltaré, que anhelo tanto como vos ver en asunto tan grave resplandecer la justicia confundiendo la maldad.

—¿Necesitais dinero? Soy muy rico.

—Ya lo sé. Gracias.

—Sed franco, Perez, que en tomar, si os hace falta, recibiré merced.

—Magno, de haberme acercado á vos sin pretenderlo, quiero salir de tan complicado asunto limpio como el sol, tan caballero como fuí siempre. Eso únicamente deseo.

—Ya sé que en Castilla hay modelos de hidalguía.

—Va á anochecer y debo salir de Cartagena cuanto ántes.

—Tomad este asunto con calma.

—Lo haré, pero quiero hallarme pronto á caballo. ¿Me permitis?..

—Sí, Perez, estrechad mi mano. ¡Oh, yo os suplico que si hablais con alguno de mis amigos, sepa por vos lo que me violento al dejarlos en el mismo estado en que los hallé al abandonar mi prision! No les digais nada de lo que intento, pero sí de lo que sufro al partir del modo que lo hago. Añadid que mi pobre madre lleva treinta años buscándome desolada, errante y en angustia perpétua; que Otilia me llama, y que el deber, en fin, me arranca de este puerto sin poder abrazarlos ni hacer nada por ellos.

—Os habeis enternecido, capitan.

—Pues que no lo ignoren, Perez.

—¡El cielo os inspire, acompañe, y no tardeis, que os esperamos sufriendo!

—¡Dios guíe y defienda á tan noble capitan!

Y alzando la voz Magno, añadió:

—¡Alférez, mi bote con seis remos; cogeos vos al timon, acompañando á este capitan hasta el puerto, y honradlo como á mi mejor amigo!

El *Dragon* dió el brazo á Perez, despidiéndolo al pié de la escala real; el bote desapareció, y nuestro marino, tornando á su cámara, se dejó caer en el divan, preguntando á Melenik:

—¿Cómo te encuentras, conde?

—Bien, Magno. ¿Y tú?

—Voy recobrando las fuerzas que creia agotadas y teniendo cada vez más confianza en la Providencia. Acércate. Ese cojin te convida á apoyarte en él, y hé aquí mi muslo para que reclines la cabeza. Eres bello como una dama encantadora, sin que por eso pierdas nada de un aspecto varonil que impone á los débiles.

—Y á muchos que se juzgan fuertes.

—Tu cútis continúa tan suave y blanco como el del cuidadoso cortesano á quien no ofendieron el sol ni el aire.

—Gracias.

—Lástima será que esta epidermis se cubra con el bigote y barba que pronto asomarán en ella.

—Al contrario; tengo ganas de que aparezcan para que dejeis de llamarme niño, para que me hagais justicia.

—Te ví ántes muy ensimismado y taciturno. ¿Pensabas en la prima de Jonás, ó en María?

—En ninguna de las dos; murmuraba de tí.

—¡Brava contestacion! ¿En qué te ofendí, niño hermoso?

—En nada, pero encontré mucho que censurarte.

—Sepamos qué es ello, preciosa criatura.

—Dale con tus piropos.

—¿No te gustan?

—No.

—Pues súfrelos, que son de mi agrado.

—Entónces continúa.

—Decias que era yo...

—Algo excéntrico y tan apático que tu calma me desespera.

—Oye, Melenik: la primera vez que usé viveza en mi vida quedé tendido sobre la cubierta de este navío con once heridas, algunas de las que juzgaron mortales; en esta ocasion me batia contra los turcos. La segunda fué causa de que me destruyeran los ingleses dos galeras y mi *Dragon* recibiese cinco balas de cañon que le originaron grandes averías; me metí demasiado, y como no aprendí á retroceder, debí morir dejando enterrada en el Océano la mejor escuadra de Venecia. Y la tercera, ¡oh! en la tercera me aturdí, y como el diablo me acechaba, caí al infierno, donde probé todos los horrores de ese malhadado abismo.

—Supongo que el demonio era Jonás, el infierno su carro y sus tormentos lo que hicieron contigo.

—Sí.

—Refiéreme algo de ese aturdimiento que aún no he podido explicarme.

—¡Ay! Me hallaba en casa de Mondragon ébrio de alegría, extasiado de gozo. Lo que padecí buscando y lo que sufriera sin hallar nada, recibian en aquel instante una recompensa digna, superior á lo que yo ambicionaba. Concluia de saber que mi madre me buscaba como yo á ella, y que era hijo de Don Juan de Austria. Loco, desalentado por el placer, me sobrepuse á los que me rodeaban, no escuché sus ruegos, y ciego caí en la red que Lucifer me tendia, aprovechándose de mi estado febril. Abandoné á mis amigos; sin capa ni espada dejé el paraíso para seguir al diablo y correr en pos de él con una viveza que no tuve jamás. De ese modo llegué á la calle del Almendro, núm. 10, y, penetrando en su oscuro portal, recibí un golpe en la sien que me dejó sin sentido y caí en tierra exánime. Al despertar de aquel sueño infernal me hallé cargado de cadenas y entre demonios que me condujeron á la torre de Altacima herido, con fiebre é inútil para intentar toda defensa. El resto ya lo sabes. Tres veces dejé durante mi vida la calma y sangre fria que jamás desecha de sí el diestro general, el hombre de talento, y ya ves las consecuencias de mi funesto error. Yo te respondo que ni tú, ni Otilia, ni mi

madre, ni nádie en el mundo me podreis obligar á que rompa la cuarta un sosiego y fria razon que tantas glorias me conquistaron.

—Eso está bien; pero no me explica el que permanezcamos en este puerto con los brazos cruzados, víctimas de una inercia que á nada bueno conduce.

—Tendido sobre este mullido divan, por el que tanto suspiré, voy poco á poco recobrando mis fuerzas, y esto es mucho, Melenik.

—Recostados ámbos como estamos, podia andar el buque, con lo cual ganariamos un tiempo que luégo podrá faltarnos.

—Niño, tú no sabes de marina otra cosa que mover los remos y tumbar á lo más un bote, con la noble idea de ahogar á tu señor.

—A mi tirano, al déspota que dejó mis carnes marcadas con sangre de un sér inocente.

—Y tan cándido que convirtió en pasto de los peces al autor de sus desdichas.

—Que hubiera nadado como yo.

—Doy por hecho que le cogió desprevenido, fué á parar al fondo y quedó enterrado entre el inmenso barro del cenagoso mar donde navegaba.

—Así fué. Era además muy obeso, y cayó de cabeza como bola de plomo.

—¡Aún te ries!

—Todavía me alegra recordar lo contraido de su rostro y lo raro de su figura al descender al infierno; fuí más generoso que él; sonreia viéndome llorar y sufrir, y yo esperé á imitarle en el instante que él iba á dejar de padecer.

—¡Tienes el alma negra, rudo montañés!

—No cuestiono; jamás la ví, é ignoro su color. ¿Cuándo dispones que esas anclas se alcen?..

—En el instante en que esta inmensa mole pueda cruzar el Mediterráneo sin faltarle nada.

—¡Qué calma, qué estoicismo! Estás sordo á la voz de tu pobre madre que te llama inútilmente hace más de treinta

años, sordo á los suspiros de Otilia, sordo á los consejos de la razon y de la prudencia.

—Predica, hijo, que vas á lograr bastante.

—¡Nada, ya lo veo, maldicion!

—¿Ya votas?

—Sí, y reniego.

—¿De qué?

—De tu sangre fria.

—Me alegro; yo la bendigo, y juro no divorciarme de ella jamás.

—Aquí viene el alférez. Dispon algo, hombre; yo te lo suplico.

—Te voy á complacer. Acercaos, alférez. ¿Qué hay?

—Mucha alegría, señor; que estando el capitan entre nosotros, ninguno teme ni se aflige.

—¿Dejásteis á Perez en el puerto?

—Cabal.

—¿Qué os dijo?

—Me cubrió con sus velas, viró de redondo y escapó viento en popa.

—¿Iba contento?

—Mucho, y caminaba con todo el aparejo desliado.

—Descansad esta noche cuantos os hallais en mi barco; bebed y reid; os regalo cien botellas, cien ducados y cien aves. Repartid bien y que alcance á todos por igual. Mañana haceis provisiones, y cuando el *Dragon* esté listo partiremos con rumbo á Levante.

—Gracias, mi capitan. ¿Cenais ya?

—Sí, pero aguardad. Ayer mañana salió del puerto una galera ligera, rápida, con veinte remos por banda y mucha prisa en el que la dirigia.

—La ví marchar.

—Va á Venecia.

—¿Qué cargamento lleva, señor?

—Piratas, alférez.

—¡Voto á Lucifer! Pasado mañana le daremos alcance.

—No; es preciso llegar á Venecia ántes que ella. Eso nada más.

—A sus cuarenta palos opondré yo doscientos, y si el viento arrecia...

—Va en ella el que me puso en el estado que veis.

—¡María Santísima! La pasaré por ojo, recibiendo á los náufragos con las bocas de los mosquetes.

—Quiero decir que es indispensable dejarla atrás. Eso sólo.

—Bien, mi capitan; si nos permitiéseis cinco minutos de abordaje... Ayudadme, Oton.

—Es inútil. ¡Obedeced, porque de lo contrario!..

—Lo supongo. ¿Quereis la cena?

—Sí.

—¿En la cámara?

—Por supuesto.

—Al instante.

—Alférez, sólo comí berzas y pan duro en treinta dias.

—¡Qué el infierno trague!..

—Os quiero decir que dispongais lo conveniente para que mi mesa...

—Sea la de un príncipe; nada faltará.

—Arrojad al agua lo que estorbe y pese.

—Se hará.

—Partid.

Quince minutos después cenaban Magno y el georgiano, quedando luégo en agradable conversacion.

Más tarde buscó cada cual su respectivo lecho, siendo la primera noche que iban á descansar en cama blanda y en completo sosiego desde el dia fatal en que Magno fué cogido por Jonás. El sueño los sorprendió á ámbos, hallando al *Dragon* suspirando por su madre y por Otilia, y á Oton oprimiendo los puños y jurando vengarse de los enemigos de Magno.

CAPITULO IV.

Despedida.—¡A la mar!—Diálogo.—La galera francesa.

El toque de diana despertó á Melenik y á Magno. Un sueño tranquilo y sosegado embargó su materia durante la noche, y al abrir los ojos se encontraban en completa reaccion. Las dos camas estaban en un camarote grande y á la distancia de tres varas. El capitan preguntó al georgiano:

—¿Descansaste, amigo mio?

—Sí.

—¿Has soñado?

—Claro está. Me hallé con Jonás y Altacima, y aún me embarga el placer al recordar lo que hice con ellos. Luégo dí con un judío, orígen de todas tus desgracias, y lo que yo inventé para atormentarle no es para contado.

—Por lo visto conoces la historia que nos refirió Mondragon.

—Sí, la escuché después de hallarte tú prisionero.

—¡Qué loco eres, niño! Pierdes el tiempo lastimosamente ocupándote de una canalla que no merece se la dedique cinco minutos. ¡Yo, más feliz que tú, soñé que estaba entre mi madre y Otilia; las dos me estrechaban con cariño; sus miradas

se fijaban en mí, y un torrente de amor vertian sus ojos, palabras y actitud! ¡Qué bien me hallaba, qué dichoso era!

—¿Y no llegó á tu mente el recuerdo de aquel judío que hizo la desgracia de tu madre y la tuya durante treinta años?

—No.

—¿Que te robó fortuna, nombre, posicion, dándote en cambio la aridez de una playa, el oficio de pescador?

—Nada; no se me presentó la horrible figura de ese malvado.

—¿Ni viste á Jonás, á Sergio, á Altacima, que te herian, encerraban en un calabozo, te cargaban de cadenas, tratándote luégo como á un perro?

—No; sólo veia los negros y rasgados ojos de una musulmana encantadora, cuyo brazo derecho se enroscó en mi cuello con amor y ternura; á Otilia, que estrechaba mi mano entre las suyas, pequeñas, finas y blancas como la espuma de las olas. Solo escuché la voz de la una, que me decia:—¡Hijo mio, te amo!—y la de la otra, que exclamaba:—¡Magno adorado, ya nunca me separaré de tí!

—Y al despertar en este instante, ¿no has sentido ni sientes odio, rencor, ni ese deseo vehemente de venganza, esa alegría febril del que ve acercarse el instante en que puede confundir á sus enemigos?

—Como tú no me los recuerdes, jamás pienso en ellos.

—Fiero *Dragon,* vas á concluir tan noble y generoso que unos te confundirán en lo humilde con el monje, otros con el cordero y yo con el verdadero tipo de la abnegacion. ¡Bien, Magno, muy bien; continúa soñando con tu madre y Otilia, que yo me ocuparé sólo de tus enemigos!

—Oton, de la esclavitud te llevé á la libertad, luégo te eduqué como á hijo de príncipe, después te hice conde: procura elevarte como cuadra á tu posicion, y no desciendas hasta el punto de que no abrigue tu pecho otra cosa que odio y rencor.

—¡Cuando no quede un enemigo tuyo, háblame de eso!

—Antes y después quiero verte noble, generoso y caballero.

—¿Pretendes que perdonemos á los miserables?..

—No; quiero que no te embriague la venganza, que dejes correr el tiempo, y que aguardes tranquilo el momento en que la suerte nos los presente delante.

—Pues eso hago, y la prueba es que no he corrido en su busca.

—Te ocupan demasiado, Melenik.

—No te los volveré á nombrar, Magno; pero como yo no tengo más padre que tú ni otro objeto de cariño que el *Dragon*, déjame que entretenga la mente con la idea del castigo que merece el criminal. ¿Nos vestimos?

—Llama, y que entren dos pajes.

Ambos se levantaron, pasando luégo á la cámara, en la que permanecieron hablando hasta la hora del almuerzo. Al terminar este acto se presentó el alférez, diciendo á Magno:

—Mi capitan, á las tres quedará listo el *Dragon* y á las cuatro podremos dejar el puerto de Cartagena.

—Muy bien; que nada falte.

—Todo lo he tenido en cuenta.

—¿Qué otra cosa deseais?

—Traigo una pretension, y si me lo permitiérais...

—Exponedla.

—Los jefes de la escuadra veneciana desean demostrar al señor conde Divari su admiracion por los heróicos hechos que realizó en defensa de nuestro capitan. Al efecto disponen un espléndido banquete en el navío *Hércules*, y os ruegan les honreis, acompañado de Oton y seguido de mí.

—Que designen hora.

—Las dos.

—Decidles que les agradecemos mucho su atencion y que no faltaremos.

—Gracias, mi capitan; esperan sobre cubierta la contestacion, y corro á darla tan satisfactoria como anhelan.

Salió el alférez, y poco después empezó Magno á reconocer su barco desde la cubierta á la bodega, desde la proa á la popa. Nada echaba de ménos ni halló motivo para reprension alguna.

A las dos entraron los tres en el navío *Hércules*, donde fueron recibidos con un aplauso unánime y entusiasta.

Después se sentaron á la mesa, permaneciendo en ella hasta cerca de las cuatro. La comida fué efectivamente espléndida; Magno les permitió expansion, y hubo brindis, animacion y broma durante el banquete.

Más tarde estrecharon el *Dragon* y el conde á todos los oficiales, retirándose acto continuo á su barco.

Y á poco más de las cuatro comenzó á moverse la nave de Magno, saliendo del puerto despacio y majestuosa.

Al cañonazo de leva contestaron várias descargas, y los oficiales, soldados y tripulaciones de las doce naves venecianas que quedaban allí despidieron á su jefe con voces y agitando los pañuelos hasta perder de vista el *Dragon*.

Sigamos á Magno.

Hemos dicho que su barco salia despacio y majestuoso; pero poco á poco fué aumentando su movimiento, el capitan se situó en el castillo, dió várias voces, y á la media hora corria mar adentro, de bolina, con cincuenta remos por banda y toda la rapidez que le prestaban el choque del aire sobre las velas y el empuje de doscientos vigorosos brazos.

Magno, sin moverse del castillo, pidió un anteojo, dirigiéndolo hácia el Norte. De pronto dijo á Oton, al cual tenía á su lado:

—¡Melenik, allí veo la torre de Altacima, sola, severa y terrible como el destino sangriento; allí sufrí yo más que hombre alguno en la tierra; los malvados me convirtieron, de sér humano, en perro á quien trataban con iniquidad, cuyo recuerdo me horroriza; allí supe lo que eran martirio, tormento y desolacion; lo que padecí hasta entónces era dicha comparado con la amargura que me dieron en esa torre fatal! ¡La tengo enfrente, la contemplo por segunda vez, pero ahora estoy libre, libre; la frase es un poema que sólo comprende y admira el que perdió su libertad como yo! ¡Torre maldita, yo te olvido para siempre, quedando únicamente grabada en mi alma la leccion que recibí en tus mazmorras!

Y dejó de mirarla, é inclinando la cabeza con dolor, permaneció así dos minutos.

Oton, fijo en Magno, oprimiendo los puños y con actitud imponente, le contestó:

—Olvida tambien á Altacima y á Jonás, á Lerma y al judío Nefftalí Asam; deja á esos desgraciados que vivan y disfruten. ¿Qué te importan los malvados? Ya estás libre; tienes cuarenta cañones, quinientos mosquetes, un castillo flotante y todo el poder de un rico senador veneciano. Quiero decir que ya no osarán molestarte, ni estando libre tú, atentarán contra ningun otro sér hermano. Basta tu renombre, generosidad y nobleza de alma para que ellos se enmienden y corrijan. Es preciso olvidarlos, *Dragon;* el reptil no merece que un caballero tan cumplido le dirija su mirada; si á un descuido te inocula su veneno, todo está reducido á treinta dias de prision ó á una puñalada que proporciona á la víctima descanso eterno. Déjalos que vivan y gocen, Magno; el malvado es un hombre como tú, y vino al mundo con idénticos derechos.

—¡Calla, tigre del Cáucaso; sella el labio, que harto he sufrido ya!

—No vuelvas tu mirada al Sur, cobarde; dirígela como yo al Norte; sin el auxilio de la óptica se percibe altanera y brava la torre de Altacima. ¡Já, já, já! ¡Qué ratos pasé allí tan deliciosos con mi María, mi Leto, mi *Leon* y mi Jacinto! Miéntras tú dormias en tu blando lecho de piedra y paja, yo...

—¡Tienes el corazon de roca! ¡Sígueme!

—¿Adónde?

—A la cámara.

—Mal intencionado, ¿por qué me apartas de ese teatro delicioso?

—¡Teatro! ¡Teatro fué y yo la víctima, maldicion!

—¡Me lastimas la muñeca, Magno.

—¡Pues avanza!

—¿Qué prisa tienes?

—Me espanta aquella torre.

—A mí me alegra.

—Lo creo, que te voy conociendo y me vas asustando.
—Mal hecho; para tí seré siempre una oveja.
—¡Con garra de leon!
—Que se alzará fiera cuando halle á tus enemigos.
—No me equivoqué al juzgarte, Oton. Al través de tu bello rostro, fina epidermis y figura simpática, percibí un corazon de diamante, una inteligencia privilegiada. Desde el primer dia ví en el esclavo al hombre varonil, animoso y fuerte. Sé el objeto de mi orgullo, Oton; yo te lo ruego.
—Aunque esclavo un dia, pobre y mísero montañés ántes, nací buen pagador. Deja que arregle mis cuentas con Jonás, Altacima, Nefftalí, Lerma, y luégo seré lo que tú quieras. Hasta tanto, no te hagas ilusiones, pensaré únicamente en la venganza.
—Bajemos.
—¿Por qué temes mirar esa fortaleza?
—¿Tú me lo preguntas?
—Sí.
—El recuerdo de lo que sufrí, de las humillaciones de que fuí objeto, del veneno que apuré, enciende mi sangre y me pone fuera de mí.
—Eso queria yo; que asomara á tu rostro ese encendido carmin, que latiera tu corazon, y que la ira, el enojo y despecho se apoderaran de tu alma.
—¿Para qué?
—Para que me ayudes á destruir á tus enemigos.
—No lo lograrás; pronto los tendré cerca; me bastará para dar fin de ellos decir quiero, y sin embargo, los dejaré atrás, sin dignarme siquiera dirigirles una fria mirada. Cuando lleguen á Venecia, entónces será cuando les procuraré un castigo digno de sus crímenes é impuesto por un tribunal justo. Cuando vuelva á Madrid, entónces lucharé con la influencia y poder de Lerma, intentando arrojarle del pedestal, hasta que ruede por el suelo como mísero pedazo de barro; mas ínterin no llegue aquel dia, para nada me acordaré de él. De los malvados á Juan Magno de Austria, hay una distancia enorme,

Oton; mucho mayor que de tí á ellos, y en verdad que lo siento.

—¿Crees por ventura que me parezco en algo á los miserables Altacima y Jonás?

—Sí.

—¿En qué, Magno?

—En que te entregas al odio y el despecho con la misma facilidad. El que nació fuerte, el que se juzga caballero, sufre al recordar las infamias que hicieron con él, pero jamás pretende realizar otras iguales contra sus enemigos; todo se le ocurre ménos asimilarse á los infortunados á quienes desprecia y áun compadece. El que siente latir en su pecho un corazon grande, el que concibe ideas elevadas, jamás se envilece con pensamientos ruines, con venganzas que lo empequeñecen y humillan.

—Me has sonrojado, Magno; no comprendiste que yo, capaz de perdonar á mis mayores enemigos, no podria condenar al olvido una sola ofensa de las que te hagan á tí; y vista la cuestion por este prisma, varía mucho en mi concepto.

—Nada absolutamente; ni por mi padre, cuya memoria forma hoy mi más grata ilusion, descenderia yo á vengarme del modo que tú intentas.

—Entónces, Magno mio, ¿por qué no te imito yo en eso como en todo lo demás? ¿En qué consiste? ¡Habla, por Dios!

—En que eres, niño hermoso, muy jóven aún; en que todavía no he concluido de educarte.

—Pues abrevia, Juan Magno de Austria.

—Ya lo estoy haciendo, conde Divari.

—¿No me he rebajado para tí?

—No.

—¿Me quieres lo mismo que ántes?

—Más aún.

Y besando su frente, le dió el brazo y abandonaron ámbos el castillo del *Dragon*. Al llegar á la escotilla, gritó el capitan:

—¡Vela de estay y foque; rumbo á Levante, inclinándose

al Sur, alférez; de este modo chocará el viento en la popa y andará el navío dos millas más por hora!

—Muy bien, mi capitan.

Melenik y Magno abandonaron la cubierta, descendiendo á la cámara, en cuyo divan se sentaron. El primero exclamó:

—Conozco, amigo mio, que me queda algo de aquellos fieros instintos que infundieron en mí las montañas, usos y costumbres del Cáucaso, pero yo procuraré corregirme hasta parecerme á tí por completo.

—Eres fuerte como yo, y á hombres de ese temple de alma les basta decir quiero.

—Sí, mucho puede lograrse con una voluntad firme y poderosa.

—Todo lo que tú quieras.

—Todo no, hermano mio, pero sí la mayor parte. Hay en los europeos, entre esos hombre cultos y de ingenio que yo admiro, cierto barniz de hipocresía el cual no supe yo aún usar.

—Al contrario; en casa de Jonás y de María disimulastes como el más hábil cortesano.

—Verdad es; como fué la primera vez de mi vida lo habia olvidado. Gran trabajo me costó, y tanto me violenté, que dudo volver á obrar de la misma manera.

—Si la necesidad obliga no tendrás otro remedio que repetir lo mismo. Demuestras talento, te sobra valor, y con esas dos bellísimas cualidades todo se consigue, Oton. Yo no anhelo vengarme; la idea sólo de hacer con otro lo que practicaron conmigo me repugna y la rechaza mi alma con indignacion; pero Dios me hizo fuerte y poderoso para algo más que para perdonar las ofensas propias. Debo en consecuencia defender á los débiles, velar por los hombres de bien, librando á unos y á otros de reptiles ponzoñosos como Jonás y Altacima; de hombres entregados á bastardas pasiones como Lerma y cuantos le rodean. Mas estos actos de justicia quiero que se realicen á invitacion mia, pero por tribunales competentes y en el círculo de las leyes que tiene cada país. De este modo siempre podré alzar con orgullo mi frente, mi conciencia se halla-

rá tranquila, y, vencido ó vencedor, seré ménos infortunado que el resto de los hombres. Tú, niño precioso, que fuiste en tu infancia más desventurado que yo, que te ligó la suerte á mí con lazos hoy indestructibles, te irás poco á poco elevando en jerarquía social hasta que llegues al sitio de los grandes; que así lo quiero yo, y para algo me hizo la Providencia rico y espléndido. Me salvaste la vida con cariño, interés, abnegacion y sabiduría sublimes; así es que mi afecto hácia tí se trocó en amor; acéptalo, Melenik; procura que jamás halle motivo para retirártelo, que si es muy grande, en cambio basta para apagarlo una accion indigna, un pensamiento liviano. Asimílate á mí, y seremos dos hermanos que nada en el mundo logrará separar al uno del otro.

—Tus frases, mi querido y envidiable Magno, han hecho una revolucion en mis ideas, en mis creencias. Desde hoy en adelante seré otro; ya lo verás. Mi conducta pasada era consecuencia natural del desvío é ingratitud con que me trató esa humanidad por quien tú pides, á la que defiendes con tu poderoso brazo. Hallé tiranos en los de la Georgia, verdugos en mis amos, torpes y ruines á mis padres, y sólo á tí noble, generoso y caballero. Y como tú fuiste la excepcion de esa humanidad, por eso la ví siempre en guardia, con enojo, y muy dispuesto á devolverle las terribles atenciones que tuvo conmigo.

—Dios, que es la suma bondad, te ofrece ciento por uno de lo que des.

—Te imitaré en generosidad, sacando de este propósito tres ó cuatro malvados, á los que es indispensable confundir por ser los ménos y recaer en pro de los más; pero los buscaré en buen terreno y sin saña.

—Eso es pensar con cordura que yo aplaudo y bendigo.

—Tendré calma y seré frio en mis resoluciones.

—De lo cual deduzco que el triunfo coronará tu obra.

—Nada me alterará, y si algo consiguiera sobreponerse á mi voluntad, disimularé, ya que aquí es esa la costumbre.

—Muy bien.

—Desde mañana, amigo mio, seré digno compañero de Magno el *Dragon*.

Y los dos continuaron hablando hasta la hora de cenar.

Nuestro capitan mejoraba de este modo la educacion de Melenik; proponiéndose destruir poco á poco los fieros instintos del privilegiado georgiano. Fuerte Oton como las rocas de su país, con gran memoria y mejor entendimiento, debia concluir junto á Magno por asimilarse en un todo á tan noble y cumplido caballero.

Terminada la cena subió Magno á cubierta y observó. Luégo hizo llegar á su presencia al alférez, bajando con él á la cámara.

—Llevamos viento en popa,—le dijo.

—Verdad es, mi capitan; pero nos vamos acercando demasiado á la costa de Africa, y pronto navegaremos de bolina.

—No importa; corre el *Dragon* cuanto yo necesito.

—Dirigido por vos siempre fué lo mismo; parece un hijo que obedece humilde á la menor indicacion de su padre.

—Hace seis años, alférez, que le dí existencia, y desde entónces rara vez nos hemos separado.

—Tiene además condiciones como impuestas por vos, que sois el primer marino del mundo.

—No me aduleis, que me desagrada mucho. Oidme bien: de dia que trabajen los doscientos brazos; por la noche dejad sólo la mitad para que puedan disfrutar del descanso necesario. Dadles hasta llegar á Venecia racion doble de vino, buenos alimentos, teniendo en cuenta que desde vos hasta el último grumete todos llevais doble sueldo, sin perjuicio de retirar los remos en dejando atrás la costa de Barcelona, si el aire nos ayuda. A vos no debo decir más.

—Basta y sobra; con capitan como vos no hay mal soldado, torpe marino ni deseo de holganza en ninguno.

—Que vigilen mucho los contramaestres; observad vos á los timoneles, y que jueguen como os he enseñado el estay, el foque y las restantes velas. Hasta mañana, si el tiempo no os obliga á despertarme durante la noche.

Salió el alférez, en tanto que Magno y Oton se retiraban á su camarote, y, desnudándoles dos pajes, continuaron hablando en el lecho.

Poco después corria el *Dragon* de bolina, que es el mejor movimiento para el navegante, y nuestros amigos conversaban agradablemente de cama á cama, alumbrados por una pequeña lámpara cuya luz apénas oscilaba, efecto de la tranquila aunque rápida marcha del buque.

Luégo durmieron siete horas, levantándose á las seis de la mañana.

Magno llamó al alférez, preguntándole:

—¿Dónde estamos?

—Frente á la playa de Valencia.

—Muy bien. ¿Cuántas millas andamos por hora?

—Como término medio, doce.

—Estoy satisfecho del tiempo, del barco y de la tripulacion.

—¡Ya lo creo!

—Separaos del golfo.

—Lo hicimos.

—Que corran el toldo en la popa, pues pasaremos la mañana allí el conde y yo.

—¿Qué otra cosa mandais, mi capitan?

—¿Sigue el mismo viento?

—Igual. Cielo despejado, bonanza segura.

—Está bien. A las ocho almorzaremos arriba. Retiraos. Coge una espada, Oton, y tiremos. Después veré cómo manejas la pistola, invirtiendo en ámbos ejercicios dos horas que robustecerán la fuerza y dispondrán bien nuestros estómagos para que reciban dignamente las viandas.

—Me agrada.

—Luégo, cerca del mediodía, te exigiré una prueba de calma, aplomo y predominio sobre tí, que te valdrá un abrazo si sales de ella como espero.

—En guardia, y ello dirá.

—Muy bien; has crecido, tu musculatura se fortaleció sin perder la prodigiosa agilidad que admiré en tí. Bien, amigo

mio; sereno, diestro é intencionado; pero todo eso es poco aún.

—Lo veremos.

Y continuaron tirando, presentándose Oton digno discípulo de su elevado maestro. Después cargaron las pistolas, ensayándose en un blanco que quedó deshecho á la media hora de estar tirando.

Trascurrido el tiempo indicado anteriormente, almorzaron, é inmediatamente cogió Magno un anteojo, y desde el castillo miró hácia Levante, permaneciendo así más de diez minutos. De pronto cesó en su observacion, diciendo al alférez que tenía cerca de sí:

—Mucho hemos andado.

—Bastante, mi capitan, pero áun es pronto para alcanzar con la vista el objeto que buscais.

—¿Qué sabeis vos?

—Me lo he figurado.

—Veamos si errásteis.

—El capitan Magno pretendia distinguir una galera francesa que salió de Cartagena con rumbo á Génova.

—¡Quién os lo ha dicho, alférez?

—La maniobra que dispusísteis ántes de almorzar y la observacion que concluís de hacer.

—Lo habeis acertado, y en verdad que ántes del mediodía debemos darle alcance.

—Antes del mediodía sí; pero ahora, que son las nueve, me parece pronto.

—Ocupemos el tiempo en algo; sentémonos los tres debajo del toldo, y habladme de Otilia, alférez.

—Vamos. ¿Con que deseais que os diga?..

—Sí, me ofrecísteis contarme lo que piensa, y yo quiero que añadais su vida durante la travesía y lo que sepais de ella en lo relativo á Venecia.

—Os diré que se mostró valiente; su indiferencia á los accidentes marítimos contrastaba con su hermosura y sexo.

—¿Por qué? La mujer más bella puede tener gran talento y mucho valor.

—Su desden ante el peligro me pareció extraño.

—¿Hablásteis mucho con ella?

—No; rehusaba contestar á la mayor parte de las preguntas que le hacía. Desde que salió de Madrid hasta Venecia, demostró deseo de mandarme, nunca de obedecerme.

—Detallad algo el viaje.

—Salimos á caballo, y corriamos cuando ella lo disponia, é íbamos al trote en el momento que yo gritaba á escape. De este modo llegamos á Cartagena, temiendo yo desagradarla y disponiendo ella siempre lo que se habia de hacer. Nos embarcamos, pidió dos trajes y ropas interiores, se le dió, en union de su doncella, cuanto quiso, y desde la cámara ordenó el instante de hacernos á la vela. Le ofrecí arribar á algunas poblaciones, y se negó; quise acompañarla el tiempo en que el *Dragon* no necesitaba de mí, desairando mi oferta. Y por último, cada vez que le hablé de vos me contestaba:—«No conoceis á Magno; ó le adulais, ó aparece en vuestros labios rebajado y pequeño. Dejadme en paz con vuestras necedades.»—Y me volvia la espalda para conversar con su camarera de cosas indiferentes.

—¿Y eso os extraña, alferez?—preguntó Oton, añadiendo.—Lo mismo hace Magno respecto de Otilia. Apénas habla de ella, y cuando los demás la citamos nos oye con marcada indiferencia.

—Consiste, amigos mios,—replicó el *Dragon*,—en que Otilia y yo nos comprendemos admirablemente, en tanto que vosotros nos juzgais mal por pretender que aparezcamos como dos enamorados vulgares. Digo lo que ella; ó nos adulais, ó nos empequeñecen vuestras frases. Por eso nuestro amor sublime, elevado, santo, rechaza vuestras ideas y no gusta de oiros. ¿Qué más, alférez?

—Llegó á Venecia; el Dux la recibió con afabilidad y agrado, y á los cuatro dias noté que la trataba con cariño que parecia filial.

—Lo habia supuesto; esos dos se comprenderán bien.

—La esposa é hija del Dux la rodean continuamente, y

ella parece satisfecha junto á esas dos damas de la primera familia de Venecia.

Y los tres continuaron hablando hasta tener Magno cuantas noticias deseaba de la única mujer que amó hasta entónces. De pronto cogió nuevamente el anteojo nuestro capitan y lo dirigió hácia un punto que acababa de distinguir su inteligente mirada. Después se subió al castillo, y sin dejar de observar, gritó:

—¡Rumbo al Sur!

Cuando fué obedecido, añadió:

—Alférez, ocupad mi puesto, procurando que el *Dragon* se aproxime á la galera francesa. Os comunicais luégo con su capitan, mandando que ámbos buques queden al pairo.

—¿La distinguís bien?

—Creo que sí; dadme vuestra opinion.

El alférez cogió el anteojo, contestando:

—Es indudablemente la misma.

—Me alegro. Sígueme, Oton.

Y ámbos bajaron á la cámara, diciendo Magno:

—Sentémonos, Melenik. Oyeme con atencion: á una voz de mi alférez detendrá su carrera el barco que concluyo de ver. Dentro va el poderoso marqués de Altacima, que tanto me hizo sufrir, y que hubiera bastado una sola frase escapada de sus labios para que atravesaran mi corazon, si tú no te opusieras del modo hábil y admirable que lo hiciste. Pues bien; cambiemos los papeles, y ahora soy yo sólo el que mando, el que impongo. Basta un signo mio para que perezca Altacima, cuantos le acompañan, y esa galera, que surca el agua potente y majestuosa, vaya al fondo del mar para no volver á salir de él. Cuando me cogió el marqués obró conmigo como quien era. En consecuencia, portémonos nosotros como quienes somos. ¿Te conoce él?

—Creo que no.

—¿Y tú le has visto otras veces?

—Sí.

—Muy bien. Nos hallamos en un sitio donde abundan los

piratas, y esta circunstancia disculpa sobradamente nuestra conducta. En cuanto se detengan las dos naves te trasladas á la francesa, seguido de vários soldados; finges reconocer los papeles que lleve el patron, y después, suponiendo que es buque sospechoso, bajas á las cámaras hasta que encuentres á Altacima. Todo este aparato infundirá pavor en los viajeros; el marqués, que no es valiente, temblará, quedando sorprendido al hallarse frente á tí. Le preguntas quién es, y al darte su nombre le pides perdon por la molestia que le has causado, estando con él tan atento y cortés que le admires. Mata tus fieros instintos, georgiano, alárgale tu diestra, y vuelve digno de mí.

—Quieres que sea hipócrita, ¿no es eso?

—Deseo que te domines, nada más.

—Te equivocas, Magno; al ahogar los impulsos de mi corazon anhelas que cubra mi rostro con una careta y que finja y mienta.

—¿Te atreves á realizarlo?

—¿Qué he de hacer si en la culta Europa todos vais enmascarados?

—Así hallamos la sociedad, y á ninguno de los dos nos es dado variar la faz de un pueblo entero.

—Triste es verse obligado á engañar, pero al que se niega le llamais cobarde, torpe, y yo no admito esas calificaciones.

—¿Con que dejarás al marqués tranquilo y satisfecho?

—Aquí sí; en Venecia será otra cosa.

—Muy bien. En el mar démosle proteccion, luégo un tribunal que le juzgue.

—¿Y todavía te admiraba que yo salvase la vida de Jonás?

—Cuando conocí la causa, aplaudí el hecho.

—¡Entónces pase, pero ahora!..

—Ahora lo deseo yo.

—Está bien; quedarás complacido.

—¿Te violentas mucho?

—Bastante.

—¿Vacilas?

—No.

—¿Temes?

—Esa pregunta hásela á Altacima, á mí no.

Algo más tarde se presentó el alférez, diciendo á Magno:

—Mi capitan, estamos al pairo; me comuniqué con la galera y es la misma que buscábamos. El mar no nos presenta buque alguno, la costa se esconde entre las ondas, y si son piratas los de esa nave...

—Basta; que forme la tropa.

—Cada cual ocupa su puesto, y tan preparados se hallan al zafarrancho...

—Silencio, alférez. Dos botes al agua, y que sigan y obedezcan al conde veinte soldados. Nada más. Parte, Oton, y vuelve como yo deseo.

El georgiano cubrió su cabeza con una gorra de terciopelo, trasladándose luégo, armado de espada y daga, á la galera francesa. Esta llevaba únicamente veintitres pasajeros; todos se hallaban sobre cubierta, mirando al *Dragon* con temor y sobresalto.

Melenik preguntó por el patron, el cual, presentando sus papeles, comenzó á hablar del objeto de su viaje. Oton le interrumpió, diciéndole:

—Basta. Hay muchos piratas por estos mares y es preciso acabar con ellos. Guardad esos documentos, y nada temais si es cierto lo que decis.

Y le volvió la espalda, comenzando á examinar los rostros de los viajeros. En la proa distinguió por fin á un embozado, el cual se recataba, mirando á hurtadillas el *Dragon*, los soldados que andaban cerca de él y cuanto pasaba en la galera detenida.

Melenik se le acercó, pero aquél fué á bajar en el momento que el primero le detuvo con las siguientes frases:

—¡Alto! ¡Alto os digo, señor embozado! Subid; aproximaos á mí. Descubríos. ¿Por qué temblais?

Era efectivamente el marqués de Altacima, el que, trémulo y descolorido, articuló:

—No, no tiemblo; consiste en que me hallo algo enfermo.

—¿No sois pirata?

—¡Yo! ¿Qué decis? Ved mi traje...

—Verdad es, por la ropa no lo pareceis, pero vuestra cara...

—Es que no me hallo bueno.

—Entónces sereis malo; quiero decir, que estareis malo. ¿Qué dolencia os aqueja?

—No lo sé; yo no entiendo de medicina.

—¿Quereis que os cure yo?

—¿De qué modo?

—Arrojándoos al mar de cabeza.

—El remedio es eficaz, pero no lo admito. Os advierto que soy un caballero. Y vos, ¿qué destino ocupais en ese navío?

—Soy un oficial al servicio de la república de Venecia.

—Oí que vuestro barco se llamaba *Dragon*.

—Parece que lo decis con miedo.

—No, al contrario; dicen que su capitan es muy valiente.

—Mucho.

—¿Dónde se halla?

—Ahí lo dejé.

—¿A Magno?

—No, al que le ha reemplazado

—Pues ¿y el otro?

—Partió á Madrid, no hemos vuelto á saber de él, y la república lo ha sustituido con otro que le iguala ó lo supera en valor y talento.

—Y ahora, ¿adónde vais?

—En busca de piratas.

—¡Ah! ¿Los hay por aquí?

—Sí.

—Comprendo; nos habeis tomado...

—Eso es; y aún sigo creyendo que vos, disfrazado de caballero...

—Señor oficial, pensad lo que decis; soy español y me titulo marqués...

—Continuad; ¿de qué?

—De Altacima.

—¡El marqués de Altacima, el esposo, segun oí, de la sobrina del valido, de una mujer la más bella acaso que existe en Europa! ¡Oh! perdonad si, efecto de la palidez del rostro y del temblor que teniais, pude tomar á tan elevado personaje por un jefe de piratas. En Cartagena y otros puntos he oido hablar mucho de vos, y en verdad que mereceis toda mi consideracion y respeto. ¿Viene aquí vuestra esposa?

—Cuentan, señor oficial, que el buque en que venis llevó á Venecia esa que apellidais mi mujer, por órden de Magno el *Dragon*.

—No sabía nada. Hace muy pocos dias que fuí destinado al navío que teneis enfrente.

—Por eso ignorais sin duda lo que aconteció en la malhadada boda que concluis de recordarme.

—Veo que nubla vuestra frente la conversacion que tenemos, y sentiria disgustaros.

—Sois muy jóven para el cargo que desempeñais, y tan cortés conmigo, que no puedo ménos de admirar vuestra conducta. Me parece recordar haberos visto en otra parte.

—No sé; en Cartagena, en Cádiz, en algun puerto de Francia, de Italia ó en la India.

—¿Ya atravesásteis el Océano?

—Hice cuatro viajes redondos.

—¡Magnífico! ¿No estuvísteis en el interior de España?

—No. Dicen que se parece á Italia; ¿es cierto?

—Sí. ¿Servísteis á las órdenes de Magno el *Dragon*?

—Nunca; el jefe de mi escuadra y él siempre estuvieron en pugna.

—Me alegro.

—Su renombre es hijo de la exageracion de la gente que le obedece. Algo más hará desde hoy en adelante el buque que él mandaba. Mi capitan sí que es bravo y entendido.

—¿Cómo se llama.?

—Juan de Austria.

—Como un príncipe que tuvimos nosotros; ¡qué rareza!

—Ya sé á quién os referis; al vencedor de Lepanto. Es un tipo como aquél, pero veneciano.

—¿Está sobre la cubierta?

—No, señor; en este momento descansa reclinado en el divan de su espléndida cámara. ¿Quereis verle?

—No.

—Es que á vos no debo negaros nada.

—¿Nos dejareis seguir adelante?

—En cuanto vos lo dispongais.

—Deseo llegar pronto á Génova.

—¿Necesitais alguna noticia ó cosa en que yo pueda complaceros?

—No; pero os agrádezco mucho la atencion.

—¿Me haceis la honra de estrechar mi mano?

—Con mucho gusto. ¿Quién rehusaria oprimir la diestra de un oficial tan jóven y discreto?

—Gracias. Soy el conde Divari, servidor vuestro. Mi palacio de Venecia queda á vuestra disposicion.

—¡Sois conde!

—Como vos marqués.

—Me alegro; y si alguna vez me detengo en Venecia y estais allí, prometo visitaros.

—Aceptaré tan insigne merced con júbilo. Soy todo vuestro. Que el cielo os guarde y recuerde al conde Divari.

—Digo lo propio, y me ofrezco á vos verdaderamente entusiasmado.

—Patron,—exclamó Melenik,—quedais en libertad de seguir vuestro derrotero. Os recomiendo al señor marqués de Altacima. Soldados, á los botes. Esta galera no es lo que creimos en un principio.

Poco después corria el *Dragon,* dejando atrás la nave en que iba Altacima.

Oton bajó á la cámara donde estaba Magno, comenzando á referirle su entrevista con el marqués sin suprimir una sola frase.

—¡Bien, georgiano!—le dijo el capitan.—Veo en ese diá-

logo el principio de una regeneracion que te elevará sobre la mayoría de los hombres. Siéntate á mi lado y hablemos.

—Con mucho gusto.

—¿Te violentaste mucho?

—Nada.

—¿Cómo esplicas eso?

—Acostumbrado desde que tenía uso de razon á dominarme, á sufrir y á hacer lo que me mandaban, no me esfuerzo ya en lo que á aquello se parece.

—Al principio estuviste irónico, terrible; luégo hábil, diestro, admirable.

—Estoy seguro que me va á visitar en Venecia.

—El chasco será completo si se halla conmigo.

Y continuaron ámbos tendidos sobre el divan hasta la hora de comer.

CAPITULO V.

Continúa el derrotero.—Barcelona.—Misterios.—El general Mondragon.—Rumbo á Venecia.—La galera Estrella.

TRASCURRIERON tres dias más sin que acontecimiento alguno viniera á interrumpir el rápido curso del navío *Dragon*.

Magno y Melenik tiraban constantemente ora al blanco, ora al sable; hablaban, discutian, imprimiendo el protector al protegido sus ideas caballerescas y la elevacion de sentimientos que el mundo admiraba en él. Le enseñaba además ciencia, y con el cariño de tierno padre lo preparaba para un porvenir en que el hijo de la Georgia debia ser la verdadera antítesis del humilde esclavo ó pobre liberto. Nuestro marino gozaba oyendo á Oton y mirando los rápidos adelantos de su cerebro jóven, pero admirablemente organizado.

Eran las seis de la mañana; el toque de diana despertó á los dos amigos, que abrieron los ojos para contemplar al alférez, el cual, sin cumplimiento alguno, entró en el camarote.

—Ya es hora, mi capitan,—exclamó.

—¿Qué viento llevamos?

—El mismo.

—¿Anclásteis?

—Sí.

—¿A qué distancia de Barcelona?

—A dos millas escasamente.

—¿Tiempo seguro?

—Como el de toda la navegacion.

—¿Se hizo lo que yo mandé?

—Claro está.

—Muy bien. Que vengan dos pajes.

Salió el alférez, vistiéndose poco después Oton y Magno, sin lujo ni insignia alguna el segundo que pudiera darlo á conocer. Embozados en dos capas negras, calados los chambergos y con buenas armas en el cinto, saltaron á un bote, el cual comenzó á correr por el agua á impulso de seis vigorosos remeros.

Magno sujetaba el timon, sin que él ni ninguno de sus acompañantes desplegara los labios.

A los veinte minutos dijo el *Dragon* muy quedo:

—Os quedais en el puerto, no hablais con nádie, disimulando en lo posible quiénes sois y á lo que habeis venido.

—Está bien, mi capitan.

Le contestó un marinero.

Oton y Magno saltaron á la escalerilla, subiendo por ella con rapidez. Luégo se confundieron con la mucha gente que se agolpaba al muelle, y de este modo lograron avanzar sín llamar la atencion.

—Ya estamos en país enemigo.

Exclamó el georgiano, pegando los labios al oido de su compañero.

—Ya lo sé; pero vamos bien armados, nádie nos conoce y es imposible una sorpresa.

—Más que eso vale, en mi concepto, ir los dos juntos; con ámbos basta y sobra para abrirnos paso en todas partes, sean los que fueren nuestros contrarios.

—Dices que Mondragon está en el castillo, ¿no es eso?

—Allí le destinaron.

—Muy bien.

—¿Conoces esta gran ciudad?

—Sí.

—Su puerto es de los mejores del Mediterráneo.

—De los más concurridos.

—Es algo antigua la poblacion.

—Bastante.

—¿Adónde vamos?

—Sígueme y calla, sin bajar nada el embozo.

—Ya lo hago.

Y anduvieron en silencio cinco minutos más.

—Hé ahí,—dijo Magno, deteniéndose de pronto,—la subida al castillo.

—Pues adelante.

—No; yo debo quedarme, pero no en este sitio. Avancemos.

Y dieron vuelta alrededor de aquel punto, tornando á detenerse. Luégo subieron al piso principal de una hostería, diciendo el capitan al primer camarero que se le acercó:

—Necesito un almuerzo para tres caballeros, en cuarto donde nádie pueda molestarnos.

—Adelante, señores. Venid aquí; entrad. ¿Os gusta ese?

—No es malo.

—Sillones de baqueta, mesa redonda y anchura.

—Muy bien. Que preparen cuatro ó cinco platos, postres y buen vino, en tanto que mi camarada va en busca del tercero. Despacha.

—¿Qué precio?

—Me es igual con tal que las viandas sean buenas y abundantes. No empieces á servir hasta que regrese este caballero. Marcha.

Salió el criado, y acercándose mucho Magno á Oton, le dijo:

—Vé al castillo; preguntas por el general Mondragon. Si está allí procuras verle, mandándole de mi parte que te siga.

—¿Y si no me dejan entrar?

—En ese caso procura que llegue esta carta á sus manos, que él saldrá.

—Entiendo que no le permitirán abandonar la fortaleza.

—Al contrario; el anciano general más querido y respetado que tiene España, hará lo que quiera en esa prision y fuera de ella.

—Volveré lo ántes posible.

—Aguarda. Si está y viene contigo almorzará con nosotros. Luégo nos acompañará al bote; al llegar á la plaza te separas, dejando este pliego en la capitanía del puerto para que se lo entreguen al gobernador de esta ciudad. Después te incorporas, procurando que Mondragon no note tu ausencia ni lo que haces.

—Oye, sigue muy embozado y no hables con nádie hasta que nos volvamos á reunir.

—Niño, abrevia, que yo se lo que debo hacer.

—¡Por Dios!..

—Haz que Mondragon venga embozado. Corre.

—Adios.

—Adios.

Magno cerró la puerta del cuarto, y, sin bajar el embozo, se dejó caer en un sillon, esperando así el regreso de Oton.

Nuestro georgiano anduvo muy de prisa hasta llegar al castillo, en cuyo instante descubrió algo su bello rostro, caminando despacio.

De este modo se presentó en el cuerpo de guardia.

—Deseo,—exclamó,—ver á mi amigo el general Mondragon.

Los soldados se pusieron en pié, contestándole uno:

—Ignoro si se ha levantado ó no. ¿Cómo os llamais?

—El conde Divari.

—¡Ah! Seguidme, señor.

Y un sargento lo llevó á la habitacion contigua á aquella en que se encontraba el general.

—Esperad aquí,—le dijo,—avisaré á mi capitan que debe estar hablando con él, y al momento sabrá vuestro deseo.

Cinco minutos después se abrió la puerta que tenía Oton enfrente, apareciendo en el dintel un jefe, que le dijo:

—Adelante, señor conde, y perdonad si os hicieron aguardar más de lo que yo hubiera querido.

Y entraron en un saloncito cuadrado, donde se hallaba Mondragon rodeado de vários jefes y oficiales. Al ver al georgiano se puso en pié sorprendido y confuso. Nuestro valiente jóven le indicó con la mirada que disimulase, y, alargándole la mano, exclamó:

—¿Cómo está mi querido general?

—Bien; ¿y vos?

—Cumpliendo la palabra que os dí en Madrid de visitaros este mes, en que debia venir á Barcelona á evacuar asuntos de familia.

—Gracias, conde. Sentaos á mi lado.

Melenik saludó á los que acompañaban al anciano, y éstos, después de pedir permiso al general, se fueron retirando hasta dejar solo á Mondragon con el georgiano.

El primero miró al segundo con más sorpresa y admiracion que al principio, preguntándole:

—¿No eres Oton?

—Claro está.

—El título con que te anunciaste, ¿fué fingido?

—No, me llamo Oton Melenik y soy conde Divari, gracias á mi amigo Magno, que pidió ese título para mí á la corte de Roma.

—Lo ignoraba..

—Por eso me anuncié con él; son pocos los que lo saben, y mi nuevo título me abre paso sin descubrirme.

—Di, valiente georgiano, ántes de salir yo de Madrid, ¿no heriste á seis alguaciles y te encerraron después en el calabozo de los sentenciados á muerte?

—Sí.

—¿Encadenado?

—Como yo no esperaba.

—¿A quién debes la libertad?

—A mis manos que rompieron el hierro, y á mis piés que imitaron al corzo.

—¡Eso no puede ser!

—Pues contadme vos lo sucedido.

—Muchacho, ¿sabes lo que dices?

—¿No recordais lo que realicé en casa de Jonás y luégo con los alguaciles?

—¡Aunque fuera así, de poco te habrá servido!

—¿Os referis á Magno?

—Sí.

—¿Qué opinais de él?

—¡Ay, que lo habrán asesinado!

—Cierto...

—¡Hijo mio! ¡Estoy seguro que era aquel niño inocente que yo tuve en mis brazos!

—Lo sentenciaron á muerte, después de hacer con él crueldades inauditas.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tened calma, general.

—Su memoria me atormenta más que mi destierro, que la humillacion sufrida. Habla, Melenik. ¿A qué vienes á Barcelona?

—Noto, general, que vuestro cerebro anda algo descompuesto.

—¿Por qué dices eso?

—Nos contraiamos á la muerte de Magno.

—Tienes razon; cúentame. ¡Ah, deseo y temo á la vez escucharte!

—Mal hecho. Os decia que lo sentenciaron á muerte; pero uno de sus amigos, el más jóven de todos, el que á nada se comprometió en vuestras reuniones, el ménos hablador, el más fuerte, detuvo el brazo del asesino y lo salvó.

—¡Qué oigo!

—La verdad.

—¿Quién era ese hombre?

—Yo.

—Oton, tu mirada, tu acento, esa serenidad... ¡Habla, por Dios!

—Lo salvé; nos trasladamos al *Dragon* y con él al puerto de Barcelona.

—¡Con que está aquí!

—Bajad la voz. Os aguarda impaciente y desasosegado á pocos pasos del castillo.

—Vamos...

—Tened calma, anciano.

—Pueden reconocerle...

—Está en sitio seguro, y á corta distancia quinientos mosquetes y cuarenta cañones esperan una señal suya para vomitar balas sin cuento.

—¿Qué pretendes, georgiano?

—Permitid que me acerque más. Contestad á mis preguntas. ¿Podeis entrar y salir en este castillo?

—Sí; no debo abusar, pero el gobernador me facultó para ello.

—¿Teneis capa?

—Claro está.

—Muy bien; pues coged los papeles que os puedan interesar, embozaos bien, y vámonos.

—No te comprendo.

—Magno lo manda así y os aguarda.

—Quiero contemplarle... Pero dime ántes, ¿le viste un lunar?..

—Sí, en el brazo izquierdo, cubierto de pelo.

—Eso es. Espera.

Y Mondragon llamó, presentándose á la puerta su criado, al cual dijo:

—Al capitan Gutierrez que tenga la bondad de venir.

El sirviente salió, preguntando Oton al general:

—¿A ese que mandais llamar pensais enterarle de vuestra partida?

—Sí.

—Concretaos sólo á decirle que vais á salir en vista dei

su ropilla, se sentó al lado del general. Oton, dejando expedita la entrada, dijo al camarero:

—Sirve de una vez las viandas, los postres, el vino, y no vuelvas hasta que yo llame.

—Aquí viene la mayor parte, señor.

—Trae lo que falta.

El mozo le obedeció, retirándose luégo.

—Ya estamos solos y la puerta cerrada,—les dijo el georgiano;—hablad lo que querais.

—Almorcemos.

—Cuenta, hijo mio, cuanto te ha ocurrido desde la noche en que te vi por primera vez hasta ahora.

Y el capitan relató lo que deseaba Mondragon en un discurso breve y conciso. El anciano le escuchaba con interés, comia poco, maldecia y votaba, presentando su rostro las impresiones de ira, cólera y despecho que llegaban á su alma, segun describia Magno las crueldades que sufrió en el camino y en la torre de Altacima. La víctima añadió despues lo que Oton hizo para salvarle, y entónces cambió el rostro del general retratándose la sorpresa y admiracion. Tres veces estrechó al georgiano, y besando su frente otras tantas, lo colmó de merecidos elogios.

Magno miró el reloj, exclamando:

—Las ocho y media. Aun cuando extracté, corrió el tiempo más de prisa de lo que yo queria. Sal, Melenik, paga, y vámonos.

Oton le obedeció, preguntándole el general:

—¿Tan pronto me dejas, ingrato?

—No; vais á tener la bondad de acompañarme para firmar unos escritos.

—¿Relativos á tu orígen y descubrimiento?

—Exactamente.

—Con mucho gusto. ¿Dónde están?

—Primero iremos al *Dragon*...

—¿No está á dos millas?

—Sí.

—¿Y quieres que me embarque?..

—¡Quien lo duda!

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Me lo prohiben mi destierro y prision.

—Vos no habeis podido comprometeros á nada; sois la víctima que obedece y calla.

—Las atenciones que ha tenido el Gobernador conmigo, y la libertad que me concedió, me impiden cometer abusos indignos de un caballero.

—Cerrad los ojos y obedeced. Mi padre se alza de la tumba y os lo manda.

—¡Tu padre, tu padre! ¡Qué invocacion!

—¡Os lo mando además en nombre de la infortunada Zaida, de aquella infeliz!..

—Sella el labio, hijo; yo enmendaré mi conducta, seré tu padre, me heredarás...

—Me sobran riquezas. Quiero en vos ciega obediencia, sumision...

—Pero Magno, me vas á deshonrar: ¡qué dirán de mí esos hombres!..

—Teneis razon; humilde y servil, obedeced las órdenes del valido; no salgais del castillo si él lo prohibe; no mirad si él lo dispone; temblad si se enfurece; angustiaos si decreta. ¡Cobarde, sois indigno de la amistad con que os honró el padre y de la consideracion del hijo!

—¡Cobarde yo!

—Sí. Os lo dice Magno el *Dragon*, el que se ha batido con siete heridas abiertas, el que destruyó escuadras poderosas, el que jamás fué vencido frente á frente ni áun en desigual combate. ¿Ya no recordais quién soy ni lo que hice?

—¡La voz del padre, su actitud, su terrible mirada!

—¿Oton? ¿Despachaste?

—Sí.

—¡Pues vámonos, hijo, que en este país no hay hombres, son gallinas!

—Ya te lo he dicho várias veces. Partamos, Magno, y al volver asolemos esta maldita tierra que odio desde que conocí á tus verdugos, desde que vi en tus amigos débiles instrumentos del diablo. Yo te seguiré donde quieras; yo que no temo del rey abajo á ninguno; yo que te amo; que fuí el único capaz de velar por tí, de salvarte. Sígueme. Voy á gritar que eres Magno el *Dragon* para tener el gusto de llegar á mi bote por entre cadáveres.

—Adios, general.

—Aguarda, hijo. ¿Me detendrás mucho en tu nave?

—No lo sé.

—¡Magno, yo no temo á los hombres, pero me hacen temblar la difamacion, la deshonra!

—El miedo os obliga á soñar, anciano; delirais, y os dejo.

—No. Te acompañaré al *Dragon*, siempre que me des palabra...

—No prosigais; á nada me comprometo. Quedad con Dios. Cuando vuelva, que no tardaré, sabrá España quién fué Mondragon respecto de mi padre, lo que hizo por el infortunado niño que moribundo le entregó, su conducta con la pobre Zaida Abenamar. ¡Os juro!..

—No acabes. Entre el hijo de Don Juan de Austria y mi propia honra, me inclino al primero. Amé tanto á tu padre, que merece este sacrificio de mi parte. Ya te sigo.

—Embozaos bien; poneos en medio y adelante. Oton, á la izquierda del general; si alguno intenta detener nuestro paso...

—Ya llevo cogidas y montadas las pistolas.

—Pues salgamos. No es necesario tanta prisa, Mondragon; el cumplimiento de una órden injusta es servil, la oposicion á ella, valiente, justa, digna de vos. Aquí os conceden libertad porque se les resiste castigaros sin haber cometido delito; porque les duele poner sobre esas blancas y venerables canas una corona de espinas, en vez de la gloriosa que os conquistaron cien batallas y vuestros hechos. ¿No os parece lo mismo?

—Se cayó parte de tu embozo, Magno.

—Callad, no os oiga Melenik, porque es capaz de cumplir lo que dijo ántes, y yo no se lo impediria, estad seguro.

—¡Qué hombres!

—Tienen vuestro temple de alma, Mondragon, ni más ni ménos. ¿A qué fingis?

—Hijo, es que te perdí dos veces y temo que llegue la tercera.

—Ya es muy difícil, general; va Oton á su lado, y hay poca gente en estos alrededores para que puedan con él.

—Silencio, que viene hácia aquí una autoridad.

—Bastante me importa á mí; es á ella á la que le conviene no pararse para evitar una caida, eterna probablemente.

—Conde amigo,—añadió el *Dragon*,—no te extrañe la natural timidez del general...

En este momento cruzó junto á ellos la autoridad, deteniéndose al oir la palabra general.

Mondragon y Magno siguieron andando; Melenik quedó fijo en el que se habia parado, diciéndole:

—¿Qué deseais? Soy el conde Divari.

—¿De qué general hablaba vuestro compañero?

—¿Teneis derecho á interrogarme?

—Soy la segunda autoridad de Barcelona.

—Y yo un extranjero que nada tiene que ver con vos; pero todo se puede conciliar. Os diré que mi amigo se referia al general Mondragon, desterrado aquí, de lo cual no está descontento por gustarle más la franqueza de los catalanes que la hipocresía de los cortesanos. ¿Quereis saber más?

—No, gracias. Perdonad si os detuve...

—Al contrario; contesté á cambio de otro favor que espero de vos. ¿Vereis pronto al Gobernador?

—Voy á su palacio en este momento.

—¿Dista mucho?

—Bastante.

—¿Me hareis la merced de entregarle este pliego?

—¿Yo?

—Sí; favor por favor; recordad que os pagué adelantado.

—Sea en buen hora.

—Tomad, y que el cielo os premie la accion.

—Adios, señor conde.

Y continuaron llevando diferentes direcciones.

Al extremo de la calle esperaban Mondragon y el capitan á Melenik, el cual se incorporó con ellos, diciéndoles:

—Adelante, señores.

—¿Qué hablaste con ese hombre?

Le preguntó el *Dragon*.

—Quiso saber á qué general te referias cuando citaste á tu padre adoptivo, y se lo dije, á cambio de que entregase al gobernador, junto al cual estará en breve, el despacho que tú le diriges.

—¿Y aceptó el encargo?

—Sí.

—La idea ha sido peregrina. Avancemos, general, que este niño pretende comprometeros.

—Explícame eso, Magno, porque no comprendo nada de lo que hablais.

—Ya os lo diré cuando estemos en mi barco, sin perjuicio de recomendaros por segunda vez la brevedad.

—Pues andemos todo lo de prisa que querais.

Y prosiguieron á buen paso hasta llegar al muelle.

A una seña de Magno se acercó su bote. Los tres descendieron á él, y Magno cogió el timon, exclamando:

—Muchachos, volad, que me urge mucho llegar al *Dragon*. Esforzaos cuanto podais. Así. Ya mi pequeño esquife, general, surca el agua con rapidez prodigiosa. Bajaos ese embozo, amigo mio, que estamos en la mar, y aquí no alcanza el poder de vuestros enemigos.

—Pues yo distingo desde aquí buques y cañones.

—Que vayan en busca del *Dragon*; al verle se retirarán sin hacer otra cosa que saludarle.

—¿Crees tú que nos perseguirán?

—Luégo lo veremos.

—¡Magno, por Dios, aclárame el misterio!..

—No tardaré.

—¿Voy á regresar pronto?

—Hablemos de otra cosa. Tended la vista sobre el mar; fijaos luégo en el horizonte; no lo empaña la más leve ráfaga, el dia se presenta delicioso, y los panoramas que hallareis en torno son encantadores.

—Hijo mio, sé franco y dime lo que te propones.

—Que veais el cielo catalan, claro y hermoso como el rostro de sus mujeres. Segun avanzamos se distingue mejor la cordillera de montañas puestas por la sábia Providencia á la orilla del mar para contener el embate de las olas. Fijaos bien.

—No puedo; me atormenta la idea de que estoy faltando al que debo favores.

—Esa cordillera continúa hácia Levante sin interrupcion alguna. A muchas leguas de aquí forma el extenso golfo de Lion, bravo y temido por los navegantes...

—Ya lo sé.

—¿Lo cruzásteis?

—Várias veces.

—Se confunden esos montes con los Pirineos orientales...

—Tambien lo he visto, Magno.

—Poco á poco va alejándose de nosotros el puerto de Barcelona. Ved las embarcaciones; aquellas de vela latina, tan comunes en este mar, parecen palomas que corren de un lado para otro, blancas como el cisne, ligeras como el viento; hacen el comercio de cabotaje, su importante mision es sacar lo que sobra en unos pueblos para trasladarlos á otros donde hace falta. ¡Oh, llenan un vacío que sin ellas atormentaria á los séres humanos! Esos bajeles son dignos de admiracion y de aplauso.

—Todo eso lo tengo estudiado y sabido, capitan. ¡Cómo corre este bote!

—Reparad en la musculatura de mis marineros y fácilmente os explicareis la causa.

—Voy á contemplar por primera vez tu *Dragon*, y en verdad que desearia hacerlo con más tranquilidad y sosiego.

—Vedlo allí; parece que sale del agua como fenómeno im-

ponente y majestuoso. Nos presenta su ancha y bella proa, esconde la fiera que lo distingue, porque teme ser reconocido y no quiere asustar hoy á los curiosos. Despues será otra cosa.

—¿Qué misterio envuelven tus palabras?

—Perdonad si no os contesto por ahora. Muchachos, más brio y empuje; fuerte el golpe, pausado el movimiento y esforzaos cuanto podais. Así. Para cada milla que basten diez minutos. ¿Navegásteis alguna vez, mi querido general, con la rapidez que ahora?

—Nunca; este bote es una centella.

—Ya estamos cerca. Mirad los rostros venecianos en la cubierta del *Dragon*. Algo oscuros, ¿verdad? El aire del mar y el sol los barniza con tintes negros, pero ved retratados en ellos el valor, la inteligencia y la energía.

—Jamás estuviste tan hablador como esta mañana, Magno.

—Me hallo en mi elemento y el mar desata mi lengua.

Minutos después se detuvo el bote al pié de la escala real del navío. Nuestro marino dijo á Oton:

—Conde, da el brazo á mi querido general y llévalo á la cámara, que pronto os sigo.

—No tardes, hijo. Que espere el bote en ese sitio.

Magno se quedó detrás, y cuando perdió de vista á Mondragon, pregunto á su alférez:

—¿Habeis almorzado todos?

—Sí, señor, mi capitan.

—Ese bote y el ancla arriba. Sin pérdida de tiempo, rumbo á Levante y continuad el derrotero sin interrupcion alguna hasta que lleguemos á Venecia.

—¿Qué más, señor?

—Que forme la tropa, cada cual ocupe su puesto, las mechas encendidas y todos dispuestos al combate.

—Magnífico. ¿Habrá zafarrancho?

—Si nos lo piden, sí. Abreviad.

Y el alférez corrió de un lado para otro, dando órdenes que eran obedecidas instantáneamente.

Magno descendió pausadamente por la escotilla, hallando al general en medio de la cámara de su buque, que decia á Oton:

—No vi salon tan suntuoso y espléndido, tan rico y majestuoso. ¡Qué divanes, espejos y colgaduras! Cuadros de mérito, muebles de ébano; oro, plata; pardiez que ni la cámara de Felipe III llega con mucho á esto.

—Lo cual no obsta, general,—dijo el capitan,—para que las balas hayan cruzado por aquí, destruyendo mis lunas venecianas, relieves y adornos.

—Pues no se conoce.

—Consiste en que la mando vestir á menudo; en la corta vida de este navío la reformaron cinco veces.

—Los turcos y los ingleses usan balas como las vuestras.

—Iguales; pero no tan bien dirigidas, toda vez que yo les llevo destruidos más de treinta buques y ellos no lograron otra cosa que agujerear mi *Dragon*.

—Saca esos documentos, y despues que los haya autorizado con mi firma partiré.

—Sentaos primero, general, y hablemos con calma. Lo mismo da que tengais de prision Monjuich que este castillo flotante. Torre por torre, aquí podeis cumplir la voluntad del valido lo mismo que en Barcelona. Vuestros crímenes se pueden purgar aquí muy bien; yo os lo aseguro.

—Me sentaré, pero abrevia.

Y lo hizo Mondragon; mas apénas se dejó caer sobre el divan cuando dijo, volviendo á quedar de pié:

—Este barco se mueve.

—¿Qué os extraña? Los buques se hacen para eso.

—Quiero decir que anda.

—Claro está; hácia Venecia, donde vamos.

—¡Magno, me has comprometido, y mi fama y buen nombre!..

—Perdonad que os interrumpa. En este momento lee el gobernador de Barcelona un despacho que dice lo siguiente. Oid el borrador:

Y Magno sacó un papel, continuando:

«Señor Gobernador: El *Dragon*, navío de la escuadra ve»neciana, llegó al amanecer frente á Barcelona, quedando á »dos millas del puerto. Inmediatamente, seguido de uno de mis »subordinados, me trasladé en un bote á la ciudad. El conde »Divari visitó al general Mondragon, encerrado en el castillo de »Monjuich, le sacó de allí con un pretexto muy estudiado, y »ya en la calle lo trasladé á mi barco á viva fuerza. La repú»blica de Venecia necesita de él, y yo, como comprendeis, no »soy escrupuloso en los medios de realizar las misiones que se »me encargan. Cuando vuestro gobierno entregue al mio la per»sona del capitan Magno, ó dé razon de ella, entónces tendreis »derecho á una satisfacion cumplida. Entre tanto la responsabi»lidad es mia, toda vez que el general Mondragon se ha opuesto »en cuanto le ha sido posible al abandono de su prision; pero »ya en la red tendida, sucumbió con sentimiento y pena, que es »muy caballero é incapaz de faltar á ninguno de sus compro»misos. Llevo rumbo á Levante, cuarenta cañones, quinientos »mosquetes y la dotacion que corresponde al mejor navío ve»neciano. Toda es gente aguerrida que no provoca combate »injusto, pero que no rehusa ninguno. Por la mar vamos, y si »gustais, en la mar nos veremos.=JUAN DE AUSTRIA.»

—¿Qué os parece, general?

—¡Juan de Austria! Lo que él ha dicho bien está. Ese nombre es un poder que acataré siempre. Sigamos á Venecia, hijo mio, y si nos atacan...

—Toda la cuestion estará reducida á que mi *Dragon* eche á pique dos ó tres buques más. Como si dijéramos, unas cuantas gotas de agua sobre las que tiene el Mediterráneo.

—¿Qué atambores son esos?

—Los de mi barco.

—¿Por qué tocan?

—Indican al soldado que se arme y forme sobre la cubierta.

—¿Es decir que viene ya el enemigo?

—No, que se preparan á recibirlo dignamente en el caso

de que quiera honrarnos. Sentaos, y hablemos. Ved al conde con qué tranquilidad y sosiego se reclinó sobre el divan.

—Ese niño es tan valiente como tú.

—Mi discípulo querido; pronto vereis qué bien tira al blanco y lo admirablemente que maneja la espada. ¡Oh, es un tipo digno de estudio! Nació en la Georgia, entre la cordillera caucasiana, y cuando se enfurece imita en bravura á las fieras de su país. Su pelo se encrespa; rígida la musculatura, contraido el rostro, de fuego la mirada, pierde la belleza femenil que le adorna en su estado normal, para trocarse en un leon sediento de exterminio. Sufre una metamórfosis completa.

—Lo veré con gusto.

—Tendremos asaltos, blancos deshechos por la certera bala, mesa de príncipe y un columpio dulce y suave que hará encantador vuestro sueño.

—¿Cuentas con la huéspeda?

—¿Quién es ella?

—La escuadra española.

—Tiene el gobernador á su disposicion tres navíos con un total de veintiun cañones, que tardaria en echarlos á pique media hora.

—¡Con que seguridad lo dices, Magno!

—Pues mi juicio, general, es aborto del arte y de la experiencia. Cuatro naves inglesas destruí en el golfo de Lion con mi solo navío, dotadas con ocho cañones cada una, y en verdad que el combate me entretuvo poco; sólo duró una hora. Avanzaron tanto...

—¿Qué ruido es ese?

—Los soldados que forman; grumetes y marineros que se arman de hacha y cuchillo. Pronto vereis un cuadro que os ha de gustar.

—Subamos.

—Dejad que concluyan.

Y prosiguieron hablando hasta que se presentó el alférez, diciendo:

—Listo, mi capitan.

CAPITULO VI.

El Dragon y sus tres enemigos.—Actitud hostil.—La solucion del problema.—Oton retrasa la comida.—El golfo de Lion.

CONTINUABA el silencio sobre la cubierta del *Dragon*. Los ochocientos hombres que iban en ella parecian mudos. Magno, Mondragon y el georgiano proseguian hablando é indiferentes, cuando el primero se puso en pié, diciendo á los otros:

—Ea, señores, subamos á cubierta para aspirar por lo ménos un aire más cargado de oxígeno y sal.

El general quedó sorprendido agradablemente al abandonar la escotilla. El pabellon de Venecia ondeaba orgulloso y altanero; veinte banderines flotaban impulsados por el viento; las velas, encorvadas y blancas, daban al navío movimiento y majestad, y ochocientos hombres, cual inmóviles estatuas, aguardaban la órden de su jefe para lanzarse al combate.

—Los mosqueteros sujetaban su mortífero instrumento con estóica vanidad, y la gente de mar, toda sin excepcion, armada de hacha y cuchillo, presentaba ese tipo desordenado y fiero del marino que se apresta al zafarrancho. Confundidos

con ella estaban los pajes, criados, pinches y la restante servidumbre, en fin, la cual, voluntariamente y por costumbre, se disponia á la lid con tanto entusiasmo como los demás.

Al presentarse Magno sobre la cubierta, un grito unánime y entusiasta lo recibió.

—¡Viva el capitan, el héroe de los mares!

Exclamaron, y la actitud de cuantos allí estaban presentó un aspecto más amenazador que nunca.

Nuestro marino fijó el dedo índice en sus labios, subiendo al castillo. Desde allí vió á los tres navíos españoles que marchaban en la forma que habia expuesto el alférez.

Algo más tarde notó que aquel que llevaba á babor se aproximaba, desplegando al efecto una bandera blanca.

—Quiere comunicarse,—exclamó,—pero no lo logrará.

Y alzando la voz, añadió:

—Alférez, Venecia no pide hoy ni da satisfaccion alguna á España. Si os preguntan, contestad eso sólo, arrojando después la bocina.

Algo más tarde, y estando á trescientas brazas próximamente el navío que iba á babor, preguntó:

—¿Quién manda el *Dragon*?

—Su capitan.

Le contestó el alférez.

—¿Cómo se llama?

—Venecia hoy no pide ni da satisfaccion.

Siguió aquel haciendo preguntas, á las que nádie contestó.

Desde este momento comenzaron los tres buques á hacerse señales y á quedar atrás. Magno, al ver esta actitud, exclamó:

—No hay combate. Abandonad las armas y continúe el servicio ordinario.

Los atambores volvieron á oirse, se escuchó un murmullo que indicaba burla y desden, á éste siguieron algunas carcajadas, y á los quince minutos sólo quedaban en la cubierta del *Dragon* los centinelas y gente del mar indispensable. El capitan, Mondragon y Melenik seguian en el castillo, fijas sus

miradas en los tres navíos que tan cerca tuvieron ántes. Magno exclamó por fin:

—Viraron de redondo y se vuelven á Barcelona. Vuestra ilustre persona, mi querido general, no es digna, en concepto de esos hombres, de sostener por ella un combate.

—Consiste en que han tenido miedo al *Dragon*...

—Tambien os lo anuncié hace más de una hora, y rectifico, añadiendo: que se hubieran batido con nosotros, sin probabilidad alguna de éxito, á no contenerles aquel pabelloncito. Venecia y España son aliadas, y temieron con razon perecer neciamente.

—Ya lo veo.

—Estamos en pleno derrotero, sin que haya temor de que intente detenernos buque alguno.

—De lo cual deduzco que, contra mi voluntad, veré á Venecia cuando ménos lo esperaba.

—No os pesará, que es muy bella.

—Dicen eso.

—Figuraos multitud de palacios que salen del agua para presentar sus mármoles, jaspes y pórfidos, labrados por los artistas más célebres de Europa; mil góndolas con relieves de oro y cajas de nácar y marfil que cruzan por sus calles azuladas y movibles á impulso de los remos manejados por italianos que entonan cánticos arrobadores. En ellas van los grandes de la república, mujeres ideales envueltas en rica seda de Oriente, y su conjunto, en fin, tan extraño y nuevo para vos, que os ha de causar la más grande y agradable sorpresa.

—¿Y tardaremos en abandonarla?

—No, que anhelo dejaros en España más respetado y querido aún que el primer dia en que os ví.

—Gracias, hijo; lo deseo vivamente y no dudo lograrlo de ti.

—Apoyaos en mi brazo y bajemos. Apénas alcanza ya la vista á distinguir los tres navíos que salieron de Barcelona en persecucion nuestra. Vuelven á su redil poco satisfechos y tan ligeros como el águila. Delante, Oton.

—No puedo, Magno.

—¿Qué miras con ese anteojo?

—La galera *Estrella*.

—¿Ves á tu amigo Jonás?

—No; el maldito se hallará en la cámara, y no me es dado contemplar su deforme rostro.

—Nota que anda bien su galera.

—Va hace tiempo frente á la nuestra, y esto me desespera.

—Déjala que llegue pronto, y de ese modo despacháremos ántes.

—No me separo de aquí hasta que la pierda de vista.

—Pues lo vas á lograr pronto, que se aproxima la hora de comer y quiero que te sientes á mi lado.

Y alzando la voz, gritó:

—Alférez, cincuenta remos por banda é inclinémonos hácia Africa hasta que el conde pierda de vista la galera *Estrella*. Luégo, que cesen de mover los palos ínterin haya viento, y á Venecia.

El oficial obedeció, Magno y Mondragon bajaron á la cámara, y Melenik, apoyado en la barandilla, prosiguió mirando con el catalejo la galera *Estrella*.

Una hora despues tiró el anteojo, exclamando:

—Ya no la veo; parece que el abismo se la tragó, y era la única ilusion que podia arrancarme de este sitio. ¡Ah, fiero Alaejo, terrible Altacima, si el diablo no os lleva al fondo de este piélago, si teneis la suerte de arribar á Venecia, allí pagareis vuestros crímenes, allí nos veremos! ¡Ay de vosotros ese dia dichoso! ¡La calma que me ha impuesto Magno se trocará en fuego que ha de abrasar vuestros corazones!

Y se volvió, hallando en frente un grumete que tendria su edad, de aspecto rudo, fisonomía fiera y único que quedaba oprimiendo con su diestra el hacha de abordaje.

—¿Quién eres?

Le preguntó Oton.

—Leandro Luti.

—¿Qué haces aquí?

—Os contemplo y admiro.

—¿Tú?

—Yo.

—¿No eres grumete?

—Sí.

—¿Por qué no ocupas tu puesto?

—Me dieron descanso, y lo aprovecho.

—¡Mirándome!

—Mirándoos.

—Me agrada tu fisonomía y actitud; estoy seguro que no eres cobarde.

—Pensais bien. Si la gente de esos tres navíos españoles nos hubiera abordado, ¡ay del brazo que intentara dirigir sus golpes al conde Divari! Roto, deshecho por el filo de mi hacha caeria al suelo en el acto.

—Mal hecho; tu deber, tu obligacion como grumete era defender la preciosa vida de nuestro amado capitan.

—Salvó la mia en el último zafarrancho; los ingleses me iban á arrojar al mar cuando llegó él, dando fin de ellos en el acto. Le debo además otros favores, y le admiro tanto, que le amo más que á mis padres; pero ese tiene muchos que le defiendan y que mueran por él en este barco, y vos sólo contais conmigo.

—No eres tonto, Luti. Dime, ¿á qué debo esa predileccion de tu parte?

—El alférez relató lo que hicieron con nuestro querido capitan; luégo añadió la manera que tuvísteis de salvarlo. Estas noticias fueron extendiéndose como el círculo que forma una piedra al caer sobre el agua; todos aplaudieron vuestro heroismo, y yo he jurado morir por vos.

—¿Deseabas decírmelo?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para que podais dormir más tranquilo, estar más seguro y para que no os extrañase mi presencia durante el peligro cerca de vos.

—Gracias, Leandro. Toma este bolsillo, que eres pobre y yo rico.

—Sirviendo al capitan Magno, nada hace falta, señor conde. Permitid que rehuse un oro innecesario y supérfluo.

—Vamos á Venecia, y allí podrá serte útil.

—No pretendais pagar con dinero lo que sólo merece estimacion.

—Bien, Luti; me lo guardo, y en verdad que has empezado excitando mis simpatías.

—Eso es lo que deseo, que no me confundais con mis compañeros en lo relativo á vos.

—¿Eres veneciano?

—No, señor, maltés.

—¿Tienes padres?

—Toda mi familia murió en la última peste que asoló á Italia.

—¿Cuáles son tus aspiraciones en el mundo?

—La de servir bien y la de que no me paguen mal.

—¿Estás contento en el *Dragon?*

—El oficio no me gusta, pero el trato del capitan me encanta.

—Si yo te diera una nueva ocupacion, ¿la aceptarias gustoso?

—Si era cerca dè vos, sí; léjos, no.

—Dice mi querido Magno, que en llegando á Venecia voy á tener todo cuanto posee un conde, inclusa la servidumbre.

—Eso y más mereceis.

—Pues yo empiezo á formar aquella nombrándote mi criado. Vestirás con decencia, de tu cinto penderá una espada, depositaré en ti mi bolsa y me seguirás á todas partes. ¿Te agrada?

—Mucho; pero me he vendido por seis años, y sólo llevo dos.

—Yo rescataré lo que falta, y quedarás libre esta tarde.

—Que el cielo os pague el bien que concluís de hacerme.

—¿Serás leal?

—Como el mastin de mejor instinto.

—¿Reservado?

—En lo que convenga, mudo.

—¿Listo?

—Aguzaré el entendimiento.

—¿Valiente?

—Moriré por vos si es preciso.

—Me agradas, Luti. Tira el hacha, cambia ese traje; que te dé el mayordomo de Magno lo que te haga falta, y empieza tu nuevo oficio posesionándote de mi bolsillo.

En este instante se presentó el capitan en el castillo, preguntando á Oton:

—¿Aún sigues con el anteojo en la mano?

—No.

—Dos veces te llamé.

—Tu voz se perdió ántes de llegar aquí.

—¿Todavía distingues la galera *Estrella*?

—Hace tiempo que se confundió con las ondas, me hice la ilusion de que se la habia tragado el abismo, y dejé de mirar.

—¿Por qué no bajaste entónces?

—Queriendo favorecer tu idea, me ocupaba en nombrar el primer individuo de mi futura servidumbre.

—¿Qué falta te hace?

—Mucha.

—Explícate.

—He hallado un hombre valiente, leal, y esta rareza entre los séres humanos debe uno apresurarse á adquirirla.

—¿Quién es?

—El grumete que tengo delante.

—Aunque muy jóven, se ha batido ya bien.

—Lo sé.

—¿Qué le nombraste?

—Criado mio.

—Luti, libre estás, y puedes, si te agrada, servir á mi hermano Oton.

—Gracias, mi capitan, lo haré.

—Niño, ¿comemos?

—Ya te sigo.

Y ámbos se incorporaron con Mondragon en la extensa cámara del navío.

Terminado aquel acto subieron nuevamente sobre cubierta, paseando por ella el resto de la tarde. Cruzaban frente á la cordillera de montañas que empiezan en Cataluña para terminar en los Pirineos orientales, con ligeras interrupciones que forman deliciosos valles, siempre agradables á la vista del viajero. El *Dragon* corria de bolina, y entre los soldados y gente de mar habia esa animacion y algazara tan comun en los hijos del Mediodía. Magno era exigente en lo relativo al combate y al cumplimiento del deber de cada uno. En cambio les permitia toda clase de expansiones, y su tolerancia en esta parte era tan conveniente como aplaudida. Así es que el *Dragon* parecia un pueblo italiano, donde cantaban unos, reian otros, conversaban los más, viviendo en el dulce trato de una sociedad íntima, fraternal, agradable. Como se pagaba bien, los castigos eran raros y los jefes daban ejemplo, pocos eran los que faltaban á su obligacion.

Mondragon observó todo esto y no pudo ménos de excitar su atencion el órden y concierto que reinaba entre aquella gente tan brava y aguerrida.

Al anochecer volvieron á la cámara, y, sentados sobre el divan, exclamó el anciano:

—Todo cuanto he visto en el *Dragon* es admirable, Magno; te felicito, pues de seguro no hay pueblo ni navío en el mundo mejor gobernado.

—Pues ya observareis que el castigo es aquí una excepcion extraña.

—A los hombres no se les convence á palos, sino con razones.

—Eso hice siempre, y jamás me arrepentí.

—Llevas más de ochocientos hombres, y no cuestionan ni alborotan con disputas propias entre el soldado y marinero.

—Les doy cuanto necesitan, procuro ser justo con ellos,

me aman tanto como me respetan, y hé ahí la causa del deseo que tienen todos de agradar, de su temor en causarme la menor molestia. Debísteis notar en Madrid que entre los grandes intentaba sobreponerme, venciéndolos en lujo y esplendidez.

—Cierto; allí eras el verdadero tipo aristocrático.

—Pues bien, en mi *Dragon* observo una conducta enteramente contraria; paso horas enteras confundido entre mis soldados y marineros, refiriéndoles la parte de mi vida que desconocen, lo que sucede en los palacios, lo que hacen los poderosos de la tierra, y nunca me falta una historia ó fábula que envuelva la idea moral que me propongo imprimir en sus almas. Ellos me escuchan con suma atencion, agradecen la confianza, aplauden lo que llaman mi talento, y asimilándose á mí en creencias, van poco á poco adquiriendo un tinte de pundonor, delicadeza y tolerancia que los eleva donde rara vez llega el hombre vulgar. Miéntras les hablo no soy capitan, sino el hermano que aconseja, guía é ilustra; y como quiera que durante el zafarrancho los animo y defiendo, ven en mí un padre cariñoso que desciende á ellos en alas del amor. ¡Cuántas veces al declinar la tormenta en medio del gran Océano, comia el mismo rancho, con igual cubierto, quedándome luégo en agradable plática con los que no estaban de servicio! Como este hecho tenía lugar en los instantes que con el arte y la ciencia concluia de salvar sus vidas y el barco que nos llevaba, me lo agradecian de un modo que no es dado explicar á nádie. Entre rugientes olas, á mil leguas del pueblo mas próximo y donde mi autoridad sólo tenía la fuerza moral que yo lograba prestarle, allí, que son pocos los que saben hacerse obedecer, allí era yo, no un general de marina ni un rey que mandaba vasallos, eso no vale nada; era un monarca que reina en los corazones de sus hijos. Aquellas miradas tiernas, seguidas de una completa sumision á mis órdenes, agradaban tanto al jefe como al soldado. La violencia residia en el no hacer, que al ejecutar todos gozaban. De este modo logré siempre que mis soldados y marineros fuesen leones en el com-

bate, muy expertos y entendidos durante el peligro, y hombres con voluntad propia y una ilustracion desconocida en su clase en los períodos de paz.

—Hijo, llegué á general para empezar á aprender lo que no sabía. Ese modo de dirigir hombres no es comun entre nosotros.

—Por eso hay quien pierde batallas y manda cobardes.

—¿Jamás te viste en apuro?

—Muchas veces; pero siempre me sacaron de él el acierto y valor de mi gente.

—¿Perdiste algun combate?

—Ninguno, á pesar de aceptarlos várias veces con bastante inferioridad numérica.

—¿Habrás presenciado, sin embargo, alguna sublevacion propia entre vosotros?

—Sólo la conozco en el nombre; mis subordinados, durante la pelea, no hacen otra cosa que aborrecer y destruir á su enemigo. En la paz aman á Dios sobre todo lo que existe, luégo á su capitan, que les sirve de padre, y después de éste al género humano.

—Pues no es poco lata la frase.

—No la retiro; desde que se acaba el zafarrancho hasta que vuelve otro, no aborrecen á nádie, ni los oí jamás votar, ni dan cabida al ódio. ¡Oh, mucho os falta todavía para conocerlos, Mondragon!

—Ya empecé, y cada instante me va siendo más agradable la travesía que hago en tu barco.

—Os arranqué del castillo de Monjuich para daros una libertad que os quitó vuestro interés por mí, para que goceis; que nunca Magno sacrifica á su amigo por idea egoista ó pensamiento avaro. En Venecia cumplireis algo de lo que ofrecísteis al autor de mis dias sobre su lecho de muerte, con lo cual llenareis un deber, deber, general, que recibirá digna recompensa.

—Sólo aspiro ya en el mundo á realizar el juramento que hice á tu padre, reemplazándolo para ti en cariño é interés.

—El hijo, en cambio, os llevará á Madrid, y ante vos rodará por el polvo el hombre que osó encarcelar esas honrosas canas. Lerma, Mondragon, ha de temblar ante vos.

—Todo lo merece el miserable que á ámbos nos trató con crueldad inaudita. Poco me importa ya lo que ántes temí; tu comunicacion salva mi honra y buen nombre, me hallo á tu lado satisfecho, y ya camino hácia Venecia con placer.

—Lo extraño es que en Barcelona dudáseis de mis intenciones, olvidárais mi generosidad.

—Perdona, hijo mio; fuí siempre tan escrupuloso en todo lo que se refiere al honor, que mi oposicion se halla disculpada. ¿Lo crees así?

—No he pensado en eso; me entretengo sólo en contemplar al amigo íntimo de mi padre, al que recibió sus últimos suspiros, el encargado de velar por mí; y cuando considero que lo estais haciendo y que sois el general más valiente, entendido y pundonoroso que tiene España, ébrio de placer exclamo para mí: ¡Padre por padre, bendigo á Dios que me quitó el primero para dejarme otro tan bueno como aquél!

—¡Vaya un contraste!—exclamó Melenik, interrumpiendo á Magno y Mondragon.—El arrullo de estas tórtolas no se parece en nada al duo que cantaban no há mucho los cuervos Jonás y Altacima.

—¿A qué viene el recuerdo de esos hombres, Oton?

—Ya te lo he dicho, Magno: á formar contraste con el divertido diálogo que me obsequia en estos instantes.

—¿Te molesta nuestro cariño?

—Al contrario, pero me divierte poco.

—No es esto un teatro.

—Porque á ti no te da la gana.

—¿Quieres dejarnos continuar?

—Te advierto que me voy á dormir. Es para mí tan incomprensible y fabuloso eso de padre tierno, madre cariñosa; en mi país no se acostumbran esas cosas.

—Pues oye y aprende.

—¿A qué? ¿A ser padre?

—No, un buen hijo; de lo otro yo me encargo.

—¿No basta con mi viaje desde Madrid á la torre de Altacima?

—No; es preciso que continúes por el mismo camino hasta que muera uno de los dos.

—Ahora no puedo; pero deja que lleguemos á Venecia, y entónces el hijo...

—¿Qué? Continúa.

—Entónces el hijo volverá á dar al padre nuevas pruebas de amor.

—¿De qué modo?

—Corriendo al alcance de Jonás.

—No es eso.

—Pues así fuí desde Madrid á la torre de Altacima.

—¿Vuelve á dominarte la idea de venganza?

—Como no se fué, mal ha podido dar la vuelta. Varié mi conducta y reformé mi plan; eso es todo.

—Dinos lo que piensas.

—¡Cá, no puede ser!

—¿Por qué?

—Porque yo no hago lo que esos valientes y aguerridos caballeros Mondragon, Gonzaga, Pantoja y compañeros mártires. En vez de pronunciar discursos, lanzar votos y meter, por último, mucho ruido, medito, callo y obro.

—¿Tienes ya plan formado?

—¡Ya lo creo!

—¿Y hecha decision?

—Completa.

—Entónces, ¿á qué molestarte en discurrir?

—Ensimismado y meditabundo, traigo á mi memoria los cuadros que he de ver más adelante, y comienzo á gozar con el resultado que me ofrecen. Al estudiarlos de nuevo, siempre se me ocurren algunas ideas que los embellecen y adornan; de lo cual deduzco que el término será un desenlace tan original y aceptable que ha de agradar á los buenos, que ha de extremecer y confundir á los malos.

—Melenik, dinos algo, en obsequio siquiera de lo que he sufrido en la torre de Altacima.

—Invocas un acontecimiento que me va á obligar á complacerte, no obstante la firme resolucion que tenía de no hablar.

—Mondragon y yo te oiremos con mucho gusto, concretándonos á aconsejarte bien, en el caso de que pensases mal.

—No será fácil, toda vez que nada me es dado detallar, ni áun presentarlo de otro modo que hipotéticamente, pues lo que está en lo futuro y sujeto á grandes accidentes no se puede concretar ni hacer de ello otra cosa que indicaciones. Sentado esto, os diré que en Venecia tiene Magno su amada, la cual debe ocuparle mucho tiempo. Están sin verse más de dos meses; ella sufrió las consecuencias de un viaje en el que pudo perecer, en tanto que él fué presa de los malvados que prentendian asesinarle. Y claro es que al hallarse ámbos libres de tales riesgos, con el orígen y apellido que el uno buscaba y con el dia venturoso porque suspiraba la otra, ámbos tendrán mucho que hablar, algo que disponer, resultando de esto que no les quedará tiempo para otra cosa. Yo, completamente desocupado, llenaré aquel vacío, pagando una cuenta que debe el capitan Magno.

—Sepamos qué cuenta es esa, conde Divari.

—Ya en Venecia me entenderé con el Dux, que me conoce como á ti; luégo me pondré de acuerdo con los individuos que componen un terrible tribunal, cuyas sentencias carecen de apelacion, y preparado el terreno recibiré dignamente á los señores Jonás de Alaejo y marqués de Altacima; de este modo llevaré yo el timon del barco en que navegaremos por Venecia, y el capitan tendrá tiempo de sobra para entregarse á sus deliciosos amores con la más encantadora de las hijas de Eva. Sé que mi querido hermano suspira por una madre que acaso le esté buscando todavía, y yo haré que sin pérdida de tiempo se pregunte, se indague por el Gobierno de la república, hasta lograr adquirir las noticias que nos son indispensables sobre el paradero de la mora. En este asunto me serán de mucha

utilidad los datos que me ha de suministrar al efecto mi amigo Mondragon ¿Es cierto, general?

—Cuando quieras te enteraré de aquello que necesites y sepa yo.

—Mañana. Tambien encargaré á los agentes venecianos que me descubran la existencia y paradero, si es que vive, de un judío llamado Nefftalí Asam, con el que deseo ajustar várias cuentas relativas al abandono de un niño, al robo que le hizo de algunos millones, para que me los entregue, con los réditos que él les ha sacado en treinta años que los maneja. Hé ahí lo único que debo deciros. Mi plan se halla subordinado á tus ideas, que las mias eran diferentes.

—¿Crees que te harán caso el Dux é individuos del tribunal que has citado ántes?

Le preguntó Magno.

—Todos ellos me conocen mucho; llamábanme el perro faldero del senador Magno, me acariciaban siempre que me veian, y de quienes sólo recibí pruebas de cariño y estimacion, no me es dado dudar.

—¡Eres tan jóven y el asunto tan grave!

—Cuando sepan lo que hice por ti, cuya historia te encargarás tú de referirles, verán en mí un hombre, en ti una víctima, y el deber les obligará á escucharme y á hacernos justicia.

—Niño, deja á mi cuidado ese asunto, que habrá tiempo para todo.

—Tú desempeñarás en él tu papel y yo el mio, que el negocio tiene ocupacion para ámbos; mejor dicho, para los tres, pues tambien el general ha de hacer algo. Empiezas por cederme una parte de tu palacio, nombrarme servidumbre separada de la tuya, para que en Venecia pueda ostentar dignamente el título de conde que debo á tu generosidad.

—Cuando te lo regalé, sí; ahora, no, que lo has ganado con heroismo, Oton.

—Eso se lo cuentas á ellos.

—Todo el mundo lo sabrá.

—Pues te recomiendo la reserva y circunspeccion innatas en ti, pero que jamás fueron tan necesarias como en la ocasion presente. En mi concepto debeis llegar los dos de incógnito á Venecia, y hablar allí poco y con sólo las personas que os sean indispensables.

—Eso mismo he dispuesto, Melenik.

—Me alegro. En cuanto á mí, ya es otra cosa; el título que llevo empieza ahora á figurar, nádie le conoce, y puedo impunemente ostentarlo sin vender nuestro secreto. Cuando todo esté terminado, entónces nos daremos á conocer como quienes somos.

—No hallo tu plan descabellado, Oton.

—Ni yo tampoco.

Añadió el general.

—En cuyo caso,—prosiguió Magno,—sigue pensando en él lo que quieras, y luégo haremos lo que Dios nos inspire. Hablemos, pues, de otra cosa. Mondragon, al amanecer estaremos ya en los mares de Francia, pasando primero por frente á Marsella, Lion; luégo entraremos en Italia y se nos presentarán Génova, Nápoles, Córcega, Cerdeña, los Estados Pontificios y várias poblaciones, en fin, dignas de ser admiradas por el viajero que, como vos, es inteligente y curioso. Segun dije ántes, os arranqué de Barcelona para que tengais libertad y cuanto anheleis. Acepto el honroso título de padre adoptivo que me dais, y mi buque se detendrá donde os agrade; que desde mañana no obedecerá á otro derrotero que á aquel que vos le impongais.

—Gracias, hijo; conozco Italia y toda la costa que tiene Francia al Mediterráneo; sigamos hácia Venecia, y después que hayamos despachado allí los asuntos que tenemos pendientes, entónces nos ocuparemos de otra cosa. Ten entendido que mi mayor placer se cifra ya en estar junto á ti, en verte, en oir tu voz. Eres hijo del hombre que más amé en este mundo, y como si esto fuera poco, tus hechos por sí sólos, tu admirable conducta y las desgracias de que has sido víctima, te hacen digno de todo mi cariño y consideracion. Tu navío va

siendo cada vez el sitio predilecto en que yo soñé hallarme.

—¡Qué bueno sois, padre mio!

—No me escasees ese nombre, que me agrada mucho oirlo de tus labios. Di, ¿por qué no te has hecho cortar esa barba y melena?

—Estos pelos, señor, crecieron ¡ay! en aquella horrible mazmorra donde comí los mendrugos y las berzas que los perros mancharon con su baba, desechándolos luégo; en aquel horrible calabozo en que pusieron mi alma en tortura, atravesando diariamente el corazon, y he jurado que han de volverlos á ver de otro modo distinto Jonás, Altacima, y probablemente el duque de Lerma. Si me los cortase, posible es que huyeran de mi memoria el recuerdo perenne de lo que sufrí, que ellos me prestan, y es necesario que no lo olvide para que la humanidad se vea libre de esos perversos.

—Mal hecho,—exclamó Oton;—si algo dejas de hacer, descuida, que aquí estoy yo para suplirte dignamente.

—Tú puedes poco en Venecia, conde; yo mando allí; más de una vez, al recordar á mi madre y á Otilia, llegó á mi mente la idea de un perdon criminal; posible era que saliese de mi labio al encontrarme junto á una de esas dos mujeres, y ya pronunciado se cumpliria. Por eso dejo en mi cabeza y faz la huella del dolor, porque, temeroso de que una nueva víctima lo sufra, me será imposible perdonar á los verdugos, que se hallan indudablemente dispuestos á repetir su maldad cuantas veces hallen ocasion.

—En ese caso,—dijo el georgiano,—y puesto que á Mondragon no se le ocurre preguntar más sobre el particular, voy yo á hacerle una oferta, ya que la tuya de desembarcar en Francia ó Italia no fué aceptada, pensando con cordura dicho señor. Veamos si me desaira á mí tambien: general, teneis enfrente un precioso camarote que contiene ricas colgaduras, relieves de oro, artesonado sublime, cuadros y hasta una pequeña biblioteca, con dos camas donde dormimos Magno y yo; os cedo la mia, para que de noche continueis al lado de vuesto hijo. ¿La quereis?

—¿Dónde vas á dormir tú?

—En el camarote contiguo, que es mucho más chico y ménos lujoso, pero que basta para mí.

—Noto que te violentas al hacerme tan generosa cesion, y no debo admitirla.

—¡Vaya una suposicion destituida de fundamento! Se la ofrezco gustoso al padre de mi hermano.

—En ese caso la admito, quedándote muy agradecido...

—Basta de cumplimientos, que yo tambien voy ganando algo en el cambio: empiezo á tener servidumbre propia, y me es necesaria la separacion de Magno por el tiempo que tarde en terminar el negocio de que hemos hablado ántes.

Nuestros tres amigos conversaron hasta las nueve de la noche en que se pusieron á cenar. Después quedaron de sobremesa hasta las once que se dispusieron para retirarse á descansar.

En estos momentos atravesaban el golfo de Lion, el cual, contra su costumbre, apénas presentaba movimiento en sus olas.

CAPITULO VII.

Amo y criado.—Continuacion y término de la travesía.—Llegada á Venecia.

DISPUESTA la cama en el camarote designado por Melenik, y encerrados en él los libros en que nuestro georgiano solia estudiar, estrecharon su mano Mondragon y el capitan, entrando luégo en su dormitorio.

Quedó Oton solo en la cámara, y despuées que hubo meditado un rato oprimió dos veces un timbre. A la vez se presentaron un paje y su nuevo criado. Aquél les dijo:

—Cuando suene una vez esta campana llamará el capitan, cuando la oigais dos, entónces soy yo, y quiero que acuda mi sirviente. Marcha, y avanza tú, Luti. Bien; aseastes tu cútis y cabeza, cambiando de traje; pero no estoy satisfecho; esa tela de lana con que te cubres debe ser remplazada por otra mejor. El criado y confidente de un conde puede ir hasta elegante.

—Perdonadme os diga que para serviros en el *Dragon* estoy bien así, en concepto mio; en tierra vestiré mejor, que en ello cumplo vuestro deseo y el mio.

—¿Eres aficionado á las galas?

—Sí, señor.

—Entónces nada debo añadir sobre el particular. ¿Estás satisfecho sirviéndome?

—Era mi ilusion.

—Te advierto, Luti, que no hay oficio sin trabajo.

—Me ha de parecer delicioso cuanto me mandeis. Ya me cansé de subir por esos palos, manejar velas, comer rancho y vivir entre pescados. No temo al mar, pero me gusta más el suelo; no me asustó nunca el zafarrancho, se presta más, sin embargo, á mi carácter la lucha en tierra firme y con espada, que juzgo será continua, divertida, y entiendo que junto á vos me ha de sobrar en qué entretenerme. Muy valiente sois, segun cuentan, pero juro por mi patron San José que no he de quedarme atrás nunca, si vos me lo permitís.

—Luti, como criado, todo esto está muy bien; pero si aspiras á ser mi confidente, es preciso algo más.

—Hablad, señor conde.

—Es necesario reserva y mucha circunspeccion.

—Llegaré á sentir crecer la yerba, y con los secretos me convertiré en arcano.

—Cuando yo te mande algo, mi voluntad ha de ser siempre la tuya.

—Eso es corriente.

—El buen sirviente nada antepone al deseo ó conveniencia de su señor.

—Claro está.

—Ni áun cuando el asunto fuera del capitan Magno.

—Perfectamente.

—Temo que en alguna ocasion tu entusiasmo y cariño hácia mi hermano te obliguen á faltarme.

—Mal hecho; ante el deber cederá toda consideracion humana. Ya sois mi señor, y nádie antepondré á vos, estad seguro.

—Acércate más. Pronto llegaremos á Venecia.

—Lo creo; como siga el tiempo abonando, pasado mañana por la noche navegaremos por el mar Toscano.

—Pues bien; algo más tarde anclarán en el Adriático los dos malvados que trataron á Magno con la iniquidad de que tienes conocimiento.

—¿Allí osan acercarse?

—Sí.

—¡Qué temeridad!

—El uno le juzga muerto y el otro lo cree amarrado con cadenas.

—¿Qué vamos á hacer con ellos?

—Yo hubiera deseado que entre los dos, después de atormentarlos bien... ¿Entiendes?

—¡Vaya si lo comprendo! Yo estoy dispuesto.

—Es el caso que los escrúpulos del capitan se oponen, y no habrá otro remedio que entregarlos al tribunal.

—Lo siento; era mejor vuestra idea, señor conde.

—Realizaremos lo que él quiere, pero adelantándonos, formando parte nosotros dos de los mismos que los han de prender. De este modo no lograrán escaparse.

—Buena idea.

—Para realizarla es necesario mucha reserva, á fin de que Magno no lo impida.

—Se entiende.

—¿Es decir que puedo contar contigo en tan difícil como delicado asunto?

—Os pertenezco por completo y haré cuanto me mandeis.

—Discurres bien, Luti; comprendes admirablemente, y como tu lealtad se iguale á la buena imaginacion que Dios te ha concedido, junto á mí nada echarás de ménos en el mundo.

—Unidos ámbos, delante el señor y el criado detrás, llegaremos al infinito.

—Posible es que Magno, cuyo gran talento conoces, trate de examinarte á menudo, con objeto de averiguar lo que piensa y lo que hace tu señor.

—Sabrá lo que á vos os convenga, ni más ni ménos.

—No olvides las frases en el resto de tu vida, Luti. Sabrá lo que á mí me convenga.

—Ya está dicho, y lo sostendré el resto de mi vida.

—Muy bien; quedo satisfecho, y me retiro á descansar. Sígueme.

—¿Mudásteis de dormitorio?

—Sí; hasta terminar la obra que pronto empezaremos, nos conviene separarnos algo de Magno. Desnúdame. Pon luégo la luz sobre esta mesita, acercándome aquel libro grande que está sobre los otros.

Cuándo el sirviente hubo terminado, exclamó:

—¿Qué más desea mi señor?

—Sacas la ropa...

—Lo sé; dispuesta la tengo.

—A las siete entras á vestirme. Luti, empiezas tu nuevo oficio comprendiéndolo admirablemente.

—La voluntad, señor, destruye con su escalpelo á la ignorancia.

—Cada instante me hallo más complacido de tu aficion á mí.

—Gracias.

—Retírate.

—Hasta mañana, señor.

Oton abrió el libro que le habia dado su sirviente y leyó hasta media noche, en cuyo instante apagó la luz y se quedó dormido.

A las cinco y media despertó Magno, efecto del mucho movimiento que llevaba su barco; notó que Mondragon reposaba, y sin hacer ruido alguno se vistió, subiendo inmediatamente á cubierta. Al pié de la escotilla encontró al alférez, al cual preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Poca cosa, mi capitan; viento duro, mar de popa, lo cual no impide que el *Dragon* corra como nunca.

—Bien; todo está en regla, el velámen como corresponde, y áun cuando el horizonte se va cargando, pronto dejaremos atrás la tormenta que parece amenazar en este paraje. Mucho hemos andado; tenemos á la izquierda á Tolon.

—Sí, señor.

—¿Volvísteis á ver la galera *Estrella?*

—Imposible, quedó muchas millas atrás.

—Muchas no, que es ligera, y con el viento que reina volará.

—Pero no como el *Dragon*.

—¿Teneis algo más que decirme?

—Nada, señor.

—Seguid así, si el viento no arrecia ó varía. Llamad á Luti, ese grumete que entró al servicio del conde, y que se me presente.

Magno descendió á la cámara, sentándose en el divan.

Poco después apareció Leandro, preguntándole:

—¿Qué deseais, mi capitan?

—Aproxímate. ¿Estás contento con servir á Oton?

—Mucho.

—Anoche hablásteis en este sitio después de haberme yo acostado.

—Bastante.

—Supongo que trataria contigo de una venganza que puede comprometer su existencia; harto hizo por mí, y no puedo tolerarle que se exponga más. ¿Nada me contestas?

—No os comprendo, señor.

—¿Es cierto lo que acabo de decir?

—Seguramente; pero yo no tengo noticia alguna.

—¿No te habló de eso?

—¿A mí?

—¿Pues de qué os ocupásteis?

—Del servicio; como soy nuevo me dió instrucciones...

—¿No mientes, Luti?

—Me contraigo á obedecer á mi señor con la lealtad que merece.

—Eso prueba que me ocultas la verdad.

—Le quiero tanto, que si alguna vez peligrara su vida pronto lo sabríais.

—Eres tan jóven como él, y debieras enterarme de todo para evitar con tiempo que le tiendan una red y llegue tarde la noticia.

—Pues os lo he dicho todo.

—Con tu reserva puedes comprometer su vida.

—Señor, no desconfieis de mis frases, yo os lo ruego en nombre de lo que más ameis en este mundo.

—Lo haré, pero es preciso que en lo sucesivo me cuentes lo que piensa el conde, para los fines que ántes te dije.

—Perfectamente.

—¿Dónde has dormido?

—En un camarote próximo al de mi señor.

—Sírvele bien, obedéceme y encontrarás digna recompensa.

—Gracias, mi capitan. ¿Deseais algo más de mí?

—No; retírate.

El toque de diana despertó á Mondragon y al conde; el segundo cogió el libro y se puso á leer, en tanto que el primero se vistió, y no viendo en la cama á Magno, se fué en su busca.

—¿Hay peligro?

Le preguntó entrando en la cámara.

—No.

—¿Cómo madrugaste tanto?

—Me despertaron el movimiento del buque, el ruido de las olas, y subí á enterarme de lo que ocurria.

—¿Dónde nos hallamos? ¿Frente á Marsella?

—No; pasamos á Tolon.

—Bastante hemos corrido.

—Anduvimos más de catorce millas por hora.

—Zumba el aire y el sol está cubierto.

—Verdad es, pero pronto dejaremos atrás el chubasco que amenaza.

—¿Y Oton?

—Estará estudiando, segun costumbre.

—No sabía yo que tenía tambien esa buena cualidad.

—Pretende igualarse á nosotros, y ocupa muchas horas del dia y de la noche aprendiendo en libros cuanto le hace falta. En Madrid y Venecia tuvo buenos maestros; en la mar le servimos los textos que trae, y yo.

—Es un discípulo que empieza á honrarte.

—Tiene buen talento, clara y brillante imaginacion, comprende con pasmosa facilidad, resolviendo los problemas más difíciles sin emplear más tiempo que el indispensable.

—He notado que profundiza, y rara vez deja de estar lógico.

—Es hasta metafísico; pero me asusta el cambio que ha sufrido su indolencia: ántes se concretaba á estudiar, á aprender, y luégo descansaba, apoyando su hermosa cabeza sobre mi muslo; mas desde el instante en que me prendieron se desarrolló en él una actividad peligrosa; se hizo vivo, enérgico, osado, y la verdad es que perdió, respecto de mí, la humildad que lo convertia en un cordero.

—Eso prueba que ha empezado á ser hombre.

—Me salvó la vida, como sabeis, y ahora le ocupa la destruccion de mis enemigos de un modo que me enoja.

—Déjalo; con quien hizo lo que él, debes estar tranquilo.

—No puedo.

—Consiste en que te acostumbraste al niño cándido y sin accion durante el sueño de su infancia, y no quieres convencerte de que ha despertado. Yo le permitiria todo eso, seguro de su acierto y discrecion.

—Es tan jóven, que temo lo envuelvan y llege tarde para salvarlo.

—Ese niño discurre ya tan bien como nosotros.

—¿Y su inexperiencia, su viveza, su temeridad?

—Pardiez que nos enseñó á los viejos calma, aplomo y discrecion. Noto que le quieres mucho.

—¡Ah, con delirio! Desde el instante que vi su hermoso rostro, mirada fija y serena, frente ancha y despejada y conjunto físico sublime, la simpatía me unió á él de un modo inexplicable. Su cariño luégo hácia mí, el agradecimiento que emana de su alma noble, su ardiente y poderosa imaginacion, su altivez con los demás, su humildad conmigo, fueron creando una atmósfera que me ligó á él con amor fraternal; y la verdad es que me acostumbré á su conversacion de tal modo, que estoy violento cuando no se halla á mi lado, cuando no le veo.

—No me extraña; yo le he hablado muy poco, y ya siento hácia él una aficion extraordinaria.

—¡Si supiérais cuánto sufrió el infeliz hasta que yo lo llevé conmigo! Primero los cafres del Cáucaso, y más tarde el bárbaro de un turco que se llamaba su señor, le trataron con crueldad inaudita.

—¿Y lo llevó él con paciencia?

—En una ocasion volvió un bote, mandando al fondo del mar á su tirano; pero en general tuvo que padecer y resignarse con su suerte, efecto de los pocos años y de las torpes costumbres del país en que ha nacido.

—Pues ha de ostentar dignamente el título que le regalaste.

—¡Ya lo creo! ¿Notais lo que ha crecido y lo esbelto y bien formado que se va haciendo?

—En breve no habrá mujer que resista á sus muchos atractivos.

Los dos continuaron hablando hasta que fueron interrumpidos por la presencia de Luti, al cual preguntó Magno:

—¿Dónde vas?

—A vestir á mi señor.

—No te ha llamado.

—Me encargó que entrara á las siete.

—Entónces prosigue tu camino.

Solos otra vez, interrogó Mondragon á Magno:

—¿Entiende algo de marina tu discípulo Melenik?

—Cuando salga os contestará por mí.

Poco después apareció el conde, estrechando primero al *Dragon* y luégo al general.

—Mucho has dormido, amigo mio.

Le dijo el primero.

—No lo creas; estuve estudiando física y astronomía.

—Veamos si adelantas algo en esas ciencias tan difíciles como importantes. Sube á cubierta; sin hablar con nádie observa el tiempo, y dinos tu parecer sobre el presente y futuro.

—Con mucho gusto.

Oton volvió á los quince minutos, exclamando:

—Tenemos á la izquierda la costa de Francia, hemos dejado á Tolon y caminamos hácia Niza. Llevamos viento del Oeste, duro y obstinado; el cielo se encapota, pero las nubes no adquieren densidad, lo cual hace imposible el chubasco en el derrotero que seguimos. Opino que la tormenta queda atrás, en tanto que nosotros veremos el sol ántes del mediodía.

—¿Qué millas andamos por hora?

—De quince á diez y seis.

—¿Es fijo el vendaval?

—No; cesará pronto.

—¿Dispondrias tú alguna nueva operacion?

—Al contrario; vamos perfectamente.

—¿Estás seguro de lo que dices? Contesta en absoluto.

—Sí.

—Pues vamos á tirar un poco para que el general te vea; y ya que estuviste bien en tu exámen de marino científico, no te presentes mal en este otro ensayo, pues tienes delante un consumado maestro.

—¿El general Mondragon?

—Exacto.

—¡Qué me place! No podré enseñarle nada: en cambio le pronostico que ha de estar entretenido, pero sin que halle motivo para reirse. Empecemos con la espada; luégo el hacha, después la daga y últimamente la pistola.

—Pues en guardia.

Y tiraron dos horas con aplauso del anciano y tanto interés de parte de los combatientes, que se olvidaron del almuerzo, retrasándolo bastante.

A las doce subieron á cubierta. Las nubes habian desaparecido, el sol brillaba sin que celaje alguno osara empañarle, corriendo nuevamente el *Dragon* de bolina, con viento flojo y columpio agradable. Los tres se posesionaron del castillo, viendo desde aquél, á favor de la óptica, la costa de Italia.

Magno dispuso que el navío caminara lo más cerca posi-

ble de la tierra, para que Mondragon pudiese admirar los panoramas arrobadores de tan delicioso país.

El viento continuaba aflojando, y entónces mandó poner veinticinco remos por banda.

De este modo prosiguieron sin interrupcion alguna.

Comieron sobre cubierta, no bajando á la cámara hasta que las sombras de la noche les obligaron á hacerlo.

Se hallaban en este instante frente á Génova, cuyo golfo dejaban á un lado.

A la mañana siguiente distinguieron á Nápoles con su Vesubio tranquilo y solitario á la sazon, y ya no abandonaron la cubierta, fijas las miradas y contraidas sus conversaciones en las campiñas, monumentos y cuanto les presentaba el suelo italiano.

De este modo fueron poco á poco perdiendo las islas, los volcanes, el estrecho ó faro de Mesina hasta desaparecer del privilegiado mar Toscano, que tantos fenómenos presenta á la vista del viajero.

Ya en el mar Jónico, se hallaron en completa calma, corriendo entónces el *Dragon* hácia el golfo de Tarento movido por cien remos.

Magno y Melenik continuaban tirando dos horas al dia; Mondragon presenciaba estos asaltos; entre él y el capitan aconsejaban y dirigian la educacion de Melenik, y éste, cada vez más despejado y entendido, se disponia á entrar en un porvenir lleno para él de emociones y peligros.

Por fin el *Dragon* cruzó el mar Jónico y el gofo de Tarento, entrando en el Adriático, donde vió terminada la calma y pudo correr á impulso de un S. O. que le permitia caminar doce millas por hora.

Al segundo dia de cruzar por el Adriático llamó el capitan al alférez, preguntándole:

—¿A cuántas millas estamos de Venecia?

—A cien excasamente.

—Eso es, si el tiempo no lo impide detened la marcha del *Dragon* ántes de dar vista á nuestra querida ciudad. A las cua-

tro de la mañana saltaremos á un bote Mondragon, el conde, los pajes, criados y yo, é inmediatamente os dirigis al puerto de Malamoco, entrando luégo en el arsenal. Solicitais reparar el *Dragon*, procurando dejarlo encerrado y que se olviden de él. Dad á la gente completa libertad, y miéntras permanezcamos en Venecia que descansen y se diviertan. Esto después de pagarles á todos. Id á verme diariamente; ocultad mi regreso, que lo callen nuestros marineros y soldados y no os entendais para nada con el Gobierno de la república, que yo lo haré.

—¿Qué más, mi capitan?

—Eso sólo; mucha prudencia y discrecion, que el conde y yo vamos de caza y sentiria que la espantáseis.

—Comprendo. En la galera *Estrella* y en la francesa vienen piratas...

—Eso es; con otros que quedan en Madrid, á los que debemos sorprender después; por consiguiente mucha circunspeccion y silencio.

—Nada temais.

—Id desde luego preparando á la gente.

El alférez le obedeció, en tanto que el capitan, incorporado á Mondragon y Melenik, les participó la corta distancia á que se hallaban de Venecia y su próximo desembarque.

El *Dragon* continuó avanzando hasta las diez de la noche en que, acercándose á la costa de Padua, lió su velámen y se detuvo, echando una sola ancla.

A las cuatro de la mañana se llenó la cubierta de luces, el bote más grande fué al agua, entrando en él Magno, Melenik, Mondragon, Luti y los pajes y criados del primero, seguidos de dos marineros que pronto comenzaron á remar.

El capitan se cogió al timon, dirigiendo su esquife á Venecia.

En el mismo instante se tocó diana en el *Dragon*, dió el alférez las últimas órdenes y á las cinco se levó ancla, caminando nuevamente el buque hácia Malamoco.

El bote de Magno, en el que iban diez y ocho personas, llegó al puerto cuando empezaba á amanecer; un agente del Gobierno los detuvo, y después de reconocido el esquife les

permitió la entrada, ignorando que iba el capitan Magno allí. Contestó Oton á todas las preguntas, dándose á conocer y manifestando que cuantos le acompañaban eran pajes y criados de su amigo y protector.

Cinco minutos después atracó el bote en la plaza de Broglio, en la que estaba situado el palacio de Magno, y á los pocos instantes se hallaron dentro de la espléndida morada del célebre capitan. Aquella localidad era suntuosa, magnífica, una de las primeras de la ciudad acuática. Por fuera sólo se veia mármol, pórfido y jaspe, é interiormente columnas, estatuas, ricos artesonados, muebles lujosos, cuadros de gran mérito, sedas de la India y Oriente, y cuanto el gusto y la moda exigian á los grandes señores de aquella época.

La servidumbre que acumuló Magno era de príncipe, y en verdad que nada se echaba de ménos en aquel palacio en lo concerniente á la comodidad y recreo del más espléndido magnate.

Mientras el senador recibia parabienes de sus mayordomos, dependientes y criados, y les daba luégo órdenes terminantes y concretas respecto de su llegada y permanencia, Oton enseñaba al anciano general el opulento edificio, en cuyas cámaras y preciosos salones quedaba aquél tan sorprendido como admirado.

—Este lujo,—decia,—me es completamente desconocido; como Magno recorrió el mundo ha acumulado aquí lo mejor que halló en las poblaciones más adelantadas, y no son pocas las rarezas que tengo delante y las que iré estudiando poco á poco. Tenía razon mi hijo en asegurar que no necesitaba mi herencia para nada. ¡Oh, aquí está el sello de su talento, en las riquezas que conquistó á la suerte, en el gusto con que mandó decorar esta morada encantadora!

Hablando así lo llevó Oton á la parte más elevada del edificio, y desde allí pudo ver la ciudad.

—¡Qué sorpresa tan agradable!—exclamó.—Hé aquí un pueblo cuyas calles son de agua, y en el cual noto, sin embargo, una actividad prodigiosa. Las casas y palacios parecen fantasmas que salen del fondo de la laguna; por todas partes se ven

barcos; el pueblo abandona su lecho y corre á los talleres, entonando alegres cánticos al compás de los remos. ¡Sublime, conde, sublime! No vi en el mundo maravilla como esta.

—Ya la ireis conociendo poco á poco y cada vez la admirareis más. ¿Bajamos?

—Sí, porque aguardará Magno; de lo contrario permaneceria aquí toda la mañana.

Y se incorporaron con el capitan, el cual dijo á Melenik:

—Te he destinado todas las habitaciones del Sur de mi palacio, y servidumbre, compuesta de un mayordomo, cuatro pajes, seis criados y dos gondoleros. Hasta que yo me dé á luz usa mi mejor esquife, el que tiene la caja de nácar; no obstante esta division comeremos juntos los tres.

—Designa horas.

—Ocho de la mañana, almuerzo, comida á las dos, y cena á las diez.

—Perfectamente; el dia que no esté á tiempo os sentais á la mesa tú y el general, sin esperarme, que yo lo haré aquí ó en otra parte.

—Niño, ¿te emancipas de mi tutela?

—No, hermano; pero necesito evacuar algunos asuntos particulares, y me es indispensable completa independencia.

—No consentiré...

—Permíteme que te interrumpa, hijo mio,—añadio Mondragon.—Teniendo en cuenta lo que hizo Oton en España, aquí, que no tienes enemigos, debes dejarlo que continúe siendo hombre y se acostumbre á obrar con sus propias ideas. Yo te ruego no pongas trabas á su ardiente y poderosa imaginacion.

—Me acostumbré á llevarlo á todas partes...

—Yo te acompañaré; que un padre puede reemplazar dignamente á un hijo ó hermano.

—Si algo le sucede...

—Te ciega el cariño que le tienes. Permítele una semana de libertad completa, y si se hiciese indigno de ella, lo que no creo, entónces lo volverás á convertir en perro faldero; pero es lástima...

—Bien, que haga lo que quiera. Tu mayordomo te entregará la renta que produce un millon que acabo de regalarte.

—Gracias. Adios.

—¿Ya te vas?

—¿Puedo ó no?..

—¿Adónde te diriges?

—A dar un paseo por la laguna.

—¿No estás cansado de tanta agua?..

—¡Permítele, por todos los santos del cielo!..

—¡Entre vos y él!.. Vete, mas procura volver á la hora del almuerzo.

—Recuerda lo que te dije ántes. Adios, Magno. General, mi gratitud se iguala al aprecio que acabais de demostrarme. Vos me conoceis mejor que esa desgraciada víctima del torpe Jonás. ¡Já, já, já!

Y huyó de allí riendo á carcajadas.

—¡Luti!

Exclamó, entrando en su cámara de vestir.

—¿Qué mandais, señor?

—Ya estamos en Venecia.

—Cabal.

—Y en breve nos entenderemos los dos, libres de la tutela del capitan.

—Me alegro. Venguémosle, quiera ó no.

—Claro es. ¿Trajeron nuestros equipajes del *Dragon*?

—En este momento llegan.

—Muy bien; necesito uno de mis mejores trajes; que se encarguen otros de servírmelo, y tú te vistes como corresponde al criado y confidente del conde Divari.

—Sereis complacido al instante. Ropa lujosa, buen temple en la espada y duro el corazon como el diamante. ¿Es eso?

—Con mucha reserva, calma, sangre fria y una sola voluntad: la de tu amo.

—Por supuesto. Ya el capitan intentó dos veces hacerme conducto de vuestros pensamientos; pero como yo todo lo ignoro, nada pude contestarle.

—¿Con que ántes de llegar ya preparaba el terreno? Muy bien, valiente marino; pronto te demostraremos que nosotros dos cazamos de largo. Luti, despacha.

—A las ocho estaremos en la góndola.

Y salió el criado.

Poco después dos pajes vestian y aseaban á Melenik, hasta dejarlo en disposicion de visitar á los primeros magnates de la república.

Nuestro jóven se embozó en un manto de grana, é iba á preguntar por Leandro, cuando éste se presentó, diciéndole:

—Listo, señor conde.

—Veamos. Muy bien; traje á propósito, capa negra y buen talante. ¿Y mi esquife?

—Aguarda con su preciosa caja da nácar y los dos mejores gondoleros que tiene Venecia. Sirvieron en el *Dragon*...

—Los conozco. ¿Les encargaste reserva?

—Y al resto de vuestra servidumbre, ofreciendo veinte palos al que desplegue los labios y os comprometa.

—¿Llevas oro?

—La bolsa llena.

—Pues en marcha.

Y Luti anduvo delante hasta detenerse al pié de la góndola. Después que entró su señor y le dijo al oido adónde iban, cerró la puerta y, sentándose delante, indicó á los marineros:

—Seguid por la gran laguna, que yo os avisaré cuándo debemos detenernos.

Y comenzó á correr el esquife con bastante rapidez.

Magno y Mondragon quedaban vistiéndose con ánimo de pasar inmediatamente al palacio del Dux para visitar á éste y á la encantadora Otilia.

Los mayordomos, dependientes y criados del palacio aplaudian en voz baja la llegada del senador, comentando después la causa de la reserva que se les habia impuesto sobre la presencia del *Dragon* en Venecia.

CAPITULO VIII.

El conde Divari y el presidente Gradenigo.—Denuncias del uno y enérgica determinacion del otro.—Magno, Otilia, el Dux y Mondragon.

Las góndolas venecianas que usaban los caballeros y señoras en la época en que pasa nuestra historia, tenían en el centro una caja parecida á nuestras berlinas modernas, con sus cuatro cristales y mullido asiento en el interior, donde iban descansando los dueños.

La de Oton, al presentarse en el gran canal, fué saludada por un aplauso, creyendo el público que iba en ella el capitan Magno; pero al ver el pueblo y los señores el busto de Melenik, cesaban de aplaudir, contrayéndose á preguntar á los gondoleros si habia regresado el poderoso senador. Aquellos contestaban con un movimiento negativo, y el esquife continuaba su marcha, repitiéndose á cada instante la operacion que dejamos descrita.

Por último, como al centro del canal, exclamó Luti:

—Gondoleros, á la izquierda. Deteneos al pié de ese palacio. Luégo os retirais á la derecha, confundiéndoos con esas góndolas para que no os vea el capitan si pasa por aquí. Ahí esperais nuestra salida.

Y abrió la portezuela, saliendo Oton embozado en su manto, seguido de Leandro.

Un lacayo detuvo al primero, interrogándole:

—¿Qué deseais, excelencia?

—Ver al señor presidente Gradenigo. ¿Está?

—Acaba de levantarse en este momento.

—¿Puedes pasarle recado?

—Sí, señor; mas como ignoro...

—Decidle que desea merecer la honra de hablar con él el conde Divari.

—Al momento; tened la bondad de acompañarme y aguardareis en el sitio que os corresponde.

Luti quedó entre los criados del palacio, en tanto que el georgiano entró en un salon del piso principal.

A los tres minutos volvió el lacayo, diciéndole:

—Pasad, señor conde; mi amo y señor os espera en la habitacion contigua.

Era el dueño de la casa, Gradenigo, presidente del tribunal ó *Consejo de los Diez*, de la primera nobleza, y su influencia y poder mayores que los del Dux. El jefe supremo de la república tenía efectivamente multitud de trabas que le impedian hasta salir de la ciudad acuática sin permiso del *Consejo*, en tanto que los individuos de éste, y más aún su presidente, mandaban en el círculo de sus facultades con libertad ilimitada. Y si á esto se agrega que Gradenigo formaba parte del *Consejo de los Tres*, que lo componian individuos del de los *Diez*, resultará, como hemos dicho, que el poder y la influencia del presidente eran en esta ocasion omnímodos. De aquí resultó, en casos dados, que puestos en pugna los derechos y prerogativas del Dux con los de los individuos que componian el *Consejo de los Diez*, y por consiguiente el de los *Tres*, sucumbia el primero, dejándole encerrado los otros en vergonzosa tutela. En la actualidad, sin embargo, efecto de las acertadas elecciones hechas por la nobleza en favor de los once que desempeñaban los referidos cargos, cada uno de por sí ocupaba su puesto sin lucha, coaccion, debilidad ni nada que pudiera interrumpir la

armonía de los poderes del Estado, á lo cual estaba debiendo aquella república la grandeza y dominio que el mundo admiraba.

Sentado esto, añadiremos que el presidente Gradenigo era alto, sus facciones perfectas, frente elevada y conjunto agradable. Recto en sus ideas y justiciero como pocos, amaba á su patria con delirio y hasta sacrificarse por ella. En familia y en asuntos particulares era afable, y tan bondadoso que inspiraba cariño con sus frases y acciones á cuantos le trataban.

Al presentársele nuestro georgiano, exclamó sorprendido:

—¡Oton Melenik, el protegido de Magno! ¿Por qué te anuncias conde Divari?

—Porque lo soy, gracias á la sublime generosidad de mi hermano.

—Háblame de él. ¿Vive, ó vienes á traerme la fatal noticia de que ha sido villanamente asesinado?..

—No continueis, señor; vive y se halla en Venecia, en su palacio.

—¡Qué dices! ¡Con que no ha muerto ese poderoso dique contra los enemigos de la república, ese héroe de los mares, el caballero más cumplido que pisa la tierra! Estrecha mi mano, Oton; te agradezco la nueva como el mayor obsequio que pudieras hacerme. ¿Quién salvó su vida?

—Yo.

—¿Tú? Cierto. Mateotti decia en su última comunicacion que le buscabas y que tu talento y valor le tenían asombrado. Siéntate junto á mí. Habla ahora. ¿Cuándo llegásteis?

—Hace dos horas.

—¿Viene herido ó enfermo?

—No.

—¿Quiénes osaron atentar contra el representante de Venecia?

—Unos miserables que el destino trae é esta ciudad para que en ella sufran el castigo á que se hicieron acreedores, por sus muchos crímenes é infinitas maldades.

—¿Cómo se llaman?

—Marqués de Altacima es el uno, y Jonás de Alaejo, secretario del duque de Lerma, el otro.

—¡Y dices que vienen á Venecia!

—Pronto llegarán.

—¿Con qué objeto?

—¿No os lo figurais? El infame sólo camina en pos de nueva infamia. Intentan robar á Otilia de Sandoval, depositada en el palacio del Dux, deshonrarla y todo lo demás que puede ser causa de tan nefando delito.

—¡La Providencia me los trae!

—Eso he dicho yo, y como sé de antiguo que la justicia resplandece en vos como el sol en el espacio, por eso, miéntras Magno corre al lado de su amada más enamorado que vengativo, yo, que comprendo la generosidad de otro modo, entré aquí á pediros justicia.

—Te la haré cumplida, Oton.

—Justicia contra los que pisotearon el buen nombre de Venecia, representado dignamente por Magno; justicia contra viles asesinos; justicia contra miserables raptores; justicia que libre á la humanidad de tigres, á los que llegareis á aborrecer más que al ruin enemigo de vuestro limpio honor.

—¿Tienes pruebas de todo?

—De todo; es más, como reos en Venecia, estoy seguro que llegarán á ser convictos y confesos.

—Entónces encomienda sus almas á Dios.

—Temo únicamente que la excesiva generosidad de vuestro digno compañero el senador Magno sea la rémora que os impida obrar con la justicia que el caso requiere. Para evitar esta contra, si vos me lo permitiérais os enteraria de cuanto ha pasado.

—Es la historia que deseo conocer con más empeño.

—Pero tan larga, que ignoro si tendreis tiempo...

—Espera.

Gradenigo oprimió un timbre, preguntando luégo al ujier que se presentó:

—¿Espera alguno?

—Sí, señor; el ciudadano Battiferra.

—¿Trajeron recado?..

—El Dux desea hablar con mi señor lo ántes posible.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—Al Dux que iré en el momento de terminar un asunto largo é importante, cuyo desempeño me es de todo punto imposible suspender. A Battiferra que éntre, y cuando éste salga, cierras esa puerta y no me pasas recado alguno hasta que yo llame. Abrevia.

Un minuto después se presentó Battiferra, jefe de la policía, quedando parado en los umbrales.

—Adelante. ¿Qué ocurre?

—Al amanecer llegó Oton Melenik, titulado conde Divari, seguido de vários sirvientes del senador Magno. Luégo entró en el puerto de Malamoco la galera *Dragon*, dirigiéndose inmediatamente al arsenal; su jefe no ha dado explicacion alguna; dice que se entenderá directamente con el Gobierno supremo.

—¿Llegó Magno?

—No, señor.

—¿Estais seguro?

—Nada puedo afirmar en lo relativo á la ilustre persona y palacio de ese caudillo, por impedírmelo el respeto y consideracion que le debemos todos.

—Muy bien. ¿Teneis algo más que participarme?

—No, señor.

—En ese caso, retiraos. Ya estamos solos, Oton. Detállame cuanto ha ocurrido, sin omitir nada que tienda al esclarecimiento de la verdad y al conocimiento de los hechos. No tengo prisa ni otra cosa que deseo de saber lo acontecido.

Melenik comenzó su relato sin suprimir circunstancia alguna; extractaba lo pueril, se extendia en lo importante y expuso, por último, cuanto juzgó conveniente desde la llegada de Magno á Madrid hasta aquel instante.

El presidente le interrumpió várias veces, ora para demos-

trar la ira é indignacion que le causaban las iniquidades de que Magno fué víctima, ora para patentizar su admiracion ante el valor y talento del georgiano, y no pocas para expresar su alegría en lo relativo al descubrimiento del orígen de Magno y á que fuera hijo del célebre príncipe tan aplaudido un dia por sus gloriosos hechos de armas.

A las dos horas y media terminó Oton su relato, quedando Gradenigo asombrado, perplejo é indeciso. Cinco minutos permaneció con la cabeza inclinada y en actitud de meditar. Por fin exclamó:

—Ya está entre nosotros y nada hay que temer; pero es preciso castigar á los culpables sin compasion alguna. Empezaremos por Jonás y Altacima, y después continuaremos con los otros, estén cerca ó léjos de Venecia.

—Eso es,—le contestó Oton;—yo principiaria por prender á Magno y al general Mondragon.

—¡Qué locura! Después de lo que ha sufrido...

—Les daria por cárcel el palacio del Dux, donde está la amada del primero y en el que se encontrarian admirablemente. Con esto se evitaba el que fueran reconocidos en los canales, corriera la voz y espantáramos la caza que está para llegar. A la vez nombraria jefe interino de la policía al conde Divari, el cual, con la calma y aplomo que aprendió de Magno, permitirá que los miserables intenten el rapto, cayendo sobre ellos en el momento dado, para cogerlos *infraganti* y presentárselos al jefe del *Consejo*, bien sujetos y perfectamente tratados. Porque estoy seguro que el conde usaria la misma reserva, circunspeccion y habilidad que demostró durante la prision y acontecimientos de su hermano.

—La idea es peregrina.

—Pues sabed, señor presidente, que tengo muy estudiado mi plan, y si me permitiérais realizarlo, no os habia de pesar.

—Expónlo al momento.

Y Oton lo hizo así, añadiendo Gradenigo al terminar aquél:

—Tú ya no eres aquel perro faldero á quien todos admi-

rábamos por su belleza y sumision á Magno; te has convertido en hombre valiente, reflexivo y con un talento que encanta.

—De ser eso cierto quedará justificada plenamente la proteccion con que me favorece mi hermano, patentizándose por centésima vez su elevado ingenio y que todas sus acciones llevan el sello de la sabiduría humana.

—Ciertamente.

—¿Qué decidís?

—Acepto tu plan. ¿Almorzaste?

—No.

—¿Quiéres hacerlo conmigo?

—La honra me entusiasma.

—Hombres como tú pueden estar dignamente á mi lado en todas partes.

—Gracias, señor.

—Pasemos al comedor, que es ya tarde.

Y ámbos realizaron la idea del presidente, hablando del asunto que tan preocupados los tenía. Cuando hubieron concluido entraron en el despacho, redactando en el acto várias órdenes Gradenigo. Dos de ellas entregó á Melenik, cerrando las otras y mandándolas á su destino.

Después se despidieron, saliendo el uno en direccion del palacio del Dux y el otro encaminándose al suyo.

Oton bajó el cristal delantero de la caja de su góndola, preguntando á Luti:

—¿Has almorzado?

—Con los criados del presidente.

—¿Qué les dijiste?

—Cosas de la mar.

—¿Te preguntaron por Magno?

—Claro es, pero como yo no sé nada de mi querido capitan, no pude complacer su deseo.

—Continúa así.

—Lo haré.

—Te advierto que miéntras dure la deliciosa funcion á

que hemos dado principio, almorzaremos y comeremos cuándo y dónde Dios quiera.

—Me alegro.

—Que abrevien esos gondoleros.

—¡Pues si vuela el esquife!

—Que corra aún más.

Melenik entró en sus habitaciones, y preguntando por Magno le contestaron que habia marchado al palacio de Dux. Seguidamente dispuso que se trasladasen allí vários de los criados del capitan, llevando á éste y á Mondragon algunas ropas y objetos que podian serles necesarios. Acto continuo entró nuevamente en la góndola, adelantándose él á los sirvientes.

Nuestro valiente marino se vistió, y acompañado de su padre adoptivo, bien embozados ámbos, se encaminaron á la morada de Otilia. El uno miraba con interés cuantos objetos se presentaban á su vista; en tanto que el otro contaba los latidos de su corazon, entregado completamente á la deliciosa idea de que iba á contemplar nuevamente la bellísima faz de la encantadora Otilia.

Llegaron al palacio del Dux, y Magno, anteponiendo el deber al deseo, sin darse á conocer, rogó á un ujier que anunciase á su jefe la llegada de un general y de un capitan de marina españoles.

Diez minutos después los recibió el dictador, solo y en uno de los salones del régio edificio.

El jefe de la república tenía setenta años y andaba algo encorvado por el peso de la edad. Su cabellera blanca y rala, bigotes y barba del mismo color, unidos á su frente rugosa y elevada, le daban un aspecto venerable. Vestía túnica de terciopelo forrada de pieles de armiño, con manga larga y un cordon de oro con el que sujetaba aquella á la cintura.

Efecto sin duda de lo delgado que aún estaba Magno y de lo mucho que desfiguraban su bello y varonil rostro las largas y pobladas melena y barba, lo desconoció el Dux. Así es que lo recibió de pié, grave, y, después de una mútua reverencia, le dijo:

—¿Qué deseais de mí, caballeros?

—Os traemos noticias de Magno el *Dragon*.

Le contestó el mismo, disimulando algo la voz y comprendiendo que lo habia desconocido el otro.

—Mal le han tratado en vuestro país, mas juro á Dios que las ofensas inferidas á mi representante no han de quedar impunes.

—V. A.,—añadió el capitan,—tiene razon, y en verdad que no seremos nosotros los encargados de disculpar la horrible conducta que han seguido con él.

—¿Sois vosotros amigos suyos?

—Mucho.

—En ese caso decidme cuanto querais; pero yo os ruego me contesteis á la siguiente pregunta: ¿Vive?

—Gracias á Dios, sí, señor.

—¿Le habeis visto?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace muy poco.

—¿Dónde se halla?

—Aquí, señor. ¿Tan demudado vengo?..

—¡Esa voz!.. ¡Magno, hijo, ven á mis brazos!

—Ya estoy recompensado, señor, de todo lo que me han hecho sufrir.

—Pero aún no te vengaron; la república aguarda, y á la patria no se le hace esperar. ¿Quién es ese caballero?

—El general Mondragon, mi amigo íntimo.

—¡Ah, el célebre Mondragon, vencedor en Flandes, en Italia, en Francia! Hé aquí mi mano, señor, honradla.

—No olvidaré nunca que os dignais estrechar la mia. Soy efectivamente Mondragon, padre adoptivo de Magno, con más derechos que otro hombre alguno. Su moribundo padre, Don Juan de Austria, me lo entregó al espirar, y si luégo lo perdí no hallé caducados mis derechos al encontrarlo nuevamente.

—¿Es hijo del príncipe Don Juan? ¡Oh, la alegría humedece mis ojos! ¡Otro abrazo, Magno! Tu nuevo padre Mondragon

tendrá mejor derecho á llamarte hijo, pero no lo ha de hacer con más cariño é interés que yo. Cuando te desdeñaban, yo te alargué mi mano; cuando desconocian tu valor y talento, yo te elevé; cuando intentaron abrirse las bocas contra ti y la maledicencia osó calumniarte, yo destruí la una y cerré las otras. Yo te hice noble, capitan, senador, y al darte á Venecia por madre, fuí padre tuyo. Mis derechos, Mondragon, no han caducado con vuestra presencia.

—Los dos lo sois; estrechadme ámbos á la vez, y arranque de mi alma este dichoso minuto toda la amargura y dolo que imprimieron en ella la traicion, el cinismo y la maldad. Ya desapareció de mí; todo lo olvido; vuestro noble aliento borró de mi memoria hasta el nombre de mis enemigos. Quédame en cambio una mujer...

—¡Mi hija Otilia, esa deliciosa mujer, tan bella como pura y santa! Te agradezco el depósito que hicistes en mí, como la gloria que has legado á tu patria. No mires á ese lado; está ahi, pero es peligroso que te vea hasta tanto que yo la prepare. Su corazon, tierno é impresionable, podia ser herido por la sorpresa y el gozo al encontrarte vivo.

—Ninguno, ni áun vos, la conoceis; más grande que su belleza y su virtud, es su valor. Otilia puede contemplarme sin que nádie le advierta lo que va á sucederle.

—¿Estás seguro?

—Cierto; soy el único que conoce á fondo á ese privilegiado sér.

—Entónces no retardes la noticia. Concluimos de almorzar, y mi sobrino la llevó á su gabinete, al que pidió permiso para retirarse, con el fin, sin duda, de llorar por tí, Magno. Le encargué que la distrajera, ínterin mi esposa é hija recibian una visita que acaba de llegar, y yo á vosotros. Entra. Esa puerta pequeña conduce á su habitacion. El general me referirá entre tanto lo que te ha ocurrido en tan larga ausencia, y luégo os buscaremos. Adios, hijo. Otro abrazo. Mondragon, sentaos á mi lado.

Otilia, cogida al brazo del sobrino del Dux, entró en su

gabinete, se dirigió acto continuo á un balcon, y, apoyando su codo en la barandilla, miraba hácia el punto del globo donde estaba España.

Cumpliendo Albani el encargo de su tío, le dijo:

—¡Nada tan encantador como el cielo de Italia!

Pero ella no le contestó, ocupada con la idea que parecia absorber su parte física y moral.

Prosiguió hablando el sobrino del Dux, mas Otilia no le escuchaba ni le oia. Su mirada, vaga é incierta, corria como el pensamiento; estaba descolorida; la huella del dolor se retrataba en su semblante, y dos lágrimas asomaron á sus ojos, cuando escuchó una voz que le dijo:

—¡Otilia!

La jóven se extremeció, cambiando su indolencia por completo; fué á andar, y se negaron sus piés; quiso responder, y le faltó la voz; pero el carmin coloreó su rostro, sus ojos adquirieron una vida y animacion que parecian abandonarla, logrando por último arrancar á su corazon la siguiente frase:

—¡Magno!

Y dejó caer su cabeza sobre el pecho del capitan.

—Tranquilízate, ángel mio,—le contestó aquél sosteniéndola;—dudaste de la Providencia, y te castiga ahora por tu ingratitud.

—Perdí hasta la voz, Magno. Tu acento enervó por un instante todas mis facultades. Creí en Dios siempre, en su misericordia; pero mi noble corazon me ha dicho todo lo que has sufrido, lo que hicieron contigo, lo que estoy leyendo en tu demacrada faz. ¡Ay! ¡Deja tu mano entre las mias! ¡El placer me devuelve una existencia que huia de mí! Sentémonos, que me hallo mal de pié.

—¿Tú, tan fuerte, tan varonil, decaes de ese modo?

—No te extrañe; te lloraba muerto, y al fin soy mujer. Pero ya empiezo á aliviarme. Pronto estaré tranquila.

—¡Tenía razon el Dux; han debido prepararte, y yo, loco, me opuse!

Lámª 8.

C. MUGICA dibº y litº

Lit. de J. DONON Madrid

—Nada tan encantador como el cielo de Italia!

—Hiciste bien; no hubiera creido á ninguno; era preciso que te viera, y entónces la emocion sería la misma.

—Dispensadme si os interrumpo un momento,—exclamó Albani;—debo partir, y sólo aguardo la honra de estrechar vuestra diestra, Magno.

—Hela aquí. Gracias, amigo mio, por los muchos favores que os debo á todos. Os advierto que llegué de incógnito, y continuaré por algun tiempo sin darme á conocer.

—Ocultaré á todos vuestro regreso. Adios, Otilia. Deseo que seais muy felices.

Y desapareció, continuando la jóven:

—¿Recuerdas, Magno, mis advertencias, mis temores y mi vaticinio?

—Sí.

—¿Por qué no me creiste?

—Primero porque nunca aprendí á temer, y segundo porque queria decirte: Otilia, si tú eres hija de un Lerma, gobernador de Nápoles, yo lo soy del príncipe Don Juan de Austria. Ahora ninguno de los dos se verá obligado á inclinar la frente.

—¡Loado sea Dios, que al fin te ha permitido dar con un orígen condenado al olvido treinta años! ¡Circula por tus venas sangre real! Me lo habia figurado.

—Por el placer que acabo de proporcionarte daria por bien empleado cuanto he sufrido y parte de mi vida.

—Te equivocas; mi alegría la motiva únicamente el que veo cumplido tu deseo; yo te amé sin nombre heredado, y me sobraba con el que tú supiste conquistar.

—Ahora, no obstante, te hallarás, en mi concepto, más satisfecha.

—Lo mismo; con el sentimiento de que por mí hayas estado expuesto á perecer.

—¿Pero quién te lo ha dicho?

—En primer lugar mi corazon, en segundo la tristeza y melancolía del Dux, de su hija, de su esposa y de cuantos me rodeaban; tu rostro, además, me lo acaba de patentizar, y es

extraño que intentes fingir con la que tanto te ama y tanto te conoce.

—Fingir no, Otilia.

—Entónces refiéreme lo que hicieron contigo.

—Basta con que sepas, que la misma noche en que el venerable general Mondragon me reveló, sin saber él lo que hacia, el secreto de mi orígen, fuí sorprendido por vários asesinos, encerrándome después en oscura mazmorra, de la que salí á los treinta dias, gracias al valor y talento de mi protegido Oton Melenik, hoy conde Divari.

—¿Aquel georgiano tan bello que arrancaste á los turcos?

—Sí.

—¿Quiénes dirigieron tan inícua traicion?

—Jonás y Altacima, tolerados, cuando no otra cosa, por tu tio.

—Me lo habia figurado

—Me salvó Melenik en el momento que debia ser asesinado por órden del marqués, y vine á Venecia sin pérdida de tiempo, porque peligraba tu honor; de lo contrario hubiera corrido á otra parte donde el deber me llamaba.

—¡A otra parte! ¿Qué estás diciendo, Magno?

—¡Que tengo una madre, la cual hace treinta años me busca desconsolada, afligida, sin amparo ni proteccion de nádie!

—¿Quién es?

—Zaida Abenamar, arrojada de las playas de España, como todos los de su secta, por mi bondadoso primo Felipe III.

—Has debido efectivamente partir en su busca y traerla contigo. Ambos, Magno, necesitamos del cariño de una madre, cariño que los dos desconocemos.

—Es verdad, mas peligraba tu honra y me vi obligado á anteponerte á mi madre.

—¡Mi honra! Explícate.

—Jonás arrancó una carta á tu tio, el cual te participa en ella mi muerte, rogándote que sigas á su secretario para incorporarte con tu madre en Barcelona y entrar luégo en un convento, del que llegarás á ser superiora. El escrito, segun

mis noticias, es hábil; pero si no bastaba, entónces Alaejo te robaria, pues has de saber que el miserable te ama.

—¡Jesus, qué horror!

—Enterado de esta trama el marqués, viene detrás de él con objeto de arrancarte de los brazos de Jonás para que pases á los suyos.

—¡Qué iniquidad! ¡Pero Magno, eso no puede ser!

—Se lo oí á ellos mismos; después los hallé en direccion de Venecia, y los acontecimientos te probarán que no me he equivocado.

—¡Yo habia de acceder á irme con Jonás! Mi tio es tonto y el secretario nécio. Al presentarse en este palacio hubiera roto la carta y arrojado los pedazos á la cara del miserable.

—En cuyo caso te sorprenderia, trasladándote á su barco.

—Más imposible aún. Desde que llegué á Venecia ni un sólo instante me han dejado los individuos de la familia del Dux; pero áun de haberlo conseguido, ántes de que su inmundo aliento llegara á mí, atravesaria mi corazon este corto pero agudo puñal que saqué de Madrid y no abandoné un instante. ¿Tambièn tú me desconoces, Magno?

—No; pero tu honra vale tanto que al amenazarla el más leve peligro no hallo nada que deba anteponerlo á ella.

—Mal hecho; para defenderla basto yo sola.

—Me alegro que continúes tan fuerte como te soñé. Oyeme: pronto, muy pronto, llegarán Jonás y Altacima; en el acto serán detenidos y presos, quedando á disposicion del tribunal. Logrado esto correré en busca de mi pobre madre, y luégo nos uniremos para no separarnos jamás.

—Te equivocas. Quiero acompañarte en busca de Zaida. Para celebrarse nuestra boda bastan unos cuantos minutos; no es necesario lujo ni ostentacion; lo que nos falte de aparato lo suplirá el amor.

—Otilia, ¿y si tengo que recorrer á caballo cientos de leguas?

—¿No te dijo tu alférez cómo resisto esa fatiga?

—Pretendes un delirio, ángel mio.

—Piensas un imposible, Magno adorado. Juré esperarte solamente el tiempo que tardases en averiguar tu orígen, no pasando de un año; cumplí mi palabra, y ahora te resta á ti no faltar á la tuya.

—¡Tú, expuesta á los rigores del tiempo, á las penalidades de un viaje cuyo fin desconozco, á los accidentes!.. ¡No, jamás lo lograrás de mí!

Y los dos continuaron, sin ceder ninguno en su idea.

Mondragon concluia de referir al Dux cuanto le ocurrió á Magno en el momento de llegar el presidente Gradenigo. El recien venido estrechó á ámbos, pidiendo luégo permiso al Dux para saludar al capitan. El dictador le dijo dónde estaba, y aquél entró, grave como nunca lo estuvo. Magno cuestionaba con Otilia, pero al ver al presidente se puso en pié, alargándole su mano.

Gradenigo saludó á la jóven, y, estrechando con frialdad la diestra del *Dragon*, le dijo:

—Bien venido, señor capitan; sé lo que habeis sufrido, os debeis á la patria, que os adoptó por hijo, y ella os vengará. Tambien vos habreis de darle cuenta de vuestra conducta en el tiempo que faltais de Venecia.

—Lo haré; mas siendo yo la única víctima, me hallo dispuesto á perdonar...

—No prosigais; es justicia y no clemencia lo que la patria pide.

—Vuestra rectitud, amigo mio, se embotará como de costumbre en vuestra bondad.

—Pronto ¡vereis desecha esa ilusion, Magno. Aplaudo vuestro orígen y os dejo, que Otilia aguarda y á mí me espera el Consejo. Hasta después.

Y haciéndoles una reverencia, salió de allí, volviendo á incorporarse con el dictador.

—Me habeis mandado venir, y aquí me teneis.

Dijo Gradenigo al Dux. Mondragon, comprendiendo que debia ocuparles algun asunto de Estado, les alargó la mano, diciendo:

—Permitidme, señores, que vaya á saludar á Otilia y permanezca luégo junto á mi hijo adoptivo. Por mucho que tengan necesidad de hablar, todo pueden decirlo delante de un padre como yo.

Y entró en el gabinete donde estaba el capitan.

El dictador contestó al presidente:

—Os mandé llamar para participaros la llegada de Magno.

— La supe ántes que vos, y en verdad que es indispensable tomar medidas eficaces para no estar nuevamente expuestos á la desgracia que nos amenazó. A ese hombre, primer baluarte de la república, es indispensable defenderlo.

—Cierto.

—Por el pronto él y Mondragon quedan presos en vuestro palacio.

—¡Qué decis!

—Ya he extendido la órden, y aquí llega el encargado de comunicársela. Ved qué gallardo y gentil regresa. Cuando gusteis os enterará el Consejo, que voy á presidir, de lo demás.

Y avanzó en el instante de acercarse Melenik.

El Dux estampó un beso en la frente del georgiano, diciéndole:

—¡Cuanto gocé, Oton, oyendo referir al general tu conducta respecto de Magno! ¡Qué valor, qué talento! ¡Conde eres, pero aún es poco para lo que merece accion tan noble y atrevida!

—Gracias, señor. V. A...

—No sigas; de ti no recibo tratamiento.

—Vuestra bondad no tiene límites. ¿Os ha dicho Gradenigo que Magno y Mondragon están presos?

—Sí.

—Pues yo añado que vinieron sin almorzar. Mandad, en consecuencia, que les sirvan lo necesario, contando en lo sucesivo con esos dos huéspedes.

—¿Y tú?

—Yo soy jefe interino de la policía de Venecia, y comeré dónde y cuando Dios quiera.

—No comprendo...

—Disponed lo que he dicho ántes, y puesto que os ha invitado el presidente, asistid á la reunion que tiene ahora el *Consejo de los Diez*, que allí lo sabreis todo. Señor, yo os ruego que á nada de lo que van á acordar os opongais, si quereis á Magno como yo.

—Cada vez me confundo más. ¿Aún le amenaza peligro?

—Acaso; pero ántes de ocuparnos de eso es indispensable castigar á los malvados, que tanto se ensañaron con él y vienen ahora á robarnos á Otilia.

—¡Miserables!.. Tienes razon, voy al Consejo.

—No os olvideis de vuestros huéspedes.

—Daré la órden al instante. Adios, valiente Melenik. Yo bendigo y aplaudo tus hechos.

—El cielo defienda y guarde vuestra preciosa vida, noble señor.

Salió el Dux, continuando el georgiano para sí:

—Acabó el niño para empezar el hombre. El que llamábais perro faldero se ha trocado en leon, que no ha de bajar su garra hasta que tenga bien asegurados á los tigres. El niño, como me juzgábais, tiene ya presos á Magno y Mondragon, para obligar al primero á que haga lo que debe, no lo que quiere. Por él se reune y funciona el Consejo más poderoso de la república; por él corre encorvado y trémulo el anciano Dux, y en breve una idea suya imperará en este palacio y fuera de él. ¡Nací esclavo, pero Dios recompensa mis sufrimientos, otorgándome con la libertad el gran poder de la inteligencia! Demos principio ahora á una escena en la que el fiero capitan Magno se trocará en cordero mio.

Y penetró en la habitacion donde se hallaban aquél, Mondragon y Otilia.

CAPITULO IX.

Los dos presos y los dos carceleros.—Melenik en su nuevo oficio de jefe interino de policía.

OTILIA, al reconocer á Melenik, se puso en pié con ánimo de besar su frente; pero al notar lo gentil y crecido que se presentaba, se contuvo y le alargó la mano, diciendo:

—Gracias, Oton. Cuanto os debe Magno os lo agradezco yo. Desde hoy mira en mí á tu hermana.

—Acepto un título que honra tanto como eleva, bellísima Otilia; el rudo montañés de la Georgia cambia por completo al conceptuarse hermano de una dama tan principal, de mujer tan deliciosa.

—¡Qué suelto, despejado y arrogante! ¡Oh, empiezo á comprender tu valor, ya adivino tu talento, y mi nuevo parentesco contigo halla digna recompensa! Siéntate á mi lado. Entre ti y Magno, teniendo enfrente á Mondragon, soy dichosa.

—Pues mucho ha de aumentar tu felicidad cuando sepas lo que he hecho por ti.

—Después de salvar á Magno, todo lo demás no es nada comparado con eso.

—Estás en un error; le libré de morir efectivamente, lo

traje luégo á Venecia, pero faltaba lo principal, y era que no se volviese á separar de tu lado.

—Sobre eso cuestionábamos no hace mucho, empeñado él en abandonarme nuevamente para correr en busca de su madre.

—Y tú, ¿qué contestabas á eso?

—Que no logrará verme resignada.

—Ya, pero él es terco, insistirá, y le amas tanto que tendrás que ceder. Lo malo que presenta el negocio para mi querido hermano es, que yo, su perro faldero, me he convertido en tirano que le obligará á cumplir tu deseo. Sí, Magno; me adelanté, y como tú no pudiste comprender nada, te tengo vencido.

—¿Qué dices, hombre?

—Que estás preso, en union del general, tu padre adoptivo.

—¡Qué disparate!

—¿En qué te fundas?

—¡A un senador se le detiene así!..

—¿Hay algo que resista á una órden dictada por el presidente del *Consejo de los Diez*?

—No; mas...

—Pues oye lo que dice:

«El capitan Juan Magno de Austria queda detenido en el »palacio del Dux, en union del general Mondragon, hasta tan»to que el *Consejo de los Diez* resuelva en contrario.=GRADE»NIGO.»

—Lacónica, pero terminante. ¿Qué te parece?

—Que es invencion tuya.

—Tómala; examina la rúbrica y sello.

—¡Cierto! Ahora me explico la frialdad y actitud grave del presidente. Melenik, ¿qué intriga es esta?

—Una como otra cualquiera; ya debes estar acostumbrado á desempeñar el papel de víctima.

—¿Por qué se me arresta? ¿Qué delito ó falta he cometido yo?

—Ninguna; pero la república se adelanta, evitando sabiamente así el que la realices.

—No entiendo nada...

—Yo te lo explicaré, hombre; me nombraron por esta otra órden jefe interino de la policía de Venecia, y en uso de mis atribuciones te he denunciado al Consejo.

—¡Tú!

—Yo.

—¿De qué?

—De débil ante las inspiraciones de tu corazon; de poco recatado cuando conviene que nádie te conozca, y de poco amante, cuando debieras pasar el dia y la noche contemplando la encantadora faz de este ángel.

—¡Bien hecho!

Exclamó Otilia.

—Aquí estaremos perfectamente.

Añadió Mondragon.

—¿Y durará mucho este encierro, jóven esbirro?

—A mi juicio, bastante.

—¡Tienes buena manera de honrar el título que te regalé!

—Lo primero era demostrar mi gratitud al generoso Magno; hecho esto, me ocuparé de lo otro.

—Y mi madre, que lleva treinta años de buscarme, ¿qué dirá á eso, Melenik?

—Sabrá en breve, si es que existe, que te he reemplazado yo en tu afan de hallarla, y que lo lograré ántes; pues yo no me aturdo, ni cuando corra en su busca me dejaré sorprender como tú en la calle del Almendro.

—Georgiano, ¿me encierras en este palacio?

—Que te conteste Otilia. Descríbele tú, hermana mia, lo horrible de las cadenas que va á tener á tu lado; su negra soledad, el aislamiento, pena y amargura que encontrará hallándose siempre junto á ti. Tu falta de agradecimiento, Magno, al favor que te he hecho, tu ingratitud con este bellísimo querube, te van á proporcionar un verdadero castigo.

—Habla.

—No, lo callo para que te sea imposible evitarlo.

—Oton, no abuses del cariño que te tengo.

—Me pides un imposible. La predisposicion al abuso se halla innata en el hombre, como la alegría, el pesar, la esplendidez ó la avaricia. No hay verbo en ningun idioma que al conjugarlo presente más axiomas. Helo aquí: Yo abuso, tú abusas, él abusa; nosotros abusamos, vosotros abusais, ellos abusan. Esto comprende desde el dictador hasta el infeliz mendigo; desde el emperador hasta el esclavo.

En este momento se presentó un paje á la puerta, exclamando:

—Los señores Magno y Mondragon tienen el almuerzo dispuesto.

—Y es verdad,—exclamó el capitan;—á pesar de la hora que es, me olvidé por completo de que estábais en ayunas, padre mio.

—Id al comedor, que yo me quedaré con Otilia. Os advierto á ámbos que teneis en este palacio ropa y vários criados que mandé venir de vuestra casa. Tomad á la vez posesion de las habitaciones que el Dux ha tenido la bondad de destinaros, conformidad, y hasta luégo, señores.

—¿Pero te quedas solo con Otilia?

—Claro es; recuerda que en Madrid me nombraste sustituto.

—Id, amigos mios,—añadió la jóven,—que no tardará en acompañarme Adelina.

—¿No te basta conmigo?

—Sí, pero á ti no debe estorbarte la hija del Dux.

—Cierto; es hermosa, y mejor que una mujer bella, son dos.

—¡Brava idea, Melenik! Quédate, sin embargo, con Otilia; y tú, ángel mio, haz lo posible por domesticar á esa fiera del Cáucaso con tu gran talento.

Magno y Mondragon siguieron al paje; Oton añadió:

—Asomémonos al balcon, Otilia: no me canso de mirar esa laguna porque tanto suspiré.

—Vamos. Ha sido mi única distraccion durante dos meses.

—¡Cuánto habrás suspirado apoyada en esta barandilla!

—¡Mis lágrimas, hermano, cayeron sobre el agua que se mueve ahí como abundantes gotas de rocío!

—Y ahora, ¿estás contenta?

—El placer me embarga y domina como yo no puedo expresar.

—¿Supongo que habrás salido poco de este palacio?

—No lograron de mí que lo dejara una sola vez.

—Me alegro. Préstame atencion: el arresto de Magno reconoce por objeto, no sólo el dar caza, segun sabrás, á Jonás y Altacima, sino tambien el impedir que aquél vuelva á abandonarte para correr en busca de su madre. Yo, entre tanto, pondré en movimiento la policía de Venecia; me hallo en el primer puerto del mundo, y teniendo en cuenta que aquí vienen barcos y gente de todas partes, no será difícil averiguar dónde se halla esa infortunada mora. Logrado esto, se la escribirá para que venga, ó bien para que aguarde al capitan en el punto donde se halle. Vosotros en tanto os casais, gozando al fin de una felicidad que yo deseo más aún que la mia. ¿Qué te parece mi plan?

—Admirable: sé lo que amas á Magno, y nada me extraña en ti.

—Y á ti tambien; que al fin te destinaron para esposa mia, y el desaire que hice á la mujer más bella del universo merece la recompensa de todo mi cariño.

—No te comprendo, Oton.

El georgiano entónces refirió á la jóven el pensamiento del capitan, relativo á la union de ámbos y á lo ordenado en su testamento. Al concluir, exclamó aquella:

—¡Con que nos nombraba herederos con la precisa condicion de que nos casáramos? ¡Qué alma tan noble!

—Pero yo, en vez de obedecerle, no obstante mi primer juramento de acatar su voluntad, resolví salvarlo ó perecer matando á sus enemigos; en cuyo caso te dejaba á ti por única dueña de su fortuna.

—Gracias; mejor estamos así. Eso no obsta para que yo admire tu sublime abnegacion, Melenik.

—Ahora comprendo lo grande de mi sacrificio.

—¿Qué quieres decir?

—En la intriga que sostuve para libertar al senador, tuve por novia á una fregona cuyas manos arañaban, cuyo aliento repugnante me producia náuseas. Luégo reemplacé á esta con una mísera campesina, sensible y sentimental; pero corro un velo sobre la historia de aquella infeliz; no quiero decir nada contra la pobre mujer que tanto contribuyó á la libertad de Magno.

—Ya me contarás esa historia detalladamente.

—Sí, mas es el caso que al recordar á esas dos mujeres y verte á ti tan bella, elevada y sublime, entónces veo la magnitud de mi sacrificio.

—¿Te pesa haberlo realizado?

—No, que quiero á Magno tanto ó más que tú, y daria por él mil vidas que tuviera.

—¡Qué bueno eres!

—Tampoco esto ha de ser causa para que tú continúes encerrada en su prision. Puesto que no conoces Venecia, entrarás en mi góndola, acompañada de Adelina, y recorrerás los canales; despues te enseñaré nuestro palacio, que aventaja en esplendidez al del Dux; verás la sorprendente catedral y cuanto hay de notable en la reina del Adriático. ¿Aceptas?

—Sí, pero ¿y Magno? ¿Qué dirá?

—No nos importa; siendo así que él te queria abandonar por segunda vez, dejémosle solo, para que comprenda lo duro del aislamiento á que te condenaba.

—Aquí llega Adelina; pongámonos de acuerdo los dos con ella.

La hija del Dux saludó á Oton, dando el parabien á Otilia por el regreso de su amante, ocupándose luégo en la realizcion del pensamiento expuesto por el conde.

Magno y Mondragon probaron unas cuantas viandas, levantándose para correr en busca de Otilia; pero al ir á verificarlo, les detuvo un ujier, diciendo:

—El alto y poderoso *Consejo de los Diez* os manda que me sigais.

Los dos inclinaron la cabeza y obedecieron, encontrándose poco despues frente al tribunal.

Los jueces se hallaban cubiertos con la toga y birrete negros; su actitud era grave, y por una excepcion rara, ofrecieron la presidencia al Dux como puesto de honor, siendo así que Gradenigo no podia ni deseaba dejar de ocupar en el hecho el lugar que le estaba conferido por el voto unánime de la nobleza.

Los nueve restantes eran amigos de Magno; oyeron con indecible alegría la noticia de su regreso, pero en estos instantes en que componian el tribunal más importante de la república, disimularon la grata impresion que recibian al verlo, contestando á los saludos de aquél y de Mondragon con un movimiento de cabeza.

Gradenigo, que, como hemos dicho, sólo en la forma y como puesto de honor habia cedido al Dux la presidencia, hizo uso de la palabra, diciendo á los recien llegados:

—Capitan Magno, sois senador y podeis ocupar ese asiento. En cuanto á vos, general Mondragon, tambien os es dado sentaros ante nosotros, que vuestras glorias conquistadas en el mundo, vuestras nobles canas y la hospitalidad que mereceis de esta república, os da derecho por lo ménos á la benevolencia del primer tribunal de Venecia. No estais acusado de delito alguno, pero se han perpetrado vários crímenes, se intentan llevar á cabo otros, y es indispensable vuestro arresto y declaraciones para impedir los últimos y poder castigar con acierto los primeros. Desde este instante sólo hay aquí un tribunal, indagaciones que hacer y testigos que dirán la verdad jurando ántes sobre ese Evangelio.

Seguidamente, y prévio el mencionado juramento, comenzó el interrogatorio, primero con Magno, reemplazándole después Mondragon. A la hora, dijo Gradenigo:

—Basta, señores; el general está fatigado y es indispensable darle descanso. Volved ámbos á las seis. Mondragon, es

preciso que vengan con vos los documentos relativos al origen de Magno. Salid.

Con otra reverencia se despidieron, y, apoyándose el anciano en el brazo de su hijo adoptivo, se encaminaron al gabinete donde estaba Otilia.

Todavía continuaban hablando los tres jóvenes cuando se presentaron Magno y Mondragon. Después que el primero estrechó á Adelina y la saludó el segundo, dijo el capitan á Melenik:

—Por ti se halla trabajando el *Consejo de los Diez* hace ya mucho tiempo; por ti nos han tenido una hora, volveremos á las seis y Dios sabe cuándo concluiremos; y por ti, niño mal educado, se está formando un expediente de mucha trascendencia.

—Ya lo creo; se hizo cuestion de Estado, y se complicará el asunto más aún de lo que tú te figuras.

—¿Qué te has propuesto, terrible georgiano?

—Seguir tu consejo: obrar con calma y aplomo, no intentar nada por mi cuenta, y que el tribunal lo haga todo. Eso quisiste y eso está sucediendo.

—Yo nunca pensé darle la importancia que tú, ni la que ha tomado en el Consejo.

—El hombre propone y Dios dispone. Basta con lo dicho, que el tiempo vuela, y al lado de estos ángeles me habia olvidado que era jefe de la policía de Venecia.

—¡Buen esbirro tiene la república!

—No es malo; los acontecimientos te lo demostrarán. Te dejo con Otilia, rogando al general Mondragon me cumpla la solemne oferta que me hizo en medio del mar.

—¿Qué pretendes?

—Acompañadme al salon contiguo, que pronto despachais. Adios, Magno. Hasta después, Otilia y Adelina; no olvideis vuestro compromiso.

Cuando estuvo solo con el general, le dijo:

—Ahí veo mesa, tintero y papel; tened la bondad de escribir los nombres y señas de la madre de Magno, del judío que

arrojó al capitan á las playas del Brasil, con todo aquello que pueda facilitar los medios de dar con el uno y con la otra. Esó me ofrecísteis, y es llegado el instante de cumplirlo.

—Lo haré, advirtiéndote que la mitad del trabajo será inútil. A ella, si vive, la encontrareis fácilmente; á él, imposible.

—¿Por qué?

—Tú ignoras lo que se le ha buscado.

—Venecia, general, sostiene relaciones con todos los pueblos del mundo; hay en ella gente de todas partes, y la policía es tan buena que en nada se parece á aquellos *golillas* de vuestro país, que limpian los bolsillos de los reos y sólo se ocupan de prender á los enemigos del valido.

—Bueno; te daré lo que necesitas.

Y le redactó cuanto creyó conveniente y necesario.

Examinado por Melenik, le dió las gracias, despidiéndose de él.

Salió, pero le detuvo un ujier, diciéndole:

—El *Consejo de los Diez* manda que á las ocho en punto os presenteis en el salon donde estará reunido.

—No faltaré.

Y añadió.

—¡Luti!

—¿Qué mandais, señor?

—Mi góndola.

—¿Dónde vamos?

—A nuestro palacio.

—Al momento.

Y ámbos bajaron, entrando poco después el conde en su caja de nácar.

Trasladado á su despacho, dijo al sirviente:

—Averigua si espera alguno.

Y sacando la nota que le dió Mondragon, tradujo al italiano su contenido.

—Señor,—le dijo Luti interrumpiéndole,—aguarda hace más de una hora Battiferra, jefe de la policía.

—Que éntre y aguarde.

Cuando hubo terminado levantó la cabeza, preguntando al polizonte:

—¿Qué deseais?

—Me ha mandado el señor presidente del *Consejo de los Diez* que me ponga á vuestras órdenes, y aquí me teneis dispuesto á obedeceros.

—Muy bien; el trabajo va aumentar un poco, señor Battiferra, mas la recompensa superará con mucho á vuestros esfuerzos.

—Señor conde, sirvo á la patria por deber y gratitud.

—Ya lo sé, ciudadano; pero no hay regla sin excepcion, y me complace deciros que ha llegado la última. ¿Sois casado?

—Sí, señor.

—¿Teneis hijos?

—Cuatro.

—¿Supongo que vuestra fortuna no será grande?

—Mi famila y yo vivimos con el sueldo que nos da el Estado, ni mas ni ménos.

—Es decir, que en la mayor parte de los actos de la vida sois tan pobre como un mendigo.

—No os comprendo bien, señor conde.

—Puesto que sólo contais con vuestro empleo, mañana se os casa un hijo, y nada podeis hacer por él.

—Cierto.

—Enferma un individuo de vuestra familia, y os empeñais.

—Verdad es.

—Como esos dos se os presentarán cien casos idénticos que enlutarán vuestra alma, llevando las lágrimas á vuestros ojos.

—Así sucede.

—Muy bien; doy por hecho que sirviendo á la república, en cumplimiento de lo que os ordena el *Consejo de los Diez*, os será agradable mejorar de situacion. Battiferra, al dejar de ser yo vuestro jefe quedará el tribunal muy satisfecho de vos, y yo os regalaré mil ducados para que podais atender en lo

sucesivo á los gastos que citamos ántes y no vuelvan á aparecer en vuestra faz por esa causa el llanto ni la huella del dolor. Empezais á envejecer, y cada vez os será más necesaria mi oferta.

—¡Mil ducados y la estimacion del *Consejo!*

—Sí, con tal que cumplais segun deseo y conviene á la república.

—Hablad, señor. ¿Qué no haré por el logro de las dos cosas que forman mi ilusion, mi dicha? Lo malo será que la patria me pida por vuestro conducto cosas superiores á mis fuerzas. De todos modos, creed que intentaré imposibles.

—Lo que todos queremos de vos, acaso lo halleis fácil.

—Ya anhelo saberlo, si bien ántes, contando con vuestra benevolencia, me voy á permitir haceros una pregunta.

—¿Qué es ello?

—Señor, el héroe de Venecia, ese marino terror de los mares, dique incontrastable de la patria, ¿vive?

—¿Os referis á Magno?

—Sí, señor.

—Battiferra, nos está á todos prohibido por el *Consejo de los Diez* hablar de mi inolvidable hermano.

—Entónces, perdonad mi indiscrecion.

—Debo, no obstante, imponeros la obligacion sagrada de no hablar de Magno ni tolerar que lo hagan otros; sellad el labio del que pronuncie su nombre. Por lo demás, no temais nada, Battiferra. Dios protege la patria, y es tan bondadoso con nosotros, que nos permite estar alegres y satisfechos.

—¡Ah! Comprendo. Soy todo vuestro, excelencia. ¿Teneis á bien darme las instrucciones que tanto excitaron mi deseo?

—Sí, oidme bien: que quede vuestro segundo encargado de todo cuanto vos haciais, á excepcion de la vigilancia del puerto de Malamoco, cuya direccion me reservo por completo. A las siete de la noche me esperais allí para darme á reconocer al jefe que manda la gente destinada á aquel punto. Desde ese instante os conceptúo relegado de todo servicio, en lo relativo al Estado, para que os dediqueis á un trabajo más

importante de cuantos fueron sometidos hasta ahora á vuestro celo y discrecion.

—Esa será la primera parte, ¿verdad?

—Sí.

—Anhelo escuchar la segunda, que á mi juicio es la más interesante.

—No os equivocais. Contestad á las preguntas que debo haceros ántes. ¿Hay muchos moros en Venecia?

—Bastantes. La expulsion verificada en España aumentó considerablemente su número.

—¿Los habrá de todas las tribus?

—Supongo que sí.

—¿La poderosa de Abenamar estará aquí dignamente representada?

—Conozco á uno de sus individuos, y por cierto que es rico, ilustrado y persona muy digna en todos conceptos.

—Muy bien. Sepamos ahora cómo está Venecia de judíos.

—¡Ah, señor, esa calamidad abunda aquí extraordinariamente!

—¿Tantos hay?

—Innumerables; todos ellos son comerciantes, y claro es que el pueblo más mercantil del mundo debia necesariamente tener gran aliciente para ellos.

—Los habrá bastante ancianos.

—Conozco dos que han cumplido noventa años.

—¿De orígen español?

—Muchos.

—Voy creyendo, Battiferra, que ganais los mil ducados y la estimacion del *Consejo de los Diez*.

—¡Quiéralo Dios!

—Todo está reducido á que yo sepa lo ántes posible con toda exactitud dónde pára Zaida Abenamar, hija y heredera del jefe de esa tribu, y Nefftalí Asam, judío nacido en España, el cual debe vivir en Europa con nombre supuesto. En ese papel hallareis escrita la historia de ámbos, señas individuales y algunos antecedentes, todo lo cual podrá encaminaros

bien. Os advierto, sin embargo, que estas noticias se refieren de treinta años atrás, y que es posible haya muerto alguno, cuando no los dos.

—¿Me permitis que las lea?

—Con mucho gusto. Tomad.

Battiferra las examinó detenidamente, exclamando:

—¿No es más que esto?

—Eso sólo.

—¿Y al terminar?..

—¿Tan fácil lo hallais?

—Entiendo que sí.

—Acaso. Dicen que encanta vuestra habilidad y destreza; que nádie os aventaja en el descubrimiento de un secreto ignorado, en cuyo caso puede que tengais razon.

—Señor, llevo treinta años en el oficio, y tan larga experiencia me ha connaturalizado hasta con los pescados de la laguna.

—Eso no obsta para que esta mañana os haya engañado yo.

—Estais en un error, señor conde. Por respeto á la ilustre persona del valeroso capitan, del eminente senador, aparté mi vista de vuestro bote y de lo que ha ocurrido despues; pero me ha bastado la advertencia que me hicísteis ántes para leer en el libro de la verdad.

—Dadme una prueba de que es cierto, y con ella imprimireis el gozo en mi alma.

—¿No lo prohibe el *Consejo*?

—Y castigará severamente al que falte; mas lo que pasa en este palacio no llega nunca á saberlo.

—¿Me lo exigis?

—Os lo mando, como jefe vuestro.

—Poco os voy á contar, pero bueno. Junto á vos iba esta mañana el héroe, con barba y cabellera largas, y se halla en el palacio del Dux á disposicion del *Consejo de los Diez*.

—*Per Dio!* que adivinais, Battiferra.

—Tambien os acompañaba un español, que debe ser gran personaje en su pais.

—¡Santa Madonna!

—Y por último, debe seguiros y llegar en breve al puerto de Malamoco algun tigre, cuando vos mismo le preparais el lazo.

—*Cane di Dio!* ¡Qué instinto tan admirable! Fácil es, señor Battiferra, lo difícil, tratándose de un hombre como vos. Partid cuando gusteis, y á las siete en el muelle grande. Bien embozado...

—No faltaré.

—Estrechad mi mano.

—Señor, sólo soy un ciudadano de Venecia.

—El *Consejo de los Diez*, áun cuando sea por poco tiempo, nos hizo compañeros.

—Gracias, bondadoso conde.

—Empezad vuestros trabajos ahora mismo, y dadme una prueba de vuestro talento diciéndome algo esta noche de Zaida Abenamar.

—Lo haré.

Salió Battiferra, siendo reemplazado por Luti, al que preguntó Divari:

—¿Qué hora es?

—Las tres y media.

—¿Tienes que decirme algo?

—No, señor.

—Pues la comida, y á las cinco en el palacio del Dux. Esta tarde remas tú y Vasco; que ocupen tu puesto dos pajes, pues irán conmigo la hija del dictador y otra dama.

—Muy bien.

—Avisa en estando...

—¿No os acompaña el capitan?..

—No, y advierte que tardará algunos dias en volver aquí.

Melenik comió, partiendo inmediatamente en busca de Adelina y de Otilia. Su góndola iba ahora dirigida por su criado y otro de Magno, engalanados, y á éstos seguian dos pajes cubiertos de seda, los cuales estaban encargados de servir á los que entrasen en la caja.

El conde penetró en el palacio, hallando en uno de los salones á Magno y á Mondragon conversando con el Dux.

—¿Y Otilia?—preguntó el conde al primero.

—Al terminar la comida pasó al tocador, encargando ella y Adelina que les avisaran cuando tú regresases. ¿Qué asuntos traes con esas damas?

—Me las llevo de paseo.

—¡Tú!

—Yo; no puedes tú hacerlo por hallarte preso, y te represento.

—Melenik, voy teniéndote miedo.

—Me alegro; ser temido por ti es la mayor gloria á que puede aspirar un valiente.

—¿Dónde las llevas?

—A tu palacio, á la catedral, á que vean, en fin, Venecia, pues has de saber que Otilia no ha salido de aquí una sola vez.

—Aplaudiria la idea si no fuesen acompañadas de un individuo de la policía.

—Al contrario; de ese modo van más seguras; pero aquí vienen. ¡Qué bellas, y como me envidias, mísero cautivo! El aislamiento á que te condeno, señor Magno, te dará una idea en miniatura del segundo con que te proponias obsequiar á la encantadora Otilia. El cielo os guarde, señores.

Las dos se habian cogido á los brazos de Melenik, hicieron una reverencia á los tres, partiendo en la preciosa góndola por el gran canal, para detenerse en la plaza de Broglio, donde vivia Oton.

Las dos jóvenes quedaron admiradas del lujo y esplendidez de un palacio de que habian oido hablar, pero que no vieron hasta entónces. Otilia sintió ensancharse su corazon, el carmin coloreó su semblante, comenzando á creerse más feliz que nunca.

Después recorrieron vários canales, pasaron por los sitios más concurridos, y últimamente admiraron las bellezas de la preciosa basílica de San Márcos.

—A las siete ménos cuarto regresaron al palacio, yendo

muy satisfechas del paseo que les dió Oton y de los aplausos de que fué objeto la belleza de ámbas entre los nobles venecianos que hallaron á su paso.

Al ir á desembarcar el conde, dijo á su criado:

—Que se retire esta góndola, toma una de alquiler que has de guiar tú, y abrevia.

—Y acompañó á las damas al estrado, donde las esperaban la madre de Adelina y algunos otros parientes, pues Magno, Mondragon y el Dux estaban en el salon de sesiones del *Consejo de los Diez*.

Oton se embozó en su capa, y, entrando en una caja de madera perteneciente al esquife que acababa de alquilar su sirviente, dijo á éste:

—Al puerto de Malamoco. Atraca en el primer muelle.

Poco después tornó á desembarcar, hallando junto al último escalon, inmóvil como una estátua, á un embozado que le dijo:

—Exacto sois, señor conde; acaban de dar las siete.

—¿Qué habeis hecho, Battiferra?

—Poco, gran señor; sé únicamente que vive Zaida Abenamar y que se halla en París. Mañana os daré las señas de la calle y casa donde habita. Nada averigüé todavía sobre el judío.

—No importa; trascurrieron sólo tres horas y media y ya hicísteis un milagro. ¿Estais cierto de la noticia?

—Tanto como de que hablo con el conde Divari.

—Estrechad otra vez mi mano. Gracias, Battiferra. Juro hacer vuestra suerte si mañana continuais con tanta suerte como hoy.

—Después nos despediremos y no me volvereis á ver hasta el momento en que recibais de mi mano cumplida contestacion á cuanto abarca la nota que me dísteis ántes.

—Muy bien. Veamos al jefe del puerto.

Y penetraron en un despacho donde les esperaba aquél, el cual recibió claras y terminantes instrucciones del conde, relativas á la galera *Estrella*, á Jonás y al marqués de Altacima.

Poco ántes de las ocho se despidió Oton de ámbos para volver á entrar en su góndola y trasladarse al salon donde se hallaba reunido el *Consejo*, en el cual se presentó á la hora que le citaron.

De pié, y con su acostumbrada calma y aplomo, resistió un interrogatorio de hora y media, dejando muy complacidos y satisfechos á sus jueces. Estos habian comido allí, continuando en sus sitios desde por la mañana hasta aquel instante, en que se suspendió la sesion.

El Dux y nueve jueces pasaron á ver á Magno, en tanto que Gradenigo hizo sentar á su lado al conde, y, solo con él, le preguntó:

—¿Qué has hecho hoy?

—He dispuesto lo necesario para que al llegar Jonás realice el rapto, luche luégo con Altacima, y á la postre vayan los dos á ocupar las mazmorras que les tengais destinadas.

—Muy bien. Dejo ese asunto á tu completa direccion y elevado talento.

—Os respondo con mi vida.

—¿Intentaste algo más?

—Sí; he averiguado que vive la madre de Magno, y sé el pueblo donde se halla.

—Me alegro.

—No le digais nada, pues deseo darle la noticia en la primera oportunidad.

—Mis compañeros le estarán estrechando ahora, y voy yo tambien á hacerlo.

—Si me lo permitis os acompañaré.

Los diez jueces dejaron de ser tribunal, en cuyo instante fueron uno por uno abrazando á Magno con cariño, pero sin expresar frase alguna por lo mucho que habia sufrido.

Después de demostrarle todos afecto y el placer que les causaba su feliz regreso, se retiraron, quedando en el salon la familia del Dux, Mondragon, Melenik, Otilia y el capitan.

CAPITULO X.

El sueño de Oton.—La noticia.—Conspiracion inocente.—Gran descubrimiento.

Solos la familia del Dux con los que hemos citado anteriormente, á ruego de Otilia comenzó Magno á referir cuanto le habia acontecido desde que ella abandonó la capital de España hasta que aquél llegó á Venecia.

El conde, que permanecia en pié, cansado de las emociones y fatigas del dia, se proporcionó un cojin, y arrojándolo á los piés de Magno se sentó en él, apoyada su cabeza en el muslo del capitan, en la forma que solia hacerlo ántes. A los pocos instantes quedó profundamente dormido.

Magno, por instinto, dejó caer sus manos sobre la cabeza de Oton, continuando su largo relato sin interrupcion alguna. Sus oyentes sufrieron unas veces, otras palidecian, la indignacion asomaba á sus rostros, concluyendo por fijarse todas las miradas con admiracion en la bellísima faz del georgiano, cuyos hechos en pro de la libertad del marino acababa éste de referir. Sin distincion de sexo, exclamaron:

—¡Qué audacia y talento; cuánto habrá padecido y cómo ama á su generoso protector!

—Tambien yo le quiero; me acostumbré de tal modo á oir su voz, á mirarle y á conversar con él, que sufro, á mi pesar, cuando no está á mi lado. Ved su sueño tan tranquilo como la conciencia. ¡Duerme, hijo, que yo velaré tu sueño con la solicitud de un padre, con el cuidado de hermano!

Y el capitan oprimió con sus manos la cabeza de Melenik.

Aquél abrió los ojos, y mirándole fijamente, murmuró:

—Gracias por la atencion.

—¿Te desperté yo?

—Sí.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Mejor estamos hablando.

—Me rindieron el cansancio y la fatiga.

—Tú tienes la culpa; el oficio que has tomado presenta esas contras.

—No os pido perdon,—dijo el conde dirigiéndose á la familia del Dux,—porque todos conoceis mi costumbre de dormir así muchas horas, lo cual me ha valido la calificacion de *perro faldero*. Dicho esto, contestaré á mi hermano. Si no formara parte de la policía de Venecia nada sabria á estas horas sobre una mora llamada Zaida Abenamar.

—¡Qué dices, Oton! ¡Habla por la Vírgen!

—Hablando estoy. ¿No afeabas tanto mi entrada en las filas de esa gente sagaz, que vive espiando sus culpas y las acciones de los demás?

—No me hagas sufrir; te lo ruego por lo que más ames en el mundo.

—Entónces, por tí.

—Sea.

—¿Volverás á criticar mi nuevo oficio?

—¡Oton!..

—Contesta.

—Si me das motivo, sí.

—Pues me callo.

—Ingrato, haz lo que quieras.

—¡Vaya un hijo tierno y cariñoso con una madre que entre angustias, pesares y amarguras le busca sin tregua ni descanso!

—¿Vive, Melenik?

—Contesta.

Exclamaron todos, participando de la ansiedad de Magno.

—No puedo negarme á Otilia y á Adelina, que harto me honraron esta tarde. Magno, vive tu madre y se halla buena en París.

—¿Estás cierto, conde?

—Sí.

—¡Ay! ¡Tú ignoras la impresion que acabas de proporcionar á mi alma!

—Fué de lo segundo que me ocupé al tomar posesion de mi detestable oficio, como tú juzgas. Primero del hijo y luégo de la madre.

—Te perdono el arresto que sufro, tu denuncia al *Consejo* y cuanto has hecho hoy contra mi voluntad por la noticia que acabas de darme. Señores, permitidme que lo estreche. ¡Oh, gracias, hermano mio! Te permito en adelante que hagas lo que quieras.

—Tú lo has dicho, Magno; no te extrañe que te exija el cumplimiento de esa palabra, hasta que deje saldadas mis cuentas con todos tus enemigos.

—Lo que expresó mi labio lo sostendré siempre.

—Gracias.

—¿Con que vive? Dime cuanto sepas de ella, Oton.

—Vive y se halla buena. Creo que es bastante averiguar en el poco tiempo de que he dispuesto hoy; mañana será otra cosa. Mira, hermano, han dado las doce y la policía madruga en Venecia. ¿A qué hora debes presentarte mañana ante el *Consejo?*

—A las diez.

—Pues adios.

—Otro abrazo; la Providencia, que da ciento por uno, me paga con su acostumbrada bondad el bien que te hice. Manda,

hijo, tira el dinero; mis tesoros son tuyos; tuyos mi cariño y gratitud.

—Que va á tener celos Otilia. Mira cómo la hice reir. Recuerda que ayer á estas horas le hacias tú llorar.

—Oye; escribe á mi madre; vesla preparando; que no se mueva, no le suceda alguna desgracia...

—Cuida de Otilia, Magno; realizad pronto vuestra boda, que lo demás me corresponde á mí solo.

—Pero yo...

—Tu madre, hermano, lo es mia tambien; de ella y del judío Nefftalí Asam, yo me encargo.

—¿Vive el último?

Se apresuró á preguntarle Mondragon.

—¡Anciano, no lo hallásteis vos en tantos años, y pretendeis que yo lo haya encontrado ya!

—Como tú haces milagros.

—Pues os voy á dejar bien, y no quedará el que ahora me exigis en el aire; pronto lo vereis.

—Capaz es, Mondragon.

Dijo Magno.

—Pues todo se lo debo á mi oficio de polizonte. ¿Te empieza ya á gustar?

—Me va pareciendo delicioso, pero más aún tu talento, tu ingenio.

—Gracias, y hasta mañana.

El conde fue estrechando la mano de cuantos estaban allí, y salió embozado en su capa, hallándose poco despues dentro de la góndola alquilada por su sirviente.

—¿Adónde vamos, señor?

Le preguntó Luti.

—*Corpo di Bacco!* á nuestra casa, que ya es más de media noche.

—Yo resisto tres ó cuatro sin dormir, y si estoy entretenido, más aún.

—¿Qué entiendes tú por hallarte entretenido?

—Hacer algo; y la verdad es que hemos perdido el dia

lastimosamente; ni una estocada... Por mi patron San José, que esto va mal.

—Calla, nécio; hemos hecho lo incréible.

—Pues no lo he notado.

—Lo sé.

—Me nombrásteis vuestro confidente, y todavía no vi la prueba.

—¿Eres curioso?

—No, señor; pero me gusta cumplir con mi deber.

—Luti, en Venecia no tenemos enemigos y todo está reducido á unas cuantas intrigas; más adelante recorreremos parte de Europa, y el que intente detener nuestro paso...

—Allí empezaré yo.

—Vete preparando.

—Ya lo estoy. Mi espada y puñal cortan como la guadaña.

—No es eso. ¿Hablas francés?

—Los malteses conocemos un poco todos los idiomas; bien ninguno.

—Pues apréndelo, que te va á hacer falta.

Iba Oton en su góndola y remaba Luti, sin dejar por eso de hablar con su amo. De este modo llegaron al palacio; el conde no quiso cenar, mandando al sirviente que le desnudara.

—¿Y mañana, señor?

Le preguntó aquél, dejándole en cama.

—A las ocho en el puerto; á las nueve aquí; á las diez en el palacio del Dux. Retírate.

Poco después dormian ámbos, prosiguiendo así hasta la mañana siguiente.

Envuelto el conde en una capa negra, y sin darse á conocer de nádie, vió si sus órdenes se cumplian y en los muelles se observaba la vigilancia prescrita por él. Satisfecho de su reconocimiento, buscó al jefe, y descubriéndose por fin, le preguntó:

—¿Qué acontece?

—Nada, señor conde.

—¿Se reconoce bien al que llega?

—Ni los pájaros entran aquí sin nuestro permiso; pero todavía no asomaron los que esperais.

—Bueno es estar alerta, áun cuando sea pronto; deben presentarse los dos mañana.

—Por lo que pueda ocurrir, la mitad de la gente velará esta noche.

—Lo apruebo, y hasta después.

—Confianza absoluta en nosotros, y que el cielo os guarde.

A las diez de la mañana decia Oton á Luti:

—Voy á entrar en el palacio del Dux, permaneciendo en él hasta la hora de comer. Ocupa el tiempo aprendiendo francés.

Y nuestro jóven subió en busca de Otilia, pues sabía que Magno y Mondragon estaban ante el *Consejo*. Se hizo anunciar, y la jóven le recibió sola en el gabinete que ya conocemos.

—¿Qué hay de bueno, valiente Melenik?

Le preguntó ella estrechando su mano.

—Hermana, me trae aquí una intriga en la que debes desempeñar el papel más importante.

—¿Qué te propones?

—Que me ayudes á facilitar los medios al *Consejo* para que éste pueda sentar la mano en toda regla á los asesinos de Magno.

—Explícate.

—El severo tribunal á que me referia, pretende, con sobrada razon, justificar todos sus actos; siendo indispensable, por lo mismo, que Jonás y Altacima cometan algun delito en los estados de Venecia, para que yo pueda prenderlos y dejarlos en una mazmorra á disposicion del *Consejo*.

—¿Y qué debo yo hacer para el logro de tus deseos?

—Todo.

—¡Yo! No te entiendo.

—El uno viene á robarte, y el otro piensa hacer lo mismo cuando estés en poder del primero; pues bien, es indispensable que ámbos realicen su intento.

—Oton, ¿qué estás diciendo?

—Ya lo has oido.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué?

—¡Yo en poder de esos miserables! ¡Y que lo iba á tolerar Magno!

—El capitan no debe saberlo hasta después, y tú serás robada sin salir de aquí.

—¿Sin salir de aquí? Explícate, hombre.

—Oyeme: Jonás te entregará la carta de tu tio; la lees dos veces y te la guardas, contestando al miserable portador que te quedas en Venecia, donde tambien hay conventos y medios de servir á Dios, sin necesidad de atravesar los mares ni volver á un país en el que te juzgan deshonrada; él insistirá; tú sientas una absoluta que le quite toda esperanza, y continúas hablando con él, presentándote diplomática, ó sea amable, atenta y cortés. Te pedirá permiso para visitarte los dias que permanezca en Venecia. Entónces le contestas que no quieres dar motivo á que sospeche mal de ti el Dux; pero que si algo tiene que decirte puede hacerlo desde el canal, puesto que tú pasas parte de la noche asomada á ese balcon, el que está á poco más de una vara del agua. Es el colmo de su deseo, porque de esta manera le es dado escalar tu habitacion, penetrar en ella y robarte. Habrá en esta intriga una sola equivocacion: la que ha de consistir en que no te llevará á ti, sino á la camarera que trajiste de España, la cual tiene la misma estatura, es esbelta, y cubriéndose con el traje que usaste al recibir á Alaejo, podra fácilmente confundirse contigo.

—¿Y el rostro?

—Cierto que el tuyo no tiene parecido en el mundo. ¡Es tan bello!

—Oton, el momento no es á propósito para galanterías.

—Verdad es; la cara la esconde en una de las caretas cuyo uso es tan comun en este país.

—¿Pero cómo ha de creer que estoy en mi propia casa con antifaz?

—No; dará por hecho que vas á salir, te llamará y, equivocando á la camarera contigo...

—Pero yo no puedo consentir que esa pobre niña á quien tanto estimo sirva de pasto á esos canallas.

—Pero hija, si han de estar los dos rodeados de policía, sin tener uno solo de sus cómplices que les sea leal.

—Ya; la intriga es como tuya, pero un descuido basta para que mi pobre camarera sea deshonrada por ellos.

—No lo habrá. ¡Que tampoco tú tengas confianza absoluta en mí!

—Me repugnan tales enredos.

—¿No recuerdas lo que hicieron esos hombres con Magno? ¿Olvidas lo que pretenden realizar contigo? ¿Qué será de sus nuevas víctimas si nosotros les permitimos que continúen libres, poderosos é inspirados por Lucifer? La generosidad de mi hermano se explica siendo él el ofendido; la tuya, con el buen talento que te concedemos, no.

—Me ha dicho várias veces Magno que tu único defecto consiste en lo mucho que te ensañas con tus enemigos.

—Por despreciar él á los suyos y desconocerlos le sucedió lo que sabes, y hubiera muerto á no ser por mí. Cuando no era tiempo de obrar, salvé al uno la vida y luégo vi pasar al otro por delante de mí, sin impedirle su carrera ni oponerle dificultad alguna. Yo, contra mi voluntad, y por quererlo el capitan así, fraguo esta intriga para entregárselos al tribunal en la forma que tu amante desea; pero si tú no quieres ayudarme, entónces doy al traste con estos preámbulos, me bato con los dos y los mato.

—¿Y si ellos te hieren á tí?

—Me iré al otro mundo defendiendo al bueno contra la furia del perverso.

—Eso lo impediré yo.

—Pues no tienes otro medio que el de obedecerme.

—Que lo sepa al ménos tu hermano.

—Imposible; todo lo que tiene de duro su corazon en el combate se trueca en blando durante la paz, y la verdad es que no sirve para esta clase de intrigas.

—¿Y el Dux, el *Consejo* y Mondragon?

—Esos nos ayudarán en cuanto necesitemos de ellos.

—¿Y cómo vamos á impedir que Magno se entere?

—Yo me encargo de eso.

—Bueno, hombre, te ayudaré. Si luégo se incomoda tu hermano...

—Yo acepto toda la responsabilidad. Adios.

—¿Ya te marchas?

—Sí.

—¿Adónde vas?

—Al *Consejo*.

—¡Qué de enredos y tramas llevas en tu cabeza!

—Culpa á tu amante, que por bondadoso ó indolente me arrastró al lio en que él se ha dejado envolver.

—Siéntate, descansa un poco y luégo partirás.

—Bueno; pero te advierto que ínterin yo no éntre en la sala de sesiones, no permitirán salir á tu futuro.

—¡Ah! Entónces marcha. Adios.

—¡Qué prisa tienes ahora!

—Es natural.

—¿No le has visto todavía hoy?

—Sí, almorzamos juntos y hemos hablado más de una hora.

—Tienes razon, me siento cansado.

—Donde se reune el tribunal hay buenos sillones.

—Para ellos; á mí me obligan á estar de pié.

—Eres fuerte como pocos hombres.

—Y tú egoista como todos los enamorados. Hasta luégo.

Salió Oton, reemplazando á Magno y al general ante el *Consejo*.

Poco después tenía el tribunal concluidos todos los preliminares del expediente formado en averiguacion de lo ocurrido al capitan de marina, y el reconocimiento de éste como hijo de Don Juan de Austria. Por separado instruyeron tambien sumario á Jonás y á Altacima, dejándolo en suspenso hasta la llegada de aquellos.

Hecho esto se retiraron los nueve, quedando el Dux, Gra-

denigo y Melenik solos y encerrados. Nuestro jóven les enteró de la intriga acordada con Otilia, la que aquellos le ofrecieron sostener y ayudarle á realizar.

Luégo hizo salir el conde á Mondragon del gabinete de Otilia, manifestándole la parte que él debia tomar en la mencionada intriga y la reserva que necesitaba usar en lo relativo á Magno.

Todo preparado, y dispuestos á secundar sus deseos, aquellos con quienes contaba, abandonó Divari el palacio del dictador para trasladarse al suyo.

Eran las cuatro de la tarde y pidió la comida. Terminado este acto esperó una hora, dando vivas señales de malestar é impaciencia.

Su criado le preguntó:

—¿No hacemos nada?

—Pronto anochecerá y ese Battiferra no viene.

—Estais desasosegado, inquieto.

—Sí, hasta que vea al jefe de la policía de Venecia me hallaré mal. ¿Tienes seguridad de que no ha estado aquí hoy?

—Absoluta. Por órden vuestra pregunté á todos cuantos hay en casa y ninguno le ha visto.

—No sé qué hacer.

—Busquémosle.

—De nada nos servirá.

Y dominando en cuanto le fué posible su impaciencia, se fué Melenik á su despacho, en el que ocupó dos horas escribiendo.

Llegó la noche, y ni Battiferra iba, ni del puerto le mandaban recado alguno.

Contando minuto por minuto, y pareciéndole eternas las horas, oyó las diez, y un instante más tarde la voz de un paje que anunció:

—El jefe superior de la policía de Venecia.

—¡Ya era tiempo! Que pase al instante.

Y haciendo un esfuerzo sobre sí, dijo á Battiferra, aparentando tranquilidad:

—Sentaos junto á mí. ¿Qué ha hecho el hábil y diestro privilegiado sér que todo lo indaga, penetra y sabe?

—Lo que os ofreció anoche.

—Mucho tiempo empleásteis.

—En cambio terminé por completo.

—¿Satisfactoriamente?

—Sí, señor.

—¿Nada os quedó por averiguar?

—Vengo satisfecho, y con noticias tan auténticas, que respondo de todas. Hasta verlas confirmadas por várias personas, diferentes en edades, ocupacion y jerarquía, no quise traerlas.

—¿Trabajásteis mucho?

—Desde que me despedí ayer de vos sólo dormí cuatro horas y he comido una vez, de pié y empleando en este acto diez minutos.

—En mi casa hallareis descanso, mesa abundante, y al partir, aquellos mil ducados. Hablad, amigo mio.

—Vive efectivamente Zaida Abenamar y reside en París, Rue del Norte. Y enfrente habita una casa antigua y destartalada el muy rico y poderoso baron de Auch, ántes Anselmo Rute y anteriormente Nefftalí Asam, tesorero que fué del príncipe Don Juan de Austria. La mora descubrió no há mucho el incógnito y residencia del hebreo, y partió á Francia inmediatamente en busca de un hijo que supone le robó aquél. Pero el baron presta su dinero al Gobierno de Francia y á los magnates de la corte, tiene mucha influencia, y la infeliz Zaida lleva dos años sin lograr otra cosa que el desprecio del judío y ver estrellados sus afanes ante la indiferencia de los tribunales á que ha recurrido.

—¿Habrá abandonado ese país? ¿Pensará dejarlo?

—No; terca como todos los individuos de su raza, ha jurado ser la sombra de Nefftalí Asam y le persigue con su presencia por todas partes.

—¿Es auténtica la noticia?

—Me la ha dado un pariente suyo, que vino hace muy poco de París.

—¿Qué más?

—He descubierto un secreto del judío, y adquirido los datos necesarios sobre él, por lo que pudiera interesaros.

—Hablad.

—El baron casó hace veinte años, quedando viudo, pero con sucesion. Su bella esposa, de la tribu de Ismael, dió á luz una hija, y segun mis noticias es hermosa como pocas mujeres. Temiendo el padre que algun amor imprudente la haga desgraciada, aminore su fortuna ó cause la deshonra de la dama, la tiene encerrada en un semi-castillo de los alrededores de París, viejo y ruinoso, que compró al descendiente de la casa de Lorena. Cuanto os he dicho y algo más hallareis escrito en ese papel. De todo lo expuesto ahí respondo con mi vida.

Melenik leyó detenidamente el escrito que le alargó Battiferra, exclamando al terminar:

—Bien, muy bien; quedo completamente satisfecho, y os puedo asegurar que por mucho que hayais trabajado, todavía aparece como milagroso el descubrimiento hecho en período tan corto. Bastante elogian vuestro talento, penetracion, sagacidad y destreza, pero no os adulan. ¡Oh, no me equivoqué en la eleccion ni en la idea que el cielo me inspiró! Abreviemos: Battiferra, vais á comer aquí; luégo os entregarán los mil ducados, é inmediatamente partís á casa de ese pariente de la mora y haceis que escriba una carta en la cual prevenga á Zaida que no se ausente de París, añadiendo que pronto se la presentará el conde Divari con noticias de su hijo. Ya en vuestro poder ese documento, lo mandais á París con el hombre más leal, con el que más corra.

—Lo haré así. Y después, ¿de qué me ocupo?

—Descansad esta noche; que continué reemplazándoos vuestro segundo, y á las siete de la mañana, disfrazado de marinero, me esperais en el puerto de Malamoco. Lo restante allí lo sabreis.

Y el conde oprimió un timbre, diciendo á Luti:

—Acompaña al comedor á este ciudadano. Que le sirvan

las mejores viandas que haya en el palacio. Su último postre lo compondrán mil ducados que le entregará mi mayordomo. Inmediatamente dispones una góndola, que vamos á salir.

—Señor, ahí está el alférez, quinta vez que se presenta hoy en casa. Demuestra mucha impaciencia, vota por diez y dice que quiere hablaros.

—Que pase. Adios, Battiferra.

—Señor conde, ¿quedais complacido de mí?

—Algo más de lo que podeis figuraros.

—¿Y el Consejo supremo?

—Tambien. Ya lo oireis de boca de su presidente.

—Entónces hasta mañana, señor.

El alférez reemplazó á Battiferra y á Luti en el despacho de Oton.

—Nádie me da razon del capitan,—dijo entrando.—¡Estoy desesperado!..

—¿Para qué le quereis?

—¡Me gusta la pregunta! Para verlo, para saber que nada le ocurre y para que me dé las órdenes que tenga por conveniente.

—¿A quién habeis preguntado por él?

—A todos los habitantes de este palacio.

—¿Qué os contestaron?

—Nada en resúmen. ¡Si pertenecieran á otra servidumbre, yo les hubiera hecho hablar!

—¿De qué modo?

—A palos, ¡voto al infierno!

—Buen remedio. Aquí no hay ningun cobarde, señor alférez, y la cantárida podia haberse vuelto contra vos.

—¿Me decis algo de Magno? Ved que me mata la impaciencia.

—Está preso.

—¡No puede ser!

—Pues si vos teneis mejores noticias, ¿á qué me las pedis á mí?

—¿Quién habia de osar en Venecia?..

—El *Consejo de los Diez*.

—¡Santa Madonna!

—A instigacion mia.

—¡Por denuncia vuestra! ¡Digo que le amais tanto como yo, y que es imposible!

—Alférez, tiene por cárcel el palacio del Dux, y notad que yo nunca miento.

—¡Pero si vos le quereis tanto!..

—Por esa razon.

—Señor conde, yo os ruego me expliqueis...

—Açercaos más. Mañana llegarán los piratas. ¿Recordais la *Estrella* y la fragata francesa?

—Sí.

—Allí vienen sus asesinos Jonás de Alaejo y el marqués de Altacima.

—¡Ira de Dios!.. Proseguid.

—Ya sabeis que Magno durante la paz es demasiado blando y tan generoso...

—Cierto. Ya se lo tengo yo dicho.

—Bien; por eso está arrestado junto á Otilia y el Dux, y miéntras yo...

—Comprendo; y yo tambien.

—Si quereis ayudarme...

—¡Que si quiero; ya lo creo! Los colgamos de una entena y palo á palo...

—No es eso; hay que entregarlos al *Consejo de los Diez*, que con él tienen bastante.

—Mejor era lo otro.

—Tambien es verdad, pero el capitan se empeñó en lo contrario y habremos de complacerle.

—¿Qué debo hacer yo?

—Quitaos los bigotes, y, bien disfrazado de marinero, me esperais mañana á las siete en el puerto de Malamoco.

—¡Vestido de marinero, sin mis bigotes!..

—Si eso os violenta, tened entendido que puedo prescindir de vos...

—No; iré.

—Pues estrechad mi mano y hasta la hora indicada.

—¡Qué grave, atrevido y valiente os presentais ya, Oton! No faltaré.

El alférez marchó en su góndola, y el conde, entrando en la suya, se dirigió al palacio del Dux.

Eran las once de la noche; la luna extendia su pálida luz sobre los canales de Venecia, y las voces de cien gondoleros entonaban cánticos llenos de poesía y tan deliciosos como el placer. La melodía era ya entónces patrimonio del suelo italiano.

CAPITULO XI.

La tertulia intima.—Los cazadores.—La caza.—El nuevo jefe de la policía de Venecia.

LA góndola de Melenik llegó al palacio del Dux, saltando su dueño sin expresar otras frases que:

—Luti, aguarda.

Y subió, entrando poco después en la cámara donde estaba la familia del Dux, Otilia, Mondragon y Magno.

El conde los fué estrechando uno por uno, quedando frente al capitan, el cual le preguntó:

—¿Por qué no has venido ántes, Oton?

—No me fué posible.

—Son las once de la noche.

—Ya lo sé.

—Estuviste ausente trece horas.

—¡Cómo ha de ser! Para eso me nombraron jefe interino de la policía. ¿No me reemplaza dignamente Otilia?

—Necesito veros á ámbos. Siéntate.

—Lo hago, pero os ruego á todos continueis hablando sin que mi presencia prolongue por más tiempo la interrupcion.

—Dinos tú algo de nuevo.

—En la ciudad nada ocurre de extraño, ni áun que merezca el honor de molestar vuestra atencion. Estoy seguro que esta opinion se halla confirmada en las noticias que ha recibido hoy S. A. el Dux.

—Cierto; pero me dicen en uno de los partes que no has salido del palacio de Magno en toda la tarde y parte de la noche.

—Verdad es; yo dirijo desde allí mi gente.

—¿Qué averiguaste sobre mi madre?

Le preguntó Magno.

—¿Qué hay del judío?

Añadió Mondragon.

—Os voy á complacer á ámbos. La primera reside efectivamente en París y ya sé el nombre de la calle y número de la casa que habita, Rue del Norte.

—¿Qué hace, Oton; en qué se ocupa; cuál es su suerte?

—Te diré ántes, hermano, que vive enfrente el célebre baron de Auch.

—¿Quién es ese personaje?

—Un rico y poderoso señor que adelanta fondos al Gobierno de Francia y á algunos de los magnates de aquella corte.

—¡Qué nos importa eso!

—¡Vaya si os importa! El baron de Auch es muy amigo tuyo y tanto ó más del general Mondragon.

—Yo no escuché ese nombre jamás.

Dijo Magno.

—Ni yo tampoco.

Replicó Mondragon.

—Yo sí,—añadió el Dux;—es un judío de quien oí hablar mucho. Vive en París efectivamente, segun mis noticias, y cuenta con una de las primeras fortunas del mundo. Su avaricia la describen con colores tan negros que horrorizan.

—Pues á pesar de eso,—prosiguió Melenik,—dispone de gran influencia en la corte de Francia. El oro va siendo cada dia un poder irresistible.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con mi madre, Oton?

—Te repito que mucho, Magno. Zaida, jefe hoy de la un dia tan poderosa tribu Abenamar, es obstinada y terca como todos los individuos de su raza. Algo sacaste tú de ella, hermano.

—Era natural.

—La infeliz no halló al hijo que por tantos años buscaba; en cambio, más afortunada que el general Mondragon, encontró por fin á Nefftalí Asam.

—¿Dónde?

Le preguntaron á la vez el anciano, el Dux de Venecia y el capitan.

—En París; pero no me interrumpais si he de abreviar. La valerosa Zaida vendió los bienes que tenía en Granada y se trasladó á Francia en busca del hebreo, y no tardó en dar con él, segun dije ántes; le pidió su hijo, mas aquél no se dió por entendido, negando al efecto que era el judío Asam. Ella entónces recurrió á los tribunales; pero la omnímoda influencia con que contaba Nefftalí encadenó la justicia, y la mora no halló otra cosa en París que disgustos y desengaños.

—¡Si eso es cierto, yo la vengaré! Ese malvado besará sus plantas, regadas tantas veces con el llanto de la ternura!

—Prosigue, Magno; continúa formando castillos en el aire, que yo te los iré derribando uno por uno.

—¿Osarias estorbarme?..

—No; impediré al hombre de ciencia; al invencible guerrero que vaya á Francia á cometer tonterías como las que hizo en Madrid. La madre será para ti, el judío me lo reservo yo. Te faculto para que hagas lo que quieras, me dijiste anoche. ¿Lo recuerdas?

—¡Continúa, por Dios!

—¡Bueno estaria que el conde Divari hubiera descendido á polizonte y trabajase dia y noche con la energía, empeño é interés que lo está haciendo, para que viniera Magno á destruir mi obra con su innata generosidad, su hidalguía de... no quiero calificarla, y nuestros enemigos se rieran de ámbos!

Te equivocas, hermano. Trabajo por interés tuyo y para divertirme yo con ellos, no para que los malvados se burlen de mí.

—Bueno hombre; por todos los santos del cielo, continúa.

—He debido ántes destruir tus ilusiones. Ahora prosigo. Desesperada la mora, fuera de sí, juró ser la sombra de Asam, y le persigue por todas partes, con ese empeño árabe propio de los hijos del Korán.

—¿Y qué logra con eso?

—La infortunada supone que Nefftalí tiene conciencia y le sigue doquier, gritando: «¡Mi hijo, asesino de mi hijo, yo te maldigo!»

—¡Y yo entre tanto aquí preso!..

—No te impacientes por ella, que ya la policía de Venecia corre en su busca para hacer á su lado lo que debe.

—¡Melenik, daria la mitad de mi vida!..

—Te mira Otilia, y con razon. Es suyo el todo, y no te ha facultado para que dispongas de esa parte. ¿Me permites que acabe?

—Sí, hermano; perdona que te haya interrumpido tantas veces.

—Ese lenguaje es ya propio de tu talento. Continúa por ese camino é irás en pos de la razon; en cualquier otro hallarás la insensatez, la imposibilidad y á la postre la desesperacion. Concluyo: el judío Nefftalí Asam se titula hoy baron de Auch, y es el mismo de quien hablé al principio, conocido de nombre y hechos por S. A. el Dux. ¿Qué opinais de esto, señor general Mondragon?

—¡Qué si le cojo dare fin de su existencia!..

—Otro loco. La muerte se le da al hombre en un segundo, con lo cual no paga ni con mucho los treinta años de pesares, llanto y desolacion en que sumió á la madre y el robo que hizo al hijo, con las vicisitudes, humillacion y desgracias consiguientes á aquél. Pero eso está en relacion con la gran habilidad que demostrásteis buscando al *celebérrimo* judío.

—¡Niño!

—¿Me he equivocado por ventura? Yo lo hallé á las treinta horas, ¿y vos? Tened la bondad de contestar algo.

—Si es cierto lo que expusiste...

—Como el reflejo de esa luz de la luna sobre las cenagosas aguas del gran canal que teneis enfrente; como vuestra torpeza al quererlo matar; y no continúo, porque os estimo mucho.

—Gracias; algo lo disimulas.

—Siento que el judío sea tan viejo, que tan pronto le llame la muerte; pero hasta tanto que la horrible Parca se apodere de él, lo he de condenar á una tortura más terrible que la pérdida de cien y cien vidas; más sensible para el avaro que el desprendimiento de cuanto posee; más cruel que la intencion de Jonás y de Altacima.

—¿Qué intentas, hermano?

—Lo que intento lo sé yo solo, y juro por Dios Santo que á nádie se lo he de decir.

—Tu bello rostro se contrajo, apareciendo en él toda la ferocidad del montañés caucasiano.

—¿Te asustó?

—No, pero me espanta.

—¡Pues figúrate lo que será de Asam el dia que él pruebe sus efectos! Descendiente de algun deicida, contará las horas de su existencia por el daño que ha hecho, perdiendo á unos, robando á otros, estafando á los más y siendo la verdadera plaga del desgraciado género humano. No me he de apresurar en la realizacion de mi pensamiento; tendré al ejecutarlo tu calma, capitan, tu sangre fria. Paso á paso, sin precipitarme, llegaré al tormento, y, sentando en él al judío, iré despacio y sensiblemente dando vueltas al tornillo, hasta que logre verlo en una agonía la más cruel que sufrió hombre alguno.

—Oton, tu mirada vaga y sombría confirma esas frases, y en verdad que quisiera hallarte más generoso, ménos iracundo.

—Borra de mi mente la historia de tu madre; la de aquel niño que fué arrojado como un perro entre los míseros pescadores del Brasil, y robado, sin nombre, sin ayer, presente ni

futuro; que por esta causa se vió obligado á remar, á tender las redes y á servir, en fin, de aprendiz á un pobre marinero. Logrado esto perdonaré al bondadoso hebreo, rico y opulento señor, que al ver á tu madre la mirará con desprecio. Posible es que haya mandado á sus lacayos la echen de su casa, haciéndola rodar por la escalera. «Está loca, diria, y no debe molestarme con torpes delirios.»

—¡Melenik, calla, que enciendes mi sangre y pones en tortura mi corazon!

—Cuando te desdeñaban porque no tenías un apellido; al gritar el eco de la difamacion «inclusero, hijo de algun jitano ó judío;» cuando llevabas al aire tus brazos, pecho y piernas y extendias las redes; cuando en el Perú te alistastes de soldado; cuando después, de capitan, miraban tu banda y sonreian los nobles con malicia, en todo ese tiempo contaba el hebreo el oro que robó á tu padre, prestándolo luégo para multiplicarlo, burlarse de las hábiles pesquisas de Mondragon, de los amargos suspiros de tu madre y de las infinitas lágrimas que tú dejabas en pos cuando buscando tu orígen, la desgracia te impelia hácia adelante, gritando: «Sigue, pobre mozo, por el árido camino en que te ha colocado Asam...»

—¡Basta, Oton; haz lo que quieras de ese hombre! ¡Tus frases caen sobre mí como gotas de hirviente lava que abruman mi existencia y emponzoñan mi alma! ¡Parece imposible que rostro tan bello oculte un corazon de tigre!

—Puesto que tú me obligas, haré una comparacion, Magno. Recuerdo haberte oido decir várias veces que, desesperado por carecer de aquello que no le negó la suerte al mendigo, de un padre que endulzara tus penas y te diera bueno ó malo su apellido, entrabas en los combates, y, ébrio de sangre y exterminio, matabas sin cuento. «No tengo orígen; pues debo destruir al género humano.» Esa era tu lógica, y, en alas de tan sábia y noble idea, sembrabas de cadáveres el suelo ó las cubiertas de los buques.

—¡Fiero georgiano, sella el labio!

—Te amarga la verdad, ¿es cierto? Pues vuelvo la hoja,

y hablo de mí. Yo no tuve nunca la esperanza de hallar un Don Juan de Austria, porque desde mi infancia encontré dos tigres que se llamaban mis padres. Fuí esclavo, sufri más que tú, y, teniendo el mismo valor y tanta inteligencia, no maté á nádie ni hice otra cosa que ahogar á un turco y herir á seis alguaciles. Pero todo eso consiste en que tú eres muy noble, tienes buen corazon, y yo me traje del Cáucaso la fiereza del rudo montañés. Por lo visto, el dar la muerte á infelices soldados ó marinos que les obligaban á ponerse frente á ti, no es delito; pero el castigar al malvado que tiene en jaque la sociedad y en tortura á cuantos caen en la red que lleva siempre tendida, es un crímen indigno de la gente civilizada de Europa, propio únicamente de los salvajes asiáticos.

—¡Ved, señores, cómo me trata mi protegido y hermano Oton Melenik!

—Ninguno contesta, valeroso *Dragon;* y consiste en que yo no debo tolerarte por más tiempo que me acuses sin razon de tener negra el alma, y ante la verdad han enmudecido. Vamos, defendedlo, general Mondragon, su padre adoptivo, y vos, poderoso Dux de Venecia, que lo elevásteis á capitan y senador, y tú, encantadora Otilia, que le juzgas el sér más perfecto de la tierra; defendedlo, repito, porque él no puede, no halla frases, está abrumado, y á un tan gentil caballero se le debe sacar del primer apuro en que se vió.

Ninguno osó tomar la palabra para contestar al conde. Por fin Magno exclamó:

—Todos te desconocimos, Melenik; tu antigua humildad y la indiferencia que demostraste á lo que no era tu amado protector, nos presentaban como cordero al leon que empezamos á ver y á admirar. Haz lo que quieras, vuelvo á repetir; católico eres como yo; cuando me amas, grande es tu conciencia; obra, y puesto que mis enemigos son los tuyos, te dejo en completa libertad de que los castigues ó los perdones. Procura que vea pronto á mi madre; eso únicamente exijo de ti.

—Ahora te reconozco, sábio marino; tú trabajaste en el mundo más que yo; descansa desde hoy, dejando á tu perro

faldero que te guíe, encamine y dirija. Al concluir me darás las gracias. Se acerca la media noche, debo madrugar; con vuestro permiso, me retiro.

Y ya de pié los fué estrechando uno por uno hasta llegar á Mondragon, el cual le detuvo para decirle:

—¡Bravo, Oton; dale á ese judío todo lo que merece!

—Lo hallará, sin que os sea dado comprender por ahora los tormentos que le esperan.

—Aguarda. Déjame que estreche tu mano, que te contemple. Yo quiero ver el martirio de ese hombre funesto.

—Posible es que os complazca. En fin, mañana empezaremos con Jonás y Altacima...

—¡Mañana!

Exclamaron todos sorprendidos. El georgiano los miró, apareciendo en sus labios una sonrisa siniestra, y añadió:

—Mañana, sí. Hasta mañana, señores.

Y desapereció de allí. Magno lo vió partir, diciendo luégo:

—Se va haciendo irresistible su acento, la mirada. ¡Oh! no me equivoqué al juzgarle. ¡Aquella humildad era el presagio del hombre elevado é incontrastable! Señores, nada me enorgullece de cuanto hice, como la proteccion otorgada al conde Divari.

Y la media hora que todavía permanecieron hablando, contrajeron su conversacion á hacer justicia á las bellas dotes é indisputable mérito del georgiano. El astro de Magno empezaba á velarse ante la clara luz del infortunado de la Georgia.

—¿Adónde vamos, señor?

Preguntó Luti á su amo.

—Pues es verdad; me absorbió por completo una idea, y me olvidé. A casa, y que abrevien esos remeros.

—Muy distraido venis, amo mio.

—Déjame meditar, Luti.

Diez minutos después volvió á exclamar el sirviente:

—Ya hemos llegado, señor conde.

—Sígueme.

—¿Cenais?

—No.

—¡Qué sóbrio os vais haciendo!

—Cuando la cabeza está muy ocupada, el estómago anda ligero. ¿Aprendes francés?

—No hago otra cosa; apénas me ocupais en nada.

—Adelante ese estudio, que te va á ser pronto muy necesario.

—¿Entrais en vuestra alcoba?

—Sí; desnúdame.

—La intriguilla esa demuestra ocupar mucho vuestro cerebro.

—No lo creas, es otra nueva.

—¿Nos proporcionará estocadas?

—¡Quién sabe!

—Ya se dice en Venecia que sois hombre de mucho talento. ¿Notásteis esta tarde con qué agrado os saludaban desde el pueblo hasta los hombres de la primera nobleza?

—¿Qué dicen de Magno?

—Lo juzgan preso todavía, y esperan que el Senado mande cien navíos á España en busca de nuestro valeroso é intrépido capitan.

—Oye: mañana me vestiré con uno de tus trajes.

—Pues ¿y yo?

—Tú de gondolero. Necesito bigotes postizos.

—¿A qué hora?

—A las siete hemos de estar en el puerto.

—Muy temprano es, y...

—Luti, cuando yo te mande algo...

—Comprendo; nada faltará.

—Pues retírate, que quiero dormir.

A las seis de la mañana despertó el criado á su señor, saliendo ámbos tres cuartos de hora más tarde, en una góndola alquilada y dirigida por Luti.

El conde cubria sus carnes con un modesto traje de lana, dos largos bigotes ocultaban parte de su rostro, siendo muy

difícil que lo reconocieran, áun las personas que más le trataban.

Poco después se unieron en el puerto de Malamoco Battiferra, el alférez, el jefe de aquel punto y vários individuos de la polícia, todos disfrazados.

A las nueve almorzaron los primeros, acompañados del conde, en una hostería próxima, en la que permanecieron hasta las doce que entró un agente, diciendo:

—El vigía acaba de anunciar la llegada de la galera *Estrella*.

A tan importante aviso todos se pusieron de pié, corriendo al muelle.

El barco anunciado entró en el puerto.

Instantes después se presentaron sobre su cubierta el conde y vários otros, los cuales reconocieron los papeles del patron, quedando después todos allí, ménos Oton que se separó de ellos y, seguido de un grumete, llamó á la puerta del mejor camarote que tenía aquel barco. Expedita la entrada, dijo Melenik al que le acompañaba:

—Retírate.

Y penetró, hallándose frente á frente de Jonás.

—¿Quién sois y qué quereis?

Le preguntó el secretario en un italiano chapurrado.

Nuestro jóven le contestó en buen español:

—La república me nombró hace ya tiempo jefe de la policía de Venecia.

—¡Ah! ¡Y qué bien os expresais en el idioma de mi país! Sentaos, señor.

—Esa frase es para los nobles de Venecia; yo soy únicamente ciudadano.

—¿Ciudadano?

—Sí; aquí está dividida la sociedad en tres clases, llamadas noble, ciudadana y pueblo.

—Pero ocupad esa banqueta.

—No puedo.

—Entónces enteradme de lo que deseais de mí.

—Dice el patron que viene á vuestras órdenes, y que ignora el objeto de anclar la *Estrella* en este puerto; por consiguiente, es indispensable que vos me digais qué idea os trae aquí.

—¿Con que es preciso?..

—Sí; de lo contrario no entrareis en la ciudad.

—Pues he llegado con el fin de ver á S. A. el Dux, tratando luégo un asunto importante con Otilia de Sandoval, su pupila. Me acompaña una carta del señor duque de Lerma, primer ministro de S. M. el rey de España, Felipe III.

—Está bien; en ese caso os seguirá á todas partes uno de los individuos que están á mis órdenes, hasta tanto que S. A. disponga otra cosa.

—¿Se acostumbra eso en esta república?

—Sí, señor.

—Lo siento, pues me disgusta llevar siempre lacayo. ¿Habrá algun medio de evitar esa molesta investigacion que á nada bueno conduce?

—No, señor; puedo, sí, mandar un veneciano que hable bien el español, el cual os proporcionará una agradable compañía.

Jonás meditó dos minutos, exclamando al fin:

—Bueno, si no es posible otra cosa, presentadme ese hombre.

—Ahora bajará. Siento haberos molestado, y creed firmemente que un penoso deber...

—Gracias; no os disculpeis, siendo así que os concretais á cumplir con vuestra obligacion.

—Si en lo sucesivo teneis que elevar alguna queja á la re pública, preguntad por mí.

—Lo haré.

—Aquí hallareis rectitud y justicia.

—Bien.

Y después de una mútua reverencia, salió el conde, encaminándose á la cubierta.

Separados á un lado Oton y Battiferra, dijo el primero al segundo:

—Es efectivamente Jonás de Alaejo.

—Me alegro.

—Antes me dijísteis que conociais el español.

—Sí, señor, le hablo.

—Pues bien, entrad en el camarote de ese malvado, siguiéndolo á todas partes en virtud de la órden que os he dado como jefe de la policía. Supongo que intentará ganaros, á lo cual accedeis siempre que os nombre su cómplice. Cerca os queda el alférez del *Dragon;* con él me mandais á decir todo lo que intente y haga el miserable. Procurad que tenga noticias suyas á menudo, muy á menudo.

—Perfectamente; adivinaré hasta sus pensamientos, poniéndolo en conocimiento vuestro.

—Ganad con oro ó con amenazas desde el patron hasta el último marinero de la *Estrella.*

—Está bien.

—Es preciso aislar á ese hombre, de modo que sólo cuente en lo sucesivo con el diablo, del cual yo me encargo. Al criado que trae no le digais nada. Ahora me lo llevaré al puerto, y al mandarlo aquí fingirá hallarse enfermo. No quiero que ese infeliz tome parte alguna en los acontecimientos futuros.

—¿Dónde os encontrará el alférez?

—En el muelle; no lo abandono ya hasta que Jonás y Altacima queden asegurados.

—Muy bien.

Todavía cruzaron algunas frases Battiferra y el conde, marchando después el segundo, con todos los que habia llevado, á excepcion del primero y del alférez. En cambio le acompañaba Roque, asustado y trémulo.

El bote los dejó en el muelle, é inmediatamente se encerraron en el despacho del jefe del puerto Melenik y el primo de Jonás.

—Acércate, hombre, no tiembles,—dijo Oton al otro;—áun cuando soy jefe de la policía de Venecia nada dispondré que pueda perjudicarte.

—Gracias, señor; yo vengo con mi amo...

—Ya lo sé, y lo que me extraña es que no me hayas conocido.

—¡Yo! Esa voz... pero no recuerdo.

—¡Tan torpe y majadero como siempre! Soy Manuel.

—¡Tú! ¡Vos! ¡No puede ser!

—¡Necio! Os salvé la vida en la Mancha, me despedí de ti en Albacete y aquí me tienes velando por tu existencia.

—¡Pues es verdad! Pero hombre, ¿y esos bigotes?..

—Son postizos, tonto.

—¡Qué turco tan incomprensible! ¿Viniste por el aire?

—No, por mar.

—Pero hombre, ¿cómo te adelantaste de ese modo y á qué causa debes ser nada ménos que el jefe de la policía de Venecia?

—Son misterios, Roque, que no puede comprender un cerebro tan detestable como el tuyo.

—¡Y qué bien te sientan los bigotes, chico! ¿Se disfraza aquí la policía?

—Claro está.

—¿Y para qué me traes? Te advierto que Jonás me estará llamando, y si tardo en ir me castigará cruelmente, como de costumbre.

—Para evitar el que vuelva á molestarte y á la postre te pierda; oyeme bien: Alaejo viene á Venecia á cometer un crímen; el gobierno lo sabe, y aquí se ahorca á los criminales y á sus cómplices.

—¡Santiago me valga!

—Quiero decirte que si continúas á su lado morirás.

—Cuanto veo en ti, cuanto escucho y contemplo me llenan de asombro. ¿Y qué he de hacer, Manolito mio, en tan terrible trance?

—Yo te salvaré.

—Sí, hombre, hazlo por el amor que tienes á mi hermana, por caridad.

—Ahora te llevarán á la *Estrella;* dices á tu primo que te mandó venir el jefe de la policía para tomar tu filiacion.

A la vez finges un fuerte dolor en el costado; te quejas mucho y te metes en cama, suponiendo que estás muy malo.

—Me va á pegar.

—No importa; súfrelo con paciencia, pues esos golpes salvarán tu vida.

—¿Y voy á estar mucho tiempo sin salir de aquel nicho que parece el de un muerto?

—Dos ó tres dias á lo más.

—¿Y si no me llevan de comer?

—Ya encargaré yo que te den cuanto te haga falta.

—¡Qué bueno fuiste siempre para mí! ¿Y luégo?

—Después que hayan ahorcado á tu primo lo heredas y te vuelves á Madrid.

—Trae mucho oro, mucho; ¡y sé yo dónde le tiene!

—Cuanto tenga será para ti.

—A pesar de lo malo que es, me da lástima, Manuel.

—Pues te advierto que como le digas una sola frase, como le hagas la más leve indicacion, te dan tormento y luégo la muerte.

—¡Hombre, eso es duro!..

—Aquí se hila muy delgado, Roque, y si bien anhelo salvarte, en cambio, como llegues á faltarme vendiendo el secreto, yo seré el primero que te entregaré al tribunal. Cuantos os rodean, sin excepcion alguna, todos espian á Jonás y á ti.

—¡Vaya un gobierno previsor!

—Y al más leve descuido tuyo...

—No lo tendré, está tranquilo. ¡Pobre Jonás! Pero no me coge de susto; á mi hermana se lo tenia yo dicho; éste acaba mal. Manuel, ¿qué intenta?

—No puedo decírtelo.

—¿Pero lo sabeis?

—Claro está.

—Hay de por medio una mujer, segun yo he oido, y piensa...

En este instante se presentó el alférez, disfrazado de marinero, diciendo á Oton:

—Señor conde, Jonás preguntó por su sirviente, se ha vestido y va á salir, en compañía de Battiferra, con direccion al palacio del Dux.

—Muy bien; llevad á su criado y que detengan al amo media hora.

—¿Qué dice ese hombre, Manuel?

—Que te espera Jonás; con que vuela y no salgas del camarote hasta que yo vaya por ti. Alférez ,—añadió en italiano, —ese pobre muchacho va á fingir ante Alaejo una grave enfermedad; ayudadle, encargando al patron que nada le falte respecto de alimentacion. Partid.

Ambos marcharon en el bote, Oton dió una órden al jefe del puerto, y embozándose en su capa saltó á la góndola, diciendo á su criado:

—Al palacio del Dux. Vuela.

Poco después entraba en el extenso edificio indicado. Sabiendo por un ujier que el *Consejo de los Diez* estaba reunido, hizo que llegasen á manos de Gradenigo las siguientes líneas.

«Señor Presidente: Vengo disfrazado y no conviene que »me descubra; hacedme pasar, en consecuencia, á un sitio don»de podamos hablar sin testigos.=EL CONDE DIVARI.»

La contestacion fué la siguiente:

—Señor embozado, seguidme.

Y le llevó el ujier á un salon en donde le esperaba Gradenigo.

—Bien desfigurado estás, Oton,—le dijo aquél.—¿Qué acontece?

—Llegó Jonás de Alaejo y se dispone á ver á Otilia. Estará aquí ántes de media hora.

—¿Quiénes le acompañan?

—Battiferra disfrazado de marinero. No temais por la gente que le rodea, que toda ella nos pertenece.

—¿Es decir que no podrá tener lugar una sorpresa?..

—De ningun modo.

—¿Está preparada Otilia?

—Sí, señor; falta ahora que entretengais á Magno y que dejen sola á su amada, previniéndole que va á presentarse su raptor.

—Se hará.

—Entónces marcho.

—¿No vino Altacima?

—Debe llegar de un momento á otro.

—Comprendo lo necesario que eres en el muelle; vete, que aquí se hará todo con subordinacion á tu plan.

—Hasta luégo, que ámbos debemos aprovechar los segundos.

Y Melenik regresó al puerto, entrando poco después en el despacho del jefe.

CAPITULO XII.

El cuervo y la paloma.—Presunciones de Jonás.—El diablo empieza á sucumbir.

AL salir Oton del palacio del Dux se hallaban conversando con Otilia, Magno, Mondragon, Albani, el dictador, su esposa é hija.

Diez minutos después entró un ujier, diciendo al capitan:

—El muy alto y poderoso *Consejo de los Diez* manda que os lleve á su presencia.

Salió Magno, é instantes después regresó el primero, añadiendo:

—El señor presidente ruega á S. A. y al señor general Mondragon se dignen pasar al salon amarillo, donde les espera. Tambien desea ver al caballero Albani el señor senador Prócida.

Los tres desaparecieron, quedando Otilia con Adelina y su madre; pero no tardó en aparecer de nuevo el ujier, exclamando:

—S. A. aguarda á su esposa é hija.

—Te dejan sola, Otilia.

—¡Cómo ha de ser!

—¿Qué acontecerá?

—Lo ignoro.

—Vamos, madre mia,—añadió Adelina,—no se impaciente mi padre.

Otilia miró en torno, murmurando:

—Parece una conjuracion fraguada en pro de mi aislamiento.

Y fué á llamar á su doncella; mas en el mismo instante se abrió una puerta, apareciendo la grave figura del presidente Gradenigo.

La jóven se puso en pié, exclamando:

—¡Señor!

—No os asusteis, Otilia, que nada ocurre contrario á vuestros deseos.

—¡Vuestra toga!..

—Urge lo que debo deciros, tengo qué volver al tribunal y esa es la razon de presentarme de este modo.

—Hablad, señor, si lo teneis á bien.

—Ha llegado Jonás de Alaejo y se dispone á visitaros.

—¡Ah!

—Tardará minutos en entrar aquí.

—Que venga cuando quiera.

—¿Recordais las instrucciones de Oton?

—Sí, señor.

—Yo os ruego esteis con él todo lo hábil y discreta de que es susceptible vuestro elevado talento.

—Os obedeceré, señor.

—Cerca estoy velando por vos.

—Gracias, noble señor.

La puerta se cerró, volviendo á quedar sola la deliciosa jóven.

—Me preparo,—exclamó sonriendo,—á recibir á esa serpiente.

Y se aproximó á un espejo, frente al cual arregló su tocado.

Diez minutos más tarde se presentó un paje, diciéndole desde el umbral:

—Un caballero español desea hablaros.

—¿Dónde está?

—En el salon contiguo.

—Sola me hallo y no tengo inconveniente en recibirlo. Díselo así.

Y quedó aguardándole. Jonás apareció, luciendo un traje de terciopelo negro, encajes de Bruselas y tan feo como de costumbre. Fingia gravedad y mesura, pero en realidad se hallaba algo trémulo y cortado.

—¿Permitis á un humilde servidor?..

—¡Ah, sois vos, Alaejo! Avanzad. ¿A qué dichosa casualidad debo vuestra presencia en este mi escondido retiro? Pero decidme ántes. ¿Mi madre está buena?

—Sí, señora.

—¿Y mi tio?

—Tambien. La primera os aguarda con los brazos abiertos en Barcelona, y el segundo ruega á Dios os inspire y defienda.

—Gracias por la noticia. ¿Os han destinado á la embajada de España?

—No, señora; vengo expresamente á hablar con vos.

—¡Conmigo! No os comprendo.

—Secretario de vuestro tio y tan leal que merecí siempre toda su confianza, me manda, en union de vuestra madre, para que os hable á nombre de ámbos.

—¡Oh, no esperaba acto tan cariñoso y noble! Decid lo que querais, Alaejo.

—Debo empezar, señora, por daros una noticia funesta.

—Me parece que es tarde, Jonás. Si se contrae á la muerte del valeroso capitan Magno, otros me la adelantaron, y ya le lloré. Sobre este particular no añadais nada, que harto ha sufrido mi corazon.

—En ese caso tened la bondad de leer este pliego que el señor duque me encargó pusiera en vuestras manos, y yo os

suplico tomeis el consejo que os dan. Cuantos os conocen en Madrid elevan ya sus preces al cielo, rogándole os inspire la adopcion de una idea tan santa como digna de vuestro talento y discrecion.

—Sepamos lo que es.

Y la jóven rompió el sello, leyendo el hábil escrito de su tio. Cuando hubo concluido, dijo al secretario con sentimiento:

—Me participa la muerte de Magno, y pretende que me encierre en un convento de España. Adivinó mi pensamiento.

—¿Será cierto? ¡Oh, vais á sembrar la alegría entre todos los individuos de vuestra familia!

—Sí, Jonás; pensé en retirarme á un claustro, pero no de España, sino de Venecia. Este país es tambien católico, y para un fin tan laudable no tengo necesidad de volver á atravesar los mares.

—Es indispensable, sin embargo, confundir á la maledicencia, honrando á la vez á vuestra familia, y esto sólo lo lograreis profesando en nuestro país.

—No os molesteis, Alaejo, en continuar ese tema, pues nada conseguireis. Mi resolucion es irrevocable, y ya conoceis mi carácter.

—Ved, señora...

—Si insistis os vuelvo la espalda.

—Lo siento; ¡tenía tantas cosas que deciros!

—Suprimid las concernientes á ese particular; en cuanto á las otras, las escucharé con gusto.

—Acabo de llegar, y me encuentro fatigado de una travesía tan larga y molesta. Si vos me permitiéseis venir aquí de noche...

—Salgo todas ellas y las ocupo de modo que me es imposible recibiros. ¿Por qué no lo verificais de dia?

—Temo que el Dux sospeche de mí, y como me hallo en país extranjero, sería terrible cualquier accidente. Os advierto que conozco toda la historia de Magno, desde que fué sorprendido hasta que espiró.

—¿Qué más?

—Muchas cosas; y en verdad que quisiera demostrar á vuestro tio que he cumplido su encargo con interés...

—Al grano, Alaejo. ¿Qué pretendeis?

—Una contestacion clara y terminante á ese pliego, por escrito.

—¿Marchais pronto?

—Sólo me detiene aquí la respuesta.

—Entónces os la daré esta noche.

—Perfectamente. ¿En dónde?

—Fijaos en ese balcon; está junto al agua; venid á las nueve, hora en que me dispongo á salir cubierta con un antifaz, segun costumbre de las damas de este país, y os entregaré la carta.

—¿Partis luégo sola?

—Eso es cuenta mia, señor Jonás.

—Perdonad; lo decia por acompañaros, refiriéndoos por el camino...

—¡Qué terco sois!.. Y la verdad es que escucharía con mucho gusto todo lo que se refiera á mi patria, parientes y amigos.

—En vuestra mano está; yo deseo únicamente complacer á la sobrina de mi señor.

—Acompañarme por los canales no podeis, pues jamás me permitieron salir sola, y puesto que de dia no quereis entrar en el palacio, sólo hay un medio, Alaejo, que os facilita recoger la contestacion y enterarme de todas esas cosas.

—Hablad, que anhelo oirlo.

—Venis á las nueve por ese balcon; mi doncella evitará el que nos sorprendan, y desde vuestra góndola me contais lo ofrecido, recibiendo al terminar el escrito.

—¿Me concedeis por un momento que vea á qué altura se halla el balcon?

—Sí, pasad.

Alaejo se asomó, exclamando para sí:

—Bien; se puede llegar con la mano á los hierros; es fácil saltar, y el destino parece que continúa protegiéndome. El

tercero de esta fachada, y no hay equivocacion posible; perfectamente.

Y se retiró, diciendo fuerte:

—Aplaudo la idea, y á las nueve en punto me presentaré ahí.

—Adios, Alaejo. Tendré escrita la contestacion, y si pretendeis regresar pronto, no hay inconveniente en que dispongais vuestro viaje para mañana.

—Siento mucho dejaros; que después de un viaje tan largo, entre marineros y accidentes atmosféricos, nada tan grato como contemplar el ángel de bondad y ternura que ahora veo.

—¿Qué decis, Jonás? ¿Vos tan galante?.. ¡No me explico la causa!..

—Perdonad, Otilia, si mis labios osaron dirigir frases que os pudieran molestar. Estoy seguro que vuestra belleza inspira el mismo lenguaje á cuantos se acerquen á vos.

—Mucho elevais vuestra mirada, pero os lo perdono en obsequio á vuestra lealtad, honradez é hidalguía. Segun mis noticias, á pesar de la ínfima clase á que perteneceis, nada hay en vos indigno de un cumplido caballero.

—No os extrañe,—exclamó Jonás cortado de nuevo;—el continuo roce con vuestro tio y primos, y la corte, en fin, entre la que cási siempre he vivido, engendraron en mí las ideas de nobleza y pundonor á que sin duda os referis.

—Mucho debe haber contribuido tambien vuestra índole y predisposicion á lo bueno.

—Yo, no... es decir, sí, bastante... Con que hasta la noche, encantadora Otilia.

—Adios, galante y gentil caballero.

—¿No os burlais?

—¡Qué locura! Yo juzgo al hombre por su talento, no por su físico.

—¡Gracias, gracias!

Y salió Alaejo, andando hácia atrás y haciendo cortesías tan ridículas como su deforme figura.

Otilia le vió partir con todo el desprecio de que era capaz, exclamando luégo:

—Está retratada en sus ojos y en esa fisonomía horrible toda la maldad y cinismo que brotan de su alma. Tengo náuseas, y la verdad es que he sufrido más de lo que creia hablando con ese miserable.

—Muy bien, hija mia,—le dijo Gradenigo, entrando nuevamente.—Comprendo que os habreis violentado mucho, pero era indispensable ese sacrificio en pro de la justicia humana.

—¡Ay, qué hombre, señor, qué hombre!

—La antítesis de Magno, y debeis estar. satisfecha con habernos ayudado á librar á la humanidad de ese tigre.

—Hice un esfuerzo grande, muy grande.

—Yo os lo agradezco, y aconsejo recordeis que él y Altacima intentaron ahogar vuestra dicha y ahora pretenden empañar con su impuro aliento el brillo de la casta vírgen.

—Ya se fué, y lo que más me conviene es olvidarle.

—Antes, ilustrad á vuestra doncella para evitar que una imprudencia ó torpeza echen por tierra el admirable plan de Melenik.

—¿Todavía no puede saber Magno?..

—Sí; ahora le enteraré de todo, siendo así que lo principal está hecho. Adios, hija mia.

—El cielo os inspire y ayude, señor.

Sigamos á Jonás.

El malvado dudó al principio de las frases de Otilia; pero su amor propio y el deseo le obligaron por último á dar por hecho que la jóven le habia tratado con la mayor amabilidad, y hasta creyó que le miraba con interés y afecto.

—Las mujeres,—se dijo,—son volubles hasta el infinito, y la verdad es que ésta se olvidó ya de Magno, y cási voy creyendo que acabará por amarme. Qué remedio tiene; después de ser mia no le queda otro recurso que aceptar mi cariño. ¡Y qué hermosa está; que ojos, y qué voz y qué conjunto; enloquece, embriaga!.. ¡Lo que es el talento! Ese tesoro será mio en breve. ¡Mio! La frase sola me enajena. ¡Y á todo esto

continuará el estúpido Magno entre su paja, cadenas y lóbrega oscuridad; el bárbaro de Altacima contemplándole, y el tonto de Lerma aguardando á su sobrina! ¡Qué necios, qué necios!

Y se detuvo en un pasillo, meditó, exclamando de nuevo:

—Necesito ganar á ese hombre que me acompaña; luégo lo encerrarán en la bodega del barco, se le mata para que nada pueda declarar, y al agua. Con ese y un robusto marinero tengo bastante para robar á Otilia. La policía de aquí será como la de mi país, y con ofrecerle mucho... no le he de dar nada, poco me importa.

Y se incorporó con Battiferra, diciéndole:

—Quisiera dar una vuelta por los canales de esta ciudad.

—Muy bien, señor; despediré el bote, alquilando una góndola.

—Perfectamente. ¿Dónde os espero?

—Aquí mismo.

—No tardeis.

—Vuelvo al instante.

Y lo dejó en el zaguan del palacio, regresando al poco tiempo con el esquife, el cual dirigia el alférez.

—Cuando gusteis, caballero.

—Vamos.

—Es una góndola que ofrece mucha comodidad, y la guía un turco inteligente y á propósito, si bien tiene el defecto de no hablar otro idioma que el de su país.

—¿Es tambien de la policía?

—No, pero nos valemos de él, porque es una máquina que obedece sin comprender nada de lo que hace.

—Pues me alegro mucho; de ese modo podrá servirnos para otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Ya os lo diré después.

—¿Entro en la caja con vos?

—Sí; os hago esa honra. Sentaos á mi lado.

—Gracias. Sois un caballero muy amable.

—Cubris vuestro mísero traje con esa capa y gorra, y áun cuando os vean conmigo no me importa.

—Cogí ámbas cosas al efecto para poder acompañaros dignamente. ¿Adónde vamos?

—Al extremo de la ciudad.

—¿No quereis ver la basílica, el arsenal?..

—No; necesito hablar con vos de un asunto importante y muy superior á esa puerilidad de contemplar edificios y operarios.

—Pues ya he dado la órden, el esquife vuela y podeis decirme lo que querais.

—Battiferra, ¿qué puesto desempeñais en la policía de Venecia?

—Uno de los más inferiores.

—¿Contais con familia?

—No.

—¿Cuánto sueldo os dan?

—Mezquino; apénas puede uno vivir.

—¿Sois de Venecia?

—No; nací en Milan.

—¿Teneis mucho cariño á este pueblo acuático?

—Ninguno; pero en él vivo y en él me quedo.

—España es mejor que esto.

—Dicen eso.

—¡Qué país aquél, Battiferra! Mujeres hermosas, manjares exquisitos y baratos; el oro corre con abundancia, y es raro el dia en que el sol no presenta allí su bella y radiante faz.

—Lo veria de buena gana.

—¿Os gusta viajar?

—Mucho.

—Creo que nos vamos á entender.

—No os comprendo bien, señor caballero.

—Yo he podido hablar al Dux y rogarle que me dejara libre de vuestra presencia, la cual es inútil cerca de mí, en lo concerniente á la república.

—Lo creo, eso es para nosotros el *pan nuestro de cada dia.*

—Sin embargo, debo hacer la suerte de un veneciano, y si vos me ayudárais...

—Pudiendo, sin resultar compromiso, á ganar estamos.

—Donde no hay escollo difícilmente se encuentra gloria. Mi negocio es árduo, pero yo soy muy rico, tengo un barco á mi disposicion, y éste, con cinco mil ducados, á la vuestra.

—¡Cinco mil ducados! ¿Estais loco, señor?

—Lo dicho; cinco mil ducados que podeis coger mañana en medio del mar y dentro de mi camarote, camino de España.

—¡Vaya una tentacion!

—En oro como este; vedlo.

—*Corpo di Bacco,* cómo brilla!

—¿Qué decis, Battiferra?

—Por ese dinero iba yo al fin del mundo.

—Pues sólo se trata de dar cuatro remadas y llevarnos á una mujer con nosotros.

—¿No querrá ella?

—Creo que sí; pero se hace la desdeñosa, cualidad indispensable en las damas, y será necesario dar al hecho la forma de rapto para que se vaya con nosotros.

—¿Y eso deberá valerme cinco mil ducados?

—Sí; estoy enamorado, quiero á toda costa poseer á esa beldad, y daria por ella cuanto tengo.

—¡Grande es vuestra pasion!

—Infinita. Así es que de poder lograr esta noche mi objeto, partiremos acto continuo, recibireis la cantidad ofrecida, con la obligacion por mi parte de dejaros en el puerto del Mediterráneo que elijais en España, Francia ó Italia.

—Pues señor, por una cantidad como esa, y tratándose sólo de robar á una mujer, me hallo dispuesto á complaceros, áun cuando aquella fuera la hija del Dux.

—No es ni áun veneciana.

—Lo mismo me da.

—En cuanto la traslademos á nuestro barco, veinte remos por banda y una nave que imita al águila en su rápida carrera

nos alejará de aquí. Es más, tengo preparado el negocio de modo que es imposible averiguar quiénes se la han llevado.

—Noto que os sobra talento.

—¿Os decidis?

—Lo estoy desde que me ofrecísteis los cinco mil ducados. ¡Vaya una cantidad!

—¿Qué seguridad quereis?

—¿No sois caballero?

—Claro está.

—Pues me basta vuestra palabra de honor.

—Os la empeño solemnemente.

—Quedo satisfecho, y ya sólo anhelo el momento de ayudaros en ese negocio. Debo advertiros que si falta algun otro, nádie como el gondolero que llevamos.

—¿El turco?

—Sí, señor; ya os dije que es una máquina admirable.

—Habia pensado en él y lo acepto. Oid mi plan.

Jonás le refirió á Battiferra quién era la mujer que deseaba róbar, la hora, cita que tenia con ella y sitio destinado al objeto. Al terminar, le contestó el jefe de la policía veneciana:

—Eso es muy fácil. De pronto asaltamos el balcon, se la tapa la boca, el turco, que tiene pulmones de bronce, entonará un canto propio de su país, evitando de este modo que puedan escucharla, la trasladamos seguidamente á nuestro navío, y á España.

—Si; en el mismo instante que nos hagamos dueños de ella, emprendemos la retirada, sople el viento que quiera, que para eso traigo cuarenta remeros.

—¿Opondrá alguna dificultad la gente de mar?

—Al contrario; vienen por órden del Gobierno español y acatan con ciega sumision mis instrucciones.

—Pues qué, ¿pertenece á la marina real?

—No, pero su dueño es amigo de la autoridad de Cartagena, y sabiendo que era necesaria la *Estrella* para servicio del Estado, dispuso que se me obedeciera como á su propia

persona. Así es que no hubo ajuste ninguno ni debo pagar yo la travesía que está haciendo.

—¿Cómo me explicais entónces el hecho que vamos á consumar? ¿Es para vos, ó para otro la dama que os vais á llevar?

—Consiste, Battiferra, en que á la vez de ser muy rico dispongo de gran influencia y poder. Por lo demás, la pupila del Dux me ama y se vendrá con nosotros sin grandes dificultades.

—Ahora lo comprendo todo, noble señor.

—Quiero hacer vuestra suerte, y algo daré tambien á ese pobre turco que nos va á ayudar. Tengo á mi criado enfermo, él le reemplazará dignamente, y es muy justo dejarle una buena memoria de nosotros.

Ambos continuaron hablando, mintiendo Jonás cuanto le era posible para acabar de seducir á Battiferra; éste se dejaba engañar con docilidad pasmosa, y el turco, ó sea nuestro alférez, que entendia el español tan bien comó ellos, les escuchaba y sonreia, pensando en el delicioso desenlace que iba á tener para él el trágico drama que ya estaba representando.

—Comedia por comedia,—se decia,—señor Jonás; lo malo será para ti, que no has de hallar en Venecia un Oton que haga por tu asquerosa persona lo que aquél realizó en pro de Magno.

A las tres comieron, volviendo á las cinco á la *Estrella*, con objeto de preparar lo necesario y estar dispuestos para caer á las nueve en punto sobre la inocente víctima depositada por Magno en casa del Dux.

Sepamos ahora qué era del conde Divari.

CAPITULO XIII.

Llegada del segundo tigre.—Su encuentro con el milano.—Todo va saliendo segun el deseo de Jonás y de Altacima.—La bondad de Oton no tiene parecido.

El palacio del Dux tenía una fachada frente al puerto de Malamoco. De modo es que le fué fácil á Oton establecer una especie de telégrafo desde su despacho.

Sentado esto, diremos que nuestro jóven vió llegar una barca grande que venía del Paduano, y comprendiendo que era posible arribase en ella el marqués de Altacima, salió á su encuentro en una de las falúas del gobierno, acompañado del jefe del puerto y de vários agentes de los muchos que estaban á sus órdenes.

Pronto se halló sobre la cubierta de aquella, notando con placer que entre los marineros estaba el célebre marqués, el cual iba disfrazado de simple mercader.

—¿A qué venis á Venecia?

Preguntó Melenik al que hacía de patron.

—Fletó esta barca ese mercader español, y su objeto parece ser la compra de espejos y telas de Oriente.

El conde se acercó á Altacima, y después de repetirle las frases del patron, añadió:

—¿Sois italiano?

—No, señor.

—¿Estuvísteis alguna vez en Venecia?

—Tampoco.

—En ese caso debo acompañaros hasta que termineis vuestras compras.

—¿Con qué derecho intervenis mis actos?

—Soy un agente del Gobierno y debo auxiliaros con mis conocimientos durante vuestra permanencia en la república.

—Gracias; no necesito de vuestra generosa proteccion.

—No importa; es obligatoria, y ni vos podeis prescindir de aceptarla, ni yo de prestárosla.

—¡Vaya una costumbre extraña y ridícula!

—¿Ridícula llamais á una órden dada por el *Consejo de los Diez?*

—¡Ah, por ese terrible *Consejo!* Oí hablar mucho de él, y estoy dispuesto á acatar todos sus actos.

—Por ser extranjero, olvidaré las frases que ántes dirigísteis contra él; de otro modo...

—Perdonad, señor agente; yo ignoraba que obedeciais al *Consejo*; recordad que en cuanto lo nombrásteis me incliné con sumision y respeto. ¿Quiénes son esos que os acompañan?

—Compañeros mios. Seguidme.

—¿Adónde vamos?

—A mi despacho para tomaros la filiacion, examinar vuestros papeles y nombraros un guía que vaya con vos y os dirija en el caso que á mí me sea imposible.

—¿No se puede prescindir de ninguna de todas esas fórmulas?

—No, señor.

—¿Lo manda tambien el *Consejo?*

—Claro está.

El marqués se resignó á su pesar, entrando en el bote de Oton. Este dejó en la barca al jefe del puerto con seis agentes, marchando con los restantes y Altacima.

El último preguntó á Melenik por el camino:

—¿Tendriais la bondad de decirme si llegó una galera española llamada *Estrella?*

—Hace dos horas. Vedla anclada frente á aquel palacio.

—¿La reconocísteis vos?

—Sí, señor, y designé el agente que ha de seguir á un tal Alaejo, único que ha desembarcado de ella.

—Me es muy importante esa noticia, y ahora comprendo lo útil que es al extranjero la policía de este país.

—Os ha de encantar nuestra proteccion.

—¿Dónde fué Alaejo, sabeis?

—Al palacio del Dux, entrando luégo en el gabinete de Otilia de Sandoval; una compatriota suya.

—¿Con qué objeto?

—No nos metemos nosotros en averiguar el pensamiento ni las intenciones de los extranjeros; nos concretamos á satisfacer sus designios y nada más.

—¿Aun cuando sean malos?

—Sí, señor; procurando luégo ponerlos á disposicion del *Consejo de los Diez*.

—¡Desgraciados; mal deben librar ante esos señores!

—Es el tribunal más recto y justiciero que existe en el mundo.

En este instante saltaron á tierra, exclamando Oton:

—Muchachos, quedaos en el muelle y avisadme, como os tengo advertido, en el momento que llegue una galera francesa, la cual debe traer al señor marqués de Altacima, al que tanto me recomendó el conde.

Al oir el marqués las estudiadas frases de Melenik, brilló en su rostro la alegría.

—Vos, seguidme.

Le dijo el georgiano, entrando ámbos en el despacho de que aquél habia tomado posesion. El uno se sentó, preguntándole el otro con interés:

—¿Estamos solos?

—Sí, señor, y podeis ir sacando vuestros papeles.

—Antes debo haceros una revelacion importante.

—Hablad.

—Soy el recomendado del señor conde Divari; en una palabra, el marqués de Altacima.

—¿Vos? No puede ser.

—Os digo que sí; hallé al jóven conde en alta mar é iba en el navío *Dragon*...

—Cierto.

—Yo me dirigí hácia Génova en una galera francesa; pero allí desembarqué para venir por tierra con objeto de llegar ántes.

—Me dijo el conde que arribariais en la galera...

—Entendió mal.

—Eso no importa, con tal que seais el marqués.

—¡Cuánto le agradezco á Divari sus atenciones! Habeis de saber que entro de incógnito. Pensaba declararlo aquí, pero ahora con doble motivo os lo participo, añadiendo que en esos papeles que dejo á vuestra disposicion lo hallareis justificado.

—Veamos. Cierto, cierto; no me queda duda alguna. Sentaos á mi lado, señor marqués.

—Gracias. Noto con placer que comprendeis bien el español.

—Mejor que vos el italiano, y si quereis que hablemos en vuestro idioma...

—Lo acepto, que me violenta el vuestro.

—Como yo no sabía quién érais...

—Pero ya enterado, sin duda podré contar con vos.

—El conde Divari, alférez de la marina de Venecia, fué mi protector, á él debo cuanto soy, y al embarcarse ayer para Oriente, me dijo: «Ten cuidado, y en el momento que llegue una galera francesa, trayendo al marqués de Altacima, te avistas con él, le ofreces mi palacio, y haz en mi obsequio cuanto te pida.» Con que soy todo vuestro, alto y poderoso señor.

El marqués meditó dos minutos, formando un plan digno de un hombre tan sin conciencia ni verdad.

—¿Nada más os dijo?

Preguntó á Oton, aparentando sorpresa.

—Eso sólo; ¿os parece poco?

—Verdaderamente, en tan cortas frases expresó todo lo necesario. Pues escuchad lo que pasó entre ámbos frente á las costas de España. Le referí el objeto que me trae á Venecia, é interesándose por la justicia de mi causa, exclamó con el mayor cariño: «Soy vuestro más leal amigo, marqués; id á Venecia, que es mi patria, y en ella encontrareis la recompensa á los muchos favores que me hicísteis en España. Si en el puerto no hallais á alguno de mis muchos y leales servidores, entrad en mi palacio, y, después que tomeis posesion de él, no os faltarán amigos que os ayuden á la realizacion de vuestra idea.» Yo desembarqué después en Génova, pensando llegar de este modo más pronto á Venecia; pero sufrí la caida de un caballo que me tuvo en cama más de lo que me convenia, y, suponiendo con razon que llegaria ántes que yo la galera *Estrella*, fleté esa barca en la costa de Pádua, entrando de incógnito, con ánimo de descubrirme únicamente á los amigos del conde.

Con más sangre fria todavía que el marqués, con más calma y aplomo, contestó Melenik:

—Yo no me conceptúo amigo del conde, que está muy elevado y es además mi señor; pero soy el que más le quiere y le respeta; su más leal servidor y el que no vaciló jamás en realizar las ideas de Divari; por que mi voluntad fué siempre la suya. Os lo juro por el Dios que nos oye.

—En ese caso os hallareis dispuesto á complacerme.

—Claro está.

—Como al conde me obedecereis á mí, pues además de ser su verdadero amigo, la suerte me hizo rico y muy agradecido.

—Ya os pertenezco, señor, en cuerpo y alma.

Pues doy principio á la mision que me ha traido á Venecia. Decidme; ¿tiene el Dux una pupila compatriota mia?

—Eso dicen.

—¿Cuánto tiempo hace que vino aquí?

—Más de dos meses.

—¿Qué fin le retiene en Venecia?

—Lo ignoro.

—¿Cómo es eso? ¿Nada oísteis?..

—En lo que se refiere al Dux la policía no entra.

—Esa es la fórmula, pero algo habreis escuchado...

—Aquí amamos al dictador como á un padre, y os puedo asegurar que no sé otra cosa sino que el *Dragon* trajo una española, la depositó en su casa, y eso es todo.

—¿Conocísteis á Magno?

—Mucho.

—¿Qué ha sido de él?

—Dicen que lo asesinaron en vuestro país.

—¿Hizo aquí mal efecto esa noticia?

—El primer dia sí, pero pronto se olvidaron de él, pues habeis de saber que un marino valiente en Venecia es una gota de agua más ó ménos en estos canales.

—Como él era embajador...

—¡Y eso qué importa! Tiene demasiado que hacer el Gobierno de la república para que pueda dedicarle el tiempo á un temerario aventurero que se dejó sorprender y matar como un niño.

—Hablais mejor que Ciceron.

—Conozco bien mi país, como individuo de la policía poseo hasta los secretos de Estado, y me es dado, en consecuencia, formar juicios exactos.

—Perfectamente; meditad ahora mucho la contestacion que habeis de dar á la pregunta que os voy á hacer.

—La espero.

—¿Guarda alguna relacion el depósito de esa jóven española en el palacio del Dux con Magno el *Dragon?*

—Pudiera suceder, pero lo ignoro.

—No sois franco conmigo.

—Os equivocais; he supuesto esa posibilidad, pero os repito que no me he mezclado ni lo haré nunca en los asuntos particulares del dictador. Conozco demasiado al *Consejo de los Diez* para no temerle.

—¿No fingis?

—Lo mismo que vos.

—Os hablo en nombre del conde Divari.

—Os contesto por boca suya, que me repugna el fingimiento tratándose de un hombre como vos.

—Me sobran algunos miles de ducados, y en ninguno estarian mejor que en el protegido de mi amigo Divari.

—Si al interés que ya tengo por vos unis el de la gratitud, haré imposibles, marqués.

—Sepamos si es cierto. Oid una historia que os es desconocida: Yo estaba en Madrid preparando mi union con una dama de la primera nobleza; me la robaron contra su voluntad y la mia, y después de deshonrada la abandonó el raptor, yendo la infeliz á parar al navío *Dragon*, que la trajo á Venecia, y el Dux, compadecido de su suerte, la admitió en su casa.

—¡Ya! Empiezo á comprender.

—Mi futura escribió á su tio, pues es huérfana de padre, cayendo la carta en poder del secretario de aquél á quien iba dirigida, el cual, enamorado en secreto de la jóven, la quiso poseer á toda costa, sin que le detuviera el infortunio de la inocente víctima.

—¿Se parece á Alaejo?

—Veo que adivinais, y esto me complace sobremanera.

—Continuad.

—Una casualidad prodigiosa hizo que yo supiera la intencion de Jonás, y dí por hecho que mi futura iba á ser robada por segunda vez, y hé aquí la causa de presentarme en Venecia.

—¿Vendreis á impedir el robo?

—Al contrario, quiero que se realice, para que el criminal pague sus culpas, sin perjuicio de recobrar yo á tiempo la mujer que me pertenece.

—Comprendo; comete el rapto, se la quitais, y con ella y él os vais á vuestro país.

—Segun; posible es que atraviese el corazon de ese miserable.

—Eso ya es más grave, y sentiria que lo intentáseis por la exposicion que ofrece.

—No lo creais; es cobarde, muy cobarde; me consta de antiguo.

—Entónces atreveos con él, que yo estaré cerca, y en caso necesario os ayudaré decididamente.

—No; para él basto yo solo; vos, al frente de los vuestros, os encargais de la gente que él haya comprado aquí...

—Entiendo; velaré por vos, sin perjuicio de impedir que alguno de los suyos pretenda molestarnos.

—¿Puedo trasladar mi equipaje al palacio del conde?

—Como gusteis; pero no me parece conveniente.

—¿Por qué?

—Creo que el rapto se verifique hoy, y supongo que no pretendereis quedaros en Venecia con la dama.

—Al contrario; en cuanto la recobre y castigue á ese hombre, abandono estas aguas para no comprometeros.

—Muy bien pensado.

—Pero no me explico cómo en tan poco tiempo...

—Puede que me haya yo equivocado; al efecto mandaré que os sirvan la comida en este mi despacho, é ínterin lo realizan averiguaré lo que Alaejo intenta.

—¿Os será dable?..

—Sí, le acompaña mi segundo, y éste lo sabrá todo.

—Posible es que lo haya ganado.

—No importa.

—Contais con mil ducados.

—Gracias.

—Yo no hablo á nádie ni quiero más gente que vos y los vuestros.

—Claro es; de lo contrario se ofenderia mucho el conde mi señor.

Aún cruzaron algunas frases, saliendo despues Oton del despacho.

—Servid la comida que teneis dispuesta para mí,—dijo á uno de los que estaban á sus órdenes en el muelle,—al suje-

to que desembarcó del lanchon, sin permitirle que salga ni haga otra cosa que comer.

—¿Y vos, señor?

—No os cuideis de mí para nada.

Y le volvió la espalda, entrando en la góndola que tenía á dos pasos de allí su criado.

—Luti,—preguntó á aquél,—¿no han regresado Battiferra, el alférez y Jonás?

—No, señor.

—¿Ni mandaron recado alguno?

—Que yo sepa, no.

—Pues va siendo tarde.

—Cerca de las cinco.

—¿Comiste?

—Un poco de pan y vino que un compañero me trajo para evitar la prolongacion del ayuno.

—Bien hecho. Pues yo hoy lo haré cuando Dios quiera.

—Creo, señor, distinguir al alférez que viene bogando por el gran canal.

—¿Qué dices? Sí, él es. Dentro de la caja irán los otros.

—¡Qué figura trae y qué mal mueve el remo!

—Pero hace volar al esquife. Dejémosles que pasen, siguiéndoles después.

—Entrad; cerraré la caja y estaremos dispuestos.

Diez minutos más tarde subian á la *Estrella* Jonás y Battiferra, en tanto que Melenik hablaba con el alférez de góndola á góndola, muy quedo y en diálogo bastante animado. Al terminar, dijo el conde:

—Perfectamente; todo marcha á las mil maravillas, y puesto que os han convertido en turco, desempeñad vuestro papel como conviene á mi plan. Decid á Battiferra que vino el marqués, y que al regresar vosotros del rapto les esperaremos nosotros en el camarote donde Alaejo piensa depositar su víctima. Impedis que Jonás moleste á la robada, siguiendo en lo restante las instrucciones que os tengo dadas.

—¡Buena intriga está! ¡Pardiez, yo remando todo el dia!..

—Lo habeis querido, y no teneis derecho á quejaros.

—Oton, sois el mismo demonio disfrazado de ángel; vuestro plan...

—Obedeced y callad, que yo sé lo que hago, y el resultado coronará mi obra.

—¿Durará esto mucho?

—Hasta las diez de la noche todo lo más.

—Pues adelante.

—Adios; enterad á Battiferra.

—El cielo guarde esa terrible cabeza.

—Al muelle, Luti.

Cinco minutos después preguntaba el criado:

—Ya hemos llegado, señor; ¿qué hacemos?

—Es pronto para que pueda yo ver al marqués; entretendré media hora comiendo. Tráeme pan, un pedazo de encurtido y agua.

—En esa hostería hay aves...

—Lo dicho y nada más. Vuela.

Y el conde comia algo después dentro de la caja de su góndola lo que pidió á su sirviente. Cuando hubo concluido saltó en tierra, exclamando:

—Esperas aquí mi regreso, tarde el tiempo que quiera.

Luégo entró en el despacho, llegando en el momento de terminar su comida Altacima.

—¿Ya despachásteis?

Preguntó á Oton al verle.

—Sí, señor.

—¿Qué sacásteis en limpio?

—Mucho; pero decidme ántes: ¿os han servido bien?

—Admirablemente. Es la comida más espléndida que tuve desde que abandoné mi castillo de España.

—Os lo pregunto porque el conde me encargó que os diéramos régia hospitalidad, y sentiria que al volverlo á ver tuviérais motivo para quejaros de mí.

—Al contrario, amigo mio; le he de decir que os estais por-

tando como yo no esperaba. Vamos á lo que interesa: ¿qué descubrísteis?

—Todo lo que ha sucedido.

—Hablad.

—Alaejo vió á Otilia y le entregó una carta en la que vuestro amigo, su tio, le aconseja que siga á Jonás para encerrarla en un monasterio.

—Cierto, ciertísimo; pero ya supondreis que la firma está falsificada.

—Lo dí por hecho.

—Y ella, ¿qué dijo?

—Se negó abiertamente.

—Lo suponia.

—En cuyo caso él le pidió la contestacion por escrito, y la dama ofreció entregársela á las nueve de esta noche, instantes después estoy seguro que la robará, auxiliado por dos compañeros mios.

—Permitidle que realice su intento.

—¿Me lo mandais?

—Sí.

—Pues la robará, trasladándola inmediatamente á su navío.

—Pero nosotros le saldremos al encuentro y se la quitaremos, arrojándolo al mar.

—Eso no puede ser; me harian á mí responsable del crímen perpetrado en las aguas de Venecia, y ya habreis oido las bromas que gasta el *Tribunal de los Diez*. Oid mi plan. A las nueve y minutos nos trasladamos á la galera *Estrella*, cuya tripulacion estará ya dormida en su mayoría y ganados los restantes: aquello es España, y yo no tengo responsabilidad alguna de lo que ocurra allí. Llega después Jonás con la robada, yo os entrego á ámbos, evitando que ningun otro os moleste, y puesto que el raptor es tan cobarde...

—Yo lo inutilizo, me llevo á mi barca á Otilia y parto en el instante por el camino que traje.

—Dejándome únicamente...

—Dejándoos toda mi gratitud y mil ducados. Voy entónces á mi barca para que esté dispuesto el patron...

—No conviene; se halla á bordo Alaejo y os pudiera reconocer; estaos quieto en este despacho, que mi gente hará cuanto os conviene y necesiteis.

—¿Qué destino es el vuestro?

—Primer jefe de la policía del puerto.

—¡Ah, sois el jefe principal!

—Ya os lo indiqué ántes.

—Me alegro.

—Pues todo se lo debo al conde Divari.

—Es tan jóven como simpático, valiente y caballero.

—Tiene tambien su genio, pero con los amigos es la bondad personificada.

—Yo le quiero como á un hermano.

—¿Pues y él á vos? ¡Y que me encargó pocas veces que os guiara y condujese hasta dejaros como vos mereceis!

—Es marino, volverá á España, y me lo he de llevar quince dias á la torre que lleva el nombre de mi título para que descanse de las fatigas que ha de proporcionarle su empleo y para que goce cuanto quiera.

Y continuaron hablando, fingiendo Oton con la calma y sangre fria que pudiera hacerlo el más viejo y experimentado.

Eran ya cerca de las ocho de la noche cuando, pretextando dar algunas órdenes, abandonó el despacho, y ya fuera de él, dijo:

—Necesito otra atmósfera, un aire que ensanche mis pulmones y refresque mi frente. ¡Oh, tener que disimular tanto y estar oyendo á ese miserable una hora tras otra, enciende mi sangre y siento estallar las venas! ¡Con qué placer lo cogeria por la garganta!.. Paciencia, Oton, paciencia, que así lo quiere Magno, y, ya el negocio en poder del inexorable Gradenigo, no es posible retroceder. ¡Ay, Dios me dé calma, que falta me hace!

Y comenzó á pasear ensimismado y meditabundo.

A la media hora reunió á los agentes que habia en el puer-

to, mandándoles que se trasladasen á la galera *Estrella*. Seguidamente preguntó á su criado:

—¿Tienes noticia de que hayan llevado mi traje al palacio del Dux?

—Sí, señor.

—Y á Battiferra, ¿le enviaron el suyo á la *Estrella?*

—Tambien.

—Pues aguarda en la góndola, que á las nueve nos trasbordaremos á ese buque español.

Y tornó á entrar en el despacho, diciendo al marqués:

—Se acerca la hora.

—Ya lo veo. ¿Está mi barco corriente?

—Sí, señor.

—¿Qué falta?

—Nada absolutamente.

—La gente de la *Estrella*, ¿nos estorbará?

—Al contrario; sólo hay cuatro hombres en pié, los cuales se mostrarán indiferentes á cuanto hagais.

—Anhelo el instante deseado.

—Pues ya está encima.

—No lo acertais; al que espera como yo, los minutos le parecen horas.

—Lo creo, mas vuestra impaciencia cesará muy luego.

—Temo únicamente el que Jonás luche con algunas dificultades y no pueda conseguir su intento.

—Bien dispuesto tiene su plan, y lo probable es que lo realice.

—¿Qué hacen á esa hora en el palacio del Dux?

—Segun; pero cuando ella le dió la cita á las nueve, segura estará de no ser sorprendida. Demasiado conoce la rigidez de costumbres de esa familia.

—¿Será ya la hora?

—No, señor.

Y prosiguieron hablando, diciendo por último Oton:

—Señor marqués, llegó el instante deseado; mi góndola nos espera.

—Vamos.

—Os habeis puesto descolorido.

—La alegría, el placer...

—No temais á Jonás.

—Si es el hombre más cobarde que conozco.

—Por esa razon.

—Ya vereis en cuanto me halle frente á él como no tiemblo ni vacilo.

—En último caso contais conmigo y con toda mi gente.

—¿Estará allí la última?

—Hace media hora que tomó posesion de la *Estrella*.

—¡Qué precavido sois, qué sereno, y por cierto que demostrais talento!

—Gracias. ¿Partimos?

—Adelante.

Y los dos entraron en la góndola, dirigiéndose á la galera.

Ya en aquella, preguntó Melenik al jefe del puerto que estaba sobre cubierta:

—¿Y Alaejo y su acompañante?

—Marcharon hace poco en busca de una dama, con la cual desea el primero hacerse á la vela en el momento que vuelva. Esas son al ménos las órdenes que ha dado.

—¿Lo estais viendo, marqués?—preguntó Oton á Altacima.—Tened confianza absoluta en mí.

—Ya lo hago.

—Serenaos más.

—La emocion producida por la alegría va apagándose ya en mi alma.

—Eso es; ahora aguardemos tranquilos á Jonás en su propio camarote.

—¡Qué chasco se va á llevar cuando éntre allí con la dama y se halle de pronto frente á mí!

—Esperad que dé ántes una órden,—y añadió dirigiéndose al jefe del puerto:

—Tened listo el bote para que nos traslademos después á la barca de este caballero. Que se sitúe al lado contrario de

aquel por el cual debe llegar Alaejo, para que no lo vea. Seguidme vos, señor marqués.

Y ámbos entraron en el camarote de Jonás, sentándose luégo que hubieron entornado la puerta.

La tripulacion de la *Estrella* dormia, á excepcion del patron, contramaestre y dos timoneles que estaban en la ciudad bebiendo con tres individuos de los que obedecian á Battiferra. Así es que en la cubierta sólo se encontraban agentes del Gobierno, los cuales parecian mudas estátuas. Cerca de ellos habia cuatro bultos, cuyo contenido ocultaban cuidadosamente.

Sepamos nosotros qué hacen Jonás, Battiferra y el alférez.

CAPITULO XIV.

El rapto.—La huida.—Sorpresa.—El duo de los cuervos.—El cuadro más halagüeño que presenció hasta ahora Oton Melenik.

A las nueve ménos cuarto abandonaron la *Estrella* Jonás, Battiferra y el alférez, convertido ahora en gondolero turco. El primero dijo al segundo:

—Puesto que ese hombre sólo habla el idioma de su país, decidle algo para que esté preparado y nos ayude.

—No es necesario ni conviene enterarle de nada. Dejadlo de máquina, que así nos servirá mejor y comprenderá ménos.

—¡Qué solitario está el puerto; qué oscuridad!

—Me alegro; la noche convida.

—¿Sucede lo mismo á esta hora los demás dias?

—Aquí sí, en los canales ya es diferente.

—¡Qué bien se presenta mi negocio!

—Perfectamente; notad que sólo hay luz en el balcon de esa dama.

—Para que podamos ver lo que hace y sorprenderla con más facilidad, que se detenga la góndola seis ú ocho varas ántes de llegar al balcon.

—En ese caso conviene que yo guíe el esquife.

—Buena idea.

Battiferra abandonó su sitio, y quitando al alférez el remo, comenzó él á manejarlo hasta quedar la góndola parada en el sitio que dispuso el secretario.

Allí esperaron cinco minutos. Seguidamente se abrió el balcon y pudo distinguir Jonás perfectamente á una dama que, vuelta de espalda á ellos y frente á un espejo, se colocaba el antifaz, arreglando luégo su tocado.

Alaejo salió de la caja de su góndola, diciendo muy quedo á Battiferra:

—No han dado aún las nueve. Subamos cada uno por los lados del balcon y quedemos allí escondidos con la tapia hasta que ella se acerque.

El jefe de la policía movió la cabeza afirmativamente, aproximando en seguida el esquife todo lo posible al muro del edificio. Luégo se fueron deslizando cada uno por un costado, encaramándose sin hacer ruido alguno.

Jonás contenia la respiracion y Battiferra le imitaba sonriendo á hurtadillas.

Un minuto despues estaba cada cual en el hueco que formaban el quicio y los hierros, trémulo el uno é indiferente el otro.

El alférez, á una seña del jefe de la policía, se inclinó y esperaba en aquella postura, aparentando disimular como Battiferra y como realmente lo hacía Alaejo.

El último no veia á su adorada Otilia, pero escuchaba el crujir de la seda de su vestido, y un temblor nervioso extremecia violentamente su sér. Llevaba en la mano el pañuelo que debia servir de mordaza á la jóven, y el necio creia en aquellos momentos tan sincera y real la proteccion de Battiferra, como la próxima posesion de la encantadora beldad á quien amaba con delirio.

Aquella funesta pasion ofuscaba en estos momentos á Jonás y al marqués hasta el punto de irse poco á poco entregando como inocentes corderos al bravo leon Melenik, sin que le

fuera posible á ninguno de ellos adivinar ni prever las consecuencias. Tan desconfiados y recelosos siempre, tan previsores, tan cautos y con tan buena imaginacion, entraron, sin embargo, en la red tendida por Oton, desechando dudas y vacilaciones; y esto se explica comprendiendo que caminaban impelidos por una pasion que desde Adan cuenta por millares el número de víctimas.

Se ha dicho que el amor es ciego, y es lo cierto que apaga con dulce y agradable soplo la luz de la inteligencia, convirtiendo al hombre en mísero instrumento de esa pasion, á la que, con más ó ménos entusiasmo, todos nos entregamos una vez por lo ménos durante la vida.

Así lo habia comprendido el conde Divari, y en su buen juicio y mejor talento sonrió al acabar de formar el plan, dando por hecho que tenía asegurado el éxito.

A los dos minutos de estar Alaejo y Battiferra oculto cada cual en el sitio que ya sabemos, oyeron la voz de Otilia que exclamó:

—¿Habrá venido Jonás? Voy á verlo.

La seda de un largo vestido se arrastró por el pavimento, conmoviendo al secretario, y una jóven cubierta con el mismo traje que llevaba por la mañana la futura de Magno, tapada parte del rostro con negra mascarilla, apareció en el balcon, perfumando con esencias de Oriente la atmósfera que la rodeaba. En el mismo instante alargó su mano Jonás y le tapó la boca con un pañuelo que sujetó fuertemente á la espalda.

La jóven sólo articuló:

—¡Ay!

Y cayó como desmayada en los brazos de Battiferra. Alaejo, cada vez más trémulo, la miró, añadiendo muy quedo:

—Perdió el sentido. Mejor. Volteadla que yo la recibiré. Sin ruido. Silencio.

Y bajó á la góndola, alargando los brazos.

El rostro de la jóven quedó cási cubierto con la mordaza de seda que le habia improvisado Jonás. Así es que aquél no pudo apercibirse del engaño de que empezaba á ser víctima.

Al coger Battiferra á la supuesta Otilia para voltearla, le acercó al oido sus labios, diciendo:

—Continuad así y nada temais.

Y la sacó fuera del balcon hasta depositarla en los brazos de Jonás y del alférez, sin que se levantara la ropa ni descubriera parte alguna de su cuerpo.

Los otros la depositaron en la caja de la góndola; el jefe de la policía bajó, y un instante después corria el esquife en direccion de la galera *Estrella.*

—Nádie nos ha visto ni oido.

Exclamó Jonás.

—Cierto,—le contestó Battiferra;—la operacion salió admirablemente.

—Ahora que adivinen dónde está.

—Más tarde, acaso mañana, intentarán encargarme á mí que la busque. ¿Pero qué es eso? Temblais?

—La emocion, la alegría... Vos no podeis comprender lo que yo acabo de gozar.

—Ya se os conoce.

—Pues digo, que si sois vos el comisionado para hallarla, *tardecillo* la encontrarán.

—Nunca, Dios mediante. ¡Y en verdad que es hermosa criatura!

—No lo sabeis bien. Dejad que amanezca y entónces podreis contemplarla despacio y admirar sus encantos, que no tienen descripcion.

—Parece que os vais tranquilizando.

—Sí; pero todavía late mi corazon con violencia; aún goza el alma extasiada.

—¿Con que partiremos?..

—Antes de media hora; ya vísteis que dí la órden y el patron me contestó que haria descansar á la gente para emprender la marcha á las diez. Yo me encerraré en la cámara con mi futura; vos subis después que me ayudeis á depositarla, mandando en mi nombre que leven ancla y veinte remos por banda, salgamos al instante del Adriático. Luégo esperais

en el camarote de mi criado para recibir en él la recompensa á que os habeis hecho acreedor.

—Muy bien.

—¡Qué silencio reina, qué oscuridad! La naturaleza protege mis designios.

—Llegamos. ¡Turco, aguanta!

—Sigue desmayada; su mano está fria. ¡Oh, en mi camarote recobrará la vida y el color! Ayudadme á sacarla.

—No; mejor es que la llevemos entre el turco y yo, que tenemos más fuerza.

—Bueno, pero no tardeis.

—Tú amarra á la escala. Ahora ayúdame.

Y entre los dos sacaron á la jóven de la caja, subiéndola luégo con cuidado.

Alaejo iba detrás, trémulo aún y azorado.

Los cuatro cruzaron la cubierta, que estaba tan oscura como la noche. Después descendieron por la escotilla, entrando en la cámara y seguidamente en el camarote de Jonás, situado á la izquierda de la anterior.

La puerta del último se hallaba entornada: Battiferra la empujó, penetrando sin dificultad; pero al ir á verificarlo Jonás, se cerró aquella, dándole un golpe en el rostro.

La cámara donde se encontraba el secretario tenía un reverbero y dos velas encendidas que despedian clarísima luz. Aquél miró en torno y no vió á nádie. Seguidamente exclamó furioso:

—¡Abrid, voto al demonio!

—Esperad.

Le contestaron.

—¡No quiero!

Y pretendió forzar la cerradura. Pero la misma voz añadió:

—No os molesteis, que voy á abrir.

Alaejo se separó, viendo un instante después frente á frente al marqués de Altacima.

—¡Miserable!

Gritó Jonás reconociéndole, y fué á sacar una de las dos

pistolas que llevaba al cinto; pero el otro le ganó la accion, y, apuntándole con otra, dijo:

—Si te mueves te deshago el cráneo.

En este instante salieron del camarote Battiferra y el alférez, llegando de un salto á la escotilla, que cerraron por la parte exterior.

Quedaban, pues, solos y encerrados en la cámara el marqués y Jonás, en tanto que Melenik, después de correr el pasador del camarote, se acercó al sitio en que dejaron á la jóven, y, cuando le hubo quitado el pañuelo y mascarilla, le dijo:

—Soy el conde Divari. ¿Te han molestado, Regina?

—No, señor.

Contestó la doncella de Otilia, alzando la cabeza y sonriendo.

—¿Te sientes bien?

—Perfectamente.

—Sepárate á este lado, no descargue alguno de esos miserables su pistola y éntre la bala por aquí. En ese sitial no hay peligro alguno.

—No os expongais, señor; los dos están armados y habeis quedado solo.

—Las pistolas y espadas en manos de esos hombres no matan ni hieren. Espera ahí, que voy á ayudar al desenlace de este drama.

—¡Por Dios, señor!..

—Silencio, y nada temas.

Y el conde entreabrió la puerta, mirando lo que pasaba en la cámara.

El cobarde Jonás retrocedió cuatro pasos al ver á su enemigo tan bien armado y dispuesto á hacerle fuego. La sorpresa y el espanto embargaron hasta su voz. Cuando pudo, gritó:

—¡Patron! ¡Marineros, á mí! ¡Al secretario del duque de Lerma!

—No os molesteis,—le contestó Altacima sin dejar de apuntarle.—Os gané la tripulacion, estais en mi poder y me pertenece Otilia. ¿Qué tal, Alaejo? ¿Me porté bien? Me mirais

espantado; no soy un fantasma que se os aparece, sino realmente el marqués de Altacima que cs va á matar, primero por ladron; recordad el dinero que me estafásteis en mi castillo; luégo por traidor á mi amistad, y últimamente porque sois un malvado.

En este instante se oyó la detonacion de un mosquete descargado en la cubierta de la *Estrella.*

Era la señal dispuesta por Oton para enterar al *Consejo de los Diez* que su plan se habia realizado sin contratiempo alguno.

Al escuchar Jonás y Altacima el estampido se extremecieron; el segundo miró en torno, y el primero aprovechóla oportunidad, y, montando sus dos pistolas, dijó al marqués:

—Y ahora, ¿quién es el malvado?

—¡Ese tiro!..

—No hagas caso; habrá llegado algun buque de guerra y Venecia le saluda segun costumbre.

—Posible es.

—Tan cierto como que te voy yo á matar si no hallas una transaccion que me cuadre.

—Estamos en igualdad de circunstancias respecto de las armas; pero nota, Alaejo, que cuantos te rodean me obedecen.

—Eso allá lo veremos. ¿Qué te propones?

—Quitarte únicamente á Otilia de Sandoval, sobre la cual tengo más derechos.

—¿Y luégo?

—Despues inutilizarte, regresando á España con ella.

—¡Ya! Pues no será lo uno ni lo otro.

—¡Qué necio eres!

—¿Aceptas una proposicion?

—Dila.

—Vámonos á Francia amistosamente, sortearemos á Otilia, y el que tenga más fortuna...

—No; es mi futura, te gané *por la mano*, y la verdad es que lo verás muy pronto.

Y comenzó á gritar:

—¡Manuel, Manuel!

A estas voces apareció Oton, contestando:

—¿Qué mandais, señor marqués?

—Que sujeten á ese hombre y que se cumpla todo lo dispuesto por mí.

—Se hará,—añadió Divari;—pero os advierto que he quitado el pañuelo y la mascarilla á esa jóven, y resulta que no es Otilia de Sandoval.

—¿Qué estás diciendo?

Le preguntaron ámbos á la vez.

—Es simplemente su doncella Regina García. Miradla.

—¡Qué horror!

Dijo el secretario reconociéndola.

—¡Qué bárbaro!

Añadió Altacima, fijándose con desprecio en su rival.

—¡Me han engañado! ¡Aquella mujer tiene en su espíritu á Satanás! ¡Estamos perdidos, marqués! El cambio es hijo de una intriga infernal, de una red en que acaso hayamos caido los dos!

—¿Qué dices á esto, Manuel?

Preguntó Altacima azorado y principiando á comprender algo.

—Ahora lo vereis.

Replicó Oton. En el mismo instante se abrió la escotilla, apareciendo vários mosquetes que helaron la sangre de los dos criminales. Luégo se presentó Battiferra, gritando:

—De órden del alto y poderoso *Consejo de los Diez* daos á prision. Soy el jefe superior de la policía de Venecia.

El marqués exclamó:

—Manuel, ¿qué es esto?

—Marqués, soy Oton Melenik, conde Divari,—y se arrancó los bigotes, continuando;—el protegido de Magno el *Dragon*, que hoy le venga, pagando de este modo el más pequeño de los favores que recibió de su amado protector. Reconoced-me ámbos; yo soy el autor de la intriga; el que os tendió la red, el que os entrega al *Consejo*. Ni vuestra experiencia, precauciones y talento os han servido de nada. Este niño, inspi-

rado por la Providencia, enemiga implacable de los réprobos, os ha conducido con pasmosa facilidad á las plantas de unos jueces inexorables. Battiferra, cúmplase lo mandado por el tribunal, y ¡ay! del que dude ó vacile!

Y dando el brazo á Regina, cruzó por medio de todos hasta llegar á su góndola, en la cual se dirigió al palacio del Dux.

El jefe superior de la policía veneciana se habiá despojado en la cubierta de la *Estrella* de la barba postiza y disfraz que habia usado durante aquel dia, cambiando el último por el que usaba comunmente. Así es que Jonás no pudo reconocerle al presentarse ahora de una manera tan contraria á como estaba cuando le acompañó.

En cuanto salió el conde, exclamó Battiferra:

—Desarmad á esos malvados.

Y aparecieron cuatro hombres que estaban detrás de los mosqueteros, los cuales les fueron quitando á Alaejo y á Altacima las pistolas, espadas y dagas, pues ámbos se presentaron allí convertidos en armería. Lo mismo el uno que el otro habian ido, de sorpresa en sorpresa, desde el aturdimiento á la postracion más completa.

En estos instantes se hallaban pálidos, convulsos, inclinadas las frentes y tan amilanados que no osaban dirigirse una sola mirada.

Battiferra volvió á exclamar, viéndolos indefensos:

—¡Cadenas, grillos, esposas y mordaza á ámbos!

Esta órden les extremeció, y, alzando la cabeza, se atrevió á preguntar Altacima:

—¿Por qué tanta crueldad?

—Es simplemente,—contestó la autoridad,—para que sepais prácticamente la dureza con que vosotros tratásteis al senador Magno.

—¡Soy un título de Castilla, un caballero!..

—¡Miserable! ¿Osais invocar esa cualidad que tantas veces habeis prostituido?

—Yo no cargué con cadenas á Magno; fué ese hombre, Jonás de Alaejo, secretario del duque de Lerma.

—Yo no; vos le tuvísteis encerrado en la torre.

—Basta de contestaciones; el *Consejo de los Diez* os prohibe replicar á las órdenes que os trasmite por mi conducto. Muchachos, abreviar en lo posible.

Cinco minutos después se hallaban ámbos en la misma disposicion que dejaron ellos á Magno en la calle del Almendro. Luégo salieron entre agentes, entrando en un bote que los llevó al palacio del Dux.

El conde Divari, que se habia adelantado á los reos, cambió de traje, é inmediatamente corrió en busca de los individuos del *Consejo*, pero no los halló en el sitio donde ordinariamente se reunian. Enterado, supo que se trasladaron al piso bajo y que estaban en un salon grande en que comunmente actuaba el *Tribunal de los Tres*. Era una habitacion espaciosa, forrada de negro; cuantos muebles y objetos habia en ella la daban un aspecto tétrico y sombrío.

Allí encontró Melenik á los diez, sentados, graves y en actitud imponente.

El Dux se hallaba en el mismo salon, pero á un lado del círculo que formaban los jueces.

Al entrar Melenik le hicieron seña para que quedara de pié á la izquierda del dictador.

Reinaba un profundo silencio en la imponente estancia, cuando apareció Battiferra, diciendo:

—Altos y poderosos señores, los reos marqués de Altacima y Jonás de Alaejo, cuya prision me encargó el *Tribunal*, se hallan en la habitacion contigua.

—Que éntre el segundo sin mordaza.

Dijo el presidente, y al poco tiempo apareció Jonás, con la cabeza inclinada y más trémulo y descolorido que nunca.

—Acercaos más,—añadió Gradenigo.—Estais ante el primer tribunal de Venecia, y el que nos engaña ó miente paga con la vida tan nefando delito. Ahora contestad. ¿Cómo os llamais?

—Jonás de Alaejo. Soy español y me cubre el pabellon de mi país.

—¿A qué habeis venido á Venecia?

—Traje una mision importante del señor duque de Lerma, ministro de Felipe III, al que sirvo de secretario.

—¿Qué mision era esa?

—Sólo á los tribunales de España debo dar cuenta de mis actos.

Gradenigo le hizo várias otras preguntas relativas á Otilia y á Magno; pero Jonás se contrajo á repetir sus anteriores frases; esto es, que sólo contestaria á un tribunal español.

Inmediatamente hicieron comparecer á Altacima, el cual, interrogado como su compañero, respondió de idéntico modo. Ambos pretendian guarecerse en el pabellon de España, única tabla de salvacion que creyeron hallar en el terrible trance en que el destino les habia colocado.

Gradenigo prosiguió:

—Está probado hasta la evidencia que el uno escaló este palacio y ha robado á una jóven, trasladándola á su barco, á cuyo fin intentó seducir al agente que le acompañaba, como asimismo que el otro trató á su vez de quitarle la víctima, haciendo uso de armas prohibidas contra su contrario. Tampoco queda duda alguna al tribunal del atentado cometido en la persona de su ilustre senador Magno, en Madrid y en la torre de Altacima; y vuestro silencio agrava el delito, léjos de disculparlo.

—Si estuviera aquí el capitan Magno,—exclamó el marqués,—él os probaria lo contrario.

—¿Creeis por ventura que diria la verdad?

—Sí, señor.

—¿Lo que él declarara lo aceptaríais vos como hecho innegable?

—Sí, señor.

—¿Qué decis á eso, Jonás?

—Lo mismo que el marqués.

—Abrid esa puerta.

Exclamó Gradenigo, y, obedecida que fué su órden por Battiferra, se presentó á la vista de Altacima y Alaejo el

cuadro más horrible y desconsolador que pudieran inventar los hombres. Puestos de acuerdo los jueces y el capitan Magno, habian preparado lo conveniente durante aquel dia, previendo el silencio y negativa de los criminales, y al abrirse la mencionada puerta apareció Magno en una prision muy parecida á la en que estuvo en la torre de Altacima, tendido sobre paja y sujeto con cadenas. Era todo tan idéntico, que los reos retrocedieron horrorizados. Pero Battiferra, á una seña de Gradenigo, les empujó hácia la puerta, sujetándolos en el dintel. Entónces Magno se incorporó cuanto pudo, exclamando:

—No estoy muerto, marqués. Jacinto hirió sólo á Sergio.

—¡Mentira!—dijo Altacima, forcejeando por echarse atrás.—Te vi espirar; delante de mí te arrojaron al agua. Tú eres otro.

—Soy Magno. ¡Acercaos y reconocedme, miserables! Tú, Jonás, me enseñaste la carta que Lerma dirigia á Otilia; tú, marqués, ordenaste mi muerte; pero Jacinto no te obedeció, matando sólo al *Estudiante;* al efecto apagó el farol, para que no pudieras descubrir su intento. ¿Recordais ámbos?

—¡Es el *Dragon!*

—¡El infierno nos lo presenta!

Gritaron los dos. Battiferra se separó y ellos retrocedieron entónces confusos, aterrorizados, yendo á parar á la parte opuesta del salon. Al llegar allí se abrió otra puerta, presentándose ante sus ojos el verdugo con su traje de grana, el hacha al hombro, el tajo á los piés y dos tormentos enfrente, con cuatro hombres vestidos de negro que esperaban las órdenes del tribunal.

La puerta de la prision donde estaba Magno se cerró, quedando en cambio muy abierta la de la estancia en que se hallaban el verdugo y los tormentos. La vista de aquel segundo cuadro destruyó por completo la serenidad de que se habian revestido los reos, y ámbos cayeron de rodillas, exclamando:

—¡Piedad, señores, piedad!

Gradenigo movió la mano derecha, y los cuatro atormen-

tadores cogieron en medio á Jonás y á Altacima, poniéndolos de pié.

El presidente les dijo:

—Vais á sufrir el tormento más cruel que sintió hombre alguno. El delito que habeis cometido en los Estados de la república destruyó vuestros fueros de españoles, dejándoos por completo á nuestra disposicion. Y aquí, como en vuestro país, se hace hablar al criminal entre los agudos dolores que le producen esos hierros. Llevadlos al tormento.

—¡No, por Dios!—exclamó Altacima.—Todo es cierto, mas el culpable es sólo Jonás de Alaejo.

—Quiero hablar, señor presidente,—dijo el secretario;—yo fuí seducido por el marqués.

—¡Los dos mentis!—repitió Grádenigo.—¡Al tormento ámbos!

Y los cogieron, soltándolos de nuevo á una seña del presidente.

—¡Juro decir la verdad!

—¡Y yo tambien!

—¡Por Dios!

—¡Tened caridad de mí!

Murmuraban, hasta que los volvieron frente al tribunal.

—Dejad aquí á Alaejo,—replicó el presidente,—y llevaos á Altacima.

Y obligaron al último á salir; se oyó después un golpe, vários quejidos, y la puerta se cerró, quedando á la parte de afuera el verdugo y Jonás en medio de dos atormentadores.

Era imposible resistir á pruebas tan terribles. Así es que Alaejo fué declarando y el secretario del tribunal escribiendo cuanto habia hecho contra Magno. Juró, poniendo la mano sobre los Evangelios, que era cierto su relato, y en verdad que poco ó nada dejó por decir. El miedo y descomposicion de su cerebro le obligaron á estar por primera vez de su vida explícito y hasta exacto, segun hemos dicho ántes.

Cuando hubo terminado le reemplazó el marqués, sucediendo á éste lo mismo que á su compañero; ámbos dejaron

satisfecho al tribunal con sus terminantes contestaciones y relato.

Después que firmaron los dos, les hicieron sentar en un banquillo, exclamando el presidénte:

—Que se retiren los atormentadores y verdugos. Cerrad la puerta. Ahora avisad á los señores senadores que esperan, que pueden pasar si lo tienen á bien.

Vários porteros y ujieres se extendieron por el palacio trasmitiendo la órden que acababan de recibir, y no tardó en llenarse el salon del tribunal con los principales magnates de la república.

Los jueces salieron y conferenciaron, acordando seguidamente la sentencia contra Jonás y Altacima.

A la vez los dependientes del *Consejo* situaron várias gradas en el salon de sesiones, donde fueron sentándose los señores senadores.

Los jueces volvieron, ocupando su puesto.

El Dux estaba en un sillon elevado, y á su izquierda Oton en un pequeño taburete.

Salieron de aquella estancia los porteros, ujieres y Battiferra, quedando los reos en su banquillo, el tribunal, noventa y siete senadores que acudieron á la invitacion, el dictador y el conde Divari.

No obstante tan magna reunion, imperaba un silencio profundo, terrorífico.

Por último, el presidente Gradenigo hizo uso de la palabra, diciendo:

—Señores senadores: el *Consejo* que tengo la honra de presidir os ha invitado para que escucheis la lectura de un sumario que acaba de instruirse, en el cual resultan crímenes tan graves que afectan al Estado; y aunque en uso de nuestras facultades hemos podido fallar sin anuencia vuestra, queremos que, ántes de realizar nuestra opinion, os entereis de los hechos y nos ayude vuestra ilustracion y aquiescencia. El *Consejo de los Diez* no ha podido sostener por sí solo la grave responsabilidad en que incurriria al ultimar un expediente tan

difícil como complicado. S. A. el Dux asistió á nuestras sesiones; su experiencia, sabiduría y talento nos ayudaron poderosamente. Decidnos luégo vosotros si nos hemos equivocado ó no. Dos palabras más ántes de empezar la lectura. Se contrae principalmente el sumario á que me refiero á vuestro compañero Magno, al invencible capitan que tanta honra legó á nuestro país; y debo declarar, ante todo, que por fin se descubrió su orígen y que resulta ser hijo del príncipe español Don Juan de Austria.

Un murmullo, con el cual se expresaba sentimiento y dolor, interrumpió á Gradenigo. Lós senadores juzgaban muerto á Magno; y como sabian lo mucho que nuestro héroe trabajó por descubrir á sus padres, causó en todos terrible impresion lo noticia del presidente, llegada aquella, en concepto del auditorio, cuando sólo podia honrar la memoria del que creian asesinado. Gradenigo continuó:

—El vencedor de Lepanto, el que tantas veces mandó las escuadras de Venecia unidas á las españolas, dejó ese hijo, digno sucesor de tan ilustre caudillo. Lo que ha sido de él, y lo que el *Consejo* hace por vuestro compañero, lo oireis en ese expediente, si teneis á bien fijar vuestra atencion. Leed, Gamucci.

Un silencio profundo siguió á las frases del presidente; todos, sin excepcion, quedaron pendientes de la mencionada lectura.

Jonás y Altacima, víctimas ya de sus crímenes y sintiendo el terrible peso de la espada de la justicia, aparecian sentados en el banquillo, anonadados, confusos, sin accion, aturdidos.

En aquellos momentos, sin tener ninguno de ellos el valor de Magno, sufrian tanto como aquél en su prision, con la diferencia que el padecimiento del uno estaba rodeado de accidentes grotescos cuando no estúpidos, y en el de los otros todo era digno, majestuoso, elevado.

La venerable figura del Dux y la reunion de la primera nobleza, unida al aspecto grave y sombrío de los diez jueces

cubiertos con su toga negra y birrete, daban al conjunto una importancia y sublimidad imponentes.

Se dió principio á la lectura por uno de los individuos del *Consejo*, cuya voz robusta y sonora se hacía oir en todos los ámbitos del salon. Los senadores le escuchaban cada vez con más fijeza. Empezaba el expediente con la historia detallada del rapto de Otilia; seguia luégo el descubrimiento hecho por Magno en casa de Mondragon, y después la sorpresa, prision é historia de los padecimientos del célebre capitan. Al llegar aquí otro murmullo interrumpió la lectura. Los senadores demostraban la indignacion y enojo que podian inspirar en pechos nobles las alevosías y maldad de que fué víctima el *Dragon*. Pero pronto enmudecieron, quedando más pendientes que nunca de la continuacion del sumario.

Ya encerrado en la torre de Altacima el infeliz cautivo, y descritos con colores muy vivos la crueldad y martirios empleados en él, comenzaba el relato de la actitud de cuantos amigos tenía Magno en Madrid, prisiones y destierros de que fueron objeto, y luégo principiaba á ocuparse de Oton Melenik, elevado á conde Divari.

Todas las miradas se fijaron entónces en el valeroso jóven, el cual habia apoyado el codo en una de las gradas en que se hallaba el sillon del Dux, y, descansando su cabeza sobre la palma de la mano, se habia quedado profundamente dormido. Su traje de terciopelo negro hacía más blanca y agradable su fina epidermis, contrastando las proezas que se contaban de él con el candor y sosiego que presentaba ahora su rostro.

La lectura continuó describiendo lo que habia hecho Melenik, la admiracion de los senadores aumentaba en pro del georgiano, cuando llegó el instante en que el consejero presentó á Magno libre de sus enemigos por el último esfuerzo de Oton.

El auditorio no pudo ya contenerse. A los bravos siguió un aplauso que interrumpió la campanilla del presidente Gradenigo, el cual exclamó después:

—Señores, yo os ruego presteis vuestra atencion ahora con

más interés que nunca. Os suplico no volvais á interrumpir la lectura, y espero que ahogueis el entusiasmo para dar cabida en vuestra mente sólo á la justicia.

Un senador se atrevió á decir:

—Que despierten al conde Divari.

—Dejadlo,—añadió Gradenigo;—trabajó hoy tanto, que debe estar rendido por la fatiga.

Y prosiguió la lectura sin nuevas interrupciones. Al llegar á la prision de Jonás y de Altacima, todas las miradas se fijaron en el banquillo con el desprecio y enojo de que eran capaces los nobles de Venecia.

Terminó el expediente, y volviendo á hacer uso de la palabra el presidente, añadió:

—En concepto del tribunal merecen la muerte esos dos hombres y deben ocupar esta noche la capilla. ¿Qué os parece, señores senadores?

—¡Bien! ¡Bien!

Le contestaron todos.

—Luégo pediremos á España una satisfaccion por la conducta del ministro de Felipe III en lo relativo á Magno, y si no se nos da cumplida, nuestras escuadras la exigirán de otra manera.

—¡Bien! ¡Bien!

Repitió el Senado.

—Por último, el *Consejo* cree que el valeroso Magno merece por centésima vez ser nombrado benemérito de la patria.

—¡Sí! ¡Sí!

Respondieron.

—¡No! ¡No!

Contestó la robusta voz de un caballero, el cual se presentaba en aquellos momentos en el salon, quedando en pié junto á la grada de los senadores.

Al verle aquellos prorumpieron en entusiastas frases, le estrecharon á porfía, convirtiendo la gravedad y mesura de la reunion en su verdadera antítesis.

Era Juan Magno de Austria que llegaba sin barba ni me-

lena, con su bigote y perilla anteriores, luciendo el traje y banda de capitan veneciano.

Después que le hubieron estrechado todos los senadores, se fueron sentando, permaneciendo él sólo de pié.

—Pido la palabra como senador, señor presidente.

Dijo, y quedó esperando la contestacion de Gradenigo.

—¿Para qué la quereis?

Le preguntó aquél.

—Para emitir mi opinion sobre la sentencia recaida en ese expediente, hablar algo de mí y de esos dos infelices que están sentados en el banquillo.

—No puedo negárosla, señor senador Magno, si bien os la concedo con sentimiento y pena.

Todas las miradas se fijaron ahora en el marino; éste iba á hablar, pero le contuvieron las voces de los senadores, que tornaron á exclamar:

—¡Bravo, Oton; Venecia te saluda entusiasmada!

El georgiano habia despertado, oyó las palabras de su protector, y comprendiendo lo que iba á suceder, le miraba con enojo, oprimia los puños, y en su preciosa faz se retrataba la ira.

Al escuchar los aplausos hizo un ligero movimiento de cabeza y continuó fijo en Magno. Todos le imitaron, y aquél, restablecidos el silencio y la calma, prosiguió:

—Señores jueces y senadores: no vengo á hablar contra la justicia de una sentencia merecida por esos infortunados que tengo delante. Me declaro, sin embargo, defensor de ellos, empiezo perdonándoles cuanto hicieron y atentaron conmigo, y os ruego á todos me escucheis con atencion y benevolencia.

Jonás y Altacima alzaron las manos en direccion de Magno, mirándole con interés y pidiendo con los ojos compasion y caridad.

El *Dragon* les devolvió la mirada con otra que expresaba dolor y sentimiento, continuando:

—Esos infelices que teneis delante, nacieron, es verdad, con mala índole, y, en su desdicha, no tuvieron la suerte de

que una educacion constante y buena mejorase sus inclinaciones. De la falta se fueron al delito, y de éste al crímen; compadecedlos como yo, y advertid que la bondadosa mano de la Providencia les salió al encuentro, contuvo la iniquidad y los confundió. Dios salvó mi vida; imitemos en lo posible su bondad; que la justicia, después de haber dado su fallo, puede ser envuelta en el manto de la caridad cristiana. Señores, llevo muchos años combatiendo contra los enemigos de Venecia; mi sangre corrió en todos los mares conocidos, y la superficie del agua se cubrió de mástiles y cascos deshechos al grito mio de *¡Viva Venecia, reina del Adriático!* Todos conoceis mi sacrificio, mi amor á esta patria adoptiva y á la que estimo más que á la propia; ninguno de vosotros la quiso más, ninguno de vosotros me aventaja en amor hácia ella. ¡Mi vida, mi fortuna, todo le pertenece; sin Venecia sólo la muerte deseo!

—¡Bravo!

—¡Bravo!

Exclamaron los senadores. Magno continuó:

—Ya no necesito del honroso título que me concedísteis como individuo de la primera nobleza; por mis venas circula sangre real, y si vuelvo á España, bien comprendereis cuál será allí mi puesto. Pero no me es dado abandonar á mi querida patria adoptiva; juré morir por ella, y he de persistir en mi idea con entusiasmo, con alegría febril. Seguiré, por lo tanto, siendo noble veneciano; mi barco cruzará los mares, y mi pecho será, miéntras aliente, escudo de vuestro pabellon.

—¡Bravo!

—Partiré á España, y, con el mismo interés que vosotros pudiérais realizarlo, haré rodar por el suelo al que osó atentar contra el representante de Venecia. No le han de valer sus títulos; cuanto más alto le halle, más terrible será el golpe que ha de recibir. Y por Dios Santo que no ha de costar á la república un escudo ni una sola gota de la sangre de sus hijos. A mi regreso iré donde me mandeis; el sitio de más peligro será el elegido por mí si consultais mi opinion, y de

combate en combate daré á Venecia con nuevas glorias mi existencia, que le pertenece por completo. Aquí me uniré; si el cielo me concede sucesor, será veneciano, y yo le enseñaré á amar á su patria como yo lo hice siempre. Ahora bien; si mis sacrificios pasados y futuros merecen alguna recompensa, yo os la exijo. ¡Quiero que perdoneis, como yo, á esos desgraciados!

—¡No! ¡No!

Exclamó Melenik.

—¡No! ¡No!

Contestaron los senadores y jueces.

—Conmutad al ménos la pena; sed grandes, si quereis aparecer bien en el elevado sitio en que os colocó la suerte.

A estas frases solemnes de Magno siguió un largo y prolongado murmullo, que al cabo de algun tiempo logró contener la campanilla del presidente Gradenigo. Restablecido el órden, exclamó aquél:

—Señores, el *Consejo* se retira á la estancia inmediata para deliberar, rogando á S. A. nos acompañe. Vosotros, señores senadores, esperad aquí para que confirmeis, si os parece justa, nuestra última determinacion.

Y salieron los once del salon.

Magno se dirigió al banquillo, y dijo á Jonás y Altacima.

—¡Infelices, no creísteis en Dios, y el diablo se apoderó de vosotros! Cien veces estuve yo en peligro de perecer, y siempre hallé la bondadosa mano de la Providencia que me salvó; vosotros caísteis á la primera y sólo encontrais un defensor, vuestra víctima; aquel que tanto aborreceis, y que él os paga pidiendo por vosotros. Creed en el Sumo Hacedor; rogadle que inspire á esos magistrados, y os escuchará; que Dios es tan bueno como malos fuisteis vosotros. Yo tambien le suplico; imitadme.

Al llegar aquí fué interrumpido por las frases halagüeñas de los senadores; unos le rodearon y otros cogieron en medio á Melenik, colmándolos de elogios y felicitándolos.

Una hora despues volvieron el Dux y los jueces, cada uno

ocupó su puesto, tornando á imperar un silencio que interrumpió Gradenigo con las siguientes frases:

—Señores: el *Consejo* conmuta la pena impuesta al marqués de Altacima y á Jonás de Alaejo por la de cadena perpétua, dando á este castigo la forma que estime más adecuada á las circunstancias del crímen que lo motiva. De este modo pretendemos demostrar á Juan Magno de Austria el aprecio y distincion que nos merece. Al hablar él modificó por primera vez la rectitud y severidad que nos impone la justicia. A eso y más es acreedor por su amor á la patria. En cuanto á sus sacrificios y hechos gloriosos, pasados y futuros, para darle una digna recompensa, proponemos al Senado que le nombre general de nuestra marina. La patria le devuelve afecto por afecto.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Os proponemos tambien otorgueis á Oton Melenik, conde Divari, los títulos de noble veneciano, benemérito de la patria y alférez de marina á las órdenes de Juan Magno de Austria. Eso es todo.

Los noventa y siete senadores contestaron como un sólo hombre:

—¡Lo aprobamos!

Magno les dió las gracias en su nombre y en el de Melenik, les encargó que ocultaran la historia de su salvacion y llegada, con objeto de sorprender al duque de Lerma, y se disolvió la reunion por órden de Gradenigo, siendo las cuatro y media de la madrugada.

Oton salia mordiéndose los puños; los restantes admirando la grandeza de alma del capitan marino.

Jonás y Altacima, conservando las cadenas y grillos, fueron entregados á Battiferra, el cual les hizo atravesar el Puente de los Suspiros para encerrarlos después en la peor mazmorra situada en los subterráneos de la cárcel. Quedaron sujetos como Magno, y como él habitaban ahora un calabozo muy por debajo del nivel del mar.

CAPITULO XV.

La libertad de Magno.—Al terceto sigue el duo.—Melenik recrea la vista un poco.

Al salir el nuevo general Magno, le dijo Gradenigo, estrechando su mano:

—Quedais en libertad, amigo mio, como igualmente Mondragon, y vuestro perro faldero cesante de su cargo interino.

El general le dió las gracias, en tanto que Oton se acercó á él, preguntándole:

—¿A qué hora os levantareis?

—A las nueve.

—¿Me permitis que os aguarde en vuestro despacho?

—Sí. ¿Qué pretendes?

—Que nos ocupemos de los presos y de algunos otros asuntos.

—¿Aún deseas más?

—Todavía.

—Bien. Hasta luégo.

Despedidos los tres del Dux, esto es, los dos generales y el conde, saltaron á la góndola y fueron trasladados por Luti desde el palacio del dictador al de Magno. Reunidos luégo en el despacho del general marino, dijo éste á Melenik:

—Creo, amigo mio, que estarás satisfecho.

—Mucho; tu generosidad me ha encantado; merecias, Magno, en vez del cetro y banda de general, lo que yo sé.

—Calla, Oton, y no juzgues un hecho que de tan elevado no llegó á comprender jamás el rudo montañés de la Georgia. Más deseaba yo, pero aquel *no* que expresastes con oportunidad terrible, inspiró á los senadores una negativa impropia en todo hidalgo corazon.

—Noté efectivamente que pretendias dejar en completa libertad á Altacima y á Alaejo.

—Claro es.

—Tú dijiste, en alas de esa bondad sublime que no te envidio: «Ya no pueden hacer nada contra mí; que vivan, y si confunden luégo al género humano, ¿qué me importa á mí?» Lo malo es que estaba yo cerca, acudí con tiempo y puede que nada se pierda. La muerte hace sufrir muy poco, en tanto que esos hombres, conservando la vida... Bien pensado, mi querido general, acaso tengas razon.

—¿Qué idea fatal y cruel llegó á tu cerebro, georgiano?

—Nada; tú les has perdonado y no debes volver á ocuparte de ellos.

—Ni tú tampoco.

—Yo les salí á recibir esta mañana y sólo me resta despedirlos.

—Ya no perteneces á la policía, estoy libre y no te separarás de mi lado.

—Por supuesto: mañana vendrán á felicitarte los jueces y senadores, despućs irás cerca de Otilia, os contareis amores, y yo estaré junto á vosotros pasando un rato delicioso.

—Nos ocuparemos los tres, y tambien nuestro querido Mondragon, de mi boda, de mi madre y de nuestro regreso á España.

—¿Cuentas con el *Consejo de los Diez?*

—¿Qué tienen que ver Gradenigo y sus colegas con Zaida y Otilia?

—Mucho.

—Oton, concluye por Dios Santo de violentarme.

—Bien dicho. Estuve tan torpe al descubrir el paradero de tu madre y de Asam, tan necio é inoportuno al tender la red á Jonás y Altacima, que has debido sufrir lo indecible con mi estúpida insensatez.

—No digo eso, hombre...

—Déjalo Magno,—exclamó Mondragon.—Nada de lo que concibe y realiza esa cabeza privilegiada merece trabas ni rémora.

—Es fuerte cosa que vos, el Dux, Gradenigo y hasta Otilia os hayais declarado defensores de los actos de ese chiquillo.

—Hijo, si discurre mejor que nosotros, ¿por qué no le hemos de apoyar?

—Es muy jóven y necesita que yo le dirija.

—¿Tú? ¿A Oton? No delires, Magno; permítele que continúe y busquemos el lecho, que empieza á amanecer.

—No le conoceis ninguno tan bien como yo.

—Al contrario; eres tú el único que le juzgas niño, cuando por sus acciones es tan hombre como nosotros.

—Pero si ya se acabó todo.

—Por lo mismo debes dejarlo en completa libertad.

—Haga el cielo que no nos pese, general. Adios, Melenik. Puesto que mi padre lo desea, prosigue haciendo lo que mejor te cuadre.

—Adios, mi querido jefe; dormid tranquilos, y no os cuideis de mí para nada.

Y lo estrecharon ámbos, saliendo Divari de aquella estancia sonriendo maliciosamente.

Ya en su alcoba llamó á Luti, diciendo:

—Desnúdame.

—Buen dia, señor.

—No fué malo; salimos de caza, y no estoy descontento de lo que hice.

—¿Continúan las intrigas?

—Acaban unas y empezarán otras más enredadas y difíciles.

—Poco hago yo en ellas.

—¿Aprendes francés?

—No me ocupo de otra cosa.

—Pues en breve me ayudarás de un modo diferente.

—¿Os despierto, ó deseais dormir?

—No; á las nueve ménos cuarto estaré vestido.

—¿Qué traje?

—El que acabas de quitarme.

—¿Saldremos?

—Inmediatamente.

—¿Qué góndola?

—Una cualquiera.

—Está bien. ¿Quiere mi señor algo más?

—No.

Poco después dormian todos en el palacio.

A las ocho y cuarto despertó Luti á su amo, comenzando á vestirlo y asearlo.

—¿A qué hora ha pedido mi hermano el almuerzo?

—A las diez.

—¿Qué se dice entre vosotros?

—Que al capitan lo han nombrado general y á vos alférez y noble veneciano. ¿Es cierto?

—Sí.

—Me alegro. ¿Pasaremos la vida en el mar?

—No.

—Eso me complace tambien.

—¿Y la góndola?

—Espera para ser movida por dos de vuestros mejores criados.

—Pues vamos.

Quince minutos después entraba el conde en el despacho de Gradenigo, y no tardó en aparecer el presidente, diciéndole:

—Oton, áun cuando seas noble y alférez de marina, quiero seguir tuteándote.

—Me alegro, que eso prueba vuestro afecto hácia mí, y en verdad que con él pagais el mucho que yo os tengo.

—Gracias. Siéntate á mi lado. ¡Qué admirable estuviste

ayer; el experto y astuto Battiferra dice que tienes más talento que él y tal valor y serenidad que encantan!

—Tampoco estuvísteis mal,—exclamó Melenik con intencion,—al permutar la sentencia de muerte de Jonás y Altacima por la de cadena perpétua. La vida se acaba con un soplo, y esos malvados merecen muchos años de tormento.

—Claro es.

—Hemos nacido, señor presidente, para entendernos; no sucede lo mismo con Magno, el cual persiste en tenerme en tutela, y es lo cierto que me va costando trabajo obedecerle.

—Te quiere como á hijo, y los padres solemos ser exigentes. ¿Qué asunto me traes hoy?

—Quiero que nos ocupemos de la suerte de Magno.

—¿Qué más he de hacer?

—Falta lo principal.

—No te comprendo.

—Oid mi plan, y si os gusta, apoyadlo con esa energía y firmeza de carácter que tanto admiro en vos.

—Habla.

—Deben unirse inmediatamente y con cierta reserva Magno y Otilia; dejadlos después quince dias, y terminado este plazo que se quede ella en su espléndido palacio y vaya el nuevo general á España, con objeto de cumplir la palabra que dió anoche al Senado de hacer rodar por el suelo al duque de Lerma. Aquí queda bien Otilia, puesto que sois muchos á velar por ella, y Magno no va mal, toda vez que al llegar su escuadra á Marsella le esperaré yo en el puerto para entregarle á su querida madre, la cual, durante su viaje, podrá endulzar el dolor que le causa la separacion de Otilia. Yo marcharé al efectuarse la boda, ocupándome la entrega de la madre al hijo; luégo regresaré á París con objeto de arreglar las cuentas que tengo pendientes con cierto judío. Despachado este asunto torno á Marsella, embarcándome en el *Dragon*, busco á Magno, y ya no me separaré de su lado.

—Me parece todo eso muy bien, Oton, y si tu hermano lo aprueba...

—No conteis con su opinion para nada; poneos de acuerdo con el Dux, imponédselo después en nombre del *Consejo*, y de ese modo evitaremos que haga algo contrario á su conveniencia.

—Le va á parecer duro.

—Se debe á su patria, é invocando este nombre tan sagrado para él, no vacilará.

—¿Y le he de quitar sin su permiso ni vénia hasta su propio buque?

—Claro es; lo necesito yo, y el debe navegar en el navío almirante de ochenta cañones.

—¿Y si prefiere el *Dragon?*

—Es obediente á vuestras órdenes, y al darle el otro lo aceptará.

—Pero hombre, dime al ménos qué uso vas tú á hacer del *Dragon*.

—Me lo mandais á Marsella, segun os he dicho, llevando en la cubierta á Altacima y Jonás con dos remos muy largos y cuatro cadenas muy cortas.

—¡Ya!

—Pienso divertirlos un rato dándoles un paseo por las costas de su país: nos iremos deteniendo en todos los puertos de España hasta llegar á Cartagena; allí les daré una buena habitacion en la bodega, y á mi regreso volverán á ocupar su puesto de remeros.

—La idea es diabólica, Melenik.

—Mandais al navío almirante toda la gente del *Dragon*, y éste lo tripulais con hombres que merezcan toda vuestra confianza, respondiendo con su cabeza, desde el alférez Oton, su jefe, hasta el último grumete, de las muy ilustres personas de Altacima y Jonás.

—Eres cruel, Melenik.

—¿Vos me decis eso? Señor, esos hombres fueron los que pisotearon el pabellon de Venecia, prendiendo traidoramente y encarcelando á su digno representante. Y como si eso fuera poco, han osado llegar á vuestra amada ciudad, robar una da-

ma, y con inaudita insolencia se burlaron del Dux, del *Tribunal de los Diez* y despreciaron las leyes de este país.

—Los ha perdonado Magno.

—Era el ofendido é hizo muy bien; pero vos, que presidis un tribunal recto y severo...

—Basta. Se hará cuanto deseas. Tienes razon; esos dos miserables merecian un tormento perpétuo.

—Sí no se mueren en el camino, á mi regreso los mandais á vuestras posesiones de Africa.

—Tampoco es mala idea. Pero di: ¿estás cierto de hallar á la madre de Magno y de podérsela entregar en Marsella?

—Muy seguro; preguntadle á Battiferra...

—Me habló de eso ántes de ayer, y afirma que son exactas cuantas noticias te dió.

—¿Y aún dudais?

—¿Quién es ese judío que cambió de nombre?

—Un avaro que estafa al desgraciado que llega á él.

—Eso ya lo sabía; su nombre es muy conocido en Europa; mas ignoro qué analogía guardan los hechos de ese hombre contigo ni con Magno.

—Ese miserable era tesorero de Don Juan de Austria, robó á Magno los tres millones que le dejó su padre, y cogiendo al niño lo arrojó á las playas del Brasil, como pudiera hacerlo con un perro. Ese funesto hebreo fué el orígen de todas las desgracias de mi hermano.

—¿Y te propones vengarlas?

—Claro es.

—¡Desgraciado, mucho mal hizo, pero en tus manos es digno de compasion!

—Acaso no os equivoqueis.

—Tu amor hácia mi noble amigo Magno te disculpa de cuanto haces é intentas, siendo así que con tus enemigos personales te juzgo generoso y caballero.

—Si son ellos nobles, generosos y caballeros, no me presentaré yo ruin ni miserable; pero si aconteciera que alguno se pareciese á Asam, Jonás ó Altacima, entónces...

—Comprendo, y si he de serte franco, yo obré siempre lo mismo.

—Ese es el camino. Magno, que durante el combate es un rayo asolador, sufre luégo una metamórfosis extraña, incomprensible; es además tan confiado, tan indolente...

—¡Ah; pero dirigiendo su escuadra no tiene rival en el mundo! Su nombre sólo extremece á los turcos.

—Nació efectivamente para mandar batallas, para obedecer durante la paz.

—Lo conoces admirablemente.

En este momento se presentó un ujier, diciendo al presidente:

—El ciudadano Battiferra desea la honra...

—Que espere.

—A propósito de Battiferra,—dijo Melenik;—¿conoceis bien á ese hombre, señor presidente?

—Creo que sí.

—Yo opino lo contrario.

—¿En qué te fundas?

—Teniendo en cuenta su talento, lealtad, energía, amor á la patria, destreza y sagacidad, sostengo que recompensais muy mal á un jefe que os es tan útil y necesario. Es casado, padre de una numerosa familia, y si la miseria le obligase á faltaros tendriais vos la culpa.

—*Per Dio!* Disfruta el sueldo de sus antecesores y debe estar contento.

—No tuvo la república un hombre del mérito de ese.

—¿No le regalaste tú mil ducados?

—¿Tambien os lo ha dicho? ¡Qué lealtad y subordinacion; lástima será que de tan excelente ciudadano hagais un traidor! Aumentadle doscientos escudos al año y dadle las gracias en nombre del *Consejo* por su admirable conducta. De ese modo tendrá Venecia en Battiferra una rodela ante la que se estrellarán los golpes del malvado.

—Parece mucho.

—Lo que vale tanto, siempre es barato, Gradenigo.

—Bien, ya me ocuparé más adelante de eso.

—No; extended la órden y dádmela, que quiero yo entregársela.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Es el instante del almuerzo.

—Que aguarde un poco; yo comí ayer sobre una góndola pan y encurtido, no he vuelto á probar bocado, y Dios sabe cuándo lo haré.

—No sé qué tienen tus ideas, que no sé negarme á ninguna.

—Consiste en que es justo cuanto os pido, y el noble presidente se inclina ante la razon.

—Voy á redactar la órden.

—Estimulad á ese patricio, elogiando como merece su conducta y lealtad.

—Bien.

—No excuseis frases, que él no economiza fatigas, insomnios ni molestias.

—Ya está; léela.

—Perfectamente. ¿Teneis algo que mandarle? Porque me lo llevo.

—Si él no desea darme ninguna noticia de importancia, idos.

—Tomad este papel.

—¿Qué contiene?

—Es un borradorcito con la órden que debe el *Consejo* trasmitir á Magno.

—¡Ah! Sobre la boda, el viaje...

—Sí, señor; añadid lo que os parezca, pero no suprimais nada.

—Marcha pronto de Venecia para que pueda yo ser presidente.

—En cuanto se case mi hermano.

—¿Nada más quieres?

—Hoy no; mañana veremos.

—¿Me acompañas á la mesa?

—Gracias. Hasta luégo.

—Dios guarde y haga ménos pedigüeño al valiente alférez.

Salió Oton, hallando en el recibimiento á Battiferra, al cual dijo:

—Seguidme.

—Debo ver al señor presidente...

—¿Teneis que darle alguna noticia de interés?

—No, pero...

—Entónces embozaos bien y entrad conmigo en la góndola. Ya le he dicho que me íbais á acompañar.

—En ese caso soy todo vuestro, señor conde.

—Luti, á las prisiones.

Y después de entrar en el esquife y cerrada la caja, añadió Battiferra:

—Poco habeis dormido, señor.

—No fué mucho, pero sí lo bastante. ¿Está contento de vos Gradenigo?

—Nada me dijo, y yo, confiado en vuestra palabra, esperaba otra conducta diferente.

—Vos habeis tenido la culpa, por irle con el cuento de los mil ducados y los descubrimientos que os encargué sobre el judío y la mora.

—Para Gradenigo no guardo yo secreto alguno.

—En todas las reglas hay excepcion.

—Ménos en esa.

—Peor para vos. Decidme, el calabozo de Jonás y Altacima, ¿tiene algun sitio desde el cual escucha la policía de Venecia lo que hablan los reos encerrados en él?

—Claro es.

—Pues llevadme á ese paraje.

—¿Quereis oirlos?

—Sí, y luégo verlos.

Y se perdió la góndola en que iban por el sinnúmero de canales venecianos.

Adelantémonos nosotros.

Dijimos que los reos fueron encerrados en la peor mazmorra de Venecia, y así es la verdad.

La formaba una bóveda oscura, lóbrega, húmeda é insana; habia en ella dos taburetes, paja, luz artificial y un jarro con agua.

Las cadenas de los presos fueron sujetadas á las argollas respectivas, y ámbos quedaron solos, permaneciendo mucho tiempo confundidos y como abrumados por el peso de sus crímenes, por la generosidad de Magno y por el castigo decretado últimamente.

Tendido el marqués sobre igual lecho al que le dieron al *Dragon* en su castillo, exclamó una hora después de haber entrado:

—¡Tú tienes la culpa, villano! Yo me resigné con el rapto y mi suerte, cuando te presentaste en mi casa llevando el diablo en el cuerpo.

—Te equivocas, torpe marqués,—le contestó Jonás,—crédulo inocente, á quien engañó Jacinto. ¡Si lo hubiera muerto bien!

—Cierto. ¡Maldicion! ¡Tus consejos y la pillada de aquel bárbaro me han perdido!

Y prosiguieron dirigiéndose mútuos dicterios entre amargas quejas y dolientes suspiros. Después trataron de conciliar el sueño, sin lograr otra cosa que pasar muchas horas revolcándose entre la paja.

A las nueve de la mañana les entraron dos pucheros con rancho, pan y cuchara, dejándoselos cerca sin decirles nada.

Ambos miraron con indiferencia los cacharros, no intentando probar su contenido.

Una hora más tarde se incorporó Altacima, cogió su puchero y lo olió, exclamando:

—¡Rancho, bodrio nauseabundo!

—Peor era el que le dabas tú á Magno.

—¡Por consejo tuyo, infame!

—¡Con aplauso tuyo, babieca!

—¡Vamos á morir de hambre!

—No lo creas; la necesidad nos presentará deliciosas esas judías y muy sabroso este pan negro.

—Lo dudo.

—Tan malo como ese lo comí yo en mi infancia, y cuando tenía buen apetito lo hallaba excelente.

—¡Lo creo, villano; viéndolo estoy y me parece imposible!

—¿Qué distingues?

—Que yo me haya unido á un hombre de tan baja condicion como tú.

—*Dios los cria y ellos se juntan.*

—Fué Satanás. ¡Ay, qué tormento, qué amargura!

—Ese es el eco de Magno. La maldita prision aquella, que con tanto talento le dispusiste, nos la devuelven aquí idéntica. El tal Melenik demuestra un talento feroz.

—¿El que te salvó la vida en la Mancha?

—Y que no es mentira. Sucedió como lo relata el expediente. ¡Si yo hubiera podido adivinar sus intenciones!

—Ya le hiciste fuego, pero con el acierto que tú lo realizas todo.

—Aún me duele el sitio donde descargó los palos cuando, abrazado yo á la preciosa manchega, me sorprendió, dejándome sin sentido.

—¿Qué se propuso?

—Ya lo oiste en su declaracion; salvar la honra de la paleta. Es fuerte cosa que la mayoría de los hombres se han de meter á *caballeros andantes*. Yo dejé siempre que cada cual hiciese lo que le diera la gana...

—¡Qué perverso eres, Jonás!

—Cási tanto como tú.

—No lo creas; nací con mala índole; la funesta educacion que me dieron contribuyó poderosamente tambien á separarme de la rectitud, pero nunca abrigué un corazon tan corrompido como el tuyo, un alma tan depravada. Tu rostro antipático y grosero demuestra lo que eres.

—Tal para cual; por eso simpatizamos los dos.

—¡Debí matarte en la *Estrella!*

—Tambien yo á ti, pero á ámbos nos faltó valor, de lo cual debes deducir, que somos un par de alhajas inapreciables.

—Ya empezamos á purgar nuestras faltas. ¡Oh, terrible porvenir nos espera! ¡Ay! ¡Me ahoga la pena!

—¡Já, já, já! ¡Qué mandria eres!

—¡Y tú qué cínico y monstruoso! ¡Me repugna tenerte tan cerca!

—¿Por qué?

—¡Haces alarde de lo más hediondo que existe en el mundo!

—Si tuvieras más talento reirias conmigo, dando cabida en tu alma al placer. Necio, el alarde de nobleza de Magno, acto que yo califiqué siempre de vanidad y tontería, nos salvó la vida, que era lo más importante. Logrado ésto y contando ámbos con mi talento, ántes de un mes estaremos en libertad y hasta en actitud de podernos vengar de ese maldito georgiano á quien el diablo confunda.

—¿De qué manera?

—Aprovechando el primer descuido. Riamos cuando estemos solos; mostrémonos humildes y hasta compungidos delante de nuestros jueces y secuaces, y siempre alerta, pronto las *palomas* abandonarán el *arca* y el *diluvio* será para ellos; ya lo verás.

—Llega á mi mente una esperanza consoladora. Prosigue, Jonás.

—Estoy seguro que el bobalicon de Magno manda que nos entreguen inmediatamente nuestros equipajes; es harto necio para que deje de hacerlo. Con ellos vendrá mi tesoro, y ya en nuestro poder arma tan poderosa, no habrá cadena ni veneciano que resista á su influjo y poder.

—Tienes razon; y luégo...

—Luégo hundimos nuestros puñales en el corazon de Melenik, y si al paso encontramos á Magno...

—¡Já, já, já, já!

Al oir esta carcajada los dos se extremecieron. Jonás preguntó:

—No, si me coge mi hermano podrá impedirme...

—Vuestro hermano; ¿con que vino vuestro hermano?

—Me refiero á un general de marina.

—Ya lo sé; pariente allegado de un noble veneciano, nombrado alférez...

—*Cane di Dio!* Ya que teneis tan buen olfato, llevadme á una hostería donde nos den almuerzo de príncipe.

—Luti,—exclamó el jefe de la policía,—á la hostería de Europa.

—Que abrevien esos gondoleros.

Y el esquife salió por los canales con la rapidez de una centella.

Ya al pié del establecimiento á que se dirigieron, saltó el conde, diciendo á su criado.

—Luti, que os sirvan á los tres en la góndola y pagas, incluyendo el gasto que hagamos nosotros.

Encerrados Melenik y Battiferra en un cuarto aislado, delante de la mesa, é ínterin les preparaban los manjares pedidos por el segundo, exclamó el primero:

—¿Con que el *Consejo* no ha tenido para el jefe de su policía ni una frase halagüeña, á pesar de los elogios que yo hice de él?

—Nada; ante el astro refulgente llamado Oton se apagó el mio.

—Pero yo os dí palabra de recomendaros, y en efecto la cumpliré.

—No os molesteis; basta con lo mucho que hicísteis por mí.

—Queda lo principal.

—Soy desgraciado, señor conde, y no lograreis nada.

—¿Estais seguro?

—Cierto.

—Verdad es que á mi lado sois torpe, Battiferra; calculais peor que un tudesco.

—Gracias; pero entended que esas frases no han de aminorar una partícula de la mucha admiracion que me inspirais.

—Miéntras no nos sirven el almuerzo, leed ese oficio.

Y Melenik le dió el que habia extendido Gradenigo. El otro exclamó al acabar la lectura:

—¡Santa Madonna; elogios, plácemes y doscientos escudos más de sueldo! ¡Ah, señor conde, cuánto os debo; vinísteis á Venecia á hacer mi felicidad! ¡Gracias, señor; si os es necesaria mi vida, disponed de ella!

—¡Pues no estais poco compungido y tierno! Si continuais haciendo pucheros, me voy á reir de vos.

—Perdonad si mis ojos se humedecen; este papel y vuestros mil ducados son el porvenir, la ventura de mis hijos. Permitid al padre reconocido que os bese la mano y...

—¡Soltad, *per Dio*!

—¡Dejadla entre las mias!

—Silencio, que viene un camarero. Sentaos y cerrad los ojos, no vayan á creer que os pego. Almorcemos, amigo mio. Hé aquí un capon paduano, dorado como la cima de los montes por los rayos del sol. Ostras, pescados del Adriático... ¿No trinchais?

—Al momento.

—Venga esa pechuga y un muslo. Se despertó el hambre, y en verdad que tenia razon.

—Ya lo veo, y me complace.

—Llevo tantas horas sin comer, que era natural.

—Pues ya veis que el almuerzo es de príncipe.

—Sí. ¿Y vos, qué haceis?

—Este oficio ahuyentó mi apetito. Dejadme gozar, señor.

—No, Battiferra; comed conmigo, que todo se puede hacer.

—Sea. ¡Qué prisa os dais!

—No puedo contestaros.

—Vuestras mandíbulas parecen un molino de viento.

—Sí.

—Jamás vi hombre alguno con tanto apetito.

—Seguid hablando.

—Ya veo que con la boca siempre llena no podeis expresar las ideas. ¡Y está bien asado este capon!

—Exquisito, sublime. ¿Y estas ostras, y estos pescados?

—¿De todo á la vez? Bueno, bueno.

—Me voy á desquitar.

—Ya lo veo. Y luégo, ¿adónde vamos?

—Pensemos sólo en comer. Venga mero, pajeles y aquella anguila tan enroscada y suculenta. Ahora destrozad ese pastel y descubramos el secreto que contiene.

—*Per Dio!* que sois tan terrible con las viandas como con vuestros enemigos.

—Lo mismo.

Y continuaron almorzando hasta quedar el conde completamente satisfecho.

—Basta.

Dijo, dando fin del último dulce.

—Bien lo hicísteis, señor.

—Fuí como siempre: tardío, pero cierto.

—¿Y ahora adónde vamos?

—Al puerto.

—¿Aún nos queda allí asunto que evacuar?

—Y muy importante.

—Cuando gusteis.

—Y entrando ámbos en la caja de la góndola, se encaminaron al muelle. Ya en él, exclamó el conde:

—Vos, Battiferra, dirigíos á la barca en que vino el marqués de Altacima, pagad al patron, si no lo hizo el otro, y llevad su equipaje á bordo de la *Estrella*, en la que os espero. Luti, averigua tú cuál es el buque que sale ántes para España, toma en él pasaje á nombre de Roque Alaejo, y ves á buscarme á la *Estrella*. Gondoleros, ya sabeis el punto á que me dirijo. Remad.

Luti y Battiferra se trasbordaron á sus respectivos botes, en cumplimiento de las órdenes que concluian de recibir, y el conde entró poco después á bordo de la galera indicada. En la cubierta halló al patron, contramaestre y timoneles, confusos y aturdidos todavía por los acontecimientos del dia anterior, los cuales no se explicaban ni comprendian. No habiéndose contado con ellos para otra cosa que para espantarlos, pro-

hibiéndoles que se mezclasen en nada que tuviera relacion con Jonás, supusieron que aquél fue asesinado en medio de la laguna, con otras cosas más, conjeturas todas aventuradas é hijas de una ardiente imaginacion; pero es lo cierto que no se atrevieron á mover del barco, y aumentó considerablemente su pavura al oir al conde que les dijo:

—En breve llegará el jefe superior de la policía de Venecia; que baje al camarote que ocupó Jonás de Alaejo, donde le aguardo. A mi criado decidle lo mismo. Soy el conde Divari. Interin vienen, que se me presente Roque Alaejo.

—Está enfermo, señor.

—No importa; obligadle á que vaya.

Y les volvió la espalda, entrando luégo en el mencionado camarote.

Algo más tarde llegó el primo de Jonás, apoyado en los hombros de dos marineros, fingiendo un mal que no tenía.

—Dejadlo solo, cerrad la puerta y retiraos.

Dijo el conde á los marinos, y quedó Roque mirando á Oton con interés y sorpresa.

—Acércate,—exclamó Melenik.—¿No me conoces?

—Esa voz, vuestra figura... Me confundo, señor.

—Basta ya de fingir, torpe; ponte derecho y ve en mí á Manuel.

—¡Manuel! ¿Ahora te has convertido en conde Divari?

—Sí.

—¡Qué turco tan incomprensible! Andando el tiempo te voy á encontrar príncipe ó monarca.

—Podrá ser.

—¡Y qué bien te sienta ese traje de terciopelo negro, la gola de nieve y el birrete con la pluma encarnada! ¿Ya no perteneces á la policía?

—No.

—¿De veras eres conde?

—Oye, Roque: vas á partir en breve, y no volveremos probablemente á vernos, por cuya razon te voy á conceder la última gracia; pero ántes escucha bien: soy turco efectiva-

mento, mas cuando te conocí en la corte de España me llamaba Oton Melenik y era ya conde Divari. Después he sido nombrado noble veneciano y alférez de esta marina. Esa es la verdad. Fingí amores á tu hermana porque necesité de ella para perder á tu primo, segun aconteció anoche. Logrado mi objeto, ceso de disimular, y termino mi obra nombrándote heredero de Jonás y del marqués de Altacima.

—¿Han muerto los dos?

—Para España, sí.

—No os entiendo, señor conde.

—Ni hace falta tampoco. Da por hecho que perecieron ámbos, luégo tomarás posesion de sus equipajes y dinero, regresa á España, parte con tu hermana lo que lleves, vendeis lo que tenía Jonás en la corte, y, ricos ya, estableceos donde os acomode.

—Pero ¿cómo es posible que yo sea heredero de los dos?..

—Nombrándote yo, con lo cual basta y sobra.

—¿Y si algun dia los encuentro?..

—Imposible; sólo me hallarás á mí para enterarme de si has dado ó no la mitad á tu hermana; y en caso que me engañes será todo para ella.

—Cumpliré vuestras órdenes con sumision y respeto. En la Mancha me salvásteis la vida una vez, aquí otra, y es lo cierto que os tengo tanto cariño como miedo.

—Te advierto que en España dispondré del mismo poder que aquí.

—Lo supongo, y en verdad que no os faltaré.

En este instante llegó Battiferra seguido de un marinero, el cual llevaba el equipaje de Altacima.

—Déjalo en el suelo y vete.

Dijo el jefe de la policía al que le acompañaba. El conde preguntó al primero:

—¿Viene todo lo que pertenecia al marqués?

—Sí, señor.

—¿Despachásteis la barca?

—Les pagué, y ántes de poco regresarán al Paduano.

—Muy bien. Haced que unan á ese equipaje todo lo que ha traido Jonás.

—Al momento.

Diez minutos después decia Battiferra:

—Ya está todo aquí.

—Perfectamente: reconoced las maletas y contad el oro, dejándolo sobre esta mesa.

El otro le obedeció, exclamando al poco tiempo:

—Siete mil quinientos diez ducados en oro.

—Bastante es. Roque, guárdatelo todo.

—¡Señor, tanto dinero!..

—O lo coges ó lo reparte Battiferra entre los pobres de Venecia.

—Os obedezco.

—Con eso debes pagar el pasaje de Altacima y el de tu primo; luégo te dirá Battiferra lo que importa. ¿Qué más viene en esas maletas?

—Papeles y ropas.

—Dadme los primeros y arrojad las otras al agua; ponedles peso para que se vayan al fondo. Que abone Roque después los dos pasajes, y que entre Luti en el momento que venga.

Battiferra obedeció, diciéndole al poco tiempo:

—Todo está corriente, señor.

—¿Y mi criado?

—Aquí espera.

—Avanza, Luti. ¿Qué has hecho?

—Tomé pasaje para España en la galera *Numancia.*

—¿Cuándo sale?

—Iban á zarpar ahora mismo.

—¿Pagaste?

—Sí, señor.

—Que te lo abone Roque; llévalo en tu bote, y cuando haya marchado el buque español, regresas al palacio del Dux, donde me hallarás. Id con Dios.

El primo de Jonás se despidió del conde, y, cogiendo su equipaje, siguió á Luti, contento y satisfecho de su porvenir,

pero algo asustado por los acontecimientos y misterios de Oton.

Después que hubieron salido aquellos, exclamó el conde:

—Battiferra, terminó nuestra testamentaría y debemos regresar á Venecia.

—Cuando gusteis, señor.

Ya sobre la cubierta, llamó Melenik al patron, preguntándole:

—¿Os han pagado todo lo que pedísteis?

—Sí, señor.

—¿Os deben algo?

—Nada.

—Pues os voy á regalar un consejo: Procurad que en la noche próxima se halle la *Estrella* todo lo más léjos posible de Venecia.

—¿Hay peligro, señor?

—Tan grave, que si anochece y continuais aquí, pasareis el Puente de los Suspiros.

—No me ocurrirá tal desgracia.

—Mucho ganareis haciéndolo así. Adios, patron.

—El cielo os guarde, señores. Marineros, levad ancla, virar en redondo, y á España, timoneles.

El conde y Battiferra entraron en la caja de su góndola, diciendo el primero al segundo:

—Ahora, amigo mio, me resta encargaros tres cosas, únicas que me faltan someter á perfecta resolucion.

—Hablad, señor, que anhelo complaceros.

—Inmediatamente quitais á Jonás y á Alaejo sus trajes, cambiándolos por los que corresponden á dos sentenciados á galeras. El dinero y alhajas que lleven lo repartis entre los pobres. Luégo, y hasta tanto que sean trasladados al *Dragon*, estableceis una vigilancia que les impida hasta la más leve idea de sustraccion. Rancho, aislamiento y toda la crudeza que merece el hombre alevoso y criminal. Y por último: mandais hoy gente que se encargue de tenerme caballos dispuestos en el puerto más cercano, formais un itinerario corto y seguro,

y procurad que desde el punto de partida hasta París pueda cambiar de potros y hallar cuanto necesite. Quiero andar de diez y seis á veinte horas al dia.

—Eso es volar, señor conde.

—No puedo ménos. Luti os facilitará el oro que le pidais. Cuando esté me dais por escrito y bien detallado el itinerario, y os advierto que marcharé ántes de ocho dias. ¿Comprendeis bien mi pensamiento?

—Perfectamente. ¿Nada más?

—Si os fuera dable, añadid una carta de recomendacion para que el judío, baron de Auch, admita á su servicio, en calidad de escribiente, á un jóven parecido á mí, judío, que se llama Samuel Leví...

—No es difícil. ¿Muchacho de talento, por supuesto?

—Dicen eso. Entiende mucho de cuentas, y el primer año no le exigirá salario alguno.

—Gran aliciente es, y acaso encuentre que un tio suyo, comerciante en Venecia, lo manda allí á instruirse y perfeccionarse.

—Vais adivinando, Battiferra.

—¿Qué horas teneis en vuestro palacio?

—Lo ignoro, pues hasta mi próxima marcha estaré junto á mi hermano, el cual supongo yo que se hallará siempre en su palacio ó en el del Dux.

—Muy bien.

—Llegamos y os dejo. Continuad en mi góndola, mandándomela después. Adios, Battiferra.

—El cielo siga protegiendo esa privilegiada cabeza.

Y el conde saltó en tierra, perdiéndose al poco tiempo en los salones del palacio dogal.

CAPITULO XVI.

Preparativos.—La boda.—Un adios á Venecia.

OTON buscó á Otilia, hallándola efectivamente sentada entre Magno y Mondragon. Al ver los tres á Melenik dejaron de hablar, para fijarse en él con el interés de costumbre.

—¿De dónde vienes?

Le preguntó el general de marina.

—De arreglar todos los asuntos que tenía pendientes. Ya están terminados, y me consagro á ti por completo.

—A la vez que á mí, estuvieron á felicitarte todos los senadores é individuos del *Consejo de los Diez*.

—Mucho les agradezco la atencion, y doy por hecho que tú me habrás representado dignamente.

—De muy mala gana. La visita era en el fondo á ámbos, en la apariencia á ti, y debiste estar á mi lado.

—No pude, y harto lo he sentido.

—Era de mejor educacion ir á visitar á Jonás y á Altacima; á atormentarlos probablemente; á demostrar al mundo por centésima vez la saña que escondes en el pecho.

—¿Quieres oirme lo que ha pasado?

—Sí.

—Siento, bellísima Otilia, que mi presencia corte tu conversacion amorosa; pero mi hermano lo quiere así, y Mondragon se crispa de alegría al oirme...

—Habla, Oton; yo tambien te escucho con gusto, y en verdad que hay tiempo para todo.

—Pues oid.

Y Melenik les refirió la conversacion de Jonás y Altacima, sus disposiciones contra ámbos y la herencia que regaló á Roque, con todo lo demás que verificó en el puerto. Al concluir, exclamó Mondragon:

—¡Bravo, conde amigo; tienes más talento que Salomon! ¡Cómo prevé y acierta! ¿Es verdad, Otilia?

—Sí, señor; admira cuanto hace mi hermano.

—Seguid adulándole,—añadió Magno;—él necesita poco, y con vuestras lisonjas tiene de sobra.

—¿No estás tú satisfecho de mí?

—A medias.

—¿Preferias que Jonás y Altacima se escaparan, concluyendo por atravesar mi corazon, segun decian?

—¿Y no estoy yo en el mundo para pulverizarles?

—Cuando hubieran llevado á cabo su intento, pues doy por hecho que ántes sería imposible dar con ellos.

—No te separes de mi lado, que yo velaré por ti.

—Prefiero defenderme yo; en ese terreno eres muy flojo, Magno.

—¡Qué dices!

—Muy confiado, indolente... ¿Ya olvidaste la calle del Almendro?

En este instante se presentó un ujier, exclamando desde la puerta:

—El alto y poderoso *Consejo de los Diez*, me encarga entregue este pliego al general Juan Magno de Austria.

—Trae. ¿Esperas contestacion?

—No, señor.

—Retírate. Oton, ¿querrás explicarme lo que es esto?

—No sé...

—Pues yo supongo que tu primera visita hoy ha sido á Gradenigo.

—Cierto; fuí á darle las gracias.

—¿Qué más hablásteis?

—Secretos de Estado que no me es dado revelarte.

—¡Tú!

—¿Qué duda tiene? Al entregarle el mando de jefe superior de la policía de Venecia, le dí las últimas noticias.

—Luégo almorzarias con él... Es admirable la manera que has tenido de ganar por completo á mi elevado y aristocrático amigo.

—Suposiciones tuyas.

—Dime la nueva intriga de que voy á ser víctima.

—Ninguna; ya acabó todo.

—¿Pues á qué viene este despacho?

—Será tu nombramiento de general.

—Ya lo he recibido con los dos tuyos.

—Pues abre y sepamos.

—¡Oton! Estás á mis órdenes, y me asalta la idea de mandarte á la bodega del *Dragon*.

—Me hallo á vuestra disposicion, mi general.

—Como venga aquí otro lio, te siento la mano.

—Lo creo, pero están por medio Otilia, tu padre Mondragon, S. A. el Dux, el *Consejo de los Diez* y tu cariño, que te lo impedirán. Abre ese escrito.

Magno leyó fuerte:

«Señor general: El *Consejo de los Diez*, que necesita de »vuestros eminentes servicios en defensa de la patria, os man»da que os unais inmediatamente á vuestra futura Otilia de »Sandoval. Quince dias después partireis á España en el navío »*Venecia*, seguido de una poderosa escuadra; cumpliendo al »llegar lo que ofrecísteis anoche solemnemente al Senado. En »Marsella recibireis á bordo á Zaida Abenamar, vuestra ma»dre, que os entregará el alférez Oton Melenik. Durante vues»tra ausencia quedará Otilia en su palacio, obsequiada y defen-

»dida por la nobleza veneciana. Obedeced sin réplica ni vaci»lacion.=GRADENIGO.»

—¡Magnífico!—exclamó Mondragon.

—Me parece bien,—añadió Otilia.

—Resulta,—dijo Oton,—que el *Consejo de los Diez*, sin dejar de velar por la patria, se ocupa de mi querido hermano como de un hijo predilecto.

—Oton,—replicó Magno,—este oficio lo has redactado tú, y en verdad que, por lo ménos, debiste tomarme parecer.

—Yo no he escrito eso ni hallo en su contenido nada contrario á tu conveniencia, á lo que aconseja la razon.

—Lo que á mí solo me concierne debiera llevar por lo ménos mi aquiescencia.

—Un general en quien la patria funda su esperanza, no puede hacer nada aisladamente.

—Segun tu lógica, el que manda ha de ser esclavo.

—Algunas contras y molestias llevará necesariamente consigo el poder, la jerarquía social. Yo, en tu lugar, agradeceria al *Consejo* el interés que se toma por ti.

—La defensa te condena; si no hubieras redactado ese escrito, claro es que no le defenderias de ese modo.

—Ahora, como siempre, Magno, me he puesto de parte de la justicia y la razon, venga de donde quiera.

—Pues no acepto interventores en mis asuntos domésticos ni en mi vida privada, y así se lo diré al *Consejo*.

—Te lo prohibo.

—¿Qué estás diciendo, niño mal educado?

—Ya lo oiste; repito que no lo harás.

—Otilia, Mondragon, ved la consecuencia de las adulaciones con que habeis engreido á ese chiquillo. Ya pretende hasta mandar en mí.

—No pidas auxilio á quienes no te lo prestarán; no soy yo el que te impide llegar al *Consejo*, es la razon, la conveniencia. Oye el extracto de una pequeña historia: supongamos que yo no te hubiese acompañado á esta ciudad y que el *Consejo de los Diez* no se ocupara de ti. Con tu natural indolencia y tu

generosidad estupenda, ¿que sería de ti y de Otilia, teniendo en cuenta la maldad de Jonás y Altacima, el mucho oro que traian, y que en Venecia, como en todas partes, hay hombres capaces de asesinar y de cometer los mayores excesos? Demos, sin embargo, por hecho que nada os iba á ocurrir con esos malvados, lo cual es imposible: ciego tú por el amor, lanzado al medio de los mares en busca de tú madre, ¿cuándo la hubieras hallado? ¿Qué sería de Otilia durante tan largo período? ¿Olvidas que abandonó á su madre y dejó todas sus afecciones, que dió lugar á que se pusieran en duda su honra, su sublime castidad por ti, por venir á encerrarse en este estrecho gabinete, para aumentar con sus lágrimas el agua que baña los muros de este palacio? Tu generosidad, Magno, tu nobleza de alma son en ocasiones dadas muy dudosas. Bien comprendo que un buen hijo, que un buen amante, puesto en el disparadero que tú, duda, vacila, y arrastrado por dos poderes iguales en fuerza que le tiran en sentido contrario, llega el caso de que ofuscan su razon, por clara que sea, enloquecen su mente y lo aturden hasta el punto de no saber qué hacer. Eso te ha sucedido á ti, y es tu única defensa, con lo que puedes justificar tus actos. Por eso, yo que te amo más que á mí propio, tercié en el asunto, y con la fria razon del que ve claro, muy claro, cuando acababa de salvar tu vida me dediqué con más empeño aún á hacer tu felicidad; que lo primero era poco, el logro de lo segundo ya es algo. Mis afanes, que Dios indudablemente protege, empiezan á surtir sus naturales efectos. Principié librando á la sociedad, y muy particularmente á nosotros, de dos crueles asesinos. Después te uniré á Otilia con toda la brevedad posible, pagando de este modo á la casta vírgen el más pequeño de los sacrificios que ha hecho por ti. Luégo, en un período cortísimo, fabuloso, te entregaré á tu madre. Y separados ámbos, tú satisfarás en Madrid la deuda que el agradecimiento te impone respecto de tus amigos, que la patria te exige respecto de su honor; y yo, en tanto, aplastaré con mi potente planta al que engañó á tu moribundo padre, al que legó á tu madre treinta años de amargura, llanto y

desolacion, á ti te hizo sufrir miseria, trabajos y humillaciones sin cuento, á Mondragon más que el tormento de las cuñas, y á mí la agonía de un despecho que me ahoga!

—¡Bravo, Oton!

Exclamó el anciano general entusiasmado.

—¡Estás admirable, sublime, mi querido hermano!

Añadió Otilia, cogiéndole una mano y estrechándosela.

Magno le miró con interés, y besando luégo su frente, le dijo:

—Sea lo que tú quieras, terrible tutor, con tal que prescindas del judío Nefftalí, y al entregarme á mi madre en Marsella vayamos juntos á España.

—Imposible. Ya que de tan noble blasonas, se al ménos hombre de bien.

—¡Insensato!

—¡Lo dicho! ¡Juraste solemnemente vengar á tu madre, el robo de que eras víctima y la crueldad de ese poderoso de la tierra, y no quiero que seas perjuro! Lo mismo te sucedió con Altacima y Jonás, y de no haber mediado yo, ya estarias sufriendo las consecuencias del perjurio. Mis hechos, Magno, representan la justicia humana; tu generosidad se traduce por los hombres de talento insensatez, torpeza. Quieres ser un cumplido caballero, y tan alto subes que te conviertes en otra cosa.

—Hablemos de mi boda, Oton.

—¿Me estimas como ántes?

—Mas todavía. ¡Oh, yo no he podido enseñarte tanto!

—Soy para ti un instrumento de la Providencia. Al detener tu poderosa diestra el hacha de mi verdugo, la mano del Hacedor me convirtió en un ángel para ti. Tan bueno fuiste conmigo entónces y después, que la justicia del cielo tuvo necesidad de recompensarte convirtiéndome en tu Providencia.

—No hablemos de eso, Oton.

—¿Qué no? ¿Pues olvido yo acaso un instante de mi vida que me hallaste esclavo, marcado todo mi cuerpo por el láti-

go del déspota, pobre, niño de doce años y que me elevaste hasta poseer un condado?

—El recuerdo te honra, pero á mí me ruboriza.

—Supongo que darás las gracias al *Consejo* por las atenciones que acaba de tener contigo.

—Sí.

—Que abreviarás en lo posible tu boda.

—Se hará cuando tú quieras.

—El domingo.

—Faltan cuatro dias.

—Tiempo hay de sobra para los preparativos.

—Bien; díselo al Dux, y puesto que todo lo haces, continúa, que yo pasé la mañana ocupado en recibir á los senadores, y apénas hablé nada con Otilia.

—Muy bien. Te advierto que necesitaré llevarme á Francia ocho ó diez mil ducados.

—Es poco, Melenik; corre, hijo mio, y ofrece á mi madre cuantas grandezas haya en la tierra. Y tú, gasta y goza á lo conde; que soy muy rico y cuanto tengo es tuyo.

—Gracias.

—No economices.

—Al contrario, pienso tirar mucho, puesto que el célebre judío Asam habrá triplicado los millones que te dejó tu padre al morir.

—Desprecia el oro de ese hombre.

—El suyo claro está, pero el nuestro ya es otra cosa; en último caso se hace con él la suerte de infortunados, que el peor de ellos es mejor infinitamente que Asam.

—Sea.

—Adios, hermano.

—¿No me estrechas?

—¡Bendito el cielo que me permite hacerlo!

—¿Lloras, Oton?

—Sí.

—¿Qué causa?

—La dicha de verte feliz; tu aliento que es mi vida, lo

único que me hace amar la existencia. Adios, Otilia; hé aquí mi mano.

—No, tus brazos, que eres mi hermano y te quiero mucho.

—Gracias, ángel adorable. Ya es indispensable que mi viejo protector estreche á su defendido.

—Yo lo creo. Aprieta, hijo, y continúa desenredando esta madeja, que tú, como no eres soldado, jamás deliras ni te ofuscas. ¡Qué talento! Ninguno te conocimos hasta ahora. Adios.

—Melenik,—añadio Magno,—Mondragon y yo comemos con el Dux.

—Yo tambien; sólo me va á ocupar tu boda, y todo el tiempo que aquella me deje libre lo pasaré á vuestro lado.

Y salió de allí, entrando en la sala del *Consejo,* donde halló al Dux y á Gradenigo, con los cuales habló más de una hora.

Serian las ocho de la noche, la familia del dictador conversaba con Magno, Mondragon Otilia y el conde, cuando este último se levantó, diciendo:

—Con vuestro permiso me llevo á Adelina y á Otilia.

—¿Dónde vais?

Preguntaron á la vez el Dux y Magno.

—A mi palacio: á las nueve se llenará el gran canal de nobles venecianos, de marincs, y con los mejores coros y orquestas de la ciudad acuática darán una brillante serenata al noble alférez conde Divari.

—¿Y que has dispuesto, Oton?

—Que se ilumine nuestra casa con profusion y que sirvan á mis compañeros un espléndido refresco.

—¿Y van á hacer los honores Adelina y Otilia?

—No; los haré yo acompañado de dos ángeles. Creo que es la manera más digna de recibirlos.

—Que vaya al ménos Mondragon.

—¿Pues no le ves de pié?

—Nada me has dicho, hombre.

—Tú tuviste la culpa. Te hallé á mi regreso tan agrada-

blemente ocupado al oido de Otilia, que no me atreví á interumpiros.

—Pero ella lo sabía.

—Claro está; ínterin fuistes á dar las gracias al *Consejo* les rogué que me acompañasen, y accedieron.

—Muy afortunado eres, y me alegro, Oton; mi título de noble veneciano se recibió con murmuraciones y el tuyo...

—Consiste, hermano, en que tanto te elevaste luégo, que ahora aplauden todo lo que te pertenece, lo que tiene relacion contigo.

Poco después se trasladaron los cuatro al palacio de Magno.

A las nueve empezó á cubrirse de góndolas iluminadas el gran canal, los edificios se alumbraron tambien, prestando una claridad á la laguna, que intentaba competir con la del sol.

Instantes después cien instrumentos y doscientas voces armonizaban hasta convertir aquel paraje en un delicioso eden. Estas fiestas en la ciudad acuática, en la época que pasa nuestra historia, eran las más brillantes, las más arrobadoras, las primeras del mundo.

Trescientos nobles en góndolas cuya caja era abierta, y multitud de damas, lucian con profusion los brillantes del Brasil, las perlas de Méjico, sedas de Oriente y Alemania y encajes de Flandes.

A poco de empezar la serenata fué interrumpida por un aplauso unánime, con el que la nobleza y la marina saludaron á Melenik, Mondragon, Otilia, y Adelina, los cuales se presentaron en un balcon de la fachada principal.

Siguieron las voces y orquesta, y poco á poco fué llenándose el gran canal, y hasta los más pequeños circunvecinos, con los ciudadanos y pueblo que de todas partes llegaban, reuniéndose en torno del palacio de Melenik tres cuartas partes de los habitantes de Venecia.

Dos horas duró la serenata, permaneciendo Mondragon, el conde, Otilia y la hija del Dux en el balcon oyendo las dulces melodías y recibiendo plácemes de los concurrentes.

Al terminar se abrieron las puertas del palacio, y el conde invitó á los nobles y marinos á que pasasen y honraran su morada. Fué aceptada la proposicion, y pronto se llenaron los salones, comenzando veinte criados á servir el espléndido refresco que mandó disponer Melenik. Los encantos de Otilia y de Adelina merecieron la ovacion consiguiente; Oton estuvo en extremo atento y galante, y á las doce terminó aquel acto, principiando todos á retirarse á sus moradas.

Mondragon y Melenik pidieron la góndola para acompañar á Otilia y Adelina á su palacio, cuando dos ligeros esquifes atravesaron el canal y, deteniéndose al pié de la morada del conde, salieron vários caballeros y damas. Eran el Dux, su esposa, Magno y los restantes individuos de la familia del primero, que iban tambien á felicitar á Oton y á llevarse á su hija y pupila.

Divari los fué estrechando, diciéndoles al concluir:

—Puesto que tambien vosotros me honrais y tanto os estimo, permitid que os sirva yo el refresco.

Y comenzó á verificarlo. Magno preguntó á Mondragon:

—¿Como ha estado Melenik con los nobles y marinos?

—Admirable, hijo; no he visto jamás cortesano más atento y que hiciera mejor los honores de su casa.

—Pues es la primera vez que le ocurre un acto como ese.

—Estoy convencido que el talento adivina.

Al terminar el Dux y su familia, se retiraron, quedando solos los dos generales y el alférez. Magno preguntó á Oton:

—¿Hablaste con el Dux sobre mi boda?

—Sí.

—¿Cuándo se realizará?

—El domingo por la tarde.

—En ese caso mañana nos ocuparemos de algunas reformas que quiero introducir en el palacio, de las galas de Otilia...

—No prosigas, ya están dispuestas las unas y encargadas las otras; cuídate solo de ese ángel que tanto ha sufrido durante tu ausencia.

—¿Tambien tú te mezclas?..

—No me mezclo, lo voy á hacer todo. Dedica los cuatro dias que faltan á Mondragon y Otilia; luégo enciérrate en tu palacio, y junto á tu esposa goza dos semanas de la tranquilidad y placeres que te ofrecerá ella, y á los que eres tan acreedor. Despues te embarcas, sin detenerte hasta Marsella, que nada echareis de ménos.

—Necesito una copia del expediente instruido por el *Consejo*...

—Ya la están sacando, con otra en que probarás ser hijo de Don Juan de Austria. Añadiré á ámbas documentos importantes que te ayudarán poderosamente á confundir á Lerma.

—Bien; si todo me lo das hecho, me concretaré á obedecerte, hermano. Dime, ¿te preguntaron los nobles marinos por mí?

—No; brindaron por tu ascenso, gloriosos hechos y brillante porvenir de la marina.

—¿Quién les dijo que yo vivia?

—Unos conocen todo lo acontecido; otros lo sospechan, y áun cuando hablan poco de ti, sonrien maliciosamente en público y aplauden en secreto.

—Temo que el embajador de España averigüe algo, y Lerma esté prevenido cuando yo llegue.

—No acontecerá, que hay gran reserva y serán además detenidos veinte dias los correos que salgan para tu país.

—Veo que todo lo prevés y conceptúo inútil ocuparme yo de nada. Descansa esta noche y hasta mañana, hermano.

Los tres se despidieron, retirándose Oton á su alcoba, en la que halló á Luti.

—¿Qué haces, *perillan?*

Le preguntó entrando.

—Os aguardaba, señor.

—Desnúdame.

—¿Acabó todo, amo mio?

—En Venecia, sí; pero pronto empezará lo difícil.

—Me alegro.

—Di, ¿montas bien á caballo?

—Era el ejercicio que más me gustaba en mi niñez.

—¿Podrás resistir las fatigas de tierra?..

—Mi naturaleza es de hierro, señor conde.

—Pronto lo veremos. ¿Hablas ya francés?

—Siempre lo comprendí, y voy perfeccionándome cada dia más.

—Al amanecer del lúnes próximo saldremos de Venecia para París; llevaré bota de ante, cota de malla y un tabardo con chambergo; buenas espadas ámbos, y un par de pistolas cada uno. En el cinto cuatro mil ducados en oro tú y otros tantos yo. Ropa blanca en tu maleta y nada más, que vamos á correr mundo y es preciso ir ligeros.

—¿Nádie nos acompaña?

—No.

—¿Qué más deseais?

—Eso sólo.

—¿A qué hora os despierto?

—A las seis.

—Muy temprano es.

—Sobra con cinco horas de sueño.

Desde el dia siguiente se dedicó Melenik con incansable afan á los preparativos de la boda de Magno y á facilitarse los documentos necesarios, entre los cuales figuraban uno en que se le nombraba agregado á la embajada de París y otro idéntico para la de España.

Hacía una visita diaria á Jonás y Alaejo. La postracion, amilanamiento y estado lamentable de los presos no excitaban en él placer ni compasion; se cumplian sus órdenes, y contemplaba en aquello un acontecimiento lógico y natural. Nada les preguntó, ni ellos osaron dirigirle frase alguna. El uno se con trajo á observar si era obedecido, y los otros temblaban ante un hombre que les aventajaba en talento y sagacidad.

Llegó el tan deseado domingo, y la boda de Magno tuvo efecto, siendo padrinos el Dux y su esposa, y testigos Gradeni go y Mondragon.

Por la noche hubo sarao, asistiendo á él cuantos nobles tenían conocimiento de la llegada del nuevo general, é individuos de sus familias.

Otilia se presentó tan bella y seductora que no concurrió veneciana á quien se le ocurriese competir con ella.

Se efectuó el enlace en el palacio del Dux; los unió el patriarca de la reina del Adriático, comieron en el mencionado edificio, y en él tuvo lugar el magnífico baile.

Oton fue el caballero elegido por Adelina, y en verdad que si sus hechos admiraban á los hombres, las mujeres bajaron la vista ante su gentil figura, mirada ardiente é incomparable belleza.

Todo el baile permaneció junto á Adelina, y léjos de ofenderse el Dux, veia con orgullo la acertada eleccion de su hija.

Siempre fué lo mismo; el talento eleva á los hombres, les arranca el barniz de la cuna y de la infancia, y el sér que en un principio se presentaba grosero en el conjunto, llega á ser la admiracion de la sociedad que le conoce y le rodea. Ni la clase más pobre ó abyecta del pueblo logró jamás retener en su seno al afortunado mortal que entró una vez en la senda de la sabiduría impelido por el talento.

Terminó el sarao, habiendo sido los reyes de la fiesta Otilia, Melenik y Magno.

Luégo acompañaron los padrinos á los novios hasta dejarlos en su palacio. En pos iban el conde y Mondragon.

Solos ya los últimos con los desposados, exclamó Melenik:

—Hermanos, entrad en vuestras habitaciones, y que Dios os dé en ellas la dicha y ventura que ámbos mereceis. Estrechadme ántes. Magno, en Marsella nos volveremos á ver. Otilia, en Venecia tornaré á encontrarte.

—¿Cuándo partes, Oton?

—Al amanecer.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—¿Marchas sin despedirte?..

—No prosigas, hermano; durante el baile estreché á mis

amigos y conocidos. Todo está dispuesto y conviene abreviar para que tú no esperes en Marsella.

—¿Ni un par de dias al ménos quieres presenciar mi dicha?

—Debo, Magno, prepararte otra, para que al abandonar á Otilia tengas una madre de que careciste siempre.

—¡Vé, hijo, vuela y que sea ella feliz lo ántes posible!

El conde los estrechó tiernamente, diciendo á Mondragon:

—Ahora vos, señor.

—No, hijo; yo he mandado que lleven mi cama á tu alcoba y te despediré mañana.

—Gracias. Adios, hermanos.

—Adios, Oton.

Magno fué al lecho nupcial con los ojos húmedos, y Oton al suyo en la misma forma, afectados el uno y el otro por la separacion á que los condenaba el destino.

Ya solos Mondragon y Melenik, quiso el primero hablar mucho, pero el segundo pretextó que tenía sueño é hizo todo lo posible por dormir, para mitigar de este modo las molestias del pesar que le abrumaba.

Magno junto á su amada, empezó á ser dichoso y feliz. Otilia, que tenía mucho talento, vió sin sorpresa alguna realizadas sus ilusiones, cumplido el deseo, y, satisfecha y venturosa, entró en su nuevo estado con la tranquilidad y alegría que debieron necesariamente acompañar á la casta vírgen.

La nobleza y Senado aplaudieron aquella boda, aguardando luégo los acontecimientos de Magno, que tenían por objeto vengar las ofensas hechas á Venecia, sobre cuyo buen éxito no les ocurria la menor duda. Conociendo tan de antiguo á Magno, sus conversaciones ahora se contraian á los hechos de Oton y al brillante porvenir que el destino le reservaba.

CAPITULO XVII.

La última despedida.—Desde Venecia a Paris.—Los dos emisarios.

Mondragon y Melenik se acostaron á las dos, no obstante lo cual se presentó á las cinco en la alcoba Luti, exclamando:

—Señor, ya es hora.

—Pues vísteme sin hacer ruido para que no despierte el general.

—Mi criado. ¿Dónde está mi criado?

Dijo Mondragon incorporándose.

—¿Para qué le quereis?

—Para que me dé la ropa, que te voy á acompañar.

—No os molesteis, señor.

—No te abandono hasta que montes á caballo, y ya conoces mi terquedad.

—Sea.

Y ámbos se vistieron, guardando el conde en su escarcela, entre otros documentos importantes, un itinerario que le habia formado Battiferra, que empezaba en la costa y terminaba en París.

Oton se despidió de sus sirvientes, y cinco minutos más tarde entraba en su góndola, en la que halló al jefe superior de la policía, que le aguardaba para despedirlo tambien.

En ella fueron al puerto, trasladándose á un barco que en poco más de una hora los llevó al punto donde esperaban á Melenik dos magníficos caballos sujetos de las bridas por uno de los que obedecian á Battiferra.

En un bote saltaron á tierra los cuatro. Oton estrechó tiernamente al general, y alargando su mano al jefe de la policía, le dijo:

—Adios, amigo mio: en lo sucesivo seré vuestro constante protector, ó un enemigo que atravesará vuestro corazon de una estocada.

—Explicaos, por Dios, señor conde.

—Si encuentro á bordo del *Dragon* á Jonás y Altacima, como os tengo mandado, nada temais; de lo contrario rogad por vuestra alma.

—Leal y agradecido, nada verá en mí el conde Divari que no merezca su agrado y aprobacion.

—Bien. Estrechadme.

—Soy únicamente ciudadano.

—Yo era esclavo no hace mucho.

—Gracias, noble señor.

—A caballo, Luti, Adios, padre mio. El cielo os inspire, Battiferra.

Y picando á su potro, salió en direccion del centro del Veneto como chispa eléctrica.

El general exclamó:

—¡Qué hombre, Battiferra! Me enternece su ausencia.

—Y á mí tambien. ¡Oh, ved cómo se acercan á mis ojos las lágrimas que tan difícilmente brotan en hombres de mi empleo y condicion!

—Partamos, que me aflige demasiado la separacion de ese chiquillo.

Y ámbos regresaron á Venecia.

Sigamos nosotros á Oton.

El valiente jóven, echado adelante y fijas las espuelas en los ijares del caballo, corria como una exhalacion.

A la media hora detuvo á su potro para preguntar al sirviente:

—Luti, ¿puedes seguirme ó no?

—Puedo, señor.

—¿Por qué vas detrás?

—Por respeto.

—Ponte á mi lado.

—¿Vamos á seguir todo el camino á ese paso?

—No; deseaba únicamente perder de vista una playa que atormenta mi alma con el recuerdo de Magno, Otilia, el Dux, Gradenigo, Mondragon y tantas afecciones como dejo en mi patria adoptiva. ¡Oh! Esa laguna que queda atrás parece como que retiene mi corazon y me liga á ella con lazo tan íntimo, que al romperlo destroza mi alma. Ponte á mi lado y corramos, Luti, que me siento mal.

—Señor, yo no conozco este camino.

—Yo sí; por él se va á la gloria si vencemos; al infierno si sucumbimos.

—Este trote que llevan ahora nuestros caballos nos permitirá ir hablando y no sufrirán tanto vuestros pulmones, señor.

—Es preciso volar.

—Temo por vos, amo mio.

—¡Por mí! No me conoces, torpe grumete; yo sigo el escape de los caballos á pié, y áun cuando me cansa la fatiga, jamás me rinde.

—Pues á mí tampoco.

—Veamos si es cierto.

—Os advierto que estamos en el suelo italiano.

—¿Qué quieres decir, Luti?

—Que en cuanto salgamos de los Estados de Venecia es posible que algunos hijos del Tirol, de la Calabria ó del Milanesado pretendan aligerar nuestros bolsillos y quedarse con estos caballos.

—Peor para ellos. ¿Tú sabes lo que se puede hacer con cuatro pistolas, veinte tiros y dos espadas?

—Mucho; que se acerquen y prácticamente lo veremos.

—Segun nos alejamos me voy sintiendo mejor; y pues que ya se el remedio, á escape, Luti.

Y picaron otra vez, sosteniendo la nueva carrera más de una hora.

Habian salido de la parte árida que rodea el Adriático, y ya en el interior del Veneto, se presentaba á sus ojos un panorama delicioso. Rios, árboles, una vegetacion admirable y un cielo claro y despejado. Así es que interrumpió el escape Melenik, diciendo:

—Al trote, Luti; vamos por un paraíso, cuyo aroma embalsama la atmósfera y sus vistas arroban.

—Por fuerza sudais como yo. ¡Vaya un modo de correr!

—Yo no reparo en eso.

—Pues vamos muy abrigados para el trabajo y para la temperatura que reina aquí.

—¿Te vas haciendo melindroso?

—No, señor; pero há mucho tiempo que andaba por el agua, y mi nueva ocupacion me es extraña y fatigosa, más no me rendirá.

—Nuestro viaje será algo molesto por lo precipitado, muy agradable en todo lo demás. Pronto llegaremos á un meson donde cambiarán nuestros caballos, sirviéndonos á la vez espléndido almuerzo. Recuerda, Luti, al encargarlo, que soy conde, rico, y que no gusto de miseria ni economía.

—Bien, señor. ¿Quién nos va á dirigir en travesía tan larga?

—Yo.

—¿Conoceis bien el camino?

—Jamás anduve por él.

—Entónces no lo entiendo.

—Llevo un magnífico itinerario que nos guiará perfectamente.

—¿Qué es eso, señor?

—¿Para qué te lo he de decir si no lo has de comprender? Corramos otra vez.

Y ya no cesaron hasta detenerse á la puerta de un meson. Luti gritó por órden de su amo.

—¡El señor conde Divari!

El dueño del establecimiento salió, y cogiendo las bridas del caballo de Melenik, le dijo:

—No os esperaba tan pronto, excelencia. *Corpo di Bacco!* No me extraña el adelanto; viene este pobre animal cubierto de espuma y tan rendido que en muchos dias no volverá á correr.

—Ya me tendrás preparado otro mejor.

—Esperan dos, fuertes como el mármol de Carrara, ardientes como el Vesubio de Nápoles y ligeros como la golondrina.

—¿Y almuerzo?

—Ese lo tendreis de príncipe.

—Pues abrevia, mesonero.

—¿No descansais un poco, excelencia?

—De este modo.

Y se dirigió hácia una enramada que habia á la derecha, donde el sol no molestaba, la brisa era fresca y grato el trino de las aves. Por aquel ameno paraje comenzó á pasear, sin detenerse hasta que oyó la voz de Luti, que le decia:

—¿Qué haceis, amo mio?

—Ya lo ves.

—Sois de hierro.

—Tú te habrás sentado.

—No, señor; me tumbé sobre una manta.

—Voy á formar contraria opinion de tí.

—Mal hecho; en cuanto me acostumbre á esta fatiga os imitaré, sin que por eso me quede ántes atrás.

—¿Está el almuerzo?

—En este momento empiezan á poner la mesa. Dicen, señor conde, que tenemos para esta tarde seis leguas de camino fatal; le llaman jornada de pájaros.

—Pues lo malo debe pasarse pronto; lo cruzaremos á escape.

—¡Santa Madonna!

—¿Qué dices?

—Nada, señor.

—Abreviemos.

Y se dirigieron al meson, comenzando el conde á trinchar suculentos manjares. Le servía Luti, y al concluir el amo le reemplazó el sirviente, en tanto que aquél paseaba de nuevo fuera del meson.

Concluyó el segundo tambien, pagó, pidiendo los caballos después.

Ambos montaron, se despidió el conde del posadero y, satisfecho de sus segundos cuadrúpedos, corrieron nuevamente. Unas veces al trote y la mayor parte á escape tendido, dejaron atrás en catorce horas veinte leguas.

Eran más de las ocho de la noche cuando llegaron al meson donde debian cambiar de caballos, comer y dormir.

El conde tomó posesion del mejor cuarto, dejándose caer en un sillon de baqueta.

—¡Pardiez!—exclamó.—Si Jonás hubiera corrido como yo, de seguro no halla un Melenik en la tierra capaz de seguirle.

Algo más tarde se le presentó su jóven criado, preguntándole:

—¿Comeis aquí ó abajo?

—En este cuarto; pero quiero ántes descansar.

—Falta nos hace. ¿Sabeis lo que me ha dicho el ventero?

—No.

—Que le entrego en vez de caballos dos cadáveres. Y tiene razon; están casi reventados.

—¿Los tiene él buenos?

—Excelentes; son de la, Saboya y nada dejan que desear.

—Entónces que se mueran los otros cuando quieran.

—Venis lleno de lodo como yo.

—Parte del Veneto es húmedo y pantanoso como no vi jamás.

—¡Qué camino, señor!

—De águila; pero á bien que esta noche tenemos comida

y cama que nos pondrán en disposicion de cruzar mañana otras veinte leguas.

—Dicen que es mejor el terreno, y falta nos hace, porque yo he llegado mal.

—Ya veo que andas encorvado.

—Siento fiebre.

—Mañana te encontrarás bien.

—¡Quiéralo Dios!

—No desmayes, Luti.

—¿Eso me decis? Las últimas leguas las crucé tendido sobre el caballo, sin vista ni oido, y á pesar de eso no me quedé atrás.

—Luti, que me sirva el mesonero la comida; á la vez que te den la tuya, metiéndote en cama lo ántes posible. Para todo viajero que anduvo como nosotros, el primer dia es fatal, no tanto el segundo, hasta que se acostumbra y halla en la fatiga una nueva existencia que soporta bien.

—¡Qué fuerte sois! *Per Dio* que os voy á imitar! ¿A qué hora salimos?

—Si estás bien, á las cinco.

—Pues hasta mañana, señor.

Luti comió poco, bebió mucho, durmiéndose en el acto de quedar acostado. Divari sonrió al perderle de vista, murmurando para sí:

—Léjos de avergonzarme, aplaudo mi esclavitud, los penosos trabajos de mi infancia y lo mucho que he sufrido ántes y después. El látigo de mi tirano y la dura fatiga á que me condenaba, encallecieron mis carnes, y tanto han robustecido mis fuerzas, que los más valientes caen á mi lado rendidos, miéntras yo apénas siento la molestia del cansancio. La indolencia, el mucho cuidado de sí y el no hacer nada, enervan las facultades físicas, adormecen la intelectual, y el hombre, rey de la creacion, se trueca en un ente que para nada sirve, para nada vale. ¡Benditos aquellos latigazos, aquel subir y bajar el Cáucaso, los remos que dia y noche manejé en el Caspio, y todas aquellas desgracias, en fin, que han formado al hom-

bre incontrastable á todo lo que se opone á su voluntad! ¡Con qué gana voy á comer, con qué gusto y tranquilidad he de dormir! Para gozar de estos placeres es preciso haber andado veinte leguas en catorce horas, por camino tan malo, con caballos tan buenos y con voluntad como la mia. ¿Mesonero?

—¿Excelencia?

—La mesa.

—Al momento.

Y poco después comenzó á comer y beber con apetito que justificaban la fatiga del dia.

—¡Buenas viandas!

—Señor, no las hay mejores en la comarca.

—¡Admirablemente condimentadas!

—Regulares, pero vuestro apetito...

—Tienes razon, con hambre como la mia no hay salsa mal hecha. ¿No me traes más?

—¡Se halla la mesa cubierta de platos!

—Acerca los postres.

—¿Vino generoso?

—Sí, llena la copa.

—Bien lo haceis, señor.

—Vé al cuarto de mi criado y entérate del estado en que se halla.

Poco después volvió, contestándole:

—Concluyó de cenar, se echó y en este momento duerme.

—Vacié la copa; repite.

—Es verdadero Siracusa.

—Cierto; pon la tercera.

—Os va á marear.

—Qué entiendes tú de eso.

—Sois tan jóven...

—Te parecerá á tí. Acabaron el apetito y parte de las viandas. Retira la mesa.

—¿Qué más deseais, excelencia?

—Nada; vuelve ántes de diez minutos por la luz, y á las cinco los caballos.

Y se desnudó, metiéndose acto continuo en cama.

—¿Cierro la puerta, señor?

Le preguntó el mesonero.

—No.

Y continuó Oton para sí:

—Eso de encerrarse es para séres como Jonás y Altacima. ¡Qué hombres; qué débiles; qué miserables! Hay un misterio en la aparicion del hombre sobre la tierra imposible de comprender: unos tan fuertes, otros tan flojos; aquellos buenos, estos perversos!.. ¿Pues y la diferencia que media entre el hotentote y el sabio aleman? El primero se parece mucho más al mono que al segundo; y no es la educacion, porque nadie ignora que su ángulo facial no se presta á mucho más de lo que hace en la Hotentaria. Indudablemente que cada uno viene aquí á llenar una mision difícil é importante, pero en diferente escala, con variedad que admira. Es cierto que tenemos libre albedrío, pero nuestra voluntad se mueve en un círculo más ó ménos grande, que empieza en el diminuto de la esclavitud y concluye en el extenso del incontrastable tirano. ¡Vaya una hora y unos momentos á propósito para entregarme á ideas metafísicas! La causa la encuentro en los vapores del vino que subieron al cerebro, pero que alumbraron mi inteligencia, y vi claro el arcano donde se estrella y desaparece el talento de los hombres. No es mala cama; para mi cansancio no hay colchon duro. ¡Cómo va el sueño apoderándose insensiblemente de mi materia! Dios sublime y misericordioso puso enfrente de cada vicio una virtud; en pos del merecimiento la recompensa; en el término del trabajo el principio del placer. ¡Bendito sea Dios!

Y quedó profundamente dormido.

Eran las nueve y media, y continuó en brazos de Morfeo hasta las cinco ménos cuarto que entró Luti, diciéndole:

—Señor, vuestra ropa está limpia y los potros ensillados.

—¿Pagaste?

—Sí.

—¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente.

—Ya te lo dije yo. Dame los calzones de ante. Ahora la cota. Mal estabas anoche.

—Creí que me moria, señor.

—La falta de costumbre.

—Yo admiro vuestra fortaleza, y en verdad que daria la mitad de la vida por poseerla.

—Luti, yo era mas desgraciado que tú lo fuiste jamás; un hijo de la Siria fué el primero que me enteró de la existencia de Dios, pues yo la ignoraba; y me la describió tan admirablemente, que creí, tuve fe y vi en su obra una parte de la suma grandeza que nos enseña. Desde aquel dia pedí y obtuve. Como á mí en vez de padres me dió el destino fieras, solicité del Hacedor que me prohijara, y hallé en Magno su digno representante, en mi voluntad una fuerza potente, en mi cerebro la luz frente á la verdad, y fuí hombre, Luti; un hombre como ves. Dame el chambergo.

—Pediré á Dios, amo mio.

—Sí, llega á esa fuente inagotable de misericordia; ruega y solicita con fe, que tú saldrás harto. A caballo, Luti.

Y montaron luégo, corriendo como dos exhalaciones.

Eran las cinco y no descansaron hasta las once de la mañana, en que tenian andado la mitad del camino próximamente. Almorzaron en otro meson, cambiando de caballos para proseguir sin tregua hasta las ocho de la noche.

De este modo continuaron al siguiente dia, llegando al cuarto á los Alpes, que comenzaron á subir despacio por lo pendiente y sinuosidad del terreno.

Dejaban atrás y á la izquierda la Italia, á la derecha la Suiza, y al concluir las elevadas montañas de aquella extensa cordillera, pisaron el suelo francés sin incidente alguno desagradable.

Acostumbrado Luti ya á las fatigas de tierra, seguia á su amo riendo unas veces y alegre siempre.

Melenik daba en silencio las gracias á Battiferra por la exactitud del itinerario que le formó, por los magníficos caballos que encontraba, los buenos mesones y la ninguna difi-

cultad en seguir adelante como pedia el deseo y cuadraba á la necesidad.

Ya en Francia, entraron en un arrecife recto, igual y tan cómodo, que los cuadrúpedos sostenian horas seguidas el galope á que les obligaban los jinetes.

Tambien eran mejores que en Italia los mesones, hosterías y ventas que hallaban en los caminos y poblaciones, si bien, ménos pródiga la naturaleza, no contemplaban ahora la magnífica vegetacion de una parte del Veneto y de todo el Milanesado.

Al segundo dia de correr por Francia, y como á las tres de la tarde, vieron venir en direccion de ellos á un jinete que al distinguirlos quedó parado en medio del arrecife.

—Alto, si sois el señor conde Divari.

Exclamó el que se habia detenido. Oton se aproximó á él y, después de dirigirle una mirada escudriñadora, le contestó.

—Soy Divari. ¿Qué deseais de mí?

—Preguntaros si estais satisfecho de los caballos y trato en los mesones.

—Sí; pero no comprendo...

—Pertenezco á la primera seccion de las que manda el ciudadano Battiferra, y fuí encargado por él de facilitaros lo que pudiérais necesitar en la larga travesía que haceis.

—Muy bien. ¿Regresais ya?

—Sí, señor.

—¿Podeis decirme algo sobre París?

—Unicamente, que en la *rue* del Norte, *hôtel* de Francia, teneis habitaciones dispuestas, y á poco de llegar vereis á un sujeto que os enterará de cuanto necesiteis.

—Gracias. Decid á Battiferra que voy bueno, satisfecho de la conducta observada por vos, y que pasado mañana entraré en París. Encargadle de mi parte que vea al general Mondragon y le entere de cuanto os acabo de decir.

—¿Nada más teneis que mandarme?

—Sí. Luti, entrega á este ciudadano cien ducados.

—¿Qué hago con ello, señor conde.

—Es una memoria mia, la que mereceis por el gran servicio que me habeis prestado.

—Perdonad...

—No admito réplica. El cielo os guarde. Luti, entrega ese oro, y á escape.

Y picó á su potro. Poco después hizo lo mismo el criado, dejando sorprendido agradablemente al emisario, el cual se guardó el dinero, continuando su regreso á Venecia.

Melenik llegó á París dos dias después, siendo las nueve de la noche cuando se detuvo á la puerta del *hôtel* de Francia. Echó pié á tierra, y dando la brida de su caballo á Luti, le dijo.

—Lleva esos potros á la cuadra, y búscame luégo.

Y entró en el edificio, preguntando al primer camarero que halló:

—¿Tiene habitacion preparada el conde Divari?

—Sí, señor.

—Pues yo soy.

—Seguidme, señor.

Y le acompañó á un salon con alcoba, añadiendo:

—¿Os gustan?

—Sí.

—¿Teneis que mandarme algo?

—Comida para mi criado y para mí.

—Haré que la dispongan inmediatamente; pasando luégo á la embajada de Venecia, en la que debo participar vuestra llegada.

Salió el camarero, en tanto que Melenik se dejó caer en un sillon de caoba y damasco, exclamando:

—Falta me hacia este mullido asiento; pero ya en él, me encuentro satisfecho, aunque bastante cansado.

Poco después apareció Luti, diciéndole:

—Deposité los caballos, y hé aquí todo nuestro equipaje, reducido á lo que contiene esta ruin maleta.

—No importa; traemos dinero demás, y en esta gran poblacion basta con él para el logro de cuanto pida el deseo. Ma-

ñana encargas dos trajes para ti y otro elegante para mí; te advierto que usaré uno de los primeros, y que lo necesito temprano.

—¿Cómo se hace ese milagro, señor?

—En París, Luti, hallarás ropa para todas las clases y estaturas. Te repito que aquí sólo hace falta oro. ¿Estás muy cansado?

—Bastante; pero ya vísteis que os seguí y que sirvo para acompañaros á todas partes.

—Cierto, y en verdad que me encuentro bastante complacido de ti.

—Me alegro. ¡Cuánto polvo hemos tragado, amo mio! Acostumbrado yo á caminar por el agua, no me asustaban ya las tormentas, los huracanes ni las balas enemigas. Aquel dulce columpio, cuando íbamos de bolina; el agitado movimiento cuando el viento soplaba por la popa, en nada se asemejan al molesto trote, al continuado escape, ni la humedad del agua salada se parece á ese endiablado polvo que nos convierte en molineros.

—Vuélvete al *Dragon* y espérame allí.

—Gracias; me complace seguiros sobre este piso, más sólido que el de los buques.

—Entónces, ¿por qué te quejas?

—No hago eso, señor; comparo; mas á pesar de las contras, prefiero esta vida. ¡Qué de pueblos y ciudades hemos atravesado!

—¡Qué panoramas!

—¡Qué bosques tan dilatados!

—¡Qué campiñas tan extensas!

—¡Y qué águilas, señor, qué águilas! Yo llegué á creer que mis pulmones estaballan.

—¡Qué locura! En un buen caballo se recorre el mundo cómodamente.

—Ya lo veo.

—Viaje malo, el que hice yo desde Madrid á la torre de Altacima.

—Ya; ¿cuando seguiais á Alaejo? Aquello era convertirse en héroe.

—Veremos en París qué suerte me reserva el destino.

—¿Teneis plan formado?

—Sí.

—¿Es bueno?

—Excelente.

—Entónces nada hay que temer; escalaremos las estrellas ó profundizaremos la tierra.

—Guarda la maleta en ese armario, y si está la comida, sírvemela tú.

—Al momento.

—Espera. ¿Qué tal hablas el francés?

—Señor, los malteses tenemos el don de lenguas.

—¿Te haces comprender?

—Muy bien.

—Pues abrevia.

No tardó en sentarse á la mesa Melenik.

Estaba concluyendo de comer cuando se le presentó un embozado, preguntándole:

—¿Sois el señor conde Divari?

—Sí. ¿Qué deseais?

El recien venido se descubrió, añadiendo:

—Me llamo Ponti, y estoy agregado á la embajada de Venecia.

—Luti,—exclamó Oton,—un sillon para este caballero. Ponti, sentaos junto á mí y decidme lo que gusteis.

—Gracias. Por órden del jefe de la policía de Venecia os busqué esta habitacion, y ahora vengo por mandato de mi jefe á ponerme á vuestras órdenes.

—Luti, fuera esta mesa, comes y te retiras á descansar, que por esta noche prescindo de ti. En cuanto á vos, señor de Ponti, tened la bondad de contestar á unas cuantas preguntas que voy á haceros.

—Me hallo á vuestra disposicion.

—¿Vive en esta calle Zaida Abenamar?

—Sí, señor; dividen este edificio del suyo tres casas nádа más.

—¿Y el baron de Auch?

—Enfrente.

—¿Se halla bien Zaida?

—Desde que le anuncié vuestra venida y le di una esperanza sobre el descubrimiento de no sé qué secreto, la infeliz sufre las consecuencias de mortal impaciencia, de cruel desasosiego.

—¡Ah! ¿Con que fuisteis vos el encargado?..

—De todo lo que se ha hecho en París, en lo relativo á vos y á la mora.

—¿Continúa ella persiguiendo al baron?

—No, señor. Hace tres dias que le hablé de vuestra próxima llegada, y durante ese período no ha salido de su casa.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Le mandé recado y creo que os aguarda.

—Entónces, Ponti, no la hagamos esperar por más tiempo. Partamos.

—Un momento, señor conde. El cerebro de esa extraordinaria mujer se halla, en mi concepto, en un principio de descomposicion: llora con frecuencia, maldice su suerte y asegura que lleva treinta años corriendo el mundo, sin dejar de sufrir un sólo dia. Creo, en consecuencia, que debeis prepararla, en el caso que deseeis darle alguna noticia importante.

—Teneis razon, y os agradezco la advertencia. ¿Quiénes la acompañan?

—Dos doncellas y un negro ó africano.

—Muy bien; dejadme á la puerta de su casa, y retiraos.

—Me encargó el señor embajador os preguntase á qué hora podria visitaros mañana.

—A ninguna. Ambos debeis esperar que yo vaya á veros. Me traen á París asuntos de una índole que no me permiten recibir á nádie. ¿Dónde teneis la embajada?

—Normandía, 27.

—Con eso me basta.

—¿Nada más quereis?

—No. Cuando yo tenga necesidad de alguno de vosotros, ya os buscaré.

Y ámbos salieron, despidiéndose Ponti de Oton en el zaguan de la casa donde vivia la madre de Magno.

—¡Ay!—exclamó Melenik quedando parado.—Lo más difícil de cuanto me trae á París, es la última idea que intento realizar con Zaida. ¡Estas musulmanas son tan tercas, tan fanáticas, tan firmes en sus resoluciones! ¿Podré convencerla? Lo dudo, pero ello dirá. Ante todo ganaré su corazon; después lo demás.

Y llamó, saliendo á su encuentro el africano de que le habló Ponti.

CAPITULO XVIII.

Zaida Abenamar.—Diálogo importante.—El judío Nefftalí Asam.

Eran más de las diez de la noche. Melenik preguntó al africano por su ama, y sabiendo que estaba en pié, se hizo anunciar.

Poco después lo entraron en un saloncito cuadrilátero, decentemente amueblado. En medio de él estaba Zaida, vestida á la europea, y detrás las dos doncellas con traje africano.

Tenía la madre de Magno estatura algo más que regular; los ojos negros y rasgados; el cútis fino, suave y brillante como el raso, si bien moreno como todos los de su raza. Era la cintura delgada y movible, pequeños los piés y manos, y el conjunto, á pesar de los cuarenta y ocho años, aún se presentaba agradable. Cuando la conoció D. Juan de Austria era la musulmana más bella de cuantas habian encerrado los muros de la ciudad de Boabdil.

Zaida habia sufrido mucho, pero su naturaleza era fuerte como el diamante y su cerebro tenía un organismo tan admirable, que sólo se notaban sus padecimientos en lo sombrío y vago de la mirada, en las lágrimas que vertia con frecuencia y en su carácter tétrico y violento.

Miró á Oton con recelo y desconfianza, preguntándole en mal francés.

—¿Sois el conde Divari?

Melenik la contempló un momento con alegría febril, contestándole luégo:

—Sí, señora. Hablo el italiano, el turco, el árabe, el español...

—Basta; prefiero el último á todos. ¿Cuándo habeis llegado?

—Hace poco más de una hora.

—Os he aguardado tres dias.

—No pude venir ántes; distaba de París más de trescientas leguas.

—¿Quién os manda?

—El conde Divari no obedece á nádie.

—¡Ah, tan jóven! ¿Qué quereis de mí?

—Hablaros de un asunto que os importa mucho conocer.

—¿A quién se refiere?

—A várias personas.

—Decid.

—No estamos solos.

—Esas mujeres no os entienden.

—Pudiera suceder lo contrario, y me estorban; pero dejo á que en el curso de nuestra conversacion os encargueis de despedirlas, si lo juzgais conveniente.

—Está bien. Continuad.

—Vengo de Venecia, como acaso os hayan dicho, y dejo en mi palacio á un antiguo amigo vuestro, que tambien lo es mio.

—¿Cómo se llama?

—Mondragon.

La mora se echó atrás dos pasos, frotándose la frente con las manos, como intentando arrancarse una idea.

—¡Mondragon!—dijo.—¿Un general español, muy valiente, anciano?..

—No os molesteis; es el mismo.

—¡Mondragon!.. ¿Qué os ha dicho? ¿Averiguó algo? Hablad, por Mahoma.

—Me estorban esas sirvientas.

—Salid,—gritó en árabe Zaida;—cerrad las puertas. Y, vos conde, contestad á mi pregunta.

—Algo descubrió, aunque poco; pero os advierto que el asunto que me trae aquí no es para tratarlo con precipitacion. Yo os rogaria que os sentáseis y con calma...

—Teneis razon; acabais de llegar y vendreis cansado. Ocupad ese sillon.

—Si deseais que yo os entere de la difícil mision que me trae á vuestro lado, es de todo punto indispensable que abrigueis total confianza en mí y nos entendamos sin precipitacion, sobresaltos ni nada, en fin, que pueda violentaros. Anduve por vos más de trescientas leguas y, á pesar de mi elevada posicion, de que nada os debo y de que á nada me he comprometido con vos, entro aquí cubierto por el polvo del camino, molestado por el insomnio y la fatiga, y en verdad que esto merece de vuestra parte, por lo ménos, toda la atencion, calma y sosiego que yo deseo, que os impongo, si he de continuar dirigiéndoos la palabra.

—No obstante vuestra corta edad, os expresais como un hombre experimentado, señor conde. Mi confianza es ya absoluta en vos; no pueden mentir esos ojos ni vuestro rostro perfecto, en el cual rebosa en este instante la bondad. Estoy tranquila, ya lo veis. Hablad de Mondragon.

—No admito exigencia alguna de vuestra parte, Zaida; temo á vuestra ardiente y poderosa imaginacion meridional, y para evitar que se exalte y nos impida entendernos, presentaré las cuestiones á medida de mi deseo, no al vuestro.

—Me resigno.

—Tenemos toda la noche por nuestra, y si no basta, hallaremos á continuacion el dia de mañana.

—¿Consultásteis el estado en que venis y el descanso indispensable?..

—Corrí hoy veinte leguas, como los dias anteriores, y

para el fin de una jornada á que tan acostumbrado estoy, basta y sobra con este mullido sillon.

—¡Por Alá que admiro vuestro valor y fortaleza, cristiano!

—No me extraña esa exclamacion; la oigo continuamente en boca de tantos débiles como hallo á mi paso.

—¡Débil yo!.. Os equivocais; pero esto no hace al caso. Proseguid.

—Debo dar principio haciéndoos unas cuantas preguntas.

—Las aguardo.

—Dicen que há muchos años perdeis el tiempo buscando á un hijo del príncipe Don Juan de Austria. ¿Es cierto?

Zaida exhaló un suspiro y, después que se hubo limpiado dos lágrimas que aparecieron en sus ojos, contestó:

—¡Le busqué, efectivamente, treinta años; corrí la Europa, el Africa, me interné en América, y más tarde estuve en el Asia! ¡Todo fué inútil; el hijo de mis entrañas murió sin duda cuando no lo hallé en mi constante peregrinacion! Al amor de madre reemplazó la venganza de la mujer, y hace tiempo que dejé de buscar para tener en martirio perpétuo al miserable autor de mis desgracias. Os he contestado, señor conde, con la franqueza y lealtad que merece el interés que demostrais por mí.

—Cierto; pero se os han humedecido los ojos, vuestra mano está agitada, trémula la voz, y eso no es lo convenido.

—Ya ha vuelto la calma á dominar mi espíritu. Vedlo.

—Es que no quiero que os volvais á alterar, áun cuando os hable de vuestro hijo ó del malvado Nefftalí Asam.

—Cristiano, ¿teneis derecho á mandarme, á imponerme?

—Sí.

—¿Quién os lo ha dado?

—La causa que me trae ante vos; las trescientas leguas que anduve en busca vuestra, y la razon que no tardaré en daros, ante la cual os postrareis de hinojos.

—¡Yo!..

—Sí, suponiendo que seais agradecida, que esteis bien educada...

—Enseñadme, valiente mancebo, á contener los impulsos del corazon, sus latidos; decidme cómo se rechazan las ideas, cómo evade la mujer su poderoso influjo; y por último, la manera de dominarse una madre al hablar de su hijo, al recordar que se lo robaron...

—Todo eso se logra queriendo.

—Estoy segura que no sois padre.

—¿Qué importa eso? Con la luz de la inteligencia todo se ve, todo se comprende. Por cierto que me hablaron de vuestra fortaleza de espíritu, de una voluntad firme y segura, y en verdad que no las hallo.

—¡Ay, no nací débil, pero al fin soy mujer, conde!

—En ese caso me retiro.

—¿Sin decirme el objeto de vuestra venida á París?

—Claro está.

—¡Teneis el corazon de bronce, cristiano!

—Ciertamente; convertid el vuestro en un pedazo de pedernal, y entónces nos entenderemos.

—¿Pero cómo puedo yo hacer ese milagro?

—Ya os lo he dicho, queriendo.

—¡Pues quiero! Que á fuerza de voluntad no me ganais.

—Eso es. Ahora os diré sin rodeos que no supísteis buscar á vuestro hijo.

—No debo alterarme, y me concreto á preguntaros: ¿en qué os fundais?

—En que no le encontrásteis.

—¿Vive mi hijo?

—No lo sé, y me marcho si vuelve á parecer el carmin en vuestras mejillas, si esa mirada corre vaga y sombría. En una palabra, si dejais de dominaros y os mostrais débil y como una infeliz mujer que sólo logra inspirar compasion.

—¿Vive mi hijo, conde?

—Sí, señora.

—¿Dónde está? ¡Quiero verle!

—¡Otra vez! No se halla en ninguna parte; no existe para vos. Con vuestro permiso, me retiro.

—Porque vos no teneis alma pretendeis que yo suspenda la vitalidad de la mia. Hablad, hombre descorazonado y cruel, que no volvereis á tener queja de mí. Lo juro por Alá, por Mahoma y por todos los preceptos del Korán.

—Decia que vuestro hijo vive, y por cierto que os ha buscado con el mismo acierto que vos á él.

—¿Le conoceis?

—Mucho. Mas de una vez he admirado su calma, sangre fria y aplomo. En eso el hijo no se parece á la madre.

—Si me decis la verdad, conde, vais á ser el hombre á quien yo más estime en el mundo; pero si me estais engañando, ¡ay de vos!

—¿Qué me sucederá?

—Ya lo vereis. Continuad.

—Pues dejé efectivamente mi palacio, comodidades y bienestar para andar trescientas leguas á escape tendido, por sólo tener el gusto de divertirme con vos, de engañar á una pobre madre que lleva más de treinta años entregada al llanto, al dolor y á la amargura. La idea, Zaida, se me figura harto ridícula.

—Será lo que gusteis, señor conde; pero abreviad, por lo que más ameis en la tierra. No tendreis queja de mí. Notad cuán tranquila me hallo, á pesar de la importancia de vuestras noticias.

—Consiste en que estais fingiendo.

—Eso no es cuenta vuestra.

—Me importa bastante; pero con tal que os domineis, no veo inconveniente en relataros en extracto la historia de mi amigo íntimo Juan Magno de Austria.

—¡Vuestro amigo!

—Lo decis de un modo...

—Sea de otro. ¿Es amigo vuéstro el que acabais de citar?

—Tanto, que nuestro cariño es fraternal, vivimos en un mismo palacio y siempre vamos juntos.

—¿Hace mucho que le conoceis?

—Bastante.

—¿Con que es amigo de un conde, habita palacios?

—Los reyes le estiman y consideran, y los grandes son chicos á su lado.

—Todo eso porque saben que es hijo de un príncipe; ¿es verdad?

—Antes de averiguar su orígen ocurria lo que os acabo de decir; ahora está en actitud de hablar con los monarcas de igual á igual.

—Muy bien, señor conde.

—Se vuelve á colorear vuestra epidermis.

—No lo creais.

—Lo estoy viendo.

—Puede que la alegría... Decidme; y ántes de saber quién era su padre, ¿cómo logró elevarse tanto?

—Demostrando al mundo que era más valiente y que tenía más talento que la generalidad de los hombres.

—¡Ah! ¿Con que tanto sabe?

—Mucho; su admirable cabeza no tiene parecido.

—¿Es muy alto?

—Bastante.

—¿Bien formado? ¿Qué tiene en el brazo izquierdo?

—Su gentil figura encanta á las mujeres y humilla á los hombres. En el brazo presenta un lunar de pelo.

—¿Buen rostro?

—Es moreno como vos; ojos negros y rasgados como los vuestros; facciones perfectas, así, como esas; pero tan varoniles, tan altivas, que imponen y dominan.

—¿Soltero?

—Hace muy pocos dias que casó.

—Habladme, si teneis á bien, de su esposa.

—Es hija de un gobernador que fué de Nápoles, primo hermano del duque de Lerma, favorito de Felipe III.

—¡El que desterró á la raza musulmana del suelo español, el que nos arrojó de Granada!.. ¡Maldito parentesco!

—La esposa de mi amigo ama á su elevado tio cási tanto como vos. Por Juan Magno huyó de su lado, y en este momen-

to se ocupa su esposo en preparar los medios de hacer rodar por el suelo al duque de Lerma.

—No me extraña, tiene mi sangre, y Alá es justo. ¿Es hermosa su mujer?

—¡Oh; como un ángel!

—¿Dulce?

—Si habla, enajena; cuando mira, enloquece...

—¡Con qué entusiasmo lo decis.

—Nos queremos como hermanos.

—¡Ah! ¿Ama á su esposo?

—Con delirio; y no es extraño, porque él vale más que ella.

—Lo creo.

—Y ella no tiene rival.

—No importa.

—La pareja es admirable.

—Decidme, conde, cómo no vino en vuestro lugar.

—Eso queria él; pero no le dejamos.

—¿Quiénes?

—Un gobierno poderoso, sus amigos y yo.

—¿Qué causa?

—Os ama tanto, que fué preciso contenerle...

—¡Hijo mio!

Exclamó Zaida, cayendo al suelo sin sentido.

Oton la miró con sentimiento, murmurando:

—¡Cuánto ha fingido! ¡Cuánto se violentó al disimular! Pero era indispensable que así sucediera para evitar una descomposicion en su organismo intelectual. La materia no es nada; el todo es el espíritu, la inteligencia.

Y la cogió en brazos, sentándola en un divan que tenía á la espalda. Después la abrazó, dejando que la cabeza descansara sobre su pecho. Besó su frente y la estrechó tiernamente diciéndole:

—¡Madre mia! ¡Yo te daré á Magno, vengando luégo la iniquidad que hizo contigo ese maldito hebreo!

Sacó un frasquito de su escarcela, y quitándole el tapon con la boca, lo aplicó á la nariz de Zaida, continuando:

—¡Cómo late su corazon; qué ternura demuestra su alma, y qué fuego sus ojos abrasadores! ¡Se mueve! Bien. Esta esencia es eficaz. ¡Qué lánguida quedó, qué descolorida! Si de pronto hubiera visto á Magno, muere de alegría. ¡Madre, madre mia, volved en sí!

—¿Por qué me dais ese nombre? ¿Por qué me abrazais?

—Soy hermano adoptivo de Juan Magno de Austria.

—¡Que Dios te bendiga, hijo mio! Tú no eres embustero ni malvado.

—¿Estais bien así?

—Tu cariño y cuidados me devuelven la vida, y con ella la razon.

—No os separeis, madre.

—¡Besas mi frente!

—Sí.

—El calor de tus labios no me molesta. ¡Ay! ¿Dónde está mi hijo?

—Pronto os llevaré á sus brazos.

—¿Quién le descubrió su orígen.

—Mondragon.

—¿Y mi existencia?

—Yo, valiéndome al efecto de la policía de Venecia, y ésta de vuestros parientes.

—¿Qué hizo con él el judío Asam?

—Es una historia muy larga que quiero contárosla, pero más adelante.

—¿Por qué ahora no?

—Basta por esta noche, que estais débil y harto conmovida.

—Me siento bien.

—No finjais ya, madre mia; llorad ó reid; haced lo que querais.

—¿No te ofenderán mis lágrimas?

—No.

—¿Juras que es cierto cuanto me has dicho?

—¡Por el Dios Santo que nos oye!

—¡No mientes, no! A una madre no se la puede engañar

al hablarle de su hijo; lo hubiera yo conocido al momento. ¡Leo en tu corazon, sí, en tu corazon! ¡Hijo! ¡Magno mio! ¡Me ahoga la dicha, me mata el placer!

Y Zaida prorumpió en un llanto que, léjos de contener, estimulaba Oton con las siguientes frases:

—Llorad cuanto querais; esas fuentes desahogan vuestra alma del enorme peso que la abrumaba. Pero no os separeis; dejadme que os estreche, que os llame madre, que yo tambien suspiré por vos. ¡Tambien yo he vertido lágrimas cuando no os hallábamos, cuando recorrimos el mundo en busca vuestra!

—¿Tú tambien? ¡Hijo, hijos! ¡Ay, cuánto he sufrido; cuánto gozo en estos instantes! ¡Juan Magno, amor mio! ¿Cuándo le veré?

—Al despedirme os dejaré su retrato.

—¡Eso no me basta; lo quiero á él!

—Más tarde.

—¡No seas cruel!

—¡Quince dias se pasan pronto!

—Quince dias es la eternidad para una madre.

—Pues hay que esperar, Zaida.

—¡No quiero, no puedo!

—Yo os lo mando.

—¿Por qué angustiarme más? ¿Tan poco he padecido?

—Os separan más de trescientas leguas.

—¡Pues corramos!

—Imposible; ántes de llevaros á sus brazos tengo que cumplir una mision sagrada.

—¡Qué me importa á mí eso!

—Tanto, por lo ménos, como á mí. ¿Ya olvidásteis quién es y lo que hizo el judío que vive ahí enfrente?

—¿Lo vas á matar?

—¡Qué locura! La muerte sólo proporciona un instante de agonía; le voy á proporcionar un tormento que dure sólo lo que su existencia; si bien procuraré alargar en lo posible la última.

—Bien dicho; yo te ayudaré.

—¿Pensábais dejarle que concluyese disfrutando de los millones que robó á vuestro hijo?..

—¡No insisto; mi tranquilidad, mi dicha, por el martirio de ese perro, de ese judío!

—Estaba seguro que pensaríais como yo; vuestra sangre árabe es tan buena y ardiente como la mia.

—¿De dónde eres?

—De la Georgia.

—Yo creí que aquellos rudos montañeses eran incapaces de presentar al mundo un tipo como tú.

—¿Tambien conóceis mi patria?

—¡Que si la conozco! ¿Pues hay algun pedazo de tierra en el globo que yo no haya regado con mis lágrimas, que no escuchara la voz de la madre llamando á su hijo?

—Nosotros tambien recorrimos el mundo preguntando por Zaida, y nádie nos daba razon.

—¿Tienes plan sobre el hebreo?

—Sí.

—¿Bueno?

—Os ha de admirar.

—Refiéremelo.

—Basta por esta noche, madre mia. No debo proporcionaros más emociones, ni mi materia se aviene á continuar en este estado después de tanta fatiga.

—¿Te vas á marchar?

—Mañana os contaré la historia de Magno, luégo la mia y después la suerte que deparo á Asam.

—Te espero al amanecer.

—No; mi primera visita será al judío; luégo vendré á veros, pasando el resto del dia y de la noche á vuestro lado.

—¡Me va á matar la impaciencia!

—Calma y sosiego, Zaida; yo os las impongo en nombre de vuestro hijo.

—Háblame como yo á tí. ¡Si ya te amo!

—¡Madre mia!

Y los dos se abrazaron, permaneciendo un minuto estre-

chándose. Por fin se separó Oton, y abriendo su escarcela, dijo á Zaida.

—Antes de buscar el reposo, echa el contenido de este frasco en un vaso de agua y bébela toda. Es tarde; toma este retrato, y hasta mañana, madre mia.

—¡Mi hijo! ¡Sí, es mi hijo! La altiva mirada de su padre, sus facciones!.. Me parece más bello aún. ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo!

Y besó varias veces la exacta y preciosa miniatura.

—¿Me lo manda él?

—Te lo traigo yo.

—Vete, cristiano, que estarás rendido y no debo abusar por más tiempo de tu bondad. No tardes mañana, que harto he sufrido y esperado.

—Duerme tranquila.

—Eso no puede ser.

—Yo lo quiero, te lo mando.

—No sé lo que tiene tu voz, tu mirada, que imponen tanto como seducen. Haré lo posible por obedecerte.

—¿Te sientes bien?

—¡Oh, muy dichosa!

—Pues entónces, Zaida, sosiega, aliméntate bien y rie, para que la satisfaccion y el cuidado arranquen de tu mirada lo tétrico y sombrío, de tu rostro lo demacrado, y al presentarte á tu hijo estés bella, más bella aún, y tan contenta que la ventura de él pretenda sobreponerse á la tuya.

—¡Qué bien discurres, qué admirablemente te expresas, ¡Oh, tienes rostro de niño y hechos de un hombre grande! entendido, elevado!

—Madre mia, el último abrazo y hasta mañana.

—¡Sí, hijo mio!

Los dos se estrecharon por tercera vez, continuando cogidos de las manos hasta el zaguan, donde se dieron el postrer adios.

El conde llegó á su *hôtel* y buscó el lecho, siendo la una y media de la noche. Su criado estaba dormido, por cuya razon dijo al camarero que le servía:

—Encarga á Luti que me despierte mañana en cuanto haya hecho las compras que le mandó.

—¿Quereis algo más, señor conde?

—No; retírate.

Diez minutos después murmuraba metido en cama.

—Zaida encontrará dos hijos en vez de uno que buscaba; y yo, por fin, hallaré una madre que no tuve jamás, porque aquella que me echó al mundo no era mujer. ¡Ay, me rinde la fatiga! ¡Hasta la roca se deshace ante los rudos golpes de mano vigorosa!

Y se quedó profundamente dormido.

Así continuó sin interrupcion alguna hasta las siete de la mañana, que le despertó Luti, diciendo:

—Señor, ya es hora.

—Bien he dormido.

—Ya lo creo; nuestros cuerpos lo necesitaban.

—Les dimos lo que pedian, y yo me encuentro ya como al salir de Venecia.

—Digo lo propio.

—¿Comprastes los trajes?

—Sí, señor; á mí me probaron los dos mios, y el vuestro lo tomé por el que os quitásteis anoche. Vedlo, amo mio, qué elegante. Ferreruelo, ropilla y gregüescos de rico terciopelo de Lion; botones de oro y encajes de Holanda; calzas de Milan, bota bordada, escarcela preciosa, birrete con pluma... ¿Os gusta?

—Sí. ¿A ver los tuyos?

—Estos son de lana finísima; uno oscuro para diario, y otro más claro para cuando repiquen gordo.

—Pues dame ese último, el cual usaré esta mañana hasta sabe Dios cuándo, con ligeros intervalos.

—¿Con que os disfrazais? Muy bien; nos portaremos como en Venecia.

—Allá veremos, Luti; el negocio se presenta dificilillo, pero Dios mediante saldremos con él.

—¿Tambien mis zapatos?

—Claro es.

—¿Espada?

—No.

—¿Pistolas?

—¡Qué locura!

—¿Daga?

—Sí, pero escondida aquí, entre la ropilla. Ahora dame la escarcela que traje de Venecia.

—Tomad.

—Guarda esos papeles donde nádie pueda leerlos; tengo bastante por ahora con esta carta de recomendacion. ¿Qué tal estoy?

—Bien. Pareceis un intermedio entre el pueblo y la nobleza; un poco os descubre el cútis tan blanco y las facciones tan perfectas...

—Mejor, que la raza hebrea, con la que voy á confundirme, presenta tipos admirables.

—¿Ya os vais?

—Sí.

—¿A qué hora el almuerzo?

—No lo sé; espera hasta que vuelva.

Y salió del *hôtel*, entrando seguidamente en la extensa pero destartalada casa del judío Nefftalí Asam.

Un portero viejo, mal vestido y con aspecto nada agradable le detuvo, preguntándole:

—¿A quién buscais?

—Al señor baron de Auch.

—¿Qué quereis?

—Verle.

—¿Quién sois?

—Un veneciano á quien espera.

—Ignoro si tendrá á bien recibiros.

—Que le entreguen esa carta que me ha dado para él mi tio.

—En eso no hay inconveniente. Esperadme.

Adelantémonos nosotros.

Eran las siete y media de la mañana y el judío Asam se hallaba en su despacho, pobremente decorado, y en estos instantes repasaba por segunda vez el dinero de un pago que acababan de hacerle.

Tenía Nefftalí sesenta y cinco años, y era alto, delgado; presentaba una enorme calva, con barba y bigotes entrecanos. Vestía en el interior de su casa una túnica, abierta por delante, de paño gris con solapa y capucha de felpa negra; calzas de estambre y unas pantuflas orientales.

Se encontraba en estos momentos sentado en un sillon de roble y baqueta, junto á su mesa de despacho ; y en torno de él se veian talegas, letras y papeles.

Terminado su recuento, leyó un estado y se puso á discurrir sobre él, para concluir diciendo:

—Primero el oro, luégo el oro y siempre el oro.

Al acabar de expresar sus últimas frases, oyó dos golpecitos en la puerta de su despacho, y la voz del portero que decia:

—Señor, señor, una carta; el que la trae espera.

—Aguarda.

Le contestó el baron, y comenzó á esconder en un armario de hierro el dinero y letras que tenía esparcidos en torno. Luégo abrió la puerta, diciendo al sirviente:

—Dame.

Y cogió la esquela, leyéndola dos veces. Al terminar la última, preguntó:

—¿Qué trazas tiene el portador?

—Es un jóven barbilampiño, muy guapo.

—¿Decente en el traje?

—Mucho.

—¿Algo altanero?

—Sí, señor.

—Entónces no cabe duda que es el mismo. Los individuos de esa tribu se distinguieron siempre por lo vanidosos, erguidos y tenaces. Dile que entre.

—Salió el portero, y el judío tornó á reconocer la firma.

Lám.ª 9.



C. MUGICA dib.º y lit.º   Lit. de J. DONON Madrid

– Primero el oro, luego el oro y siempre el oro.

Un minuto después se hallaba frente á frente de Oton. Ambos se miraron, exclamando el conde para sí:

—Están retratados en él el egoismo y la avaricia.

Asam se decia á la vez:

—Es hermoso como todos los de su raza.

Y añadió fuerte:

—Seas bien venido, Leví. ¿Cómo está tu tio?

—Muy bien.

—Ya sabía que era más feliz que yo. En Venecia corre el oro á torrentes, y el hombre de negocios se hace pronto rico. Aquí somos tantos, y con las guerras pasadas quedó el país tan aniquilado, que apénas se gana un maravedí.

—Yo sé que el señor baron de Auch no es pobre.

—Suposiciones ridículas, cuentos de tu tio. Si lo decis porque soy baron, habeis de saber que acepté ese título por la fuerza; presté al Gobierno, y en vez de devolverme mi oro contante y sonante, como yo se lo dí, me mandó unos pergaminos, que valen mucho para el que guste de ellos. Yo estoy por el dinero.

—Mi tio pone á vuestra disposicion cuanto tiene, cuanto tenemos.

—Gracias, Leví, muchas gracias. No soy rico, pero tampoco tan pobre que necesite por ahora de los amigos.

—Señor baron, yo vengo por un período no muy largo á París, y os serviré de balde, pues mi objeto es aprender é instruirme.

—Bien pensado. ¿Y qué sabes tú, á qué puedo aplicarte?

—Sé leer y escribir en francés, español, italiano, árabe y turco; conozco toda clase de cuentas, tengo aficion á la pluma, y dicen que mi ingenio vale mucho.

—Bien, hombre, bien; siéntate en ese sitial. Lo malo es que no habrá cama para ti...

—Tengo ya habitacion para dormir y hasta ajustada la comida para miéntras esté en París.

—Hombre, comida sí tengo, y un Leví puede sentarse á mi lado en la mesa.

—Hice el ajuste, y ninguna economía encontraré comiendo con vos.

—Pues si nada ahorras, tienes razon; en ese caso te admito á mi servicio, dejándote libre la noche y las horas de comer.

—Ese es mi deseo.

—Vosotros siempre fuísteis vanidosos.

—La honra de servir al señor baron de Auch y lo mucho que podré aprender á su lado, forman para mí una recompensa que vale más que el oro.

—Samuelito, más que el oro nada vale en el mundo. Veo que necesitas instruirte mucho, pero junto á mí acabarás por ser un judío completo.

—Eso quiere mi tio.

—¿Cuánto te dejó tu padre al morir?

—Bastante; pero no me lo han dicho.

—Bien hecho; los jóvenes no deben entender de eso. Yo sólo he visto en mi vida dos veces á tu tio; pero esa conducta me prueba que es todo un hombre. Las tutelas son penosas, vosotros muy exigentes... Vaya, vaya, continúa en esa ignorancia, que nada perderás.

—Yo sólo deseo aprender mucho.

—Claro es.

—Trabajar bastante.

—Como un leon; es cuando se goza.

—Una persona que os quiere mucho en Venecia me dió un recadito al oido, y si yo pudiera realizar lo que me encargó...

—¿Qué te dijo?

—Samuel Leví,—exclamó;—tú que tienes tanto ingenio y travesura, intenta echar de París á Zaida Abenamar, y está cierto que Auch te enseñará cuanto anheles. Luégo me habló de vuestro talento, de este gran pueblo, y la verdad es que vengo decidido á sacar de Francia á esa mujer.

—¿Tú?

—Yo; otras cosas más difíciles pretendí, logrando al fin llevarlas á cabo.

—¡Si pudieras!.. Pero es imposible. He gastado yo mucho dinero y sólo conseguí que no la hicieran caso los tribunales. Dos acreedores tengo á los que no puedo cobrar por causa de esa mora.

—Pues os ofrezco solemnemente que ántes de seis dias habrá salido de este país. Quiero prestar ese gran servicio para estimularos á que me hagais hombre.

—Samuel, Zaida es mi sombra; me persigue por todas partes; me abruma, me atormenta, y hasta me ha escupido en el rostro. Es una loca que busca á un hijo, me equivocó con el que se lo ha robado, y me martiriza como yo no puedo explicarte. Hace tres dias que me dejó en paz, mas pronto volverá á la carga, convirtiéndose nuevamente en un perro que asedia y muerde sin tregua ni descanso.

—Pues irá á Venecia en busca de su hijo; mi tio le saldrá al encuentro, la denunciará al *Tribunal de los Diez*...

—¡Qué idea tan grande, Leví! Allí que el puñal anda tan ligero y el veneno tan abundante... Me vas á permitir que te regale un ducado.

—No puedo aceptarlo; me encargó mi tio que no os tomase un maravedí, y ya sabeis que mi deseo se contrae á estar siempre junto á vos y á trabajar mucho.

—No te incomodes por eso. ¿Con que tú hallarás un medio?..

—Dicen que discurro bien, y de no salir con mi empeño, sería la única cosa que me propuse...

—¿Y cuándo vas á empezar?

—Con el dia de hoy tengo bastante.

—No pierdas tiempo.

—Os digo que mañana estareis libre de ella y podreis empezar á instruirme con cartas, libros y negocios.

—No sabes lo que te espera. Entiende que yo tambien tengo una pupila rica, muy rica, cuyo oro manejo, y esto hace que sea el primer negociante de París.

—¿Dónde está esa dama?

—Es una niña de diez y siete años, hermosa como un

ángel y tan seductora que enajena. Para evitar que me quiten la tutela ó que me la enamore algun aventurero de los muchos que hay en esta grande ciudad, la tengo en un viejo castillo de sus antepasados, tan guardada que es imposible la vea nádie.

—Bien hecho,

—Oye, Samuel, no me gusta que me hablen de ella; te he referido eso únicamente para que sepas de quién es el dinero que manejo; pero te prohibo que te mezcles en nada que tenga relacion con ella.

—¿Qué me importa esa mujer? Para mí la mora y el despacho de vuestros asuntos

—Hablas como Moisés.

Y continuó el diálogo entre ámbos, ganando el astuto Melenik al malvado Asam.

A las diez se despidió del judío, el cual le estrechó con afecto, diciéndole:

—Samuelito, hasta mañana; dame una prueba de tu ingenio, y cuenta conmigo para todo en París, para todo, te lo juro por Abraham.

—Os voy á convencer que sirvo para algo.

—¡Que te inspire el Dios de Abraham!

—Y á vos.

Al salir el conde, murmuró para sí:

—¡Ah, culébra infernal, yo te quitaré la mora, pero te he de dar un Oton que acabará contigo lentamente y en el más horrible martirio!

Y entró en el *hôtel*, diciendo á su criado:

—Luti, mi traje de terciopelo.

—Al momento, señor. ¿Empezó la intriga?

—Sí.

—¿Qué tal?

—Admirable.

—¿Cuándo entro yo á la carga?

—Pronto; pero abrevia.

—¡Fuera esta lana que tan mal os sienta! Os voy á dejar

mejor que á un príncipe. Noto, amo mio, que empieza á asomar á vuestro labio el bigote.

—Despacha.

—Bien os están las calzas y el gregüesco. Ahora la ropilla. Perfectamente; os sienta como yo queria; sobre esta cintura de mimbre el cinturon con la escarcela, bordados ámbos de oro. La espada, el ferreruelo y el birrete luégo.

—Sí; ahora el almuerzo.

—Sentaos, que al momento vendrá.

Poco después comia Oton con buen apetito, saboreaba las viandas y el cúmulo de ideas que se agolpaban á su mente.

—Luti,—dijo por fin,—¿falta algun plato?

—Todos están sobre la mesa, á no ser que querais más.

—No, cierra aquella puerta y acércate.

—Ya está. ¿Voy á entrar en juego?

—Sí, óyeme bien: cuando yo acabe, almuerzas tú, empleando el resto del dia en averiguaciones de tal importancia, que son el alma del asunto que me ha traido á París.

—Ya anhelo oirlas.

—¿Tienes en París algun conocido ó amigo de quien te puedas fiar?

—Un hermano del dueño del *hôtel*, que me tomó por italiano, y dice que gusta mucho de nosotros. Es jóven, no se dedica á nada y demuestra saberlo todo.

—Yo necesito,—añadió Melenik,—primero que te enteres del sitio donde se halla un viejo castillo que el duque de Lorena vendió al baron de Auch, y que vayas solo al sitio, lo reconozcas y aprendas bien el camino.

—¿Nada más?

—Sí; luégo indagas si hay en París, como no puede ménos, carrozas de alquiler, pues necesitamos una ligera, de camino, con buenos caballos y un potro además para ti. Dentro del carruaje iremos cuatro, y fuera de él, el cochero y un lacayo que yo llevaré.

—¿Para qué punto?

—Para Marsella.

—¿Con reserva?

—Con la mayor reserva. Haz tus averiguaciones, pero al ir al castillo, y durante el ajuste de la carroza, que nádie te acompañe ni se entere.

—¿Y para ámbas cosas me concedeis?..

—Todo el dia. Comes donde te se antoje, que yo no regresaré hasta las nueve de la noche, en cuyo instante saldré contigo. Compras dos capas negras.

—Muy bien; para esa hora todo estará hecho.

—Luti, mucha prudencia y discrecion; si algo descubren, procura convencerles de que están en un error.

—Ya empecé, amo mio, á espantar curiosos; me hicieron sobre vos mil preguntas; mentí á destajo, sin que les fuera dado sacar en limpio la más leve realidad ni una sola idea del objeto que nos trae á París.

—Continúa de ese modo, y hasta las nueve.

—Eso me prueba que no comeis en casa.

—Claro está.

—El cielo acompañe y proteja á mi amo y señor.

Y embozado Oton en su ferreruelo, salió de allí, dirigiéndose á casa de Zaida.

Luti almorzó después, comenzando acto continuo á practicar las averiguaciones que le habia encargado su señor.

CAPITULO XIX.

La madre y el hijo.—Historias.—La torre de Lorena.—Dos judios, natural el uno y artificial el otro.

ZAIDA Abenamar pasó una gran parte de la noche besando el retrato de su hijo, contemplándole, y luégo meditó largo tiempo en la figura, frases y actitud del conde. Cuanto le acababa de pasar era un sueño para ella. El inesperado descubrimiento de Magno en el momento que ménos lo esperaba, el talento de Melenik, su belleza, juventud y lo seductor de sus palabras, la tenían enajenada, confusa; estaba echada, y no se atrevia á dormir por temor de juzgar un sueño la realidad que tocaba. La pobre madre reia, otras veces lloraba, permaneciendo de este modo hasta las cuatro de la mañana en que, rendida por tanta violenta emocion, fué dominada al fin por Morfeo, siguiendo dormida hasta las nueve, que abrió los ojos para exclamar:

—Soñé, ¡pero qué sueño tan dulce! Creia haber hallado á mi hijo; me lo llevaba un conde jóven, simpático... ¿Qué tengo en la mano? ¡Un retrato! ¡El de mi hijo! No he soñado, no; es la realidad que se me presenta tan sublime y dichosa como el deseo la queria. ¡Hijo de mi alma!

Y besó várias veces la miniatura, haciendo entrar luégo á una de sus doncellas.

—¿Quién ha venido?

Le preguntó.

—Nádie.

—El jóven de anoche, aquel tan gallardo y gentil, ¿no ha vuelto?

—No.

—Avisa á tus compañeros que si llega no le detengan un instante; que lo entren en el salon, y venid las dos á vestirme.

Algo más tarde entraba Zaida en el comedor, donde almorzó sin apetito, demostrando gran impaciencia y desasosiego.

Luégo se fué al estrado, quedando pendiente del ruido que escuchaba.

—¡No es él!—decia.—¡Cuánto tarda! ¡Ahora! ¡Tampoco!

De este modo permaneció hasta las once que oyó llamar, y saliendo á la escalera, gritó:

—¡Sube, no te detengas!

Era efectivamente Oton; Zaida lo recibió en sus brazos.

—¡Hijo!

—¡Madre mia!

Exclamaron ámbos estrechándose, y fueron al salon, en el que desprendida la mora para contemplar al georgiano, añadió:

—¡Qué elegante vienes, qué hermoso!

—Ya te dije, madre mia, que soy conde Divari, si bien para ti me llamaré únicamente Oton Melenik.

—¿Por qué tardaste tanto?

—Mucho lo he sentido, pero me detuvo el muy noble y poderoso señor baron de Auch.

—¡Le viste!

—Claro está.

—¿Y no le has muerto?

—¡Qué locura! El que pierde la vida descansa, y áun cuando yo creo que ese irá al infierno, por lo que pueda ocurrir conviene darle aquí tormento algunos años ántes.

—Sentémonos en este divan, Oton. Deja tu mano entre

las mias, hijo del alma. Ahora cuéntame lo ofrecido anoche, pero no tardes. Tus frases me enloquecen.

—No tengas prisa, Zaida.

—¿Eso me dices? Ingrato, como tú nada ignoras...

—Quise decirte, que tenemos todo el dia y parte de la noche. No te abandono hasta las nueve. Comeré contigo, hablaremos de Magno, de mí, del judío Asam, y me prometo un dia delicioso.

—Admirable, Oton; pero empieza, hijo mio.

Y el georgiano principió á referirle la historia detallada de Magno, siendo interrumpido á cada momento por exclamaciones de la mora, en las cuales expresaba unas veces el sentimiento que le causaban los padecimientos de su hijo; otras el odio y despecho que le inspiraba el judío, y las más una alegría febril por el valor y talento que desde su más tierna edad comenzó á demostrar Magno.

Nuestro jóven, comprendiendo las violentas emociones que Zaida experimentaba, procuró extenderse mucho en los viajes y batallas de su hermano, pasando de ligero sobre las contrariedades que el valiente marino sufrió en su larga carrera.

Al llegar al acto en que Magno fué nombrado noble y capitan al servicio de la república de Venecia, efecto del talento y valor demostrados en vários combates, Zaida interrumpió á Melenik anegada en llanto.

—¡Es digno de mí,—dijo;—no me pesa cuanto he sufrido durante treinta años recorriendo el mundo y buscándole por todas partes! ¡Tampoco él me olvidaba! ¡Ni sus glorias ni ascensos fueron causa que le impidiera suspirar por mí y correr como yo en averiguacion del objeto amado! ¡Qué bueno es! ¡El cielo me recompensa en este dia de todos mis padecimientos!

—Tranquilízate, madre mia,—le dijo Oton,—y deja un momento de pensar en mi hermano para ocuparte de mí. Verás qué contraste tan extraño y sorprendente. Ahora salen á plaza mi madre y mi historia.

El georgiano hizo punto y aparte en lo relativo al marino, y comenzó á hablar de él con objeto de que le conociera Zaida,

distrayéndola á la vez en parte con descripciones que daban tregua á la agitacion que sufria la mora.

Contó su infancia, esclavitud, horribles padecimientos, hasta el momento en que fué libertado de una muerte segura por Magno el *Dragon*. Seguidamente relató la vida de ámbos, desde aquel instante al en que él habia abandonado Venecia para correr en busca de Zaida.

Al llegar aquí, exclamó el conde:

—Madre mia, son las cuatro de la tarde y me hallo fatigado.

—Descansa, hijo, que yo tambien lo estoy, y en verdad que se me ocurren mil preguntas y no tengo aliento para hacerte ninguna. ¡Cuánto amor me has inspirado! ¡Tú, el salvador de mi hijo; su amigo verdadero, su hermano, su compañero inseparable! ¡Déjame que te estreche, que bañen tu pecho estas lágrimas hijas del agradecimiento de una madre! ¡Sí, Oton, eres digno del alto puesto á que Magno te elevó! ¡Mereces más aún; te quiero ya tanto cási como á él! ¡Oh, no sé en qué consiste, pero tus ideas sobre Jonás y Altacima, y sobre ese judío á quien Alá confunda, me son más simpáticas que las de mi hijo! ¡Yo quiero, como tú, vengarme de ellos, y particularmente del último! ¡A ese aborto del infierno, como decis los cristianos, lo hemos de martirizar entre los dos miéntras exista él ó nosotros! Cuéntame tu plan...

—Basta, madre mia, de emociones por ahora. Cógete á mi brazo y demos un paseo por este salon.

—¿Qué te propones, Oton?

—Que te tranquilices para que luégo nos sentemos á la mesa.

—¡Y me olvidaba que no habias comido! ¡Hola!—gritó Zaida á sus criados.—¡Añadid un cubierto y llenad mi mesa de manjares, que la va á honrar el hombre que más estimo y considero en la tierra, mi hijo, mi segundo hijo!

—Miéntras disponen lo necesario hablemos de París, madre mia. ¿Qué te parece esta poblacion?

—Es grande, hermosa.

—¿Y sus habitantes?

—Algo ligeros, pero laboriosos y entendidos.

—¿Te sientes bien?

—Mucho late mi corazon, Melenik; pero no estoy mal.

—Tu rostro, que debió ser bellísimo, se halla cubierto de un carmin que le devuelve su frescura. Nada perdieron tus ojos; aún abrasa tu mirada.

—Sigue, Oton; sólo un príncipe y tú osaron dirigir galanterías á Zaida Abenamar.

—¿Oyes con gusto las mias?

—¡Pues no, si eres mi hijo!

—¡Qué cútis tan suave tienes! Déjame que estreche y bese tu mano.

—Toma. ¿Se parece á la de Otilia?

—Sí, mucho; y forma la antítesis de aquella que me alargaba mi fregona de Madrid ó mi paleta de la playa de Alicante.

—No me extraña que mi hijo te quiera tanto.

—¿Oyes? Dicen que podemos pasar al comedor; y en verdad que quiero verte durante ese acto alegre, con apetito y tan satisfecha como si estuviera Magno á tu lado.

—Haré lo posible.

—Pues vamos; no te sientes enfrente; junto á mí, deliciosa Abenamar.

Y comenzaron á comer, estando ámbos hasta joviales. Zaido iba poco á poco siendo dominada por el talento de Melenik, encantándole sus frases y galanterías, sus finos modales y cuanto veia ó escuchaba relativo al valiente jóven.

Cuando concluyeron, vueltos de nuevo al salon, tornaron á pasear.

La mora exclamó al fin:

—Hijo, sentémonos en el divan y refiéreme tu entrevista con el judío.

—Sea como tú quieras. Juzga ese malvado que soy hebreo como él y me llama Samuel Levi.

—La idea es original.

—Me recomienda á él uno de esa tribu, conocido suyo,

mi tio, y vengo á París á trabajar é instruirme al lado del baron.

—El tigre dió ya con el leon, cuya potente garra desconoce. Sigue, hijo, que me gusta la introduccion. Al lobo traidor, cepo de hierro.

—Me recibió con esa desconfianza y duda del cobarde avaro; pero como mi tio es rico y yo no necesito cama, sueldo ni comida, entró en ganas de que le sirviera de balde.

—¡Qué acierto, qué discrecion!

—Yo lo hallé triste, pesaroso, y como un amigo suyo me habia dicho en Venecia que su melancolía era hija del tormento á que una mora le condenaba, le ofrecí echar de Francia á tan terrible mujer.

—¿Qué dijo?

—A la simple enunciacion de la idea vió abierta la puerta del cielo, y en el dintel á Abraham, á Job y á Moisés que salian á recibirle. De modo es que al contemplar realizada su ilusion, me ascenderá por lo ménos á favorito.

—Pues lo logrará, que me aguarda mi hijo y él tiene bastante contigo. Prosigue.

—Pasado mañana saldremos para Marsella, donde encontrarás á tú hijo. Tú irás á España y yo volveré á París. Después nos reuniremos en Madrid, regresando los tres á Venecia junto á Otilia tu hija.

—Continúa.

—Nada más.

—¿Y el judío?

—Ese ya lo hallaremos tarde ó temprano.

—No te comprendo.

—Madre mia, no digo á nádie mi plan; debe bastarte conocer el axioma aquel de que *quien á hierro mata á hierro muere*. Hé ahí la sentencia; el cómo la he de realizar, con lo restante, es un arcano que sólo el tiempo ha de abrir.

—¡Serás capaz de perdonarlo!

—¡No; lo juro por Dios, que nos oye!

—¿Desconfías de mí?

—¡Qué disparate! Es que no puedo, que no debo, que no quiero decir á nádie mi pensamiento.

—Pues cállalo; que al que hizo y vale lo que tú, no debo yo exigirle sacrificio alguno. ¿Dices que partiremos pasado mañana?

—Probablemente. Yo empleé en mi viaje los quince dias que Magno tenía de descanso, ya se habrá embarcado y volará en su navío *Venecia*, dejando atrás la escuadra; pero entiendo que hemos de ver Marsella ántes que él.

—Deseo que me acompañen dos doncellas y un esclavo.

—El último irá de lacayo; las otras dos entrarán con nosotros en la carroza; mi criado caminará detrás á caballo, y haremos un viaje delicioso.

—¡Esos carruajes son tan pesados!..

—Ya encontraremos en París uno ligero, que aquí, madre mia, hay de todo.

—No me parece que te dejas tú abrumar por los imposibles.

—Al contrario; me agradan las cosas difíciles, que son en las que hay mérito cuando se logra vencerlas.

—¿No admite tu plan variacion alguna?

—Eso no, que ántes de intentar una cosa la estudio mucho y jamás obro de ligero; por cuya razon, al dar mi proyecto por terminado, me niego á reformas improvisadas y, en general, destituidas de conveniencia.

—Bien, salgamos pasado mañana; que sea en una carroza ligera como supones hallar; déjame en Marsella con mi hijo, y vuelve luégo á París en busca del malvado; pero que sepa yo al ménos algo de lo que vas á hacer; siquiera las consecuencias del atentado que proyectas.

—Oid, madre mia.

Y Melenik habló cinco minutos al oido de Zaida. Al terminar, exclamó la mora:

—¡Eso es horrible, inaudito, cruel!

—¿No lo merece?

—Sí; es digno de tan atroz martirio, pero...

—Tan débil como una mujer vulgar. Hé ahí por lo que no queria decirte nada.

—Melenik, tienes razon; ese hombre funesto arrojó mi hijo á las playas del Brasil, después de haberlo robado; sin compasion ni caridad nos tuvo más de treinta años separados y en un martirio sin tregua ni descanso. Yo podia perdonarle, hoy que soy dichosa, mis angustias y sufrimientos; pero los de mi hijo nunca, jamás. Aún me parece poco; discurre mejor, georgiano, y tortúralo más.

—¿Juras ayudarme en la parte que te sea posible?

—Por todos los individuos de mi raza, por Mahoma, por Alá.

—Bien, Zaida; yo lo haré todo; mas cuando el judío se presente á Magno y le ruegue y le llore, recuerda á tu hijo lo que te hizo padecer el miserable, y ayúdame á arrojarlo de tu casa como él te ha echado várias veces de la suya.

—Lo haré.

—No olvides que mi hermano no sabe vengarse de nádie; duro su corazon como el bronce ante el fuerte, se convierte en almíbar con el que le suplica.

—Pero yo...

—Tú, hace un momento, desmintiendo tu buena sangre Abenamar, te mostrastes débil como una indolente europea.

—Fué en un instante de delirio, una rafága ligera y fugaz que desapareció para siempre.

—Así lo has jurado, y que Alá te confunda si dudas ó vacilas al realizarlo.

—¡Acepto el anatema, terrible georgiano!

—Ocúltaselo á tu hijo; si él lo averiguase...

—Por mí nada sabrá, tambien te lo juro.

—Entónces quedo tranquilo, y hablemos de otra cosa si lo tienes á bien.

—Sí, me complace mucho; que tu bello rostro, tu hermosa figura varían por completo al ocuparte de la venganza, del martirio de tus contrarios. Conservas, Oton, oculto bajo esa forma tan bella y seductora algo del instinto de los tigres de

tu país, y al cambiar de aspecto eres hasta feo, antipático, lo cual parece imposible viéndote en el estado normal.

—¿Y qué quieres decirme con eso?

—Nada, que mudemos de conversacion.

—Puede que no te guste el cambio.

—Sepamos.

—Contesta á mis preguntas: ¿compraste los muebles de esta casa?

—No; la tomé alquilada, segun está.

—¿Tienes mucho equipaje?

—El indispensable á una mujer que ha pasado su vida recorriendo el mundo.

—Pues te ocupas mañana en disponer lo conveniente para que abulte poco y pueda ir en el carruaje que nos ha de llevar á Marsella.

—Muy bien.

—Zaida, tu hijo te espera tierno, amoroso, honrado; te dará palacio, trenes y otros dos hijos, para que seamos tres en disputarnos los cuidados y atenciones á que es acreedora nuestra madre. Vamos á recompensarte en poco tiempo tus penas y amarguras de treinta años. Todo esto merece de tu parte algun sacrificio.

—Te tengo ya miedo, Oton; ¿qué pretendes?

—Que seas digna madre de hijos tan buenos, y agradecida á los séres que tanto van á hacer por ti.

—Todo mi amor será para vosotros.

—Eso es poco.

—Os daré mis bienes; recuerda que soy jefe de la familia Abenamar.

—Tu expatriacion de España te confiscó la hacienda, y sólo posees el oro y alhajas que tenías en tu palacio, lo cual no es nada comparado con lo que tenemos nosotros.

—¿Pues qué otra cosa puedo yo daros?

—La tranquilidad, la dicha, en fin, enturbiada hoy por la falsa doctrina de un supuesto profeta, el cual, segun la mayor parte de los sábios del mundo, fué un *pillo muy largo.*

—¡Me extremeces! ¿Qué fatídica idea llegó á tu mente?

—Ni Magno, ni Otilia, ni yo podemos tenerte á nuestro lado, sin que el rubor cubra nuestros rostros, ínterin seas mahometana.

—¡Alá, confúndelo! ¡Es un demonio, mírale, disfrazado de ángel!

—Alá, deliciosa Zaida, es muy sordo, y tan torpe que no puede comprenderte. Evoca á Dios sublime, justo, admirable, y te escuchará. Evoca á su Hijo, muerto en patíbulo afrentoso por el género humano, y cuya divina abnegacion en nada se parece á las batallas que dió Mahoma; cuyas parábolas son la verdad, antítesis de esos preceptos del Korán tan ridículos como intencionados y risibles; y el magnánimo Hijo de Dios acudirá en tu auxilio. Que Alá, Mahoma y todo ese sistema árabe es una farsa indigna y muy perjudicial.

—¿No se abre la tierra y te traga, Oton?

—Se me figura que no.

—Tu confianza debe tener un término trágico.

—Puedo yo con Mahoma, muerto ó vivo, y convencido él de esto no se atreve conmigo vivo ni muerto.

—¡Te estás burlando de lo más sagrado que existe!

—Me rio, Zaida, de vuestra necedad. Mañana serás cristiana y pensarás como yo.

—¡Yo!

—Sí, tú; estoy seguro.

—Intentas un delirio.

—Peor para ti; ni tu hijo, ni Otilia ni yo te amaremos en el fondo, todo será forma. Un católico jamás se asimila á un moro, áun cuando éste sea su padre.

—¡Qué porvenir tan negro me descubres, cruel georgiano!

—Tú tienes la culpa; haste cristiana y cambiará por completo la decoracion.

—¿Pretendes lograr de mí lo que no consiguió el príncipe Don Juan de Austria, á quien tanto amé?

—Por no haber tomado sus consejos, por no haberle obedecido, por no haberte hecho cristiana, el verdadero Dios,

el Dios único que te atraia hácia sí, te castigó, separándote de tu hijo; cuenta que aún no lo has encontrado.

—Iré á Marsella, sé yo quién es, y me acompañes ó no, pronto estaré á su lado.

—¡Honrándole mucho! En España no puedes entrar, por lo que te dejará en sus barcos; en Venecia ningun noble visita ni alterna con los individuos de una secta tan torpe é ignorante; y en todas partes, al gritar que eres la madre de Magno, humillarás á mi hermano, cubrirás su elevada frente de rubor, y él, Otilia y yo nos avergonzaremos de que nos llames hijos.

—¡Alá, desfallezco!

—Grítale, grítale; ya te he dicho que es muy sordo.

—¡Me siento débil ante la voz de este rudo montañés!

—Ante la voz de la verdad, Zaida. Dios se compadeció de verte padecer tanto y te atrae á sí con su bondadosa diestra. ¡Ay de la mora y de todos nosotros si me desoyes; si, terca y falaz, continúas por el camino del error! ¿No basta con que en la culta Europa te señalen con el dedo y digan que eres aquella débil manceba de Don Juan de Austria?..

—¡Horror!..

—¿Quieres que añadan: «Al fin mahometana, torpe y menguada como todos los de esa raza árabe que huye cobarde é insensata hácia los áridos montes de arena del Desierto de Sahara.» ¿Quieres que Magno, Otilia y yo caminemos de dia con la frente inclinada y nos reunamos de noche para referirnos la humillacion, la vergüenza?..

—¡Calla, calla, tigre caucasiano! ¿Y qué dice á eso mi hijo?

—Que se resignará, y que desde el martirio de tu abandono se abrazará al tormento de tu torpeza.

—¡Hijo mio!

—Las panteras de Java se sacrifican por sus cachorros y los cetáceos del Polo se arrojan á la playa y mueren en el momento que echan de ménos su ballenato.

—Y yo...

—Y tú seguirás mora, y mi pobre Magno continuará des-

graciado. Sus glorias, triunfos y heroismo irán poco á poco ennegreciéndose con el impuro roce del Korán.

—Y el mundo...

—La maledicencia, que necesita poco, hará de esô fundado pretexto para ensañarse con el infortunado huérfano un dia, con el hijo de la mora luégo.

—¿Me crees incapaz de tan gran sacrificio?

—Sois tan tercos y tan torpes...

—No sigas. ¡Hijo de mi alma! Oton, quiero ser cristiana.

—¿Me lo juras?

—¡Por la fama y honra de mi Magno!

—¡Gracias á Dios que te he convertido! En verdad que nunca he demostrado más ingenio que en la ocasion presente, terrible Abenamar.

—No lo sabes tú bien. Ignoras...

—Sella el labio y olvida tus añejas preocupaciones.

—¿Qué eres, Oton, un ángel ó un diablo?

—Júzgalo tú: soy el hombre que te va á presentar á tu hijo; soy el hombre que te va á enseñar la religion verdadera; que te acerca á Dios; que hará tu suerte y la de Magno, sin que la empañen la humillacion ni la vergüenza; soy el afortunado mortal que, rudô y salvaje, creyó en Dios, y desde aquel instante comenzó á dominar á los hombres, á elevarse hasta llegar desde la esclavitud á un condado, desde la más estúpida ignorancia á la sabiduría. Y muy bueno debe ser mi Dios cuando tanto me ha dado sin merecerlo, y mucho te debo yo amar cuando me esfuerzo tanto en acercarte á esa fuente del bien, á ese manantial inagotable de ventura. No te ofrezco lo que yo rechazo; anhelo para ti lo que más quiero, lo que vale más.

—¡Hijo mio, seré cristiana; mi resolucion es irrevocable! ¡Qué talento tienes, qué poderosa influencia ejerces sobre mi corazon á pesar de tu corta edad! El que te inspira, el Dios que tanto amas, es sin duda alguna el poderoso, el verdadero, el único. Mi hijo se pondrá muy alegre cuando lo sepa, ¿es cierto?

—Gozará lo indecible.

—Y podrá levantar la cabeza con orgullo.

—Y enseñar tu faz, todavía deliciosa, á la multitud; y envanecerse contigo, y adorarte pública y privadamente.

—Y me perdonará mi debilidad con su padre, teniendo en cuenta el sacrificio que hago por él.

—En eso que llamas sacrificio eres tú la que más gana. A tu debilidad debe él su existencia, y nada tiene que perdonar el que todo lo debe á la ofensa. Cuando creas verdaderamente en mi Dios, lo que ahora te violenta hará entónces tu felicidad.

—Ya empieza, Oton. Voy á ir á tu templo con placer. ¿Cuándo se verificará el acto?

—Mañana por la noche.

—¿Por qué tardar tanto?

—No puede ser ántes. Te apadrinarán los embajadores de Venecia y yo seré uno de los testigos. Interin llega ese momento, toma este libro que traje de Italia y esta preciosa imágen del Redentor. Lee mucho, medita, adora y prepárate, que se trata del ácto más solemne de tu vida.

—Lo haré. ¿Ya te marchas?

—Sí; necesitas recogimiento y el mayor tiempo posible para estudiar.

—Há poco que dieron las ocho.

—No importa; más creí tardar; pero habiendo ya concluido, aprovecharé los minutos, que aún tengo mucho que hacer esta noche.

—¿Cuándo volverás?

—A las siete de la mañana.

—Me alegro.

—Procura estar levantada.

—¿Almorzarás conmigo?

—No; saldré á las ocho y ya no volveré hasta la noche.

—¡Ingrato!

—Te dejó con un Dios que desconocias; ya verás que no te hago falta. ¡Qué Dios te inspire, madre mia!

—¿No me estrechas?

—Con amor, y estampo además un ósculo en tu hermosa frente.

—¡Ay, qué talento tienes! ¡Qué predominio sobre mí! ¡Nuestro Dios te acompañe y defienda, hijo mio!

Salió Oton, Zaida comenzó á leer en el libro que aquel le dejaba, en tanto que nuestro georgiano penetraba en su alojamiento.

—¡Luti!

Exclamó.

—Presente, señor; adelantásteis la hora, pero yo despaché á las siete, y há tiempo que espero tumbado en una cosa muy dura que hay en mi cuarto, á la cual se llama aquí injustamente sofá.

—¿Tanto anduviste?

—Bastante.

—¿Diste con el castillo?

—Sí, señor.

—¿Se halla próximo?

—No, señor.

—Dame cuenta de lo que has hecho, con todos sus detalles, y abrevia, que vamos á salir.

—En primer lugar, compré dos capas de paño negro; luégo adquirí cuantas noticias necesitaba, é inmediatamente pasé á la calle de Normandía, donde he hallado un depósito inmenso de carrozas y caballos.

—En esa *rue* vive el embajador de Venecia.

—Cierto.

—Continúa.

—Encontré lo que pretendia mi señor, y, prévio ajuste, dí la señal y queda á vuestra disposicion una carroza tan ligera, que ha de volar por ese camino de Marsella. Para que nada falte, salió ya un correo que nos tendrá dispuestos los cambios de caballos y cuanto pida el deseo. Viajareis á lo príncipe, señor.

—Adelante.

—Caro es, pues os lleva el dueño...

—No me importa. ¿A qué hora podremos salir?

—Al amanecer de pasado mañana.

—¿Vendrá á la puerta del *hôtel?*

—Sí, señor.

—Prosigue.

—Terminado este asunto, tuve que andar más de una legua para dar con el castillo de Lorena, que es un edificio muy grande, elevado, ruinoso en parte y habitado por los duendes.

—¿Qué dices, bergante?

—¿Os sorprendeis? No me extraña; yo he reido á carcajadas al escuchar el relato...

—Al asunto, Luti, que tengo prisa.

—El tal castillo, señor, se halla á media legua del muro de París; le rodea un bosque inmenso de árboles improductivos, y la casa ó vivienda más cercana dista dos mil varas. Pregunté, y se admiraron de mi osadía al saber que estuve al pié del edificio encantado. «Nádie lo habita,—me dijeron;—se ven, no obstante, entrar y salir bultos por la mañana y por la noche, y en ocasiones dadas se distingue una luz rojiza en la parte alta. Cuentan además, añadieron, que algunos caminantes han escuchado la voz de ángeles que entonaban canciones tristes y melancólicas.» Con tales noticias regresé al *hôtel*, dispuesto á acompañaros y á que entremos en el castillo cuando lo tengais á bien, que á mí no me asustaron los vivos ni los muertos, las brujas ni los duendes.

—Bien, Luti, tampoco á mí, y en verdad que en su dia lo reconoceremos por dentro. Ahora lo haremos por fuera. Quítame el ferreruelo.

—¿Quereis la capa?

—Sí.

—Héla aquí, fina y ligera como conviene á la estacion. ¿Chambergo?

—Claro está.

—¿Os voy á seguir?

—Sí.

—Al momento. Cierro el armario, cálome el sombrero, me embozo en la capa, y en marcha, señor, que son las ocho y media.

—Normandía, 27. Ponte á mi lado y andando.

—Es decir, embajada de Venecia.

—Claro es.

—Pues apretad el paso, amo mio, que se halla lějitos.

—Para ti, que no estás acostumbrado á andar mucho por tierra.

Quince minutos después daba Oton á su criado el chambergo y capa, y pasó al estrado donde le esperaba el representante veneciano.

—Bien venido, señor conde,—le dijo aquél alargándole su diestra.—Deseaba vivamente conocer al hombre que tanto me recomienda S. A. el Dux. ¿Por qué no me habeis permitido que fuese á visitaros?

—Os doy las gracias, ante todo, por vuestras atenciones,—le contesto Melenik,—y estad seguro de que hubiera admitido la honra de veros en mi casa, á no prohibírmelo de un modo absoluto la difícil y complicada mision que me retiene en París.

—¿Es asunto de Estado?

Le preguntó el embajador maliciosamente.

—No os alarmeis,—replicó Oton, comprendiendo la idea del otro;—el objeto de mi venida tiene un fin particular, si bien están interesados en su buen éxito el Dux y mi íntimo amigo el presidente del *Consejo de los Diez*.

—¿No os puedo yo ayudar en nada? Mi persona, influencia é interés están á vuestra disposicion, noble marino.

—Me dijeron que os pidiese lo que necesitara, y á eso vengo, señor embajador.

—Sentaos á mi lado y mandad cuanto gusteis.

—Gracias. Debo partir al momento y no me es dado aceptar ese asiento. Depende el buen resultado de mis trabajos aquí, de la reserva en todo lo que tenga relacion conmigo, y si alguno de esta embajada tuviese la debilidad de cometer la me-

nor imprudencia, sería inmediatamente llamado por Gradenigo, como presidente del tribunal que ya conoceis.

—Estoy tranquilo en lo concerniente á mí, señor conde.

—Yo quisiera imitaros en lo relativo á cuantos os rodean...

—Respondo de todos.

—Ni una palabra que dé noticia de mi existencia...

—Tranquilizaos, y nada, absolutamente nada temais.

—Muy bien. Me han dicho que sois casado...

—Es verdad

—Perfectamente. Mañana, después que haya anochecido, me presentaré aquí con Zaida Abenamar, jefe un dia de esa poderosa tribu, madre del general veneciano Juan Magno de Austria, conocido probablemente por vos con el nombre de Magno el *Dragon*.

—¡El capitan!.. ¡Halló su origen!.. ¡Pero tengo entendido!..

—No prosigais, que me es imposible satisfacer vuestra curiosidad.

—Perdonad.

—¿Teneis capilla en la embajada?

—Sí, señor.

—¿Y un sacerdote que os merezca confianza?

—Tambien.

—Pues mañana á la hora indicada haremos cristiana á Zaida, siendo padrinos vuestra esposa y vos; como testigos figuraremos el agregado Ponti y yo. Reserva completa para todos los demás.

—Empiezo á comprenderlo todo, señor conde, y me complace extraordinariamente que mi amigo Magno resulte hijo de un príncipe tan esclarecido y de mi futura ahijada.

—¿Aceptais?

—Con mucha honra y placer.

—¿Lucharemos con algunas dificultades?

—Me unen relaciones de amistad con el arzobispo de París, mañana le pediré el correspondiente permiso, se traerá la pila, y al presentaros con Zaida todo estará corriente.

—Nada de boato ni ostentacion que pudiera excitar sospecha.

—Ya lo sé.

—Vuestra ahijada se va á llamar Juana Oton de Abenamar; tiene cuarenta y ocho años de edad; nació en Granada, y habita en la *rue* del Norte, núm. 20. Que baste con esas noticias.

—Hay las suficientes.

—¿Os las doy por escrito?

—No es necesario.

—Partiré con ella pasado mañana al amanecer, á cuyo fin me mandareis, luégo que tenga lugar el acto, su partida de bautismo y un documento extendido por vos, para que, en mi calidad de agregado á esta embajada, nádie me ponga impedimento en el desempeño de la mision que me habeis encargado en Francia.

—Los tendreis una hora después de terminado el bautizo.

—Y yo, agradecido á vuestras molestias y atenciones, os devolveré favor por favor cuando me halle nuevamente junto al Dux y á Gradenigo. Hasta mañana, señor embajador.

—Esta casa y cuanto hay en ella os pertenecen, señor conde.

—Gracias.

—Mucho hablan de vuestro talento, pero no miente la fama.

—Hasta mañana.

—El cielo continúe inspirando tan privilegiado cerebro.

Salió Oton, y ya cerca de su criado, le dijo;

—Luti, mi capa y sombrero. Ahora partamos.

—¿Adónde, señor?

—Proa al castillo y á toda vela.

—¡Santa Madonna! Está legua y media de aquí.

—Vira en redondo y corre, que eso nada supone con el viento de nuestra voluntad.

—Fuertecillo sopla, ¡pero está tan léjos!..

—Larga todo el velámen como yo, y, ayudado por los dos remos, no hay camino largo.

—Sois de hierro.

—Y tú de pino.

—Por eso voy navegando tan de prisa. Aquí hace más frio que en Venecia.

—Es que estamos al Norte.

—Pronto llegaremos al gran Océano, ó sean las afueras de París, y no veremos una vela en cien leguas á la redonda.

—¿Habrá escollos?

—Los de por aquí se destruyen fácilmente con el hacha de abordaje.

—¿Llevas pistolas?

—Pues no, con dos balas cada una. Si el pirata asoma me basta un minuto para pasarle por ojo.

—Aprieta más el paso.

—El viaje en pos de Alaejo os enseñó á correr como el gamo.

—Sabía yo el oficio muchos años ántes.

—Ya voy sudando.

—¡Pues no te quejabas del frio?

—Consiste en que contra este modo de navegar no hay cuadrante que refresque.

—¡Qué soledad!

—Llegamos al gran Océano, señor.

—¿Nos perderemos?

—Creo que no. Pronto saldrá la luna, y á sus pálidos reflejos seguirá nuestro derrotero sin inconveniente alguno.

—¿Y esas luces que se ven á lo léjos?

—Casas esparcidas en estos contornos. Cuando entremos en el bosque de Lorena las dejaremos atrás para no ver otra cosa que árboles y cielo.

—¿Estás cierto de que este camino conduce al castillo?

—El ojo del marino rara vez se equivoca; esto lo sabeis por experiencia.

—Verdad es.

Y continuaron caminando hasta dar frente al en parte derruido edificio que fué un dia morada de los duques de Lorena.

—¿Es aquel?

Preguntó Oton á Luti.

—Sí, señor.

—Sólo se ve una luz en el extremo superior.

—La de que me hablaron esta tarde.

—Comprendo; allí estará la hija de ese feroz hebreo.

—Pues yo no entiendo nada.

—Me alegro. ¿Reparaste en las entradas y salidas?

—Sólo tiene una puerta pequeña de hierro.

—¿Viste á alguno de sus habitantes?

—No, en verdad, que parece lo que dice el vulgo, esto es, un castillo encantado.

—Sigamos dando la vuelta para que á la luz de la luna pueda yo reconocerlo bien.

—Ocupa mucha extension.

—No importa.

—Yo opino que debe ser nidero de cuervos. Exceptuando aquella habitacion, alumbrada sin duda por los duendes...

—¿Eres supersticioso?

—Ni áun en la sirena he creido.

—Hiciste bien.

Terminaron su vuelta, quedando parados júnto á la entrada ó puerta de hierro.

Eran cerca de las diez de la noche y reinaba un silencio profundo. La luna extendia su luz sobre los gigantescos robles, los cuales parecian fantasmas que se apiñaban y confundian, para formar un muro espeso en torno del castillo.

Oton se acercó á la cerradura y aplicó el oido. De pronto lo retiró, diciendo á Luti muy quedo:

—Van á salir; situémonos detrás de este árbol.

Y quedaron ocultos, á diez pasos escasamente del castillo.

Segundos después rechinaron los dientes de una llave, corrieron dos cerrojos y la puerta se abrió, dejando expedita la salida á dos hombres, uno de los cuales dijo á otro que quedaba dentro:

—Cierra bien y no te descuides un momento. Hasta mañana.

—Buena noche, señor.

El que acababa de contestar cerró la puerta, y embozándose los que estaban fuera hasta los ojos, se dirigieron hácia París con paso lento.

Cuando Melenik los hubo perdido de vista, exclamó:

—No me han engañado, como dí por hecho. ¡Ah, buen Nefftalí, tienes la red tendida, y lo que te espera sólo Dios lo sabe!

—Amo mio, ¿qué decis?

—Nada, Luti. Uno de esos dos que hemos tenido tan cerca, fué causa de que Magno sufriera treinta años seguidos un tormento horrible.

—Comprendo. Ahora les salimos al encuentro; vos con uno y yo con otro, *pin*, *pan*... La noche convida, el sitio es excelente, y dos cadáveres más ó ménos no es un acontecimiento extraño, que deba alarmar á los parisiens.

—¡Como todos! A esta gente sólo se le ocurre matar, creyendo que es el único castigo que puede darse á un malvado.

—¿Pues qué otra cosa hay peor?

—La agonía.

—Esa es una parte de la muerte.

—Cuando dura poco; pero la de ese *perro* ha de prolongarse algunos años.

—No lo entiendo.

—Sígueme.

—Ese no es el camino; por ahí volvemos á Venecia.

—Calla, necio; me echo atrás únicamente para ver si han apagado la luz.

—Todavía no.

—Cierto.

—¡Qué alta está!

—Cuando tanto la guarda, mucho valdrá y más aún debe quererla. ¿Ves? Se apagó.

—Eso es que se han acostado.

—Pues regresemos nosotros á Paris, que hemos concluido.

—¿Qué sacásteis en limpio, señor?

—Que mi plan se realizará en todas sus partes, Dios mediante.

—Sepamos.

—No es necesario, Luti.

—¡Qué reservado sois!

—Lo conveniente nada más. Camina más despacio.

—Ahora tengo frio.

—Te lo sufres, que no debemos alcanzar á los que van delante.

—De este modo tardaremos una hora.

—No importa.

Y prosiguieron, entrando á las once próximamente en el *hôtel de Francia.*

—Desnúdame.

Dijo Oton al sirviente.

—¿A qué hora os despierto mañana?

—A las siete he de estar en la calle.

—¿Y el almuerzo?

—No lo sé; cuando vuelva.

—¿Traje?

—El tuyo, que usaré hasta que venga á comer.

Amo y criado quedaron en sus respectivos lechos, durmiendo el resto de la noche.

Bien temprano, cubierto el conde con un traje de su criado, se trasladó á casa de Zaida, á la que halló levantada y leyendo en el libro que él le habia dejado el dia anterior. Los dos se estrecharon cariñosamente, exclamando la mora:

—¡Creo ya en tu Dios, le amo! ¡Gracias, hijo, por el bien que me has hecho!

—Suponia Magno que era imposible convencerte. ¡Qué mal te juzgaba! Ya viste que me bastó media hora.

—Cierto; pero mi hijo pensaba como yo; sólo la idea de abjurar lo que vosotros llamábais mis errores, me extremecia. Lo probable no era lo que tú lograste de mí, conde; á la que

no pudo convencer ni obligar Don Juan de Austria, parecia en extremo difícil que un hijo de la Georgia, un jóven barbilampiño lo obtuviera. ¡Qué talento tan elevado; qué don de convencer; qué predominio tan absoluto!

—Y Dios, ¿no hizo nada, madre mia? ¿Fuí yo solo el autor?

—Verdad es; su misericordia infinita, la causa; tú, el instrumento. ¡Qué diferencia tan grande he hallado entre el sublime Hijo de Dios que nace en un establo, se esconde despues y por más de treinta años en el mísero hogar de un pobre artesano, predica luégo, convence, le siguen las masas y sólo acepta de ellas la corona del martirio, comparado con Mahoma, que abusa del don de la palabra, forma ejércitos, da batallas y se hace el caudillo más temible de Oriente! Jesús crea, fomenta; Mahoma destruye, aniquila. Hay entre ellos una sola diferencia; el primero es la verdad, el bien; el segundo la mentira, el mal.

—Mucho has leido para presentar conviccion tan arraigada y poder comparar con la exactitud que lo haces.

—Toda la noche.

—¿No te acostaste?

—No; dejé el libro de mis manos cuando te he visto entrar. Dios merece ya de mi parte más amor y entusiasmo que mi hijo Magno.

—Muy bien, madre mia; ahora empezarás una vida tranquila, apacible, dichosa, caminando hácia la decrepitud con paso firme y seguro, sin que acontecimiento alguno vuelva á agitar tu espíritu. Cree con el entusiasmo del meridional; adora con la fe del cristiano, y nada temas, que Dios es justo y bondadoso.

—¡Qué feliz soy, Oton! Me voy á presentar á mi hijo digna de él.

—Cierto, y yo, que te he guiado y dirigido, podré pagarle de ese modo algo de lo que hizo por mí.

—¿Te sientas?

—Sí, á tu lado. Deja tu mano entre las mias. Te voy á dedicar una hora.

—¿Nada más?

—No; que me espera Nefftalí. Después que yo parta, almuerzas y duermes, madre mia.

—Te equivocas; hasta que sea cristiana no se cerrarán mis ojos.

—No debo combatir tan santo empeño. Como te dije ayer, serán tus padrinos los embajadores de Venecia; el solemne acto se realizará en su capilla, y tus nuevos nombres serán Juana Oton de Abenamar.

—El de mi hijo y el tuyo; los acepto gustosa.

—Cuando ya estés tranquila al lado de Magno, procura convencer á tus tres criados y hazlos católicos. Es una accion que te agradecerá mucho el cielo.

—Lo haré; que no puedo ni debo abandonar á esos tres compañeros que me han seguido en mi larga peregrinacion.

—Partiremos, como te tengo dicho, al amanecer.

—Todo estará corriente.

—Iremos juntos, cogidos de las manos; yo detallaré en la travesía las batallas que ganó tu hijo, y tú me referirás tus extensas correrías por la tierra; lo mucho que habrás sufrido cruzando los mares, las zonas y las naciones.

—Largo será entónces mi relato, Melenik. Noto que vienes disfrazado.

Y los dos prosiguieron hablando hasta las ocho en que se estrecharon tiernamente.

El conde salió de allí, trasladándose á casa del judío Asam.

El portero le recibió con afabilidad, acompañándole al despacho de su señor.

—Adelante, Samuelito,—gritó el judío.—¿Cómo estás?

—A vuestra disposicion. Venga una pluma, y dictadme, que el tiempo vuela y las horas son un tesoro inapreciable.

—Acepto la idea; pero hablemos un poquito. ¿Viste á la mora?

—Sí, señor.

—Nada habrás logrado, que es terca y feroz como todos los de su raza.

—Yo jamás falto á lo que ofrezco. Mañana al amanecer saldrá conmigo para Marsella, allí se embarcará, y estoy seguro que como vos no la busqueis, lo que es ella no ha de intentar volveros á ver.

—¡Con qué indiferencia lo dices! ¿Comprendes la importancia de tus frases?

—¿Trabajamos?

—¡Si fuera cierto que me quitases á Zaida de aquí!

—Os lo juro solemnemente. ¿Dictais?

—¡Luégo; déjame ahora que te admire! ¿Qué deseas de mí? Pídeme lo que quieras.

—Anhelo que nos dediquemos al despacho de vuestros negocios; intento aprender, ilustrarme.

—Pronto lograrás todo eso, que he de tener por ti más interés que hombre alguno me inspiró hasta ahora.

—De eso trato, señor baron.

—Lo primero te dictaré la carta que voy á dirigir á tu tio, hablándole de tu llegada, recibimiento que te he hecho, de lo que vales y de lo mucho que llegarás á ser á mi lado.

—Dadme papel, y empezad cuando gusteis.

Y comenzaron á trabajar, continuando hasta las diez que exclamó Nefftalí:

—Me llaman para almorzar; suspendamos por una hora, y acompáñame, si quieres, al comedor.

—Gracias, me esperan en mi casa con las viandas dispuestas; á las once estaré aquí.

—Tienes una letra hermosa y una disposicion que me maravilla. Como continúes de ese modo, llegarás á ser mi ojo derecho.

—A eso aspiro únicamente. ¿Me llevo esta carta para mi tio?

—Sí; mándala á Venecia, y que vaya en union de esa mora...

—Comprendo. Hasta luégo.

Y salió Melenik en direccion del *hôtel*, exclamando por el camino:

—Aun cuando Battiferra evitará cualquier compromiso que pudiera venirme de Venecia, bueno es que ese judío dirija este escrito, después de lo cual sólo se cuidará de esplotar mi cerebro en su escritorio. Mi plan parece infalible. Rompo esta carta, que para nada sirve, y ahora el almuerzo.

Entró en su *hôtel*, realizando lo que acababa de decir.

—Luti,—dijo á su criado al concluir,—listo el traje de terciopelo para la noche.

—Ya está, amo mio.

—Pasea esta tarde.

—Lo haré.

—Adios.

—La Vírgen os acompañe.

CAPITULO XX.

Prosiguen entendiéndose los dos judíos—Oton acaba de ganar la voluntad de Nefftalí.—El bautizo.—Fin de la primera parte del plan desarrollado por el conde Divari.

MELENIK regresó á casa del baron, prosiguiendo en su tarea hasta las cuatro de la tarde, que le dijo aquél:

—Basta, Samuelito; con tu poderosa ayuda quedaron terminados todos los asuntos que tenía pendientes. Has escrito diez y seis cartas, extendimos once letras y se ordenaron los libros, y me hallo muy satisfecho y complacido de tu trabajo. Si esto sucede el primer dia, te aseguro un brillante porvenir.

—Noto que vuestra pupila debe ser muy rica, á juzgar por el inmenso capital que manejais.

—No me gusta que me hablen de ella, pero á ti te lo tolero. Ciertamente que es poderosa, y tan dulce, tan bella, tan tierna conmigo, que me encanta. Todos los dias salgo á esta hora, cómo con ella y paso á su lado cinco horas deliciosas.

—Ya se conoce; y me complace que seais tan cariñoso y amable con una infeliz huérfana.

—Como tú tambien lo eres...

—Claro está.

—¿Te quiere tu tio como yo á ella?

—Estoy satisfecho.

—No debo hacerla esperar más tiempo.

—Pues estrechad mi mano y hasta mi regreso de Marsella.

—¿Con que el asunto parece realizable?

—Mañana será cosa terminada.

—¡Cuánto te voy á deber! ¿Necesitas algo para el camino?

—Nada.

—¿Alguna recomendacion?

—Soy rico, y con el oro se abre uno paso por todas partes.

—No tires, Samuelito.

—El que siembra coge.

—Pero el que derrocha se arruina.

—Caro me va á salir este viaje, pero lo hago en obsequio vuestro, y ya me recompensareis á la vuelta, enseñándome cuanto necesito.

—Eso sí, que lo mereces.

—Y otorgándome toda vuestra confianza.

—Ya la tienes.

—Gracias, y creed que me haré digno de ella.

—¿Cuánto vas á tardar?

—Lo ménos posible.

—Te aguardo con impaciencia.

El judío lo acompañó hasta el pié de la escalera, donde lo estrechó por última vez, demostrando interés.

—¡Ah, culebra oriunda de la Siria!—exclamó Oton por el camino.—Yo te enroscaré al árbol de la muerte, donde pronto te hallarás enclavada hasta el fin de tu vida. Luti,—añadió entrando en el salon,—mi traje de terciopelo.

—Al momento, señor. ¿Continúan las intrigas?

—Quedan suspendidas hasta nuestro regreso.

—Muy bien. ¿Qué armas quereis?

—Sólo la espada.

—¿Os voy á acompañar?

—No.

—¿Qué debo hacer?

—Después que comas dices al de la carroza que esté aquí á las cinco en punto de la mañana.

—Es lo convenido, pero no estorba repetir la órden.

—Ten listos los equipajes; llevaremos sólo lo puesto, y en la maleta ropa blanca.

—¿Traje de camino?

—Por supuesto; los que hemos traido de Venecia.

—¿Pistolas?

—Las cuatro y algunas cargas.

—¿Hay salteadores en el camino?

—Creo que no, pero bueno es ir prevenidos.

Luégo que hubo cambiado de traje Oton, comió, y, embozado en su ferreruelo, se dirigió á casa de Zaida.

La mora le esperaba vestida sin lujo, pero con decencia; su rostro estaba encendido, tenía la mirada ardiente y la satisfaccion aparecia en su faz.

—Bien, madre mia,—le dijo Melenik entrando;—estás bella como en tus mejores años. Me complace lo modesto de tu traje, que contrasta admirablemente con tus finos modales y actitud de reina. Un beso en tu frente por mí y otro por mi hermano.

—¿Viste al judío?

—Sí, me hizo trabajar siete horas.

—¿Va entrando en la red tendida por el terrible georgiano?

—Está ya dentro de ella en cuerpo y alma.

—No me extraña; ¿quién resistiria á tu talento? ¡Oh, bendito el instante en que mi adorado hijo detuvo el hacha que iba á segar tu preciosa garganta!

—Van á creer tus sirvientes que estamos enamorados.

—Me alegro; que á nádie pienso ocultar el afecto que me inspiras como hijo.

—¡Qué dulce es esa frase para el que no la oyó hasta ahora! La mayoría de los hijos ignora lo que vale el interés y cariño de una madre; se acostumbra á él, lo ve como cosa natural y no aprecia su mérito. Yo, que tuve por padres dos panteras y que jamás me arrulló amor alguno, gozo oyéndote,

madre mia, como ellos no saben. Lo malo es que Magno me va á robar una parte.

—Imposible; tengo dos brazos para ámbos y un corazon, que partireis sin que ninguno tenga queja de mí.

—Pues ahora que estoy solo me desquitaré por lo que pueda ocurrir. Un abrazo, otro y otro. Y que espere Magno, ínterin me perteneces por completo.

—¡Qué bueno eres, hijo mio!

—Pues ¿y mi ferocidad caucasiana, mis instintos montañeses?

—De esos que se ocupen tus enemigos, á los cuales compadezco.

—Repito, madre mia, que aguarde Magno; pero no hagamos esperar á Dios; ha anochecido y hé aquí mi brazo.

—Deja que cubran mi cabeza y parte del rostro con un manto.

Cinco minutos más tarde salieron Oton y Zaida en direccion de la embajada de Venecia. Iban cogidos del brazo, y su conversacion se contrajo ahora al solemne acto que iba á efectuarse.

Fueron recibidos por los embajadores de una manera digna, sin ostentacion, pero con sobrada amabilidad. Un sacerdote se encerró con Zaida, ocupando media hora en prepararla. Al terminar se abrió la puerta, exclamando el eclesiástico:

—Puede hacerse cristiana Zaida Abenamar.

Los embajadores la cogieron de las manos, y en pos del ministro la condujeron á la capilla, donde instantes después fué bautizada. Durante el acto demostró la madre de Magno serenidad, fe en lo que estaba haciendo y un amor grande á Dios. Al concluir la estrecharon sus padrinos, el conde y el sacerdote, devolviéndoles ella tan tierna expresion de cariño con frases sentidas, que los conmovieron hondamente.

Pasaron luégo al estrado, donde les fué servido un refresco que tomaron en familia. Entónces se habló de Magno; Oton, agradecido á los embajadores, hizo algunas revelaciones importantes, y por último se levantó, exclamando:

—Madre mia, no has dormido nada anoche y tienes que madrugar mañana. Partamos, si lo tienes á bien.

—Con mucho gusto, si nos lo permiten mis padrinos.

—Accedemos, con tal que nos dejeis acompañaros hasta vuestra morada.

Y sin esperar respuesta, pidió el embajador la carroza, en la que entraron éste, su esposa, Oton y la nueva cristiana, después que se hubieron despedido del sacerdote y de Ponti.

De este modo se trasladaron á la calle del Norte. Los padrinos estrecharon nuevamente á su ahijada y al conde, dándoles el último adios.

—No olvideis los documentos que os tengo pedidos.

Dijo Oton. El representante de Venecia le contestó:

—Quedaban extendiéndolos, en cuanto llegue los firmaré, y ántes de media hora estarán en vuestro poder.

—Pues aquí los aguardo.

Y Melenik prosiguió después que hubieron partido los embajadores:

—¿Cómo te encuentras, madre mia?

—Muy bien; no puedo yo explicarte el consuelo que siento, la dulce satisfaccion que rebosa en mi alma. Tiendo la vista atrás y veo un pasado oscuro, tempestuoso, horrible, pero que va poco á poco borrándose de mi memoria, como el sueño fatídico que deja ya de atormentarnos; me fijo en el presente, y gozo al contemplarte tan noble, generoso y entendido; me veo cristiana, y me extasía el placer. Luégo pienso en el porvenir y distingo en lontananza á mi hijo, á Magno, que me abre los brazos, en los que caigo desmayada á impulsos de la dicha y la ventura. ¡Ay, Oton, qué feliz me has hecho! Tu hermano no es ya tu acreedor, sino tu deudor.

—¡Ojalá y fuese cierto! Tu estado, madre mia, me hace experimentar una satisfaccion inefable. Siéntate á mi lado en este divan. ¡Qué hermosa estás! ¡Oh, jamás se practica el bien sin recibir la recompensa en el acto! Corrió mi existencia muchos años sin hallar una madre que endulzara mis penas y aminorase mis sufrimientos; pero al encontrarte, veo en ti el

objeto amado porque suspiré, mejor aún de como yo lo soñaba; porque tú jamás dejáras de ser mi madre. ¿Es cierto?

—¡Nunca, hijo del alma! Si me abandonases, está seguro que junto á Magno careceria de una completa dicha; necesito de los dos; quiero estrecharos constantemente á ámbos; quiero ser feliz en medio de mis hijos.

Y continuaron dándose repetidas pruebas de un cariño naciente, pero grande, acendrado, sublime.

El conde guardó en su escarcela los documentos que le mandó el embajador, y poniéndose en pié, dijo á Zaida:

—Son más de las nueve y me retiro, madre mia.

—¿Tan pronto?

—Sí; métete en cama inmediatamente; duerme; á las cuatro y media haces entrega de la casa y muebles, y á las cinco partiremos. ¿Tienes corriente el equipaje?

—Poco falta.

—Obedéceme y descansa toda la noche.

—En cuanto salgas daré gracias á Dios por los muchos favores que le debo, y buscaré el lecho.

—Eso es. ¿Necesitas dinero para pagar?..

—No, hijo, tengo oro de sobra.

—Pues hasta mañana, madre mia.

—¡El cielo premie en ti los favores que te debo!

Cinco minutos después decia Oton á su sirviente:

—Luti, desnúdame.

—Tempranito os acostais.

—Hay que madrugar.

—Ya lo sé.

—¿Viste al de la carroza?

—Sí, señor; á las cinco en punto la tendreis á la puerta, y yo mi caballo.

—¿Pagaste al dueño del *hôtel?*

—Por supuesto; mandándole que deje estas habitaciones á nuestra disposicion.

—¿Y la maleta?

—Corriente, y aquí teneis preparado vuestro traje de ca-

mino; sólo me falta guardar el que ahora os estoy quitando.

—¿Y los cintos?

—Preparados.

—Pues concluye; te metes en cama y vienes á vestirme á las cuatro y media.

—Buena noche, señor.

El conde se quedó poco después dormido, continuando de este modo hasta que Luti le despertó por ser ya la hora de marchar.

Lucian los primeros crepúsculos matinales cuando entraron en la carroza con Oton, Juana y sus dos doncellas. Colocados los equipajes en la parte superior del coche, ocupó el negro el puesto del lacayo y la carroza partió, yendo en pos Luti en un magnífico caballo francés.

El vehículo alquilado era efectivamente muy ligero para lo que se acostumbraba en aquella época. Tiraban de él cuatro briosos alazanes; el camino de Lion, por el que acababan de entrar, era excelente, y la verdad es que corria como nuestras modernas diligencias. Admirada Juana del buen movimiento y rapidez, dijo al conde:

—Oton, veo en ti un sér tan extraordinario, que me sorprende todo cuanto practicas. He recorrido el mundo y jamás hallé un modo de caminar tan cómodo y acelerado.

—Consiste, madre mia, en que nos hallamos en uno de los pueblos más adelantados de Europa, y en que los franceses son tan aficionados al oro que al verlo hacen milagros.

—Pero tú adivinas, pues no habiendo estado aquí nunca debias ignorar todo eso.

—Lo supuse y no me he equivocado. ¿Vas bien?

—¡Ay, que si voy bien me preguntas! Este viaje es delicioso; pero áun cuando fuese el más molesto del mundo, yendo contigo y esperándome Magno en Marsella, caminaria dichosa y feliz.

—Recuerdo ahora que me recibiste la primera vez recelosa y como dudando de las noticias que te habian dado sobre mí.

—Cierto; desconfiaba entónces, Oton, hasta de mi sombra.

—¿Qué idea contraria á la verdad te asaltó?

—Que pudieras ser el aborto de una intriga del judío Asam; pero al contemplar tu belleza, serenidad y talento, creí que me llevabas la felicidad porque tanto he suspirado.

—Hace ya mucho tiempo que no me hablas de ese fatal hebreo.

—Cristiana yo, y entregado él al terrible georgiano, sólo me resta compadecerle.

—Tanto mal como te causó, lo presenta indigno de tu piedad.

—Mi corazon sólo late por mis dos hijos, Oton y Magno; lo demás poco ó nada me importa.

—¿Supongo que no olvidarás tu juramento?

—Me lo arrancó tu ingenio y habré de cumplirlo, me pese ó no.

—Así te quiero; ese hombre funesto es un avaro que sacrifica al infeliz que llega á él; y se le acercan tantos y es tan rico, que constituye por sí solo una horrible calamidad.

—Cuentan eso.

—Es la verdad, madre mia. Su bárbaro egoismo no tiene descripcion. ¡Cuántas familias se habrán arruinado por él; qué de maldades sembró sobre la tierra! Aun cuando pudiera yo perdonarle lo que hizo con Magno y contigo, me veria obligado á inutilizarle en bien de la humanidad.

—¡Cómo ha de ser! Te aconseja una idea noble en pro de los más y no puedo combatirla. Vuelve á París, condénale al ostracismo sin saña ni rencor, y regresa á mi lado para que la madre viva en medio de sus dos hijos.

El viaje que efectuaban nuestros caminantes no podia ser efectivamente más cómodo; el arrecife se les presentaba magnífico; la carroza cómoda y ligera; los caballos, que mudaban á menudo, jóvenes y fuertes, y con tan buenos elementos corrian como anhelaba el deseo. Determinaron hacer sólo dos comidas, una al mediodía y otra á la noche, costumbre ya establecida en Francia. Perdian en la primera poco más de una

hora y siete en la segunda, pues terminada esta dormian en los mesones hasta el amanecer.

Como iban precedidos de un correo que mandó el dueño de la carroza, todo lo hallaban bien calculado y dispuesto, lo que les proporcionaba no perder un sólo instante infructuosamente.

El viaje le costaba á Oton mucho dinero, pero ni el rey de Francia podia hacerlo con más comodidad.

Tardaron en distinguir las torres de Marsella seis dias, lo cual era en aquella época sorprendente y pocas veces visto.

Ya en la ciudad situada en la costa del Mediterráneo, buscó Luti un *hôtel* con vista al puerto y en él se hospedaron los seis. Oton y Juana ocuparon las alcobas del salon principal, otra que estaba inmediata las doncellas, y un cuarto algo más distante Luti y el africano.

La carroza, el cochero y correo se alojaron por órden del conde en una posada dentro de la ciudad, descansando así de la fatiga que les proporcionó el viaje que concluian de hacer. En tal estado, quedaron esperando unos y otros, dando Melenik por terminada la primera parte de la mision que le retenia en Francia.

CAPITULO XXI.

Los vigías.—Llegada.—La madre y el hijo.—Magno, Juana, Mondragon y el conde Divari.—Despedida.

LLEGARON á Marsella nuestros viajeros al anochecer, comieron, y enterado Oton de que no habia arribado el navío *Venecia*, se retiraron á descansar.

A la mañana siguiente vistió Luti á su amo, y éste se dirigió á uno de los balcones de los seis que tenía el salon, todos los cuales daban al puerto. Ya en él, tendió la vista hácia Oriente en busca de una nave que no distinguia.

—Luti,—exclamó sin moverse de aquel sitio,—compra un anteojo y tráelo inmediatamente.

—Si quieres el mio te lo prestaré.

Dijo una voz muy conocida del conde, y éste volvió la cabeza, viendo á su derecha en otro balcon á Juana.

—No vayas, Luti.

Añadió Divari, y acercándose á su madre adoptiva, le preguntó:

—¿Quién te ha proporcionado ese anteojo?

—Lo compró mi africano.

—¡Te adelantaste á mí!

—Sí, quince minutos escasamente.

—¿Te sientes bien?

—¡Ay, por más que he mirado nada se distingue!

—Lo supongo; pero no es eso. ¿Descansaste?

—Sí, soñé con Magno y fuí muy dichosa. ¡Pero tarda tanto!

—No lo creas; suponiendo que tenga viento y que traiga cien remos por banda, no podrá llegar hasta mañana.

—Entónces, ¿á qué has venido al balcon?

—Me trajo, como á ti, la ansiedad, el amor que tengo á Magno.

—¿Quieres mirar con esta óptica?

—Lo creo inútil, pero nada se pierde. Es pronto; sólo distingo velas latinas y buques extranjeros. *Venecia* no asoma.

—Esperemos.

—No hay otro remedio. ¿Quieres dar una vuelta por la ciudad?

—No; sólo deseo ver á Magno. ¡Ay, cómo late mi corazon al pronunciar su nombre!

—Existen en Marsella vários templos, donde el cristiano da gracias á Dios por los favores que continuamente le otorga.

—¡Y te lo habias callado! Vamos, Oton, que pocos le deberán tanto como nosotros. ¡Hola! Traedme el manto y el libro que hallareis á la cabecera de mi cama,—dijo Juana á sus doncellas, y añadió dirigiéndose al georgiano:—Otra vez luces tu elegante traje de terciopelo negro; pareces comediante, hijo mio.

—Cómo ha de ser; de conde me cambio en judío, y la ropa hace ahora al monje.

—¿No te pones el ferreruelo y birrete?

—Con la espada. Tráemelos, Luti.

—¿Qué papel es ése que, al enseñarlo, las autoridades francesas se descubren ofreciéndose á ti, léjos de poner impedimento á tu viaje?

—Mi tercer disfraz.

—No te comprendo.

—Oye cómo lo encabeza el representante de Venecia en París.

«El noble alférez de la marina veneciana, señor conde »Divari, está encargado de una mision importante en el inte»rior de Francia, y ruego á las autoridades, etc., etc.»

—¿Y la mision es traerme á Marsella?

—Ahora sí; después se refiere á mi vuelta á París, luégo á que no me estorben en mi plan contra el judío Nefftalí, y después sábelo Dios.

—¿Vamos al templo?

—Hé aquí mi brazo.

Marsella era en la época que pasa nuestra historia lo que ha venido siendo hasta hace muy poco; es decir, una ciudad grande, súcia y fea, pero con magníficos puertos, única cosa que constituia su mérito. La habitaron, por lo general, gentes dedicadas exclusivamente al tráfico y comercio, que sólo se cuidaron de ganar mucho, importándoles muy poco lo que no fuese esto. Así es que teniendo la pretension de ser el primer puerto del Mediterráneo, no ha correspondido nunca su importancia marítima con las bellezas, aseo y comodidad de la mayoría de las poblaciones de Francia.

Juana y Oton cruzaron várias calles, súcias, desniveladas y nauseabundas, entrando después en un templo, donde permanecieron cerca de tres horas.

Cansado Oton de estar de rodillas se sentó en un banco, y de este modo dió lugar á que terminara su ascética y extensa plegaria la madre de Magno.

Al levantarse la ex-mora, tenía el rostro encendido, húmedos los ojos, y en su faz se retrataba aún el recogimiento y ascetismo de que estuvo poseida mucho tiempo.

Melenik la dió el brazo fuera de la iglesia, diciéndole:

—Muy bien, madre mia; tarde entraste en el gremio católico, pero con tan buena voluntad, con amor tan vehemente, que habrá pocos en Italia y España capaces de superarte en la práctica.

—Todo te lo debo á ti, hijo mio; las sábias ideas que infil-

trastes en mi alma empiezan á dar el fruto que debian. Abreviemos, si te parece.

—¿Qué causa?.. ¡Ah, sí; por la mañana es imposible andar por Marsella con comodidad! ¡Qué pueblo tan súcio y abandonado!

—El olor que hiere nuestro sentido lo lastima y hasta parece penetrar en el cerebro. ¿En qué consiste eso, Oton? Porque en los demás pueblos que conozco de Francia no he notado tan gran desidia.

—Los habitantes de esta ciudad ya os dije que se dedican exclusivamente á negocios, y esto no es otra cosa que la consecuencia de tener que vivir entre avaros ó egoistas, gente que se cuida únicamente de atesorar.

—¿Y guardan su caudal entre inmundicia?

—¿Qué les importa á ellos? Se han acostumbrado y ni áun lo notan.

Hablando así llegaron al *hôtel*. Algo más tarde pidieron el almuerzo.

Cuando hubieron concluido, preguntó Juana:

—¿Qué vamos á hacer esta tarde, hijo mio?

—Lo que tú quieras.

—¡Qué horas tan largas!

—Daremos un paseo por el mar.

—No.

—Saldremos fuera de la ciudad.

—Son áridos los alrededores.

—Entónces hablemos.

—Es lo mejor; pero nota que la temperatura es agradable.

—Cierto.

—En cuyo caso podiamos irnos al balcon.

—Comprendo; y llevar con nosotros el anteojo, y mirar hácia Levante, y convertirnos, en una palabra, en vigías. ¿Es cierto?

—Sí.

—Pues sea.

—¿Qué aire reina?

—Primer cuadrante, dicen los marinos.

—No lo entiendo.

—Nordeste.

—Aclara, hijo, aclara: te pregunto si Magno trae viento favorable.

—Viene de bolina y de este modo se corre bastante, siendo el movimiento del barco el más cómodo.

—¡Qué veo! ¡Un buque de guerra! ¡Viene de Italia!

—Dame el anteojo. Es verdad; pero trae pabellon francés.

—¿No ves ningun otro?

—Dos velas distingo en la misma direccion; pero el *Venecia* no asoma.

Y pasaron el resto de la tarde mirando, sin lograr distinguir lo que deseaban.

Comieron después, y á las diez, amos y criados buscaron el reposo indispensable.

Oton y Juana se hallaban á las seis de la mañana en el balcon, donde permanecieron hasta las ocho, que fueron al templo; almorzaron al regresar, continuando su ocupacion de vigías.

Serian las doce cuando Juana exclamó:

—Veo asomar entre el agua y el horizonte un barco que debe ser muy grande, Oton.

—Sigue mirando, que ya no hay momento seguro.

—Avanza con rapidez, y no me he equivocado; es una mole inmensa.

—Dame el anteojo.

—No; espera. ¡Se ven muchas velas, brillan los cañones de guerra, Melenik!

—Trae.

—No; todavía no. Ya percibo los bultos que andan por la cubierta. Viene haciendo un medio círculo.

—Déjame que mire, y yo te diré si es ó no.

—Creo que sí, y me fundo en los latidos de mi corazon. Toma, pero habla pronto.

—Es efectivamente un buque extenso; bien construido;

lleva desliado todo el velámen y más de ochenta remos por banda.

—¿Es mi hijo?

—¡Qué bien dirigido viene!

—¿Pero trae á Magno?

—Corta el agua con más brío y rapidez que el águila el éter. ¡Viva Venecia!

—¡Luego es él!

—No digo que sí ni que no; que mi patria adoptiva tiene muchos buques grandes. Entra conmigo.

—¿Qué intentas?

—Ya lo verás.

—No quiero; dame ese anteojo.

—¿Para qué lo pides si no conoces á nádie de los que allí vienen?

—Verdad es. ¿Y tú?

—Estás muy conmovida y no debo tolerar que continúes de ese modo. ¡Luti!

—Señor.

—Un vaso de agua y ese frasco que está á la cabecera de mi cama.

—¿Para quién es eso?

—Para tí.

—¿Luego llega y me preparas?

—No sé si llega ni te preparo; trato únicamente de cortar esa agitacion que tanto me molesta.

—¿Por qué, hijo?

—Porque puede afectar á tu salud.

—Tienes razon. Ya me tranquilizo. ¿Viene, hijo mio? ¿Es ese su barco?

—Despacha, Luti.

—Aquí está, señor.

—Vierte seis gotas en el agua; con cuidado. Dáselo á tu señora. Bébelo todo, madre mia.

—No tengo gana, más lo haré. ¿Viene en ese barco?

—Luti, ves al puerto; coge el bote más ligero y sal á re-

cibir al navío *Venecia*. Si no me he equivocado, di á mi hermano y al general Mondragon que aquí les aguardamos. Abrevia.

—Me convierto en relámpago.

—Oton,—exclamó Juana,—mal hijo, peor hermano, ¿por qué no salimos á recibirlos?

—Porque no.

—Es una razon capaz de convencer á un poste.

—Tengo muchas, pero no debo darte ninguna.

—Gracias.

—Déjame que mire.

—Ya estará cerca.

—Sí.

—¿Le has visto?

—No sé.

—¡Hombre cruel, tienes el corazon de roca!

—Y tú de almíbar; todos los extremos son viciosos.

—¡Pero dime algo, por Dios Santo!

—Déjame que observe. Avanza como una centella. Basta. Siéntate á mi lado y espera tranquila.

—¿Le has visto?

—Cálmate, que hoy lo estrecharás.

—¡Cómo si yo pudiera contener los impulsos de mi corazon! ¡Ay! ¿Qué es eso, Oton; le hacen fuego?

—No; es que Francia y Venecia se saludan.

—¿Es costumbre?

—Sí.

—Lo comprendo, pero...

—Pero estás insufrible con ese temblor y una actitud que me asusta.

—Quiero tranquilizarme, imitarte, Melenik; más siento una alegría que conmueve todo mi sér..

—Hablemos de él y domínate en lo posible.

—¡Cuánto tarda!

—Si no reprimes tu impaciencia, nada lograremos.

—¿Dices que es general de marina?

—Sí.

—Tambien su padre; y ganó la primer batalla del mundo: la de Lepanto.

—Este dió cuarenta, y en todas ellas triunfó.

—Lo creo, ¡vaya si lo creo! ¿Te hallaste tú en alguna?

—En várias.

—¿Y qué hiciste?

—Cruzarme de brazos y ver impávido la ligereza con que se destruia el género humano. Tenían una prisa feroz.

—¿No defendias á mi hijo?

—¡Si no me permitió jamás que cogiera una hacha de abordaje!

—¿Por qué?

—Decia que era muy niño y que no servía para la guerra.

—¿Pero tú?..

—Yo llevaba una pistola escondida, y como alguno...

—¡Bravo, Oton! ¡Cuánto tarda!

—Dios se disgusta de esa agitacion, de esa impaciencia. Sólo para amarlo á él, para obedecerle, conviene ese estado.

—¡Ay! Bueno, me has convencido. Permíteme que me asome al balcon.

—Estás bien á mi lado.

—Ni mi padre me mandaria con tanto rigor.

—Es que soy más para ti; soy de los dos el único que está cuerdo.

—Como fuera hijo tuyo...

—Le quiero yo mas que tú, porque sé querer con talento.

—Vana palabrería que no agrada ni áun al oido.

—Porque eres torpe.

—Si te lo hubieran robado como á mí; si después ocuparas treinta años en buscarlo, pasando de la zona abrasadora á la glacial, desde el mar á tierra, desde un infierno á otro, siempre sufriendo, llorando... Oton, en este asunto eres muy niño.

—Tanto que he logrado cási un imposible.

—¿Qué es ello?

—Tranquilizarte algo; ¿no lo notas?

—¿Qué ruido es ese?

—El viento; aquí se levantan de pronto unos aires...

—¿Habrá desembarcado mi hijo?

—Con su buque no puede ni el más fuerte vendaval.

—Se oyen muchas voces.

—Sí, las de gente que pasa por la calle.

—¡Qué sangre fria tienes!

—Madre mia, á mí sólo me entusiasman el amor de Dios, su grandeza, la bondad con que nos acoje, lo que pertenece única y exclusivamente á Él.

—Tambien lo bendigo yo en estos instantes.

—¿Quieres que hagamos una cosa? Vamos á tu alcoba, postrémonos delante del Crucifijo que tienes en ella, y oremos.

—Hombre, ¿en estos instantes?

—Ningunos más á propósito. Hé aquí mi brazo.

—¡Oton!..

—Dios nos espera, madre mia, y vale más que Magno y que cuanto existe.

—Es que temo distraerme, que me falte devocion.

—No es posible; tu agradecimiento á tanto como le debes te inspirará otra cosa.

—¿Estoy bien así para recibir á mi hijo?

—Dios no mira la ropa, sino el espíritu. Bien estás así para adorarle.

—Pero mi hijo...

—Para ser buena madre es preciso ántes haber sido buena hija. Póstrate delante de tu Padre, y cuidado con distraerte, que en su mano está ofrecerte un cadáver en vez del hombre que aguardas.

—¡No, eso no! ¡Dios mio, piedad!—Y cayó de rodillas.

—Eso sí; prosigue, que yo te ayudaré.

Melenik oraba, Juana pedia, y ámbos permanecieron media hora de este modo.

Instantes después, oyeron una voz varonil que gritaba desde léjos:

—¡Madre, madre mia!

Juana, que estaba arrodillada, queriéndose levantar, cayó al suelo; el conde la cogió, diciéndole:

—¡No te aturdas! Cógete á mí.

La infortunada fué á hablar y no pudo.

Un segundo más tarde se escucharon dos acentos roncos, vibrantes, que exhalaron:

—¡Hijo!

—¡Madre!

Y quedaron estrechamente abrazados Magno y Juana.

El general Mondragon y Melenik los miraban con interés creciente, pero sin atreverse á romper aquel amoroso silencio.

Magno besaba la frente de su madre, bañándola con lágrimas. De pronto exclamó:

—¿Está preparada, Oton?

—Sí.

—¡Se ha desmayado!

—Consiste en que para la emocion que experimenta no hay antídoto en el mundo. Déjamela.

—Eso nunca.

—Permíteme al ménos que la vuelva á la razon. Siéntate con ella en ese sofá; reclina su cabeza contra tu pecho. Eso es. Luti, el frasco.

—Aquí está, señor.

—Dame y sal. Separa un poco su cabeza. Basta con cuatro gotas que le haré yo tragar.

—¿Has experimentado ese líquido?

—Sí.

—¿En ella?

—Claro está. ¿Lo ves? Ya se mueve. Que beba otras dos gotas.

—¡Vuelve á la vida! ¡Gracias, Oton! ¡Cuánto te debo, hermano!

—Conviene que no ajustemos cuentas, porque resultarias acreedor.

—¿Hijo? ¿Dónde está mi hijo?

—Aquí, madre mia; te tengo en mis brazos.

—¡Ay, me faltan las fuerzas; se me va la vista! Llegan las lágrimas á mis ojos, pero me consuela este llanto. Sigue besándome, hijo mio; tus ósculos me devuelven la vida. Pero ¿y Oton?

—Aquí estoy, madre mia.

—Acércate. Este brazo es para tí. Así estoy perfectamente.

—Ya la ha ganado, Mondragon, y son ciento.

—¿Quién, Melenik? ¿Pues no es tu hermano?

—Sí, madre mia; quiérelo, que es digno de tu amor.

—Le conozco mejor que tú. Hijo, me ha hecho cristiana. Me bautizaron y soy católica por conviccion.

—¡Eso más! ¡Tú cristiana! ¡Incomparable Oton, bendito seas!

—Lo que no logró tu padre ni nádie en el mundo, lo consiguió él en media hora.

—¡Oh, ahora, conde, soy yo el deudor; pero por Cristo que te he de pagar con esplendidez. La única idea que me atormentaba era encontrar á mi madre mahometana.

—Te equivocaste; soy tan buena cristiana como tú, y me llamo Juana Oton de Abenamar.

—¡Qué inmensa es la bondad de Dios! Madre, deja que te mire. ¡Qué hermosa eres; cuánto he suspirado por ti!

—¡Menos que yo por mi hijo, por el hijo de mi alma! ¡Ay, me cuesta trabajo hablar!

—Magno,—dijo Melenik,—estrechaos los dos solos y aumentará la deuda. Yo, en tanto, saludaré á Mondragon, que prosigue allí haciendo pucheros.

El general veneciano y Juana, abrazados tiernamente, continuaron dando espansion al amor en que ardian sus tiernos corazones, en tanto que Divari alargó su mano al español, preguntándole:

—¿Queda buena mi hermana Otilia, general?

—Sí.

—¿Dichosa?

—Mucho, pero á medias al partir nosotros.

—Lo creo, que es duro abrir el arcano de la felicidad para ver al poco tiempo suspendido su dulce néctar. ¿Y mis amigos el Dux, Gradenigo, Adelina y su madre?

—Están bien, y todos me encargaron te estrechara afectuosamente. Acércate más; di ¿y el judío?

—Bueno, y esperándome con impaciencia.

—No te entiendo.

—Quiero decir que me aguarda para que arregle sus negocios y le sirva con el acierto é interés que expresó haber observado en mí.

—¿Eres sirviente junto á él?

—No; una especie de secretario para el que no tendrá secretos, y en breve ni áun voluntad.

—¡Desgraciado! ¿Qué vas á hacer con él? ¿Puedes ya decirme algo?

—Sí; creo que me será fácil mandarlo á viajar.

—No lo comprendo.

—Correrá el mundo probablemente como la madre de Magno.

—¡Ah! ¿No es poco?

—*Quien á hierro mata á hierro muere.* Le doy lo justo.

—¿Estás sereno delante de él? ¿No sospechará?..

—No lograrian alterarme á mí ni las calamidades de Faraon.

—Lo creo, valiente chiquillo; ¡qué alma tienes!

—De mejor temple aún que la vuestra.

—Voy creyendo que es verdad. Por cierto que no me siento bien delante de Zaida.

—De Juana Oton, querreis decir.

—Eso es.

—¿Por qué?

—Como nada pude hacer en su obsequio durante aquella horrible desgracia...

—¡Qué mal la juzgais! Me preguntó por vos con el mayor interés, y os advierto que su corazon es tan noble como el de Magno.

—Acaso le parezca que hice poco...

—No penseis delirios; mi madre os estima mucho, agradece lo que intentásteis en su favor, y ve en el padre adoptivo de su hijo un respetable anciano al que sólo desea complacer.

—Me devuelves con tus frases la tranquilidad.

—¿Dónde dejásteis la escuadra?

—Viene detrás de nosotros; llegará al amanecer.

—¿Son muchos buques?

—Llenan el mar; cuarenta y tres, pero todos grandes. ¡Qué armada, Santo Dios!

—¿Muchos cañones?

—Novecientos diez y siete.

—¿Bastante gente?

—Pueden batirse quince mil soldados.

—¿Viene algun otro general?

—No; los manda Magno con facultades ilimitadas.

—Entónces puedo regresar tranquilo á París.

—Sí, tritura á Nefftalí y en Madrid te esperamos.

—Creo que os llama mi madre.

—General,—exclamó Juana,—acercaos, mi anciano amigo. Ocupad este asiento y hablemos. ¡Con cuánto gusto veo al compañero del príncipe, al padre adoptivo de mi hijo! Estais viejo, pero fuerte.

—Dios conserva mi vida, y es una de las muchas cosas que debo á su excesiva misericordia.

—Yo le pido que la dilate cien años más.

—Gracias, amiga mia. Pero habeis cortado por mí...

—Quieto; no os movais, que al lado de mi hijo estoy bien, y entre él y vos, mejor.

—¿Te vas, Oton?

Preguntó Magno interrumpiendo á su madre.

—Sí.

—¿Adónde?

—A la posada en que se halla mi carruaje.

—Despídelo y vente con nosotros á España.

—Eso deseas, y lo hubieras logrado de cometer yo la im-

Lam.ª 10



C. MUGICA dibº y litº

Lit de J. DONON Madrid

—Mi hijo es un héroe!

prudencia de pisar tu barco; por cuya razon no fuí con nuestra madre al *Venecia*, y lo siento, pero el deber me llama á París.

—¿Encontrastes al judío?

—Sí.

—Olvídalo para siempre, sé grande en hechos como te hizo Dios en talento...

—Predicas en desierto, Juan.

—Ruégaselo, madre mia, y vos tambien, general Mondragon.

—Ninguno te atiende, y eso prueba mucho, Magno. Hasta luégo.

—Espera. Nosotros nos haremos á la vela mañana temprano.

—Ya lo sé; por eso me adelanto para que salga el correo que me ha de preceder.

—Desiste y te nombro...

—Tardaré bastante.. Adios.

Y desapareció sonriendo.

Quedaron Magno, Juana y Mondragon, permaneciendo una hora más en deliciosa conversacion. Luégo fueron interrumpidos por la llegada de las autoridades militares de Marsella, que pasaron á saludar al general veneciano.

Como Magno pensaba partir inmediatamente, mandó á Luti que le proporcionara una carroza, y á las cinco de la tarde subió en ella, acompañado de Mondragon y Melenik, con objeto de devolver la visita que acababan de hacerle. No habiendo desembarcado ninguno de sus oficiales, se vió en la imprescindible necesidad de llevar á su hermano y al general en forma de escolta ó séquito.

Juana le rogó quedarse sola, pues de este modo daba por hecho con razon que regresaria más pronto.

Los tres la estrecharon, ella les vió partir y se entró al salon, exclamando:

—¡Mi hijo es un héroe!

Luégo comenzó á pasear, [illegible] sentó, y así estuvo, impaciente

y desasosegada hasta que volvió Magno, tornando á abrazarse á su cuello.

La ternura, amor y extremos de Juana estaban en relacion con lo ardiente de su sangre y la vehemencia de su carácter.

Juan Magno envió una órden al *Venecia* y se sentaron á la mesa.

Luégo comenzaron á hablar los cuatro, hasta las diez de la noche que cada uno se retiró á su dormitorio, si bien ántes hubo besos y abrazos entre el hijo y la madre con suma prodigalidad.

A las cinco de la mañana avisaron á Magno que el bote esperaba y á Oton que tenía la carroza á la puerta.

Renunciamos á describir la despedida que hicieron al conde, Magno, Juana y Mondragon. La Providencia recompensaba ya espléndidamente en el georgiano la ingratitud de sus verdaderos padres.

Quince minutos después corria el bote en direccion del navío *Venecia*, llevando á los dos generales, á Juana, las doncellas, el africano, seis remeros y un alférez que dirigia el timon.

A la vez caminaba hácia París la carroza en que iba solo el conde Divari.

Sigamos al último.

CAPITULO XXII.

Regreso.—París.—El nuevo judío ante el viejo.

MAGNO, su madre y Mondragon se habian despedido de Melenik con las lágrimas en los ojos y el dolor en el corazon. No obstante la satisfaccion del hijo y la madre, dieron tregua completa á su alegría para entregarse al sentimiento, á un sentimiento profundo y cruel, en tanto que el barbilampiño de la Georgia, sereno, tranquilo, impávido, exclamó entrando en su carroza:

—Luti, al pescante. Cochero, á París, y ya sabes que me gusta volar.

Reclinado luégo en el fondo del carruaje, añadió para sí:

—El amor que me tienen Magno, Juana y Mondragon no ha de ser causa para que yo deje de llenar cumplidamente mi deber; los olvido por completo y pienso en mi judío, en ese hombre funesto que arruina las familias, empobrece á cuantos llegan á él, y, como la horrible Parca, va dejando en pos luto, llanto y miseria. ¡Ah, yo le obligaré á que pruebe el acíbar que está haciendo beber á los demás! Por causa mia abandonará sus riquezas, y, como á Altacima y Alaejo, le proporcionaré un medio de purgar sus faltas, de apurarse en la

tierra. Y lo que mis amigos creen que es odio, saña y rencor, puede que un sábio lo tomase por humanidad en relacion con el bien de los más y hasta con el de los ménos.

Y prosiguió indiferente á su separacion y alejamiento de la madre, el hijo y Mondragon.

Al cambiar el primer tiro, llamó Oton al cochero, y le dijo:

—Mucho corre esta carroza, pero aún es poco para lo que yo deseo.

—¡Señor, pues si volamos!

—Ahora apénas lleva peso, son los mismos caballos que al venir, y en mi concepto vamos despacio.

—Está el mal en que el correo que va delante...

—A ese le dije ayer lo que á ti ahora. Por cada dia que economice de molestias en el camino te regalaré cincuenta ducados.

—¿Me permitis que os haga una pregunta?

—Sí.

—¿Quereis dormir en el coche?

—No tengo inconveniente. Pero ¿y tú?

—Yo lo haré en el pescante, de dia, que á eso estoy acostumbrado.

—Bien, con tal que Luti te ayude y evitemos un vuelco.

Desde este instante comenzó la ligera carroza á caminar dia y noche sin tregua ni descanso.

Oton sonreia á menudo viendo su coche subir y bajar pendientes con la rapidez de una exhalacion.

Dentro del vehículo dormia, bajándose sólo para comer y almorzar; de este modo logró hallarse en París al cuarto dia de haber salido de Marsella.

Era la media noche cuando llegaron. Paró la carroza á la puerta del *hôtel*, y bien pronto se encontró en su salon, sonriendo al oir á Luti que le decia:

—Mi amo tiene más valor que cuantos hombres conocí en la vida.

—¿En qué te fundas?

—Hemos debido estrellarnos quinientas veces; os lo adver-

tí y vuestras contestaciones eran adelante, aún correis poco; debemos reventar veinte caballos y todavía no ha muerto ninguno.

—¿Eso te admira?

—Y al cochero, y á cuantos lo hubieran visto.

—Nádie se muere hasta que Dios quiere. ¿No conoces el axioma?

—Sí, señor; pero son pocos los que, como el conde Divari, lo dicen y lo creen. ¿Os desnudo?

—Sí.

—Hace cinco noches que no os quito estas botas ni el tabardo. ¡Vaya un viaje!

—Delicioso; ya verás otros que preparo por el estilo.

—Por la mar no se puede andar así.

—¿Que no? No tardaremos en encontrarnos en nuestro *Dragon*, y entónces cambiarás de ideas.

—¿Lo vais á mandar vos?

—Sí.

—Pues ahora digo que todo es posible.

—Gracias á Dios que puedo estirar las piernas á medida de mi deseo. No subas tanto la ropa, que siento calor.

—¿Y mañana?

—Te levantas á las siete, pagas la carroza, dando cien ducados de propina al mayoral y otros cien al correo, y dices al dueño que deje el carruaje á mi disposicion. El recibo lo extenderá á nombre del judío Samuel Levi, y que esté aquí ántes de las ocho.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—¿Con que somos hebreos, no es esto?

—Sí, Luti; judíos de la tribu de Levi.

—Ni los comediantes representan tantos papeles como nosotros.

—Acuéstate.

—Hasta mañana, señor.

Poco despues dormian amo y criado.

A las ocho ménos cuarto despertó Luti á su señor, diciéndole:

—Amo mio, ya es hora.

—¿Trajiste el recibo?

—Aquí está.

—¿Queda la carroza á mi disposicion?

—Y muy agradecidos el dueño, cochero y correo.

—Dame la ropa.

—¿Qué traje?

—El tuyo claro. Abrevia.

Un cuarto de hora después entraba Oton en el despacho de Nefftalí. Al verle el judío, exclamó sorprendido:

—¿Qué acontece, Samuel? ¿Con que la mora no accedió?..

—Navega en este instante por el Mediterráneo, y si vos no la buscais, difícilmente volvereis á verla. ¿Trabajamos?

—No puede ser eso; hace trece dias que saliste de mi casa, y ni áun tiempo ha habido para llegar á Marsella.

—Pues descansé treinta horas, y aquí estoy de vuelta.

—Me refieres un cuento indigno de ti, Samuel.

—A los insultos contesté siempre de este modo. Leed ese recibo.

—¡La has llevado en carroza!

—Sí.

—¡Y pagaste quinientos ducados!

—No, porque entregué además cien al cochero y otros tantos al correo.

—¡Setecientos ducados! ¡Por el Santo rey Melchisedech que no vi cosa igual!

—De poco os asustais.

—¿Qué dinero te entregó tu tio, Samuel?

—Ocho mil ducados.

—Debes ser muy rico, hijo mio.

—No lo sé á punto fijo, pero acaso cuente con algunos millones.

—¡Millones!

—Eso he oido á mis parientes.

—¿Como cuántos, poco más ó ménos?

—De diez á doce.

—¡Ah!.. ¡Pero no gastes del modo que lo has hecho, segun veo en este recibo; es una temeridad, un despilfarro! Vamos, no hallo frases con qué describir el hecho.

—¡Señor baron, esa mora terrible y fatal os ha escupido en el rostro!

—¡No me lo recuerdes!

—¡Esa mora os tenía en tortura perpétua!

—¡Verdad es!

—¡Esa mora es rica, jefe de una tribu poderosa, y hubiera concluido por ganar un hombre, y con agudo puñal!..

—¡Cierto, la misma idea me quitaba el sueño, la calma, la tranquilidad; y luégo, de descubrir á mi pupila!.. Te debo la existencia, Levi; mi gratitud será eterna. ¡Ahora empiezo á ser feliz!

—¿Persistis en que tiré el dinero?

—No, hijo, no; tu generosidad es digna de todo mi cariño, y estuvo muy en su lugar.

—¿Trabajamos?

—¿Qué prisa tienes?

—Deseo aprender é ilustrarme para volver pronto á Venecia.

—¡De diez á doce millones! ¡Cuánto habrá trabajado tu padre y con qué talento!.. Me convienes, Levi. Se declara la suerte en favor mio y me presenta al hombre que he andado buscando mucho tiempo.

—No os comprendo.

—Ello dirá, Samuelito.

—¿Hoy no hacemos nada?

—Sí, pero continuemos hablando, que tiempo hay para todo. Te soy deudor de un gran servicio, el mayor que podias hacerme, y me complace conversar con el hombre á quien estimo tanto.

—No apruebo vuestro sistema, señor baron.

—¿Qué sistema?

—Aprovechais los maravedises, tirais el tiempo, y yo opino que el último, para el que sabe emplearlo, es oro.

—Yo no desperdicio nada, pero te repito que mereces de mi parte toda clase de consideraciones.

—Yo, á imitacion de los individuos de mi tribu, gasto cuando hay ocasion, segun he verificado en el viaje de la mora; pero luégo me engolfo en el trabajo, sacándole á éste y al tiempo la suma empleada y mucho más.

—Pues yo tengo otra máxima mucho mejor; gano todo cuanto puedo y no gasto nada, absolutamente nada. Ves empezando á aprender, porque á mi lado adquirirás conocimientos útiles, muy útiles.

—A eso he venido.

—Tus parientes me conocen bien, y la idea es digna de vosotros. ¡Ah, picarillo, te propusiste ganarme por completo, y á este fin sacrificaste los setecientos ducados.

—¿Y el convencer á la mora, mandarla á Venecia y retenerla léjos de vos toda la vida, no vale más?

—Es bastante tambien; y te lo he agradecido; pero superior al oro sólo hallé los brillantes y demás piedras preciosas.

—He visto tanto dinero y brillantes; hay en mi casa de Venecia tan inmenso acopio del uno y de los otros, que yo necesito algo más que eso. ¿Comprendeis la idea?

—¡Cuánto habreis ganado en esa Venecia! ¡Me crispo de alegría al considerarlo! Yo creí que mi pupila era la más rica de Europa, pero acaso me haya equivocado y seas tú tanto ó más que ella.

—Posible es; mis parientes dicen que no hay hebreo capaz de ponerse á mi lado.

—¡Si se pudieran reunir tu fortuna y la de ella, y ámbas las manejase yo en París! Aquí hay duque que paga el noventa por ciento al año.

—¿Son muchos?

—Más de cien. ¡Pues y el Gobierno y los magnates de la corte!

—¿Pero devuelven lo que toman prestado?

—Se les hipotecan sus fincas, y, siendo título como ellos, y teniendo yo á las autoridades de mi parte...

—Veo que aquí no se echan de ménos los negocios de Venecia.

—¡Qué locura! La nobleza de Francia es un limon, y le voy yo sacando el jugo como tú no puedes figurarte. Pero hablemos de lo que más importa. ¿Has tenido amores?

—No, señor; ¿á qué mujer puedo yo unirme que tenga lo que yo?

—No cabe duda; en Venecia es imposible; aquí pudiera acontecer lo contrario.

—Me alegraria no haber echado el viaje en balde.

—¿A qué vienes, Samuelito: á aprender ó á casarte?

—En primer lugar á conocer el mundo y los grandes negocios de Francia; en segundo, si hallara una hebrea digna de doce millones...

—¡Doce millones! ¡Tú posees doce millones! Te se escapó la frase y no puedes retirarla.

—Lo dicho bien está así.

—¡Cuánto habrá trabajado tu padre!

—En el último viaje que hizo á la India trajo en arenas de oro, cogidas á la orilla de no sé qué rio, cuarenta sacos.

—¡Por mi padre Elías; cuarenta sacos!

—En Venecia, además de una nobleza llena de orgullo y vanidad y que sabe arruinarse tan cómodamente como la de París, hay negocios marítimos que os son desconocidos en este gran pueblo.

—Lo comprendo; tu allí y yo aquí...

—Seriamos dueños de todo el oro de Europa.

—¿Te enseñó tu padre el viaje á la India?

—Le acompañé yo.

—¡Ya! ¿Qué confianza te merece tu tio?

—Absoluta; no tiene además otro heredero que yo, y me quiere con delirio.

—Pues es ya viejo, muy viejo.

—Desgraciadamente morirá pronto.

—Después de haber perdido á tu padre, ya no puede importarte nada en el mundo.

—Al contrario; como yo coja cariño á una persona, la haria vivir más que yo, si estuviera en mi mano.

—Idea noble, Samuelito.

—Está en mi índole; amo á mi tio con delirio.

—Me alegro. ¿Qué capital tiene?

—Poco; escasamente dispondrá de cinco millones; pero es muy entendido y cada dia multiplica. Luégo, como se quedó con todos los negocios de mi padre...

—Doce y cinco, diez y siete...

—Si os referis á nuestra fortuna, con alhajas, deudas, un buque y algunas otras pequeñeces, sumad veinte millones y sabreis la verdad. A vos no quiero ocultaros nada, que sois mi maestro, mi guía, nada me pedis y empiezo á cogeros cariño.

—Sigue, Levi, sigue, que no te pesará. ¡Ya no me extraña el que hayas tirado setecientos ducados en mi obsequio! ¡Un hombre tan poderoso!

—Eso no vale nada; el dia que yo empiece á trabajar de firme doblaré el capital.

—¿De qué modo?

—Haciendo negocios que redondearé con un par de viajes á la India.

—¡Por el Arca Santa que con tu talento y dinero todo se puede conseguir!

—Verdad es; pero ciertamente que no hacemos nada hoy, y el tiempo es un tesoro.

—Te sobra razon. ¿Estás seguro que la mora no volverá á París?

—Os lo afirmo, y creedlo, que yo rara vez me equivoco.

—En ese caso marcho á la calle, que hay dos á los cuales no he podido cobrar por necesitar de sus favores, y ahora que me son inútiles debo apremiarlos.

—¿Tienen hipoteca?

—Ni á mi padre le daria yo sin ella.

—¿Qué hago yo entre tanto?

—Pon todos estos asientos correspondientes á los negocios hechos durante tu ausencia. Como tú tienes mejor letra y me arreglaste tan bien los libros, sólo tomé apuntes. Hélos aquí. Extiende estas letras. Cuidado con equivocarte. Si acabases ántes de volver yo, contestas á esas cartas, pidiendo el doble del interés que ofrecen por las sumas reclamadas. Fianza á mi satisfaccion.

—¿Nada más?

—Tienes trabajo para cuatro horas. Oye, Samuelito; yo voy á tomar una cosa ligera y no volveré hasta dejar terminados los asuntos que tengo fuera de casa. A las diez almuerzas, diciendo en tu casa que no deben esperarte á comer.

—¿Por qué?

—Lo verificarás conmigo, y ya te diré á mi vuelta la causa.

—Bien, pero os advierto que tengo la comida dispuesta.

—Eso no importa; se trata de un gran acontecimiento. No te digo más. Hasta luégo.

—Abraham os inspire y proteja.

Salió el judío, quedando solo Melenik, el cual ocupó el asiento de Nefftalí, exclamando ántes de ponerse á escribir:

—¡Tú mismo, rey de la usura, me vas á ayudar á tenderte la red! ¡Qué malo eres, pero qué suerte tan horrible te depara el destino! ¡Qué confianza tan ciega le he inspirado! ¡Ese bárbaro, al contemplar en lontananza muchos millones, se aturde y!.. ¡No; es la Providencia que se ha cansado de verlo atesorar con esa sed insaciable, é indudablemente nada tan antipático al cielo como un avaro, un egoista! Estos hombres son realmente los vampiros que se alimentan de la sangre humana. Mas á éste yo le quitaré el oficio.

Y comenzó á trabajar con celo é interés pasmosos.

A las diez tenía despachado todo el trabajo que le dejó el baron, y se fué á su *hôtel*, diciendo á Luti:

—El almuerzo al momento, que tengo mucha prisa.

—Está dispuesto; no tardo un minuto.

Puso la mesa y empezó á servírselo, añadiendo:

—Principiad por este ave, amo mio.

—Buena parece.

—¿Cayó mucho qué hacer?

—Bastante. No me esperes á comer; pasea, gasta, diviértete, que no volveré probablemente hasta las diez; pero cuidado con la lengua, Luti.

—Miento yo en Francia, señor, más que un andaluz fuera de su tierra.

—No lo hago yo tampoco mal, Luti; y por cierto que esta mañana me he despachado á mi gusto. Dame ese pescado.

—¿Buen apetito, eh?

—Excelente.

—La fatiga, señor, os prueba admirablemente; estais desconocido. ¡Qué alto, desarrollado y varonil! El bozo continúa asomando. Antes de un mes tendreis dos bigotes que acabarán de adornar vuestro rostro.

—Trae dulces.

—¡Qué prisa os dais!

—Vino generoso.

—Para tanto comer son necesarios sendos tragos. ¿Por dónde caminais hoy?

—Por la Judea.

—¡Bravo país! Llevad poco dinero, porque en esa tierra hay muchos aficionados.

—Ya lo sé.

—¿Cuándo habrá alguna estocada?..

—No nos hace falta.

—Pero si llegan...

—Entónces se dan, no se toman, y adelante. Agua.

—Es muy mala la de París.

—Pues vino.

—Eso ya es otra cosa.

—Acabé. Dame un tabardo.

—Haceis bien, que en este país todavía se siente frio.

—Abrevia.

—Volveos.

—Hasta las diez de la noche, ó después. Adios.

Y se dirigió á casa de Nefftalí, preguntando al portero:

—¿Regresó el señor baron?

—No, señor, ni lo espereis hasta las dos ó las tres.

—¿Te dijo que tardaria ese tiempo?

—Sí, señor.

—Entónces le esperaré trabajando.

—Como gusteis; tiene dada órden que se os deje entrar á todas horas y que os obedezcamos lo mismo que á él.

Melenik subió, quedando parado en el salon principal.

—Están almorzando,—dijo,—los dos criados que tiene y la vieja que le sirve de ama de llaves, de cocinera, de mayordomo y de cuanto necesita de ella. Puedo, en consecuencia, reconocer la casa.

Y comenzó á andar de un lado para otro, añadiendo:

—Muebles antiguos y viejos; cuadros de mérito algunos, pero todo sin órden, comprado probablemente por la centésima parte de su valor. Sí, cuanto veo serán hipotecas procedentes de préstamos. Ahora averiguaré el capital de que dispone, de qué modo lo tiene colocado, con lo demás que me hace falta.

Y principió á reconocer los libros, tomando apuntes y las noticias que estimó convenientes. A las dos acabó, exclamando:

—Este hombre empezó con cuatro millones; tres que robó á Magno y uno que poco á poco iria sacando al príncipe Don Juan. Se ha sostenido treinta años, compró el baronato, hizo muchos viajes, y sin contar lo que posee incobrable, que es mucho, aparece triplicado su capital. Robar es, señor Asam, pero has atesorado para otro; ya lo verás.

Y guardó cuidadosamente sus apuntes, quedando reclinado en el sillon.

A las tres volvió Nefftalí, y con cara placentera le dijo:

—Cuando tan desocupado te veo, habrás concluido.

—Hace ya mucho tiempo. ¿Y vos, qué hicisteis?

—A los dos he cobrado. Se resistian, me insultaron como de costumbre, y después de veinte amenazas relativas á la

mora que tú te has encargado de despachar, han pagado en oro contante y sonante; oye; ahora mira; mira, Samuel. ¡Qué bello es este metal; qué seductor el busto del rey! ¿No gozas, como yo, al contemplar este cuadro delicioso, encantador, sublime?

—No.

—¿Qué dices?

—Que á mi sólo me gusta ganarlo y esconderlo.

—¡Tienes razon, hijo, tienes razon; que nádie le vea, porque todos le aman, y por él cometerian crímenes! Al saco. Y ahora al fondo del arca de hierro. Esto te lo debo á ti. A no ser por tu esfuerzo en desterrar á Zaida, difícilmente lo hubiera cobrado.

—Tambien es cierto; porque esa mujer...

—No me la recuerdes, Samuelito. Puesto que va á servir de pasto á los peces del Adriático, condenémosla al olvido para siempre; yo te lo ruego.

—Sea. ¿Quereis firmar estas letras y cartas?

—Sí. ¡Qué bien escribes! Te han educado perfectamente. Los Levis sois muy vanidosos, y esa es la razon de estudiar y saber tanto; pero hay que hacer justicia á vuestro talento y aplicacion. Nada, no hallo nada que reprender. Ciérralas. Luégo se las entregas al portero, y regresas, que tenemos mucho que hablar.

—¿Qué hago con estas letras?

—Dejarlas hasta mañana que vengan los interesados por ellas, paguen, y entónces se las daremos.

—Vuelvo en seguida.

—Samuel me conviene,— dijo Asam, quedándose solo;— es el hombre porque yo he soñado; el único que podrá hacer completa mi felicidad en la tierra. En París hay mujeres hermosas, ricas, y él es poderoso, gallardo, gentil... Debo apresurarme ántes que se enamore ó alguna francesa me lo distraiga. Sí, ahora mismo voy á tenderle la red.

—Estoy á vuestra disposicion.

Dijo Melenik entrando.

—Siéntate ahí, en ese sitial; frente á mí. Eso es. Samuel, me has prestado un servicio que no tiene precio, y vales ya para mí tanto, que te quiero como tú no puedes figurarte.

—Gracias, señor baron. Veo que se realiza la idea que me trajo á París, que llegareis á ser mi protector, y al salir de Francia podré conceptuarme hombre tan sagaz é ilustrado como vos.

—Eso sería muy poco. Tu tio, que debe ser hombre de gran talento, te ha mandado á París á algo más.

—Acaso, que me quiere mucho; por eso sonreia con malicia y me animaba, contándome prodigios del porvenir que me esperaba á vuestro lado si yo me hacía digno de él.

—Pues lo eres, y voy á empezar á pagarte una deuda sagrada.

—No os comprendo.

—Te voy á hablar de mi pupila. Tiene un año ménos que tú, y es la mujer más hermosa que hay en el universo. ¡Qué dulzura brota de su bello rostro; qué voz tan grata y angelical; qué mirada tan tierna y apacible! Su conjunto, Levi, arrebata, enloquece. En fin, ¿qué será, cuando yo la amo más que á todos los tesoros del mundo?

—Hermosa debe ser.

—¿Quiéres verla?

—Con gusto admiraria esa maravilla.

—Pues la vas á contemplar, comerás á su lado, permaneciendo cinco horas junto á una deidad mejor que el oro y los brillantes.

—Gran confianza haceis de mí. Gracias, señor.

—¿Crees acaso que yo soy desagradecido? No; quiero darte una gran prueba de mi predileccion, de mi cariño hácia ti.

—Me habeis ganado en cuerpo y alma, baron.

—¡Si tú lograras hacerte amar de aquel serafin!

—¿Es muy rica?

—Teniendo en cuenta que me ha de heredar al morir, se le puede suponer una fortuna que pasará con mucho de doce millones. La pregunta me agrada.

—No es pobre, y si fuese tan bella como decis... Yo necesito, para poder amar á una mujer, no sólo que sea hermosa y tierna, sino tambien discreta, apasionada, y tan firme de corazon que pueda corresponder dignamente al volcan que arderá en mi pecho por el privilegiado sér que elija para esposa. Yo no sé querer á medias. Cuando lo hago es con una vehemencia grande, hasta el punto de pertenecer mi vida y fortuna al objeto de mi amor; por esa causa no me fijé en ninguna, que quiero hacer muy feliz á la que lleve á mi lado, y soy digno de que me devuelvan dicha por dicha.

—Bien, Samuelito, muy bien. Estudia esta tarde á mi ahijada, que acaso supere esa deliciosa niña á aquello con que tú hayas soñado. No es posible que pueda formarse el hombre en su mente una mujer como esa. Te digo que se sobrepone á lo ideal.

—Por Moisés que estoy anhelando verla.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro.

—Pues llegó el instante. Ponte el tabardo miéntras yo me cubro con la capa, y en marcha.

—Cuando gusteis.

—Deja que ántes guarde estas letras y vea si está todo bien cerrado. Perfectamente. Nada se me olvida. Ahora la puerta del despacho. Vé delante.

Minutos después salian ámbos de la casa y caminaban en direccion del castillo de Lorena. El baron iba muy embozado, no hablaba, pero en cambio volvia atrás la cabeza de continuo para ver si era seguido ó espiado por alguno. De este modo prosiguieron hasta llegar al bosque. Allí se detuvo Nefftalí, tendió la última mirada, y no viendo á nádie, exclamó:

—Samuel, aquí empieza la posesion de mi pupila; coge un cuarto de legua, y en el centro se halla el castillo donde reside mi ahijada.

—Todo lo que se presenta á mis ojos es poético, grandioso. Estos árboles cuentan siglos; el ramaje se une con caprichosa profusion, formando un bosque dilatado y agradable.

—Pues hijo, no me costó gran cosa esta posesion; fué una hipoteca, no pagó el deudor y se la vendieron por lo que ofreció una persona que al efecto mandé yo. Asi es que por muy poco más de la deuda me hice con ella.

—¡Qué talento teneis!

—Pues yo lo juzgué un sacrificio, porque al fin todos son árboles, no me conviene cortar ninguno, y la verdad es que nada produce á pesar de su extension.

—Esto fué desde su orígen un sitio de recreo.

—Muy propio de esa gente ociosa que, léjos de multiplicar, se entretiene en arruinarse; pero á bien que yo la venderé en su dia, ganando en ella los réditos que debió producirme el capital colocado en otra cosa.

—¡Qué bien calculais! ¿Y por qué teneis aislada en este lugar á tan hermosa niña?

—Para que nádie vea su belleza ó averigüe su fortuna y me la robe alguno de esos libertinos que tanto abundan en París, y lo que á mí me costó una existencia de cuidados y de afanes... La idea sólo me horroriza, Levi. Encerrada la tengo en ese castillo, y si no fuera bastante, la esconderia debajo de la tierra.

—Lo comprendo y lo aplaudo: segun vale el tesoro, así debe guardarse.

—Ni Moisés hablaba mejor que tú. El hombre que se la lleve será con ella el más feliz de la tierra ¡Ya verás qué candor, qué inocencia! Y no vayas á creer que es tonta; al contrario, su imaginacion encanta.

—¿Es aquel el castillo?

—Sí; mira cómo se destaca de un modo gigantesco por entre los árboles.

—¡Pero si está en ruinas!

—Eso parece; los muros se vinieron al suelo y algunas paredes que para nada sirven; lo principal, lo habitable, puede sostenerse todavía derecho más de un siglo.

—Pues á la vista demuestra lo contrario.

—Ese es su mayor mérito; los que se acercan por aquí

creen que es inhabitable, y nádie supone que guardo ahí mi mejor tesoro.

—¿Ninguno lo sabe?

—Algunos amigos mios lo sospechan; pero son judíos como nosotros, comprenden la intencion, lo aplauden en secreto, y se callan.

—¡Admirable!

—Ya hemos llegado.

—Pues no veo la entrada.

—Está aquí; á la vuelta.

—¡Ah! ¿Esa puerta pequeña de hierro? Parece la de un arca de agua.

—Esta la mandé construir yo, tapiando la que estaba ántes, que era grande y no me ofrecia seguridad.

—No veo llamador.

—Todo lo tengo previsto y muy estudiado, Samuelito. Ahora verás.

El baron sacó un silbato, y aplicándolo á la cerradura tocó tres veces de un modo extraño y sonoro.

—¿Podrá observarnos alguno?

Preguntó Melenik.

—No; ya he mirado y sé que estamos solos.

Instantes después les preguntó una voz de hombre:

—¿Sois vos?

—Sí,—contestó el baron.—Abre.

Y les dejaron expedita la entrada.

—¿Quién es este hombre?

Interrogó el que acababa de presentarse, retrocediendo dos pasos al ver á Oton.

—Elías,—le dijo su amo,—este jóven es Samuel Levi, mi amigo íntimo, que puede venir aquí como yo.

—¡Ah, cómo no me habiais prevenido!..

—Ahora te lo digo. Cierra la puerta. ¿Y mi ahijada?

—Os aguarda en el comedor.

—Sígueme, Samuel.

Y comenzaron á subir una escalera ancha de piedra, hasta

llegar al piso principal. Luégo atravesaron vários salones adornados con muebles y objetos del siglo XV, y en alguno de los cuales se destacaban las armas de la casa de Lorena.

Llegaron al comedor, y allí vieron á Atalia que besó la mano del baron, preguntándole sin demostrar sorpresa:

—¿Quién es ese jóven que ha quedado á la puerta?

—Mi amigo y protegido Samuel Levi. Hace poco que vino de Venecia, donde nació, y es vástago de una familia poderosa.

—¡Ah, nunca me hablásteis de él!

—Quise sorprenderte, pues has de saber que me va á acompañar todos los dias, comerá con nosotros y pasaremos los tres cinco horas deliciosas.

—¿Con que voy á tener un amigo?

—Sí, un amigo íntimo. ¡Qué hermosa estás!

Y el baron estampó un beso paternal en su frente, continuando:

—Acércate, Levi. Mírala bien y dame tu opinion. ¿Me equivoqué? ¿Es bella? Sé franco, hijo mio.

El conde Divari se fijó en Atalia detenidamente, exclamando al terminar su observacion:

—¡Es un tipo sublime, puro, angelical, de la raza judía! Su blanca epidermis contrasta notablemente con los ojos negros, rasgados y su cabello oscuro. No vi facciones más perfectas en mi vida; y baña su faz un candor é inocencia que, unidos á la gracia que rebosa en ella, forman un todo ideal. El talle esbelto, pequeña la mano, torneado el brazo... ¡Oh, no exagerásteis, baron!

Asam abrazó á su hija, contestando:

—Por eso la guardo entre muros inespugnables. Si esos perros católicos ó hugonotes la hubieran visto, lloraria yo amargamente mi torpeza! ¡Pero no, la ocultaré aquí, que es mi tesoro, mi felicidad, lo que más amo en la tierra! ¿Vas comprendiendo, Samuel, cómo pago los favores que me hiciste? Pues así y todo no la hubieras visto si yo continuara ignorando que tenías veinte millones, que eras soltero y que jamás

amaste á mujer alguna. Acércate más aún, hombre. No es mi pupila; es mi hija, mi encanto, mi única ilusion.

—Gracias, señor, por las confianzas que me estais haciendo. Antes admiraba su hermosura, ahora empiezo á quererla.

—¿Porque es mi hija, verdad?

—Porque es vuestra hija, cierto.

—Todo lo que yo tengo es suyo, todo para ella, Levi.

—Creo que lo merece.

—Atalia, hija mia, ¿qué te parece á ti Samuel?

—Un jóven muy guapo; me agradan su voz, figura y actitud.

—Ya me lo figuraba yo; el cielo quiere que seamos felices los tres. Sentaos en esos dos sillones, miéntras dispongo que nos den una comida espléndida. Quiero celebrar el último viaje de Leví y vuestra primera entrevista, hijos.

Y el baron se dirigió á la cocina.

Atalia era lo que habia dicho Oton, un verdadero tipo de aquellas hermosas judías que se acercaban á la perfeccion en encantos naturales.

Nuestro jóven, que no perdia jamás su aplomo ni abandonó un momento la intriga que estaba realizando con tanta sagacidad y acierto, se sentó junto á la hija de Asam, diciéndola:

—He recorrido la mitad de Europa; estuve en Turquía, en la India, y en verdad que jamás vi un portento de belleza como el que guarda aquí mi amigo Auch, como tú, Atalia.

—¡Cuántas cosas habrás contemplado, Samuel. Yo, en cambio, no he visto cási nada.

—El dia que te cases, si tu marido es digno de ti y te ama como tú mereces, te llevará por el mundo, enseñándote cuanto hay en él.

—¿Qué es un marido?

—Lo que tu padre respecto de tu madre.

—¡Ah! Comprendo. ¿Cuándo me lo darán?

—Eso depende de la voluntad del baron.

—¿Y dices que veré entonces las ciudades, los palacios?..

—Ya lo creo; y todos al mirarte quedarán prendados de tí.

—¿Por qué?

—Por tu hermosura y encantos naturales.

—Eso, ya me lo explico mejor. Ruégale á mi padre que me dé pronto ese marido. Deseo salir de este castillo y vivir como vosotros. ¡Ay, aquí son tan largas las horas, tan triste la vida, tan molesto todo! Me canso de hacer labores, de correr por el jardin, de comer y de dormir. Por las mañanas temprano subo al extremo de la torre, y esa es mi única, mi verdadera distraccion; desde allí veo París y la gente que anda en carrozas y á pié, los soldados que van muy juntitos; siento las campanas, los atambores y clarines, y me entro á la hora, ensimismada y triste!

—Yo influiré con mi amigo Auch para que te conceda lo que tú mereces.

—Ý yo te lo agradeceré con toda mi alma. Creo que cumplirás tu palabra; lo leo en tu rostro, que es muy guapo. ¿Vendrás todos los dias, Samuelito?

—Sí.

—¿Querrás hablar conmigo de las diversiones de París?

—Sí.

—Me parece que te voy teniendo cariño.

—Tambien yo á tí. ¿Me dejas una mano entre las mias?

—Con mucho gusto.

—¡Qué cútis tan suave, tan blanco!

—¡Y la besa!

—Claro es, porque la veo bonita.

—Entónces yo debo hacer lo mismo con la tuya.

—¿Qué te detiene?

—No lo sé, me da como vergüenza.

—Ya lo noto; bajas la vista. ¡Qué rostro tan delicioso!

—Ahí no me beses. ¿Lo oyes?

—Descuida, que sólo es en la mano. ¿Estás contenta?

—Me siento muy bien á tu lado. ¿Por qué me miras así?

—Porque voy queriéndote mucho.

—Tambien yo á ti, Samuel, y te ruego que no dejes de venir ningun dia.

—Como tu padre me lo permita, todas las tardes te acompañaré.

—Eso es; y correremos por el jardin. Ya tengo violetas, amapolas, y pronto habré rosas.

—Pero ninguna tan odorífera y hermosa como tú.

—Me causan un efecto tus palabras...

—¿Estás mal?

—Al contrario, muy contenta, y siento una alegría, unas impresiones... Me gusta mucho que me besen la mano.

—Te he de hacer la mujer más dichosa de la tierra.

—¿Vas á ser mi marido?

—Es muy posible.

—¿Por qué no dices que sí?

—Porque temo que tú...

—Yo lo deseo con toda mi alma.

—¡Qué inocente; qué angelical!

En este momento se presentó el baron, que habia estado oyendo cási todo lo que hablaron su hija y el conde, y miró al primero, diciéndole:

—Samuelito, corres mucho y no te he dado permiso para tanto.

—Vos teneis la culpa.

—¿Yo?

—Sí, señor; vuestra hija no es una mujer, es un querube que encanta, deleita y arroba.

—Pero nada sabe, y le estás enseñando cosas...

—Yo digo siempre todo lo que siento, y la verdad es que no supe nunca contener los impulsos de mi corazon.

—Pues es preciso que te reprimas; yo lo quiero, te lo mando.

—No le reprendáis así, padre mio; me habeis entristecido y voy á llorar.

—¡Llorar tú! ¡No, hija mia, ven á mis brazos; descansa sobre mi muslo! ¡Qué bellísima eres!

—Permitid á Samuel que me diga lo que quiera.

—Bueno; si es tu gusto...

—Sí; y te agradezco mucho el que lo hayas traido. Miradle qué bueno es y qué guapo.

—Tiene veinte millones y tú pocos ménos.

—¿Qué son millones?

—El dia que lo sepas te crisparás de alegría.

—Pues decídmelo.

—Aún es pronto.

—¡Como se lo hubiera preguntado á Samuel!.. Ahora vereis. ¿Qué son millones, amigo mio?

—Mucho dinero, Atalia, y con éste se compran los palacios, las carrozás y todo cuanto se desea.

—¿Lo ois, padre ingrato?

—Te advierto, hija, que es una broma de Levi; los millones son dinero, pero no sirven para lo que él ha supuesto. El oro se guarda, se esconde bien, se multiplica, se aumenta hasta el infinito, y cuando hay una habitacion como esta llena de talegos, sale uno á la calle con una satisfaccion, con un placer... Luégo se ve al mendigo hambriento y andrajoso, al menestral roto y ennegrecido del trabajo, al operario sediento de descanso, á la mayoría de los hombres, en fin, que son pobres, muy pobres; recuerda uno entónces que es rico, que tiene apiladas una sobre otra mil talegas, y entre el clamoreo de la miseria, el infortunio y la desgracia se goza lo indecible. ¿Qué te parece el cuadro, Atalia?

—Me gusta más el de Samuel. Un recuerdo no puede ser tan grato como la carroza, el palacio, las joyas y todo lo que una quiera comprar.

—¿Ves lo que has hecho, Levi? Convéncela del error en que está.

—Al contrario, que crea eso; que mis millones son para ella, si los acepta.

—¡Insensato!

—Por cada uno que ella gaste ganaré yo seis.

—¡Ah!

—Este ángel merece que el suelo donde pise esté cubierto de flores; que le sirvan cien esclavos y que nada se oponga á su voluntad. Conozco, señor baron, el camino de la India, recuerdo el nombre del rio y sé muy bien el punto donde se cogen las arenas de oro.

—¿Cómo se llama? Dímelo.

—Las Amazonas.

—¡Ya; en el Brasil!

—Cierto, pero los sacos se llenan en el Perú, que ese rio coge mucha extension.

—Hace bastantes años que anduve yo por allí, pero ignoraba eso.

Al oir las últimas frases del baron se nubló la frente de Melenik; la idea que aquél habia expresado le recordaba el acto de arrojar al niño Magno sobre la playa de Rio Janeiro, y su corazon comenzó á latir con violencia; pero nuestro valiente jóven disimuló la molesta impresion que concluia de recibir, y, dominándose más que nunca, dijo al baron.

—Es una lástima que ignoráseis lo que tan cerca estaba, porque pudísteis traeros cuarenta ó cien sacos de aquella ricas arenas.

—Ya lo creo; aunque hubiera tenido que andar doble.

—¿Con que fuisteis al Brasil? ¿Qué causa os obligó á emprender viaje tan largo y penoso?

—Un asunto del mayor interés para mí.

—¿Tuvísteis contratiempo?

—Ninguno; la suerte me fué hasta ahora muy propicia. La única cosa que me molestó en la vida fué la conducta de Zaida, y bien pronto viniste tú á echarla tan léjos de mí que no volveré á verla.

—La comida, señor.

Exclamó Elías.

—A la mesa, hija; frente á mí; tú, Samuel, ponte á su lado.

Oton exclamó para sí:

—¡Todo te ha salido siempre bien, maldito hebreo; pero

pronto variará tu estrella y te sucederá lo contrario! Mal rato me proporcionó el recuerdo del viaje en que fuiste para Magno un tigre, mas te lo voy á devolver, y por Dios Santo que la comida de hoy te se ha de indigestar. ¡Oh, yo te haré bajar esa frente rugosa, negra, fea y la que alzas con orgullo y placer; yo la cubriré de miedo, pavura y dolor, perro de la Siria; yo te daré un plato, cuyo manjar no probaste aún! ¡Magno mio, sigo vengándote; continúo pagando favor por favor, hecho por hecho; que habiéndome Dios elevado mucho, no debes estar sobre mí!

Y se sentó junto á Atalia y frente á Asam, comenzando á comer.

CAPITULO XXIII.

El tormento de las cuñas.—Doble intriga.—Melenik complica hasta el infinito su mision.

Los tres se agruparon en torno de las viandas, alegres y satisfechos al parecer.

El primero que rompió el silencio, después de empezada la comida, fué el baron, diciendo:

—No tendreis queja de mí; he dispuesto la rica sopa que estamos comiendo, cuatro platos más, tres postres y una botella de vino. ¿Nada me contestais?

El conde estaba absorto en una idea, y nada le dijo; Asam le interrumpió:

—Samuel, ¿eres gastrónomo?

—¿Por qué me preguntais eso?

—Como nada contestas al hablarte de los ricos manjares que tenemos delante...

—Estaba distraido.

—¿En qué pensabas?

—Vuestro viaje al Brasil me recordó los muchos accidentes que sufrimos mi padre y yo en el que hicimos á la India...

—¿Quieres contárnoslo?

—Con mucho gusto.

—Pues empieza.

—Salimos de Venecia en una galera grande de nuestra propiedad, dirigida por el capitan más hábil y diestro de cuantos habia en la ciudad acuática. Cruzamos el Mediterráneo sin inconveniente alguno; después el estrecho de Gibraltar, y henos de pronto en el Océano; en ese mar que parece no tener fin.

—Cierto; adelante.

—De pronto se nos presentó una tormenta horrible; en vez de caminar hácia el Sur nos echó al Oeste, y nos perdimos. A los treinta dias escasearon los alimentos y á los cuarenta, en medio de una calma horrible, sólo comíamos las tortugas que recogian nuestros marineros y una galleta más dura que la intencion de Zaida.

—Mucho sería.

—Por fin tuvimos viento, y después de cuatro dias de angustias, hambre y sinsabores, descubrimos el pico de Tenerife, una isla española en la que repusimos víveres y cuanto nos hizo falta. Mejoró el tiempo y nuestra fortuna. Mi padre era muy terco: soplaba Norte, y, puesta la proa al Sur, comenzamos de nuevo, llegando á los treinta dias frente al mar de las Antillas. En Jamaica renovamos otra vez víveres, y un mes después doblamos el cabo de Hornos. Ya en el gran Océano, con un frio horrible al principio y con un calor luégo abrasador, arribamos al Perú. ¡Qué de rarezas vimos al desembarcar! Los españoles son muy atentos con los venecianos, nos guiaron bien y pronto nos encontramos en el interior, en medio de las Amazonas, rio abajo, en una canoa grande, pero incómoda, con provision de sacos y seis criados que sacamos de nuestro país perfectamente armados. Mi padre conocia el sitio muy bien, llegamos á él sin exposicion alguna, y después de desembarcar y de ofrecer á los indios que nos salieron á recibir multitud de chucherías que trasportamos á prevencion, nos llevaron á un paraje donde llenamos cuarenta sacos de arenas de oro. Los mismos indígenas, en unos animales

que apellidan llamas, que aquí no se conocen, nos los trasladaron á la orilla del rio, se escondieron en la canoa, y con otro obsequio á los indios regresamos hácia el interior del Perú.

—¿No os quisieron robar, Levi?

—Várias veces, pero á tiros y estocadas espantamos al enemigo.

—¿Tú tambien?

—Claro está; á pesar de mis pocos años hice fuego con un mosquete pequeño, portándome mejor que los criados de mi padre. En aquella travesía debí matar cinco ó seis.

—Bien hecho; para el ladron todo es poco. ¿Y luégo?

—Después nos reembarcamos y nuevamente fuimos á buscar el cabo de Hornos para doblarlo, pero no pudimos. El tal Océano Pacífico es el más furioso que yo conozco. De pronto se levantó un huracan que nos llevó en treinta minutos toda la obra muerta, y como si esto fuera poco, la mayor parte de la tripulacion que estaba sobre cubierta fué arrojada al mar, sin que se salvara ninguno. Quedamos el capitan, un piloto, contramaestre, ocho, entre grumetes y remeros, los criados, mi padre y yo.

—¿Erais muchos?

—Cincuenta y nueve.

—Pues pereció la mayór parte.

—Sí, señor; los que sobrevivimos nos encerramos en la cámara y pasamos dos dias crueles. Sin embargo de no tener nuestra galera velas, palos ni nada, en fin, útil, corria impelida por las olas con pasmosa rapidez. Nos encomendamos á Dios, y de este modo aguardamos en horrible tortura el instante de convertirnos en pasto de los peces. Pero no quiso el Dios de Abraham que sucediera así, y en el momento de más peligro, cuando no habia medio de salvarse, al parecer, se nos presentó de pronto el navío de guerra *Dragon*, nuestro capitan le pidió auxilio, nos echó una maroma que sujetamos á la galera, y á remolque cruzamos aquel embravecido mar, cuyas olas parecian montes. ¡Qué valor y qué acierto tiene el jefe del *Dragon!* Con facilidad pasmosa nos llevó á Buenos Aires,

debiéndole todos la vida. Le prodigamos aplausos, vítores, pero todo era poco para lo que él merecia. Mi padre y sus criados se quedaron en la galera con objeto de custodiar los sacos de oro, pero yo me trasladé al buque que nos remolcaba, pasando las horas enteras en conversacion con el más bravo y caballero de los hombres; con Juan Magno de Austria, capitan del *Dragon*.

—¿Qué has dicho?

Preguntó Asam, cayéndosele el cubierto de la mano y palideciendo.

—Juan Magno de Austria, el héroe de los mares, segun vi y escuché después; el terror de los turcos. ¡Oh, puedo aseguraros que es un hombre incomparable!

—Será otro.

—Sí; este fué en su orígen pescador, luégo soldado y llegó á capitan de tierra; más tarde se hizo marino, pero sin saber de quién era hijo, hasta que un general muy viejo, que por cierto le acompañaba cuando nos salvó, le participó que era hijo de Don Juan de Austria y de una granadina... ¿Qué es eso? ¿No comeis?

—No tengo ya gana. Estás muy enterado, Samuel.

—Como que fué mi salvador; le debo la vida, y en muchos dias no hice otra cosa que hablar con él y preguntar por sus hechos gloriosos, sus difíciles empresas y cuanto se referia al célebre marino á todos los que le rodeaban.

—¿Y qué hacía él en aquellos mares?

—Oid sus mismas frases, que aún recuerdo perfectamente: «Agradezco tu interés por mí, judío,—me dijo,—pero te engañas al juzgarme; no hay hombre en la tierra más desgraciado que yo. ¡Ay, no conocí á mi padre, ignoro si mi madre vive, que áun cuando la busco dia y noche no la hallo nunca, y ménos al miserable autor de todas mis desgracias! ¡Oh, si cogiera al último! ¡Es hebreo como tú, pero tan malo que no hay castigo en el mundo á que yo dejara de someterle si llegara á encontrarle!» ¡Si viérais, baron, qué encendido se puso su rostro al hablar así, cómo ardia la mirada! Es un leon...

Pero ¿qué es eso? ¡Estais descolorido, vuestra mano tiembla!..

—No; te equivocas; me entusiasma el relato de ese hombre. Continúa.

—Nada; nos dejó en un puerto de Buenos-Aires, no quiso aceptar de nosotros ni un ducado, y nos tomó la delantera para Europa. Nosotros tardamos un mes en reparar la galera de los descalabros sufridos; allí cogimos cuanto nos hacía falta en hombres y víveres, y listo el buque, doblamos el Cabo, y á los siete meses nos encontramos en Venecia con tres millones de ganancia.

—¡Gran negocio!

—Mejor lo he de hacer yo al primer viaje que verifique solo.

—¿Y Juan Magno de Austria? ¿Qué supiste luégo?

—A todos los capitanes que llegaron despues á Venecia les pregunté por él.

—¿Y qué te dijeron?

—Que habia emprendido una larga peregrinacion por tierra en busca de la madre y del autor de sus desdichas.

—¿No estuvo nunca en Venecia?

—Sí, várias veces. ¡Pero continuais descolorido y agitado!

—No; me hallo bien. ¿Cómo se llama su madre?

—De eso no me enteré. Yo hice mis averiguaciones, entendiéndome al efecto con un jóven de mi edad que le acompaña á todas partes. Es un georgiano valiente como él; con una imaginacion brillante, y que le ama con delirio. El pobre era esclavo, lo iban á matar y Magno le salvó, llevándoselo consigo como un amigo; mejor dicho, como hermano. Se llama Oton Melenik. En una ocasion bien difícil libró de la muerte al valeroso capitan y éste le compró en Roma un condado y se titula Divari. Luégo supe que mi querido amigo se hizo tan terrible ó más que Magno. Cuentan que donde se presenta el famoso Oton Melenik, conde Divari, allí tiemblan los malvados, se asustan los más valientes y nada hay incontrastable para el atrevido mancebo.

—¡Qué raro es eso!

—No; son á cual más agradecidos, se devuelven favor por favor, y como ámbos tienen talento y mucho dinero, destruyen con facilidad pasmosa cuantos estorbos hallan á su paso.

—¿Y cómo te hiciste tú tan amigo de Oton?

—Me dijo que le agradó verme sereno, impávido entre las rugientes olas del mar, cuando todos temblaban. Tirámos luégo; yo manejo la espada tan bien como él, y simpatizámos mucho.

—No me explico, Samuel, cómo un pobre pescador del Brasil llegó á capitan, se hizo rico, y adquirió más tarde el nombre y fama que tú le supones.

—Pues lo he visto yo.

—Repito que parece un cuento.

—No lo creais; Magno se halló huérfano y heredero de los pescadores que le educaron; vendió las redes, los botes y la casa; se fué al Perú, y, sentando plaza de soldado, entró al servicio del virey. Más valiente que cuantos le rodeaban, llegó bien pronto á capitan; triunfó su partido, y con nombre, dinero y posicion, hizo un viaje por las Amazonas, descubriendo las arenas de oro de que os hablé ántes. Llenó su barco de talegas, se vino á Europa, y estudiando para marino, á cuya carrera tenía mucha aficion, pronto fué el terror de los mares, el asombro de los nacidos.

—Será grosero en su trato, rudo, un semisalvaje que matará por instinto.

—Bastante más; una especie de leon que devora con su potente garra al que osa llamarle enemigo ú ofenderle en algo. Para amigo es bueno, para contrario, ni la muerte es tan cruel.

Oton continuó hablando de Magno, y de tal modo torturó el corazon de Asam, que ántes de concluir el último postre, se levantó trémulo y enfermo el judío, diciendo:

—Terminad vosotros, que yo voy á dar algunas órdenes á los criados. Levi, cuenta á mi hija lo que has visto en tan lejanas tierras, y distráela.

Salió de allí, sin que Atalia reparase en el estado en que

iba su padre. Miraba al conde con marcado interés, y al verse sola con él, le dijo:

—Continúa, Samuel; háblame de tus viajes, de lo que hay en el mundo, y muy particularmente de Juan Magno de Austria y de su valiente georgiano.

—¿Me dejas ántes besar tu mano?

—Sí; tómala.

—¿Me quieres mucho?

—¡Ay! Bastante. ¡Te escucho con un gusto, siento tal alegría al mirarte!.. ¿Y tú?

—Yo no gocé nunca tanto como al dirigirte la palabra, al escuchar tu voz. ¡Eres tan hermosa!

—¡Qué bien estamos así! Contigo, Levi, correria yo toda la tierra.

—¿No te asustan los mares?

—No sé lo que es eso, pero yendo á tu lado nada temeria.

—De modo es que si tu padre dispusiera que yo fuese tu esposo...

—Creo que sería la mujer más dichosa del universo.

—¡Qué buena eres, Atalia! Si tal sucediera, yo te compraria palacios, carrozas y navíos; recorreríamos la Europa, así, juntos como ahora; verias las grandes poblaciones, el Océano, y, siempre queriéndonos, no habria séres más venturosos.

—¡Qué impresiones tan agradables me haces sentir! ¡Qué porvenir tan halagüeño y acariciador distingo en lontananza! Ya no pienso como ántes, mis ideas son otras, y si tú no volvieras aquí, moriria de hastío, Samuel.

—No retires tu mano de entre las mias, ángel de amor. Mírame como yo á ti...

—¡Siento una emocion tan grande!..

—No importa; consiste en que tu corazon late como el mio; en que ámbos empezamos ya á disfrutar de la ventura que el cielo se digna concedernos.

—No te vayas nunca; quédate á mi lado y yo te querré más... más que á los restantes nacidos.

—Aun cuando me ausente luégo, volveré mañana, y todos

los dias hasta que sea tu esposo, y entónces ya no nos separaremos nunca.

—¡Ay, Samuel, no estoy buena!

—¿Quieres que te hable de los indios?

—No.

—¿De los mares?

—Tampoco.

—¿De las bellas europeas?

—¡Para qué!

—¿De los jardines, saraos, palacios?

—Nada de eso me importa.

—Pues ¿de qué?

—De ti, de mí, de los dos.

—Sea, que es lo que más me agrada; pero como dijiste hallarte enferma...

—Es un malestar desconocido para mí; que no me atormenta, que me gusta, que lo deseo con vehemencia.

—Entónces es igual al mio, y se llama lo contrario; esto es, bienestar.

—Acaso. Prosigue.

—¿Y tu padre?

—Andará por ahí; déjale.

—¿Y si está enfermo?

—No te cuides de él.

Melenik exclamó para sí:

—Esto es providencial. Cuando en tan poco tiempo logré que me amase más que á su padre, que fuese mio su corazon, claro es que lo ha dispuesto una mano oculta, cuyo poder veo y admiro.

Y abriendo las dos puertas que tenía el comedor, observó; no viendo á nádie se acercó á la hebrea, y besando su frente le preguntó:

—¿Estás mejor?

—Siéntate. ¿Por qué me besaste en la frente?

—Porque te amo. ¿Te ofendiste?

—No, pero... háblame.

—¿Me dejas tu mano otra vez?

—Sí.

—¡Qué deliciosa eres! Tus negros y rasgados ojos, prenden fuego amoroso en mi pecho; tu voz extasía mi alma; tu rostro me encanta...

—¿Por qué callas?

—Ignoro si te molesto.

—Al contrario.

—¡Qué felices vamos á ser cuando solos en el fondo de mi carroza ó en la cámara de mi buque recorramos el mundo; yo te referiré mis amores, tú á mí la acariciadora impresion que recibes, y una hora tras otra, minuto por minuto, contaremos los instantes de la vida por la felicidad que nos proporcionan.

—Yo no sabía que pudiera haber un hombre como tú, que hablase de ese modo, que ejerciera tan mágica influencia en el cerebro de una mujer.

—Tú lo ignoras todo, ángel mio; escondida en este nido de pájaros, cortaron tus alas, y la deliciosa paloma fué condenada á vivir en tiniebla perpétua.

—¡Ay, Samuel; cuántas veces me he dicho lo mismo, aunque de otra manera!

—Pero yo abriré la puerta de tu jaula; rodearé con mi brazo tu cintura, de este modo; y á mi lado remontarás vuelo rápido, extenso, y ¡ay del que pretenda después detenernos!

—Como Magno y Oton, destruyes los estorbos. ¿Eres valiente como ellos?

—Lo mismo.

—Pues hazlo, aunque mi padre se oponga.

—Te lo juro.

—¡Ah! Bueno; tengo asegurada mi felicidad, y tú, hombre incomparable, cuenta con mi amor. Suelta mi mano.

—¿Por qué?

—Oigo pasos.

Un instante después se presentó Asam de nuevo, preguntando:

—¿Qué haceis, hijos?

—Nada, padre mio, hablábamos de los indios. Levi me refiere cosas que me encantan.

—¿Te gusta su conversacion?

—Mucho; me hace feliz, señor.

—¿Y á ti, Samuel, la de mi hija?

—Ni la de mi padre creo que me era tan agradable.

—Atalia, necesito hablar un poco con Levi; espéranos en tu cámara, que allí iremos luégo.

—¿Por qué os lo llevais?

—Ya sabes que tu obligacion es obedecer mis mandatos.

—Bien; me callo.

—Sígueme, Samuel.

Y ámbos se dirigieron al estrado. Nefftalí iba triste, meditabundo y como abrumado por una idea. Oton comprendia la causa, y gozaba interiormente, pero disimulando en lo posible.

—Sentémonos en este sofá, Levi,—exclamó el judío.—Aquí nádie puede oirnos, y siendo así, te ruego contestes de un modo franco y categórico á las preguntas que voy á hacerte.

—Me poneis en cuidado, señor baron; pero no importa, interrogad lo que gusteis, que os he de dejar complacido.

—¿Qué opinion has formado de mi hija?

—Qué es muy rica, segun declaran vuestros libros; muy bella, encantadora, y tan bien educada, que tiene en mi concepto más de ángel que de mujer.

—Exacto. Añade á eso, que al morir yo será baronesa, título extraño y muy difícil de obtener por cualquiera de nosotros.

—Verdad es.

—¿Qué te propusiste al coger su mano, besársela y hablarla con excesiva ternura?

—Enamorarla.

—¿Con qué objeto, Samuel?

—¡Me gusta la pregunta! ¿No lo suponeis?

—Esas escenas no tienen otro desenlace que el matrimonio.

—Claro está.

—¿Has contado con su padre?

—Como vos conmigo. ¿Sino á qué me habeis traido aquí? ¿Creeis, por ventura, que se puede ver á vuestra hija sin amarla?

—Muy bien. Ya está la cuestion en su verdadero terreno, y puesto que la encuentras digna de ti, es preciso, para que vuelvas á verla, que yo te juzgue merecedor de su mano.

—Es muy justa vuestra pretension.

—Aun cuando en fortuna os igualais, ella obtendrá un baronato que partirá contigo; y en eso no veo mal alguno, pues la he de casar con un judío, y no habiendo otro Auch en el mundo, desecho la idea de hallarlo.

—Soy más rico que ella; lo que me falte en pergamino lo añadiré en millones, y la boda será de igual á igual.

—No cuestiono; sea así, mas tú has dicho ántes que era un ángel.

—¿Soy yo acaso un demonio?

—Pudiera suceder, y debo evitar tener en adelante por hijo al diablo.

—Ahora sí que no os comprendo. Con los demás, pase; pero con mi padre...

—Hagamos un paréntesis y hablemos de otra cosa, Levi.

—De lo que gusteis.

—¿Te dijo Juan Magno de Austria el nombre de su madre?

—No; que era una granadina.

—¿Y el del autor de sus desgracias?

—Tampoco. ¿Qué me importaba á mí?

—Pues punto y aparte, y á otra cosa.

—Empezad.

—Cuéntame todo lo que hablaste con la mora.

—Esa infeliz está medio loca; decia que andaba buscando un hijo por el mundo; suponiendo yo que sería un niño le participé hallarse en Venecia, sufriendo la *pena negra*. Me hizo mil preguntas sobre él; le contesté á todas satisfactoriamente, y vencido aquél pobre cerebro por el mio, que está sano,

la empaqueté en una carroza con dos doncellas y un africano, y los llevé á Marsella.

—Por el camino hablariais mucho.

—Cási nada.

—¿Pues no ibas á su lado?

—¡Qué locura! Yo no alterno con esa gente más que lo imprescindible.

—¿Fuiste acaso con el mayoral?

—Tampoco. Ved el recibo; dice así: «Por la carroza y un caballo de montar que he alquilado al judío Samuel Levi, quinientos ducados.»

—¿Con que fuiste á caballo todo el camino?

—Ya lo veis.

—¿Y despues que llegásteis á Marsella?

—Hallé el puerto lleno de buques, y en el primero que salia para Venecia metí á los cuatro, y hasta que perdí el barco de vista no regresé. Por cierto que yo tambien aboné el pasaje.

—¿Cuánto distes, Samuelito?

—Ciento sesenta ducados; en ese precio iba incluida la manutencion.

—¿Qué suerte sufrirá esa mujer en Venecia?

—Va recomendada á un pariente mio que la encerrará en la jaula de locos, si no muere ántes, pues iba muy enferma. Es una desgraciada que ganaria mucho dejando esta vida miserable.

—¿Dispone de mucha influencia ese pariente tuyo á quien la has recomendado?

—Juzgadlo vos: es un representante de mi casa que presta dinero al Dux y á vários individuos de los tribunales, del Senado...

—Basta, basta; ya tiene suficiente.

—Ya lo creo. Os repito que no volvereis á verla, á no ser que la busqueis...

—Dime; ¿habló algo en su delirio de Juan Magno de Austria?

—Nada; refiere sus viajes, llama á su hijo...

—¿Qué nombre le da?

—Su hijo; no dice otra cosa; y cita continuamente, pero sin órden ni concierto, á Nefftalí Asam. ¿Quién será ese hombre?

—Uno que se ha forjado en su delirante imaginacion, y me toma á mí por él.

—No lo extraño; la infeliz está loca.

—Demos fin del paréntesis, en el cual he averiguado que tu servicio fué tan grande como yo creia, y volvamos al asunto principal; á lo único que nos importa á ámbos. ¿Crees que mi hija llegará á quererte?

—Así lo espero; y á este fin seré para Atalia siempre un rendido galan.

—Es que mi hija no puede amar al que nó sea capaz de sacrificarse por mí.

—Yo haria lo mismo. Un padre como vos todo lo merece.

—Ya unido á ella, serás mi hijo.

—Que no tendrá más voluntad que la vuestra.

—¿Me obedecerás en todo?

—Sin excepcion alguna. Vuestro talento, vuestra experiencia, vuestro título, vuestra edad... Era preciso estar loco como la mora...

—¿Y si yo tuviera un enemigo poderoso, qué harias con él?

—Si osaba atentar contra vos, matarle.

—¿De qué modo?

—Desafiándole.

—¿Y si era muy valiente?

—¿Pues soy yo acaso cobarde?

—¿Y si tiraba mejor que tú el arma elegida, su renombre fuese europeo y su fama de héroe asustara?

—A mí no me amedrentá nada en el mundo; hombre contra hombre, luchariamos y no cejaria una línea hasta perecer ó atravesar su corazon.

—¿Y si tu contrario te hubiera prestado ántes un gran servicio; si le debieras, por ejemplo, la vida?

—Tratándose de un individuo de mi familia, no cabe otra cosa, baron, que arrancar la existencia al que intente ofenderlo. Por más que me fuera sensible, cumpliria resignado tan penoso deber.

—Pero tan jóven, tan cariñoso, ¿cómo habias de batirte tú con un hombre avezado á la guerra, diestro y terrible?

—Vos no sabeis lo que yo gozo con una espada ó pistola en la mano; me encuentro más sereno que nunca; rio á carcajadas, conceptuándome en aquellos instantes un héroe.

—¿Tuviste ya algun desafío?

—¿No os mandaron á decir de Venecia la causa verdadera de enviarme á París?

—No.

—Yo creí que reservadamente os lo hubieran participado.

—Entérame tú, Samuel, y cuenta que si te lo callas...

—Con mucho gusto; puesto que ya sabeis la mayor parte de mi vida, añadiré que en los últimos dias inutilicé á dos hombres.

—¿Quiénes eran?

—Un marqués y el secretario del sér más poderoso que he conocido.

—¿Qué causa?

—Una deuda.

—Ya. Les adelantásteis dinero, y confiados luégo en su influencia, en vez de pagar insultaban y escarnecian, amenazando...

—Bien dije yo que lo sabíais.

—Nádie me lo ha dicho, Samuel; pero como es lo corriente entre los deudores y nosotros...

—Cierto. ¿Obré mal?

—Al contrario; esos perros merecen la muerte. ¿Te batistes con ellos?

—Con los dos á la vez. Me ofendieron, y fué preciso que pagaran cara su torpeza.

—¡Con los dos á la vez!

—Sí; puesto en frente de ámbos luché bastante tiempo,

sin perder una línea de terreno hasta que los vi humillados á mis piés.

—¿Y la justicia?

—Estábamos en terreno neutral; yo me hallaba dispuesto á continuar hiriendo, y acabó el negocio saldando las cuentas los parientes de los deudores.

—¿Qué dijeron los venecianos?

—Dicen todavía que soy un héroe.

—Pero tu tio lo veria mal.

—Claro es; me quiere mucho y supone, sin razon, que en algun lance de esos voy á perecer. Añade que á vuestro lado, y unido á una mujer á quien ame, variaré por completo.

—No se ha equivocado, Samuelito: eres el hombre con quien yo soñé. Arde tu mirada; á pesar de tu juventud impones á los viejos, y yo, que te miro ya como á hijo, te concedo solemnemente la mano de Atalia. ¿Qué dices?

—Que acepto con entusiasmo.

—Se hará la boda lo ántes posible.

—Eso no; quiero hablar mucho con ella; que nos comuniquemos nuestras ideas y pensamientos; que aumente la simpatía, y que al unirnos me conozca ese ángel y esté cierto de ser feliz á mi lado.

—Bien; es tan justo lo que pides que no puedo combatirlo.

—Conviene además que yo aprenda junto á vos, que me ilustre por completo, y luégo que vos me halleis digno de ella, entónces se efectuará la boda, y los tres seremos dichosos.

—No quiero que te separes nunca de mi lado.

—Bueno.

—Que veles por mí dia y noche.

—Es muy justo.

—¡Y si alguno osara ofenderme!..

—Aunque fuera Juan Magno de Austria, se encontrará conmigo y ha de tener bastante; que vuestra vida me importa ya más que la mia.

—¿Tú sabes, unida tu fortuna á la de Atalia, lo que yo puedo aumentarlas en este gran pueblo?

—Me lo figuro.

—Al casarte tomarás posesion de toda tu herencia.

—Mi tio lo desea; es más, aguarda mi aviso para realizar en Venecia y trasladarse al punto donde yo me establezca.

—Estrecha mi mano, Levi. Quedo complacido de ti, terminado el convenio, y vamos, si quieres, en busca de mi hija, á la que deseo participar tan grata nueva.

Y cogidos ámbos del brazo, entraron en la cámara de Atalia, hallando á la jóven reclinada en un sofá, triste y ensimismada.

—Hija,—exclamó Asam,—te presento al que ha de ser tu marido, si con el tiempo logra ganar tu corazon, como es mi deseo y el suyo.

—Ya lo tiene. Padre, amo á Levi, y me hallo dispuesta á obedeceros.

—Me complace oirte; pero ántes de celebrarse vuestra union es indispensable que os trateis más, aumente la simpatía que acaba de nacer y os conceptueis el uno digno del otro.

—¿Vendrá todos los dias?

—Sí.

—¿Nos dejareis solos algunos ratos?

—No hallo inconveniente. Samuel me merece absoluta confianza.

—Esta noche, señor, os quiero más que ayer.

—¡Interesada!.. Pero que hermosa es, Levi; te doy una alhaja inapreciable.

—¡Tambien es él muy guapo; y me quiere tanto!..

—Ahora, hija mia, proporcióname el agradable entretenimiento de todas las noches; coge el arpa y canta. Siendo muy niña la enseñaron, Samuel, y tiene tan buena memoria que nada se le ha olvidado de cuanto aprendió. ¿Y tú manejas ese instrumento, Levi?

—Sí, señor.

—Me alegro; veamos quién es más inteligente de los dos.

La jóven templó el arpa, entonando luégo una cancion

francesa, con voz agradable, mucho sentimiento y bastante melodía. Luégo la reemplazó Oton, cantando en italiano una preciosa romanza. De este modo permanecieron hasta las diez en que se levantó Asam, y despidiéndose ámbos de la jóven se retiraron de allí.

Atalia quedó enamorada del conde Divari, conocido por ella con el nombre de Samuel Levi.

El judío natural y el artificial caminaron de prisa, sin detenerse hasta llegar á la casa de Nefftalí.

—Entra, Samuel,—exclamó el baron;—te he dicho y repito que no te separas ya de mi lado. Dormirás junto á mí y comerás en mi mesa.

—Será desde mañana, porque esta noche debo avisar en mi casa, sacar luégo la ropa, cuanto me pertenece, y despedirme de los dueños.

—Lo siento, pero te aguardo á las siete de la mañana.

—¿Habeis olvidado el dia que es?

—No; sábado; pero á puerta cerrada se trabaja como en los anteriores; cubramos la forma y multipliquemos el oro.

—Me agrada. De siete á ocho me tendreis á vuestra disposicion.

—Y cuenta que ya te quedas aquí de hecho.

—Muy bien.

—Estrecha ántes mi mano. Que Abraham te inspire y David te proteja.

—Y á vos.

El judío se retiró al lecho, gozoso con el presente y porvenir que le ofrecia la boda de su hija, en tanto que Melenik llegó á su *hôtel*, triste, meditabundo y como luchando con una idea que le atormentaba.

—¡Cuánto me he violentado!—exclamó, dejándose caer sobre un sofá.—La torpeza de ese hombre, ó el destino, me ayudaron poderosamente; me lo han dado hecho cási todo; pero ¡qué de esfuerzos hice para no venderme, para desempeñar bien mi difícil papel! La hija me inspira lástima y algo más; y el padre odio, rencor, asco. ¡Y cómo le humillé esta

noche; en qué conflicto le puse; cuánto sufrió! Ahora temerá salir al portal de su casa no yendo acompañado de su Levi! Era preciso que tuviera absoluta confianza en mí, que me juzgara indispensable como ha sucedido; mas esto me va á proporcionar un martirio completo hasta el dia del desenlace. Mi cama junto á la suya; mi asiento en la mesa á su lado; no separarme de él jamás. ¡Oh, eso es horrible! ¡Y no hay medio de evitarlo! Discurriré: puesto que para realizar mi plan necesito que salga él de París, lo echaré cuanto ántes; pero ¿de qué modo? No lo veo, no sé... ¡Mi pobre cerebro se halla trastornado esta noche! ¡Yo te esprimiré, ingenio ruin, limitado, pobre!.. ¡Ah! Su corresponsal del Havre le ha girado en la última quincena por valor de un millon; le escribo un anónimo anunciándole que ha realizado y va á ausentarse de Francia, y de este modo... No se embotó mi entendimiento, no; yo ayudo con mis palabras, lo asusto, le precipito... ¡Gracias á Dios que dí con la idea! ¿Qué haces ahí, Luti?

—Ya lo veis, señor; con los brazos cruzados, contemplando las vueltas que dais sobre el sofá, cómo accionan vuestras manos, cómo se os plega la frente de arrugas... ¿Quereis que os diga la verdad?

—Habla.

—¿Me perdonareis la franqueza?

—Sí.

—Pareceis un comediante de los mejores.

—Tienes razon, Luti; la farsa en que me veo envuelto me ha conducido á ese terreno.

—¿Pero sois vos el enredado?

—El enredador; mas formo parte de la madeja y me hallo en el centro, ocupando un puesto dificilísimo.

—¿Qué supone eso para vuestro talento y valor?

—¡Ay, Luti, el negocio se ha complicado en tal disposicion que me he visto hoy negro!

—Lo creo; pero ya estareis de color de rosa.

—Ello dirá.

—¿Habeis comido?

—Sí; ricas viandas, sazonadas con el dolor de un malvado.

—Le compadezco si está á vuestra disposicion.

—Creo que sí. Acércame ese velador y trae tintero y papel.

—Aquí estan las tres cosas.

—Veamos si sé desfigurar mi letra lo suficiente. Me parece que sí. Bien.

Y Melenik escribió un anónimo que cerró luégo, dirigiendo el sobre al baron de Auch. Cuando hubo terminado, dijo á su sirviente:

—Luti, es necesario que me ayudes.

—No deseo otra cosa, amo mio.

—Tú eres listo y tan leal que puedo fiarme de ti.

—Os pertenezco en cuerpo y alma.

—¿Ves esta carta?

—Sí, señor.

—Pues es preciso que se encargue de llevarla á su destino la administracion de correos.

—¿De qué modo?

—En cuanto amanezca te vas á esa oficina; esperas á que abran, y cuando hayas visto una cara que inspire confianza, le das este escrito acompañado de unos cuantos ducados en oro, diciéndole: «Quiero que con el sello de la administracion vaya este pliego á la *rue* del Norte.»

—¿No es más que eso?

—Me importa mucho, Luti.

—Os respondo que llegará; tienen los franceses una aficion al busto de su rey esculpido en los metales...

—Has comprendido la idea y todo depende del buen golpe de vista al hacer la eleccion...

—Basta, amo mio, que cazo yo al vuelo. ¿Qué más?

—Luégo te vienes aquí y me esperas sin salir, tarde un dia, dos ó tres. Comes cuando te parezca, y tienes paciencia, Luti, que me interesa hallarte cuando te necesite.

—Perfectamente, Señor.

—¿En qué te vas á entretener?

—Hay dos camareras en este *hôtel* que se disputan con gran tenacidad á este pobre hijo de Adan. Yo me dejo querer, y en los ratos de ocio me entretengo...

—Lo supongo, hombre.

—Pues bien, mañana y en los dias que siga desocupado, estaré algo enfermo, permiteré que me cuiden...

—Bien, Luti, bien; pero ¿y la prudencia?

—No me arrancan una frase relativa á vos ni los doce pares de este país.

—Lo apruebo; diviértete y espera: mas ten conciencia...

—Ya lo creo, de marino.

—Buena estará.

—Admirable, señor.

—Desnúdame.

Y Oton se metió en cama, quedando al poco tiempo tranquilamente dormido.

Bien lo necesitaba su cerebro, pues durante la tarde y noche le habia esprimido, segun dijo él, como al limon. Mucha prisa tenía, pero sin poderlo evitar se le venian encima los acontecimientos con más rapidez aún de lo que él deseaba.

CAPITULO XXIV.

El avaro.—Un anónimo.—Lucha.—Vence el más fuerte.—El destino.

MELENIK, no obstante los apuros del dia, durmió tranquilamente toda la noche.

Despertó á las siete, llamando á su criado; pero aquél no habia regresado aún de la administracion de correos, y el conde se vistió solo, auxiliado más tarde para la cuestion de aseo por un camarero del *hôtel*.

—¡Listo!—exclamó.—Puesto que los acontecimientos se me vienen encima con más rapidez de lo que yo queria, los empujaré, acabando de este modo lo ántes posible; que no hay nada peor en este mundo que desfallecer ó amilanarse ante un peligro cualquiera.

Y se dirigió á casa de Nefftalí, al que halló en medio de su despacho esperándole:

—¿Por qué has tardado tanto, Samuel?

Le preguntó Asam.

—Me levanté á las siete, tardé media hora en vestirme y dar algunas órdenes, y no creo que he perdido el tiempo.

—¿Has traido tu equipaje?

—Lo pedí, pero falta arreglar la ropa blanca, y he dispuesto que me lo remitan en cuanto esté corriente.

—Muy bien. Aquí tienes ya preparada alcoba, cama y cubierto en mi mesa.

—Muchas gracias. ¿Trabajamos?

—Pues no traes tú poca prisa.

—El tiempo es un tesoro.

—Para el pobre; á nosotros de todo nos sobra. Has de saber, Levi, que gusto de hablar contigo; tienes lo que vulgarmente se llama el don de convencer; y cuidado que yo no soy de los que á todo dicen *amén*. Hay, por otra parte, en ti un predominio sobre la persona á que te diriges, un poder cási mágico, que la atrae y domina como tú no puedes figurarte.

—Adelante. ¿Qué hacemos?

—Ya que tanto empeño tienes en que nos ocupemos de algo, pasemos revista á nuestra caballería.

—No os comprendo.

—Pues mira y verás.

El baron abrió su enorme caja de hierro, y comenzó á sacar talegas, que iba arrojando al suelo.

—¿No te crispa de alegría ese sonido? A mí me encanta. Ves contando.

—Una, dos, tres...

—No es eso; el contenido.

—¿Para qué, si estarán repasadas diez y siete veces?

—Más de cincuenta; pero eso no obsta; gozarás...

—A mí sólo me gusta sumar millones.

—Entónces ve formando talegas con el dinero recaudado durante la semana. Ponte en la mesa. Diez mil. Cinco mil. Cuarenta mil. Trece mil. Diez y siete mil. Cuarenta y seis mil. Veintiocho. Setenta y seis. Ciento noventa; y quinientos. Miéntras tú arreglas eso, yo formaré la tropa. *Tan, cataplan*. Sale un maestre de campo; detrás su regimiento. ¡Oro, todo es oro! Ahora formará línea la plata. Esta camina á paso redoblado. Ya está en órden de batalla el más pequeño de mis ejércitos. Hé aquí, Samuel, el verdadero poder de la tierra:

un cañonazo de oro conmueve tronos, ciega á los generales, aturde á los grandes, y no hay corazon que deje de palpitar, voluntad que resista, ni hombre que se atreva con artilleros como nosotros.

Y no obstante su edad y balbuciente voz, comenzó á cantar, dando saltos en torno de las talegas, la siguiente copla:

Es el oro mi delirio,
La plata forma mi amor,
Las alhajas mi consuelo
Y el todo grata ilusion.

Melenik, molestado horriblemente por aquella escena nauseabunda para él, le interrumpió, diciendo:

—Vale más vuestra hija que todos los tesoros del mundo.

—Cierto; pero con Atalia y cien millones se tenían las dos cosas mejores de la tierra.

—De bastante os servirian los últimos si os robaran la primera.

—¡Qué has dicho, insensato! ¡Robarme á mi hija! ¡Por ella sería capaz de pegar fuego al mundo, asesinar á los nacidos!.. ¡Vaya una idea cruel y despiadada, Levi!

—Consistirá en que la quiero tanto, que me molesta lo que no sea oir su voz, mirar su delicioso rostro. No me importa que se pierda el oro, pero ella...

—Loco como todos los enamorados. Ahí tienes su retrato; recrea en él la vista y déjame que yo me distraiga, divierta y ensanche entre mi poderoso ejército.

El judío continuó cantando en torno del dinero, hasta que volvió á interrumpirle Oton, para decirle:

—Hé aquí diez y siete talegas más y un pico de setecientos treinta y cuatro ducados.

—Trae, hijo, trae; aumentaré mis falanges. ¿No te has equivocado?

—No, señor; ved la prueba en este papel.

—Ya; sumaste la data; está bien; exacto. ¿No guardaste nada?

—Soy más rico que vos y hoy me causa tédio el oro.

—Comprendo; quieres solo á Atalia; pero hijo, hasta las cuatro no hay novedad; con que ten paciencia como yo. *Ran, cataplan*. ¿Qué es eso? ¿Han llamado?

—Las cartas, señor.

Exclamó la voz del portero.

—Vé, Samuelito, y cógelas. Entreabre sólo la puerta, para que el cancervero no perciba á nuestro ídolo y se enamore de él.

—Aquí están. Cinco.

—¿Cerraste la puerta?

—Con llave y pasador.

—Pues ves leyéndolas y dándome cuenta, ínterin yo confundo en el fondo de este abismo de hierro á las heroinas del universo. Una, dos, tres, cuatro.

—Vuestro corresponsal de Lion os avisa un giro de cinco mil escudos.

—Bien, Levi; por ahí vamos ganando el uno.

—El de Burdeos participa haber satisfecho vuestra letra y y pide liquidacion y saldo.

—Bueno por la primera; el segundo no corre prisa.

—De España os proponen un negocio sobre vinos.

—Lo haremos, si es seguro y lucrativo. Treinta y nueve, cuarenta...

—El duque de Pau quiere que le adelanteis por un año setenta mil ducados; hipoteca su castillo y posesion de Orleans.

—¿Cuanto ofrece?

—Dará, segun dice, lo que sea razonable.

—Contesta luégo pidiéndole el veintiuno.

—¡Maldicion!

—¿Qué es eso?

—¡Un robo, una infame alevosía! ¡Horror, horror!

—Allá voy, espera. Sesenta y tres, sesenta y cuatro.

—¡Merece la muerte!

—Setenta y siete, setenta y ocho. Me asustas. Ochenta y uno, ochenta y dos. El pico. Empiezo á cerrar. ¿Qué es eso?

—Dejadme que examine los libros.

—Pero hombre, no comprendo... Y estoy temblando.

—Lo que yo decia.

—Veamos.

—Vuestro corresponsal del Havre os ha girado en un mes por más de un millon.

—Pero con el uno y medio.

—¡Qué uno y medio! Ha realizado y se marcha de Europa.

—¡Por Salomon!.. Es la casa de más credito de Francia.

—Confiado en eso, dejadle huir, que él se burlará de vuestra candidez.

—¿En qué te fundas, hombre ó diablo?

—Oid lo que os dice una persona honrada y leal.

«Baron: Vuestro corresponsal de esta villa está realizando »en secreto y abandonará en breve Europa en su magnífica »galera *Serpiente*. He presenciado la venta de sus fincas, y »al notar la reserva con que obra y otra porcion de circuns»tancias que reservo, me creo en el deber de daros un aviso leal »y amistoso.

»A última hora he averiguado que partirá el mártes. Le »he hecho várias preguntas relativas á lo expuesto, y todo lo »ha negado. Mas como á mí me consta que es cierto, queda de»mostrada su mala fe é intencion siniestra.

»Obrad con energía, pues sospecho que os ha cogido.—UN »VERDADERO AMIGO.»

—Ese escrito viene sin autorizar; lo creo una calumnia, Samuel.

—¡Qué inocente sois, baron! ¿No reconoceis la letra, nada os dice?

—No.

—Os habeis ofuscado y va á costarnos más de un millon.

—Pero ¿de quién es eso, Levi?

—Del hombre más justificado de cuantos tratais; de Tobías, el corresponsal de Dreux, que, segun participaba ántes de ayer, se habia trasladado al Havre con objeto de recibir un cargamento que le mandaban de América.

—Verdad es; mas no se parece la letra. Saca sus cartas.

—Esperad. Ved; fijaos bien. ¿Qué notais? ¡Es esto mismo algo desfigurado!

—¡Creo que tienes razon, Samuel!

—Serenaos, por Abraham, no nos cueste una fortuna vuestro aturdimiento.

—Sí; este anónimo es de Tobías, que ha desfigurado su letra. ¡Qué bueno es y qué honrado!

—El uno y medio que os ofrecia ese miserable ladron, la brevedad de sus giros, la enorme suma que os ha sacado!..

—Todo lo veo ya, Levi.. ¡Maldicion! ¿Y qué hacemos, hijo?

—Aún tiene remedio si os tranquilizais.

—Habla, habla, Samuel, por que yo no veo, oigo ni siento; estoy desesperado.

—Alquilad una carroza de camino y trasladaos en secreto al Havre. Ya allí, bien disfrazado, os poneis de acuerdo con la autoridad, y miéntras la última rodea la casa con sus agentes, vos sorprendeis al ladron, exigiéndole en el acto la suma que os debe, cuya liquidacion llevareis. Querrá excusarse por el pronto, mas pedis auxilio á la policía y que pague ó va ya á un calabozo. En trance tan crítico abonará, sin perjuicio de que á vuestro ruego la autoridad le impida el que robe á otros.

—Cierto; y el Havre no está lejos. Pero ¿cómo abandono París? ¿Cómo dejo á mi hija?

—¿No os merezco confianza?

—Sí, absoluta. ¿Por qué no vas tú al Havre?

—Son allí indispensables vuestro nombre, vuestra influencia; á mí no me conoce nádie en Francia, y entre él y yo la autoridad dudaria de mis frases; él puede ganarla con oro...

—Iré yo, llevando una carta del ministro. Pero ¿y si miente el anónimo?

—Esa vacilacion, la duda, nos va á perder, señor baron.

—Me decido; pero no voy en carroza, que costará muy caro y yo no entiendo de eso. Partiré á caballo, y me acompañará uno de mis criados. Samuel, no perdamos tiempo; forma

la liquidacion de ese miserable, é ínterin pediré yo la carta para la autoridad del Havre, y al conde de Milan un par de potros prestados. ¿Te parece bien?

—Admirable. Pero ganad los minutos. ¿Cuánto tardareis en llegar?

—Son las nueve; saliendo á las doce puedo estar en el Havre el lúnes al mediodía.

—Bien disfrazado y sin descubriros á nádie.

—Por supuesto.

—Ni en el camino ni en la ciudad.

—Claro es.

—Ocultad al ministro y al conde el objeto de marcha tan precipitada.

—Sí, inventaré una historia muy diferente de la verdad. ¡Maldito! ¡Lo he de perder, á su mujer y á sus hijos! ¡Tendrá en mí un enemigo eterno! ¡La casa que me ofrecia más confianza! ¡Tratándose de dinero no puede uno fiarse ni de su padre! Vuelvo. A mi regreso almorzaremos.

—No tardeis, padre mio.

Salió el baron, quedando solo Melenik.

—¡Padre mio!—repitió.—Este nuevo padre es peor, si cabe, que el de la Georgia. Al autor de mis dias lo perdoné por lo que era; mas á éste!.. A éste lo castigaré por lo que es. La idea va saliendo como la pedia el deseo; pero no nos hagamos ilusiones. Formaré la liquidacion y esperaremos, que aún no ha marchado.

Y comenzó á escribir, permaneciendo tres cuartos de hora.

—Ya está,—exclamó.—Le debe el del Havre, como yo habia supuesto, bastante más de un millon. ¿Se ausentará? ¡Hay que dejar tanto á la suerte; es tan poca cosa el cerebro humano! Discurriré, no obstante, para ver si puedo preverlo todo, y que no me sorprenda acontecimiento alguno ni una imprudencia destruya mi plan. El tiempo corre, llegó el instante de aprovechar los segundos, y por Dios Santo que no he de perder ninguno.

Y ocupó una hora entregado á profunda meditacion.

Instantes despues le interrumpió Asam, que entró, diciendo:

—¡Samuel, Samuel, vengo sudando! Aquí está la carta, y los caballos no tardarán en llegar. Son normandos, fuertes como el hierro y de buen movimiento. Al regresar estuve en casa de un primo de mi corresponsal, pero nada pude sacarle; creo que tambien á él lo engaña, pues le tiene un saldo de siete mil escudos.

—Eso no vale nada. Ved lo que os debe.

—¡Por David!.. ¿Está bien sumado? Noventa y siete, y llevo nueve. Ciento uno. Exacto. Me la guardo.

—¿Habrá descubierto algo el primo?..

—No; fuí cauto. A mi vuelta me dará las gracias.

—¿El ministro y el conde?..

—Tampoco; estaban muy ocupados, y se contrajeron á darme lo que les pedia. Vamos á almorzar.

—Coged dinero y disfrazaros ántes.

—Tienes razon. ¿Mentirá ese anónimo?

—Os voy á llamar cándido.

—¡Cinco dias lo ménos sin ver á mi hija!

—Yo velaré por ella.

—Eso ya lo sé. Extenderé cuatro líneas con la contraseña para que Elías no te ponga impedimento alguno. Comes con ella y te estás hasta las ocho. Dile cuánto la amo, lo que me violenta marcha tan repentina y cruel, lo imposible de despedirme... Levi, siéntate cerca de Atalia, pero que el aire cruce siempre por entre ámbos.

—¡Señor, me ofendeis!..

—Ya sé que el que ama no humilla, no deshonra jamás. Perdona, hijo; la quiero tanto... Tú no sabes lo que yo sufro en estos instantes, el martirio que me va á seguir durante la travesía y hasta que vuelva á abrazarla. ¡Ay! Toma el silbato y la carta. Va cerrada porque conviene así. Espérame en el comedor, que en cambiando de traje te seguiré.

Oton se guardo ámbas cosas y obedeció al judío, caminando ensimismado y meditabundo.

Quince minutos después comenzaron ámbos á almorzar. El baron daba á la vez órdenes á Melenik, criados y portero. Terminó, y poniéndose en pié, dijo al conde:

—Sólo abandonas mi casa para ir al castillo; aquí duermes: vela, Samuel, vela noche y dia por la casa; recibe á los que vengan á verme, y entretenlos, no vaya á perderse algun buen negocio.

—Os aseguro que no haceis falta.

—Abres el correo y contestas. Ya sabes...

—Id descuidado.

—Al salir cierras el despacho y te aseguras bien.

—Comprendo.

—De noche reconoce como yo ántes de acostarte los balcones, puertas, ventanas...

—Lo haré, que ya sé la costumbre.

—La costumbre no, la imperiosa necesidad, la conveniencia, la seguridad.

—Eso es.

—Adios, Levi; estréchame.

—Os despediré en la calle. Cubríos bien el rostro con el cuello del tabardo. Así. Depende el buen resultado de la reserva, del incógnito.

—Estoy. Toma la llave del despacho, el que cerré cuando salimos.

—Vamos, y oprimid bien los ijares del caballo.

—Aunque soy viejo he de correr.

Cinco minutos más tarde daba el baron á Melenik el último adios, saliendo de la calle del Norte, agitado, intranquilo, sufriendo tormentos horribles.

El conde sonrió al perderle de vista, y tranquilamente fué subiendo la escalera, luégo abrió el despacho, sentándose en el sillon del judío.

—Muy bien,—dijo;—me quedo por dueño, y si bien creo que abarca algo mi entendimiento, nunca le juzgué tan elevado que me proporcionara la situacion fácil y admirable en que estoy. Hay algo sobre mi talento que me ayuda y protege,

que me guía é inspira. Sepamos; no hacen todavía cuarenta y ocho horas que regresé de Marsella, y ya tengo ganada á Atalia, vencido al hebreo, alejado por cinco dias lo ménos de París, y soy dueño absoluto de todos sus intereses, de su hija... No creí lograr tanto en tan poco tiempo. ¿Valdré ya lo que Magno? ¿Acaso más? ¡Te arranco y arrojo de mí, necia vanidad! ¡Todo lo hizo Dios, que yo sólo soy mísero pedazo de barro, favorecido con la proteccion Divina, instrumento del cielo, que debe convertise en la rémora de ese malvado judío, asesino, ladron!.. En virtud de las órdenes que ha dado, puedo mandar al templo ó á paseo á los judíos que me rodean, y, provisto de una docena de botellas de buen alcohol, prender fuego á esta casa y en treinta minutos convertir en cenizas la fortuna de Asam. La idea es magnífica, nada se opone á su realizacion; pero si al volver se halla pobre, busca á su hija y no la encuentra, muere de dolor. Su alma ruin y miserable no tiene fuerza suficiente para resistir dos golpes tan crueles. No me conviene eso; es preciso que viva, que viva mucho para que conozca los tormentos que él hizo sufrir á otros; que bese las plantas de Magno; que inunde con lágrimas el pavimento donde esté Zaida; que riegue el mundo como él obligó á la madre y al hijo. Eso es, pero no debo apresurarme, que hay tiempo demás. Empezaré por dejarle la carta escrita; luégo dirigiré otra á Battiferra, para que si va á Venecia no moleste á los Levi; mandaré un saludo al Dux, otro á Gradenigo, participándole que mi difícil, mi imposible mision, como él decia, se halla terminada satisfactoriamente, dando tiempo miéntras las redacto para adquirir la seguridad de que ese hombre no regresa, de que sigue al Havre.

Eran las doce cuando empezó á escribir Oton, terminando cerca de las dos de la tarde.

Dejó sobre la mesa el pliego que dirigia al baron, se guardó los otros, y cerrando el despacho salió de él. Luégo dijo al portero:

—Toma esta llave para que me la des si vuelvo. ¿La conoces?

—Sí, señor.

—Mas si el delicado y difícil asunto que me ha encargado tu señor me impide regresar ántes que él, se la entregas á tu amo, teniendo mucho cuidado de la casa.

—¿Pues no os quedábais vos al frente, segun dijo?..

—Es en el caso de que yo pueda despachar hoy un negocio.

—¡Ah! Está bien.

—Adios.

—Que Moisés os acompañe.

El conde miró por última vez la casa del baron, después la que habitó Zaida, y, asomando á sus labios siniestra sonrisa, entró en su *hôtel*, en el que halló á Luti.

—Acércate,—le dijo.—Hemos despachado y vamos á partir de Francia.

—Lo siento; ahora que yo arreglaba el nido venis á espantarme.

—¡Luti, que te rompo!..

—Ya estoy volando, amo mio. ¿Adónde vamos?

—Ahí cerca; á Madrid y luégo á Venecia ó donde el destino nos lleve.

—Pues dejo á mis palomas y empiezo á mover las alas. ¿Hago la maleta?

—En el momento que yo salga compras dos trajes ricos y elegantes para un hermosísimo paje que me voy á llevar.

—Comprendo; un paje hembra.

—Macho, y no es cuenta tuya si me he equivocado. ¿Lo entiendes?

—Corriente, señor.

—Te haces de un baul, colocas nuestros equipajes en él, dejando fuera un vestido completo de paje. El dueño tiene estatura regular; más bien bajo que alto. Es esbelto, muy esbelto; pié chico, mano pequeña... Pagas en el *hôtel* y te despides. Con anticipacion habrás avisado al de la carroza, que vendria por ti y el equipaje á las siete. Te diriges al bosque de Lorena, paras á la entrada; vas al castillo, llamas fuerte y

me entregas la ropa del paje, esperando luégo mis órdenes. ¿Comprendes?

—Admirablemente, señor. ¿Podria yo llevar, aunque fuese en el pescante, un perro faldero?

—¡No, y cuenta!..

—Perdonad, pero estas francesas... ¡Y como no me dísteis tiempo para nada! Yo creí que la intriga iba á durar un mes...

—De paso echa estas cartas al correo; que no te olvides. ¡Ah! Llegó la otra, segun se deseaba, y me ha complacido tu acierto.

—Ya lo sabía yo.

—Dame el traje de seda, arregla mi cabeza y no te descuides que son las dos. Comes, al dejarlo todo corriente.

—¿Vais á viajar con esa ropa tan fina?

—Sí, despacha.

—¿Pistolas?

—Para mí la espada únicamente; tú coges un par de aquellas, y guardas las otras.

—Muy bien; yo no comprendo nada de lo que acontece, pero supongo que todo ha salido perfectamente á juzgar por lo satisfecho que estais. Fuera este grosero tabardo, los gregüescos de paño, las medias de lana y los zapatos de cuero. Acercaos, que os voy á cubrir de seda, oro y encajes.

—No pierdas el tiempo lastimosamente.

—Por San Rafael Arcángel, que vuelo. Ya teneis sujeto el precioso calzado de terciopelo; puestas las calzas. Capaz sereis de viajar con este traje de príncipe y de destruirlo.

—No me conoces bien.

—Se os figura eso. Sois un ángel para los que amais, un rayo asolador, el mismo Lucifer para vuestros enemigos. ¡Qué bien os sienta esta ropa! Va á creer vuestro paje que sois el delfin de Francia ó el príncipe de Anjou.

—Abrevia.

—Hay que suavizar bien estos cabellos, que están un poco rebeldes, y perfumarlos. Muy bien. La espada y el cintillo

con la escarcela. Ahora el chambergo, un poco inclinado á la izquierda. Muy bien, amo mio; ya puede vuestra alteza darse importancia de príncipe.

—Trae todos los papeles que hay en el tabardo, con un silbato que hallarás entre ellos.

—¿Los meto en la escarcela?

—Sí.

—¿Falta algo?

—Lo principal. Busca un bote pequeñito, color de rosa, que debe haber en la maleta, dentro de una caja de madera.

—¿El narcótico?

—¿Qué sabes tú?

—Al dármelo en Venecia para que lo guardase le dísteis ese nombre.

—Buena memoria tienes, Luti.

—Excelente, señor; para tan rico amo era preciso un sirviente como yo.

—No seas pedante.

—Me hago justicia.

—Ahora cumple todas mis órdenes, sin perder tiempo; pero no te aturdas para que nada te se olvide.

—Quedareis satisfecho.

—Al hacer el equipaje cuida guardarlo todo.

—Señor, id tranquilo, que no daré motivo para la más leve reprension.

—A las siete la carroza en marcha. A las siete y media llamas á la puerta del castillo para entregarme la ropa del paje, y á las ocho saldremos en direccion de Marsella, volando, Luti, volando. Dices al cochero y correo que ganarán otros cien ducados cada uno si nos llevan en el mismo tiempo que nos trajeron.

—¡María Santísima! A la segunda no hay remedio, nos estrellan.

—Lo dicho, Luti, y hasta las siete y media.

—Vaya con Dios mi adorado príncipe, que no faltaré.

Eran las dos y media cuando salió el conde, entrando al-

go más tarde en la embajada de Venecia. Encerrado con el representante, le dijo:

—Deseo despedirme de vos, dejándoos ántes un encargo importante. Teneis en París agentes hábiles y que podrán realizarlo con el acierto que yo deseo. ¿Es verdad?

—Creo que sí. Pero permitidme, conde, que os demuestre mi sorpresa y admiracion. Dice el Dux que nada resiste á vuestro talento, y en verdad que haceis milagros. ¿Desde que os separásteis de mi habeis estado en Marsella?

—Me detuve allí más de treinta horas y llevo ya cuarenta en París.

—Ni los pájaros, conde. ¿Cómo lográsteis, ó mejor dicho, cuántos caballos reventásteis?

—Ninguno; ni debemos perder el tiempo en explicaciones que á nada conducen. Ya puedo hablar, y me vais á permitir que os entere de lo que importa sepais.

—Aguardo, amigo mio.

—Magno el *Dragon* se llama ya Juan Magno de Austria, y resulta ser hijo efectivamente del esclarecido príncipe español vencedor en Lepanto, y de vuestra ahijada. En Madrid le tendieron traidora red, pero yo salvé su vida, la república lo ha nombrado general de las escuadras venecianas, y en breve volverá á asombrar al mundo con sus gloriosos hechos de armas.

—Lo creo, y me complace extraordinariamente oir cuanto me contais.

—Niño de cortísima edad, fué robado por un judío llamado Nefftalí Asam, tesorero del príncipe, que le quitó los tres millones que le dejara su padre, y como si esto fuera poco, lo arrojó á las playas de Brasil.

—¡Qué maldad! Ahora me explico toda la historia de Magno, que conozco detalladamente.

—Pues bien; ese judío no es otro que el baron de Auch, mi vecino.

—¡Ese avaro que Dios confunda!

—El mismo.

—¿Y no os lo llevais para que lama el suelo donde pisa mi amigo Magno?

—No.

—¿Le matásteis?

—Tampoco.

—Conde, ¿seríais capaz de perdonar á esa maldita culebra, enroscada siempre en la garganta de la humanidad que angustiada llega á él impelida por la necesidad y la desgracia?

—¿Cabe en mi semejante disparate?

—Imposible, y me complazco en declararlo así. Es hombre á quien odio con toda mi alma; tiene influencia, mucho dinero, este país atraviesa un período grande de desorganizacion, y el malvado se aprovecha de esas terribles circunstancias para fomentar la ruina de familias dignas de mejor suerte. Todos los dias veo regar el suelo con lágrimas que hacen brotar su cinismo y avaricia. Le maldice el pueblo, le aborrece la nobleza, y hasta los individuos de su raza le detestan. Conde, yo os ruego...

—No sigais. ¿Me quereis ayudar á la realizacion de lo que me íbais á proponer?

—Sí.

—En ese caso leed el contenido de este papel; en él hallareis mi pensamiento, lo que he hecho y lo que falta. Tomad y dadme vuestra opinion.

El embajador lo leyó dos veces, exclamando al concluir la segunda:

—¡Desgraciado; esto es mil veces peor que la muerte!

—¿Os compadeceis de él?

—Todo lo contrario; lo merece, y, á ser posible, más aún.

—¿A quién vais á confiar el desempeño de mi encargo?

—A Ponti, auxiliado de cuatro agentes hábiles y diestros como pocos hombres.

—Reserva completa para los que no intervengan.

—Desde luégo. ¿Cuándo debe llegar?

—Tardará cuatro dias próximamente.

—¿Decis que salió hoy á las doce?

—Sí, señor. Conviene que se extienda por París su primitivo nombre, Nefftalí Asam; que se sepa lo que hizo con Magno, y que su descrédito destruya la influencia que tiene y le cierre todas las puertas.

—De eso me encargo yo; cuando regrese sabrá todo París quién es y cual fué su conducta con Magno y con mi ahijada.

—Muy bien; seguid las instrucciones que os dejo por escrito, y al volver á Venecia, el Dux y Gradenigo os demostrarán su gratitud por vuestro interés y acierto.

—¿Ya os levantais?

—Sí; á las ocho salgo para Marsella; después me trasladaré al *Dragon*, cuyo barco mando, y en él buscaré á mi hermano. Si quereis algo para España ó Venecia, estoy á vuestra disposicion.

—Gracias; os deseo un viaje feliz, admirable conde.

—¿Me permitis que me despida de vuestra esposa?

—Ambos nos juzgaremos muy honrados con la merced que nos haceis. Hé aquí mi brazo; apoyaos.

Melenik habló con la mujer del representante de Venecia, y dándoles el último adios salió de la embajada, dirigiéndose al castillo de Lorena.

—Pardiez,—se decia por el camino;—me resta andar legua y media á pié, y en verdad que aquella primitiva indolencia mia junto á Magno, aquel continuo estudiar, aquellos sueños tranquilos y apacibles que me adormian recostado sobre el muslo del héroe, aquel sosiego, en fin, vino á ser reemplazado por una actividad pasmosa, llena de impresiones, de accidentes contrarios pocos, agradables la mayor parte, pero todos conmovedores. Del letargo pasé á la vida, y debo decir que ahora soy el hombre que vino á la tierra para algo. Me agrada esta existencia, me entusiasma; es la que me corresponde; la primitiva fué un período de tregua que probablemente huyó para no volver. Debo estar á las cuatro en punto en el castillo, dispongo de tres cuartos de hora, y me resta que andar más de una legua; pero todo se reduce á apretar el pa-

so. No está bien visto que los caballeros vayan tan de prisa por la calle; mas nádie me conoce aquí, me importa poco lo que digan, y puesto que todas las reglas tienen excepcion, que sea esta una de las últimas.

Y prosiguió á paso de corzo.

—Atalia,—añadia sin dejar de andar,—tu incomparable belleza me encanta, tu inocencia y candor me seducen; eres un ángel, pero tu padre un diablo, y la verdad es que por ti no puedo perdonarle á él; no tengo la abnegacion de Magno; yo sólo olvido al ingrato, al miserable jamás; si arrollada en esta escaramuza caes, no es mia la culpa, sino del destino que te hizo hija de ese hebreo. Acaso gane; por mal que yo la trate no ha de estar peor que junto á la más terrible fiera del universo.

CAPITULO XXV.

La judía y el cristiano.—Los amores de Oton.—La fuga.—Marsella y el Dragon.

A las cuatro próximamente se acercó Melenik á la cerradura de la puerta del castillo de Lorena, tocando tres veces el silbato, en la forma que lo hizo el dia anterior Nefftalí.

Al poco rato le preguntó Elías desde la parte adentro:

—¿Sois vos?

—Sí.

Le contestó el conde, fingiendo la voz. La puerta se abrió, precipitándose el último sin dar tiempo al otro para que le reconociera. Elías retrocedió dos pasos, y, daga en mano, exclamó:

—¡Traidor, atrás!

—¡Torpe!—le dijo Oton con calma.—¿Ya no me conoces? Soy Samuel Levi, que vengo en lugar de tu amo. Toma la carta que me dió para ti.

—¡Ah!.. Con ese traje...

—Cierra lo primero la puerta y no te extrañe mi ropa; los enamorados...

—Comprendo; tambien Atalia se ha cubierto con su mejor traje.

Y leyó el escrito, añadiendo:

—Debeis estar hasta las ocho; y como dueño mandais aquí. Muy bien; soy vuestro criado, señor Levi. Pues ¿y el baron?

—Corre en este momento hácia el Havre, y no debemos contar con él en cinco dias.

—Es la primera vez que hace eso, y me extraña que no se haya despedido de su hija.

—Le fué imposible. Trata de detener á un hombre que intenta embarcarse y huir de Francia, robándole más de un millon.

—¡Oh, ahora lo comprendo!

—Yo he quedado para representarle en todo.

—Perfectamente. Cierro, y vamos arriba, que Atalia os aguarda.

—¿Dónde guardas la llave?

—Miradla, en el cinto. Esta jamás se separa de aquí.

—Bien hecho.

Y los dos se encaminaron al piso principal, donde Oton halló á Atalia, que al verle exclamó:

—Bien venido, Samuel; te esperaba con impaciencia. ¡Pero qué elegante, qué guapo llegas!

—Angel mio, tú tambien te has cubierto con un vestido de raso ménos blanco que ese delicioso cútis; en el peinado pusiste más esmero, y tu hermosa faz, que no necesita de adornos, aparece encantadora, sublime.

—Sentémonos en este sofá; ¿quieres?

—Debo decirte ántes que tu padre se ha visto obligado á marchar al Havre sin poderse despedir de ti.

—¡Qué ingrato!

—Tardará mucho tiempo en volver y partió tranquilo, toda vez que siendo yo tu esposo tengo el grato deber de velar por ti.

—Entónces no te separes de mi lado. ¡Me gusta tanto hablar contigo, verte; soy tan desgraciada en esta horrible prision!

—Yo te haré feliz, muy feliz; pero ántes quisiera que comiésemos, siendo así que la precipitada marcha de tu padre y

el despacho de sus asuntos me impidieron almorzar, y la verdad es que me siento débil.

—¡Pobrecito! Vamos al comedor. ¡Elías, Elías!

—¿Qué mandais?

—La comida al momento.

Y se sentaron á la mesa.

—Vino.

Exclamó el conde.

—Aquí sólo se bebe un dia á la semana...

—Elías, reemplazo á tu mano. Obedece y calla.

—Muy bien, traeré una botella.

—Tiene razon Samuel; lo que él ordena debes hacerlo sin vacilar.

—Vuelvo al instante.

Y principiaron á comer, refiriendo Melenik á la enamorada jóven historias relativas á lo que pasaba en las grandes ciudades, en los caminos y en el mar. Atalia le escuchaba como á oráculo, infiltrando en su alma las hábiles frases del mancebo, vehemente deseo de abandonar su solitaria prision...

Se hallaban en los postres, Elías estaba en la cocina y aprovechó aquel instante Oton para preguntar á Atalia:

—¿Quieres hacerme un favor?

—Con mucho gusto.

—Perdona que te moleste; es tan grande este castillo y yo me pierdo andando por él...

—Habla, que anhelo complacerte.

—Me dejé el pañuelo en tu cámara, ignoro si daré con ella, no está Elías y me hace suma falta.

—Voy por él y me agrada esa confianza.

Salió Atalia. Melenik, utilizando el momento en que le dejaban solo, sacó un frasco pequeño y vació el contenido en la botella del vino, del cual bebió muy poco.

Instantes después le decia la hebrea.

—Toma, Samuel; es muy fino.

—¿Lo quieres?

—Gracias.

—Cuando vuelva Elías le dices que puede retirarse á comer con sus dos compañeras, bebiendo á nuestra salud el vino que he dejado.

—Te lo agradecerá mucho. Continúa hablándome de lo que pasa en el mundo. ¡Qué deseos tengo de ver esas ciudades!..

—Aquí llega el sirviente. Despáchalo.

—Elías,—exclamó Atalia,—poneos ya á comer, que no necesito de vosotros. Toma, bebed ese vino que os regalo con gusto.

—Gracias, muchas gracias. ¿Todo es para nosotros?

—Todo.

—¿Nada más quereis?

—No. Sentaos á la mesa, que no me haceis falta.

—Hasta luégo.

—¿Vamos á mi cámara, Samuel?

—Sí, Atalia, y en cuanto empiece á anochecer bajaremos al jardin, para referirte entre los árboles y las flores, el susurro del manso arroyo, entre las brisas perfumadas y á la pálida luz de la luna, lo que yo te amo, lo dichosa que debe ser una mujer tan bella, dulce, arrobadora y sublime. Vamos, cógete á mi brazo. Tu aliento me embriaga.

—¿Callas, Samuel? Continúa, empiezo á ser feliz y no quiero que cortes mi ventura.

—Sentémonos en este divan de tu mezquina y fea cámara. ¡Qué muebles tan antiguos y estropeados! El baron de Auch no te ha querido nunca.

—¿Qué dices, Levi?

—Ya lo oistes, Atalia; sólo al criminal, al que roba ó asesina se le prende y encierra como tú estás desde que tienes uso de razon. Unicamente al malvado se le separa del contacto de la sociedad, en la cual se hallan los goces de la vida, la expansion, el bienestar; sólo al hijo del pobre se le condena á vivir en una casa ruinosa, destartalada y fea como este nido de cuervos!

—¡Qué ideas, Samuel!

—Yo nunca miento, Atalia; tu padre ama el oro y nada más que al oro. Ni el tigre, que defiende á los cachorros con su propia vida, es tan cruel como Auch.

—Creo que tienes razon, pero debemos respetarle.

—Jamás; á cada uno lo suyo. Quiero darte la libertad pronto, llevarte al mundo, y que seas dichosa; pero ántes he de maldecir la terrible voluntad que te tuvo ocho años encerrada en este calabozo.

—No hablemos más de él; olvidemos sus hechos, Levi.

—¿Y cómo, si enciende la sangre al recordar que tiene en perpétua clausura ese rostro angelical, esa mirada deliciosa, este conjunto portentoso, por egoismo, por maldad? Pretende que sólo á él tengas afecto, que nádie más te vea, te admire ni te elogie. Hace contigo lo que con el saco de oro, que se encierra en el fondo de la caja de hierro para que nádie lo codicie.

—¿Vamos al jardin, Samuel?

—Aún no ha anochecido, Atalia.

—No importa; dame tu brazo y bajemos.

—Sea, que yo no obro como tu padre.

—Me has ofrecido llevarme á que vea el mundo.

—Y te cumpliré mi palabra.

—Dices que recorreremos las grandes ciudades, la tierra y el mar.

—Sí.

—Pasaremos años y años admirando la portentosa creacion.

—Tambien es cierto.

—Que iremos solos.

—Como ahora.

—Pues entónces olvida á mi padre; yo te aseguro que no lo nombraré.

—Si me es posible borrar de la memoria á tu tirano; si logro vencerme y abandonar de la mente lo malo que es él para fijar en ella lo buena que eres tú, entónces cumpliré tu deseo. Ya estamos en el jardin. Aquí que nádie puede oir-

nos voy á referirte una historia que me importa mucho oigas con atencion.

—Habla; deseo escucharla.

—Vivia, mi querida Atalia, en Venecia un jóven rico y poderoso que se llama Oton Melenik y es conde Divari. Tiene palacios, trenes, el mundo le aplaude porque lo juzgan con talento y valor, sus amigos le quieren y cuantos le trataron le estiman y respetan. El, no obstante, era muy desgraciado. A su ardiente corazon le faltaba algo que no veia en los alcázares, tesoros, amigos, parientes ni conocidos. Notaba un vacío grande, y era que necesitaba amar á una mujer, capaz de comprenderlo y de hacer por él toda clase de sacrificios.

—¿Por qué no la buscaba?

—Recorrió media Europa visitando desde el palacio real hasta la humilde cabaña, sin hallar una que le satisfaciera por completo. Un dia en que se hablaba de mujeres hermosas, contaba el judío Josué Levi, que ninguna tan bella como la hija de un compañero suyo, condenada por su padre á perpétuo encierro, entre las semiruinas de un viejo castillo francés. Tantos elogios hizo de ella, la describió con colores tan subidos, que el conde entró en deseos de conocerla, por si era aquella la que él andaba buscando tanto tiempo hacía. Al efecto, se encerró con su conocido Josué Levi, le pidió noticias, detalles, y, naciendo en su pecho pasion amorosa, efecto de las contestaciones del hebreo, se decidió á emprender un largo viaje, buscar á la dama y amarla, en el caso de ser efectivamente como se la describieron. La empresa era difícil, pues habia que luchar con su padre, cuya avaricia, desconfianza y recelo no tenían parecido en el mundo. Pero el conde Divari, que jamás halló imposibles, persistió en su idea, se disfrazó, y con una sola carta de recomendacion que lo presentaba judío y sobrino de Levi, vino á Francia; con su talento ganó la voluntad del padre, logró ver á la hija, quedando sujeto á la amorosa llama de aquel ángel seductor. No le engañaron; la hebrea era sublime, deliciosa, la que él habia soñado, la más bella de cuantas contempló en el mundo. Pues bien; el conde

Lám.ª II



C. MUGICA dib.º y lit.º — Lit. de J. DONON. Madrid.

— Te amo ! Tu eres mi ilusion, mi vida.

atravesó los mares, anduvo á caballo leguas sin cuento para decirla ocho solas frases.

—¿Para eso únicamente?

—Para eso solo.

—Serian importantes. Dímelas.

—Oye.

Melenik cayó á los piés de Atalia, y cogiéndole una mano exclamó:

—¡Te amo! ¡Tú eres mi ilusion, mi vida.!

La jóven retrocedió dos pasos, y mirando con asombro al georgiano, le preguntó:

—¿Eres tú Oton Melenik, tú el conde Divari?

—Sí, Atalia. Yo no puedo engañarte; el caballero cristiano dista mucho del hebreo. Si no me amas ahora, sé franca y me volveré á Venecia, para esconder en el fondo de su extensa laguna mis desgracias é infortunio.

—¡Con que no eres Levi!

—No.

—¡Ni judío!

—Tampoco; soy cristiano, caballero, noble de Venecia, poderoso, y guardo para ti en mi pecho un mundo de amor. ¿Desprecias todo eso?

—¡Melenik, yo estoy loca de alegría! ¡Te hubiera querido pobre y desgraciado; siendo tan grande me enloquece la dicha! ¿A qué debo tanta felicidad?

—¡A tu hermosura sin igual; á que el cielo se ha cansado de ver sufrir á su blanca, pura y angelical paloma, y la arranca hoy de entre las garras del milano!

—¡Bendito el cielo que se ha compadecido de mí!

—Para seguirme, querube celestial, es preciso que abandones á tu padre.

—¡Tú solo, Oton, mandas en mi alma!

—Que lo olvides para siempre.

—Aun cuando yo quisiera otra cosa, se negaria mi corazon, que es ya tuyo.

—Que cortes tus cabellos, te cubras con un traje de seda

diferente del que ahora usas, y, apoyada en mi brazo, salgamos de aquí.

—Te seguiré.

—Que entres luégo conmigo en una carroza, y en ella atravesemos las ciudades, los montes, los valles y los campos.

—Te seguiré.

—Que en seguida me acompañes á mi navío *Dragon*, y cruces junto á mí el Mediterráneo y si preciso fuera todos los mares del mundo.

—Te seguiré.

—Que no tengas más voluntad que la mia; que sólo á mí me ames.

—Desde ayer te pertenezco, conde. ¿Y tú, me querrás mucho?

—¿Lo dudas?

—No; pero soy tan feliz cuando me lo dices...

—Te amo, Atalia, como las flores al sol que les da la vida; como la madre al tierno niño que arrulla en su regazo; como los árboles al rocío que los ensancha y engrandece, como las aves á la aurora que saludan con palpitante corazon y armoniosos trinos; más que el hombre la vida; más que la mujer al hombre que la hace dichosa. Porque tus ojos brillan más que el lucero Vénus; tus dientes hacen fea la perla, tus labios palidecen el carmin, y porque eres, en fin, un tesoro que ya en mi poder sólo es dable perderlo con la vida. ¿Te harás cristiana?

—Sí.

—¿Temblará tu mano al cortar esa hermosa cabellera?

—No quiero saberlo; tú te encargarás de quitármela. ¡Ay, la felicidad mata como el veneno! ¡Me faltan las fuerzas, Oton!

—Cógete á mi brazo; besaré tu frente, y el fuego que arde en mi alma prenderá en la tuya, dándote una nueva vida más poderosa y agradable. Entremos en ese bosque perfumado con el aroma que el dulce ambiente roba á las flores del pensil. Por estas calles de acacias y arrayanes, junto á ti, aspi-

rando tu celestial aliento, unidos nuestros brazos, saboreando una misma idea, concibiendo un solo pensamiento, se ensancha el corazon, y la existencia corre por el Océano de la dicha que columpia al bajel de la felicidad. ¿Es cierto, Atalia?

—Sí.

—¿Estás triste?

—No.

—¿Pesarosa?

—¡Que eso me preguntes, Oton! Tus frases enloquecen mi mente; cambiaron mi vida, y, embriagada por una ventura que desconocí siempre, camino á tu lado trémula, vehemente, ansiosa.

—Di lo que quieras, y lo obtendrás en el acto, reina mia.

—Anhelo oirte sin cesar; verte continuamente; ser tuya, y obedecer á mi dueño.

—¡Cómo corre el tiempo junto al objeto que se ama! Son las siete, Atalia.

—¿Qué nos importa?

—Antes de una hora habremos abandonado estas ruinas.

—Me alegro.

—Pues despídete de este jardin, el cual no volveremos á ver.

—Lo deseo.

—¿Subimos?

—Sí.

—Las sombras de la noche cubren los árboles y las plantas; lóbrega y sombría oscuridad, Atalia, que te recuerda tu horrible pasado para hacerte más bello y sublime el presente y porvenir que te ofrece el conde Divari.

—Abandonemos para siempre aquél, cuya sola idea me entristece.

—Sube apoyada en mí por esta escalera que conduce á tu cámara, y desde allí irás al mundo.

—Vamos; que el presentimiento del más allá que me ofreces me alienta y fortalece.

—Ya estamos arriba. Te quitas esos prendidos; suelta el her-

moso cabello, y busca unas tijeras, las mejores que haya en el castillo; con ellas me aguardas en tu cámara.

—¿Adónde vas, Oton?

—A disponer lo conveniente para que tus criados no te impidan el paso.

—Te vas á perder.

—Me guía la luz de tus ojos. Otro beso en la frente, y hasta luégo, serafin encantador.

—No tardes.

—Vuelvo al instante.

Y el georgiano se dirigió á la cocina, exclamando para sí:

—El bárbaro Asam mató en su infancia la voluntad de su hija, sin comprender lo que otro hombre cualquiera podria abusar de esa circunstancia. Fué tan torpe que nada le enseñó, para que ella desease verlo todo; y tanto la sujetó, que al romper sus ligaduras debe desaparecer para siempre de la vista de su tirano.

Entró en la cocina, hallando á las dos criadas y á Elías tranquilamente dormidos. Bebieron el vino compuesto por él, quedaron de sobremesa, poco á poco é insensiblemente fueron sintiendo los efectos del narcótico, hasta encontrarse completamente embargados, víctimas de un sueño que no podrian desechar en muchas horas.

—Bien,—exclamó Divari;—cayeron sobre la mesa y no hay temor de que despierten. Veamos si Elías conserva la llave en el cinto. Sí; aquí está; pase de cinto á cinto. En su lugar dejo esta carta para el baron. Buena noche, señores. Hasta la eternidad.

Y salió de allí, dirigiéndose pausadamente á la cámara de Atalia.

—¿Qué haces, bien mio?

Preguntó á la jóven.

—Solté mis cabellos, y hé aquí unas tijeras que cortan muy bien.

—Gracias. Siéntate en esta silla. Lástima me da, pero tú no necesitas de ellos para estar hermosa.

—A mí me basta con Oton.

—Pues ese le tienes para toda la vida. No conozco el oficio, pero iré despacio para que quede una melena igual y perfecta. Te vas á convertir, bellísima judía, en el paje más dedelicioso de la tierra.

—¿Qué es paje, conde?

—Un jóven que jamás se separará de mi lado, librándose al cambiar de sexo de los muchos escollos que ofrece el mundo á la débil mujer.

—¡Qué talento tienes!

—No me distraigas ahora, rica Atalia, que quiero dejar tu melena elegante y graciosa. En Marsella te la empezarán á rizar.

Y Oton fué cortando con el mayor cuidado hasta dejarla á su gusto.

—Bien,—dijo al concluir.—Creo que estás más bella aún. Mírate á ese espejo.

—¿Para qué? Sólo me importa agradarte.

—Ahora espérame nuevamente, que voy por el traje.

—¿Dónde está?

—En la carroza que espera cerca de aquí. ¿Oyes? Llama á la puerta mi criado Luti. No tardaré.

Y Divari salió, dejando sobre una silla los cabellos cortados.

Poco después preguntaba á su sirviente:

—¿Y el traje?

—Aquí está.

—¿Rico?

—El mejor que hallé en París. Vedlo.

—Bueno parece. ¿Y la carroza?

—Espera donde mandásteis.

—Que éntre por la alameda y llegue á la puerta del castillo. Tú al pescante.

—Muy bien.

—¿Y el correo?

—Salió á las tres de la tarde, amo mio.

—Pues corre, y esperad aquí.

Y subió el conde, diciendo á Atalia:

—He aquí tu nuevo trajè, amor mio; terciopelo, seda de Milan, encajes y pluma. No hay nada mejor en París. Cúbrete con él, te apoyarás luégo en mi brazo y te llevaré al mundo que desconoces.

—El de tu amor es el que yo quiero principalmente.

—Tendrás ámbos.

—¿Me dejas sola?

—Sí; tú me avisarás en concluyendo, que cerca estoy.

Y miéntras la hebrea cambiaba de traje, Oton se entretuvo en ir poco á poco arrojando los cabellos que cortó no há mucho, los cuales eran impelidos por el aire, sueltos y llevados á gran distancia.

—¡Asam,—decia Melenik,—ya estás en mi poder! ¡Se viene á sufrir á este mundo, y al acabar Magno y Zaida debias reemplazarles tú dignamente! ¡Corre hácia el Havre como estos cabellos al Sur, como yo al Este ántes de pocos instantes! ¡Ay de ti cuando termines tu jornada!

Diez minutos más tarde llamó su atencion una voz dulce y cariñosa que le decia:

—Oton, ya puedes entrar.

—Voy, sirena encantadora.

—¿Qué te parezco?

Melenik, al ver á Atalia, sintió una impresion extraña, conmovedora; su diminuto pié, y la parte de la pierna que los gregüescos dejaban libre y ceñian las calzas de Milan, le presentaron una forma perfecta. La judía era un prodigio de bellezas, capaces de enloquecer el cerebro más privilegiado.

—¡Qué hermosa es!—exclamó Oton para sí.—¡Qué bien formada, qué sublime candor y que pureza angelical! Es la antítesis de su padre. ¡Oh, esta mujer me va á precipitar!.. Pero no; que estoy acostumbrado á dominarme, á sufrir desde que tengo uso de razon; y por Dios Santo que no he de hallar en el mundo nada más poderoso que mi voluntad!

—¿Qué haces, Oton?—añadió Atalia.—Te has quedado suspenso, triste y...

—No te asombre, ángel mio; contemplaba tu cintura, pié y forma arrebatadora; eres, Atalia, un sér perfecto, ideal, como yo no vi.

—Creí otra cosa, y me habia disgustado, señor conde. Tu frente se plegó de arrugas, la mirada vagó sombría y me asusté... Oton, yo no tengo la culpa de que mi padre sea avaro y déspota; yo no débo pagar...

—Tienes razon; él es un demonio, tú una vírgen, y en verdad que te amaré tanto como á él... Hablemos de otra cosa. No está bien puesta esa ropilla; déjame que la arregle. Esto es; ahora los gregüescos. Hija, si no tienes cintura. ¡Bendita seas!

—¿Otro beso en la frente? Pues van cinco.

—¿Te incomodan?

—No, Melenik; son hijos de tu amor y me enajenan.

—Vuélvete, Atalia; te pondré mi ferreruelo para que no sientas el frio de la noche; al efecto te embozas.

—No sé.

—Yo te enseñaré. Así.

—Muy bien; sólo se me ven los ojos y la nariz.

—Echa un poco atrás el birrete; la pluma inclinada. Esto es. Te convertiste en un paje arrebatador.

—¿Qué ruido es ese?

—Mi carroza que pára á la puerta del castillo.

—Pues vamos cuando gustes.

—¿No dejas con sentimiento el nido de cuervos?

—No, con placer. ¿Me permites que me despida de Elías y de mis dos criadas?

—Hija, se emborracharon y están como troncos. No te van á reconocer ni áun á oirte.

—Lo siento.

—Apóyate en mi brazo, y salgamos para siempre de tan horrible prision.

—Me has dado tu abrigo y te va á hacer falta.

—Yo soy más fuerte que tú, y además pediré una capa á mi criado

—¡Tenía un deseo de entrar en las carrozas! Sólo las he visto desde léjos.

—Pues vas á conseguirlo, y algunas cosas más que te son desconocidas.

—No lo extraño; porque encerrada aquí, todo lo ignoro.

—Llegamos abajo, y acabó para siempre tu martirio. Para mí te llamarás Atalia; para los demás César Auch. ¿Te acordarás?

—Sí; César Auch.

Oton abrió la puerta del castillo, dejando la llave por dentro. Después la entornó, exclamando.

—¡Luti!

—¿Señor?

—Abre la carroza.

—Ya está.

—Mi capa.

—Dentro del carruaje la encontrareis, señor conde.

—Cochero,—añadió Melenik,—á Marsella. Despacio al cruzar las poblaciones, para que mi paje pueda verlas con comodidad; por los caminos, vuela.

Y subieron á la carroza, la portezuela se cerró, saltando al pescante el sirviente Luti.

Cinco minutos después abandonaron el bosque, y el coche corria por el camino de Lion como un relámpago.

La luna extendia su pálida luz sobre los campos, valles y extensas enramadas de Francia. Atalia quitó el embozo de su ferreruelo, mirando por el cristal el arrecife, los árboles y el espacio. A los diez minutos se volvió á Oton, diciéndole:

—¿Vas triste?

—No. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Como no hablas nada, creí que algun pesar sujetaba tu lengua.

—Te dejo que empieces á contemplar el mundo, y te vi tan embebida que no quise á distraerte.

—Nada me agrada tanto como tu conversacion; tus frases son más bellas para mí que el universo.

—¡Qué buena eres! Se cumplió el axioma, Atalia: del árbol viejo y carcomido puede salir el retoño más esbelto y hermoso de la pradera.

—No te comprendo.

—Quiero decir que te amo mucho y que eres digna de todo mi afecto y consideracion.

—Me alegro. ¿Vamos á seguir mucho tiempo en este carruaje?

—Cuatro dias.

—¿Dónde dormiremos?

—Aquí.

—¿Se puede?

—Al principio te costará trabajo, pero luégo, rendida por el sueño, te será fácil; reclínate en ese rincon como yo he hecho en éste.

—Se cansarán esos pobres caballos.

—Cierto, pero cada tres ó cuatro horas quitan unos y ponen otros.

—¿Hay casas en estos caminos?

—Muchas, y pueblos grandes y chicos, que pronto empezarás á ver.

—¿Y esos que van guiando entrarán aquí luégo para dormir?

—No, hija mia; sólo á los grandes señores les es dado ocupar el interior de las carrozas.

—¿Y van siempre fuera?

—Siempre.

—¿Aunque llueva?

—Ese es su puesto, Atalia; ahí sufren el polvo del camino, la lluvia, la nieve, el frio ó el calor.

—¡Pobrecitos! ¿Somos nosotros mejores que ellos?

—Parece que sí.

—¿Y en qué consiste, Oton?

—No lo sé, Atalia.

—Pues tú tienes mucho talento.

—Hija mia; unos son poderosos, otros pobres, y, sin que nádie pueda explicarse la causa, Dios nos manda al mundo con diferente índole, condicion y fortuna.

—¿Quién es Dios, Melenik?

—¿No te lo han explicado tu padre y las personas que te rodeaban?

—No; os oigo á todos que le nombrais, yo tambien le cito, pero en la ignorancia de quién es.

—¡Qué bárbaro! ¡Tu padre, Atalia, es un monstruo! Pero no importa; yo te haré cristiana, conocerás á Dios, y añadiré á tu hermosura física la belleza intelectual que te falta. El baron, en su cálculo brutal, no te ha instruido ni áun en aquellas cosas que saben los niños de cinco años. ¡Y decia que te amaba, que eras su delirio! ¡Miserable! Hizo contigo lo que con el oro que guarda en su caja, que á nádie sirve y para nada vale. Angel mio, perdóname si te hablo así del autor de tus dias; es tan malo que no puedo disimular ante ti el horror y desprecio que me inspira.

—Vas á lograr que le pierda el cariño y hasta que le aborrezca.

—Lo merece, Atalia, te lo juro solemnemente. Empieza á comparar desde esta noche mis cuidados contigo, mi tierna solicitud, lo que te voy á enseñar, lo que va á ser de ti, con la vida á la que te condenaba ese tigre, y obra como te dicta tu corazon. No olvides al hacerlo que es tu padre, la obligacion que tenía de formar tu dicha, y que yo no tengo parentesco alguno contigo ni me une á ti otro lazo que el de la simpatía.

Desde este momento empezó Oton á instruir á Atalia en la religion católica, dándole á conocer todos sus preceptos. Insensiblemente fué estableciendo una valla inespugnable entre la castidad de la hebrea y toda intencion liviana que pudiera llegar á la mente del mancebo.

Oton era fuerte como las rocas de su país, su voluntad se hizo omnipotente, y, comprendiendo desde el primer instante la diferencia que habia entre la virtuosa y angelical Atalia y

el miserable autor de sus dias, fué paulatinamente cobrándole un afecto grande, puro, hasta el punto de convertirse en un padre amante y cariñoso de la inocente judía. Su conducta en este momento era sublime y sobrepujaba en grandeza á todos sus hechos realizados hasta entónces. La hebrea era, como hemos dicho, un tipo epurado de bellezas naturales; parecia un ángel; Oton iba á su lado, le seducia aquel conjunto de perfecta hermosura; ella lo ignoraba todo; nó le era dable oponer resistencia alguna al deseo del que juzgaba su amante; pero su misma debilidad, su extensa candidez, su pura inocencia contuvieron á Oton, y en verdad que nuestro georgiano estaba siendo á su lado un héroe ante el cual se humillaban el vicio, las pasiones bastardas y todo lo pequeño y ruin que presenta el hombre por lo general en su vida privada. Y era lo más digno de admiracion, que Melenik no se violentaba ni veia en la jóven á la hija de su enemigo. Acostumbrado á dominarse, se postró, sin vacilar, ante aquel portento de candor, mirando en Atalia una de las víctimas del baron Auch, una pobre huérfana que necesitaba su apoyo; y noble, generoso, fuerte, se declaró padre de la judía.

La enseñaba, como dijimos, á conocer á Dios, á amarle, y siguió infiltrando en su mente los divinos preceptos. La hablaba de su cariño y ternura; satisfacia todas sus preguntas, relativas al viaje, á las grandes ciudades, á la gente y á cuanto llamaba la atencion de la jóven, que era todo lo que veia.

De este modo la condujo á Marsella, sin haber osado besar en tan larga travesía ni una sola de sus manos.

Halló en el puerto de dicha ciudad anclado el *Dragon*, y se trasladó á él inmediatamente, mandando á Luti que pagara al de la carroza, llevando luégo el equipaje al navío.

Al pisar la hermosa galera, se le presentó un viejo alférez, el cual le dijo:

—Señor conde, S. A. el Dux me manda obedeceros. Hé aquí el despacho que me dió poco ántes de hacerme á la vela.

Melenik lo abrió, leyendo:

«Al muy noble alférez conde Divari: Tomad el mando del »navío *Dragon;* incorporaos á la escuadra del general Juan »Magno de Austria, y quedad á sus órdenes.=El Dux.»

—Muy bien,—exclamó Oton.—¿Qué fuerza tenemos disponible, alférez?

—Entre soldados, remeros y marinería más de ochocientas plazas.

—¿Buena gente?

—Escogida, señor.

—Que formen todos inmediatamente.

Y bajó á la cámara, siempre cogido á la mano de Atalia, encontrando allí dos pajes, un mayordomo y cuatro criados, los que le mandaba Otilia para que le sirvieran. El segundo le entregó una carta de la esposa de Magno, tierna, afectuosa, encargándole al final que corriera en busca de su marido y lo defendiera como él sabía hacerlo. El mayordomo añadió después:

—La señora me entregó además todo el equipaje y diez mil ducados que quedan á vuestra disposicion.

—La señora es un ángel digno de nuestro respeto y admiracion. Unid el equipaje que ahora traerá Luti al que viene de Venecia, y quedad todos sobre cubierta, que pronto os sigo.

Y hallándose sólo con Atalia, le preguntó:

—¿Qué te parece á ti esto, ángel mio?

—Muy bien. ¿Estamos sobre el agua?

—Sí.

—¡Y no se hunde!

—No; de este modo se corre medio mundo.

—¡Qué salon tan bonito; grandes espejos, molduras de oro, divanes de seda; y qué mesas tan preciosas! Por aquellas ventanitas se ve el mar. Mira, Oton, se juntan el cielo y el agua.

—Eso te parece á ti, pero no es.

—¿Este buque anda?

—Con rapidez pasmosa.

—Es verdad, se mueve. ¡Qué bien iremos en este saloncito!

—Perfectamente.

—¿Qué ruido es ese tan extraño, Oton?

—Los atambores y clarines que tocan.

—¿Para qué?

—Para que formen los soldados.

—¿Aquí hay soldados?

—Muchos; este barco es un pueblo.

—¡Un pueblo sobre el agua! ¡Qué rareza! ¿Por qué se quitan las gorras y los sombreros cuando te ven, y tú y yo permanecemos cubiertos?

—Porque soy el jefe.

—¿Todos te obedecen?

—Sin vacilar.

—¡Qué poderoso eres! ¿Y qué harias al que se negara?

—No ocurre nunca eso, pero si aconteciese, el desgraciado que tal osara moriria.

—¿Luego eres aquí el rey?

—Claro está.

—¿Soy yo la reina?

—No; mi paje, y algo más. Ponte á mi lado, que ya están en formacion; les pasaré revista y te daré á conocer.

Y subieron ámbos, quedando Oton completamente satisfecho del personal que tenía delante.

Terminada la revista, mandó que le rodeasen el alférez, sargentos, contramaestres y pilotos, diciéndoles.

—Levar ancla, y rumbo á Oeste. Cincuenta remos por banda, y que no cesen dia y noche hasta anclar en Cartagena. Cobrarán todos durante esta travesía paga doble, recibiendo además el soldado y marinero media racion de vino por plaza.

—¡Bravo!

Le contestaron. Melenik añadió:

—Os presento á Don César Auch, pariente mio, el cual me sigue á todas partes en calidad de paje. Respetarle como á mí.

—Muy bien.

—Alférez, ¿faltan provisiones ó alguna cosa?

—No, señor conde; recibí órden en Venecia de tener lista la galera para cuando os presentáseis, y he obedecido.

—¿Vienen los sentenciados Altacima y Jonás?

—Sí, señor; están en la proa, sujetos con cadenas y cogidos á sus remos.

—¿Hablan con alguien?

—Lo intentaron; pero se ha prohibido contestarles bajo las penas más severas, y nádie les hace caso.

—Así debe ser. Cumplid mis órdenes.

Y cogiendo á Atalia de la mano, volvió á bajar á la cámara.

Una hora más tarde corria el *Dragon* hácia Oeste. Melenik cedió á la jóven hebrea el camarote principal para dormir, encargándola que cerrara por dentro.

Uno de los criados del conde rizaba todos los dias el pelo de la judía para que aquella pudiera lucir su preciosa melena. Comia con Oton, era respetada de todos, y no habia nádie que dejase de admirar la belleza del paje D. César Auch.

Melenik siguió tratándola con un cariño, interés y cuidados sorprendentes, maravillosos. No era para él la hija de su enemigo, ni su alma noble podia ver en ella otra cosa que á una jóven que le amaba y la que por él habia abandonado su castillo, padre y tranquilidad.

Continuaba instruyéndola, no sólo en los preceptos de la religion, sino tambien en lo que era el mundo, la sociedad y las individualidades.

Por fin comprendió ella el sacrificio del georgiano al respetar su virtud é inocente castidad, y un dia en que estaban solos en la cámara, cogió su mano derecha, la besó, y bañándola con sus lágrimas, le dijo:

—¡Qué grande eres, Oton; yo te agradezco lo que haces por mí, aplaudo tu generosidad, y declaro con lágrimas en los ojos que te presentas ya formando la antítesis de lo que fué el autor de mis dias!

—¿Por qué lloras, ángel mio? No te extrañe mi conducta; cuando se ama de veras se ve en el objeto querido una vírgen á quien se respeta y considera como yo á ti.

—¡No, conde, no; cuando se ama de veras las pasiones son más vehementes, mucho más terribles, y tú, desde que abandoné mi viejo y ruinoso castillo, no osaste ni aún estampar un beso en mi mano! ¡Hoy, que todo empiezo á comprenderlo, veo la magnitud de tu sacrificio, y ya no es amor lo que te profeso, sino adoracion, idolatría!

—¡Qué buena eres!

—Creo que consiste en que cuando me acerco á ti aspiro tu aliento tan puro como el aura del paraíso.

—Hablemos de otra cosa, Atalia; mereces cuanto hago por ti, te juro que no me violento nunca, y en verdad que sólo en labios tan tiernos y cariñosos sientan bien las lisonjeras frases que acabo de oir.

El *Dragon* corria hácia Cartagena como no lo hizo nunca; Melenik prosiguió siendo un modelo de hidalguía y caballerosidad para Atalia. Jonás y Altacima sufrian los rigores de la intemperie, el peso de sus cadenas y un trabajo forzado de doce horas diarias, y de este modo continuó el barco sin que accidente alguno viniera á cambiar lo expuesto anteriormente.

Ahora es indispensable retroceder para que sigamos al hebreo Asam y averigüemos si ha logrado ó no Melenik condenar á martirio perpétuo á ese funesto avaro.

CAPITULO XXVI.

Un jinete que no se parece á Oton ni á Luti.—El Havre.—Primer desengaño.—Consecuencias.

El baron de Auch montó á caballo, segun hemos visto, y, seguido del sirviente que le merecia más confianza, entró en el camino del Havre, comenzando á trotar sin tregua ni descanso.

Iba el judío triste, ensimismado, la cabeza echada adelante, y su corazon palpitaba con violencia. Habia abandonado sus tesoros, la hija que tanto amaba, y corria en busca de un malvado, segun le habian hecho creer, el cual sólo merecia, á juicio suyo, la afrenta y martirio de un patíbulo.

Pero se trataba de más de un millon, y Asam no era hombre que se dejaba robar nada, y ménos aquella suma fabulosa. Por esta razon, en las dos primeras horas, entregado por completo á las ideas que acabamos de exponer, no se cuidó para nada de la materia; léjos de eso aguijoneaba á su caballo de continuo para trotar y correr como pudiera haberlo hecho un jóven.

Al espirar, sin embargo, el plazo indicado, ó sean las dos primeras horas, Nefftalí dejó de pensar para ocuparse de las

agujetas que empezaban á molesterle mucho. A la vez sentia los primeros tormentos del cansancio y la fatiga, y su materia, por último, vieja y gastada, principió á demostrarle que á los sesenta y seis años de trabajos no se pueden hacer muchas valentías.

—¡Ay!—exclamaba, condenando al olvido á su hija, deudor y dinero.—Samuel tenía razon; en una carroza iria yo tan cómodamente, en tanto que sobre esta silla dura me voy lastimando lo increible. Y ya no puedo retroceder; aquel malvado marcha el mártes, mañana es ya domingo... Adelante, que he de morir ó llegar.

Su ambicion y avaricia le hicieron sacar fuerzas de su propia flaqueza, y siguió caminando con cansancio, agujetas, polvo y debilidad.

Cada cinco horas daban pienso y una de descanso á los caballos. En Pontoise comió, durmiendo algun tiempo, y ya no volvió á descansar hasta Rouen, cuya ciudad abandonó tres horas después de haber entrado en ella.

Ya no eran las agujetas y el cansancio lo que le atormentaban; llegó á faltarle hasta la vista, é iba regando el camino con lágrimas que le arrancaba el agudo dolor que sentia.

Dista el Havre de París cincuenta leguas y media francesas, ó sean treinta próximamente de las españolas. Asam llegó á las cuarenta y cuatro horas de haber salido; pero lo que habia sufrido en el camino y lo grave de su estado al arribar, no son para descritos. Sin embargo, al encontrarse en la misma poblacion que su acreedor y ver los barcos que entraban y salian en el puerto, hizo un esfuerzo heróico sobre sí, dejó los caballos en la primer posada, y apoyándose en el brazo de su criado, pasó á la oficina donde creia hallar á la primera autoridad del Havre, y se hizo anunciar por uno de los porteros.

Eran poco más de las ocho de la mañana. El nombre del baron de Auch se conocia mucho en Francia por la inmensa fortuna de que se le juzgaba dueño, por el título que habia logrado, no obstante pertenecer á la raza hebrea, y el jefe del

Havre lo recibió al momento, con mucha amabilidad y muy dispuesto, segun dijo, á complacerle en cuanto necesitara de él.

Asam le dió la carta del ministro, y, notando el buen efecto que habia causado en aquél la recomendacion, le expuso sin ambajes ni rodeos lo que suponia ocurrir con su corresponsal y lo que deseaba se hiciera para evitar el robo de que se creia amenazado.

Sorprendída la autoridad, confusa, y habiendo posibilidad de que aconteciera lo que le denunciaba Nefftalí, le contestó:

—Muy bien, señor baron; estaba en la idea de que la casa de vuestro compañero y corresponsal era una de las de más crédito de Francia, pero todo puede ocurrir en este mundo, y me hallo en el deber de impedir que se robe á nádie, por cuya razon accedo gustoso á vuestra demanda.

—Obrad con mucho sigilo, señor, que el momento del embarque se acerca, el buque estará dispuesto, ese hombre no tendrá ya nada en su casa y la menor imprudencia nos compromete. Ved en el estado que llego al Havre, y todo porque el malvado no se aperciba, para que no me robe y para que vos podais hacer un castigo ejemplar.

—Nada temais de parte mia, señor baron; vais á presenciar las órdenes que doy, y no dudo que quedareis satisfecho.

E inmediatamente dispuso que no pudiera salir ningun buque del puerto; luégo mandó rodear la casa del corresponsal de Nefftalí, y cuando estuvo seguro de dar el golpe en toda regla, se presentó, seguido de su estado mayor y del baron de Auch.

De este modo sorprendieron al rico capitalista, el cual se hallaba en su despacho, trabajando como de costumbre, y lo mismo sus hijos y cinco dependientes que tenía. A pesar de no notar nada que confirmase la denuncia de Nefftalí, se encerró en habitaciones separadas á todos los habitantes de aquella casa, y se les fué tomando declaracion.

Terminado aquel interrogatorio, se reconocieron la caja y los libros, resultando que habia en la primera en créditos y dinero más de cinco millones, y que el dueño no vendió ningu-

na de sus propiedades ni existia en el puerto buque alguno de su propiedad en el que pudiera huir con su familia, y ménos la galera *Serpiente*.

A las tres horas de haber llegado, decia la autoridad del Havre al judío Nefftalí, delante de su corresponsal:

—Señor baron, sois víctima de una infame calumnia; me habeis comprometido, y en verdad que era indigno de vos y de mí lo que acabamos de hacer con vuestro justificado compañero.

Atónito Asam, avergonzado y confuso, enseñó el anónimo, valiéndole una reprension muy dura de parte del jefe por su necia credulidad ante un escrito que nádie autorizaba.

Indignado su corresponsal, cogió la liquidacion que el otro habia presentado, y, hallándola exacta, le entregó en oro el importe del saldo, echándolo á empellones de su casa.

Cargados el judio y su criado del dinero que concluian de recibir, y más aún el primero de sonrojo y vergüenza, se fueron á la posada donde tenían los caballos, encerrándose en un cuarto que tomaron al efecto.

—¡Que es esto, Dios de Abraham,—decia el baron, trémulo y con los ojos húmedos;—qué barbaridad concluyo de hacer! ¡Los consejos de Levi me precipitaron! ¡Maldito!.. ¡Pero si él lo hacia por evitarme una desgracia!.. ¡Me confundo! ¡Ay, qué viaje tan infortunado; cuánto padecí! Gracias á que esos talegos que están á mis piés me recompensan en parte. Ya he cobrado, que era lo principal, y en cuanto á las palabrotas é insultos, con olvidarlas todo se acabó. Uno, dos, tres y cuatro. ¡Cómo abultan y pesan! ¡Já, já, já! Es mi delicia. Los guardo en este armario, situando mi silla junto á la puerta. Esto es. Muchacho,—dijo á su criado,—entra. Que nos dispongan la comida; lo necesario nada más, ¿oyes? Luégo alquilas un carro sin caballos; los nuestros pueden servir y saldrá más barata la vuelta. Nosotros iremos dentro defendiendo lo que acabamos de cobrar. Que no digas al carretero nada, ¿entiendes? nada. Quiero salir lo más pronto posible. Despacha.

Salió el sirviente, pero no tardó en volver, diciendo á su amo:

—Señor, iba á marchar, cuando un hombre preguntaba por vos, le salí al encuentro, y me dió esta carta, desapareciendo en seguida.

—¿Qué trazas tenía?

—Buenas.

—¿Nada expresó?

—No, señor.

—Alguna embajada de mi corresponsal ó de la autoridad. Esto no importa; cumple mis encargos, pero cierra bien esa puerta.

Ya solo, abrió con calma el escrito, diciendo:

—Sí, algun nuevo insulto. ¡Pero qué es esto! Nádie lo firma y viene dirigido al baron de Auch. Sepamos.

Y leyó lo siguiente:

«Samuel Levi no existe en el mundo, ni entre todos los Le»vis de Venecia reunen medio millon de capital. El anónimo »que os trajo aquí es el principio de vuestra expiacion. Al salir »de París debísteis empezar á verter lágrimas, que sólo enju»gará la muerte.=EL DESTINO.»

—¡Qué será esto! ¡Tiemblo; la vista se me va, y no obstante ser anónimo, creo, creo por desgracia mia! ¡Será cierto que ese mancebo, mi hija!.. ¡Maldicion!

Nefftalí se puso en pié y anduvo hácia adelante, gritando:

—¡Maldicion! ¡Maldicion!

Y cayó sobre una cama que habia en la alcoba contigua, ronco, llorando y en un estado de desesperacion indescriptible.

A los gritos que daba se presentó el posadero, preguntándole:

—Señor baron, ¿estais enfermo? ¿Llamo á un médico?

—¡Dejadme, canallas; idos de aquí!

—¡Se ha vuelto loco!

—¡Loco no! ¡Si me toman por loco estoy perdido! Entra. Mírame; me hallo cuerdo.

—¡Llorais!

—¡Sí; me han engañado!

—¡Siendo tan rico!

—¿Qué dices? ¡Ah, sí, con el oro se vencen imposibles; tienes razon! ¿Eres el posadero?

—Sí, señor.

—Pues bien; sírveme la comida, y di á mi criado que suba en el momento que llegue. Marcha.

Ya solo, continuó.

—¡Me vengaré de mis enemigos; soy más rico que ellos, y uno á uno todos morirán! Bien pensado, esto debe ser únicamente enredos de Samuel para casarse con mi hija. No lo logrará. Pero, ¿por qué causa me echó de París? ¡Yo estoy loco! ¡Serenidad, Nefftalí!.. ¿Qué palabra he pronunciado? ¡Horror, yo no soy Nefftalí; me llamo baron de Auch!.. Pero cómo me ofusco... Mintió el primer anónimo y mentirá el segundo; claro es. No sea esto una intriga para robarme... ¡Me pegaré á ti, tesoro mio, y con este puñal!.. Ya sabe clavarse bien; lleva despachados á tres... ¿Qué es eso? ¿Quién entra? ¡Favor, que me... que me!..

—¿Qué teneis, señor?

Le preguntó su criado, apareciendo en la estancia.

—Nada. ¿Por qué dices eso?

—Me encargó el posadero que subiera al instante, y añadió que estábais enfermo.

—Miente. ¿Hallaste algun carretero?

—Sí, señor; en el meson de enfrente lo encontré, y pronto estará enganchando. ¿Servirán para tiro los caballos que nos trajeron?

—Me consta que sí.

—Pero los vamos á reventar.

—No importa; su dueño es muy generoso. Baja, y que abrevien en lo posible.

Media hora después comia Asam sin apetito; y á las tres de la tarde entró en un carro descubierto, llevando las cuatro talegas escondidas entre sus piernas y las del criado.

—¡Corre, corre!

Gritó el baron, y el detestable vehículo comenzó su marcha con movimiento parecido al trote de un caballo.

Nefftalí se volvió para ver el camino, hallando á su derecha un papel doblado.

—¿Qué es esto?—preguntó.—Me lo dirigen.

Y leyó para sí:

«Baron: Corre en pos de tu destino; llora, sufre y paga; »la maldicion de Dios pesa sobre ti.»

—¡Terribles augurios! ¡Y en qué momentos! ¡Cuando me hallo en estos campos!.. Yo tomaré un remedio eficaz.

Y alzando la voz mandó al carretero que obligase á los caballos cuanto pudiera.

El embajador de Venecia, en cumplimiento del encargo de Oton, habia escrito al cónsul del Havre, y éste dirigió á Nefftalí los dos escritos que hemos visto anteriormente.

Terrible y hasta cruel el georgiano con el malvado que tanto daño hizo á Magno y Zaida, no le perdonó ni el martirio más pequeño de cuantos abrazaba su hábil y bien combinado plan.

Los dos últimos anónimos y el mucho dinero que llevaba el judío, le obligaban á volar hácia París; lo que fué causa de comer y dormir él y su criado en el carro; de que volcaran tres veces, y de sufrir la mitad de la jornada un aguacero que azotó sus rostros, dejándolos en un estado lastimoso.

Tardó Asam en arribar á París cincuenta horas, y sus padecimientos durante aquellas fueron infinitos.

Al llegar á su casa tenía calentura, y apénas pudo sostenerse en pié cuando bajó del carro.

—¿Y Samuel Levi?

Preguntó al portero que corrió en su ayuda.

—No está, señor,—le contestó aquel;—pero me dejó la llave, y en vuestra casa de París nada ocurre de particular.

—Bueno; muy bien; eso era lo principal. No; no te cuides de mí. Coged entre los dos esos cuatro talegos. Yo me apoyaré en vuestros hombros, y arriba con ellos. Vamos, despachad. Luégo llevas tú los dos caballos á su dueño, pagas al

carretero, dándole la propina ofrecida; medio ducado, ¿lo oyes? No tendrá queja de mí. ¡Lástima de dinero que gastamos en tan desventurado viaje!

—¿Venis enfermo, señor?

—Un poco. ¿Sabes tú lo que nos ha llovido? ¡Ay, qué camino! Ya estamos arriba. Dejadme que abra el despacho. Adelante. Tirad los talegos en el suelo. Ahora, salid; haz tú lo que te encargué ántes, y éste que espere en la sala contigua á que yo le llame.

Con trabajo, cerró el baron por dentro la puerta de su despacho, quedándose solo.

—¡Gracias al diablo!—dijo, cayendo en su sillon.—En mi casa estoy y en un pueblo donde cuento con influencia y poder. ¡Como yo descubra quiénes son los autores de los anónimos!.. Me confundo, me vuelvo loco, y es lo peor que siento fiebre, no tengo un hueso que me quiera bien y me hallo mal, muy mal. Aquí, no obstante, pronto me curaré. Ahí está mi caja; intacta. ¡Buen refuerzo te traigo! Mis muebles todos. ¿Qué papeles son esos? Las cartas que recibí el dia de mi marcha. ¿Y este pliego? «Al señor baron de Auch.» No conozco la letra; parece la del primer anónimo. Pues aquí sólo ha podido dejarle Samuel, y á ese Levi lo mato yo.

El judío rompió el sobre, leyendo con voz que poco á poco fué apagándose hasta desaparecer:

«A Nefftalí Asam, ladron y asesino: Dí contigo, malvado. »Lo que hiciste llorar á mi madre y á mí, vas á sufrirlo. Samuel »Levi, se llama Oton Melenik, conde Divari. Como tú enga»ñaste á mi moribundo padre, Don Juan de Austria, te ha en»gañado él á tí; como tú trataste á mi infortunada madre y á »aquel niño inocente que te confió el más noble de los princi»pes, así te va á tratar á tí=JUAN MAGNO DE AUSTRIA.»

Asam arrugó el escrito y se lo guardó en el bolsillo, gritando:

—¡Horror, horror!

No pudo más; las fuerzas le abandonaron, perdió la vista y el conocimiento, cayendo al suelo sin sentido.

Media hora permaneció tendido sobre el duro pavimento; volvió en sí, quiso recordar, y le faltó nuevamente la razon.

A la tercera vez que recobró aquella fué arrastrándose á la puerta del despacho y, logrando arrodillarse, lo abrió.

Quiso gritar, pero le fué imposible; entónces golpeó, presentándose instantes después el portero, el cual pidió auxilio viendo á su amo cadavérico.

Rodeado de todos sus sirvientes, articuló el baron las siguientes frases que apénas pudieron comprender los otros:

—Cama, médico. Cerrad... la puerta... Dadme la... llave.

Comprendido al fin, le obedecieron en todo, hallándose poco después en el lecho, víctima de una convulsion que puso en peligro su vida.

Habia logrado, sin embargo, meter debajo de la almohada la llave de su despacho y la carta que le dejó Melenik con la supuesta firma de Magno.

El facultativo declaró al terminar su primera visita que era grave la enfermedad del baron, pero que abrigaba gran confianza de sanarlo.

Y comenzó á recetar, sucediendo á las convulsiones de la víctima una fiebre con delirio que le duró tres dias, no obstante lo heróico de los remedios que le aplicaron.

Al cuarto comenzó el alivio, y pronto volvió á la razon; pero estaba tan débil que hablaba con gran dificultad.

—Me encuentro malo, muy malo,—fué lo primero que dijo.—Me han ocurrido cosas graves, pero no recuerdo bien. ¿Y Samuel; dónde está Samuel? No, que no venga. Si se presenta en mi casa prohibirle la entrada.

Al quinto dia le ayudó la memoria, y recayó.

El médico hubo de comprender que el baron era víctima de una impresion terrible, y, en union con los remedios físicos, comenzó á aplicarle otros morales. Le aconsejaba que no pensase en nada que pudiera violentarle; que desechase las ideas que constituian en parte su enfermedad, porque de lo contrario moriria.

La frase le asustó en términos que se sobrepuso á sí mis-

mo, logrando arrancar de su mente el aguijon que le asesinaba.

A los quince dias abandonó el lecho á presencia del médico. Cuando se quedó solo, quemó la carta de Melenik sin volverla á leer, y entrando en su despacho se rodeó de la caja y talegas que aún estaban en el suelo, exclamando:

—Aquí aumentará rápidamente mi convalecencia; la vista del oro multiplicará mis fuerzas. ¡Quién sabe; puede que todo ello sea una intriga de Zaida, y con matarla, con hundir mi puñal en dos ó tres corazones!.. Pero ¿y mi hija? Nada me han dicho de ella por más que he preguntado... Ese galeno les ha prohibido que me contesten á todo, y hé ahí la razon de no saber nada. Estoy solo y ya puedo enterarme de lo principal. ¡Ay, la segunda parte va á ser peor que la primera!

Y llamó, presentándose poco después un criado, al cual dijo:

—Entra, hombre; acércate. Ya estoy bien, y puedo hablar con vosotros sin temor de otra recaida. ¿Mi hija está buena?

El sirviente nada replicó.

—Contesta. Yo te lo mando.

—Nos ha prohibido el médico...

—No seas necio. La noticia ayudará á mi convalecencia. ¿Cómo está Atalia? Si no respondes te despido.

—Señor, ahí cerca se halla Elías; si quereis que le haga entrar...

—¡Aquí Elías! Vendrá á enterarse de la causa que prolongaba mi ausencia, y sabiendo que estaba enfermo... Dile que pase.

—Lo ha prohibido...

—¡Silencio! En mi casa mando yo solo. Que venga Elías.

—Bien, señor.

El guardian del castillo se presentó pálido y temblando. Al verlo Asam, exclamó:

—Hola, ¿eres tú? Avanza. ¿Has estado enfermo como yo?

—Sí, señor; tambien estuve algo malo.

--Te se conoce. ¿Cómo está mi hija?

—No sé.

—¡Elías! ¿Qué sucede?

—Señor, me mandásteis que obedeciera á Samuel...

—¡Maldicion! ¡Me la han robado!

—Señor, que volveis á enfermar, y ha dicho el médico que si no desechais esas ideas morireis sin remedio.

—¡Morir, eso no! ¡Quiero buscarla, verla, estrecharla contra mi pecho! ¡Hija mia! ¡Miserable, tanto como hice por ti y no has sabido defenderla!

—Os obedecí, y luégo...

—¿Qué? Prosigue.

—Estais encendido otra vez, convulso. Vuestra existencia peligra, y debo callar.

—¡Mi existencia! ¡Sí, quiero cuidar de ella para defender á Atalia, para vengarla! Elías, trae un vaso con medicamento que hallarás en la mesa de mi alcoba. Le cubre un papel blanco.

Aquél regresó, llevándole en la mano.

—¿Es este?

—Sí. El médico previó que podia tener aún emociones, dejándome al efecto, y para combatir sus extragos, esta bebida.

Y tomó la mitad, añadiendo:

—Cierra esa puerta, Elías, y siéntate á mi lado. Nada temas; me hallo tranquilo, adivino la desgracia que nos ha sucedido, y quiero oir todos los detalles para poner remedio con la brevedad posible. Vamos, habla.

—Señor, siento mucho...

—Al grano, Elías, ó te hago responsable y vas á un calabozo.

—Yo no tengo la culpa. Conservo la carta en que me mandábais...

—Habla, por el santo Job, que estoy bien, y no librarás mal si me dices lo que te he mandado.

—Pues oidme: la tarde del dia en que os marchásteis, se presentó Samuel en vuestro lugar, hizo las tres señales, y yo,

creyendo que éraisv os, abrí. Llevaba un traje de caballero muy rico y elegante; por cuya razon le desconocí, y tirando de mi puñal le estorbé el paso; mas me dió vuestra carta, lo roconocí, concretándome á obedeceros.

—¡Infame! ¡Es un demonio disfrazado de hombre!

—Habló con Atalia, comieron, mandándome sacar una botella de vino. A la mitad de los postres me alargó vuestra hija el vino que quedaba, disponiendo que me fuera á comer y lo bebiese con mis compañeras. Así lo hicimos, cayendo los tres al poco tiempo dormidos sobre la mesa que teniamos delante. ¡Ay, señor, aquel líquido estaba compuesto; el sueño nos duró hasta el dia siguiente, y al despertar sentiamos un peso en la cabeza que nos impedia movernos y comprender bien. Poco á poco fué disipándose, volví á la razon, y eché mano á la llave de la puerta que llevaba al cinto; mas no estaba; en su lugar me encontré esta carta para vos.

—Trae, Elías, y sigue, que luégo la leeremos.

—Inmediatamente busqué á Atalia, pero habia desaparecido de su cámara, hallando en su lugar esparcidos por el suelo el traje y hasta los pendientes que llevaba, y la puerta del castillo abierta. Como un loco corrí por el bosque llamándola, sin que nádie me contestase. Después averigüé por un cazador, que habia entrado en vuestra posesion una carroza, la cual desapareció algo más tarde camino de Lion. Por conjeturas y algunos cabellos que vi sueltos, deduje que huyó probablemente disfrazada de hombre. Nada más puedo deciros, señor baron.

—Todo lo comprendo, Elías. De nada eres culpable, de nada. Me tendieron hábilmente una red, caí en ella, siendo víctima del más nefando crímen! ¡Yo que tanto guardé á mi hija; que por esconderla de todos me privé de verla continuamente, de tenerla á mi lado, fuí tan diestro que se la entregué al único hombre á quien debí ocultársela! ¡Maldicion! ¡La engañaron, Elías, la engañaron, y ese ángel que todo lo ignora, está siendo pasto vil de carnívoros grajos! ¡Qué bien se vengan! ¡Cómo estudiaron la manera de destrozar mi cora-

zon, de torturar mi alma! ¡Padre infeliz, llora y sufre el resto de tu vida!

—¡Señor, que peligra vuestra existencia, y si muriéseis, la infortunada Atalia no tendrá quien la defienda!

—Te sobra razon. ¡Ay! Me dominaré, y en el momento que me restablezca correremos en su busca. No creas tú que la noticia me sorprendió; desde que llegué y leí una carta que me dejaron sobre esa mesa, supuse todo lo que ha pasado. Por eso durante mi enfermedad pregunté pocas veces por Atalia; y léjos de ofenderme el que nada me dijeran, veia natura' gico vuestro terrible silencio. Al caer en tierra al pié d lla puerta, me decia ya mi corazon: ¡Padre infeliz, te l bado tu hija! ¡Y he sanado, Elías, y vivo aún, y no n gó la tierra!

—Sois rico, señor, muy rico; vuestra influencia y no tienen límites; busquémosla, y al hallarla... Conmig tais para todo.

—Ya lo sé, Elías; pero ellos tambien son fuertes fuertes; y es lo peor que se la habrán llevado donde vale cho, donde á mí nádie me hará caso.

—Con el dinero todo se consigue.

—Acaso; y por ella daré todos mis tesoros.

—¿Por qué no leeis esa carta? Acaso os digan al nos importe.

—¿Aquí, en este papel? ¡Elías, si está escrito por mis enemigos! ¡Parece que despide fuego; abrasa la mano con que lo sujeto!

—¿Quereis que yo lo lea?

—No. Hubo un tiempo en que yo fuí osado, valiente, como dice el vulgo, y algo me queda todavía de aquella temeridad. Sepamos, en consecuencia, qué nueva desgracia me pronostican.

Y el baron leyó para sí:

«Bárbaro Asam: Coge al hombro la pesada carga de tus doce millones, robados villanamente, y busca á tu hija por el mundo, como yo buscaba á mi madre, como Zaida me bus-

»caba á mí. Corre la tierra de pueblo en pueblo; riégala con »llanto amargo; pregunta, indaga, y, siempre adelante, no »ceses de caminar, de sufrir, de padecer, de llorar. Así lo hice »yo por culpa tuya; hazlo tú ahora por la mia. Abandona »á París pronto; el Gobierno y la nobleza saben ya que eres »Nefftalí Asam, el ladron de Magno, y en ese pueblo no en»contrarás otra cosa que befa, escarnio y baldon. Corre, ju»dío, corre, que donde vayas has de encontrar la ensangren»tada sombra de tu víctima=JUAN MAGNO DE AUSTRIA.»

El hebreo arrugó tambien esta carta y la guardó cuidadosamente en uno de sus bolsillos. Luégo exhaló un ronco suspiro, bebiendo en el acto el resto del medicamento que le quedaba en el vaso.

—¿Qué dicen, señor, en ese papel?

—Nada de particular. ¿Hace mucho que estás en mi casa de París?

—Desde el dia en que caísteis enfermo.

—Muy bien; la noticia de mi dolencia se habrá esparcido por la ciudad, ¿es cierto?

—Sí, señor.

—¿Quiénes han venido á verme ó á enterarse de mi estado?

—Pocos; unos cuantos judíos nada más.

—¿Ningun noble ni gobernante me mandó recado?

—No, señor.

—Era natural. Lo creen, y á mí sólo me resta... ¿Hace mucho frio, Elías?

—Al contrario, el dia está sereno y apacible.

—Pues yo le tengo y me siento malo. Dame tu brazo. Adelante.

—¿Adónde vamos, señor?

—Deja que cierre el despacho y me llevarás á mi alcoba.

—¿Temblais?

—Sí, mi sangre está helada. Vé más de prisa. Ahora ayuda á desnudarme. La muerte era mil veces preferible al estado en que me veo. ¡Qué va á ser de mí; qué porvenir tan negro, tan negro!

—Dais diente con diente, señor.

—Echame más ropa; todo lo que halles pónmelo encima. ¡Vaya un frio glacial!

—¿Se quita?

—No. Oye, Elías: que avisen al médico, y tú siéntate á la cabecera, que tenemos que hablar.

Salió el sirviente, volviendo al poco tiempo.

—Mandé por el facultativo, y aquí me teneis, señor.

—En cuanto llegue vas á realizar un encargo que me importa mucho, y para el cual reclamo todo tu interés y acierto. No quisiera prescindir de ti, pero estoy seguro que esta recaida durará poco, en cuyo caso no hay inconveniente en que faltes algun tiempo de mi casa.

—Parece que no temblais tanto.

—Verdad es; por una puerta desaparece el frio y por otra asoma la fiebre; pero ya sé todo lo más malo que podia ocurrirme, y en librándome de esta no volveré á recaer hasta el dia en que se abra la tierra y me trague el infierno. Vamos con mi encargo. Puesto que la carroza en que supones partió Atalia ha tomado el camino de Lion, haz un viaje corto y asegúrate si iban en ella Oton Melenik, conde Divari, y mi hija. Te podrán dar razon en los mesones donde hayan dado pienso, mudado de caballos ó comido ellos. La carroza la alquilarian probablemente en la *rue* de Normandía; debe haber regresado ya, y el cochero ó lacayo te podrán facilitar tambien noticias exactas, si ántes les enseñas unas cuantas monedas de oro. ¿Has comprendido mi pensamiento, Elías?

—Sí, señor.

—¿Tienes dinero?

—Muy poco.

—En mis gregüescos hallarás; saca y gasta lo indispensable. Que Moisés te acompañe.

—¿Quereis que me reemplace alguno en esta alcoba?

—No; deseo, por el contrario, que nádie me moleste.

—Hasta mi vuelta, señor.

Quedó Nefftalí solo, aprovechando la ocasion para malde-

cir y jurar. Luégo se entregó á un llanto amargo, hijo de la consiguiente debilidad y reaccion.

Al oir la voz del médico que llegaba, enjugó Asam las lágrimas que vertian sus ojos, y, aparentando tranquilidad, esperó á que el galeno entrase.

—¿Qué es eso? ¿Por qué me mandais llamar?—dijo el doctor.—Esta mañana os dejé bien, muy bien.

—Pues ahora estoy mal, muy mal.

—¿Qué causa?

—Yo no soy hombre de ciencia; averiguarlo vos.

—Yo no adivino.

—Verdad es; todos vosotros sabeis bien poco. Os diré que tuve frio; á éste reemplazó la fiebre; me duele nuevamente la cabeza, y el motivo fué otra impresion.

—Os he prohibido que os afecteis por nada.

—Os voy á llamar tonto. Vos no quereis tropezar nunca; os lo habeis prohibido tambien, y sin embargo dais cada caida como médico y cada tropezon como hombre...

—A ver el pulso. Calentura y bastante alta. ¿Tomásteis el medicamento que os dejé?

—Sí, señor.

—Pudo evitar el que se interesara más el cerebro, y por consiguiente el delirio, pero no la inflamacion de la sangre y su consiguiente irregularidad en la circulacion. Señor baron, peligra vuestra existencia si no os corregis.

—Señor facultativo, haced lo que podais, que será poco; yo llegaré donde alcancen mis fuerzas, que será mucho, y que el diablo termine nuestra obra. Si sano cobrareis, si me muero tambien; me parece que estoy lógico.

—¿Teneis frios los piés?

—Como el pico del Himalaya, como vuestro cerebro.

—Ahora os pondrán calor en ellos y se os descargará la cabeza.

—Remedio que rara vez necesitareis vos.

—¿Por qué?

—Porque teneis poco en ella.

—Estais divertido.

—¡Mucho; me acaricia un humor, un humor!.. ¡Y si la fuerza ayudara á mis intenciones!.. Decid como Josué: Detente astro; y cuando lo logreis, avisadme y os pagaré bien cara vuestra insigne accion.

—¡Tranquilizaos, por Abraham!

—Dadme la abnegacion del santo y os responderé de mí.

Y prosiguieron hablando; después se aplicaron remedios á la víctima, al dia siguiente cesó la fiebre y á los veinte de enfermedad, recaidas y cama, abandonó el lecho, entrando en una verdadera convalecencia.

Quedó, sin embargo, débil; hablaba muy poco y aparecia ensimismado y triste. Hasta este momento nada preguntó á Elías, ni el sirviente se atrevió á contarle el resultado de sus averiguaciones.

Ya de pié, despidió á cuantos habia en su alcoba, y apoyándose en el brazo de aquél, entró en su despacho.

Sin detenerse, abrió la caja, hizo que Elías metiese las cuatro talegas que aún estaban en el suelo, cerró, y guardándose la llave, dijo:

—Esa puerta no está así bien; échale el cerrojo, y siéntate frente á mí. Ahora me cuentas lo que han dado de sí tus investigaciones.

—Nada malo os voy á decir, y puesto que os hallais bien, creo que ya puedo hablar.

—Sí. Adelante.

—Vuestra hija, señor, disfrazada de paje, se ha trasladado á Marsella, muy alegre y satisfecha.

—¡Ingrata! ¡De ese modo me paga tantos sacrificios!

—La acompañan dos hombres y cuidan mucho de ella.

—¿Quiénes son?

—No he podido averiguarlo.

—Ni hace falta; Magno y Oton. Continúa.

—En ese puerto del Mediterráneo entraron en un buque veneciano llamado *El Dragon*.

—Claro es. Bien preparado tenían el desenlace, y ¡qué ad-

mirablemente les salió todo! ¡Hija mia! ¿Hácia dónde se dirigió ese barco?

—A Poniente.

—En esa direccion están España, Portugal y Africa; y si siguen dando la vuelta, media Europa.

—Aumenté cuatro ducados, y pude averiguar que se detienen en Cartagena para trasladarse luégo á Madrid.

—Cara fué la noticia, Elías, pero muy importante.

—La carroza regresó á París y nada más.

—Basta con lo expuesto. ¿Qué dicen por ahí de mí?

—¡Se cuentan cosas, señor!.. Nos conviene abandonar pronto este país.

—Tienes razon; ántes de ocho dias saldremos de él. ¿Te ocurre algo más que decirme?

—No, señor.

—¿Me seguirás?

—No tengo otro oficio ni medio de vivir.

—¿Vaya donde quiera?

—Sí, señor.

—Será léjos.

—No importa.

—Acaso tengamos ¡ay! que recorrer el mundo.

—Lo haremos.

—¡Qué porvenir!

—La vida es un continuo tormento, señor.

—Ya lo veo.

—Con paciencia y resignacion, logra el hombre todo lo que se propone.

—Muy bien; cuento contigo y creo que no te pesará acompañarme. Que me sirvan el plato de sopa y pedazo de ave que mandó el facultativo. Tambien quiero un poco de vino.

Asam, contra la opinion del médico, salió al dia siguiente; pero bien pronto dispuso el regreso, toda vez que habiendo intentado visitar á tres que juzgaba amigos, le contestaron los lacayos que sus amos no recibian al malvado Nefftalí Asam.

Desde el dia siguiente comenzó el baron á realizar cuanto

tenía en propiedades, alhajas y créditos, hasta convertirlo todo en oro, que depositó en la casa más fuerte y segura de París. Despidió á sus criados, y, quedándose sólo con Elías y el portero, visto que en París hasta el pueblo le escarnecia, abandonó aquella ciudad, saliendo en un estado de decaimiento y postracion moral horribles.

La venganza de Oton se realizaba en la forma que el terrible georgiano queria. No se equivocó el frio y entendido mancebo en nada, en nada.

Abandonemos al judío, que ya lo encontrarán nuestros lectores más adelante. Ahora unámonos á Magno, Juana y Mondragon, retrocediendo al momento que el navío *Venecia* dirigia su rumbo á España.

CAPITULO XXVII.

La madre, el hijo y después el padre.—Un acontecimiento que no esperaba Magno.—Fin de la travesía.—Madrid.

MAGNO, su madre y el general Mondragon entraron en el navío *Venecia* y no tardó aquél en dirigir su rumbo á Poniente, entre la poderosa escuadra veneciana que llegaba en tal momento y nada se detuvo.

Navegaba el buque almirante con buen tiempo y cien remos por banda; su mole era inmensa, llevaba ochenta cañones y tres mil hombres entre soldados y tripulantes. Iban los ochocientos que sirvieron en el *Dragon*, el alférez que ya conocemos, un teniente y dos capitanes, esto en lo relativo á los jefes de la parte facultativa.

No habia peligro alguno ni nada que temer, y nuestro valiente general confió el mando de la escuadra al capitan más antiguo de los dos que iban á su lado, y se entró en la cámara con Mondragon y su madre.

Segun las leyes venecianas, no podian embarcarse mujeres en navío alguno de guerra; pero Magno llevaba permiso del Dux para conducir á su madre, la cual, sea dicho de paso, fué recibida á bordo con aplausos y felicitaciones.

Cuantos iban en tan poderosa armada sabian que los mandaba el invicto Juan de Austria, de antiguo conocian su valor, talento y caballerosidad, por lo que estaban orgullosos de llevar por general en jefe á un marino tan elevado y temido por los enemigos de Venecia.

Concluidas las felicitaciones y los plácemes, y ya el navío con rumbo á España, se encerraron en la cámara los padres y el hijo, como hemos dicho ántes. Sus ojos estaban ya enjutos de las lágrimas que vertieron por la ausencia de Melenik; pero todavía palpitaban sus corazones, sintiendo profundo dolor. Magno se dejó caer sobre el divan, exclamando:

—Ese muchacho logró apoderarse de todo mi cariño, y la verdad es, madre mia, que con su ausencia no es completa mi satisfaccion á tu lado.

—¿Y te extraña eso, Juan? Yo le conozco mucho ménos tiempo que tú y me sucede lo mismo.

—Pues á mí no,—dijo Mondragon.—Me explicaré. Tendria mucho gusto en verlo entre nosotros; ese chiquillo encanta cuando habla; si obra, se eleva como yo no vi hombre alguno, y la verdad es que, viejo yo, sin ilusiones ni entusiasmo, me dejo seducir por él como cualquiera de vosotros. Pero es preciso convenir que era indispensable su regreso al interior de Francia y que sentara la mano en toda regla á ese malvado que tantos años nos hizo sufrir, que me robó á mi querido niño, arrojándolo como á un perro en las playas del Brasil.

—Padre mio, no estoy conforme con su conducta ni con vuestra opinion en lo relativo al judío. En tanto que Melenik no aprenda á perdonar ofensas y compadecer malvados, no podrá elevarse á donde le es posible, teniendo en cuenta su brillante imaginacion, talento, valor y hasta figura. Nunca creí que aquel niño tan sumiso, indolente y hermoso, que se pasaba las horas durmiendo sobre mi muslo ó contemplándome, abrigase un corazon tan duro, un alma tan entera. Desde el primer momento le juzgué digno de mejor suerte de aquella á que le condenaba su tirano; luégo fuí poco á poco descubriendo en él gran memoria, fácil comprension, y no tarde en vislumbrar

el talento. Mi prision le impresionó de tal modo que se desarrollaron sus facultades de pronto y nos sorprendió á todos; porque yo mismo no lo conceptué capaz de tanto. Mas repito que es indispensable ahogar en él sus instintos montañeses, ese odio y saña, la sed de venganza, y entónces lo admiraremos por completo.

—Delirios y más delirios. Yo conozco á Oton mejor que tú, y hallo su conducta perfectamente justificada. Es muy capaz de perdonar á sus enemigos con tanta generosidad como tú; pero es tan agradecido, y te ama tanto, que mira en Asam un verdugo á quien necesita pulverizar; y yo digo que está bien hecho.

—Si yo he olvidado, ¿por qué ha de recordar él?

—Magno, pregunta á tu madre qué le ha sucedido en París con ese hebreo. Hablad, amiga mia; decid á nuestro hijo quién es el baron de Auch.

—¡Ah!—exclamó Juana.—¡Después de condenarme á treinta años de sufrimiento, mandó á sus criados que me arrojasen por la escalera, y rodé dos tramos! ¡Como si esto fuera poco, en medio de la calle estampó su mano en mi rostro, me llamó loca y los chicos me apedrearon!.. Hijo, Mondragon, no me obligueis á que recuerde á ese hombre.

—Madre mia, ¿con que el miserable os abofeteó?.. ¡El tal Mondragon se empeña en encender mi sangre, que yo deseo ver apagada y fria! La memoria de mi amado padre, el calor maternal que ya forma mi ventura, mi Otilia y cuanto me rodea, convirtieron al *Dragon* de los mares en hijo tierno y feliz, en marido venturoso, en tipo de bondad y mansedumbre, y no quiero variar. Os prohibo terminantemente que me hableis de ningun enemigo mio. Al que no tenga valor para presentarse delante de mí, lo desprecio, lo olvido. Madre, madre mia, no te acuerdes tú tampoco de Asam; ocupémonos de nuestro amor, del dichoso porvenir que nos espera. Tú debiste cuidar de mi infancia, estampar mil y mil besos en la tierna faz de tu inocente hijo; págame la deuda, Juana; no lo hiciste entónces, realízalo ahora. Que si ese viejo endiablado

viene á interrumpirte con sus instintos de venganza, rey soy de los mares, miles de hombres me obedecen y ¡ay de él si insiste en su loca manía!

—Bueno, me callaré; pero no citar á Oton, guardaos mucho de criticar su noble y valiente conducta. No sé qué más puede hacer; abandona su palacio, todos los goces de la tierra y se encierra con el hombre que más odia y aborrece; y todo por ti.

—Verdad es; para convertirse en culebra, enroscarse en la garganta de Nefftalí y ahogarlo, como hizo con el turco que le castigaba un dia que se descuidó y paseaba con él por el mar Negro. El que hizo eso á los nueve ó diez años de edad, figuraos lo que se le ocurrirá ahora.

—Cierto; fuiste un padre para él, le educaste, é imitará al soldado, sargento y capitan del Perú, terror de los mares luégo, y un *Dragon*, en fin, que cubrió el agua y la tierra de sangre y cadáveres. ¿Ya has olvidado lo que fuiste, Magno?

—¿Quereis dejarme en paz con vuestros recuerdos, Mondragon? ¡Es fuerte cosa que no he de hallar uno solo que se ponga de mi parte cuando se trata de Oton! ¡Hasta mi madre le defiende contra mí!

—Hijo, ese niño es un sabio, y tanto vale, que asombra.

—Concluiremos la travesía sin haber hablado de otra cosa; estoy seguro que camina ahora en su carroza riéndose de nosotros. ¿Visteis asomar una sola lágrima á sus párpados? Pues yo le sorprendí una sonrisa siniestra y terrible. Así nos despidió.

—Se preparaba á cumplir un deber sagrado, y con más alma que tú y que yo...

—Bueno, bueno; continuad adulándole á su regreso, y en vez de hombre completo será un tigre acabado. Si yo le enseñara como ántes...

—Yo creí que todos podíamos aprender algo de mi georgiano.

—Sí, en grandeza de alma é hidalguía en el corazon.

—Cada uno ve las cosas á su manera, y cuando todos le

aplaudimos me parece ridícula tu pretension de censurarle.

—No es sólo en la Georgia donde hay una cordillera de montañas. Como en todas partes abundan, doquier se ven hombres con instintos iguales á los de Oton. Vosotros que podeis, gozad viendo á Altacima y á Alaejo sujetos á un remo, al rancho del galeote y á la férrea cadena. El sol abrasará sus carnes; el agua empapará los andrajos que les cubren, en tanto que forma terceto con ellos el rico y poderoso Auch, mendigo más tarde, sin lengua ni vista probablemente, y más infortunado que cien criminales juntos. El cuadro es delicioso para hombres descorazonados. Yo, que no aborrezco á nádie, que hasta la palabra rencor me molesta, veo en esos infortunados, víctimas á quienes alargaria mi mano, gozoso de devolverles dicha por las penas que ellos me dieron. A esto debo sin duda el que la Providencia jamás me abandonase, colmándome al fin de dones y venturas infinitas. Cierto que fuí el primero en los combates, que destruí hombres y barcos sin cuento, que mi solo nombre aterraba. Así hallé el mundo, y, como no vine á redimir, pequé como todos. Pero acabada la lucha nunca me ensañé. Mondragon, por cada uno que he muerto en la pelea he perdonado tres. El *Dragon* combatiendo, se trocaba en cordero al terminar la contienda. Fuí más generoso con el vencido que fiero y valiente con el contrario. Cuando mataba obedecia á los gobiernos; cuando tendia los brazos al que imploraba mi compasion, entónces seguia los instintos de mi corazon. Conocedme bien, que con lo expuesto sobra para que no podais equivocaros.

—¿Lo oisteis bien, general?—preguntó Juana.—Ese es mi hijo, que no vale ménos que Oton, y cuidado que debo mucho al de la Georgia y soy muy apasionada por él.

—Yo tambien quiero más á Magno. Antes de saber que era mi hijo adoptivo, me encantaba su hidalguía; figuraos lo que sucederá ahora; pero eso no obsta para que haga justicia al conde Divari.

—Debeis efectivamente defenderlo; yo no le quiero...

—Tú le amas, Juan; no te será dable tener más afecto á

tus hijos, pero le desconoces. La mimaste, era niño, y no quieres convencerte que ha llegado el dia en que sea tan hombre como nosotros. Pretension ridícula de todos los padres fanáticos, que han de ver eternamente chiquillos en sus hijos, áun cuando presenten más barbas que Pedro el Ermitaño.

—Muy bien; ya no tiene remedio, que haga lo que se le antoje, y que Dios misericordioso le inspire. Llegó la hora de almorzar y nos debemos sentar á la mesa.

Los tres prosiguieron su viaje, dejaron de cuestionar sobre Oton, concretándose, segun se alejaban de él, á colmarle de elogios, sin citar para nada al judío Asam.

Los dos primeros dias demostró Mondragon mucha alegría y placer; pero al tercero andaba meditabundo y triste. Habian abandonado el mar de Barcelona, en cuyo puerto dejó Magno la tercera parte de su escuadra con órdenes terminantes y concretas, y ahora se dirigian á Valencia con buen viento y mar tranquilo.

Por fin Mondragon, despues de haber meditado mucho sobre la idea que le absorbia por completo aquella mañana, subió á cubierta, retirándose á un lado de la popa con el jefe accidental del Venecia.

—Capitan,—le dijo;—necesito que me hagais un señalado favor.

—Con mucho gusto, mi general,—le contestó aquel;—sois el padre adoptivo de mi elevado y querido jefe; aunque español de nacimiento, vuestro renombre es europeo, y me agrada y honra ponerme á vuestra disposicion.

—Gracias, capitan. Pues necesito que inventeis una historia cualquiera con la cual podais entretener una hora lo ménos sobre cubierta á vuestro general. Es indispensable que yo tenga una entrevista á solas con su madre sin que él se aperciba; luégo os alegrareis haberme ayudado á la realizacion de la idea que bulle en mi mente.

—Si no es más que eso, concedido; lo tendré aquí el tiempo que querais. El fué siempre exactísimo en el cumplimiento de su deber, y yo le pediré instrucciones y le daré noticias...

—Bueno, bueno; detenedlo hasta que yo suba con Juana.

—¿Cuándo bajo?

—A los diez minutos de estar yo con él. Hasta luégo.

Mondragon descendió por la escotilla sin que Juan de Austria se apercibiera de su ausencia, entretenido como estaba en recibir y prodigar halagos á su madre. En consecuencia se sentó al lado de la nueva cristiana, y esperó.

Se hallaban madre é hijo engolfados en lo mejor de su conversacion, cuando de pronto fueron interrumpidos por el capitan qne habia reemplazado á Magno en el mando del *Venecia*.

—Mi general,—exclamó,—siento molestaros, mas un penoso deber...

—Adelante,—dijo Magno poniéndose de pié.—Nada hay ántes que la patria y la obligacion del soldado. Primero Venecia, luégo Venecia y siempre Venecia. Suyas son nuestras vidas, intereses, tiempo y tranquilidad.

—Permitid que os aplauda, mi adorado jefe; nádie en el mundo ciñó con más motivo y honra esa banda de general, ante la que se postran vuestros enemigos y se descubren los que os amamos.

—¿Qué hay, capitan? Que el tiempo corre.

—No nos amenaza por el pronto peligro alguno; me veo, sin embargo, en la dura necesidad de separaros de vuestra madre por un poco de tiempo.

—Para mí sólo es dura la falta de cumplimiento.

—¿Teneis á bien acompañarme?

—Id delante. Hasta luégo, madre mia. Cuidad de ella, Mondragon.

—No,—contestó ella sin que Magno pudiera oirla;—seguid á mi hijo, amigo mio, y averiguad qué ocurre; yo os lo ruego.

—No os alarmeis, Juana; es una intriga mia para separarle de vuestro lado.

—¡Jesús! ¿Qué estais diciendo?

—Bajad la voz, no os oigan.

—¿Aún os parece poco lo que estuve alejada de él?

—¿Qué importa una hora más ó ménos si se trata de un acontecimiento en el que todos vamos á ganar?

—¡Ah! Como no me habiais prevenido...

—¿Cuándo, si no os separais un momento de su lado?

—Verdad es; gozo tanto oyéndole, contemplando su rostro varonil... Vamos, abreviad, para que baje en seguida.

—No es cosa de dos minutos; es asunto difícil, y necesita tiempo.

—Sea todo por Dios; tendré paciencia. Hablad.

—Juana, nuestro hijo es feliz habiéndoos hallado; dichoso al saber que, gracias al talento de Oton, os hicísteis cristiana; pero aún le falta algo; todavía no puede alzar la frente con el orgullo y la satisfaccion que merece un alma tan noble.

—¿Pues qué necesita, Mondragon?

—Una cosa muy importante.

—No os comprendo, general.

—Me convierto en Oton, y áun cuando yo no soy fuerte como él en eso de intrigas, le he preparado una á Juan, y si vos me ayudais va á ser feliz por completo.

—Con toda mi alma.

—Es que se trata de un hecho por el estilo del bautismo, en el que acaso os tengais que violentar.

—No importa. ¿Qué no haria yo por Juan?

—Quiera el cielo que sostengais hasta el final tan agradable opinion.

—Pero abreviad en lo posible.

—Juana, no estamos en Venecia ni en Madrid; nos hallamos, por el contrario, en medio del mar, y aquí no hay recursos para usar ciertas fórmulas...

—Pareceis cortado y... No temais nada, que á mí se me puede decir todo.

—Perdonad; nunca me ocurrió un lance como este, y se ha dicho siempre, no sin razon, que los más valientes se hallan ante el bello sexo más irresolutos y vacilantes que los débiles.

—Me confundo cada vez más. Sacadme, por Dios, de apuros.

—Pues bien; cierro los ojos y al agua. Juana, quiero que seais mi esposa.

—¡Mondragon, general, eso es un delirio!

—Comprendo que soy muy viejo...

—No es eso.

—Que pronto moriré...

—Tampoco.

—Cási os doblo la edad. Vos servis para mucho, y yo ya no puedo desempeñar como vos mereceis el puesto de marido.

—Señor, vuestro renombre, posicion y talento os hacen digno de una princesa. Sois anciano, es verdad; pero esas honrosas canas valen más que la melena del más apuesto caballero; estais fuerte; vivireis acaso más que yo, pero está entre ámbos la memoria de un príncipe que ninguno de los dos podemos profanar. ¿Comprendeis la causa, amigo mio? Lo que contesto á vos diria al más jóven y poderoso monarca de la tierra.

—Ya; mas ocurre que es de todo punto indispensable nuestra boda. Yo lo siento por vos, que vais á perder mucho, pero no puedo desistir.

—Ni vuestra galantería, que aplaudo, ni la terquedad que demostrais, me hará ceder; soy Abenamar, y tan firme en ideas y decisiones como todos los individuos de mi raza.

—De seguro contestásteis lo mismo á Melenik cuando os propuso haceros cristiana. Me enteré bien de la historia, que él me refirió detalladamente, y he venido á colocarme en su mismo terreno.

—La diferencia es enorme, Mondragon, el caso distinto.

—No lo creais, idéntico.

—Os estais molestando inútilmente.

—Veamos. En breve llegaremos á Madrid. Juan se presentará á sus primos el rey y la reina, luégo á los grandes, y cuando regrese á Venecia le sucederá lo mismo. Como es natural querrá que su madre brille, se la enseñará á todo el mundo, y ella avergonzada bajará la cabeza, exclamando para sí ante aquellos señores y damas de la alta nobleza:—«¡Soy

la manceba de Don Juan; tengo hijo, y no tuve esposo como todas estas señoras!..»

—¡Callad, que habeis impreso el rubor en mi frente, anciano!

—Miéntras que llamándoos Juana Abenamar de Mondragon, y yendo apoyada en el robusto brazo del vencedor de Flandes, del amigo de Don Juan de Austria, del padre adoptivo de Magno, nádie os miraria con desden, alzariais la frente muy alta, y Juanito podia presentar á sus padres sin que nádie murmurara ni le mordiese. En la corte, Zaida, hay muchos perros.

—Zaida no; soy Juana Oton de Abenamar.

—Como os falta la mitad, suprimo el todo. De esta manera se justificaba perfectamente el que hubiéreis renegado de Mahoma y de Alá. Cuando os digo que esta escena es una continuacion de la empezada por Melenik...

—¿Pensará mi hijo como vos?

—Juan os habria aceptado mora; con más gusto, cristiana, y con indecible alegría, mejor que manceba del rey, esposa de un caballero.

—¡Ah! La idea es de Oton.

—¡Como si ya nádie pudiera discurir más que él! ¡Si tendrá razon Magno en decir que le vemos más alto de lo que está!

—¿Pero es suya ó vuestra? Sed franco, noble señor.

—El me lo indicó, pero yo...

—Vos le obedeceis, porque os lleva de calle á vos y á mi hijo, sin notarlo ninguno de los dos.

—Tiene mucho talento.

—Ya lo sé.

—Discurre admirablemente. ¿Aceptais ó no?

—Sí. Por aumentar un quilate la satisfaccion de mi hijo, me arrancaria el corazon.

—¿Os violentais demasiado?

—Mondragon, pensad quién sois, y fácil os será comprender lo mucho que voy ganando.

—Gracias, Juana.

—Llamad á mi hijo, y tomemos su vénia.

—Al contrario; la ventura agrada más cuando no se la espera, cuando sorprende. En estando hecho se lo participaremos.

—Pero en medio del mar...

—Este es un pueblo que tiene su sacerdote y cuanto le hace falta.

—Eso necesita tiempo, y felizmente no me deja él un instante.

—No lo creais; como casamiento de conciencia es cuestion de un cuarto de hora. Yo lo arreglaré todo, y cuando llegue el momento lo entretendrán como ahora. En Valencia ratificaremos y se harán las velaciones ¿Qué decis?

—Que está muy bien, y que ya voy sintiendo por el nuevo estado lo que con el cambio de religion, que cada instante me aficionaba más á él.

—Me has de llegar á querer más que á un jóven; porque todavía arde mi sangre y te he de enamorar como yo acostumbro á hacerlo todo.

—No me parece imposible.

—Tú pones la mayor parte, porque has de saber que estás aún bellísima.

—¡Mondragon, á nuestra edad!..

—El corazon no envejece jamás. Dame tu mano.

—Cuando seas mi esposo.

—En ese caso, vamos en busca de tu hijo, porque me siento mal á tu lado.

—Me parece buena idea.

—Cógete á mi brazo.

—En eso no hay inconveniente; pero no es preciso que oprimas mi muñeca.

—¡Estás tan hermosa! Te traes á la cámara á Magno para que yo pueda arreglar esta tarde nuestra boda.

En este momento se presentaron sobre cubierta. El capitan, que aún seguia entreteniendo á Magno, al ver la seña que le hizo Mondragon, exclamó:

—Mi general, ahí llega vuestra madre, y en verdad que no debo impacientarla por más tiempo; harto careció de su hijo. Con las instrucciones que me habeis dado tengo bastante por ahora.

—Pues hasta luégo.

Magno y Juana se cogieron, descendiendo á la cámara, en tanto que Mondragon, apoyado en el brazo del otro marino, se fué al camarote del capellan del navío, quedando encerrados los tres.

Una hora más tarde se reunió el anciano con Magno, comieron, continuando en agradable conversacion.

Otra vez fueron interrumpidos por el capitan que ya conocemos, el cual dijo á su jefe:

—Mi general, siento mucho molestaros, pero no puedo prescindir de rogar á tan elevado marino que presencie una parte de la revista que está teniendo lugar sobre cubierta.

—¿No es suficiente con vosotros?

—Acaso haya necesidad de imponer algunos castigos...

—Basta; en ese caso os acompañaré. Madre mia, hasta luégo. Con ella os dejo, Mondragon.

—Te seguimos, hijo, te seguimos, que ámbos deseamos pasear por la cubierta.

Y desaparecieron unos y otros de la cámara.

Iba á anochecer, cuando Magno concluyó su revista y fué en busca de sus padres, á los que no halló. Hizo llegar un paje hasta él, preguntándole por aquellos.

—Están en el departamento del capellan con todos los oficiales del navío, señor.

—Avísales que he concluido, y les espero.

—Les vi ántes, y me dijeron que aguardáseis tranquilo.

—¡Qué cosa más rara, hombre! Bueno, retírate.

A las siete y media volvieron del brazo Juana y Mondragon, seguidos de los dos capitanes, el teniente y el alférez, permaneciendo todos en la cámara, sin que el jefe de marina supiera la causa de aquella reunion.

A las nueve se sentaron á la mesa, y por invitacion del

general español se quedaron los oficiales, siendo la cena tan espléndida que hubo de admirar á Magno, el cual no se daba cuenta de lo que pasaba aquella noche; pero estaba al lado de su madre, que era su deseo, é importándole poco todo lo demás, cenó bien, brindando luégo con sus oficiales. De este modo contribuia sin saberlo á darle vida y animacion á una fiesta, cuya causa ignoraba.

A las once terminó aquella, y los marinos se retiraron después de estrechar á Juana y Mondragon.

—¡Qué afectuosos estais!

Exclamó Magno:

—Todo te llama la atencion esta noche, hijo mio.

—Perdonad, pero lo mucho que tardásteis en venir á buscarme, el banquete que hubo luégo y la tierna despedida que acabais de hacer, parecen indicarme que no os satisface ya mi cariño y buscais nuevos medios de entreteneros.

—Tú no crees eso, Juan.

—Explicadme satisfactoriamente...

—Yo me encargo de eso.

Añadió Mondragon, y haciendo venir dos pajes, les dijo:

—Sacad de ese camarote grande donde dormiamos el general y yo la ropa y objetos que haya del primero, entrándolos en el de vuestra señora; luégo haceis lo contrario con los que encontreis de Doña Juana en su habitacion. Despachad.

—Pues cada vez me confundo más, padre mio.

—Pronto saldrás de dudas. Lee detenidamente este papel, y hasta mañana.

—Buena noche, hijo adorado.

Y cogida Juana al brazo de Mondragon, entraron en el dormitorio que habia dos camas, cerrándolo por dentro.

—¡Parece esto una comedia!—dijo Magno.—¡Se meten en mi camarote, dejándome el que ocupó mi madre! ¿Qué misterio?.. Veamos si lo aclara este papel.

Y leyó el contenido, exclamando luégo con satisfaccion:

—¡Se han casado; y el pensamiento no puede ser más noble por parte de Mondragon! ¡Ah, yo los bendigo! ¡Mi madre,

esposa ahora de uno de los generales más célebres de Europa, deja de ser la manceba de Don Juan de Austria! ¡Y yo que nada comprendí! Juraria que el pensamiento es de Melenik y hasta la direccion, en el modo de realizar la idea. ¡Oh, qué talento tiene! ¡Y cómo me aman los tres!

Y acercándose á la cerradura de la habitacion donde habia entrado su madre, murmuró:

—¡Que seais muy felices y os conceda el cielo larga y dichosa existencia!

—Muchas gracias,—le contestaron;—que á ti y á Otilia os suceda lo mismo.

Y Magno entró en su camarote, donde durmió tranquilamente el resto de la noche.

A la mañana siguiente se estrecharon afectuosamente los padres y el hijo, complacidos los tres del acto que tuvo lugar la tarde ántes. Al mediodía dieron vista á Valencia. Magno entregó á uno de los capitanes várias instrucciones por escrito, y desembarcó seguido de sus padres, con veinte hombres armados al mando del alférez que ya conocemos y toda su servidumbre.

Entró de incógnito en la ciudad del Cid y como un personaje elevado procedente del extranjero.

Salió á recibirlos el cónsul de Venecia, el cual los llevó á su casa.

Aquella tarde ratificaron su boda Mondragon y Juana, desapareciendo poco después la escuadra que habia quedado frente al Grao.

A la mañana siguiente muy temprano se velaron los esposos, y algo más tarde se dirigieron todos á Madrid, yendo unos en carroza y tres vehículos más inferiores, y los restantes á caballo.

Sin incidente alguno, pero llamando mucho la atencion por la escolta y acompañamiento que llevaban, anduvieron la distancia que les separaba de Madrid, en cuya heróica villa entraron á las ocho de la noche.

Les precedia un correo, y todos se detuvieron en el palacio

que habitaba en Madrid el general Mondragon. Allí les esperaba Mateotti, el cual estrechó repetidas veces á Magno, luégo al anciano y después á Juana.

Instalados todos, cenaron, retirándose á un despacho el embajador de Venecia y el general de marina.

Mondragon los acompañó hasta la puerta, aguardándolos después en el estrado, en grata conversacion con su esposa.

Magno habia recibido diversas emociones al andar parte del camino aquel que meses ántes cruzó con fiebre, herido y sujeto con gruesas cadenas. Madrid le pareció después más triste y feo de lo que realmente era, y al pasar su carroza por la calle Mayor sintió una impresion tan molesta que le obligó á exclamar para sí:

—No puedo hacer este viaje para sólo dar la libertad á mis amigos; es imprescindible que ruede por el suelo el valido y la justicia impere en un país tan hidalgo como infortunado. ¡Cuando lo mandaron bien se elevó donde llegan pocos imperios; hoy que tan mal dirigido está, cae su poder en pedazos que se reparten los de allende, en tanto que él sufre, calla y obedece! ¡Oh, yo haré cuanto me sea posible en su obsequio!

CAPITULO XXVIII.

Situacion de Madrid á la llegada de Magno.—Diálogo animado.—El plan de los dos embajadores.

ENCERRADOS Mateotti y Magno en el despacho de que hablamos ántes, contó el segundo al primero cuanto habia hecho Melenik, el resultado de su estancia en Venecia, la boda efectuada entre Mondragon y Juana, el descubrimiento de su origen detalladamente, terminando con las siguientes frases:

—Vengo, Mateotti, no sólo á devolver á mis amigos la libertad y á demostrarles mi reconocimiento por su noble actitud, sino tambien á dar unos cuantos consejos á mi primo Felipe III, y á hacer que de grado ó por fuerza ruede ese favorito que no supo gobernar, y que, en alas de desmedida ambicion, conduce este país á su ruina. Al efecto, referidme cuanto ha pasado en Madrid desde que salió de aquí Oton, qué conducta ha observado el capitan Perez y cuál es la situacion actual del rey, respecto de su favorito, y de la nobleza y el pueblo en lo relativo á los primeros.

—El mismo dia que debió ausentarse el incomparable Melenik, tuve una larga entrevista con el duque de Lerma,

en la cual se propuso, asustado por la actitud hostil del cuerpo diplomático, transigir conmigo, daros la libertad, y que aparecieran como autores del horrible atentado que se llevó á efecto con vos, únicamente los malvados Jonás y Altacima; rehuyendo él toda participacion y responsabilidad. Como comprendereis, yo no accedí, tratándole, por el contrario, con alguna dureza. Luégo continuamos cási todos los embajadores en nuestro amenazante retraimiento, y así seguimos hasta que se me presentó el capitan Perez, comisionado por el duque para salvaros, me refirió todo lo acontecido, entregándome el despacho que vos le dísteis para mí en el puerto de Cartagena á bordo del *Dragon*. Desde este dia comenzó á cambiar por completo la decoracion. Siguiendo vuestras instruciones nos presentamos en la corte; cuando nos hablaban de vos, os suponiamos muerto en un desafío, logrando condenar á la indiferencia y al olvido el misterioso acontecimiento que envolvia vuestra desaparicion. El rey, que estaba pesaroso, se alegró al vernos en su casa, el duque fué poco á poco recobrando su tranquilidad, y por fin se consiguió que las cosas volvieran á su estado normal. La nobleza y el pueblo continuaron murmurando; pero tan bajo, que no le oian el monarca ni su valido. Los desterrados y presos recibieron noticias secretas é importantes, y la verdad es que siguen esperando tranquilos y muy satisfechos, pues todos saben que Magno vive. Vamos ahora con el capitan Perez. Se me presentó lanzando denuestos contra Lerma, yo le calmé, y, sujetando siempre mis ideas á vuestro plan, lo retuve en mi casa, donde aún está, y procuré convertir tan belicoso soldado en diplomático sagaz y astuto. Fué á ver al duque; le entregó las llaves de la torre y el preso Jacinto, y resultando que éste sólo declaraba que Magno fué asesinado y que el marqués, su amo, huyó, decretaron su prision, se mandó buscar á Altacima y, no hallándole, quedó su sirviente metido en un calabozo y relegado al olvido. En tanto que esto acontecia, el capitan Perez, haciendo uso del favor con que parece contar en el cuarto de la reina, logró una entrevista secreta con el monarca, al cual

enteró de la verdad, dándole el expediente instruido al efecto por él. S. M. le oia, y leyó luégo con suma atencion, quedando como asombrado y perplejo. Cuando se hallaba en lo más grave de su vacilacion, le anunciaron mi presencia en la cámara, y hablamos más de una hora, conviniendo en que las cosas seguirian en tal estado hasta vuestro regreso. Demostró alegrarle la libertad que disfrutábais, y seguro ya de que Magno el *Dragon* era hijo natural de su tio Don Juan de Austria, maldijo al duque, ofreciendo echarle de su casa como merecia. Gran trabajo me costó calmarle, pero conseguí accediera á mis deseos, y en obsequio á las desgracias de su primo convino en aguardaros, sin que Lerma se apercibiera de su disgusto y empeño en castigarle. Logrado esto me despedí de él, y sólo en público he vuelto á verle. Pero recibe con frecuencia al capitan Perez, y sé continuamente por él que persiste en llevar á cabo nuestro convenio.

—Muy bien,—exclamó Juan Magno de Austria satisfecho;—mi plan se realizará, y creo que podré regresar á Venecia despues de hacer algo en pro del país que me vió nacer.

—Debo añadir una circunstancia muy importante. El duque de Uceda, primogénito, como sabeis, del valido, suple su falta de talento con una ambicion desmedida, hasta el punto de hallarse intentando sustituir á su padre en la gracia del monarca.

—¿Qué dice á eso Felipe?

—Da esperanzas al hijo y sostiene al padre hasta que llegue su primo Juan Magno de Austria.

—¡Magnífico, Mateotti! Las noticias que acabais de darme son de tal importancia que me facilitan el desenlace de mi plan, y era cuanto yo deseaba.

—Réstame únicamente participaros una nueva que no os va á gustar.

—Sepamos.

—El duque de Lerma enviudó y acaba de ser nombrado, por el Padre Santo, cardenal.

—¡Qué me importa á mí eso!

—Mucho en mi concepto. Ese hombre merecia la muerte, y ahora es muy difícil dársela.

—Nunca pensé matarle ni conducirlo al patíbulo. Quiero sólo que desde la cúspide del poder ruede al suelo y se confunda con el polvo del desden y el olvido. Con eso me basta.

—Habeis variado por completo, amigo mio.

—¿Qué os extraña? Tengo padres, sangre real en mis venas, apellido de emperadores, me uní á la mujer que amaba y represento á Venecia, de cuya república soy su primer general. Si un dia me presenté á los hombres de otro modo, recordad, Mateotti, que me faltó hasta el apellido que hereda el más infortunado de la tierra. El odio, rencor, ira y deseo de venganza se borraron de mi mente, si en alguna ocasion pude tenerlos, para no volver á aparecer.

—Bien, señor general; pero el duque de Lerma...

—Ese recibirá el castigo que merecen su orgullo y vanidad, porque habeis de saber, señor embajador, que Sandoval, con su ambicion y torpeza, dista mucho de los malvados Altacima y Jonás.

Y continuaron hablando hasta la media noche, en que Mateotti se retiró después de despedirse de Magno, de su madre y de Mondragon.

Los tres últimos quedaron todavía en agradable conversacion, marchando luégo al lecho, en el que hallaron la recompensa á las fatigas de un viaje tan largo y penoso.

El representante de Venecia marchó á su casa, segun hemos dicho, y sabiendo que el capitan Perez estaba dormido, encargó á sus sirvientes que no lo dejaran salir por la mañana ántes de que hablara con él. Y buscó el reposo muy satisfecho y complacido, pues amaba á nuestro marino como á un hermano, y habia hecho suya la causa del otro.

A las ocho se levantó, y mandando llamar á Perez, le dijo:

—Amigo mio, voy á daros una gran noticia que os he ocultado hasta este momento, por ser conveniente guardar el mayor sigilo en todo lo que se refiera al asunto de que vamos á tratar. Magno el *Dragon* es efectivamente Juan Magno de

Austria, hijo del esclarecido príncipe vencedor en Lepanto. La república de Venecia, haciendo justicia á sus muchos méritos, servicios y elevado talento, le ha nombrado su primer general, y anoche llegó acompañado de su madre y del general Mondragon; los dos últimos se han unido por el santo lazo del matrimonio.

—Me alegro mucho; la nueva que acabais de participarme no puede ser más grata.

—Ved al rey con la brevedad posible, decídselo, rogándole que os dé la hora en que debe recibir á su primo.

—No vuelve hasta mañana de su última cacería; pero en cuanto llegue haré lo que deseais. ¿Puedo yo visitar á ese eminente caudillo?

—Sí; puesto que conoceis á Mondragon, él os presentará á Magno.

—Muy bien. ¿Necesitais algo más de mí?

—Id á la cárcel, y al oido de Pantoja... Encargadle la mayor reserva.

—Comprendo.

—A la vez, y sin que él lo sienta, metedle este bolsillo.

—¡Cómo pesa! Es mayor que el último.

—Me encarga el general que le regale quinientos ducados.

—Que los gastarán en festines para celebrar su venida. Tienen convertida aquella prision en una orgía continuada.

—Conviene ahora más que nunca que no intenten calaverada alguna sobre abandono de la prision.

—Desde que supieron que Magno vivia y que vuestras órdenes eran inspiradas por aquél, desistieron de su temeraria empresa.

En este instante se presentó en el despacho un agregado á la embajada, quedando parado á la puerta.

—Entra,—le dijo Mateotti.—¿Ocurre algo que merezca interrumpir mi conversacion con el capitan?

—Sí, señor.

—¿Grave?

—Muy grave.

—Pues habla, que Perez puede oir cuanto te ocurra decirme.

—Señor, acaba de llegar el duque de Lerma, acompañado de su hijo el de Uceda, de Rodrigo Calderon, su favorito, y de vários otros personajes de la corte. La actitud de esos séres es imponente...

—Basta. ¿Qué me importa á mí eso? ¿Los llevastes al estrado?

—Allí aguardan.

—Está bien. Retírate.

—¿Qué acontecerá?

Preguntó Perez á Mateotti.

—No os alarmeis, capitan; la llegada de Magno empieza á producir sus naturales efectos.

—¿Habrán averiguado?..

—No es eso, ni debo deciros más. Id á la cárcel, luégo al palacio de Mondragon, de donde Magno no os dejará salir probablemente. En el caso de que así suceda, hallo conveniente que os quedeis allí.

—Está bien; con vuestro permiso, me retiro á cumplir vuestras órdenes.

—Mucha reserva, y os repito que nada temais.

Salió el capitan, en tanto que el embajador pasó al estrado, en el que estaban Lerma y todos los que formaban su comitiva, arrogantes y algo impacientados.

Mateotti los saludó uno por uno, y quedando frente al duque, le dijo con cierta humildad que contrastaba notablemente en medio de la altanería de los otros:

—Guarde Dios al poderoso duque, al eminente cardenal. ¿En qué puedo servir á tan elevado caballero?

—Señor embajador,—le contestó Sandoval con énfasis,—vengo como ministro del rey á pediros algunas explicaciones sobre la anómala conducta de vuestro Gobierno. Se llama amigo del de España, no obstante lo cual manda á nuestros puertos una segunda escuadra, y la más poderosa que tiene. Mejor que yo sabreis que aumentó sus fuerzas con cuarenta y tres

navíos, dos mil cañones y quince mil soldados. ¿Intentais conquistarnos?

—No, señor, que de pensar eso os habriamos declarado ántes la guerra.

—¿Entónces qué deseais, que pedis?

—Venecia no pide; manda ó toma.

—En cuyo caso, vos, su representante, podreis decirme qué pide, qué manda ó qué va á tomar.

—Lo ignoro, señor duque. A consecuencia de haber vos pedido á S. A. el Dux que cambiase de embajador, llegó anoche mi sustituto, y en verdad que áun cuando hablamos mucho sobre el porvenir y las instrucciones que trae, no me facultó para que os enterase de nada.

—¿Es ese personaje procedente de Valencia que ocupa el palacio de Mondragon?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Vino y quiere permanecer de incógnito hasta que se presente á vuestro rey.

—Pues no comprendo la causa.

—Yo sí.

—¿Teneis á bien explicármela?

—No me dieron tampoco facultades; puedo, sin embargo, deciros que es hombre de mucho talento, de valor mil veces probado, senador, benemérito de la patria, general, y lleva apellido de reyes. Le acompañan el general Mondragon y la esposa de éste, con la comitiva consiguiente á un tan poderoso señor.

—Mondragon no es casado, Mateotti.

—No era, querreis decir; pero después se ha unido á una dama digna de tan valiente y cumplido caballero.

—¿Eso decis del hombre que abandonó su prision, huyendo?..

—Os digo, por segunda vez, que estais completamente equivocado. Mondragon no huyó jamás, esto lo sabe todo el mundo, ni abandonó su prision; lo arrancó de ella mi Gobier-



C. MUGICA dib.º y lit.º — Lit. de J. DONON Madrid

—Venecia no pide, manda ó toma.

no, contra su voluntad, y se lo llevó á Venecia, donde hacía falta. Eso decia el parte del capitan de nuestra marina, y esa es la verdad.

—Ahora que está libre, ¿cómo no se ha presentado en Monjuich?

—¡Ah, señor duque; yo no me he declarado defensor de ese ilustre general: preguntádselo á él y os dará cumplida contestacion! Opino, no obstante, que una injusticia sólo puede producir anomalías. Hé ahí la clave del secreto.

—¿Os referis al encierro de Mondragon?

—Sí.

—Lo dispuso S. M.

—¿Y yo qué tengo que ver con el rey de España?

—Es justiciero, y jamás se equivoca.

—Contádselo á los españoles, no á mí, que soy extranjero.

—¿Con que dejásteis de ser embajador?

—Así parece.

—Lo siento mucho.

—Yo me alegro.

—¿Tan mal estábais en la corte de España?

—Puedo estar mejor en otra parte, y hasta que se arreglen las cosas aquí...

—¿Qué cosas, Mateotti?

—Unas de que me habló con la mayor reserva mi digno sustituto.

—Misterioso estais como nunca.

—Hace ya tiempo que no nos comprendemos, y, á mi juicio, esa es la causa.

—Porque vos no quereis.

—Ya es inútil; dejé mi embajada, y quien nada vale aquí, poco puede importaros.

—Verdad es, y me retiro doliéndome que ámbos nos hayamos molestado tan inútilmente.

—Os acompaño en el sentimiento.

—De haber yo sabido que cesásteis...

—Lo supongo, y ámbos ganariamos.

—El cielo guarde al ex-embajador de Venecia.

—Dios vaya con tan nobles caballeros.

Y siguiendo á estas frases una grave reverencia, salieron los unos, quedando el otro en medio de su salon, con la sonrisa en los labios y el desden en el rostro.

—¡Ah, duque, duque,—exclamó;—nuestros cañones te asustan, y en tu ignorancia no adivinas que es otra cosa lo que te va á hacer rodar por el suelo!

Y oprimiendo un timbre, mandó que se le presentase el secretario.

—Inmediatamente,—dijo á aquél cuando lo tuvo delante,—trasladad á la casa del general Mondragon el escudo de armas y pabellon de Venecia. En pos id todos los empleados de mi embajada, y constituirla allí en la forma que la tenemos en esta casa. No perdais tiempo.

—Al momento, señor.

Mateotti pidió luégo su carroza, yendo en ella á visitar á Magno. Halló al general conversando agradablemente con sus padres. Expuso acto continuo lo que acababa de sucederle con Lerma y las disposiciones que habia tomado despuès.

Al terminar se presentó el capitan Perez, y luégo que hubo estrechado á Magno, á Mondragon y dado el parabien á Juana, refirió su entrevista con Pantoja y los efectos que habia causado entre aquellos sus leales amigos la noticia de la llegada del general.

—No he visto en mi vida,—añadió,—mayor alegría y entusiasmo. «¡Hijo de Don Juan,—murmuraban,—general de marina, embajador, primo del rey; por Santiago que ya tiene el duque lo que le hace falta!» Y se frotaban las manos, reian á carcajadas, lanzando contra Sandoval una profusion de denuestos. Luégo pidieron un almuerzo con dos botellas para cada individuo, y se sentaron á la mesa, acompañados de vários amigos que sólo les abandonan de noche. Por último, me encargaron que os abrace en nombre de todos y que os participe que vuestra ventura es la de ellos. Seguidamente fuí á pa-

lacio, y mañana á las diez de la noche veré á S. M. Estad dispuesto por si os manda recado, como creo, en el instante que sepa vuestro arribo, pues me consta que desea vivamente estrechar á su primo.

Y siguieron hablando los cinco, pasando luégo al comedor.

Los dependientes de Mateotti fijaron el escudo de armas de Venecia en la fachada del palacio, y el pabellon quedó en el zaguanete, defendido por los veinte hombres que llevaba Magno, con diez que añadió el embajador, y los criados de la casa, cuyo número ascendia á catorce.

La puerta de la calle estaba abierta, paseando por el zaguan un portero y dos lacayos.

Serian las diez de la mañana cuando se presentó un alcalde, preguntando:

—¿Ha llegado el señor general Mondragon?

—Sí, señor.

Contestó el portero.

—¿Se halla en el palacio?

—Sí, señor.

—¿Puedo verle?

—No, señor.

—Perdonad, debo entregarle una órden de S. M. el rey.

—Esto es Venecia, y aquí no manda monarca alguno; sólo impera la voluntad del digno representante de nuestro país.

—Os hallais en España...

—No prosigais. Salid de aquí, y tened entendido que rechazaremos la fuerza con la fuerza.

Y el portero y los dos lacayos volvieron la espalda al alcalde para continuar su paseo. Aquél se retiró corrido, sin atreverse á intentar nada.

Más tarde volvió, llevando un oficio en la mano.

—Entregad esto,—dijo,—al general Mondragon.

—Nosotros servimos á la república de Venecia y á nádie más.

—Permitidme entónces que yo se lo dé.

—No podeis pasar.

—¿Qué medio hay para comunicarle una órden que le importa mucho saber?

—Ninguno; por su propia voluntad se ha incomunicado con todos vosotros.

—¿Os lo ha participado?

—Sí.

—¡Pues yo digo!..

—¡Salid de aquí inmediatamente! ¡Si volveis á entrar os echaremos á palos! Sabedlo, para que no podais alegar disculpa.

Por la segunda vez marchó el alcalde avergonzado, jurando no volver á presentarse en un palacio en que él no tenia jurisdiccion ni poder y del que tan mal parado salia.

El duque de Lerma pensaba no volver á molestar á Mondragon, sino, por el contrario, transigir con él á trueque de que le dijera algo sobre la actitud de Venecia, respecto de España, y especial mision de que suponia encargado al nuevo embajador. Pero sabiendo por el alcalde que aquél no dejaba verse de nádie, dió por hecho que formaria parte de la nueva embajada, y esta circunstancia le obligó á suspender la realizacion de la idea concebida. Era el primer golpe indirecto que recibia en su amor propio desde la llegada de Magno.

Nuestros amigos continuaron todo el dia sin salir de casa, descansando unos de su larga correría, y oyendo los otros los relatos detallados que Magno, Juana y Mondragon hacian de los acontecimientos que tuvieron lugar en la torre de Altacima, Venecia y París.

Al siguiente dia llegó S. M. Perez le pidió una audiencia secreta, y el monarca contestó que fuese á las diez de la noche.

—Muy bien,—exclamó Magno oyendo la noticia;—soy de parecer que ni Mondragon ni yo salgamos hasta que se haya efectuado mi entrevista con Felipe. De este modo se evitará cualquier contratiempo respecto á mi incógnito é idea que me trae á Madrid. Y continuaron los cinco incomunicados en el palacio.

Eran las seis de la tarde; los encerrados en el edificio de Mondragon habian concluido de comer, y en este momento

conversaban agradablemente, cuando fueron interrumpidos con la presencia de un agregado á la embajada, el cual dijo á Mateotti:

—Señor, perdonad que os moleste, pero me es indispensable hablar con vos.

—¿Qué acontece?

—Traen un recado de vuestra casa.

—¿No he dicho que deseaba incomunicarme con todo el mundo?

—Señor, dice el portero que os interesa y conviene oir la noticia de que es portador.

—Que pase.

—Es reservada, y sólo á vos debo comunicarla.

—Id, Mateotti,—le dijo Magno,—que aquí os esperamos.

Salió el embajador, y encerrándose con su portero, que le aguardaba cerca de allí, le preguntó:

—¿Qué ocurre; por qué me molestas?

—Señor, acaban de tomar posesion de vuestra casa once hombres á caballo; vienen embozados hasta los ojos, y no estando vos me han ofrecido pegar fuego al edificio si no os entrego al momento y de una manera reservada esta carta. ¡Qué gente, señor, qué gente! Uno de ellos atropelló á dos lacayos, otro derribó á mi mujer, entrando los once en el zaguan como país conquistado.

—¡Miserables! ¡Trae ese escrito, y juro por Dios Santo vengar la afrenta!..

Y abriendo el pliego, leyó lo siguiente:

«Mi querido amigo Mateotti: Venid al momento; no quiero que nádie se aperciba de mi llegada. Si tardais, es tal mi impaciencia que se va á entretener en romperos cuantos muebles y objetos halle á su paso=OTON MELENIK.»

—¡Ah!—exclamó Mateotti.—Pues es muy capaz de hacerlo. ¡Y qué ganas tenía de abrazarle! ¡Hola! Mi capa y sombrero. Decid al general que vuelvo inmediatamente. Tú sígueme.

Y desapareció, acompañado del portero.

Cuando hubo llegado á su casa halló en el zaguan diez hombres á caballo, embozados hasta los ojos, y á uno de sus lacayos que tenía del diestro el potro de Melenik.

—Arriba, señor, arriba está el conde,—le dijo el criado,—y en verdad que se halla bastante impaciente.

Poco después se estrechaban ámbos, exclamando el embajador:

—¡Aprieta, valiente Oton! ¡Con qué gusto y placer te recibo!

—Y con miedo, ¿es cierto? Si tardais un poco no queda un espejo entero.

—¡Qué me importa á mí eso, tratándose de tí! ¡Qué alto llegas; qué desarrollado y qué varonil! Pardiez; en seis meses cambiaste por completo.

—Contestad á mis preguntas, que tengo prisa. ¿Dónde están Magno, Juana y Mondragon?

—En el palacio del último; allí trasladé la embajada.

—¿Se casaron la madre de Magno y el general?

—Sí.

—¿Cuándo han llegado?

—Antes de ayer.

—¿Ha visto al rey?

—No; á las diez de esta noche le anuncia el capitan Perez su arribo, y poco después lo recibirá probablemente.

—Muy bien; en ese caso tengo tiempo para acompañarle á palacio.

—¿Tú?

—Claro es; como secretario de la embajada extraordinaria.

—Cierto; pero di, ¿viniste por el aire?

—No; es verdad que Magno me adelantó diez dias, pero yo hice volar á mi *Dragon*, luégo á los caballos, y gané por lo visto ocho, resultando dos solamente á su favor.

—¿En diez dias fuiste desde Marsella á París, despachaste tu asunto y volviste al puerto?

—Exacto; cuatro para ir, dos en la capital y los cuatro restantes para el regreso: total, diez.

—Sólo tú eres capaz de hacer eso.

—Sí, á costa de mis pobres huesos.

—¿Y el judío?

—Ese tiene ya todo lo que le hace falta; pero no me hagais perder tiempo. Contestad á mis nuevas preguntas. ¿Quién habita la casa que tuvimos Magno y yo en la calle Mayor?

—Nádie; continúa cerrada.

—Me alegro; mandad inmediatamente á vários de vuestros criados que la abran, limpien y enciendan para que la ocupe mi gente.

—Pero hombre, ¿y el general?

—*Corpo di Bacco!* ¿Despachais ó no? Magno aprueba todo lo que yo hago, le guste ó no

—Ya lo sé, y vuelvo al instante.

Y el embajador, después de obedecer á Melenik, regresó diciendo:

—Ya han marchado. No comprendo esa prisa...

—Yo sí. ¿Qué hicísteis con Leto y su hija?

—Viven en el número 15 de la calle Mayor.

—¿Se han ilustrado?

—Bastante; María, en particular, adelanta rápidamente.

—¿Se casó?

—No piensa en eso. Sólo se ocupa de aprender y de soñar contigo.

—Esas cabezas meridionales conciben delirios que pronto destruye la triste realidad.

—Está desconocida.

—Lo supongo; pero yo vengo más aún.

—¿Qué dirá Magno cuando sepa todo esto?

—Lo que siempre; se dará por ofendido, y concluirá abrazándome. Desde que salvé su vida sólo hizo lo que yo le impuse.

—Ya lo dice.

—¿Pero no añade que jamás obró con más cordura?

—Sí; lo dice tambien. ¿Traes mucha comitiva?

—Los diez hombres que vísteis en el portal, que vale cada

uno por veinte; un mayordomo, tres pajes y várioș criados.

—¿Adónde están los últimos?

—Se han quedado un poco atrás, en mi carroza los unos y á caballo los otros; pero no tardarán en hallarse en la calle Mayor.

—¿Y vas á vivir separado de Magno?

—La mesa y la cama estarán fuera, mas pasaré la mayor parte del dia y la noche á su lado. Empieza á anochecer, y me retiro. Gracias, Mateotti, por vuestras atenciones. Volveos junto á Magno, ocultadle mi regreso, que yo me presentaré á él esta noche y de ese modo la sorpresa será más agradable.

—¿Ya te vas?

—Sí; me conviene ganar tiempo.

—Pues estréchame, y hasta luégo.

—Adios, amigo mio.

Oton montó á caballo, y, seguido de los diez que le acompañaban, se dirigió á la puerta de Anton Martin. Pero al entrar en la calle de Atocha halló la carroza en que él habia venido con Atalia y dos pajes.

—Seguidme.

Dijo al cochero y jinetes que iban detrás del carruaje, deteniéndose diez minutos después á la puerta de su antigua casa. Era conocida ésta del mayordomo, por lo cual le dijo el conde:

—Deja por esta noche los caballos en mis cuadras; mañana los entregas, pagando á sus dueños y al de la carroza, que despedirás ahora. Inmediatamente dispones cena para todos, y te advierto que seguiré comiendo con el paje Don César. Este ocupará mi dormitorio y yo el que tuvo el general. Los demás acomodaos lo mejor que podais, que para todos hay casa y camas. Mañana compras una carroza con sus accesorios. Despacha.

Luégo despidió á los criados de Mateotti, entrando en el salon con su paje predilecto.

CAPITULO XXIX.

Atalia y Melenik.—Metamórfosis completa.—La cena.—Despedida.

El conde cerró las puertas del estrado, preguntándole después á Atalia:

—¿Vienes muy cansada, amiga mia?

—Bastante; los caminos de España son peores que los de Francia; la carroza ha volado, y en verdad que su movimiento no era el mejor. Creí veinte veces que nos estrellábamos.

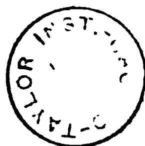
—Siéntate en este divan. ¡Qué recuerdo tan grato tiene para mí! En él se recostaba Magno, yo en este cojin, y, apoyando mi cabeza en su muslo, dormia tranquilamente. ¡Cuántas horas trascurrieron de ese modo; qué feliz me creia condenado á una inaccion completa!

—¿No eres dichoso ahora, Oton?

—¡Mucho más; pero á mi ventura antigua sucedieron un cúmulo de desgracias y sinsabores que enlutaron mi vida, conduciéndome al más horrible martirio! ¡Oh, quiero correr un velo sobre aquel pasado, cuyo recuerdo todavía me entristece!

—Hablemos de otra cosa, que me angustia verte triste. ¿De quién es esta casa?

—Mia.



—Es preciosa.

—Sí, por dentro compite en lujo con los palacios.

—¿Dices que está Magno en Madrid?

—Sí.

—¿Llegaré á verlo?

—Probablemente; pero ignoro cuándo, pues le retiene en la corte de España una mision difícil é importante. Aquí, Atalia mia, es indispensable que sólo hagas lo que yo disponga.

—Ese es mi deseo, Oton. Tú me has enseñado dos mundos que desconocia, uno físico y otro intelectual. Antes de verte todo lo ignoraba; ahora sé tanto cuanto necesita la mujer más experta.

—Te hallé despejada, Atalia; principié á limar tu imaginacion, y al poco tiempo vi su radiante luz que brillaba más que el sol en el espacio. Comprendes con pasmosa facilidad, discurres ya muy bien, y me encantan tus adelantos, ángel mio.

—¡Tengo un maestro tan bueno!

—Suple con el cariño que te profesa las bellas cualidades que le faltan.

—¿Que digas eso? Mucho estimo tu afecto; pero no obsta para que me incline ante tu gran talento. ¡Oh, ahora que sé todo lo que vales, te quiero sin vehemencia, pero con amor tan profundo que forma mi vida, la ilusion de mi alma!.. ¡Melenik, si me abandonases, si una circunstancia cualquiera me separase de tu lado, moriria de dolor! Pero eso no puede ser; te conozco lo suficiente para no dudar de ti.

—Yo no te dejaré nunca, Atalia; mas pudiera suceder que tú...

—No sigas; desecha de tu mente ese delirio, insensata idea que tú no crees y que yo oigo con desden.

—¡Tu padre!..

—No me lo nombres, Melenik; lo has descrito tan bien, que á mi pesar lo aborrezco. Y ya que la hija le niegue todo su cariño, permítela siquiera que lo olvide para siempre.

—Posible es que nos busque, nos encuentre...

—¿Le temes tú, conde?

—No; y si tú me facultases...

—Para todo. Eres mi dueño, y mi mundo se cifra en ti. Si llega á tu casa dale un buen consejo y que no intente verme, que ganará en ello mucho. La paloma, como tú dices, huyó de su prision, y, ya en el aire, sólo anhela ver á Divari; contemplarte dichoso... ¿Por qué te separas de mi lado?

—¡Eres tan hermosa!..

—Eso deseo, quisiera seducirte con encantos como tú á mí.

—Ya lo haces.

—Yo no te temo; mi virtud no puede peligrar á tu lado.

—¡Qué confianza tan sublime, qué ángel tan delicioso!

—¿Quieres besar mi mano? Desde que abandoné mi castillo, rehusas hasta cogérmela.

—Para amarte basta ver tu rostro; así, á esta distancia.

—Bien; contemplémonos. Supongo que en este pueblo, donde á nádie conozco ni entiendo el idioma, me acompañarás constantemente. ¿Es cierto?

—Al contrario, por desgracia. Soy secretario de la embajada de Venecia y la mayor parte del dia lo pasaré trabajando; mas comeré contigo, de noche velaré por ti y en mi ausencia, mi mayordomo te paseará en carroza para que veas este pueblo.

—Lo malo es que yo no entiendo nada de lo que dicen...

—¿Qué te importa á ti eso? Yo continuaré enseñándote el italiano, y puesto que pronto marcharemos á Venecia, allí comprenderás á todo el mundo.

—No sé contradecirte, Oton.

—Ahora cenarás conmigo, encerrándote luégo en tu dormitorio.

—Y tú, ¿qué vas á hacer?

—Yo tengo que cambiar de traje y salir luégo para retirarme no sé á qué hora.

—¡Tan cansado como estarás!

—¡Cómo ha de ser! Mi empleo de secretario ha de molestarme bastante.

—Lo siento mucho.

En este instante oyeron un golpecito en la puerta principal.

—Adelante,—exclamó el conde poniéndose en pié.

Luti se presentó, diciendo:

—Señor, ¿dónde vais á cenar?

—Aquí; Don César está muy cansado, y no quiero que se moleste en ir al comedor.

—¿Sobre esa mesa?

—Sí.

—Pues voy á cubrirla con los manteles si me lo permitis.

—¿Tan pronto?

—Se han encargado vários platos en una hostería próxima, hasta mañana...

—Muy bien hecho; en ese caso abrevia, advirtiéndote que al concluir, saldré con traje de corte.

—¿Sólo?

—Sí.

Luti preparó la mesa, no tardando en empezar á servir á su amo y á Atalia várias viandas.

La judía, más que apetito, sentia los efectos del sueño y del cansancio; Oton, por el contrario, comia bien, y, fuerte como las rocas de su país, no demostraba molestia alguna.

—Concluyó la cena,—dijo.—Retira el servicio, y prepara el dormitorio de Don César. Luégo me vestirás.

Salió el criado, y el conde añadió, dirigiéndose á Atalia:

—Muy poco has comido. ¿Te sientes mal?

—No; consiste en que el último viaje en carroza me ha estropeado bastante, y no he dormido cási nada.

—Pronto tendrás el lecho dispuesto, y descansarás toda la noche.

—Siento que no hagas tú lo mismo, Oton.

—Yo soy más fuerte que tú, y por mí no debes pasar cuidado.

—¿A qué hora volverás?

—Lo ignoro.

—Es la segunda vez que me dejas desde que salimos del castillo, y no estoy bien separada de ti.

—Tampoco yo; pero tengo en Madrid á mi hermano y á mi madre, y todavía no los he visto, Atalia. Creo que es una prueba...

—Sí, conde, una prueba de tu cariño; pero eso no obsta para que yo ambicione más aún.

—¡Egoista!

—Te ruego por Dios Santo que no vuelvas á pronunciar esa frase. ¡Egoista yo! ¡La hija de Asam, del judío, del avaro!.. ¡Oton, no me atormentes!

—La frase está expresada en otro sentido. Tu egoismo es hijo de un amor grande, inmenso, sublime.

—No importa; cállala siempre. El más leve parecido ó asimilacion al autor de mis dias, me ofende, me horroriza. ¡Por qué habré nacido hija de ese hombre!

—No debe afectarte, Atalia; de padres buenos, se ha dicho, con razon, que nacen hijos malos; del mismo modo ha podido del diablo salir un ángel como tú.

—Te aseguro, Melenik, ahora que todo lo comprendo y sé quién es el autor de mis dias, que me repugna su avaricia; me ofende esa sed de oro, esa ambicion ilimitada, y no hay idea alguna en él que me sea simpática ó agradable. Si el dinero es tan necesario al pobre, si no se puede prescindir de él en las funciones más necesarias á la vida humana, no hay malvado mayor que el que emplea su existencia en atesorar, en acumular y esconder aquello de que todos necesitan. El asesino pudo odiar á su víctima, su ira y despecho se contraen á una sola persona ó familia; el ladron quita lo que no es suyo, pero no suele hacerlo por odio ni rencor; en tanto que el egoista, el avaro, no quiere á nádie; le es antipática la sociedad entera; su maldad se extiende á todos los nacidos, porque á todos perjudica, y no hay uno que no debiera despreciarle, incluso sus hijos, parientes y allegados.

—Bien lo juzgas, Atalia; mas Luti aparece en aquella puerta y me hace seña que está corriente tu dormitorio. Apó-

yate en mi brazo, y te acompañaré hasta la puerta, que estás rendida.

—Cuando hablo contigo no siento molestia alguna.

—No importa.

—Cuando te veo me encuentro dichosa.

—Cógete, y vé á dormir, ángel sublime.

—Me lo manda mi señòr, y obedezco.

—Tu señor no, Atalia; tu amigo, tu hermano.

—¿Nada más?

—Por hoy, eso sólo.

—Sea todo por Dios.

Y cogidos del brazo, llegaron á la puerta, quedando parado Melenik en el umbral.

—En ese lecho,—dijo Oton,—dormia yo tranquilo y satisfecho como pocos hombres. Velaba por mí el héroe Magno; sus caricias me enloquecian. Cambiemos los papeles, Atalia; yo le imitaré á él; imítame tú, y sé tan venturosa como yo lo fuí. El ángel del bien vele tu sueño. Adios.

—¿No besas mi frente?

—No, que temo empañarla, y quiero que brille pura y radiante.

—Yo creí que ennoblecia lo que tocaba tu mano.

—A eso aspiro, y hé ahí la razon de desechar lo que pudiera envilecer.

—Entónces hasta mañana, Melenik.

—Echa el pasador.

—Ya lo hice.

—¿Te gusta el dormitorio?

—Es precioso.

Y Oton se retiró al estrado, llamando á Luti.

—¿Qué hora es?

Le preguntó.

—Las nueve, señor.

—¿Tengo la ropa dispuesta?

—Vedla. ¿Pero vais á salir de veras?

—Sí.

—Sois de bronce, amo mio.

—De carne y hueso como tú, Luti: pero ante la necesidad me inclino. Abrevia.

—Pues demos principio. ¿Os voy á acompañar?

—No.

—¿Os ofrece completa seguridad este país?

—Ninguna; hay aquí corchetes y aventureros capaces de todo.

—Entónces os sigo.

—No; vive cerca el general y me eres muy necesario en esta casa.

—Ya; para cuidar al paje Don César.

—Exactamente.

—Mucho le quereis, amo mio.

—Bastante.

—El os tiene un afecto sorprendente.

—Sí.

—Su rostro parece de ángel.

—Verdad es.

—¡Qué voz tan dulce y agradable!..

—¡Luti!

—Señor, está muy elevado, y yo soy un pobre sirviente.

—No es eso; quiero que Don César sólo sea para ti mi paje.

—Tratándose de los demás, lo comprendo; pero vuestro confidente...

—Bien; vuelve la hoja y hablemos de otra cosa.

—Yo no entiendo nada de lo que hemos hecho en Francia; pero á juzgar por el poco tiempo que tardamos y por lo que yo ejecuté, si todas vuestras cosas han salido bien, conseguísteis un milagro.

—Cási sobrenatural parece.

—¡Qué modo de correr!

—Ya hemos concluido, y la tranquilidad reemplaza á aquella vida agitada y violenta.

—¿Permaneceremos mucho tiempo en Madrid?

—Lo ignoro.

—¿Depende del general?

—Sí. ¿Comprendes tú el español?

—Por el estilo del francés, ó algo mejor.

—Me alegro.

—¿Quereis capa ó ferreruelo?

—El último, que la noche está templada.

—¿Sombrero?

—Sí.

—¿Pistolas?

—No.

—¿Vais solo?

—Claro está.

—Pues ya estais hecho un príncipe, señor.

—Oye, Luti. Te sitúas cerca del dormitorio de Don César, y no consientes que hagan el más leve ruido; y si durante mi ausencia le amenazase algun peligro, defiéndele con tu propia vida.

—Lo haré.

—Quiero á ese niño más que mi existencia.

—Lo supongo.

—Las ofensas mias puedo perdonarlas; las que se hagan á él las castigo con la muerte.

—¡Ahí es nada! Muy bien, señor.

—No duermas; vela, y sé leal como yo necesito.

—Id descuidado, que miéntras yo aliente, por Cristo que nada le sucederá.

—Adios.

—El cielo defienda á mi amo y señor.

La noche estaba clara y serena. Sólo llegaba al rostro una brisa fresca, suave, y la luna presentaba los edificios de Madrid como mudos fantasmas.

Eran las nueve y media, y ya no transitaba nádie por las calles.

Lo primero que se presentó á la vista de nuestro georgiano fué el palacio del duque de Lerma, cuyo portal se hallaba profusamente alumbrado. El portero y vários lacayos reian,

demostrando con su alegría lo satisfechos que se hallaban sirviendo á tan poderoso señor.

Melenik quedó parado frente al zaguan, exclamando para sí:

—Aquí vive el valido. ¡Cómo se divierten sus criados; pronto, sin embargo, estará de luto el amo, y la faz de los habitantes de este edificio habrá cambiado por completo! ¡Reid, insensatos, reid, que en breve llorareis Lerma y todos vosotros!

Y continuó su camino con paso lento y mirada sombría.

De este modo llegó al palacio del general Mondragon, el cual halló abierto y alumbrado.

—¡Atrás!

Exclamaron á la vez cuatro sirvientes, poniéndose delante de él.

—Yo siempre sigo adelante,—contestó Melenik;—y hasta ahora nádie osó detener mi paso.

—¿Quién sois?

—El conde Divari.

—No os conocemos.

—El secretario de esta embajada, el hermano de Juan Magno de Austria.

—¡Ah! Pasaremos recado.

—No; quiero sorprenderlos. ¿Sois criados del general Mondragon?

—Los cuatro.

—Muy bien; acompañadme uno á la cámara donde estén, sin prevenir á nádie.

Así lo hicieron, llegando Oton hasta la puerta sin que se apercibiera ninguno de los que permanecian dentro.

Se hallaban reunidos y conversando Juana, Mateotti, Mondragon y Magno, pues Perez habia marchado ya á palacio.

De pronto se abrió la puerta, apareciendo el georgiano con la sonrisa en los labios y la alegría en el semblante.

—¡Oton!

Gritaron, abrazándole los dos generales y su madre.

—¿Cuándo has venido?

Le preguntó Juan.

—Hace poco.

—Hijo, —añadió Juana,—¿concluiste ya el último de tus asuntos?

—Sí, madre mia.

—Malo, malo,—murmuró Mondragon.—Con el judío no pudiste. Ya me lo figuraba yo.

—¿Que erais tonto? ¿Os figurábais eso?

—El poco tiempo que has tardado y tu rostro, me dicen lo suficiente.

—Ya se yo que vos adivinais; y como sois por otra parte tan fuerte en intrigas...

—Deja ese tono irónico, Melenik,—exclamó Magno,— y contesta á mis preguntas.

—Da principio el interrogatorio, señores; seguirá á este el sermon y luégo la derrota. Empiezo por sentarme junto á mi querida madre, cojo su mano, y me dispongo á contestarte, Magno.

—Antes de venir á verme cambiaste de traje.

—Sí; cené además, descansando tres horas; y por Dios que me hacía falta; pues anduve el camino de Marsella á Madrid empleando ocho dias ménos que tú.

—Eso prueba que te has alojado léjos de aquí.

—No lo creas: está cerca.

—Pero no en mi casa.

—Tampoco es cierto.

—Explícate, Oton.

—Explícome, Juan. Más constante que tú, más apegado á lo que un dia cobré cariño, me trasladé con mi servidumbre y gente de armas á nuestra casa de la calle Mayor. ¿Recuerdas lo felices que fuimos en ella? ¿Aquellos sueños tranquilos y sosegados que yo echaba apoyado en tu muslo?

—Sí.

—Tú suspirabas por tu orígen, por la madre que tienes en-

frente; yo rogaba al cielo que hallases lo que buscabas, y Dios misericordioso me oyó.

—No rehuyas la cuestion, Melenik. ¿Por qué no vives conmigo?

—Dormir y comer lo haré fuera; el resto del dia lo pasaré á tu lado, hermano.

—¿Por qué no ha de ser todo?

—Ya te lo diré más adelante.

—Es condicion precisa que has de ganar á cuantos me rodean. Ahora comprendo la salida y reserva de Mateotti. Si él no hubiera accedido á tu deseo...

—Como le pedí una cosa justa, no pudo negarse.

—Vas á obligarme á que dé órden de que no te dejen salir y quedes á mi lado en calidad de preso. Soy tu jefe, como general y como embajador.

—De bastante te serviria. Que te diga Mateotti cómo subo y bajo cuando se me cierran las puertas de las habitaciones.

—Por los balcones y con facilidad pasmosa. Lo hizo en mi casa dos veces sin usar cuerdas ni otra cosa que su habilidad y destreza.

—Si, Mateotti, saltando como las panteras de su país.

—Juan,—dijo su madre,—no le reprendas; mírale qué hermoso vuelve; qué rostro tan varonil le hace su naciente bigote.

—Aduladle todos, que algun dia os pesará.

—Antes te ha de pesar á ti, hermano. Me siento sobre la alfombra, y hago uso de mi deliciosa almohada, de tu muslo. Ahora predica lo que quieras.

—¿Qué has hecho en París?

—Lo que me propuse, Juan.

—¿Por qué caminaste tan de prisa?

—Porque tenía sed de verte, ingrato.

—Pudiste haber perecido.

—Ya lo ves.

—¿Acabaste del todo?

—Sí. Ya tus enemigos, tus verdugos Altacima, Jonás y Nefftalí, sufren las consecuencias de sus maldades y crímenes.

Réstame sólo ayudarte á derribar el ídolo, y á Venecia, hermano, que este país no me gusta.

—Cuéntame qué es de los tres que acabas de citar.

—Los dos primeros continúan cumpliendo su sentencia de galeotes; reman, sufren el rigor de la intemperie, comen rancho, duermen poco, trabajan mucho, y su uniforme no siempre les resguarda de las molestias atmosféricas.

—¡Infelices!

—Más justo es que pasen ellos la vida sufriendo que la ocupen obligando á sufrir á los demás. Así lo dispuso el *Consejo de los Diez*, y estuvo acertado.

—Adelante. ¿Y el último?

—El judío Nafftalí Asam, mi querido Magno, continuaba en París en pleno ejercicio de su cruel y formidable usura. Con los tres millones que te robó á ti y cerca de otro que estafaria á tu padre, llegó á hacer doce. Era la fortuna que pensaba dejar, más multiplicada aún, á una hija que le dió el cielo, la cual formaba su ilusion. Temeroso de que le robasen aquel pedazo de su corazon, lo escondió en un viejo y ruinoso castillo, donde, á excepcion de él, un sirviente y dos criadas, nádie más podia verla. La jóven á que me voy refiriendo se llama Atalia, y es un tipo sublime de la belleza hebrea. Ojos negros y rasgados; pelo como el azabache; epidermis blanca, fina y suave; pié y mano pequeños; facciones perfectas, animadas y rebosando gracia y encantos; cintura esbelta, y conjunto ideal, encantador; la voz grata y armoniosa. Todo lo ignora, porque á su padre no le conviene que sepa nada, y esta circunstancia eleva más su candor, inocencia y virtud. Una hada ó sílfide de las que nos describen las baladas árabes ó alemanas más inverosímiles, podia servir de pálida copia á la deliciosa judía que voy describiendo. Magno, Atalia es, en resúmen, un ángel, hijo de Lucifer; tan bueno y seductor como malo y perverso el autor de sus dias. Nefftalí ve en ella su goce, la ilusion de la vida, y atesora, multiplica, estafa, roba y comete crímenes, todo por ella y para ella. Pasa á su lado seis horas al dia, que le recompensan de todos los trabajos y sinsabores de la desdi-

chada vida humana. De pronto se introduce en su casa un diablo ménos malo que él, pero más hábil y diestro. Gana su confianza...

—¡Desgraciado!

—Déjame concluir, *Dragon*. Averigua que le debe un negociante del Havre más de un millon; le dirige un anónimo participándole que su corresponsal huye de Europa; el judío le pide parecer, le aconseja que parta inmediatamente en busca del ladron, le obedece, y, montando á caballo, corre al Havre, sufriendo el martirio de la incertidumbre, el dolor del estafador que se ve estafado. Llega, recurre á la autoridad, sitian la casa, y resulta que el supuesto ladron es el comerciante más fuerte y honrado de Francia. Lo echan de allí, cubriéndole antes de befa y escarnio. Los anónimos siguen; le participan que ha empezado su expiacion; corre, teme, llega á París y todo el mundo le grita:—«¡Tú eres Nefftalí Asam; el verdugo de Magno y su madre; el malvado, el asesino!»—Huye de París, donde no hay uno solo que deje de escarnecerle, y trata de esconderse abrazado á su querida hija, á aquel ídolo á quien adora con ciego frenesí. Pero Atalia, miéntras el padre estuvo fuera, oyó describir el fiel y á la vez espantoso retrato del autor de sus dias, comenzando á odiarle y á aborrecerle, para concluir huyendo del impuro aliento del nauseabundo hipopótamo. Desde ese dia Nefftalí Asam anda el mundo regándolo con sus lágrimas, como Zaida Abenamar, como Magno el *Dragon*. Sufriendo crueles remordimientos, viejo, débil y achacoso, avergonzado y escarnecido, deja la usura, abandona los negocios, desaparece el avaro y queda el padre tierno, afligido, con el corazon lacerado y el alma en tortura, que anda por las calles, plazas, campos, desiertos, gritando con voz ronca y trémula:—«¡Mi hija! ¡Dónde está mi hija!»—La inmensidad del espacio y la aridez del tiempo le contestan con un silencio más terrible que la agonía del moribundo. ¿Qué te parece, Magno?

—¡Infeliz! ¡Conozco parte de sus sufrimientos y me estremece la idea de lo que estará padeciendo! Fuiste un demonio

al entrar en su casa, efectivamente, pero un diablo más astuto y cruel que Satanás. ¡Desventurado padre!

—¿Y tú, qué opinas, Juana?

—*Quien á hierro mata á hierro muere*, dijo Dios. Bien hecho está, Melenik.

—¿Y á Mondragon, qué se le ocurre?

—Digo, Oton, que tu ingenio sorprende, admira, y que tu talento no tiene rival en la tierra. Bien, hijo, muy bien. A cada uno lo suyo.

—Añadid vuestro juicio, Matteoti; dejad en esta ocasion de ser diplomático para hablar como los hombres.

—Conde, hé aquí mi dictámen: á tan grandes y nefandos crímenes no hay castigo superior. Bien está ese judío regando el mundo con sus lágrimas.

—Ya lo oyes, Magno. Recuerda además que viniste al mundo falible, y no debes, en consecuencia, tener tanto apego á tu pobre opinion.

—No se explica cómo pudiste en tan poco tiempo hacer tanto, diablo de la Georgia.

—Se comprende conociendo la imperiosa necesidad que yo tenía de volver á tu lado y de hallar en lo sucesivo aquel descanso y tranquilidad que me robaron há vários meses la traicion y la infamia.

—Quiero, Melenik, proteger á Atalia. Esa desdichada no tiene la culpa de los delitos de su padre.

—Dios dijo: *sufrirán desde el malvado hasta su cuarta generacion.*

—Habla. Te he dicho y repito que quiero proteger á esa infortunada huérfana.

—Yo quiero dormir. Tanta fatiga, insomnio y molestias necesitaban una recompensa. ¡Oh, llega Morfeo y se abraza á mí! No lo espantes, hermano, que estoy rendido; ni te muevas.

—¡Se durmió! ¡Qué sangre fria!

—¡Qué tranquilidad de conciencia!

—¡Silencio! El pobre llegó fatigado.

—¡Qué hermoso está!

—Su rostro engaña. Tiene el corazon negro. ¡Ay, si yo pudiera variárselo! Estoy seguro que ha mandado al Brasil, cuando no al cabo de Hornos, á la infeliz hebrea.

—En cualquier parte estará mejor que junto al autor de sus dias.

—Lo malo es que habrá encargado la arrojen en la playa como hicieron conmigo, y una débil mujer sin recursos perecerá.

—No lo creas, hijo mio, Oton es generoso.

—Con sus amigos, madre; para los demás tiene el alma como las rocas de su país.

—Pues yo opino,—dijo Mateotti,—que con una mujer tan jóven, bella y candorosa no ha podido ser tan duro y cruel como le suponeis, general; y me fundo en que al hablar de ella sorprendí en su mirada algo de bondad é hidalguía.

—¡Qué mal le conoceis todos! Compadeced, como yo, á esa mujer, y ayudadme á descubrir su paradero. ¡No deseo á ningun mortal la suerte que yo tuve en mis primeros años!

—Deja á Melenik,—exclamó Mondragon,—que él sabe mejor que nosotros lo que al padre y á la hija les conviene.

—No estoy conforme; pero es el caso que se negará á satisfacer mi deseo. Tú, madre mia, que tienes tanta influencia con él, puedes encargarte de averiguarlo. La sagacidad de la mujer logrará lo que no alcanzan los ruegos y amenazas de los hombres.

—Lo intentaré, Magno.

—Yo te lo ruego encarecidamente.

—Bien; pero no vuelvas tú á hablarle de ella ni del padre. Tu preponderancia y terquedad le avisan y previenen.

—Perfectamente; no se los nombraré más.

—Las diez,—exclamó Mateotti;—ya estará Perez en la cámara real y no tardará en volver con la noticia de que el rey os espera, Magno. ¿Vais con ese traje?

—No; llevaré armadura. Principio como representante de Venecia y general; luégo seré el primo ó lo que él quiera.

—Pues debeis empezar á ponérosla, que es tarde y os detendreis bastante.

—Me da lástima despertar á mi hermano.

—Que se eche sobre mi rodilla.

Dijo Mondragon.

—Será lo mejor. ¡Melenik! Debo marchar y es preciso que tomes otra almohada. Mi padre te ofrece...

—¡Qué sueño me quitaste!

—Lo siento, pero era indispensable.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Quién te aguarda?

—El rey.

—Que espere Felipe. Yo imitaria su indolencia cuando tu estabas preso.

—Quiero que ruede lo ántes posible el favorito...

—Encárgamelo á mí, y entónces rodará de veras, entónces irá...

—Mal le quiero, Oton, pero no tanto. ¿Te levantas?

—Ten calma.

—Siguen en el castillo de Cádiz Gonzaga, Pantoja en la cárcel...

—Basta; ya estoy de pié. Esos hombres tienen poco seso, pero mucho corazon; te aman, y merecen otra suerte. Corramos á salvarlos.

—¿Qué estás diciendo?

—Que voy contigo á palacio.

—¡Tú!

—Sí; como secretario de tu embajada, y por órden del Dux y de Gradenigo.

—¿Me has sitiado, Melenik?

—No, hermano; te ayudo, y nada más.

—¡Me han impuesto!..

—Al hombre que más te ama; al que hace seis meses que sufre y padece por ti.

—¿Pero qué falta me hace tu ayuda esta noche?

—¿Has olvidado lo que te aconteció en Madrid? Yo no te estorbo, hermano, y pudiera servirte de algo.

—Que vaya.

Exclamaron Juana, Mondragon y Mateotti.

—¿Por eso has corrido tanto?

—Por eso; que además de las órdenes del jefe de la república, tengo encargo de tu esposa de acompañarte á todas partes y de velar por ti.

—Bueno; sea, puesto que no hay medio de excusarse.

—¿Ya no te agrada mi compañía?

—Sí; pero en la ocasion presente...

—Pues á mí no me molestas nunca, Magno. Si sólo pudiera correr mi existencia separada de ti, la cortaria con la punta de agudo puñal.

—¡Lo creo, lo creo! ¡Siempre has de concluir ganándome como á los demás! Espera aquí, terrible georgiano.

—Adios, hermano mio.

Juan estampó un beso en la frente del conde, pasando á la estancia inmediata, donde le aguardaban vários pajes para armarlo.

Quince minutos después entró Perez, diciendo:

—S. M. aguarda al general Magno. ¿Puede seguirme?

—Sí.

Contestó aquél, entrando en la habitacion.

Acto continuo se despidieron el general y Oton de Mateotti, Mondragon y Juana, partiendo en direccion del alcázar, precedidos de Perez.

Dos minutos después el embajador de Venecia y vários embozados seguian á Magno, sin perderle de vista, pero á respetable distancia.

CAPÍTULO XXX.

Preliminares.—El rey y Juan Magno de Austria.—Los mismos y Melenik.—Concluye el embajador y empieza el primo.

A los pocos pasos que dieron en la calle, detuvo Magno á Perez, que iba delante, diciéndole:

—No andeis tan de prisa. Poneos á mi lado, y decidme. ¿Cómo os recibió S. M?

—Algo frio, triste y meditabundo. Supongo que está prevenido por el duque de Lerma.

—¿Respecto de mí?

—Acaso.

—Pues ¿y mi incógnito?

—El favorito tiene buena policía, y temo que os haya descubierto.

—No lo creo, y debe ser otra cosa.

—De todos modos, bueno es que vayais preparado.

—Conozco el terreno, Perez, y estoy dispuesto á todo.

Y prosiguieron hablando, hasta dar frente al palacio.

—Por aquí.

Dijo el capitan.

—No, Perez; entro como embajador de Venecia, y subo por la escalera principal.

Lám.ª 13



—Soy Juan Magno de Austria.

Y se bajó la visera del casco, añadiendo:

—Ponte á mi izquierda, Oton. Vos, Perez, adelantaos, anunciando en la cámara la llegada del representante de Venecia y de su secretario.

Perez no osó replicar, concretándose á obedecer á Magno.

Minutos después participaban á Felipe III la llegada del embajador, haciéndole notar que se presentaba con el rostro cubierto por la visera del casco.

—No importa,—dijo el rey,—que entre él solo.

Y penetró el general, quedando Oton á la puerta y en sitio en que podia oir lo que hablaban.

Su hermano hizo una reverencia al monarca, y alzándose la visera, exclamó:

—Soy Juan Magno de Austria.

—¿Os presentais á mí únicamente como general, como embajador?

—Primero debo cumplir con la nacion que tanto me ha honrado; luégo seré lo que V. M. quiera.

—Al solicitar vos una entrevista privada, juzgué que llegariais de otra manera.

—Perdone V. M.; yo no pretendí nada; acepté lo que me propusieron, teniendo en cuenta que mi presentacion en público, y como correspondia á mi cargo, no nos convenia á ninguno de los dos.

—¿En qué os fundais?

—En esta misma cámara me ofreció V. M. una proteccion que no vi en la calle del Almendro, en el camino ni en la torre de Altacima, donde bárbara y cruelmente quisieron arrancar la vida de vuestro protegido, del representante extraordinario de una nacion amiga.

—Yo no pude... no supe... De haber comprendido la verdad...

—V. M. se dignó prender é inutilizar á todos mis amigos; á aquellos que me buscaban para libertarme de mis verdugos.

—Me engañaron, general.

—Yo solo fuí la víctima, señor, y hasta ahora no hallé en

España quien intentase castigar los nefandos crímenes cometidos conmigo.

—Por eso, sin duda, habeis rodeado mis costas de buques, cañones y mosquetes, y empezasteis á destruir edificios á balazos. Creo que el camino era pedirme justicia, que yo no os hubiera negado.

—Eso está muy bien de súbdito á soberano, pero no de igual á igual, de potencia á potencia. El país que represento principiará pidiendo justicia y aplaudirá al que se la haga; pero si se la niega, la tomará él por su mano.

—¿No ha empezado ya?

—No, señor, y en verdad que su tolerancia raya en lo increible. La reina del Adriático supo que su representante habia sido bárbara y traidoramente sorprendido, amarrado con cadenas, llevándolo después al fondo de una mazmorra, donde le escupieron en el rostro y le alimentaron con las berzas que no querian los perros. Supo, además, que el Gobierno de esta nacion no tomó medida alguna en pro de la víctima, castigando, por el contrario, de un modo inhumano á sus amigos que intentaban salvarla; y supo que el principal autor de tan nefando crímen era la única persona que merecia confianza al rey. Y á pesar de eso, Venecia no os destruyó una ciudad ni exhaló una queja. Si ahora los fuegos de mis cañones cruzan de Sur á Norte y de Este á Oeste, no debe extrañarle á V. M. Venecia podrá tardar, pero nunca falta, y ménos cuando encarga la realizacion de la idea al hijo del vencedor de Lepanto.

—Bien sabe Dios que esperaba de otro modo al heredero de mi tio.

—Ante todo, debo representar dignamente el país que tanto me elevó y al que aquí se ha escarnecido villanamente.

—Doy por hecho que se os deba, Magno; pero repito que ántes de tomar, debe pedirse. Eso aconseja la conveniencia, la razon, y várias consideraciones más que no cito para evitar que asome á vuestro semblante el rubor.

—¡Qué mal me conoce V. M! Ni cuando sólo me apellidaban el *Dragon*, ni ahora, que circula sangre real por mis ve-

nas, cometí accion alguna que me obligara á inclinar la frente. Por eso entré aquí con ella como veis; por eso me mandó el primer Senado del mundo. V. M. lo ignora cási todo, y en esta ocasion será víctima de alguna fábula de esas muchas con que suelen entretenerle. Es cierto que España toda se halla rodeada por mar de cañones venecianos, pero no se disparó un tiro, ni la conducta de los jefes para con vuestras autoridades ha podido ser más atenta y cortés.

—Eso lo suponeis vos.

—Esa es la verdad.

—Acaso lo hayais ordenado así, pero han hecho otra cosa.

—La marina veneciana jamás faltó á las prescripciones impuestas por su general. El que diga lo contrario, se equivoca.

—He visto el parte oficial en el que se detalla la destruccion completa de un castillo español por un navío veneciano. Tiraron cuarenta cañonazos, que, además de destruir el edificio, asolaron el bosque que le seguia. Y es muy extraño que lo ignoreis, pues el barco que tal hizo es el único de vuestra propiedad, agregado á la armada veneciana.

—¡El *Dragon!*

—El mismo.

—¡No puede ser!

—Vuestra ciega confianza, Magno, se asimila perfectamente á la subordinacion de vuestros oficiales. En esta ocasion delira el valiente general veneciano.

Juan quedó confuso y como meditando, cuando vió aparecer de pronto en la cámara á Melenik, el cual hizo una graciosa reverencia, quedando parado.

—¡Quién es ese hombre!—exclamó el rey.—¿Cómo osaste penetrar aquí sin mi permiso?

—Soy, poderoso señor, el jefe del navío *Dragon*, que llegó esta noche de Cartagena, donde dejé anclado mi buque, y ahora tengo la honra de saludar á V. M., pidiéndole perdon por haber andado dos pasos, única distancia que me separaba de V. M.

—¿Eres tú el jefe del *Dragon?*

—Sí, señor; alférez de la marina veneciana, y humilde servidor de V. M.

—Ya no me extraña, Magno, ni me ofende el hecho que ántes os denuncié. Veo, con placer, que lo que creí un insulto es solo la travesura de un muchacho.

—Pues yo sostengo que ese niño, muchacho ó lo que V. M. quiera, tiene más talento, aplomo y sabiduría que el mejor de vuestros oficiales. Cuando Venecia le ha dado á mandar mi buque, que es el más honrado de los que cruzan los mares, y yo no me he opuesto, mucho debe valer su nuevo jefe. Ese chiquillo se llama Oton Melenik, conde Divari.

—¡Ah! He oido hablar de él con mucho elogio.

—Por más que pretendan exagerar, no dirán nunca lo que es mi hermano.

—Se lee en su frente la osadía, la temeridad.

—¿Aún quiere V. M. que me presente más humilde? Eso lo hace sólo el que pide; nosotros sólo estamos acostumbrados á dar.

—¿Como justificará el alférez la denuncia que me ha hecho el gobernador de Torrebella?

—De ninguna manera; si V. M. quiere saber la verdad de lo ocurrido, con el simple relato se convencerá de que lo han engañado.

—Hablad, conde; os oiré con gusto.

—A tanta atencion y galantería correspondió siempre Divari. Escuchadme, señor: Cruzaba yo los mares de V. M. mandando por primera vez un barco; éste era el *Dragon*, terror de los turcos, ingleses, alemanes y de cuantos enemigos tuvo Venecia. Mi galera habia cubierto el Océano de mástiles y cascos, regalando á los peces miles de hombres que los alimentaron ricamente. Veinte cañones por banda y ochocientos leones esperaban mi voz, un movimiento mio, para destruir barcos ó ciudades, hombres ó edificios. Andábamos catorce millas por hora. Este milagro lo hacía yo, y traigo los justificantes. Un sol radiante doraba las cristalinas ondas del Mediterráneo, y el viento fresco del primer cuadrante nos llevaba de bolina,

rizando el agua y volando como el águila. Yo iba alegre, pero no orgulloso; satisfecho, pero no sólo del barco, sino de mí; paseaba sobre cubierta; mis soldados, descubiertos, me miraban con respeto y admiracion, reian al contemplar mi rostro placentero, cuando de pronto vino á empañar mi contento una nube más oscura y sombría que la noche. Y era, señor, que tenía delante y á media milla la torre de Altacima, el calabozo donde unos cuantos aduladores de V. M. confundieron al más noble y generoso de los hombres, al primo de su rey, á Juan Magno de Austria. Turbó mi vista aquel maldito edificio, deshonra y baldon de España. Pero arranqué la idea de mi mente, haciéndome superior á todo, porque á mi razon sólo Dios la domina. ¡Muchachos, dije á mis soldados, ese altanero castillo sirvió de mazmorra á vuestro general, maldecidlo como yo, y adelante, que el tiempo corre y no podemos detenernos! Con eso me bastó, y no hubiera vuelto á pensar en la torre si uno de mis subordinados, viejo y astuto como buen marino, no se me presentara diciéndome:—«Señor, el galeote marqués de Altacima se ha hecho acreedor á cincuenta palos, que van á dársele por sentencia de vuestro segundo, el alférez Picolini. Después de un corto diálogo entre él y yo, dice que da su torre y posesion porque se le liberte de la pena.» La idea era tentadora, y como el marqués podia en uso de derecho incuestionable destruir lo que le pertenecia, grité: «Cesen los remeros. Galera al pairo.» Luégo contesté al sargento: «Que solicite Altacima por escrito lo que me decis de palabra, asegurando que lo desea y pretende sin violencia alguna.» Diez minutos después estaba el documento en mi poder en toda regla. Decreté al márgen que se hiciera como lo pedia el galeote, dando las órdenes para que desembarcasen cuarenta soldados y se extendieran para evitar toda desgracia ó siniestro contrario al derecho y voluntad de Altacima. Hecha la señal, el marqués mandó hacer fuego, y á la media hora su castillo era un monton de ruinas y parte de su bosque cayó al suelo arrasado por mis balas. Como el dueño lo quiso así, á nádie hubo que dar satisfaccion, y seguimos nuestra ruta, si bien se ulti-

mó el expediente instruido en comprobacion de lo expuesto, y aquí lo tiene V. M.

El rey cogió los papeles que le alargó Divari, y, después de haberlos hojeado, exclamó:

—Me quedo con él.

—Para eso lo he traido.

—Si Magno me hubiera contado esto, mi lenguaje anterior sería otro.

—Mi amado general, señor, no sabía nada. Lo oyó por primera vez cuando V. M.

—¿Cómo justificais entónces, Sr. Melenik, vuestra presencia aquí?

—Soy el secretario de la embajada que trae mi jefe á Madrid; vine en ese concepto; supuse que á V. M. le habrian referido alguna fábula, y me apresuré á demostrar con datos la verdad. Magno me hizo justicia ántes de oirme. Yo te doy las gracias, hermano mio; ya me vas conociendo, y me complace saberlo. Y es indudable que si yo estuviera mucho tiempo en Madrid, lo que no espero ni deseo, tambien llegaria V. M. á conocer á este muchacho. He concluido, y si V. M. me lo permite, me retiro á la cámara contigua, rogándole por segunda vez me perdone haber pisado ese umbral sin obtener vuestra vénia.

—¿Fuisteis vos el que inutilizó seis alguaciles en la calle Mayor?

—Sí, señor.

—¿El que luégo rompió sus cadenas abandonando el calabozo llamado de los sentenciados á muerte?

—El mismo.

—¿El que después averiguó milagrosamente la prision de Magno?

—En ese milagro, señor, entró mucho el haber andado más de setenta leguas á pié, siguiendo parte del camino la carrera de un caballo, sobre escarcha unas veces, lodo otras, lloviendo muchas, y todas por el peor camino de cuantos conocí en Europa.

—¿El que más tarde libertó á Magno de una muerte segura?

—Sí, señor; prendiendo luégo á sus verdugos el marqués de Altacima y Jonás de Alaejo, secretario de vuestro ministro y privado.

—¿Quién los sentenció á galeras?

—El *Consejo de los Diez* de Venecia, por los crímenes que cometieron en nuestra ciudad. Rectificaré, si V. M. me lo permite. El mencionado *Consejo* y el Senado los condenaron á muerte; pero la víctima los perdonó, y fué necesaria toda la influencia de este muchacho, que allí pesa mucho, mucho, para lograr de tan rectos y justicieros jueces que, á pesar de su severidad, no los mandasen á paseo; por que el tal Magno, en viendo á sus enemigos de rodillas, se convierte en almíbar. Pero en fin, yo estaba allí para algo, y los asesinos, que merecian la muerte, fueron, contra la voluntad de mi hermano, á galeras, y bajo mi custodia, que es lo más importante. Al terminar ese acto nos vitorearon mucho el Dux, el Senado y los consejeros; á vuestro primo lo nombraron general, benemérito de la patria por centésima vez, y á mí, rudo montañés de la Georgia, ignorante muchacho, como dice muy bien V. M., noble veneciano, alférez de marina y más tarde secretario de la embajada que trae Magno. En aquel país, recto y severo en general, tambien, por lo visto, tiene la regla su excepcion.

—¿Habeis hablado con muchos reyes, conde?

—Es la primera vez que tengo esa honra.

—¿Dónde adquirísteis la admirable soltura con que os expresais?

—La busqué en mi naturaleza y en el estudio y conocimiento de las cosas, hallándola con pasmosa facilidad.

—Muy bien. Os perdono vuestra falta á la etiqueta, harto justificada.

—Gracias, señor.

—Y puesto que voy á hablar con mi primo, podeis esperar en la habitacion contigua.

—Beso los piés de vuestra Real Majestad, y le obedezco con placer.

Y anduvo hácia atrás hasta salir.

—Ese niño es todo un hombre, Juan.

Exclamó el rey.

—Señor, tiene gran talento, mucho valor, audacia y una entereza de alma sorprendente. Su serenidad, fijeza de ideas y claro entendimiento, encantaron al Dux, al severo Gradenigo, y la verdad es que yo no puedo con él, pues seduce y gana á cuantos me rodean.

—Tanto hizo por vos que debeis estarle muy agradecido.

—Antes de eso le amaba ya como hermano, como á hijo. Fué mi único compañero cuando, errante peregrino, buscaba un nombre, un orígen, una madre.

—Hablemos de otra cosa. ¿Está suficientemente justificado que seais hijo de Don Juan de Austria?

—Aquí está la informacion hecha ante el *Consejo de los Diez*, y conmigo vienen dos testigos importantes; mi madre Zaida Abenamar, hoy Juana Oton, esposa de Mondragon, y éste, que recibió los últimos suspiros de mi padre. Ambos me han reconocido, entre otras cosas, por un lunar...

—Basta, primo mio. Siéntate frente á mí, y arreglemos en familia la cuestion veneciana. Yo no quisiera tratarla de otro modo con el digno heredero del vencedor de Lepanto.

—Gracias, señor; sea como V. M. lo pide.

—Me consta que el duque de Lerma abusó, y no está ya desterrado porque Perez se opuso en tu nombre. Y en verdad que anhelo condenarlo al olvido, cuando no á otra cosa peor.

—Muy bien; oigo á V. M. con indecible alegría, y si bien cumpliré dignamente la honrosa mision que me ha confiado Venecia, no daré á V. M. el más leve motivo para que llame ingrato al hijo del hermano de vuestro padre, al nieto, como vos, del gran Carlos I. Léjos de eso, pretendo que la liga entre España y Venecia sea más íntima que nunca, y que al saber el mundo los cañones que Magno tiene en las aguas de

esta Península, comprenda que han venido á saludar á un Gobierno amigo, á un aliado á quien Venecia estima y considera. Ni yo, ni los mios, nos hemos de llevar nada de España, que gracias á Dios de todo nos sobra; con esto intento justificar mi cariño hácia España, y muy particularmente á V. M., en la conducta que me propongo seguir respecto de Lerma y de la falange de gobernantes que hoy desprestigian á su rey, empequeñeciendo este infortunado país. Mi satisfaccion sería completa si, al dar á vuestro reino el postrer adios, lograra verlo, como un dia no lejano, potente en los mares, incontrastable en tierra y temido y respetado en todas partes. En él he nacido, de aquí eran mis padres, y no me es dado negarle el afecto que con derecho me pide.

—No me disgustaria, querido primo, ver terminada mi alianza con Venecia, y, aceptando luégo el primer puesto en la marina española, contemplar mi pabellon defendido por el sucesor del héroe de Lepanto.

—Eso es imposible, señor. Juré servir á Venecia, perecer por ella, no hay medio de que falte á tan sagrada oferta, y ménos aún de presentarme ingrato ante la patria adoptiva que tanto debo y estimo.

—Bien la pagaste, Juan; por cada título le has regalado diez victorias.

—Pero me sucede con ella lo que á Colon con nuestra abuela Isabel; sólo esa gran reina le hizo justicia y le comprendió en el mundo, como Venecia fué tambien la única que me abrió los brazos y me atrajo á sí como á su hijo predilecto.

—Tú eres noble, generoso; no obras á impulso de bastardas pasiones; desconoces la ambicion, el egoismo; tu talento es grande, é indudablemente tus consejos en la corte podian contribuir á la felicidad del pueblo; tu espada en la guerra aumentaria las glorias de mi país. Recuerda, Magno, que tu primer nombramiento de capitan se lo debiste á mi virey del Perú.

—Señor, todo lo más que yo puedo dedicar á V. M. y á España son dos meses, y es un gran sacrificio, pues durante

ese período dejo abandonados á mis amigos de Venecia, á mi patria adoptiva y á mi esposa. El cielo me niega la posibilidad de acceder á vuestro deseo; que si fuera tan débil que cometiera un perjurio, me hallaria lo suficiente fuerte para atravesar mi corazon con mi propia espada.

—No insisto, por más que lo sienta.

—Aún quedan á V. M. hombres que valen mucho, pertenecientes á las escuelas del duque de Alba, marqués de Santa Cruz, Alejandro Farnesio y Felipe II. Todavía hay en España Mondragones y Gonzagas; todo depende de la eleccion.

—Muy bien. ¿De qué nos ocupamos primero, de la satisfaccion que debo á Venecia, ó del presente y porvenir de España?

—De ámbos asuntos á la vez; que siendo yo el que he de exigir la reparacion, y, juzgándome generoso V. M., no estaré exigente con mi augusto primo.

—Habla, Magno.

—Tendré que decir cosas á V. M. algo duras.

—Oiga yo el lenguaje de la verdad, y lo demás no me importa.

—Debo empezar ocupándome de las causas, para que podamos conocer mejor el efecto, y al discurrir así me será imposible pasar por alto el carácter de V. M., su índole, conducta, buenas y malas cualidades.

—Me alegro; trátame de igual á igual, y cuenta que si algo malo dejas de decirme, la enfermedad queda en pié.

—Eso no; el que adula engaña, el que miente se infama, y yo no aprendí á obrar de esa manera.

—Me complace, y espero.

—La noche avanza, y acaso nos falte tiempo.

—No, que á ser preciso la pasaré toda en vela.

—Por ese lado están Melenik, Perez, y nádie podrá oirnos. Ignoro si por este otro...

—Antes de entrar tú despedí á la mayor parte de los que se hallaban de guardia, dejando los puramente indispensables, los cuales me merecen entera confianza.

—Entónces doy principio.

—Lo deseo.

—Tiene V. M., segun he visto, y he oido á los leales que os rodean, todas las virtudes domésticas y cristianas del cumplido caballero. Como hombre nada deja que desear V. M.

—Gracias, Magno.

—Cuidado, señor, que no os adulo, y en prueba de ello, dije lo bueno para exponer seguidamente lo malo.

—Pues no temas.

—Continúo: V. M., como rey, deja mucho que apetecer. La buena índole, deseo y hasta fervientes votos no bastan para gobernar bien; son indispensables las prendas militares del Emperador Carlos I y las dotes de mando de Felipe II. Ambas cualidades os las negó el destino, y esa es la razon de que Francisco de Rojas y Sandoval, marqués de Denia, llegara á duque de Lerma, luégo á valido, y á que gobernara, en fin, el país, para cuya difícil y penosa mision le faltan las mismas dotes que á V. M. Lerma, señor, es un hábil cortesano; las intrigas palaciegas las maneja bien, pero no sabe más, y á eso se debe el que vuestras escuadras hayan sido derrotadas en todos los mares por los holandeses, turcos, ingleses y berberiscos. A eso se deben los desastres de Argel y los de Irlanda; la vergonzosa paz con Inglaterra, el tratado de la Haya, y la torpe y total expulsion de los moriscos. A eso se debe el que España, cuando debiera presentarse en un estado floreciente y próspero, vistas las galeras que, cargadas de oro y plata, vienen continuamente de la India, aparezca exhausto el Erario y gravado el país con grandes y onerosos tributos que no puede soportar; porque la política insensata y funesta del duque consume estérilmente los pingües recursos de España con aumento de empleos, dádivas injustificables y gastos tan infructuosos como inútiles. Esto lo sabe, gran señor, todo el que piensa en este país, y mucho deben amar á V. M. cuando lo ven, sufren, se resignan y callan. Mas ese amor de un pueblo tan noble y generoso, esa santa abnegacion, merecen de parte de su rey ménos rezos, más interés y, por último, conducta en-

teramente contraria á la seguida hasta aquí. No os extrañe, señor, que os hable de esta manera; al desaparecer yo de la corte y suponer el pueblo de Madrid la traicion de que era víctima, se levantó como un solo hombre, y no hubo esquina sin pasquin ni reunion que no maldijese al favorito, que no deplorase la ceguedad del que lo sostenia; que los españoles podrán tener otros defectos, pero nádie logró echarles en cara el de la traicion ó la alevosía. Léjos de eso, aplauden todo lo que es noble y generoso; vituperan la infamia y el baldon.

—¡Qué luz presentas á mi entendimiento, Magno! Vivia á oscuras, ¡ay de mí! y no fuí bueno con los que tanto me aman; y todo se lo dí al que más me aborrece. Yo acepto el mal tal como me lo presentas; pero es preciso, si tienes corazon é hidalguía en tu alma, que me des el remedio, el remedio pronto, primo, y que Dios te pague el bien que me hagas.

—Señor, al entrar en la cámara y encerrarme con V. M., hallé este país cubierto de plagas que lo devoran: dejadme gobernar un mes con ámplias facultades, y al terminar este plazo yo os devolveré el poder, comparareis, quedando en actitud de imitar mi conducta si os parece acertada. Por si yerro, que yo tambien vine falible al mundo, os entregaré todas las noches un extracto de lo hecho por el dia para que pueda estudiarlo V. M. y corregirlo si yo me equivoco.

—Un mes es poco, Juan.

—Me basta, señor, con treinta dias; luégo esperaré un mes para ver si los obreros que me reemplazan siguen sosteniendo ó no el edificio que yo haya levantado.

—¿Qué necesitas?

—Un despacho en vuestra casa y facultades ilimitadas.

—Te designo uno de los mios, en el cual estará el sello real.

—Mañana vendrán Lerma, Uceda y Don Rodrigo Calderon. Mostraos muy contento con ellos, diciéndoles que por fin se halló al hijo de Don Juan de Austria, vuestro tio; que lo estrechásteis esta noche; que se llama lo mismo que el vencedor de Lepanto; que entren á saludarle, y que miren en él al

primo de V. M. Nada de citar á Magno el *Dragon;* lo dieron por muerto, y bien está así.

—Pero ¿y si te reconocen?

—Me dejé crecer la barba por segunda vez lo suficiente, y, tomando actitud de príncipe, no hay medio de ser conocido por ellos. El duque habló una sola vez conmigo, y los otros desconocen mi voz.

—Tiene bastante preocupado á Lerma la embajada de Venecia. ¿Qué le digo sobre esto?

—Nada absolutamente. Expresada vuestra alegría por el hallazgo de Juan de Austria, y, suponiendo que pueda parecerse á su padre, participa V. M. á los tres su terminante resolucion de dejarme gobernar un mes el país, si bien ayudado por los consejos, experiencia é ilustracion de ellos.

—Doy por hecho que concluirán sus vidas en un patíbulo.

—Señor, pensamiento ó plan en el que entra la muerte de un hijo de Dios, no puede salir bien. Imitemos la caridad de Jesucristo, dejemos á la Providencia que los mate cuando tenga por conveniente, y de este modo nos inspirará en el arreglo de todos nuestros asuntos.

—¡Qué idea tan elevada, Juan! ¡Será posible que dejes de vengarte, que prescindas de ti!

—Por completo, señor; el que se ocupa de sí no puede hacer la suerte de los demás. Ya os dijo el conde Divari que perdoné á Jonás y Altacima, y, de cumplirse mi deseo y empeño, estarian en completa libertad. Contra el puñal homicida no hay brazo humano posible. Por eso no me ocupé yo de él nunca, dejando el asunto al cuidado de la Providencia.

—Quiero conocer á tu madre y disculparme con Mondragon.

—Mañana por la tarde tendré la honra de presentarlos á la real familia.

—Muy bien.

—Encontré á V. M. tan propicio, que despachamos en una hora lo que creí nos ocuparia toda la noche, y, si V. M. me lo permite, me retiro.

—¿A qué hora vendrás mañana?

—A las nueve entraré en mi despacho.

—Poco después pasarán á verte el duque, su hijo y amigo.

—¿Me da V. M. su real mano?

—No; es preciso que yo mañana diga la verdad, y al expresar que te abracé esta noche, no debo mentir. Primo, estréchame, y sea este lazo orígen de un porvenir venturoso para mi amado país.

—Gracias, señor; pondré todos los medios para que se cumpla nuestro mútuo deseo. Beso los reales piés de V. M.

—Espera.

Y el rey exclamó fuerte:

—¡Conde Divari!

—¿Señor?

—Avanza. ¿Quién ha oido nuestra conversacion?

—Yo únicamente.

—¿No has perdido frase?

—Ni una sola.

—Me agrada la franqueza.

—Magno, mi maestro, no me enseñó á mentir, gran señor.

—¿Por qué no perdonas á Jonás y á Altacima, como lo hizo tu hermano?

—Porque al malvado se le tiene sufriendo para impedir que haga padecer á los demás.

—No olvides el axioma, Juan.

—Dios dijo en la cruz, refiriéndose á los primeros malvados del universo, á los deicidas: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.» A esto, señor, no hallará nada que contestar mi hermano.

—Al contrario; Dios es Dios; nosotros somos hombres: y si *al César se le ha de dar lo que es del César*, es preciso oponerse á que el criminal lo impida. De otro modo: al malvado debe dársele tambien lo que es del malvado. Mejor dicho aún: á cada uno lo suyo. Imitemos al Hombre-Dios, pero no pretendamos igualarnos á Él, porque éste sería el mayor delirio humano.

—¿Qué dices á eso, Juan?

Preguntó el rey con intencion.

—Que este chiquillo es el único que me venció hasta ahora. Ante su desarrollo intelectual me postro á pesar mio.

—Discípulo tuyo, Magno; servidor de V. M., señor.

—No prescindas de él, Juan, durante el mes de tu gobierno.

—Pienso tenerlo á mi lado el resto de la vida.

—Melenik, si algo necesitas de España, ruego á tu hermano que te lo conceda.

—Quiero sólo que V. M. haga justicia á su primo. Nada más deseo.

—Id con Dios, y hasta mañana.

—Y con una reverencia salieron el general y el georgiano, incorporándose con ellos poco después el capitan Perez. El primero dijo al segundo:

—Puesto que escuchaste cuanto hablamos, dame tu opinion, Melenik.

—Nada tengo que reprenderte, Magno; llevaste al rey á un terreno magnífico; tu plan, que adivino, es elevado, sublime, y tan admirable, que te obedeceré gustoso en cuanto me ordenes referente á él.

—¿Nada más me dices?

—Por hoy eso sólo.

—Puesto que tu desarrollo físico impide el que puedan reconocerte, te presentarás como secretario mio, con tu título, de que tampoco tienen noticia el duque y sus amigos. Haremos lo posible por destruir tanta plaga como consume á este infortunado pueblo, ya que el monarca se presta á ello, y luégo partiremos á Venecia, donde nos aguarda Otilia, donde me espera la felicidad. ¿Serás tú dichoso allí?

—¡Quién lo duda!

—¿Por completo?

—Sí.

—Oton, ¿reparaste en la belleza de Adelina, la hija del Dux?

—No sigas, Juan; si un dia me caso, quiero yo hacer la eleccion, sin Mecenas ni influencia alguna; que se juega mucho en acto tan solemne, y todo lo más á que tú tienes derecho es á que mi esposa sea digna de la posicion á que me elevaste.

—Me has comprendido, y la indicacion que te hice se contraia á demostrarte la posibilidad...

—Sí, lo sé, pero te ruego que en asunto tan difícil y acasò largo, dejes á mi libre albedrío sin rémora alguna. Al creerte feliz en Venecia quieres que yo lo sea tan por completo como tú, y ese noble motivo fué la causa de tu indicacion. Yo te lo agradezco, pero te suplico que me dejes en paz, creyendo, como yo, que la dicha puede llegar al hombre en cualquier estado de su vida.

Hablando así entraron en el palacio de Mondragon, Magno refirió lo acontecido, y todos se fueron retirando á sus respectivos lechos.

Felipe III, después de sus oraciones nocturnas, buscó tambien el descanso, bendiciendo á la Providencia que le habia proporcionado á Magno, en el que veia la salvacion de su pueblo.

En cuanto al duque de Lerma, envanecido con su omnímodo poder y fortuna y resguardado con el capelo que habia empezado á usar desde aquella tarde, continuaba engreido y muy adulado por esa turba que, en concepto de Magno, era la primera y más terrible plaga de cuantas asolaban al país.

Pronto, sin embargo, recibirá el castigo de tan necia credulidad. Tanto subió, que no veia al enorme pico que en estos momentos minaba la base de un pedestal dispuesto á destruirse al recio golpe del *Dragon* de los mares.

CAPITULO XXXI.

Un afecto que se confunde con el amor.—Para tres cortesanos sobra con dos marinos.—Pantoja y sus compañeros.

Oton Melenik se despidió de Magno, Mondragon, Juana y de Mateotti, que acababa de llegar al frente de su ronda, entrando en su casa á las dos de la madrugada.

—¿Qué hay?

Preguntó á Luti, el cual le abrió la puerta.

—Nada, señor: todos duermen, ménos yo que os esperaba.

—¿Y Don César?

—Se encerró en su alcoba como visteis, y no obstante haber permanecido yo cerca de allí, no *la oí* ni áun respirar.

—¿A quién te refieres, bergante?

—Al precioso paje, cuyo género equivoqué, sin intencion, por supuesto.

—Vamos á mi dormitorio.

En este momento pasaban por delante de la cámara de Atalia, y una voz dulce, conmovedora, dijo al conde:

—Adios, Oton; te deseo sueño tranquilo y sosegado.

—¿Por qué no duermes, paje mio?

—Me despertó el ruido de tus pisadas.

—¿Estás bien?

—Sí. Adios, que es tarde y no quiero robar tiempo á tu descanso.

—Gracias, amigo mio; el ángel del bien vele sobre tu frente.

Y entró en su alcoba.

—Vé desnudándome, Luti.

—Pero ¡qué instinto tiene Don César, señor! Se parece al de las mujeres.

—¿En qué?

—¡Digo; dormido y todo os sacó por el olfato! Ni el mejor mastin de los Alpes.

—Es agradecido, me quiere mucho, y hé ahí la razon.

—Yo lo creo: os ama tanto... ¿Y vos?

—Hombre, yo *la* quiero...

—Os prohibo, señor, que equivoqueis el género.

—¿Hay en Malta algun afortunado más pillo que tú?

—Al contrario, amo mio; los malteses somos unos benditos; como que gobiernan el país el gran maestre y los caballeros de la órden de San Juan, que, como sabeis, tienen mucho de religiosos, algo de hospitalarios y un poquitito de guerreros. Santos varones como nosotros, amo mio, que sólo mataron en la última invasion trece mil turcos, echándoles á pique cincuenta y tres navíos nada más.

—Buena alhaja estás, Luti.

—Un pobre muchacho, muy osado porque confía en la estimacion que le teneis.

—No abuses. ¿Lo oyes?

—El que ama no abusa, amo mio. ¿A que lo sabeis por experiencia? No aludo á Don César.

—¿A que te rompo la crisma?

—¿Y quién os habia de servir entónces como yo?

—Tienes razon. Abrevia.

—Ya estais. A la cama y á dormir.

—Me llamas á las siete, y á las ocho el almuerzo.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

Un cuarto de hora después dormian tranquilamente todos los de aquella casa.

A las siete y media de la mañana estaba ya vestido Oton, y en el mismo instante se presentó Atalia, preguntándole:

—¿Ha dormido bien el señor conde?

—Luti,—exclamó Melenik,—adelanta el almuerzo un cuarto de hora. ¡Sal!

—Os obedezco, señor.

—Perdona, Atalia mia, si no he contestado ántes. Decansé perfectamente. ¡Qué bellísima estás!

—¿A quién viste anoche?

—A mis padres, á mi hermano, á dos amigos y á Felipe III.

—¿Eres tú amigo del rey de este país?

—Sí.

—No me extraña. ¡Quién ha de dejar de amarte!

—¡Qué inocente eres! Sentémonos en este sofá, bellísima judía.

—¿Me vas á dejar pronto?

—En cuanto almorcemos.

—¿Y ya no vuelves hasta la hora de comer?

—No.

—Me voy á aburrir.

—Mi mayordomo te paseará en carroza; verás Madrid y unos caballeros y damas que admirarás por su garbo y gentileza. Yo, hija mia, tengo que desempeñar mi empleo de secretario; bien lo siento, que á tu lado corren veloces las horas y la huella del tiempo marca en mi corazon el placer, la dicha.

—Estando léjos de mí, me falta algo, conde.

—Ya lo creo; te falta tu Oton, y á mí la rica y deliciosa Atalia; pero hija, del trabajo que vamos á emprender hoy mi hermano y yo puede resultar el bien de millones de séres.

—Entónces parte y derrama la ventura sobre los más; yo los envidiaré durante tu ausencia, me olvidaré de ellos cuando estés á mi lado.

Se oyó un golpe en la puerta de la sala, preguntando Melenik:

—¿Eres tú, Luti?

—Sí, señor.

—Adelante.

—Si quereis el almuerzo, ya está.

—Pues pon la mesa y abrevia.

—¿En el estrado?

—No, en el comedor, que ya puede ir Don César.

—Allí la tengo preparada; cuando gusteis.

El conde cogió del brazo á Atalia, sentándose poco después á almorzar, servido por sú criado y dos pajes.

Estaban á la mitad del acto, cuando se acercó Luti y dijo á su amo al oido:

—Señor, llegan en este instante el general Mondragon y la madre de nuestro general. Siguiendo vuestras órdenes los han detenido un poco, pero ya suben.

—Fuera de aquí todos,—exclamó el conde,—ménos tú, Luti.

Y solo ya con Atalia y su sirviente, añadió:

—Don César, llegan mis padres, y no es conveniente que te reconozcan todavía; ponte en pié y sirve á la mesa, desempeñando tu cargo de paje con mucha movilidad y soltura para que no puedan fijarse en ti. Abreviad los dos. Más ligero aún, César. Fuera ese cubierto y platos, Luti. Eso es. Muchacho, tú, ese paje,—añadió fuerte el conde,—dame otro tenedor.

En el mismo instante se presentaron Juana y Mondragon y estrecharon la mano de Divari, diciéndole:

—Buenos dias, hijo; ¿tan temprano almuerzas?

—Preciso es; tengo que estar con Magno ántes de las nueve en palacio.

—Yo creí que no comerias solo.

—¿En qué te fundas, madre mia? ¿Habia de sentar á la mesa á alguno de mis criados?

—No; pero cualquier amigo ó amiga de los que dejaste ó de los que pudieras haber traido.

—No te comprendo.

—Me he equivocado, sin duda, y no insisto. Nos vas á

permitir que veamos si estás bien alojado, ínterin concluyes tu almuerzo.

—En vuestra casa estais ámbos, haced en ella lo que más os agrade. Luti, acompaña á mis padres.

Y salieron los tres, quedando solos Atalia y Oton.

—Siéntate, hija mia, y continúa,—dijo aquél á la jóven,—que el edificio es grande y miéntras lo reconocen, tenemos tiempo de sobra para concluir.

Y moviendo un timbre, añadió, dirigiéndose á un paje que entraba:

—Trae los platos que faltan, y en cuanto oigas la seña de Luti, sales por esa otra puerta.

—¿Por qué no quieres que me reconozcan tus padres, Oton?

—Porque no debo dar á nádie explicaciones sobre ti; porque aún desconoces mucho, y al presentarte á mis parientes deseo que sepas tanto como ellos; y porque en lo relativo á ti, suprimo toda clase de satisfacciones.

—No comprendo la causa, pero haciéndolo tú, bien está.

—Te hallas un poco afectada.

—No.

—Lo leo en tu semblante; has temido que te descubran, é ignoras que estando yo á tu lado sólo verán en ti lo que yo me proponga nada más.

—Pero si vienen cuando no te halles en casa...

—Luti y el mayordomo recibieron ya las instrucciones suficientes, y debes estar tranquila.

Continuaron el almuerzo hasta concluir.

Instantes despues oyeron toser á Luti, el paje que les servia se marchó por la puerta de escape, y Atalia se puso en pié, ocupando el puesto de aquél.

—Preciosas habitaciones,—exclamó Juana entrando.—Bien ancho estás, hijo mio.

—Marcha, que ya he concluido,—dijo Oton á Atalia, contestando luégo á su madre.—Compramos este edificio Juan y yo y lo decoramos segun veis.

—Es magnífico.

—En él, madre mia, pasé dias muy felices, y luégo los más infortunados de mi vida. Por eso le cobré tal aficion que he querido habitarlo durante el tiempo que permanezcamos en Madrid.

—¿No estarias mejor á mi lado?

—Sí; pero tendré algunos huéspedes de los que están sufriendo hace meses por mi hermano, y debo hacerles yo los honores.

—No es razon esa que convence á Mondragon ni á mí.

—Hay otras que se refieren á la intriga que nos detiene en la corte de España y que no puedo deciros. Pero son más de las ocho, y Magno debe esperar, madre mia.

—Cierto.

—Luti, el ferreruelo, la espada y mi birrete.

Cuando su criado le puso lo que acababa de decir, añadió:

—Si os parece bien á ámbos, partiremos.

—Vamos, pero dame tu brazo, hijo.

—Pues ¿y mi padre?

—Que vaya detrás ó delante; tengo que hablar contigo.

—Me complace mucho, aún cuando no le agráde á ese veterano de Flandes.

Al salir dió algunas órdenes el conde á Luti en maltés, referentes á Don César, y continuó del brazo con Juana. Esta le preguntó:

—¿Quieres satisfacer, hijo mio, una curiosidad de madre?

—Si puedo, con mucho gusto.

—Ahora que no nos oyen Juan y Mondragon, dime: ¿á qué suerte condenaste á la hija del fiero Nefftalí?

—Si no es más que eso, voy á tener el gusto de satisfacer tu deseo. La jóven y hermosa judía está ahora más oculta de lo que Asam la tuvo, pues si éste la ha de buscar inútilmente, preciso es que todos ignoren el paraje donde se esconde.

—A ese fin la habrás mandado muy léjos; á la India, por ejemplo.

—No; se halla en Europa.

—¿En algun calabozo?

—¿A qué mortificarla tanto? Ella no tiene la culpa de las maldades de su padre.

—Claro es; y tú, tan bueno y generoso con los que no te hicieron daño alguno...

—Madre mia, no prosigas. Magno me juzga una fiera con mucho talento, y se equivoca por completo. La preciosa hija de Asam es muy dichosa; está mejor servida que en su castillo, nada echa de ménos, y ya bendecirá á un Dios que su malvado padre no le dió jamás á conocer.

—¿Me lo juras?

—Por lo más sagrado que existe.

—¿Está léjos?

—Basta con lo que ya te he dicho; ten confianza absoluta en mí; perdona á Magno los efectos de la exageracion de un cariño que debemos aplaudir.

—Yo siempre te hice justicia, hijo mio.

—Ya lo sé.

—Y Mondragon tambien.

—Mal correspondo á su afecto.

—¿Por qué?

—Te voy estrechando la mano que cubre mi ferreruelo y en verdad que ardo en deseos de darte un beso.

—Pues en llegando á casa me das cien.

—¿Qué dirá á eso el betusto general?

—Gozará viéndonos, que á los dos nos ama mucho.

La madre y el hijo adoptivo, seguidos de Mondragon, entraron dándose besos en la cámara donde Juan estaba concluyendo de almorzar.

—Padre,—exclamó Magno al verlos;—me parece mi madre demasiado jóven todavía y hermosa para esas pruebas íntimas de cariño entre ella y el bellísimo georgiano.

—Déjalos.

—Yo estoy tranquilo, pero temo que vos...

—Le quiero yo tanto como ella, y mi deliciosa mujer sólo ama á Mondragon como hombre, lo cual no obsta para que quiera á Oton como á hijo.

—¿Qué te parece mi casa antigua, madre mia?

—Me ha gustado mucho; compite en lujo su parte interior con los palacios.

—Magno, las ocho y media.

—Tienes razon, Melenik; acabo, y nos vamos inmediatamente á dar principio á nuestra penosa y difícil mision.

Veinte minutos después se detuvo la carroza de Mondragon á la puerta del régio alcazar, bajando de ella muy embozados Juan y el conde. Luégo se dieron á conocer á un mayordomo, el cual los acompañó á uno de los despachos de S. M. Desde el umbral preguntó á Magno:

—¿Desea algo más V. A?

—Quiero que ninguno me deis tratamiento y que no os acerqueis á esta cámara ínterin yo no llame.

—Mandó el rey, mi señor, que á su augusto primo...

—Basta. Retiraos. Oton, hay dos mesas; esta, que es la de Felipe, la usaré yo, y esa otra, tú. Siempre que nos hallemos aquí hablaremos en turco, esté quien quiera con nosotros. Oyes y observa, y si algo te se ocurre, me lo indicas. Miéntras aguardo á esos señores, participa nuestra llegada al Dux, diciéndole que España accede á nuestros deseos, que el pabellon de Venecia se honrará, y que vea á menudo á Otilia, recordándole cuánto la amo, cuán dura es para mí esta ausencia.

—¿Nada más?

—Añade lo que te parezca.

—Si me queda tiempo dirigiré otra carta á Gradenigo y tambien á tu mujer.

—Perfectamente. No olvides el extracto de cuanto hagamos.

El conde tomó posesion de su mesa, y comenzó á escribir, en tanto que Magno, dejándose caer en el régio sillon, quedó ensimismado y meditabundo.

Poco despues oyó una voz que desde la parte afuera de la cortina, exclamaba:

—El eminentísimo señor cardenal duque de Lerma, desea la honra de ver á mi señor Don Juan de Austria.

—Que pase.

Exclamó Magno, recibiendo sentado y grave al orgulloso Sandoval. La nueva barba que nuestro marino se habia dejado cubria cási todo su rostro. En la prision adquirió blancura su epidermis, su actitud era de príncipe, y en el conjunto no habia nada que indicase al nuevo cardenal la existencia de Magno el *Dragon*.

Lerma hizo una reverencia desde el umbral, mirando las dos mesas y los dos hombres que estaban detrás. Luégo quedó fijo en nuestro general, y esperó.

—Avanzad y sentaos,—le dijo aquél.—Mi augusto primo y señor me habló anoche de vos, y en verdad que ardia en deseo de conoceros.

—V. A...

—Suprimid el tratamiento, yo os lo ruego.

—Gracias, señor. Decia que podeis mandarme como á uno de los más leales servidores de Felipe III.

—El primero de todos, lo sé; pero ocupad ese sillon.

—Tan acostumbrado estoy á que el rey me haga idéntica honra, que no vacilo en aceptarla de su augusto primo. Mucho he celebrado el descubrimiento de un tan excelso príncipe, y mi gozo se elevó al más alto grado cuando oí á S. M. los elogios que hacía de vuestro talento. Creo, en consecuencia, que estoy delante de un digno sucesor del héroe de Lepanto, de Granada y de Flandes.

—Gracias, cardenal.

—¡Con qué gusto os oiré referir vuestra desconocida historia! Por cierto que algunos tuvieron la pretension de ponerse en vuestro lugar, fundados en el misterio...

—De eso, duque, ya nos ocuparemos más adelante. Lo primero es obedecer las órdenes de S. M.

—Me ha dicho Don Felipe que le reemplazais en todo por el término de un mes.

—Es muy cierto; de lo cual deducireis que dejó caer sobre mis débiles hombros la pesada carga del Estado. ¡Y con qué condiciones, Lerma! Me estremece sólo la idea.

—¿Por qué aceptásteis?

—Por una causa bien sencilla y justificada: porque no sé desobedecer á mi primo y señor.

—¡Ah!.. ¿Os lo ha mandado?

—Me lo ha impuesto. S. M. desea treinta dias de descanso, y tal confianza le inspiré, que me entregó, pese á mí, todas las riendas del gobierno.

—Con la ayuda de Dios bien podremos entrē ámbos dar cima al cúmulo de complicados asuntos... Hablo en el caso de que me juzgueis digno, como S. M.

—¡Quién lo duda! Sin el talento y la experiencia de vos no me hubiera sido dable aceptar la imposicion de mi primo.

—Pues entónces todo se hará, Dios mediante.

—Quiero saber lo que es eso, cardenal; demos principio al despacho de los negocios.

—No lo tomeis con tanto calor; los príncipes nacen muy elevados, y no deben descender, en mi concepto,.á ciertas puerilidades reservadas á nosotros los ministros y consejeros.

—¡Ah! ¿Con que yo no debo entender?.. ¿Pues cuál es mi cometido, duque?

—Si hemos de empezar el despacho como yo lo tenía con el rey, á vos os basta con firmar y decidir en algunas cuestiones capitales de paz, guerra, intereses generales, y sobre todo en lo relativo á la real casa.

—Como estoy aquí de prestado, pienso seguir otro camino, Lerma; ya que se trata de un solo mes, quiero saber durante esos treinta dias todo lo que se hace, autorizarlo todo, enterándome de paso de las equivocaciones en que pudiérais haber incurrido durante el pasado. Dios sólo vino infalible al mundo, y, fijo en esa idea, pretendo examinar, que algo acaso encuentre desacertado.

—Bien, muy bien; pero el trabajo es superior á las fuerzas de un débil mortal, señor.

—Probaremos, y adonde no alcance, nos quedamos.

—Mejor pensado, lo conveniente era, en mi pobre opinion, tomar por punto de partida el dia de hoy; porque de volver la

vista atrás nos encontraremos con S. M. el rey, el cual hizo ó aprobó todo lo anterior.

—Al contrario, cardenal; nuestra gloria sería grande si lográsemos enmendar la plana al monarca.

—Yo á tanto no osaré nunca, que amo á mi señor lo suficiente para respetar todos sus actos.

—Pues siento deciros que en ese caso tendré el disgusto de prescindir de vuestro talento, experiencia y laboriosidad.

—¿Cómo, señor?

—Valiéndome de otro.

—¿Quién sería ese afortunado?

—Vuestro hijo, por ejemplo, ó ese paje que elevásteis tanto, llamado Rodrigo Calderon, y, en último caso, mi secretario, que teneis á la derecha.

—El primero tiene buen deseo, pero le faltan, por desgracia, capacidad y experiencia. El segundo es bueno para obedecer; y en cuanto al tercero, es tan jóven...

—No importa; con cualquiera de ellos tengo bastante, pues ya os he dicho que pienso hacerlo todo.

—Entónces estamos demás los tres.

—Como gusteis; y en verdad que lo siento, porque el embajador de Venecia, con quien hablé largamente, me ha entregado un expediente instruido por el senado y *Consejo de los Diez* de aquella república, y en mi concepto podiais ilustrarme acerca del particular.

—¡El nuevo embajador extraordinario!

—Sí.

—¿Quién es, señor?

—El general que dispone de todas las escuadras que rodean á España, senador y qué se yo cuántos títulos trae.

—Entónces fué el que mandó destruir un castillo á cañonazos, violando de este modo...

—No prosigais, Lerma; él no estaba allí, ni hay violacion alguna en el hecho que denunciais. Vi el parte oficial, que tiene S. M., se le han pedido explicaciones, y las ha dado más satisfactorias aún de lo que era de desear.

—¿Cómo puede ser eso?

—Más adelante os convencereis, hasta el punto de ver en esos cañonazos un accidente natural que nada tiene que ver con Venecia ni con España.

—Acaso; pero...

—No hay diatriba posible, duque; os he dicho la verdad, que yo no miento nunca.

—Bien, señor. Y el expediente de que me hablásteis ántes, ¿á quién se refiere?

—¿El que me ha entregado el embajador?

—Sí, señor.

—Aquí le tengo, en este cajon; en él figuran el duque de Lerma, el marqués de Altacima, Jonás de Alaejo, Otilia de Sandoval, Oton Melenik, el general Mondragon, un capitan de la marina veneciana, llamado Magno, y otros.

—¿Pero á qué se refiere?

—Se ocupa de vários crímenes cometidos en España y en Venecia.

—¿Y decis que figuro yo?

—Estais en primer lugar. Altacima y Alaejo han hecho revelaciones importantísimas en contra de vuestra eminencia, señor cardenal.

—¡Calumnias!

—No, no; está justificado todo. La cuestion empieza de la manera siguiente: Llega Jonás á Venecia, pretende que le siga vuestra sobrina; ella no accede, y él, escalando el palacio del Dux, la roba. Pero le sale al encuentro Altacima, el cual habia averiguado que Alaejo amaba en secreto á Otilia, él tambien la queria, y pretende arrancarle su presa á tiros. Ambos intentaban simplemente convertir á la hermosa jóven en miserable manceba; mas la policía de Venecia tomó cartas en el asunto, resultando que cogió á ámbos *infraganti*, es decir, despuésde haber efectuado el robo y en los momentos de tener lugar la lucha entre los dos, y poco después se hallaban ante el severo *Tribunal de los Diez*. El sumario empezó por delitos graves cometidos, segun deducireis, en la capital de

aquella república, pero los criminales hicieron declaraciones importantes sobre vos, Magno y otros personajes, se reunió el Senado con el Dux á la cabeza, y el expediente adquirió suma importancia. Lo he leido detenidamente, y puedo aseguraros, sin temor de equivocarme, que su celebridad rayará en lo increible cuando sea conocido del público.

—Parece un cuento lo que oigo, señor.

—No está mal cuento; id á Cartagena, entrad en el navío *Dragon* y hallareis en él á los galeotes Altacima y Jonás, muy dispuestos á declarar en España lo mismo que dijeron en Venecia.

—¡Galeotes ámbos! ¡En el navío *Dragon!*

—Pero ¿á qué perdemos el tiempo en inútiles explicaciones? Puesto que renunciais á mi confianza, retiraos, que las horas corren y tengo mucho que hacer, duque.

—No renuncio, señor; al contrario, deseo ayudaros en todo cuanto alcancen mis fuerzas.

—¡Ah!.. Entendí mal ántes. Me alegro.

—¿Me permitis que vea esas declaraciones?

—Por ahora no.

—Decidme al ménos si me calumniaron...

—¡Qué locura! Tenian los reos enfrente al tribunal, á la izquierda el tormento, á la derecha el verdugo, y, presa del terror más grande, dijeron en todo la verdad. Y así debia ser, puesto que de sus propias palabras resultan ámbos autores de nefandos crímenes.

—Pero de mí, ¿qué dijeron de mí?

—Toda la parte que tomásteis en el negocio de Magno, añadiendo algun papelito terrible, duque, muy terrible.

—Lo habia supuesto. ¡Me odian, mintieron!..

—No es ese el camino, cardenal... Ya que sois tan diestro en la corte, no os ofusqueis, porque estais perdido. El camino, en mi opinion, era transigir con ese representante de Venecia que pide en justicia, y, lo que es más grave, con las bocas de dos mil cañones, y condenar al olvido el maldito expediente. S. M. no quiere guerra con nádie, y le sobra razon,

porque nuestra armada fué desecha por los turcos, ingleses, berberiscos y holandeses, y bien sabeis que para cada navío de los pocos que nos quedan, los venecianos pueden poner ocho; y si se coligan con nuestros enemigos, ciento. ¿Convenis conmigo en que es lo mejor dar á ese hombre lo poco que pide?

—Teneis mucho talento, y la verdad es que me voy juzgando un pigmeo á vuestro lado.

—Vais entrando por el buen sendero, y me complace declararlo así. Ajustadas cuentas, y entregado el saldo á Venecia, la emprenderemos los dos solos, auxiliados únicamente por mi secretario, que es extranjero, no entiende bien el español, y de cuya reserva respondo, la emprenderemos, digo, con España. Aquí se han dado los destinos con profusion horrible; obtuvo únicamente el favor; los despilfarros asustan, y como no encontré justificados los gastos, resultan robos que es preciso conocer y castigar. Las flotas de la India trajeron á España caudales inmensos; se aumentaron los tributos, y á pesar de eso el Erario está exhausto y empobrecido el país.

—En tan poco tiempo, ¿cómo habeis podido enteraros?..

—¿Poco tiempo decis? Antes de averiguar mi orígen, y en el retiro del hogar doméstico, estudié los males que afligen á mi patria; luego recorrí la escala social en todos sus grados y jerarquías, y es lo cierto que conozco mejor que vos, si cabe, lo que sucede en España.

—Os han engañado, señor.

—Duque, no alceis la voz, pues durante mi corto gobierno conviene que nádie nos oiga. Entre otros, me ha puesto el rey muy cerca al verdugo, y sería terrible que en el silencio de la noche comenzaran á rodar cabezas sobre el frio pavimento de los subterráneos del alcázar.

—¡Me amenazais!

—No; soy hijo de Don Juan de Austria, y, como rey de España durante un mes, juro por la memoria del autor de mis dias que arrancaré la vida á todo aquel que intente servir de rémora á mi gobierno. Nada de amenazas, vereis hechos.

En este instante la actitud de Magno era la del fiero *Dra-*

gon que un dia cubrió los mares de cadáveres, cascos y mástiles; Lerma, que poco á poco fué siendo víctima de un pánico que lo subyugaba por completo, llegó á quedar anonadado ante la terrible majestad de un príncipe á quien empezaba á conocer. Comprendió que ni el capelo sería suficiente á defenderlo de aquella fria mirada, de la voluntad incontrastable de Don Juan, y sucumbió como el más débil cordero bajo la garra del leon.

—Cuando guste V. A.,—murmuró con balbuciente voz,—empezaremos á trabajar en pro de lo que pide Venecia, de la justicia que reclama nuestro pais.

—Escribid, y no vacileis, duque, porque jugais la vida.

—Bien, señor, os obedeceré en todo.

—Pondremos várias órdenes. Empezad, ya os dicto la primera.

«Manda el rey, nuestro señor, que el general Gonzaga »vuelva á Madrid y á su real gracia, declarando que fué in»justo el destierro que ha sufrido. Y ordena que vaya por él »y lo traiga en su carroza el señor duque de Uceda; debiendo »partir el último en el momento de recibir esta órden.=El »cardenal duque de Lerma.»

La humillacion no podia ser más grande para Sandoval; pero tal era el terror que áun le sobrecogia, que autorizó el escrito, concretándose á preguntar.

—¿Y si mi hijo se niega?..

—Eso es cuenta mia, Francisco. Continuad.

—Dicte V. A.

«Manda el rey, nuestro señor, que el capitan Don Navor »Pantoja ascienda á maestre de campo, y quede al frente del »primer tercio que se halla en la corte. Ordena asimismo »que á él y á los detenidos en la cárcel por idéntica causa se »les ponga desde luégo en libertad; pues fué injusta la prision, »y de ello está muy pesaroso y contristado el rey. Resultan »inocentes Oton Melenik y cuantos desterrados salieron de »Madrid el dia que Gonzaga; pudiendo, en consecuencia, re»gresar todos á la corte y presentarse á S. M., que an-

»hela premiar sus merecimientos.=El cardenal duque de »Lerma.»

—Extended otra igual, y firmadla,—dijo Magno,—para que el corregidor se encargue inmediatamente de trasladarla á los interesados que residen fuera de Madrid.

Cuando hubo concluido Sandoval, exclamó:

—Ya está, señor.

—Muy bien; por esta mañana basta. Volveos á las cinco de la tarde, y trabajaremos hasta las doce de la noche.

—¡Hasta las doce de la noche!

—Si no basta, pasaremos el resto en vela. Duque, primero es el país, luégo el país y siempre el país, que para eso eleva á sus príncipes y recompensa á los ministros. Es temprano, y podeis entreteneros hasta la hora indicada en mandar que os entreguen todas las cuentas y plantillas del personal de España. Que no falte nada, Sandoval, y á las cinco estad aquí con todo.

—Acaso no puedan reunir tanto...

—Deponed de su empleo al que crea en esa imposibilidad ó vacile. El cielo os guarde, cardenal.

—Hasta luégo, señor.

Salió Lerma confuso y tan dominado por Juan de Austria, que no osó mirar su rostro al hacerle la última reverencia.

—¿Qué dices, conde?

Preguntó Magno al georgiano.

—Que estás admirable; prosigue, y que Dios siga inspirándote.

—El estado en que se halla ese magnate, que há dos horas todo era orgullo y vanidad, es peor que la muerte.

—Cierto; vino ya abajo el pedestal y rueda por el suelo.

—Vamos con la segunda parte, que es de otro género. ¿Continúas extractando?

—Sí.

—Pues ahora cambia de tono.

Y oprimió Juan un timbre, exclamando:

—Que pase el señor duque de Uceda, y espere cerca Don Rodrigo Calderon.

Dos minutos después decia desde el umbral el hijo de Lerma:

—Beso los piés de V. A.

—Avanzad, duque, y sentaos en ese sillon.

—Tanta honra...

—Eso y más mereceis. ¿Os enteró S. M?..

—De todo; es V. A. el rey de España, y me complace obedecerle.

—Suprimid el tratamiento. Os lo mando, os lo ruegó.

—Gracias, señor.

—Uceda, vuestro padre está muy entrado en dias, y en mi concepto debiera dedicarse más á los asuntos de su nuevo ministerio, como jefe de la Iglesia, que á los negocios mundanos. ¿Qué os parece?

—Señor, se lo estoy diciendo continuamente, pero no me hace caso.

—En este país, en que todo se hereda, nada más natural que le reemplace su primogénito.

—Pesada es la carga, señor.

—Todo tiene sus contras en el mundo, duque. ¿Qué opinais vos?

—Cierto que soy más jóven...

—Vuestro talento no está gastado.

—Ni me importa trabajar mucho.

—Nacísteis para la corte.

—Me crié en ella.

—Y conoceis los asuntos...

—Lo mismo que mi padre.

—Mucho mejor; á vuestra edad están más frescos el entendimiento, la memoria, y la voluntad es más fuerte.

—Yo, si vos lo mandáseis...

—Si á las bellas cualidades enunciadas reuniéseis la de ser muy reservado...

—Mudo, señor.

—Hábil...

—Inspirado por vos...

—Y antepusiérais los asuntos de Estado á vuestro padre, familia...

—Claro es; el puesto merece tal sacrificio.

—Pues veamos, duque. Leed esa órden, y decidme cómo se cumplimenta. Con ella damos una satisfaccion á la poderosa reina del Adriático, evitando una guerra.

—¡Oh, el asunto es magno! Comprendo; mañana salgo para Cádiz...

—Un poco más vivo, duque, que sois jóven.

—Ilustradme, señor.

—En el acto mandais un correo para que os tengan tiros dispuestos; á la vez preparais equipaje, comeis, y á las tres de la tarde camino de Cádiz en una carroza ligera, en la cual se duerme.

—Señor, está más de ciento veinte leguas.

—Lo malo se termina pronto. Corriendo noche y dia, sin más descanso que el indispensable para comer y mudar tiros, en poco más de una semana estais de regreso en Madrid y á mi lado despachando.

—A las tres y media estaré ya corriendo, señor.

—La contestacion es digna de vos.

—Pues me despido de V. A.

—Os repito que suprimais el tratamiento. Hé aquí mi mano, estrechadla.

—Gracias. Vuestra bondad me aturde.

—Decid á Gonzaga de mi parte que le espero con los brazos abiertos, y que sea muy reservado. ¿Olvidareis las frases?

—No, señor.

—Pues feliz viaje, y recordad que me haceis suma falta.

—Léjos está, pero tengo buenos caballos, mejor deseo, y he de volar.

Ambos se estrecharon las manos, saliendo el duque alegre y satisfecho como no lo habia estado nunca.

—¿Extractas, conde?

Preguntó Magno sonriendo. Aquél le contestó:

—Sí, Juan.

—¿Qué opinas de Uceda?

—Que me parece muy pesada la broma que le estás dando.

—¡Broma! No te comprendo.

—¿Serías capaz de elevar al poder á ese tonto?

—Sí; yo no ofrezco nada que deje de cumplirlo.

—Pero hombre, ¿sabes lo que haces?

—¡Quién lo duda! El padre es arrojado de la cúspide por el hijo que se coloca en su puesto. Esa es la idea: dime ahora si al caer el duque de Lerma empujado por el que todo se lo debe, incluso la existencia, su dolor será completo.

—Lo apruebo, y no te creí capaz de una saña...

—Lo hago sin rencor, sin odio; pero ese hombre es muy fuerte, poderoso, y quiero ir poco á poco aniquilándolo hasta dejarlo completamente inútil. Mucho habrá de sufrir, mas hizo él padecer á tantos, que todo es poco.

—Falta el tercero. ¿Y ese quién es?

—La antítesis de Uceda. Este fué insensiblemente elevándose, gracias á lo mucho que aduló á su señor el duque de Lerma, y ya es déspota, soberbio, y de conciencia un poco elástica. Veamos si es verdad.

Y oprimió un timbre, exclamando:

—Que éntre Don Rodrigo Calderon.

Instantes después se presentó en los umbrales el favorito de Sandoval. Magno le miró fijamente, diciéndole luégo:

—Avanzad. ¿Vísteis á S. M. el rey?

—Sí, señor. Me encargó viniese á saludar á V. A. y á ponerme á sus órdenes, lo cual hago con harta honra, respeto y placer.

—Me alegro. Oidme, Calderon: voy á gobernar el país por algun tiempo, y bien comprendeis que para tan pesada carga necesito hombres de mucho valer á mi lado.

—Cierto, serenísimo señor.

—Es un error, en mi concepto, buscar hombres elevados en posicion para el despacho de los asuntos; yo los quiero que tengan talento, experiencia y aplomo; lo demás me es indiferente.

—Gran verdad; y si á tipos de esa naturaleza se les añade conciencia, rectitud y una honradez probada...

—¿Para qué? Al que falte se le ahorca tres dias después de probado el delito, y los que le sustituyan serán buenos, les ayude ó no la índole.

—Remedio heróico, señor.

—¿Os parece acertado?

—Admirable.

—Don Rodrigo, hace algunos años érais paje del duque de Lerma, el cual hubo de notar en vos cualidades tan elevadas que os fué poco á poco empujando, y de grada en grada llegásteis al poder. En eso hizo bien; supo elegir una vez al ménos, pero, suponiendo que os otorgaba favores, fué con vos demasiado absoluto, algo tirano, y la verdad es que al talento no se le debe refrenar. ¿Comprendeis?

—Muy bien, alteza.

—Yo tengo otro sistema: al que merece mi confianza lo dejo en completa libertad y le voy concediendo favores, según sus merecimientos y actitud.

—De ese modo se puede gobernar bien, señor, sin errores ni dificultades.

—Pues voy á ensayar mi método. Dicen el pueblo y la nobleza que la mayor parte de los destinos otorgados en los últimos años recayeron en hombres de nulidad completa y tan escasos de talento como elásticos de conciencia. Todos esos hombres quiero que salgan inmediatamente, pero como ante todo necesito conocerlos, os encargo á vos que me los vayais enseñando.

—¿A mí, señor?

—Sí; junto á Lerma siempre, y con buen ingenio, los conocereis á todos.

—¡Debo tanto al duque!..

—¿Más que al rey y á vuestra patria?

—Eso no.

—Lo que os han dado, Rodrigo, lo ganásteis; por lo ménos estais en paz. Si me servis, os recompensaré; pero tened

entendido que la falta más leve os cuesta la vida. Soy tan pródigo en dar como severo con el ingrato.

—¿Qué me manda V. A?

—¿Os decidis?

—Sí, señor.

—Pues quiero, en primer lugar, completa reserva.

—La usaré.

—Sentado esto como base de todo, os diré que necesito para esta noche una lista con los nombres de los que faltan á sus deberes en cualquier concepto dentro de Madrid. Y diariamente añadis otra señalando los que están en idéntico caso en los reinos de Andalucía, Murcia, Valencia, etc.

—La tendrá V. A.

—Con uno que falte algo ó sobre, os habeis perdido, Calderon.

—Procuraré ganarme, alteza.

—Despacharé con el duque hasta las doce de la noche, entrad vos cuando él salga, y trabajaremos dos ó tres horas.

—¿Qué más, señor?

—Tomad esta órden, dádsela al corregidor, y que mande venir en el acto á los aludidos en ella que estén fuera de la corte. De los residentes en Madrid yo me ocuparé. Participad á la vez al maestre de campo, jefe del primer tercio, que ha cesado en el desempeño de su cargo de órden de S. M. Con que aprovechad el tiempo, y hasta la noche.

—Beso los piés de V. A.

—Adios.

Salió Calderon ensimismado y temeroso; pero decidido á obedecer y servir á un príncipe en cuya frente habia leido tres frases: talento, energía, severidad. Era Don Rodrigo muy ambicioso; la presion que ejercia sobre él el duque de Lerma, su antiguo señor, le violentaba ya, y pretendia complacer á Magno y elevarse más, si bien con ese temor de una conciencia que distaba algo de la apetecida tranquilidad.

Juan miró un reloj que tenía enfrente, diciendo á Oton:

—Son las doce, amigo mio, hora en que mis padres deben

venir para que los presente á S. M. Hemos concluido tan á tiempo como yo deseaba. ¿Y tú, qué has hecho?

—Oir, ver y escribir. Hé aquí el extracto y tres cartas. Esta para el Dux, la firmas tú; las de Gradenigo y Otilia me corresponden á mí.

—¿A la vez redactabas una cosa y otra?..

—Sí.

—¡Qué talento tienes! Déjame leer las tres.

Cuando hubo terminado añadió:

—¡Admirable, Oton! Entre los dos podíamos regenerar este país. Ciérralas. Después vas á la cárcel; abrazas á todos mis amigos uno por uno en mi nombre, y les dices que esperen en sus casas y que no les extrañe el que yo no vaya. Desde este sillon les he de demostrar más cariño y agradecimiento que hablando con ellos y estrechándolos.

—Te advierto, Juan, que no debes contar conmigo hasta la noche.

—¡Qué dices! Yo no puedo prescindir de ti.

—Pues es indispensable. En las prisiones perderé dos horas; una en comer; várias en buscar á Leto y María. ¿Recuerdas lo que hizo la última por salvar tu vida?

—Sí.

—Aún no la he visto ni sé qué es de ella.

—Bien, hombre; abrevia en lo posible, y aquí te espero.

—Hasta luégo.

Salió Oton, en la saleta vió á Juana y á Mondragon que llegaban, y después de saludarles se dirigió á la cárcel aquella en que un dia no lejano lo tuvieron sujeto con cadenas y tratado como al más terrible criminal.

CAPITULO XXXII.

El conde Divari en medio de sus amigos.—Insolencia justificada.—Las dos tórtolas.—La paloma de Torrebella.

Desde palacio se dirigió Oton á su casa, y entrando en ella preguntó á Luti:

—¿Está Don César?

—No, señor; salió á las diez con vuestro mayordomo, y volverá á las dos.

—Cámbiame el traje.

—¿Cuál deseais?

—Ese ceniciento que usas tú.

—Está muy estropeado, señor.

—No importa; venga al instante.

—¿Tambien aquí hay intrigas?

—Sí. Abrevia.

Y el conde se cubrió con una ropilla y tabardo parecidos á los que usaba en su prision de Madrid.

—Di á Don César,—exclamó,—que á las tres volveré á comer. Esas cartas á su destino. Adios.

Y se encaminó á la cárcel, donde entró poco después. Antes de pasar á la habitacion en que estaban Pantoja y compa-

ñeros, preguntó por el carcelero á quien dió tan mal rato al abandonar su calabozo, y, sabiendo que se hallaba cerca de allí, lo buscó, preguntándole:

—¿Me conoces?

—No sé...

Contestó el interrogado queriendo recordar.

—Soy Oton Melenik; aquel georgiano que se dejó robar por ti, y que al escaparse te dió un golpe tan tremendo, en recompensa de los ducados que le estafaste.

—¡Ya! Y ahora, ¿qué va á ser de ti?

—Poca cosa; me delatarás al alcaide, volveré á ocupar mi puesto en la prision de los sentenciados á muerte, después me ahorcarán, y habré dejado de sufrir para siempre.

—¡Y con qué frescura lo dice!

—¡Qué bruto eres! Tan feo como estúpido.

—¡Yo te diré luégo!..

—¿Me miras como la pantera? ¡Bellaco! Llévame al sitio donde están Pantoja y sus amigos.

—Yo no soy criado...

—¡Maldicion! Adelante.

Y Melenik empujó al carcelero tan fuertemente que lo derribó al suelo.

—¡Anda, ladron!

—¡Ay! ¡Yo me vengaré!

—¡Sigue de prisa ó te estrello!

—¡Ya voy, ya; pero luégo!..

—Luégo le dices al alcaide de mi parte que es tan necio como tú.

—Cumpliré el encargo; vaya si lo cumpliré. Ahí están los presos que buscas. Hasta luégo, fiero turco.

El conde nada le contestó, viéndole impasible correr en direccion de la alcaidía.

Los detenidos á quienes iba á visitar Oton comian á las doce, hallándose por consiguiente en los postres cuando se presentó en el salon nuestro georgiano.

Pantoja recibió el dinero que le mandó Mateotti por Pe-

rez, decidido á gastarlo con la prontitud posible entre sus amigos de la prision y todos aquellos que diariamente los visitaban. Así es que en su espléndida mesa estaban sentados hasta el número de cincuenta y siete, se veian aún várias clases de dulces y profusion de botellas.

Oton, sin prévio anuncio ni saludar á nádie, se acercó á la mesa, y, cogiendo una copa de las que estaban llenas, exclamó:

—¡Por Magno el *Dragon,* por aquellos que aún le aman y lo recuerdan! ¡Viva Venecia! ¡Ruede por el polvo inmundo el villano duque de Lerma!

Y apuró el licor.

Efecto del gran desarrollo físico del georgiano, ninguno de los presentes lo reconoció al pronto. Así es que, sorprendidos con tan inesperada visita, manera brusca de presentarse, traje pobre y raido, dudaron de la sinceridad de sus frases, gritando vários:

—¡Fuera ese insolente!

—¡A la calle el menguado!

—¿Quién le dió derecho á presentarse entre nosotros?

—¡Algun traidor!

—¡Un espía!

—¡Tirémosle por el balcon!

—¡Alto!—dijo el conde.—Teneis miedo á mis frases, cobardes. Leo el pavor en vuestras frentes. ¡Já, já, já! ¡Vaya unos valientes!

—¡A él, por Santiago!

—Prudencia, señores, no os comprometais.

—Eso es,—replicó Divari;—mucha prudencia, que puede mandarme el duque y venir en pos una cohorte de esbirros que os confundan en el calabozo de los sentenciados á muerte. Allí estuve yo, deshice mis cadenas, y me burlé de ese favorito á quien tanto temeis y al que yo desprecio.

—¿Qué dice?—gritó Pantoja.—¡Deteneos, señores! ¿No le habeis conocido? ¡Es él; él! ¡Miradle! ¡Vale más que todos nosotros! ¡A mis brazos, hijo! ¡Viva Oton Melenik! ¡Y pues-

to que él lo dice, ruede por el polvo inmundo el miserable Lerma!

—¡Oton!

—¡El georgiano!

—¡A mis brazos!

—¡A los mios!

Y uno por uno le fueron estrechando todos.

Restablecido el órden, sentaron al conde á la cabecera de la mesa, alargándole otra copa, y brindaron por él y por Magno.

Divari bebió la segunda, diciendo:

—La broma que os dí, amigos mios, fué un poco pesada, pero indispensable; que voy á representar una comedia, ese es el principio, y en verdad que con el resto neutralizaré los malos efectos que os hayan podido causar mis anteriores frases. Hasta que llegue el instante de continuar mi enredo, brindad y bebamos. Yo empezaré. ¡A la salud de Mondragon que acaba de llegar; á la de su esposa, Zaida Abenamar cuando mora, Juana Oton desde que yo la hice cristiana!

—¿Eso es comedia?

Le preguntaron.

—No; os lo juro por Dios Santo. Suspendí la farsa hasta que se presenten intrusos, que no tardarán.

—¡Juana Oton! Lo comprendo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—¡A la salud de los padres y del hijo!

—¡Principalmente del hijo!

—¡Que viva el hijo!

—Hablad en castellano,—gritó Melenik.—¡Por Magno el *Dragon,* porque Dios confunda á Lerma y á todos sus secuaces!

—¡Bravo!

—¡Bien!

—¡Já, já, já!

Y aquellas cabezas, que recibian hace tiempo los vapores

del vino y licores, concluyeron de calentarse lo suficiente para cometer toda clase de excesos con sus brindis, insultos, improperios y amenazas dirigidas á Sandoval y amigos de éste.

Melenik, único que conservaba su fria razon, léjos de contenerles, los fué precipitando hasta convertir la reunion en espantoso club, donde, á gritos y con desaforadas voces, se criticaba al ministro y autoridades de Madrid. Tan entusiasmados estaban que no vieron llegar al alcaide y al oficial de guardia, ni oyeron nada de lo que el segundo les decia.

Minutos después rodeaban á los presos y amigos, veinte soldados, pica en mano y en actitud hostil.

Entónces se oyó un grito de indignacion, y todos callaron. El oficial penetró en medio de ellos, seguido del alcaide, diciéndoles:

—En breve, señores, me veré en el duro trance de participar al muy noble y poderoso señor duque de Lerma vuestra insensata conducta. Y en verdad que las consecuencias os serán funestas. Me habeis comprometido, no era hidalgo obrar de esa manera, os oyeron cuantos hombres hay en este edificio, y no puedo ménos de dar parte. Mañana llorareis vuestra imprudencia en oscuros calabozos.

Reconociendo todos su falta no hallaron nada que contestar, á excepcion de Melenik, el cual, situándose frente al jefe de la tropa, replicó:

—Habeis mentido con torpeza inaudita; estos señores no lloraron nunca ni llorarán mañana donde quiera que estén. Si los juzgais tan débiles como vos, haceis mal; y es digna de compasion ó de desprecio vuestra ignorancia.

—¡Ese es!—exclamó el alcaide.—¡Mandadlo prender, señor oficial! Ya era tiempo que pagase el golpe que me dió y los sinsabores y disgustos que me ha proporcionado su evasion.

—¿Eres tu Oton Melenik?

Le preguntó el jefe.

—Sí, señor; desde que nací en la Georgia, mi patria.

—¿El que hirió á seis alguaciles?..

—No prosigais; soy ese mismo, y oid bien un vaticinio. Entónces pude con los golillas, con el alcaide, con el carcelero y con el calabozo; pero ahora voy á poder con vos, con esos veinte soldados, con el duque de Lerma y con los tres tercios que hay en la corte.

—Pardiez, que desearia ver ese milagro.

—Os voy á complacer, no obstante vuestra manera brusca y descortés al entrar aquí.

—Un poco más he de estar en breve. Por ejemplo: cuando os pongan á presencia mia una cadena que no podreis romper.

—¡Quién sabe! La anterior estaba limada por otro, y no hubo en este edificio una persona con suficiente sentido comun para notarlo. El tal alcaide debe ser un bárbaro...

—¡Yo no tolero!..

—Basta; me es imposible permitir que se prolongue por más tiempo una escena grave y trascendental al principio, ridícula ahora.

—Como que se parece á un entremés de los que representan tan admirablemente en la plaza del Arrabal.

—Pues va á concluir en tragedia; lo vereis.

—Lo veremos.

—¡Hola, alcaide! grillos y cadena á Oton Melenik, que vuelva al calabozo que abandonó, participando al señor corregidor que el fugado ocupa ya su encierro.

—Al momento, señor oficial.

—De bastante me servirán esos hierros. A presencia vuestra los voy á deshacer. Pero decidme ántes; ¿á qué tercio perteneceis?

—Al primero.

—Muy bien; sois todo un pobre hombre, al que empiezo á compadecer.

—Si no estuviérais loco... Pero ¿á qué contestar á un sentenciado á muerte?

—Aquí están los grillos y la cadena.

Dijo al alcaide enseñando los que llevaba el carcelero que

poco ántes denunció á Melenik. Este, sin hacer caso de las frases del primero, se acercó al oficial, y quitándole el sombrero, que arrojó al aire, exclamó:

—¡Estais delante del jefe de vuestro tercio, miserable!

—¡Me has puesto la mano encima!..

—Fuera ese sombrero, y leed lo que manda el rey.

Y le dió la órden que llevaba firmada por el duque de Lerma, y estampado en ella el sello real.

Atónito, confuso el oficial de la osadía del georgiano, cogió el papel y maquinalmente comenzó á ojearlo, en tanto que Oton rodeaba la garganta del carcelero con la cadena que aquél intentaba ponerle.

—¡Ay, que me ahoga!

Dijo; el alcaide corrió en su ayuda, recibiendo sobre el hombro derecho los dos grillos que debian sujetar los piés de Melenik.

—¡Me ha lastimado! ¡Ay! ¡Merece la muerte!

—¡Já, já, já!

La carcajada de Oton y los ayes del carcelero y alcaide fueron interrumpidos por la voz del oficial, que gritó:

—¡Silencio!

Y todos enmudecieron, fijándose con avidez en el jefe de la guardia.

Pantoja, sus compañeros y amigos, á pesar del estado de sus cabezas, conocieron por fin la magnitud de sus imprudencias, mirando en Melenik un muchacho osado y aturdido que los comprometió, exponiéndoles á perder la comunicacion y libertad que disfrutaban en la cárcel. La mayor parte de ellos se decian en este instante:

—¡Qué insensatos fuimos! Después de recomendarnos tanto Mateotti, por conducto de Perez, la prudencia y reserva, nos hemos dejado precipitar por un mozalvete que apénas cuenta diez y ocho años.

Estas reflexiones y el silencio que reinaba fueron interrumpidos, segun dijimos ántes, por la voz del oficial, que exclamó:

—Manda el rey, nuestro señor, que todos, incluso Oton Melenik, quedeis en libertad; decreta que sois inocentes, y nombra jefe de mi tercio al capitan Don Navor Pantoja. Cúmplase lo mandado por S. M. Hé aquí la órden, alcaide. Señor maestre de campo, perdonad si en cumplimiento de mi deber me extralimité con vos. Sois mi jefe, y espero vuestras órdenes.

—Deseo,—añadió Pantoja abrazando á Divari,—que salgais todos de aquí y nos dejeis solos como estábamos ántes.

—A vuestros puestos, soldados,—gritó el oficial;—alcaide y carceleros, despejad. ¿Qué más deseais, señor?

—Que os concreteis única y exclusivamente á cumplimentar la órden del rey. Marchad.

El oficial buscó su sombrero, y, haciendo una reverencia, salió de allí, mirando ántes con asombro y sobresalto á Melenik.

Pantoja, rodeado de los suyos, añadió:

—Señores, sentémonos, y continúe el festin.

—No puede ser, Navor,—replicó el conde;—acabó la farsa, sois maestre de campo, mandais el primer tercio, y dió fin la algazara y broma de los infelices presos.

Y alzando la voz, dijo:

—Mi hermano me encargó que os estrechara á todos en su nombre, ya que á él le es imposible hacerlo, sin perjuicio de demostraros en breve su gratitud y cariño. Ahora gobierna España Don Juan de Austria, entendedlo bien, Don Juan de Austria, y es responsable ante el rey y el país de cuantos desmanes se cometan y toleren. Pronto vereis cambiada la faz de vuestra patria; oid, ved y callad. Vuestros sufrimientos en la prision serán recompensados; á nádie conteis lo que os he dejado adivinar; y puesto que para hombres tan entendidos basta con lo indicado, abrazad todos á mi hermano en mí, y salgamos con la mesura y gravedad que conviene á personas de nuestra posicion.

Todos estrecharon conmovidos á Melenik, éste se cogió al brazo de Pantoja, y de dos en dos fueron abandonando la cárcel, sin que nádie les pusiera impedimento.

Solos por fin Navor y el conde, dijo el último:

—Maestre, id á la casa que habitábais ántes de vuestra prision, y disponed que trasladen á la mia vuestro equipaje. Tomad luégo el mando de vuestro tercio y seguidamente enteraos de las necesidades de vuestros compañeros de prision. Dinero, mi mayordomo os lo entregará; posicion para ellos, se la pedis á Don Juan de Austria.

—¿Cuándo podré verle?

—Antes de que anochezca, en el palacio de Mondragon.

—¿Allí vives tú?

—No; yo habito mi casa antigua, y abandonaré ahora este traje para convertirme en lo que soy; es decir, conde Divari, noble y alferez veneciano, secretario de Don Juan de Austria.

—Perdonad, amigo mio, si, ignorando vuestros títulos, continué tuteándoos...

—Al contrario, Pantoja; trátame de igual á igual como yo á ti. Adios.

—El cielo conserve y defienda tu privilegiado cerebro.

Y cada cual tomó diferente camino.

Oton entró en su casa preguntando á Luti:

—¿Vino Don César?

—Sí, señor.

—Bien; cierra esa puerta y ponme el traje que usé esta mañana.

—Al momento.

—Abrevia, que estará Don César impaciente.

—Como vos.

—¡Luti!.. ¡Haga el cielo que mi paciencia no acabe! ¿Está dispuesta la comida?

—Y dos cubiertos sobre la mesa.

—Desde esta noche en adelante seremos tres.

—¡Otro paje! Señor, en Europa no hay las costumbres que en Turquía.

—Bergante, si el tercero es el maestre de campo Navor Pantoja.

—¡Ah!.. Yo creí que era otro pajecito tan lindo...

—¡Luti, conten la lengua si no quieres que le corte yo algun pedazo!

—La ropilla, gola y al comedor, que allí os espera Don César.

—Oye: preparas las tres habitaciones del extremo opuesto al dormitorio de mi paje predilecto; las del salon azul.

—Entiendo, entiendo.

—Recibes á Pantoja como á mi mejor amigo, que le sirva Conti, y que mi mayordomo le dé cuanto él le pida. Ahora la comida.

Y entró el conde en el comedor, diciendo á la hebrea.

—Adios, Atalia mia; ¿has paseado mucho?

—Sí.

—¿Qué te parece este pueblo?

—Como he visto pocos no puedo comparar; pero llamó mi atencion el garbo de las damas, la gentileza de los caballeros. ¿Y tú, trabajaste mucho?

—Bastante.

—¿Te acordaste de mí?

—¿Cómo olvidar un rostro tan perfecto, tu hermosura ideal, tu acento mágico, tu conjunto arrebatador?

—Yo tampoco te perdí un instante de mi memoria. ¡Oh, al ver aquellos caballeros tan apuestos y galanes, sonreia, diciendo: vale más mi Oton que todos ellos; es más esbelto, más bello; pero al contemplar las damas, tuve miedo, conde, mucho miedo! ¿Cómo se explica ese temor?

—Creyéndome beleidoso, y te equivocas, que no hay sér más tenaz que yo en sus propósitos.

—La comida, señor.

Exclamó Luti, y ámbos dieron principio, terminando una hora después.

Al acabar se despidió el conde de Atalia con frases tiernas y cariñosas, dió algunas órdenes á sus criados sobre la presencia de Pantoja, y salió de allí triste y ensimismado. Por el camino se decia:

—El candor de Atalia, su hermosura singular, cuanto hay en ella, que todo es grande y sublime, han de formar un dia no lejano la rémora de mi felicidad. ¡Acaso tenga Magno razon; posible es que haya estado excesivamente duro con sus enemigos, y la Providencia ofendida me haya unido á esa mujer para que castigue mi saña! ¡Pero si yo no lo veo así; si mi conciencia nada me dice! ¡Maldicion! ¡Mi entendimiento se pierde en esa oscura bóveda del porvenir; nada veo, no percibo solucion posible, y la verdad es que yo amo á Atalia, la amo con la vehemencia y pasion de que es capaz un alma ardiente y entusiasta como la mia! ¡Ay, nádie es feliz en este *delicioso* valle de amargura!

Y entró seguidamente en la casa de María, hija del ex-guarda Leto.

—Este es otro cantar,—dijo;—el cielo me dé paciencia y más talento, pues todo me hace falta.

Habitaba María una modesta casa de la calle Mayor, alhajada con arreglo á su clase, término medio entre el pueblo y la nobleza, si bien la jóven vestía con lujo, sus modales y trato cambiaron por completo, hasta confundirse con una señora bien educada. Su padre la imitaba en lo posible, y en verdad que la metamórfosis era completa.

Recibió á Melenik en medio de la sala; en sus ojos brillaba la alegría, y las primeras frases que expresó al verle fueron las siguientes:

—¡Gracias á Dios que contemplo por segunda vez á mi inolvidable protector! Bien venido, señor conde; mi gozo es indescriptible.

—Bien, María, muy bien. Te sienta perfectamente ese traje; me gustan tus modales. ¡Oh, Mateotti cumplió mi voluntad, y le estoy agradecido!

—Todo os lo debo, señor; hasta mi dicha futura. Y entended, noble protector mio, que si alguna vez llegaron á mi mente pretensiones ridículas, huyeron como torpe ilusion desvanecida al soplo de un cerebro cabal.

—Explícate, hija mia. Quiero que me aclares tus frases

para admirar un talento que empecé á conocer frente á la torre de Altacima.

—Señor, el embajador de Venecia me ha hecho muchas visitas: yo, acompañada siempre de mi padre, se las he devuelto todas, y en ellas supe vuestra historia; la del príncipe á quien llamais hermano, lo elevado de vuestro talento y condicion; vuestros heróicos hechos. Después miré hácia abajo y me vi tal como era, tal como debo ser. Comprendiendo entónces la verdad, fuí poco á poco apagando en mi pecho con el agua de mi inteligencia y voluntad un terrible volcan que amenazó abrasarme. Curé, gracias á Dios, á los consejos de Mateotti, á las reflexiones de mi padre y á lo que me gritaba mi criterio. Sana ya, doy las gracias al noble señor que se dignó honrar mi casa, que aceptó lecho y mesa, y al partir quedaron en su huella tres frases marcadas: hidalguía, honor, generosidad. Gracias, mi querido protector; sólo aspiro á continuar siendo vuestra protegida.

—¿Con eso te basta, María?

—Sí.

—Bajas la vista...

—Queria prender de nuevo aquel volcan; pero sólo habia cenizas, y no pudo. Ya alzo la frente y os contemplo por el prisma de la admiracion y el agradecimiento nada más.

—Muy bien; juré hacer tu suerte, y no faltaré á mi palabra. ¿Necesitas algo, María?

—Por hoy nada; más adelante acaso. Oid: llega mi padre acompañado de Angelo. Hé ahí la realizacion del pensamiento que me dominaba en este instante. Padre mio, Angelo, corred y saludad al señor conde Divari, mi constante y querido protector.

Ambos se descubrieron, inclinándose ante Melenik.

—Adios, Leto; encuentro á tu hija como yo deseaba; tú tambien has cambiado hasta el punto de no notarse en ti nada del antiguo guarda. ¿Y este jóven, quién es?

—Un agregado,—se apresuró á contestar María,—á la embajada de Venecia, que me ama; yo le correspondo, y ám-

bos esperábamos vuestra venida para disponer una union, si nos dais la vénia, que ha de hacer nuestra felicidad.

—Aplazo la contestacion, María; que debo saber ántes si Angelo es digno de mi protegida, de la que me ayudó á salvar con heroismo á Don Juan de Austria.

—Señor,—replicó el aludido,—soy hijo de un ciudadano de Venecia, sobrino de Battiferra, jefe de la policía, serví cinco años en la capital, y, en recompensa á los servicios que presté, me agregaron hace poco á la embajada de Madrid.

—¿Dónde conociste á María?

—En casa del señor embajador.

—¿Crees que podrá hacerte feliz?

—Sí, señor.

—¿Siempre que la hablaste se hallaba su padre delante?

—Siempre.

—Muy bien; hoy me ocuparé con Mateotti de ese asunto, y si, como espero, me da buenos informes de ti, os casareis al momento.

—Si así sucediera, rogamos los tres al señor conde apadrine nuestra bóda.

—¿Y lo dudais? Con mucho gusto; dotaré á María, y á su esposo le concederé la gracia que me pida.

—Ya la tengo pensada, señor conde; y si me lo permitís...

—Habla.

—Me consta que sois amigo del presidente del *Consejo de los Diez* y del Dux. Pues bien, señor conde, mi deseo vehemente se cifra en volver colocado á Venecia.

—Eso me es á mí muy fácil.

—Favor tan señalado colmaria mi dicha.

—María, no temas ya al marqués de Altacima, que se halla sentenciado á galeras por toda su vida y está ya cumpliendo su condena. Continúa como hasta aquí, y si necesitases de tu protector, llega á él sin recelo alguno. Adios, hija.

—¿Ya os vais, señor?

—Sí, que el tiempo corre y me resta todavía mucho que hacer. Leto, vela noche y dia por mi protegida, y tú prepárate

á la felicidad que te aguarda cerca de ella si no eres indigno de su virtud, belleza y talento.

Y después de saludarlos uno por uno, salió el conde de allí muy satisfecho y complacido, siendo así que en vez de hallar una mujer apasionada y frenética, encontró, por el contrario, en la jóven la reflexion, mesura y buén criterio que le libraron de compromisos y disgustos.

Desde casa de María pasó á la de Jonás de Alaejo, averiguando únicamente por los nuevos vecinos que habitaban aquella, que los dos hermanos, sirvientes del malvado secretario, vendieron todos los muebles y marcharon sin decir á nádie donde iban.

—Bien,—exclamó Divari;—cumplieron mis órdenes, y era cuanto deseaba. Son más de las cinco, y ya estará Magno impaciente; corro á su lado.

Algo más tarde entraba en el palacio de Mondragon. Allí encontró á los dos generales, á Juana, Mateotti, Pantoja y Perez.

Encerrado con el embajador, y sabiendo por éste que el futuro de María observaba una conducta irreprensible, le dijo:

—Pues bien, amigo mio; ese agregado ama á la hija de Leto; que se casen lo ántes posible, que yo escribiré mañana al Dux para que sea trasladado á Venecia, que son todas sus aspiraciones. Representadme en ese asunto, que yo tengo bastante con Magno.

—Lo haré con mucho gusto, Melenik; sigue tú al lado del general, y no te cuides de eso para nada.

Y volviendo junto á Juan, preguntó Oton á su madre:

—¿Os ha recibido bien S. M?

—Sí, hijo mio; nos colmó de elogios é hizo á Juan la justicia que merece. Vine de palacio en union de mi esposo, satisfecha de la régia bondad.

—Melenik,—exclamó Magno;—se acerca la hora y es preciso regresar al alcázar.

—Cuando gustes.

—¿Qué has hecho esta tarde?

—Dar la libertad á Pantoja y compañeros mártires, ver á Leto y María, y enterarme de la suerte que sufrieron los primos de Jonás.

—Me ha dicho el nuevo maestre que te lo llevas á tu casa.

—Sí; supongo que al partir se la regalarás, y he querido que empiece á tomar posesion á medias.

—Tú adivinas.

—Era natural, y no hallo mérito en la deduccion.

El conde, más que lo expuesto, pretendia, llevándose á Pantoja á su casa, evitar sospechas respecto de Atalia en Magno y sus padres.

—De este modo,—exclamaba para sí,—no podrá creer ninguno que tengo á mi lado á ese ángel; y en cuanto al maestre, yo cerraré sus labios esta noche.

Instantes después se dirigieron á palacio; Oton iba embozado en su ferreruelo, y Magno en una capa negra.

Ya en el despacho que conocemos, recibió el general parte de los antecedentes que habia pedido á Calderon, comenzando poco después á despachar con el duque de Lerma.

Desde este dia en adelante empezó á sufrir Sandoval junto á Magno el tormento más horrible. Cada injusticia de las que el favorito habia cometido era presentada por el príncipe, precedida de una explicacion que ponia en relieve el poco tacto y la falta de interés en el valido por su patria y por su rey. Lo mismo en la provision de los destinos públicos que en las medidas administrativas, reinaba un desconcierto y perturbacion completos. Juan lo variaba todo, la justicia y rectitud imperaban en sus actos, y Lerma, obligado por el príncipe, fué deshaciendo cuanto habia hecho, quitando á sus amigos y parientes los empleos importantes que les habia conferido, sufriendo á cada paso sonrojos, humillaciones y un martirio perpétuo.

Veinte veces renunció el cargo de ministro, pero entónces Magno le recordaba las declaraciones de Jonás y de Altacima, sus desaciertos en el poder, los despilfarros de que era responsable, y el cardenal, no obstante su capelo, se veia precisado

á seguir en el puesto que lo iba conduciendo á una desgracia sin igual.

A los seis dias de despachar con Magno ya no le visitaba nádie; y á los once el pueblo de Madrid bendecia á Don Juan de Austria, pregonando por todas partes la ineptitud y torpeza del ex-favorito. Pero aún le quedaba que sufrir al que tanto daño hizo la gran prueba que el general veneciano le reservaba para cerrar su cuadro de infortunios.

La caida estaba siendo tan terrible como cierta y cruel.

Todavía, no obstante, eran los delitos, faltas y torpezas mayores con mucho á la expiacion impuesta por Don Juan Magno de Austria.

CAPITULO XXXIII.

Gonzaga, Mondragon y los desterrados.—Ultimo golpe al derruido pedestal.—Acaba para siempre la influencia y poder de Lerma.

HABIA regresado el duque de Uceda y con él el general Gonzaga.

Tambien se hallaban ya en Madrid todos los desterrados por los acontecimientos á que dieron lugar la sorpresa y desaparicion de Magno.

Siendo en su totalidad todos ellos pundonorosos, enérgicos y gente de valer, claro es que Magno no fué avaro con ellos; ántes al contrario, recibieron en recompensa de sus sacrificios y amor á la justicia, el desempeño de los primeros cargos en la milicia y en la administracion.

Gonzaga fué nombrado jefe de palacio y consejero de S. M.; Mondragon duque y grande de España; Giron alcalde-corregidor; Perez maestre de campo, jefe del segundo tercio, y de este modo los restantes, sin dejar un solo pariente de Lerma de aquellos en que se reconocia mala fe ó ineptitud.

El pueblo de Madrid aplaudia frenéticamente al rey, á Don Juan de Austria, á Mondragon y á Gonzaga, con entu-

siasmo á todos sus amigos, silbando al duque de Lerma las pocas veces que se presentaba en público.

En el *Mentidero*, ó sea en las gradas de San Felipe el Real, circulaban versos y epígramas con pasmosa profusion, en los cuales se exponia la idea del pueblo, el pensamiento que animaba á cási todos los madrileños.

Don Juan de Austria seguia martirizando á Sandoval doce horas diarias; una trabajaba con Don Rodrigo Calderon, que continuó facilitándole cuantos datos y noticias necesitaba, y á Uceda le confió al regresar una mision importante y delicada en la forma, pero que en el fondo nada suponia ni era otra cosa que un medio de entretenerlo agradablemente.

A los quince dias de trabajo tan ímprobo para Don Juan de Austria, se encerró éste con el duque de Uceda, al cual dijo:

—Sentaos, amigo mio, y hablemos.

—Gracias, señor.

Le contestó el hijo de Lerma, muy satisfecho de la honra que le hacía Magno.

—Quiero hablar con vos,—añadió aquél,—de un asunto importante, capital.

—Estoy á vuestras órdenes, y os oigo con atencion y entusiasmo.

—Hemos convenido en que vuestro padre no puede sufrir por más tiempo el peso de unos negocios que, áun cuando él lo oculte por su aficion á ellos, le abruman.

—Cierto; ha enflaquecido, está enfermo, suspira de continuo, y le va á costar la vida su aficion al poder. Vos, señor Don Juan, no sois Felipe III; ahora el despacho de los asuntos necesita de hombres vigorosos, enérgicos y de una fortaleza que gastó el duque en los muchos años que lleva siendo primer ministro.

—Perfectamente, y puesto que habeis dicho la verdad, sólo resta aplicar el remedio al mal que deploramos. Quiero que reemplaceis á vuestro padre. Eso es lo justo y lo conveniente.

—Gracias, señor; disponed hasta de mi vida.

—Pero es el caso, duque de Uceda, que yo abandonaré

pronto á Madrid, posible es que no regrese, y si Lerma continúa en la corte, es lo probable que intente volver á la gracia de Felipe III.

—Es seguro, incuestionable.

—Pues yo quisiera evitarlo en favor de su salud, del bien del país, que necesita hombres más jóvenes que le sirvan, y de vos, á quien tanto estimo y considero.

—Muy bien; lo difícil es hallar un medio...

—Lo tengo ya.

—No lo dudo, que vuestro talento encanta. Si os dignáseis...

—Con mucho gusto. Oidle. Vuestro padre está muy delicado, y esto aconseja ante todo que salga de Madrid, quiera ó no.

—Verdad es.

—Los aires natales es un hecho que rejuvenecen al hombre; él vió la luz primera en Valladolid, y en ninguna parte estaria mejor que en la antigua capital de España, donde aún os quedan parientes, amigos y propiedades.

—Es innegable, pero se va á oponer...

—Ya lo creo; mas si le destierra S. M. inclinará la frente, partiendo mañana á Valladolid.

—¿Accederá el rey?

—Si os atreveis vos á leerle la órden, contad con ella.

—Ahora mismo, esta noche, cuando gusteis.

—Nádie mejor que su primogénito debe aconsejarle resignacion.

—Lo haré, pero dudo que Felipe III...

—No prosigais; mi augusto primo firmó ya el destierro, y aquí le teneis. Tomadle. Debe abandonar Madrid mañana á las diez, acompañado del maestre Pantoja, un capitan y veinte hombres del primer tercio.

Uceda leyó el escrito, quedando como perplejo y aturdido. Por último exclamó para sí:

—Pierdo la compañía de un padre y gano el poder. La duda es torpe.

Y añadió fuerte:

—Cuando gusteis me encargaré de entregarle esta órden.

—Creí que vacilábais.

—Me sorprendió, porque no esperaba hallar tanta facilidad; por lo demás, nada se opone al cumplimiento de la voluntad del rey.

—En ese caso, partid, y que lo sepa lo ántes posible, para que tenga tiempo de preparar su marcha. Querrá ver á Felipe III; decidle que venga á las nueve en su carroza de viaje y aquí hallará al rey, recibiendo la escolta que le ha de acompañar.

—¿No sería más prudente evitar esa entrevista?

—Duque, el rey lo soy yo ahora; vendrá creido que va á ver á mi primo, y, sin mentir vos, se quedará sin decir nada á aquél, pudiendo en cambio manifestarme á mí lo que tenga por conveniente.

—Admirable; comprendo el todo de vuestro pensamiento y me dispongo á realizarlo.

—Estrechad mi mano, y hasta la noche.

—¿A qué hora?

—Trabajaremos de nueve á diez.

Y Uceda salió, encaminándose al palacio de su padre con paso lento.

Llegó, encontrando á Sandoval en uno de sus gabinetes, sentado en un sillon, triste y meditabundo.

—Buenos dias, padre mio.

Le dijo aquél entrando.

—Bien venido, hijo. ¿Me traes alguna nueva de tu amigo Don Juan de Austria?

—No, señor; es de S. M. el rey.

—¿Felipe III se acuerda de mí?

—Sí, señor.

—Yo creí que me habia olvidado por completo. Es tan natural y lógico...

—Padre, es preciso que os resigneis.

—Ya me figuraba yo que al volver á la memoria de tan

Lámª 14.


C MUGICA dibº y litº

Lit. de J. DONON Madrid.

—Padre, es preciso que os resigneis.

augusto señor no sería para nada bueno. ¡Ay de los que se fian en la bondad de la suerte; de los que se alimentan con el aura cortesana; de los que, engreidos con el favor de un príncipe, se envanecen, y, encerrados en el castillo del orgullo y la fatuidad, se juzgan incontrastables! ¡Bien pronto llega el huracan del desengaño, el edificio se desmorona y el altivo y poderoso magnate se ve confundido con el polvo de la miseria humana! ¡Entónces se comprende lo poco que vale el poderío en la tierra, lo ruin que es el hombre, lo mezquino y pobre de la materia que le cubre! ¡Pero el cambio es cruel, la caida horrible! ¡Más le valiera morir que despertar del sueño ó letargo en que yacía! Bien, hijo, bien; di lo que quieras, que ya nada puede sobrecogerme.

—Padre mio, estais enfermo, vuestro semblante lo dice; tanto trabajar debia necesariamente producir en vos las fatales consecuencias que por desgracia tocamos. En quince dias se ha demacrado vuestra faz...

—Todo eso lo sé; al grano, duque, al grano.

—El rey os tiene cariño; no podia por ménos...

—Hijo, abrevia, por Dios Santo, que yo conozco aquella casa y á aquellos hombres mejor que tú.

—S. M., como decia, cree con fundamento que los aires natales podrán reponeros.

—Ese era el término de tanto sinsabor, humillaciones y disgustos; me lo habia figurado, y lo esperaba. ¿Qué manda Felipe III?

—Aquí teneis la órden de su puño y letra.

Lerma la leyó con calma, exclamando al concluir:

—¡Me destierran!.. ¡Y te comisionan á ti para que me lo participes! ¡Y tú aceptas! ¡Sea todo por Dios!

—Yo, padre mio...

—Tú, hijo, deseabas mi puesto, te lo han ofrecido y das á mi alma el último golpe. Está bien; no hablemos más de esto. Di á S. M. ó á su primo que mañana á las diez saldré para Valladolid. El que supo mandar debe ser el primero en obedecer.

—Dice el rey que os acompañarán el maestre Pantoja, un capitan y veinte soldados, en calidad de escolta.

—¡Eso más! ¡El capitan que yo lancé desde mi casa á la cárcel, el que confundí con los criminales, ahora se convierte en mi carcelero; se sentará á mi lado, tratándome como á inferior, y el valido será completamente un desvalido! Bien, hijo, bien; peor que yo libró Don Alvaro de Luna. Me resigno.

—Añade S. M. que á las nueve os espera para que os despidais de él y entregaros la escolta. Es decir que podeis ir en la carroza de viaje...

—Comprendo. Si llego á hablar con él puede que cambie la tragedia ¿Quieres algo más?

—Vuestro permiso para retirarme si no necesitais de mí.

—Deseo únicamente darte un consejo.

—Ya os oigo, señor.

—Hijo, nací marqués de Denia, me elevé á duque, á grande de España y á valido. Entre los muchos séres que me rodeaban habia dos á quienes yo queria entre los demás: tú y mi paje predilecto Rodrigo Calderon. Tanto os amé, que os elevásteis á la vez que yo subia; tú fuiste nombrado duque, grande como yo, y te regalé un tesoro en dinero y posesiones; el paje ocupó los primeros puestos del Estado. El uno me ha vendido traidoramente; el otro ayuda á derribarme del poder y me da los últimos golpes. Tú eres padre; no me imites, hijo, no me imites; ni aún á tu heredero debes igualarlo á ti, porque el dia de la expiacion encontrarás enfrente hasta tu propia sangre que caerá sobre ti, te aniquilará, y eso es horrible, Uceda, muy horrible. Acabo: se hallaba el rey D. Felipe II en lo más cruel de su terrible agonía, cuando hizo comparecer á su hijo el príncipe de Asturias, hoy monarca de España, y después que le hubo llamado la atencion sobre el extertor, llagas que cubrian todo su cuerpo y estado fatal en que se veia en tan supremo instante, exclamó: *Te llamo, hijo mio, para que veas en lo que pára todo.* Cerró los ojos, y espiró después de un reinado tan largo como glorioso. Hijo, yo tambien goberné muchos años este pais, tuve amigos y adulado-

res sin cuento; hoy, sólo, abandonado hasta de mis hijos, castigado por uno de ellos, termino diciéndote: Cai, veas cómo, y no olvides nunca *en lo que pára todo*. Adios, sé feliz, y que Dios misericordioso te perdone.

—¡Padre!..

—Aquella es la puerta; no quiero volverte á ver.

—¡Señor!..

—Si insistes, te maldeciré.

—No, padre mio, ya me voy.

Y anduvo hácia atrás con las manos cruzadas y en actitud suplicante. El cardenal quedó solo, y limpiándose dos lágrimas que asomaron á sus párpados, exclamó:

—¿Quién es Don Juan de Austria? ¿Qué hombre es ese, cuyas frases me espantan, cuya figura me aterroriza? ¿Qué le hice yo? ¿Por qué me trata tan inhumana y cruelmente? No hay tormento en calabozo alguno que se parezca al que yo sufro. Me arrojó al rostro cuantas injusticias hice; por cada una de ellas laceró diez veces mi corazon; espantó á mis amigos, y cuando me vió solo y abandonado, escarnecido por la plebe, despreciado de la nobleza, en mi rostro la vergüenza, en mi alma el sonrojo, entónces manda á mi hijo para que me dé el último golpe, para que termine la más negra y sangrienta de las ingratitudes. ¡Ay, me hirió como hombre, como grande, como valido, como padre! ¡Ay, muero de dolor!

Y cubriéndose el rostro con las manos, comenzó á llorar amargamente, sin tener á su lado un amigo que le consolara, un hijo que limpiara sus lágrimas. Aquel palacio, tan concurrido por la nobleza que iba á pedir, por el pueblo que acudia á solicitar, favorecido con la adulacion de unos y otros, estaba ya desierto. La miel desapareció del plato, huyeron las moscas, y la que pasaba cerca sólo tenía una mirada de desden para aquel sitio predilecto de su voracidad no há mucho.

No habia resignacion posible para el favorito; Magno destrozaba su alma por completo, no para gozarse en el daño que le causaba ni para realizar torpe venganza, sino para debilitarlo, hacerle aborrecer la corte y los cortesanos, alejándole

de este modo para siempre de un poder que no debió alcanzar nunca.

Cuando el llanto y la afliccion del ex-valido calmaron en parte, oprimió un timbre, diciendo al paje que se le presentó:

—Que vengan mis mayordomos.

Así que los tuvo delante, añadió:

—Que salgan inmediatamente para Valladolid mis pajes, ujieres y todos vosotros. Quede sólo mi ayuda de cámara y un cochero. Mañana á las diez os seguiré yo; procurad que á mi llegada esté dispuesto el palacio que habitaron allí mis padres.

—Señor, ¿dejamos la corte?

Se atrevió á preguntarle uno de ellos.

—Sí, Ramon.

—¿Por mucho tiempo?

—¡Ay, para siempre! ¡No quiero volver á un pueblo tan ingrato y cruel!

—Perdonadme si he sido causa de entristeceros.

—¡No tienes tú la culpa; son otros hombres; es mi funesto destino!

Y el duque continuó dando órdenes para la realizacion de su traslado á Valladolid.

Al terminar, añadió:

—Que vaya uno á casa de Don Rodrigo Calderon y le participe que me ausento mañana de Madrid y que desearia despedirme de él lo ántes posible. No os olvideis de nada.

Otra vez volvió á quedar solo el cardenal, meditó nuevamente, tornando á murmurar:

—Calderon salia ántes muy poco de mi casa, y cuando le dirigia un recado se apresuraba á venir; ahora tardará mucho, si es que llega, lo cual dudo; mas si lograra tenerlo aquí, le habia de dejar recuerdo amargo de mi despedida.

Trascurrió toda la tarde sin que Don Rodrigo se presentara. Lerma creyó, con razon, que no iria, en cuyo caso recurrió al último extremo, que fué el de mandar un ujier á palacio, para que rogase á Don Juan de Austria ordenara á

su antiguo paje Calderon fuese á recibir el último adios.

Magno comprendió la intencion de Sandoval, contestándole que lo esperase.

El cardenal, que era vengativo, segun hemos tenido ocasion de observar, oyó impaciente las nueve, las diez y hasta las once de la noche, sin que apareciera su antiguo protegido.

Paseaba por el hermoso despacho que ya conocemos, desesperado, inquieto y tan conmovido, que inspiraba compasion.

De pronto se detuvo, quedando pendiente de un leve ruido que acababa de percibir. No tardó en abrirse la puerta, y, apareciendo la figura de un paje, exclamó:

—Don Rodrigo...

Lerma le interrumpió, diciendo:

—Acércate, ¿viene solo?

—Sí, eminentísimo señor.

—Que éntre; pero á la vez cerrais las puertas por fuera, y que no se abra ninguna de ellas, ocurra aquí lo que quiera, hasta que escucheis dos veces el sonido de ese timbre.

—Muy bien, señor.

Salió el paje, y el cardenal, situando un sillon en medio del despacho, se sentó en él grave y severo como no lo habia estado nunca.

Poco después penetró Don Rodrigo y le hizo una reverencia familiar, quedando parado delante de él.

Sandoval vió que las puertas se cerraban, percibiendo en seguida el ligero ruido de los pasadores que se corrian.

—Siento,—dijo Calderon sin cortarse ni demostrar aturdimiento,—no haber podido venir ántes; pero S. A. me detuvo como de costumbre...

Segun hablaba cogió un sillon y fué á sentarse; pero Lerma interrumpió sus frases y accion, diciéndole:

—Señor Rodrigo, todavía soy cardenal, duque, y nádie olvidó aún que no há mucho me serviais en calidad de paje. Dejad ese asiento, y permaneced delante de vuestro antiguo señor como corresponde á un criado agradecido.

—Me facultásteis un dia...

—Cuando no os conocí; ahora ya es distinto. Notad ante todo los tratamientos de excelencia y eminencia que tengo, y dadme todo lo que de derecho me corresponde.

—Perdonad, eminentísimo señor. Don Juan de Austria me mandó que viniera á saludaros, le obedezco, y me retiro; que asuntos de estado me llaman á otra parte.

Y fué á verificarlo, añadiendo:

—¿Qué es esto? ¿Han cerrado las puertas?

—Sí. Es necesario que oiga mi antiguo paje cuanto tiene que decirle su amo; preví su negativa, y lo tengo bien asegurado.

—Os he manifestado que me aguarda el príncipe.

—Que espere.

—¡Temed su cólera!

—¿La de Don Juan? ¡Pues si es una malva! S. A. es capaz de sentenciar á muerte con la misma sangre fria que nombró á su padre Mondragon grande de España. No se altera nunca, Rodrigo; le conozco mejor que tú. Y como á mí me ha hecho ya todo el daño que pudo, nada adverso puedo esperar de tan elevado señor. Me consta, además, que es complaciente con los desgraciados, yo lo soy, por eso te rogué que te mandase, y has visto que esperó no necesitar de ti para que yo con calma te enterase de muchas cosas en que no has reparado.

—Repito que no puedo oiros.

—¿Hasta eso me niegas, villano? Te elevé desde paje á marqués de *Siete Iglesias*, ¿y correspondes con tan negra ingratitud, que ni áun media hora me otorgas?

—Comprendí desde el principio que, escudado con vuestro capelo, me ibais á insultar, y esa es la razon de mi negativa.

—¡Mientes! Sólo pensé decirte verdades, acabando por darte un consejo como hice con mi hijo. ¿Has olvidado ya cuando me servias un vaso de agua, abrias y cerrabas esa puerta y eras mi criado?

—Señor, yo no soy culpable de vuestras desgracias, y no es justo que pague...

—Sufro las consecuencias, Calderon, de las muchas injusticias que cometí, de las torpezas que realicé; y Dios, tarde ó temprano, da á cada uno lo suyo; mas la Providencia no ignora que tú y otros como tú me precipitásteis, miserables aduladores que ayer lamiais como el perro la huella que marcaba mi planta, y hoy me mordeis porque no tengo un mendrugo que arrojaros al rostro! Comprendo la ingratitud de mi hijo, mal educado y con poco talento; me inclino ante la torpeza de haberlo elevado hasta mí y de no cortar á tiempo su desmedida ambicion. Veo tambien muy natural que esa falange descorazonada me adulase, mintiera y engañase cuando alimentaba sus estómagos, y que hoy me abandone por completo, puesto que al hortelano se le secaron las berzas. ¡Pero tú, que serviste á mi mesa, que luégo te sentaste en ella, que más adelante fuiste el depositario de toda mi confianza, que gobernaste más que yo, que te hice marqués, que te permití robar, que toleré y hasta defendí tus desmanes y los de todos tus deudos, tú, Rodrigo, eres más perverso que el asesino, más malo que cien criminales y más asqueroso que el miserable reptil, el cual se arrastra por el suelo para subir insensiblemente, morder en el corazon y matar!

—Nada puedo ni debo contestar á vuestra eminencia, señor cardenal.

—¡Mientes! Es que no tienes nada que decir en contrario; ni una estocada dejaria de presentarte tan nauseabundo como eres. ¡Ojalá y pudiera trasmitir mis frases á las generaciones venideras! ¡Ay de los poderosos de la tierra que no estudien á Don Alvaro de Luna, que pierdan de vista al infeliz duque de Lerma! El dia que la rueda de la fortuna los deje en el polvo de donde salieron, verán su rostro humedecido por la baba de las víboras á quienes dieron calor! «No sé por qué me ataca ese hombre,—decia el sabio griego,—siendo así que no le hice favor alguno.» Y tenía razon. Por eso añade el axioma: *Haz bien y no sepas á quién*. Porque de saberlo, digo yo, llegará dia en que te den cien ingratitudes por cada beneficio que hayas otorgado. Recuerda, Rodrigo, lo que eras, piensa en

lo que eres y trae á tu memoria uno por uno los hechos mios que has denunciado al príncipe.

—¡Yo!

—¡Tú, miserable! Le has presentado como mios hasta aquellos que tú me aconsejastes, que realicé por ti, por complacerte.

—No es cierto.

—¡Embustero! Juan de Austria es tan severo como justo; no miente y me lo ha dicho él. Yo entónces reconocí mis errores, como no podia ménos, refiriéndole de paso quiénes me inspiraban, quiénes me obligaron y quiénes lo hicísteis todo con mi vénia.

—¡Me envidiábais y me habeis calumniado; eso es indigno de un cardenal!

—¡Otra nueva mentira! ¿Cómo habia yo de envidiar al sér que más desprecio, al que más asco me inspira? Es más; ántes de hablar yo de ti á Don Juan, ya te conocia él; contigo hace, Calderon, lo que conmigo; cuando no te necesite te dará tu puesto, como á mí acaba de concedérmelo en Valladolid. S. A. otorga á cada uno lo suyo; y, como no obra jamás por odio ni rencor, con fria calma esprime á la víbora para arrojarla después al cieno de donde no debiera salir nunca. Son sus frases.

—Caísteis del poder, como todo favorito, y es natural el negro humor que os produce golpe tan tremendo. Por esa razon os oigo resignado y en brazos de santa abnegacion, de edificante paciencia, ya lo veis.

—¡Eres hasta cínico!

—Algo os debo, y á fuer de agradecido todo os lo perdono.

—Porque no te queda otro camino; no hay virtud alguna en ti, Rodrigo. Eres soberbio y vanidoso; yo estoy por primera vez destrozando tu alma; pero como no ha trascurrido mucho desde aquellos dias en que ajustabas mi calzado, me alargabas los gregüescos, colocando sobre mis hombros el ferreruelo; como fuiste un paje que me servias de todo y yo te lo estoy recordando, te ves obligado á callar ante mí, sin que

éntre por nada el agradecimiento y bondad que jamás conociste.

—¿Qué más?

—¿Vuelves á insolentarte? ¡Muy bien; alza la frente con orgullo, caiman detestable!

—Vais á dar lugar á que me ria de vos; pues la paciencia tiene tambien su término.

—Hazlo.

—¡Já, já, já! Lo quereis, sea, pobre hombre, desvalido señor.

El duque oprimió un timbre dos veces, á cuyos sonidos se corrieron los pasadores, abriéndose las dos puertas del despacho. Entónces se levantó el cardenal, y, alzando los brazos, exclamó con tono solemne:

—¡Dios justo, si yo merezco el destierro y las desgracias que sufro, ese malvado merece la muerte en patíbulo afrentoso! ¡Yo te pido justicia contra el que me engañó, que paga mis favores con maldades, que fué para mí peor que la iniquidad! ¡Dios Santo, justicia te pido, justicia! ¡Maldito seas, Rodrigo! ¡Mi anatema pese sobre ti por una eternidad! ¡Sal de mi casa, miserable! ¡Yo te arrojo de ella! ¡Hola, mis pajes y criados que me servísteis con lealtad, despedid á ese indigno compañero vuestro; á ese hombre que no vale lo que el peor de mis lacayos! ¡Fuera, fuera!

—¡Fuera, fuera!

Gritaron cuantos oyeron á Lerma, y Don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, salió de allí bajo el enorme peso de un anatema y maldicion que lo humillaron hasta el punto de andar maquinalmente, ciego y con la razon completamente perturbada (1).

Lerma le vió marchar, quedando pendiente luégo del ruido de sus pisadas. Cuando nada percibió, dijo:

(1) Don Rodrigo Calderon fué ahorcado en la plaza Mayor de Madrid, años despues, reinando Felipe IV, hijo primogénito de Felipe III. La mayor parte de las escenas que estamos describiendo se ajustan en lo posible á la historia, como habrán comprendido nuestros lectores.

—Ahora me voy tranquilo al lecho, y la pesada carga de mi destierro me molestará mucho ménos en lo sucesivo.

Y se acostó, encargando que le despertasen á las ocho, y que á las nueve ménos cuarto estuviera dispuesta su carroza.

Uno de los defectos de Lerma, como de todo hombre altivo y orgulloso, era el de la venganza. Si estando en el poder no supo perdonar, ménos podria hacerlo durante su caida que fué perpétua.

Ahora cambiemos la escena.

Melenik, siguiendo su costumbre, habia ganado por completo al maestre Pantoja, le presentó á su paje, y áun cuando no le dijo quién era ni le dió explicaciones, lo sentaba á su mesa, imponiendo á Navor completa reserva y prudencia en todo lo relativo á la bellísima hebrea.

Nuestro georgiano hablaba poco con Pantoja, con su amada cuanto podia, y la mayor parte del tiempo se lo dedicaba á Magno, á cuyo lado trabajaba con energía, talento y constancia sorprendentes.

Don Juan veia en su hermano adoptivo un privilegiado sér, al que amaba con delirio; nada sabía hacer sin la aquiescencia de Oton, le reprendia por costumbre, Divari lo besaba, multiplicándose en ámbos un ciego cariño nacido en sus almas nobles y generosas.

Mondragon se rejuvenecia al lado de Juana, y estaban siendo un modelo de esposos.

Gonzaga servía al rey con lealtad, ayudaba á Magno poderosamente, y los hombres más eminentes del país ocupaban ya los altos puestos del Estado, sin que el monarca ni ninguno tuvieran motivo de exhalar la más leve queja contra Magno.

Felipe III conferenciaba todas las noches con su primo, cenaban luégo juntos, enterándose minuciosamente de lo realizado por Don Juan durante el dia. Por fin llegó á comprender el rey lo perjudicial que habia sido al país el gobierno de Lerma, y aprendia no poco con las continuas lecciones que le daba Magno.

Amaneció el siguiente dia, dieron las ocho, y despertando

el duque de Lerma, preguntó al ayuda de cámara que estaba en su alcoba:

—¿Esperan algunos?

—Sólo vuestros hijos, señor.

—¿Todos?

—Incluso el señor duque de Uceda, el cual, con los ojos húmedos, nos ha rogado que avisemos á V. E. su llegada.

—¿Hace mucho tiempo que aguarda?

—Desde las siete.

—Es mi hijo al fin; el sér á quien más amé en la tierra. Concluye, y dile que pase.

Minutos después se hallaban frente á frente Lerma y Uceda.

—Padre mio, quiero daros el postrer abrazo por ahora; pero ántes perdonadme, señor; no me moveré de aquí sin que pronuncieis la consoladora frase que anhela mi corazon.

Y cayó al suelo de rodillas.

—Alza, hijo mio; yo te perdono y ruego á Dios te proteja é inspire. Siéntate á mi lado; tus tiernas frases endulzaron mi dolor. Hijo, sin ti hubiera caido lo mismo, y en verdad que mi sentimiento se ha contraido á deplorar que sirvieras de instrumento contra tu padre, toda vez que la causa no has sido tú de nada malo.

—No he dormido en toda la noche; la pasé suspirando, y, si me lo permitis, me hallo decidido á desterrarme á Valladolid con vos.

—No; yo estaré allí bien con el tiempo, y tú, como hermano mayor, eres necesario aquí para que veles por mis restantes hijos. Te aconsejo en estos supremos instantes ahogues tu ambicion; si con más talento que tú salgo yo del modo que ves, ¿qué va á ser de ti, hijo mio, entre el huracan de esa furia cortesana?

—Padre, permitidme que ántes de partir vos vea á Don Juan de Austria y si es preciso al rey; les rogaré, no saliendo de allí hasta que les arranque vuestro perdon.

—¿Para qué?

—Quiero, anhelo que volvais á la gracia del monarca, lo cual no creo imposible.

—¿Y de quién podré yo fiarme en lo sucesivo, cuando me vendió mi paje, faltándome hasta mi hijo? Nunca; por no alternar, por no rozarme con esa canalla inmunda de aduladores sin corazon ni vergüenza, mejor que quedarme aquí, me iria á habitar el desierto de Sahara. Tarde los conocí, pero á tiempo, y me complace, te lo juro, huir de su impuro aliento, de sus torvas miradas. Bien sabes lo mucho que hice por ellos, con qué régia profusion les dí títulos, honores, puestos elevados, dinero, cómo perdoné sus abusos, sus rapiñas; me destierran, voy á partir, y ni uno solo me alarga su mano, hasta me niegan el adios postrero que se da al reo en la carrera del patíbulo. Me he regenerado; mis ideas de hoy no son las de ayer, y puedo asegurarte que voy contento á Valladolid.

—Tanta ingratitud, padre mio, claman venganza; quedaos, señor, y démosles la leccion que merecen.

—Jamás; sólo me inspiran desprecio, asco. Sería además inútil.

—Acaso no; hay en Don Juan de Austria más bondad que ira ó rencor.

—Cierto; pero sería tiempo perdido el rogarle; tú no has leido, como yo, lo que dice aquella fria mirada; su voluntad es omnipotente, y cuando decide no es hombre que desiste jamás. Conocí á su padre, que valia mucho, pero el hijo le supera. Educado en la desgracia y el sufrimiento, aprendió más que todos nosotros, y es la persona que más vale de cuantas he conocido. Empecé aborreciéndole, he concluido admirándolo; ¡ay de ti, duque, si tropiezas durante su corto ó largo reinado!

—Dice que marchará en breve para no volver más á España.

—Y lo hará, que con poco tuvo ese bastante para descomponer y estudiar la atmósfera que le rodea.

—Me asustais, señor.

—Estás oyendo la verdad; cuida mucho no olvidarla.

—Si continuase más tiempo oyéndoos, llegaria á aborrecer lo que formaba mi ilusion.

—Si tuvieras más talento, comprension fácil, con lo dicho te bastaria; pero los desengaños seguirán á mis frases, y estoy seguro que no envejecerás en Madrid. Ea, hijo mio, reunámonos con tus hermanos, pasemos al comedor y estemos en familia, por si es esta la última vez que lograis comer con vuestro padre.

—¡Qué idea, señor!

—Ello dirá, hijo mio.

Y, apoyado en el brazo de Uceda, salieron ámbos, permaneciendo hasta las nueve reunidos el padre y los hijos.

Más que en comer ocupó el tiempo el cardenal en darles consejos y presentar los muchos escollos que hallarian en el camino de la vida, añadiendo los medios que debian emplear para eludir sus funestas consecuencias. Acabó por completo el favorito, el altivo, el orgulloso, quedando ya únicamente un padre tierno, cariñoso, un hombre de reflexion, madurez y buen sentido. La desgracia habia enseñado á Lerma mucho más que los años que duró su privanza. En estos supremos instantes en que aconsejaba á sus hijos, demostrándoles los desengaños de que él era víctima, el aislamiento y olvido á que le condenó la ingratitud, estuvo acertado, razonador y hasta sublime.

A estas escenas, en las que demostró más talento que nunca, sucedió otra de ternura, llanto y afliccion.

Llegó el momento de montar en la carroza, y los hijos abrazaron al padre, anegándolo en lágrimas.

El duque entró sereno, sin afectacion alguna y con semblante risueño. Era el reo que en los momentos de ir al patíbulo habia adquirido una grandeza de espíritu, un predominio sobre sí que no tuvo nunca.

Lerma, como Carlos I de Inglaterra, Luis XVI de Francia y otros poderosos de la tierra, empezó á ser grande desde el instante que el frio huracan de la desgracia lo separó del calor del trono.

El duque de Uceda fué á montar para acompañar á su padre; pero éste le detuvo, diciendo:

—Quédate, hijo mio, y cuida de tus hermanos.

—¿Cómo es eso, señor? ¿Yo habia de permitir?..

—Quiero que Felipe III sepa hoy lo que es mi corte, para que más adelante pueda mirarse en el espejo de la suya. Dicen que no le presté servicio alguno como valido; se lo prestaré como desvalido.

—¡No, padre mio; concededme!..

—Un último abrazo. Te prohibo lo demás. Adios, hijos de mi alma; sed dichosos, que yo en Valladolid comenzaré á ver la felicidad por primera vez. ¡Cochero, á palacio!

Y la carroza abandonó el zaguan, dejando triste y solitario aquel palacio que en los diez años que acababan de trascurrir fué el más concurrido de la corte.

Uceda cogió á sus hermanos, y, exhalando un suspiro, desapareció de aquel lugar de llanto y dolor.

CAPITULO XXXIV.

Sandoval y el Dragon.—Sorpresa, confusion.—El ex-favorito halla el bien donde creyó que existia el mal.

En la carroza que acababa de partir sólo iba dentro el duque de Lerma, y fuera, ó sea en el pescante, el cochero y un ayuda de cámara.

El carruaje se detuvo á la puerta del palacio, y el cardenal echó pié á tierra, comenzando á subir la ancha escalera con paso firme y mirada desdeñosa.

Antes, al verlo, todos se descubrian, abriéndole calle encorvados y humildes al pasar él por delante. Ahora no le hacian caso, y de fijarse alguno en él lo verificaba con la indiferencia del que mira á un igual ó menor.

Pero Sandoval, que habia empezado á ser grande, segun dijimos, sólo tuvo para aquella caterva de sus ex-aduladores una sonrisa que indicaba desprecio.

De este modo llegó á la cámara, donde los que estaban de servicio le hicieron un ligero saludo al que él no se dignó contestar, concretándose á decir:

—Voy á partir, y espero las órdenes de S. M.; manifestádselo si lo teneis á bien.

Ya no corrieron como otras veces al verlo. Uno sólo, después de hablar con sus compañeros, entró en la estancia contigua sin contestarle nada.

El duque fijó su mirada en un cuadro de la escuela italiana, en que estaba pintado el Redentor del mundo en los momentos en que decia á Dios: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen*. Y cruzando los brazos prosiguió contemplando la sagrada imágen, como abstraido por un pensamiento ascético.

De este modo permaneció, hasta que un gentil-hombre le dijo:

—Podeis pasar á la cámara azul.

Era en la que el rey solia recibir á las personas de su mayor estimacion; era aquella en que tantas veces demostró Felipe III á su valido confianza absoluta, deseo vehemente de que él solo gobernara.

Pero ántes llegaba hasta ella por entre una multitud de palaciegos que se atropellaban por servirle y adularlo, en tanto que ahora iba solo, abriéndose las puertas, y tan humilde y modesto como en su período de privanza demostró orgullo, vanidad y altanería.

Por fin descorrió la cortina del salon azul, penetrando en el interior. En medio estaba un hombre con los brazos cruzados, triste y melancólico. Ceñia su pecho una simple banda de capitan de marina, y áun cuando entró el duque, no alzó la vista del suelo ni cambió su actitud. No era el rey, ni el príncipe, pues éste, en vez de la melena y barba larga que Don Juan de Austria tenía, presentaba bigotes, perilla y el pelo muy cortado.

El cardenal se fijó en él con temor, retrocedió dos pasos, y perdiendo su aplomo y gravedad, murmuró con voz ronca y cortada:

—¡Magno el *Dragon!*

A estas frases alzó el capitan la cabeza, contestándole:

—Sí, duque de Lerma, Magno el *Dragon*, sorprendido cobarde y villanamente en la calle del Almendro; herido, car-

gado de cadenas, grillos, esposas y mordaza; metido luégo en un vehículo cerrado, de grosero pino; encerrado más tarde en oscura y lóbrega mazmorra, situada en los subterráneos de la torre de Altacima. Allí tuvo por lecho el muro, por alimento las berzas que sobraban á los perros, humedecidas por la baba de los mastines, y por agradable entretenimiento la burla, befa y escarnio de tu secretario Jonás y amigo Altacima. Escupieron su rostro; sujeto de piés y manos, herido aún, sin fuerzas y cási exánime, le pegaron. Más tarde fué sentenciado á muerte por el marqués; pero su verdugo Jacinto no le hirió, efecto de una intriga llevada á cabo por Oton Melenik, luégo conde Divari. Abandonó su encierro en un estado que no es descriptible. Fué á Venecia, le nombraron primer general de aquella república, embajador extraordinario cerca del rey Felipe III, y al presentarse, el monarca español le abrió sus brazos, exclamando:—«Hijo del príncipe Don Juan de Austria, primo mio, esto anda desarreglado; ocupa mi puesto durante treinta dias, y dale á cada uno lo suyo.»—Si he cumplido bien ó mal su encargo, vos lo direis.

El cardenal habia escuchado á Magno con atencion terrorífica, sin atreverse á desplegar sus labios, sin osar moverse; le miraba fijamente, y al terminar cayó á sus piés, gritando:

—¡Perdon, noble príncipe; perdonad lo que ya no tiene remedio! Yo os lo suplico; yo...

—Alzad.

—No...

—Yo os lo mando.

—Perdonadme, y no es la vida lo que pido, sino vuestra benevolencia, para que empiece en ella la misericordia divina.

—Decid, duque: ¿fuísteis cómplice de Jonás y Altacima?

—Sí, señor.

—¿Supísteis lo que hicieron conmigo?

—Todo no; una gran parte.

—¿Me creísteis muerto?

—Sí, y la idea destrozaba mi alma. ¿Me perdonais, señor?

—No puedo hacerlo, señor cardenal.

—Prefiero el patíbulo á esa negativa.

—Digo que no puedo hacerlo, porque ántes de perdonar al marqués y á Jonás os habia perdonado á vos.

—¡Qué grande sois! Hasta este momento no habia comprendido mi pequeñez. ¡Dejadme que bese vuestra mano; que os bendiga, Juan; que mire en vos un reflejo de la Providencia! ¡Nací grande, quise elevarme más, y me fuí empequeñeciendo en alas de un orgullo, de una insensatez que hoy me horrorizan, que hoy deploro amargamente! ¡Fuí valido, y llegué á valer tan poco, que al verme ahora como era entónces, me avergüenzo! ¡Mirad el rubor cómo asoma á mi rostro; cómo el tormento arroja á mis ojos ardientes lágrimas que calientan el aura de esta cámara! ¡Vos nacísteis chico; el mísero pescador fué elevándose, porque desde el primer instante subió en alas de una hidalguía, modestia y nobleza de alma que engrandeció vuestro espíritu! ¡Por eso Dios prestó á vuestro entendimiento un rayo de su luz divina; por eso á mí me envolvió Lucifer en tinieblas donde no se distingue nunca la verdad!

—Dad gracias á Dios que os permite al fin ver la luz que no contemplásteis hasta ahora.

—No deseo otra cosa; será miéntras viva mi constante anhelo, mi ocupacion favorita.

—Puesto que empezais á ser grande, Lerma, arrojo de mí esta banda que os recuerda al *Dragon*. Ahora sentémonos y hablemos lo que gusteis, como tio y sobrino; pues hace cerca de dos meses que me uní á Otilia de Sandoval.

—Todo, todo lo acepto de vos, hijo mio, sea bueno ó me parezca malo; que en aquello en que los necios miramos lo peor, acaso esté el bien.

—Eso era ántes; hoy, que distinguis la verdad, ya es diferente. Decidme, ¿quiénes os han despedido y quiénes lloraron con vos vuestra caida?

—Ninguno. Desde que vos empezásteis á mandar fueron abandonándome parientes, amigos y aduladores, hasta quedar mi sociedad reducida únicamente á mis hijos.

—¿Y qué habeis deducido de eso?

—Lo que valen, señor, la miseria humana que representan tan falaces pordioseros de posicion, títulos y honores; lo necio que es el que se fia de las estudiadas frases de gente tan baladí. Conocedla, señor...

—No os molesteis, duque; ántes de marchar, cada uno ocupará su puesto, como ofrecí al rey; luégo partiré, acabando mi vida, unas veces junto á mi esposa, á la que amo con delirio, y otras en medio de los mares, en mi navío almirante, donde no llegan intrigas, donde el peligro y las privaciones hacen hermanos á los hombres, donde reino sobre un pueblo que ve en su monarca un padre de quien sólo bien recibe, al que adora como vos no podeis comprender. Allí, cardenal, tambien hay tormentas, fieros aquilones, olas que se alzan y conmueven la inmensidad, zafarranchos; pero se ven venir de muy léjos; nada es artero ni ruin, la doblez del agua se trasparenta; sabe el hombre lo que es, lo que vale, con lo que cuenta, y muere sin conocer la traicion, la maldad ni el encono de sus hermanos. Como sólo Dios rige el universo, la mirada del marino está siempre fija en Dios, y el que á Dios mira continuamente nunca es abandonado de Dios. Pues aunque muera, tiene á Dios que le alarga sus bondadosos brazos y lo lleva á su reino, donde no hay huracanes, tormentas, olas ni abordajes, que es lo ménos malo de este mundo.

—Verdad es.

—Ayer no la veiais, duque.

—Pero hoy sí, príncipe mio.

—Me alegro; y puesto que logré regeneraros, concluyó del todo Magno el *Dragon*, Juan de Austria, y empieza el sobrino. Prescindid del poder, que nada os puede dar y tanto quita á los hombres. Olvidad á Felipe, que ya no se acuerda de vos, y realizado esto, decidme: ¿Qué quiere mi tio? Porque yo nada puedo negar al que lleva el apellido de mi esposa; al que le unen á ella lazos sagrados que yo respetaré miéntras viva.

—Quiero, sobrino, irme á Valladolid.

—La órden de vuestro destierro la dicté yo, y la romperia con mucho gusto.

—Gracias. Por huir del corrompido aliento del marqués de Siete Iglesias... ¿Le conoceis bien, sobrino?

—Mejor que vos, tio.

—¿Le dareis lo que merece?

—Voy á creer que no empezásteis á ser grande si vuelve vuestro cerebro á dar cabida á la idea ruin de venganza...

—¡Ah, que hablaba con vos! Me olvidé en este instante, perdonad; á vuestro lado todos somos pequeños, Magno.

—Continuad.

—Decia que por huir de los cortesanos, de los palaciegos, de los aduladores, de esa gente tan cargada de oro y riquezas por fuera y tan repleta de miseria humana por dentro, daria, si preciso fuera, todos mis bienes, mis títulos, mi capelo, y me marcharia de simple cura de *misa y olla* á la aldea más pobre de Galicia.

—Muy bien, tio.

—Si aún fuera poco, regalaria mi sotana y manteo para habitar en el desierto de Sahara, en la Tierra de Fuego, con los antropófagos ó con los caimanes del rio de las Amazonas. Los dientes de los unos y los colmillos de los otros me causan ménos miedo y asco...

—Pues á Valladolid, tio.

—Allí voy, sobrino. Juan de Herrera dejó á medio hacer la catedral, se dió por concluida, prévia interinidad, que en este venturoso país se traduce por perpetuidad, pero que es grande, fresca, y desde ella á mi palacio y desde mi palacio á ella lograré al fin que mis ovejas imiten á vuestros marinos, teniendo siempre la vista fija en Dios y algo fraternal en el corazon y en los labios.

—¿Cuándo quereis partir? Ni el rey ni yo tenemos prisa.

—A las diez en punto; y no es ántes, por lo bien que estoy á vuestro lado y por lo modesto y sencillo del traje que cubre á mi sobrino.

—¡Faltan once minutos!

—Hagamos algo en ellos.

—Mandad, tio.

—Dejo en Madrid un hijo que aprendió de mí á ser ambicioso, y en el poco tiempo que cuenta mi regeneracion no he podido enseñarle nada, príncipe. Es mi primogénito, mi heredero, le amo como yo no puedo expresar; queredle vos algo, sobrino.

—Decis que dejais un hijo, y yo sólo veo al padre.

—Esta mañana empezó á ser hijo; hijo queda siendo.

—Si persiste, no han de faltarle consejos ni el cariño de un primo que le defienda, guíe y encamine.

—Gracias, Juan. Donde creí ver el mal, hallo el bien. Decid á Otilia que hombre, cardenal y duque, la envidiaria áun cuando su marido descendiera á pescador. Tarde os conocí, pero tan bien, que no rebaja la óptica de mis ojos un quilate de vuestro valer.

—¿Qué más hacemos? Nos quedan cinco minutos.

—Lo que gusteis. Yo nada tengo ya que pedir.

—¿Quereis ver al rey, á la reina? Os llevará vuestro sobrino.

—No; decid únicamente al príncipe de Asturias que al partir le dejo un tierno recuerdo; que no se lo doy yo, para que adquiera el mérito de ennoblecerlo vuestros labios.

—Lo haré con mucho gusto.

—¿Está cerca ese Oton Melenik, conde Divari después, que al elogiarlo vos empecé yo á admirar?

—¡Mi georgiano! Sí. ¿Quereis verle?

—Lo deseo.

—¡Oton!

Exclamó el príncipe, y nuestro jóven, que oia la escena cerca de allí, se presentó, hizo una reverencia al cardenal, y cogiendo su mano derecha se la besó, diciendo:

—Eminentísimo señor, escuché vuestro deseo, y, unido al mio, aquí estoy para serviros en cuanto necesiteis de mí. Juro que mi sinceridad no puede ser mayor.

—Pues tú me has debido aborrecer.

—Con toda mi alma; con tanto encono, que hubiera atravesado vuestro pecho cien veces y otras cien.

—¿A qué es debido ese cambio, conde?

—Me gusta, como á mi hermano, destruir, pulverizar lo ruin, lo miserable, ménos aun que ensalzar lo grande, lo elevado.

—¿Luego me has oido?

—Nunca tuvo el príncipe secretos para mí.

—¡Tú salvastes su vida!

—Yo.

—Déjame que bese tu mano. ¡Bendito seas, Oton!

—Servidor vuestro, señor.

—¡Las diez! Parto, señores.

—¿No abrazais ántes á vuestro sobrino?

—Me hubiera amargado el resto de mi vida no hacerlo. Estrecho la virtud, el heroismo, el talento. ¡Dios sea loado, que tanta dicha me permite! ¡Ahora á ti, georgiano, digno émulo del príncipe! ¡Aprieta! Vuestro calor me rejuvenece y vivifica.

—Delante, Melenik,—exclamó Magno.—Ves abriendo las puertas, y manda que la servidumbre nos siga y honre á mi tio como merece. Vos, señor, apoyaos en mi brazo.

—¡Eso más!

—Aún es poco.

—¡Y á vuestra derecha!

—Sois mi tio; tuteadme fuerte para que esa gente lo oiga.

—¡Qué bien conoces, sobrino mio,—dijo Lerma, pasando por entre dos filas de encorvados semiautómatas,—el sitio donde estás y los hombres que te rodean! En quince dias comprendistes más que yo en los muchos años que llevo de existencia.

—Era natural, tio y señor; los marinos tenemos un gran golpe de vista.

—Trátalos bien, hijo, como á los turcos, los cuales al oir tu nombre huyen espantados como bandada de cuervos que escucha el estampido del mosquete.

—Pues es extraño, porque los hijos de Oriente jamás me atacaron por la espalda.

—Entónces, á pesar de lo feroces que nos los describen, son mucho ménos malos.

—Ya lo creo; con aquellos luché yo bastantes años, y si no ceden á las exigencias de Venecia, continuaré en guerra con ellos el resto de mi vida. Con estos ya es otra cosa, tio; con estos sólo me atrevo treinta dias, y haga el cielo que no me canse ántes.

—Malos son, Juan, muy malos; en el tigre, el leon y otras fieras, abriéndoles el pecho se halla que tienen corazon; pero aquí, aquí, hijo, sólo hay el tuyo, el de Oton y el de algun otro por casualidad. ¿Qué es esto, Juan?

—Nada, señor, que vuestra carroza os espera al pié de la escalera real, y me extraña vuestra admiracion.

—Ni en mis *peores* tiempos logré tanta honra.

—Es que hoy empiezan los buenos.

—Pues dame el postrer abrazo, ya que hemos llegado, y que Dios te premie como yo deseo.

—Sea; pero no el último, que ese ha de ser fuera de Madrid.

—¿Qué intentas?

—Os van á servir de caballerizos Don Juan de Austria y el conde Divari. Luégo ocupará mi puesto el maestre Pantoja y correrá al lado de vuestro carruaje, para honrar y servir á mi tio. Nada más que para eso, como igualmente la escolta que llevais detrás.

—¡Y creí yo que nádie me despedia! ¡Dudar de la bondad de Dios es el peor de los crímenes! ¿Por qué no te sientas á mi lado?

—Porque quiero que lleveis un caballerizo que no lo obtuvo ni tendrá ningun monarca de la tierra.

—¿Tambien cierras la portezuela?

—Tambien.

—Espera, hijo, que voy á saludar á esos señores.

Y asomando la cabeza, dijo á la gente de servicio que habia bajado y permanecia en el penúltimo escalon con los brazos cruzados, en actitud respetuosa y cual mudas estátuas:

—Señores, que Dios os guarde, perdone el recibimiento que me hicísteis y premie la despedida.

Todos se echaron adelante sin atreverse á contestar.

Magno cerró la portezuela, él y Oton montaron á caballo, y poniéndose á los costados de la carroza, gritó el príncipe, que iba á la derecha:

—Avanza, cochero. Seguid, Pantoja. Despacio hasta salir de Madrid.

De este modo abandonaron la régia morada, volviendo á exclamar Magno al llegar frente á uno de los ángulos de palacio:

—¡Alto! ¡Atrás, conde Divari! Tio, contestad á los saludos que os hacen desde ese balcon de la izquierda.

Lerma miró por el cristal, viendo al rey, á la reina, al príncipe de Asturias, al resto de la familia real delante y á Mondragon y Gonzaga detrás, que le saludaban moviendo pañuelos blancos y con sonrisa dulce mezclada de sentimiento.

El cardenal se inclinó profundamente, volviendo á ocupar el fondo del carruaje.

Magno y Oton se descubrieron, permaneciendo así hasta que el coche abandonó la plaza.

El carruaje continuó marchando, descendió las cuestas de palacio, y minutos después se halló á la entrada del camino de Castilla. Entónces se detuvieron todos, y echando pié á tierra Magno y Oton, estrecharon por última vez al cardenal, que los recibió en sus brazos, y enternecido decia al príncipe:

—Hijo, yo no puedo olvidarte nunca. Siempre te juzgué mal; ¡fuí tan torpe!..

—Vamos, señor, tranquilizaos, y si preferis quedaros en la corte todavía es tiempo.

—No, no, jamás; y yéndote tú pronto, es un delirio pensarlo. Juan, estréchame otra vez. Este abrazo se lo das en nombre mio á Otilia. ¡Tambien á ese ángel lo desconocí!

—Serenaos, señor; estais muy afectado, y os puede perjudicar.

—No, hijo, no, es el agradecimiento, el cariño que me ins-

piras, lo mucho que te debo. ¡Qué bien lo combinas todo; qué admirablemente discurres; cómo presientes; cuánto adivinas! Adios. Me siento efectivamente demasiado conmovido. ¡Como no disfruté hasta ahora de tan inefable placer! ¡Tú tambien sientes, lloras! No muevas la cabeza, no; lo veo. ¡Qué hombre, señor, qué hombre! ¡Adios, Oton! Cerrad la portezuela; si continúo de este modo me va á suceder algo. ¡Hasta la eternidad!

—Adios.

—Adios.

Convulso y agitado se escondió el cardenal, llorando como un niño.

Magno y Oton montaron á caballo.—El primero dijo:

—Pantoja, vais de caballerizo para servir á mi tio en cuanto os mande, en cuanto quiera. Si en el camino ó al llegar á Valladolid desea regresar, acompañadle como á la ida. Vos, capitan, al frente de esa escolta, seguis al carruaje, respondiéndome con vuestra cabeza de la vida de mi tio. Cochero, á Valladolid.

Carruaje, caballerizo y escolta corrieron, quedando el príncipe y el conde á caballo é inmóviles hasta que los perdieron de vista.

—A Madrid, Oton, que ya no paramos hasta la puerta del alcázar.

—No puede ser.

—¿Qué dices?

—Que desde las nueve de la mañana esperan en tu casa dos señoras á las que yo ofrecí que las recibirias después de las diez.

—¿Quiénes son, Melenik?

—La madre de Otilia y una pobre anciana, de quien te has olvidado por lo visto, no obstante los buenos servicios que te prestó.

—¡Ah, sí; Leandra!

—Eso es, tu confidente de antaño.

—Me alegro. ¿Y qué desea la madre de Otilia; te lo ha dicho?

—Me contó en los cinco minutos que hablé con ella, que se hallaba en Barcelona esperando á su hija, y como no iba, preguntó por ella impaciente á uno de los oficiales de la escuadra que dejaste en aquel puerto. El interpelado por la madre era el capitan Povedano, hombre entusiasta y gran admirador de tus hechos. Así es que le refirió todo lo que habia sido de ti, tu ascenso luégo á general, tu boda, tu orígen, y, en fin, cuanto sabía.

—Lo creo; es tan hablador como buen marino. Y enterada de todo, ¿qué desea de mí esa señora?

—Saber de su hija y enterarte de no se qué asunto.

—¿A mí?

—Eso me dijo.

—¿Cuándo llegó?

—A media noche.

—¡Pues no ha madrugado poco! ¿Continúa tan altiva, vana y orgullosa como fué siempre?

—Lo mismo; entraba por tus salones cual reina que honra donde pisa y ennoblece lo que toca su mano.

—Me alegro, pues de ese modo se habrá cansado de esperar y me evitará una escena desagradable.

—A mí me dijo que te aguardaba.

—¿Y Leandra, cómo averiguó?..

—Supo que Pantoja estaba en libertad, fué á verle y aquél la enteró.

—¿No la molestaron los agentes de Lerma?

—La infeliz estuvo escondida hasta hace poco.

—A esa la recibiré con mucho gusto. Corramos.

Y picando á los caballos, anduvieron en poco tiempo la distancia que les separaba del palacio de Mondragon.

Magno echó pié á tierra, y se dirigió á su despacho, diciendo á Oton:

—Si está la madre de Otilia que me avisen, y entreten tú á Leandra. Si aquella se cansó de esperar y ha partido, lleva á la otra á mi cámara de escribir, donde te aguardo.

CAPITULO XXXV.

Una madre... política.—Donde no hay simpatía son inútiles los esfuerzos.—Leandra.—Preparativos de marcha.

Se hallaba Doña María de Haro, madre de Otilia de Sandoval, en el estrado de Mondragon, sentada en un sillon gótico, y tan grave y altiva como una princesa del Mogol. Su orgullo y altanería fueron poco á poco excitándose por la tardanza de Magno, hasta el punto de enrojecerse la epidermis de su rostro y bañar su frente algo de sudor.

Ya en aquel palacio, sin embargo, no podia la aristocrática dama salir sin ver al príncipe; pues qué hubieran dicho sus tertulios y aduladores al saber que habia estado allí sin ser recibida por nádie. Se resignó, pues, optando un mal por otro que creia ménos grave, y, aunque violentándose mucho, aguardó.

A la hora y media de esperar vió por fin aparecer la figura de Magno, grave como la de un príncipe.

Nuestro marino entraba con el mismo traje que despidió á Lerma, el cual se hallaba cubierto de polvo.

Ambos se hicieron una reverencia, exclamando Juan:

—¿En qué puedo complacer á Doña María de Haro?

Y esperó sentado frente á ella la contestacion.

—Vine á esta casa,—contestó la erguida señora,—á saber de mi hija.

—Creo que ha de estar en Venecia, y nádie podrá deciros su estado de hoy, teniendo en cuenta el tiempo que tardan los correos en venir. Hace quince dias se hallaba buena.

—¿No sois su marido?

—Sí.

—¿Y sólo eso sabeis de ella?

—A la distancia en que estamos, á no convertirnos alguno de los dos en águila, no es posible otra cosa.

—¿Y para eso aguardé hora y media?

—Vos lo sabreis.

—¿Nada os dice Otilia para mí?

—Nada. No la he oido pronunciar el nombre de su madre desde el momento que, eludiendo el terrible y cruel sacrificio que se le imponia, huyó de su lado, probablemente para siempre.

—Eso de cruel sacrificio lo dirá ella.

—Y yo, y cuantos tienen conocimiento del hecho.

—El señor marqués de Altacima, por su cuna y posicion, era un personaje digno de ella.

—Tan cierto es eso, que al poco tiempo fué cogido *infraganti* y sentenciado á muerte por el tribunal más justo de Europa. Se le probó únicamente que era asesino, un malvado como pocos criminales, y no rodó su cabeza, porque el ofendido le perdonó, y siendo hombre de mucho poder é influencia, logró conseguir su indulto y la permuta de la condena. Esa es la causa de hallarse hoy convertido en galeote, remando, para no dejar nunca su palo de las manos ni el sello que marca su infamia.

—Parece eso un cuento.

—Sí; estoy tan agradecido á las atenciones y deferencias que tuvísteis conmigo desde que os salvé vida é intereses, que os entretengo agradablemente ahora refiriéndoos una fábula.

—Como nada oí...

—Vos ignorais mucho, señora.

—Siendo marido de Otilia esperé hallar en vos otro recibimiento.

—¿Malo os parece, teniendo en cuenta los que vos me hicísteis á mí no há mucho?

—Vuestros amores con mi hija...

—Eso podia referirse al novio, pero nunca, en persona agradecida, al que le debemos cuanto somos.

—¿Quereis transigir?

—No os entiendo.

—Si olvidamos el pasado, acaso logremos entendernos.

—¿Para qué?

—Para que vos ocupeis vuestro puesto y yo el mio.

—Señora, como general de la república veneciana y su representante en Madrid, mando todas las escuadras que rodean la Península y dirijo la embajada de que me hice cargo. Como primo de Felipe III, rey de España, accediendo á sus ruegos, gobierno este país, y en prueba de ello os participo que vuestro primo Sandoval camina hácia Valladolid, desterrado de la corte, y no quedan ningun amigo ni pariente vuestro en el poder; á todos los ha barrido mi pluma como el huracan mueve y deshace los montes de arena del desierto. Mi patria adoptiva está muy satisfecha de mí, la nobleza y pueblo español me aplauden, y en verdad que cuando así sucede es innegable que ocupo bien mi puesto.

—¡Os ensañásteis con todos los mios!

—No; la saña y rencor jamás lograron de mí otra cosa que desprecio. Me contraigo á mejorar la suerte de este infortunado país, sustituyendo tanto bribon como hallé encaramado en el poder, con hombres entendidos, laboriosos, enérgicos y honrados.

—Todo eso nada tiene que ver con el puesto á que yo me referia.

—Explicaos mejor, y acaso os comprenda.

—Aludia á vuestra cualidad de esposo é hijo.

—En ese punto estoy hasta envanecido. Mi esposa me ama con delirio; soy su ilusion, como ella forma la mia, y nos hizo Dios tan fuertes y virtuosos, que nuestra seguridad del uno sobre el otro es completa. Como hijo, venero la memoria de mi inolvidable padre Don Juan de Austria; y mi madre, casada con el general Mondragon, duque y grande de España, halla en su idolatrado hijo tanta ternura y amor que se juzga la madre más dichosa de la tierra; eso dice á cada momento.

—Magno, vos teneis talento, comprendeis con facilidad, y no ignorais que siendo yo la madre de Otilia, me referia única y exclusivamente á ella, á vos y á mí. Y si el antiguo *Dragon* fuese á mi casa, se disculpara delante de mis amigos, me pidiera perdon por las ofensas inferidas y ofreciese sumision y cariño, puede que lograse en mí...

—No prosigais, que á tal delirio sólo me es dable contestar lo siguiente: De mísero pescador, que ganaba el sustento de la vida remando, extendiendo las redes y tirando luégo de la cuerda; de soldado, sargento y últimamente capitan en el Perú; de jefe de marina más tarde, terror de los enemigos de Venecia, como ahora general, embajador, príncipe y cási rey de España, nunca, en ninguna de tan diferentes posiciones, supe mendigar ni pedir otra cosa que amor á Dios; nunca, jamás pude transigir con el orgullo, la vanidad ni esos humos aristocráticos que convierten al sér humano en necio, despreciable y aborrecible.

—¡Pescador, soldado, sargento!

—Sí, señora.

—¡Y lo decis!

—Claro es.

—¡Y no se lo ocultais á todo el mundo!

—Al contrario, yo tambien tengo mi orgullo y vanidad, áun cuando de otra índole que los vuestros, y me gusta citar aquello que más me honra.

—¿Lo de soldado, marinero y sargento os honra?

—¡Quién lo duda! ¿Qué tiene de particular que al saber Felipe III mi parentesco con él, y al oir que tanto me habia ele-

vado, me encargase el gobierno de este país? Nada, en ello no existe mérito alguno ni cosa extraordinaria. Lo admirable, lo digno de aplauso, lo raro, en fin, es que un pobre pescador, sin educacion, dinero ni áun ese apellido que hereda el pordiosero, se eleve á sargento, capitan, embajador y general. El cómo se hace eso no lo sabeis vos, no lo comprendeis, porque sois muy pequeña, y los hechos grandes y plausibles sólo están al alcance, sólo los admiran inteligencias privilegiadas; genios que distan tanto de vos, de vuestros amigos y aduladores, como el cieno del brillante en calidad, como la tierra del sol en longitud.

—Acabemos, Magno. Puesto que es imposible entendernos, arreglemos la cuestion de intereses si lo teneis á bien.

—Para eso bastan dos frases: mi esposa, y por consiguiente yo, soy el dueño de cuanto dejó vuestro esposo, que es de cási todo lo que disponeis. Pues bien, en grato recuerdo á la memoria de nuestro padre, el cual partió con vos mesa y lecho, os lo regalamos todo miéntras vivais, con facultad ilimitada de vender lo que no está vinculado si no os basta con la renta. Mañana os llevarán por escrito esta nuestra determinacion.

—¿Habeis querido humillarme con vuestra generosidad?

—Señora, deseo únicamente que seais muy feliz, muy dichosa, pero muy léjos de mí, donde no vuelva á veros.

—¡Os poneis de pié, me echais!

—Bien sabe Dios que no abrigaba esas intenciones; mas por lo visto se ha empeñado la Providencia en que vengue por lo ménos uno de los muchos desaires que me hicísteis. Acabo: no quiero hablar con vos, porque es imposible entenderse con el necio orgullo y la vanidad; no queremos nada de lo que poseeis nuestro, porque nos sobran honores, posicion y riquezas. Mañana os mandaré la cesion que os he ofrecido; si no la quereis, endosadla á favor de un establecimiento de beneficencia, y hasta la eternidad.

—Pues hasta la eternidad.

Magno le volvió la espalda, partiendo en busca de Leandra.

María tomó la escalera, ensangrentándose el labio inferior

con su dentadura, llorando, y en un estado fatal; pero no habia en ella sentimiento alguno por la pérdida ó abandono de sus hijos. Aquella desesperacion era hija de orgullo ofendido, de vanidad contrariada y de haberse visto ante el hombre grande, tan ruin y miserable como era.

Juraba en estos instantes no volver á acordarse de Otilia ni de Magno, como lo hizo, ni cuidarse de ellos para nada; sin perjuicio de lo cual se quedó con todos los bienes de aquellos, empleando sus rentas en dar comidas á sus aduladores, ostentar trenes y juzgarse una gran señora, potentada y digna de la mayor consideracion. De este modo la sorprendió la muerte años después, sin ver á la cabecera de su lecho un amigo, ni llevarse al otro mundo el grato recuerdo de cariño que no supo inspirar en la tierra. Siempre tuvieron ese fin el orgullo y la vanidad.

Magno le volvió la espalda, como hemos dicho, entrando sereno y tranquilo en la estancia donde le esperaba la pobre Leandra. Al verlo la infeliz, fué á cogerle una mano para besársela; pero Juan la abrazó, y sentándola á su lado, le dijo:

—¡Cuánto placer tengo en verte, amiga mia!

—¡Pues y yo! Pero señor, tanta honra, tanto favor en un príncipe, me enajenan y enloquecen! ¡V. A. es!..

—No sigas, Leandra; para ti sólo soy Magno, tu antiguo protector, el amigo de tu esposo.

—Gracias, señor. Ya sé que os unísteis á la encantadora Otilia, y gozo comprendiendo lo felices que sereis, la dicha que Dios derramará sobre dos séres tan buenos.

—¿Cómo estás de recursos; te se acabó el dinero que te dejé?

—Todavía no; aún me quedan cien ducados en oro.

—Bueno. ¿Cuánto calculas tú que podrás necesitar para acabar los dias de tu vida con holgura y desahogo?

—Señor, os debo tanto, que á no haberos hallado en mi camino, hace ya tiempo que existiria mendigando de puerta en puerta.

—¡Oh, me horroriza la idea! ¡El que me hizo á mí un favor

no debe carecer de nada en la tierra! Contesta á mi pregunta, Leandra.

—Si os debo tanto, que estaba en la obligacion de besar donde V. A. pisa.

—Déjate de tonterías; llámame simplemente Magno, y pídeme.

—¿Os incomodais, señor?

—Sí; me ofende que me des alteza y me llames señor. Soy tu amigo, un hombre que allá en sus pasados años fué aprendiz de pescador y soldado raso.

—Pero luégo...

—Luégo tuve suerte y... ¿Cuánto necesitas, Leandra, que me aguarda el rey?

—Con otros cien ducados tengo bastante.

—¡Jesús qué disparate! ¡Doscientos ducados! Con eso hay para una semana, Leandra.

—No lo creais; con uno me basta para dos dias.

—Pero tú has de vivir más de un año, de dos y de tres.

—¡Quién sabe!

—No puede ser eso. Melenik, que le entreguen cuatro mil ducados, y recomiéndala mucho á Pantoja para que vele por ella el resto de su vida. Adios, Leandra, estrecha mi mano, y perdona si tan pronto te abandono. Gobernar, hija mia, es esclavitud, padecimiento, penalidad continua.

—Dios conserve esa preciosa vida todo lo que yo deseo.

—Conde, despacha, y en palacio te aguardo.

Y salió Magno, siguiéndole Melenik luégo que entregó á Leandra los cuatro mil ducados en oro y le hubo encargado que volviera ocho dias después para hablarle á Pantoja, que ya estaria de regreso, de la recomendacion del príncipe.

Don Juan y Divari siguieron trabajando dia y noche sin tregua ni descanso, pues todo lo hallaban sin concierto ni regularidad. Al gobierno tirante de Felipe II, pero enérgico, sábio, potente, habia sucedido otro débil, ignorante y tan desacertado, que no habia nada en su sitio. Así es que Magno empezó por variar el personal de Madrid, luégo el de las pro-

vincias, y últimamente el de todas las colonias de Ultramar. Destruyó los despilfarros y, regularizando los impuestos, dió buena aplicacion al mucho oro y plata que venía de América.

Los hombres de las escuelas de Felipe II, de Alejandro Farnesio, de Pescara y otros reemplazaron á la caterva de ambiciosos ó ignorantes que anteriormente avasallaban y descomponian el país.

A los treinta dias de un trabajo ímprobo, continuado, inteligente y hasta podemos llamar sábio, tenía el príncipe concluida la gran base sobre la que debia Felipe III levantar el glorioso edificio de su reinado. Ocupó seis dias en enterar al rey de todo, le dió consejos que, tomándolos, sólo el bien podia resultar de ellos. Y cansado de trabajar, le pidió permiso para retirarse á su palacio á preparar una marcha que él deseaba vivamente y le pedian con empeño Otilia, el Dux y Gradenigo.

—Bien,—le contestó el monarca,—me haré cargo del gobierno; mas me ofreciste dos meses de permanencia en Madrid, y no rebajo un solo dia. Hasta ahora tú mandaste, concretándome yo á aprobar diariamente todos tus actos; en lo que falta de mes cambiamos los papeles, y reuniéndonos por las noches una hora á lo ménos, me darás tu opinion sobre lo ejecutado por el dia.

—No puedo negarme, señor, que todo lo ofrecido debe cumplirse. ¿Qué hora me designa V. M?

—De ocho en adelante.

—No faltaré.

—Así lo espero de ti, Juan, que España es tu patria y yo soy tu rey.

—Pues hasta la noche, señor.

—Antes de partir, dime qué hago respecto del duque de Uceda y del marqués de Siete-Iglesias.

—En mi concepto, lo que yo; entretener al primero en obsequio á su padre, permitirle que se haga la ilusion de creer que es el favorito, y nada más. Se educó con V. M., ama á su rey, y, aunque le falta talento, no es malo. En cuanto

á Calderon, ya es diferente; ese tiene ingenio, travesura y una osadía sin límites; conoce admirablemente todos los negocios, pero es ambicioso, y su conciencia elástica como pocas; puede dársele aplicacion, pero estando muy sobre él, y á la primera que haga...

—Comprendo.

—Ambos necesitan buenos consejos; el uno para que camine derecho y el otro para que no corra y tropiece. Yo se los dí á todas horas, y en mi pobre opinion creo que V. M. debe hacer lo mismo.

El rey aceptó la pesada carga que Magno volvia á poner sobre sus hombros, colmó de elogios al sustituto que habia tenido, á éste y á Oton les ofreció cuanto quisieran, ninguno admitió nada, y ámbos, después de una despedida afectuosa, se retiraron al palacio de Mondragon.

Magno salia alegre, satisfecho, y el conde tan indiferente y callado, que á todo lo que su hermano le preguntaba por el camino contestaba con monosílabos.

Juan participó á sus padres que ya podia dedicarles la mayor parte del tiempo, éstos se complacian en oir la nueva, é iban á hacerle várias preguntas sobre el porvenir y algo de la próxima marcha, cuando Magno les interrumpió con las siguientes frases:

—Luégo hablaremos cuanto querais; ántes debo evacuar un asunto importante con el conde Divari, encerrados ámbos en mi despacho. Sígueme, Oton.

Y los dos, después de echado el pasador de la puerta, se sentaron, diciendo Magno:

—Te llamo, Melenik, para exigirte una prueba de cariño y confianza ¿Continúo siendo para ti tu amado protector, tu hermano?

—Sí; cada dia te quiero más. Tu nobleza de alma y tu talento jamás brillaron como al sentarte en el régio sillon y deshacer tanto malo como hallaste, sin emplear el rigor, con un genio y habilidad que me encantaron, Juan.

—No es eso, Oton. Valga cada uno de nosotros dos lo que

quiera, me contraigo al afecto, simpatía y amor que nos debemos el uno al otro.

—De eso es inútil que hablemos.

—Al contrario, me es ahora indispensable. Hermano, juntos atravesamos los mares, recorrimos la tierra, vinieron luégo á separarnos multitud de desgracias para probarme lo que valias, la grandeza de tu cariño y de tu alma. Aquel período acabó, y, uniéndonos otra vez la suerte, seguiremos al lado el uno del otro para no alejarnos nunca. ¿Es cierto?

—Sí.

—Dime, Oton, en ese cúmulo de intrigas que te has visto obligado á desarrollar, ¿te aficionaste á la mentira?

—No; la odio como tú.

—Bien. En el mes y dias que hemos permanecido en palacio, trabajaste conmigo con constancia que aplaudí, laboriosidad, energía y talento sublimes, pero no he quedado satisfecho.

—¿En qué he faltado, Juan?

—Como hombre y caballero en nada; como hermano en mucho.

—No te comprendo, Magno.

—Oton, leo hace tiempo en tu semblante el dolor que siente tu alma, la pena que martiriza tu corazon. Antes eras alegre, estabas jovial, te reias de continuo, y ahora sucede lo contrario. Tu hermosa frente se plega con frecuencia de arrugas; suspiras, y baña tu rostro un tinte melancólico, sombrío, taciturno. ¿Me he equivocado?

—Acaso no.

—¿Padeces, Melenik?

—Sí.

—¿Qué deseas, hermano?

—No lo sé.

—Eso es imposible, Oton.

—Te he dicho la verdad, Juan.

—*No hay efecto sin causa;* esto lo sabes de muy antiguo, como yo.

—Los hijos de mi país solemos entregarnos con frecuencia al pesar.

—Lo comprendo en los que continúen habitando las altas y sombrías montañas del Cáucaso, pero léjos ya de ellas, es imposible.

—*No hay regla sin excepcion.*

—Es más general el axioma que te he presentado ántes, *no hay efecto sin causa.*

—Juan, no me mortifiques.

—Ingrato, ¿tengo yo secretos para tí? Habla, y lo que pidas lograrás.

—No puede ser.

—Tu corazon es duro como el bronce, eres indigno de mi cariño.

—Eso no, Magno; pero debo callar; acaso hable algun dia.

—No; ha de ser ahora.

—Juan, que destrozas mi alma.

—Mejor; quiero ponerla en tortura hasta que grite. ¡Juro por Dios Santo no descorrer el pasador de esa puerta hasta que averigüe la causa de tu tristeza!

—¡Terrible juramento!

—Ya está pronunciado, y bien sabes cómo los cumplo. O me dices lo que tienes, ó no salimos de aquí: elige.

—¿Y Otilia, y nuestra madre?

—No quiero verlas, empañada mi felicidad con tu negra ingratitud.

—Bien, haré el sacrificio, pero á medias, Juan; pedir otra cosa es intentar un imposible.

—Bueno; empieza.

—¿No serás exigente?

—¿Qué se yo? Si todo lo ignoro...

—Magno, se reduce mi melancolía á que estoy enamorado.

—Me lo figuré. ¿De la infanta?

—No.

—¿De la hija de algun emperador?

—Tampoco.

—¿Es española?

—Francesa.

—Pues iremos allí y te casarás con ella, sea quien quiera.

—¿Y si es muy pobre?

—¿No somos nosotros ricos?

—¿Y si fuese del pueblo, plebeya, pongo por ejemplo?

—Al elevarla tú á condesa y darle yo el nombre de hermana, la admitirán los reyes en sus palacios.

—¿Y si perteneciera á una familia tan oscura ó tan?..

—Melenik, lo que tú tocas se ennoblece, lo que elevas hasta ti yo lo aceptaré siempre gustoso.

—Perfectamente, Juan. Concluyamos en Madrid los veintiseis dias que nos restan, y al acabar nos ocuparemos de mi asunto.

—No; quiero que sea ahora mismo, porque viéndote desgraciado no puedo yo tenerme por feliz.

—Las contestaciones que me has dado ahuyentaron de mí la melancolía; no era cuestion de tiempo, sino de que tú te opusieras...

—¡Ingrato, qué mal me juzgas! Elige la mujer que quieras, áun cuando sea la hija de Nefftalí Asam, que si tú eres dichoso con ella, yo la aceptaré con orgullo.

—¡Já, já, já! ¡La heredera de Auch!

—¡Qué risa tan extraña; parece que responde á ella el eco de tu corazon! Pero no me importa; rie, hermano, llegue á ti la ventura, y sea lo que quiera.

—¡Pues no he de reir! ¿Notas cómo desapareció de mi faz la tristeza?

—Sí.

—¿Ves qué alegre estoy?

—Sí.

—¿Comprendes que se ha borrado el paño?..

—Sí, sí.

—¿Y qué deduces?

—Que he logrado mi objeto.

—¿Qué más quieres saber, hermano?

—Nada, Oton. Mi afecto te permíte hasta que tengas secretos para mí.

—¡Qué alma tan noble!

—Al contrario, tan egoista. Tu felicidad aumenta la mia, y eso es todo.

—¡Magno, Dios es grande, y le debo tanto, que me falta tiempo para admirar su misericordia!

—¿Quieres que partamos mañana á Francia?

—No.

—¿Por qué?

—¿Y tú compromiso con el rey?

—Volveremos luégo.

—¿Y Otilia?

—Esperará un poco más; te quiere tanto como yo, y diciéndole que depende tu dicha de la tardanza, aguardará resignada.

—A pesar de eso, quedémonos, Juan.

—¡Qué locura! Esta noche partimos. A las cuatro veré á S. M. y me despediré de él.

—Te digo que es innecesario.

—Explícate, Oton.

—Lo que nosotros pudiéramos ir á buscar está en lo posible y hasta es fácil que venga aquí.

—¡Ah! Ya sabes que el embajador de Francia es mi amigo...

—No prosigas; ese negocio quiero yo que permanezca oculto todavía, y desempeñarlo solo, pues basta y sobra conmigo.

—¿Tampoco yo?..

—Tú, más adelante.

—¿Qué quieres de mí ahora?

—¡Un abrazo, corazon hidalgo, generoso, admirable, hombre sublime!

—Que no vuelva á verte triste.

—Te lo ofrezco solemnemente. Salgamos, que nuestros padres nos esperan.

Y cogidos del brazo, se dirigieron á la estancia donde se hallaban Mondragon y Juana.

En lo sucesivo demostraba el conde delante de Juan alegría y satisfaccion; pero cuando se encontraba solo, volvia á entregarse á su tristeza y pesar. Oton desconfiaba del porvenir. Su permanencia junto á Atalia excitaba aquella melancolía, su sueño era corto, meditaba mucho, y era, en fin, desgraciado, muy desgraciado, pues la tolerancia y bondad de Magno sólo destruyeron uno de los muchos inconvenientes que veia en lo futuro de su ventura.

De este modo trascurrieron vários dias.

Magno dispuso que la parte de su escuadra extendida en los puertos del Océano y Mediterráneo de España se reuniese en Barcelona, quedando el navío almirante y el *Dragon* en Valencia, punto de partida del general, padres, hermano y comitiva.

Melenik veia todos estos preparativos de marcha con angustia, pero se resignaba, fingia delante de Juan, y ya llegó hasta el caso de verter lágrimas en el retiro y silencio de su alcoba.

De este modo le sorprendió un gran acontecimiento que él esperaba en un principio, y de cuya llegada desconfió por completo, en vista de un retraso que no podia explicarse.

CAPITULO XXXVI.

Continúan los preparativos de marcha.—Sorpresa y confusion.—Atalia abandona su segundo nido.—Un cuadro difícil de pintar.

FALTABAN para la marcha de Magno diez dias, y como quiera que Juana y Mondragon habian decidido seguirle á Venecia y habitar la ciudad acuática, comenzó el anciano general á vender todas sus posesiones, incluso el palacio en que vivia, con los muebles y objetos que no eran trasportables.

A la vez que esto hacian, mandaron los equipajes á los navíos *Venecia* y *Dragon*, quedándose sólo con lo puramente indispensable.

La embajada volvió á establecerse en casa de Mateotti; éste se hizo nuevamente cargo de ella, segun estaba anteriormente, y Magno, todo ya dispuesto para su marcha, dedicaba el dia á recibir á sus muchos amigos y á devolverles sus visitas, parte de la noche al rey y el resto á su familia.

Oton, alegre en apariencia, se hallaba más desesperado, melancólico y triste que lo habia estado nunca. Lloraba de noche, reia, violentándose lo indecible, á presencia de los suyos, y la amargura que torturaba su alma sólo él la sabía y

un poco Atalia, la cual se esforzaba vanamente en pretender devolverle la ventura que le habia quitado.

Eran las cuatro de la tarde: Magno, Mondragon, Juana y Mateotti concluian de comer, y, siguiendo su costumbre, pasaron á un bonito salon cuadrado, en el que tenían ricos sillones; y en donde aguardaban todos los dias á Melenik.

Poco después se presentó el georgiano, risueño, pero en realidad más molestado que nunca moralmente.

Magno ocupaba el sillon del centro; á su izquierda se sentaron Mondragon y Juana, y á la derecha Mateotti, el conde, y un instante después el maestre Pantoja, que habia regresado de Valladolid, y áun cuando aquél dia comió con algunos amigos, se apresuraba á asistir á la reunion de familia que tenía el príncipe por las tardes, siendo así que por la noche se iba con Oton á palacio.

—Bien venido el maestre,—exclamó Magno;— le participo que el eminentísimo señor cardenal duque de Lerma me encarga, en pliego que concluyo de recibir, le dé las gracias por las muchas atenciones que tuvo con él en el camino, y por la nobleza y caballerosidad que demostró al pobre desterrado.

—¿Se encuentra bien?

Le preguntó Pantoja.

—Perfectamente. Ha esperado, segun dice, á escribirme después de asentados sus reales en la antigua capital del reino, con objeto de darme noticias detalladas de su salud y nueva vida.

—¿Y qué dice?

Le preguntaron todos.

—Me participa, con alegría, que en las provincias de España se practica y conoce mucho ménos que en Madrid la etiqueta, fingimiento y barniz cortesano, que convierte á los hombres en tipos ridículos de mentira y falsedad. Así es que áun cuando está alejado del poder, le visitan todos sus antiguos amigos, sin excepcion alguna. La teocracia pretende consolarle de una desgracia que él bendice, se halla satisfecho, y no piensa en volver jamás á Madrid.

En este instante se presentó un portero de estrado en el umbral de la puerta. El príncipe le preguntó:

—¿A quién deseas hablar?

—A V. A., señor.

—Os he prohibido á todos que me deis un tratamiento que ya caducó y que jamás acepté. ¿Qué ocurre?

—Un anciano, mal vestido, enfermo, y que apénas puede sostenerse en pié, llegó hace poco al zaguan del palacio, apoyado en el brazo de un sirviente.

—¿Le preguntásteis qué queria?

—Después que cobró aliento, nos dijo que deseaba ver al señor Don Juan Magno de Austria; le exigimos su nombre, y lo ocultó; nos negamos á pasaros recado, y entónces nos suplicó, con los ojos llenos de lágrimas, que lo trajésemos á vuestra presencia. Por último, siendo imposible introducir hasta aquí á un desconocido, nos ha dicho que se llama el baron de Auch.

—¡Auch!

Exclamaron todos, mirándose con espanto, á excepcion de Melenik, que inclinó su hermosa cabeza en actitud de meditar. No le sorprendió la noticia ni demostraba en estos instantes alegría ni sentimiento.

Magno miró al conde atentamente, y como aquél seguia con la vista baja, le dijo:

—Hermano, contesta á la pretension de Auch lo que tengas por conveniente.

Divari alzó entónces la frente, diciendo á Juan:

—No veo inconveniente alguno en que recibas á ese hombre y le oigas.

—¿Aquí?

—Bien.

—¿A presencia de todos?

—Sí.

—¿No sería más acertado que nos fuéramos á mi despacho los dos?

—¿Para qué? De oirle, escuchémosle todos.

—¿Te violentas, Oton?

—Al contrario; deseo averiguar qué fué de ese miserable desde que lo perdí de vista en París, y qué osa decir al hijo de Don Juan de Austria, al hombre que robó y lo tuvo treinta años sin nombre, posicion ni orígen. Anhelo contemplar la impresion que recibe al ver á Mondragon, al mirar á Zaida Abenamar, á quien tanto daño causó, concluyendo por mandar que la arrojasen de su casa vários criados y que más tarde la apedreasen en la calle. No temas por mí, Magno, que yo poco hice contra ese malvado, y no han de obligarme sus frases á bajar la vista.

—Que éntre el baron de Auch.

Dijo Oton al portero, y quedaron los seis esperando la llegada del judío.

Cinco minutos después se presentó Nefftalí por la puerta que daba frente á donde estaba el príncipe.

Asam llevaba una túnica corta, calzas de lana azul y zapatos de cuero; ceñida la primera á la cintura con un cíngulo grosero. Tenía el pelo, bigote y barba blancos, ralo aquel, y en su demacrada faz se marcaba profundamente la huella del dolor y sufrimientos.

Se apoyaba en un báculo de roble, y al entrar se inclinó, quedando parado en el umbral de la puerta. Su mirada se extendió por el salon. Al ver á Juana se echó un poco atrás: al contemplar y reconocer luégo á Mondragon, retiró la vista de él como espantado, y fijándola más tarde en Melenik, movió la cabeza con disgusto, coloreándose un poco su semblante.

A este reconocimiento siguió un largo silencio. Los seis le examinaban con atencion.

Nefftalí recobraba fuerzas perdidas, hacia ánimo y meditaba.

Tranquilo al parecer, preguntó:

—¿Quién de estos señores se llama Don Juan Magno de Austria?

—Yo.

Le contestó Magno, sin demostrar ira ni sentimiento.

—¿Me permite el hijo de mi antiguo señor,—añadió el hebreo con voz balbuciente,—que le dirija la palabra?

—Sí, pero piensa mucho lo que dices, judío; que tengo á la izquierda á mi madre, junto á ella su esposo el general Mondragon, y en la memoria un pasado horrible. Cuenta además que me basta decir quiero para que te ahorquen pasado mañana.

Asàm tembló; la duda aparecia en su rostro, quedando por algunos momentos vacilante.

De pronto demostró haber tomado una resolucion definitiva, y dijo:

—Hace más de treinta años servía yo en calidad de tesorero al príncipe Don Juan de Austria. Le seguí en sus guerras de Granada, de Africa, de Flandes, y detrás de él estuve en la gloriosa batalla de Lepanto. Le amaba; yo no sé qué tenía su acento para mí que fué el único hombre á quien quise en este mundo.

—No mientas, judío; por respeto siquiera á la memoria del héroe, da tregua una vez en tu vida al engaño y la ficcion.

—No falto á la verdad, señor; en el curso de mi relato os convencereis que en nada miento.

—Prosigue.

El conde Divari aprovechó los instantes empleados en el corto diálogo que acababan de sostener su hermano y Nefftalí, y acercándose al oido de Pantoja le pidió un señalado favor, que aquél se apresuró á hacerlo, saliendo de la estancia acto continuo.

La puerta volvió á cerrarse, é imperó un silencio interrumpido nuevamente por Asam con las siguientes frases:

—Decia, y sostengo, que Don Juan de Austria fué el único hombre á quien amé en la tierra. Un dia aciago me llamó, y, tendido en su lecho de muerte, hubo de alargarme su testamento, haciéndome jurar que lo cumpliria en todas sus partes. Horas despues espiró. ¡Dios lo tenga en su gloria! Yo era el depositario de todos sus intereses. En el acto mandé á sus dos hijas naturales lo que el padre las dejaba por herencia; ade-

más aboné algunas otras cantidades de mandas y regalos que hacía, quedándome sólo con lo mio y tres millones de un niño llamado Juan Magno, el cual tenía yo en mi casa al cuidado de una nodriza. ¡Ay! ¡Hasta ese dia Nefftalí Asam fué hombre de bien, probo, honrado; mas Lucifer se apoderó por primera vez de mi alma y me empujó al crímen, en cuyos brazos caí ciego, torpe, insensato! Teníamos en frente á los flamencos, nos hallábamos acampados, el enemigo estaba cerca, avanzó, y el general Mondragon se vió obligado á salirle al encuentro, abandonando á mi niño y á mí. ¡Terrible abandono! Libre yo de la vigilancia del noble general, sentí una sed de oro que me devoraba! No vacilé, no. ¿Cómo, si el demonio apresaba á mi espiritu? Cogí mi dinero, los tres millones, el niño, y desaparecí de aquel sitio, poniendo muchas leguas entre la madre, el general y yo. Será mi hijo,—me decia,—luégo lo dejaré por heredero, y mejor está conmigo que con una mora deshonrada y léjos de su tribu. Pero el niño creció; era hermoso como un ángel: mas en vez de corresponder á mis caricias, me arrancaba los pelos del bigote, arañaba con sus manecitas mi faz, y me llamaba maldito. Esa fué la primer frase que pronunció. Seguia creciendo, injuriándome, y tanto hizo, no obstante su corta edad, que le aborrecí; pues habeis de saber que para los demás era tierno, cariñoso y afable. Empezó á demostrar fácil comprension y disposiciones naturales; pero todas las empleaba en daño mio. No pudiendo sufrirle, lo llevé al Brasil y se lo dejé á unos pescadores pobres, pero honrados, que anhelaban apadrinar un hijo que el cielo les negaba. ¡Ay! ¡A los cuatro años de edad adivinaba quién era yo, lo que habia hecho con su madre y lo que iba á hacer con él! Me volví á Europa, siempre con nombre supuesto, robé al niño sus tres millones, y, unidos á mi capital, navegué en brazos de esa tormenta que parece patrimonio de mi raza: la usura. Multipliqué; al que llegó á mí le saqué cuanto pude, hasta reunir doce millones que tengo. ¡Ay! De esos os pertenecen, señor Don Juan Magno de Austria, seis, los que están á vuestra disposicion.

—Con mis tres, Nefftalí Asam,—exclamó Magno,—has ganado los otros, siempre en alas de torpe y halagadora usura que yo no puedo aceptar. Soy rico; da unos y otros á los pobres.

—Con usura sí, pero con un trabajo ímprobo; sufriendo insultos y constituyéndome en perpétuo guardian de mi caja.

—Bien; por eso te quedas con la mitad, entregando los mios á familias indigentes.

—¡Seis millones!

—Lástima es que no sean veinte. De ese modo se triplicaria el beneficio que hiciésemos.

—Bien, señor; me asombra vuestra generosidad, pero no la rechazo. ¿Quereis continuar oyéndome?

—Sí.

—Fuí ladron, lo confieso y declaro solemnemente; inhumano con un niño inocente; cruel con una madre desolada; pero hoy restituyo capital y réditos; hoy caigo á las plantas de los tres que tanto ofendí; beso sus piés y, anegado en llanto, no abandonaré esta postura hasta que me perdoneis. ¡Fuí malo, perverso; me convertí en una plaga de vosotros, en la misma iniquidad; mas si sois grandes, nobles, generosos, aceptad la contricion de un anciano desvalido que conoce sus crimenes, que os demanda misericordia! Si amais á Dios, imitadle.

Y Asam comenzó á besar á Magno, Juana y Mondragon los piés, las manos, las ropas, lloraba sin cesar; y arrastrándose por el suelo, gritaba desaforadamente:

—¡Perdon, perdon!

Al fin logró enternecer á cuantos presenciaban el acto. El príncipe no pudo contenerse por más tiempo, exclamando al fin:

—¡Yo te perdono, Nefftalí Asam!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Añadieron Juana y Mondragon. El príncipe cogió al baron por los brazos, prosiguiendo:

—Alza, infeliz, y acaba el resto de tu vida tranquilo y sa-

tisfecho. Basta con lo que has sufrido; enjuga tus ojos, y rie si quieres complacerme.

El baron se puso en pié; limpió las lágrimas que corrian por su rostro, y más tranquilo y sereno, al parecer, exclamó:

—¡Gracias, noble general Mondragon; gracias, Zaida Abenamar; gracias, magnánimo príncipe, retrato en figura y hechos del héroe de Lepanto! ¡Que Dios os premie y bendiga, os defienda y ayude, os colme de beneficios é impida que el dolor empañe jamás vuestro semblante!

Y cobrando aliento, añadió:

—Señor Don Juan, en cuanto designeis las familias indigentes, les entregaré los seis millones en la forma que vos dispongais. Ahora, insigne y generoso príncipe, devolvedme mi hija.

—¿Qué hija, Asam?

—Mi Atalía, la que me robásteis del castillo y conservareis en rehenes; ese pedazo de mi corazon; la que alienta mi vida, la que me ha evitado perecer en la larga, penosa y cruel peregrinacion que vengo haciendo; por la que os devuelvo los millones, por la que he besado el suelo donde pisais, por la que os arranqué un perdon noble é hidalgo, pero que merece algo más. ¿No quereis que ria? Yo os he creido; hombres como vos no mienten nunca; pues bien, entregadme á mi Atalía, y seré el padre más feliz de la tierra.

—No te entiendo, Nefftalí.

—¡Que no me entendeis! ¡Señor, ó me dais mi hija, ó me atravieso el corazon en vuestra presencia!

—Yo jamás la vi; nada sé de ella, y me es imposible dar lo que no tengo.

—Señor, ¿jurais decir verdad?

—¡Por el alma de mi padre, por Dios Santo, que nos ve y oye!

—¿No estábais hace dos meses en París?

—Ni hace dos meses, ni nunca; jamás vi ese pueblo.

—Entónces han abusado de vuestro nombre, poniéndolo al pié de unos escritos infernales.

—Yo nada he mandado sobre ti, pero hay en el mundo quien puede hacer de mi nombre, de mi fortuna y de mí lo que quiera.

Sin oir Asam las últimas frases de Magno, se volvió hácia Melenik, alzó los brazos, y, con acento descompuesto y ronco, le dijo.

—¡Samuel Levi, ántes Oton Melenik, conde Divari, que finge nombres!..

—Como tú; de ti lo aprendí; *quien á hierro mata á hierro muere*.

—¿Qué te hice yo, supuesto judío, mal cristiano?

—A mí nada, perverso hebreo; hiciste á mi madre adoptiva Zaida, á mi padre Mondragon y á mi hermano Juan.

—¿Y quién te inspiró tanta maldad?

—Tú; me contraje á imitarte. ¿Lo he conseguido?

—¡Con exceso, ay! Yo robé un niño, arrojándolo al Brasil, pero no le deshonré ni lo he tratado mal miéntras estuvo á mi lado.

—Pero le robaste nombre y fortuna, y era preciso que yo buscase un equivalente.

—¡Deshonrada y en tu poder, fiero Satanás, qué habrá sido de mi hija!

—Puedes figurártelo.

—¡Y no se abrió la tierra para tragarte!

—No; el infierno es para los réprobos como tú, no para el ángel vengador como yo.

—¡Qué malo eres!

—Sólo tú, Altacima y Jonás dicen eso de mí en el mundo, y consiste en que me ensañé con los tres, únicamente por imitaros. Así es, que al describirme á mí, sin pretenderlo, haceis vuestro retrato.

—¡Pero si yo nada te hice á ti!

—¡Pero si hiciste á mis padres y hermano!

—¡Pero si ellos me han perdonado!

—¡Pero si yo no te perdoné aún!

—¿Qué más quieres de mí?

—Que sufras tanto tiempo como has hecho padecer á los mios.

—¡Más de treinta años!

—Y luégo los réditos, que con el avaro es preciso ser usurero.

—Zaida, Mondragon, príncipe, ¿nada decis á esa fiera?

—¡Si vuelves á insultarlo,—le contestó Magno con ira,—te mando cortar la lengua, miserable! ¡Oton Melenik vale más que tú y que todos los perversos que salieron de las doce tribus, raza deicida y maldita!

—¡Me ha hecho tanto daño!

—Más nos hicistes tú; y léjos de insultarte ó de castigar tus crímenes, como puedo, te hemos perdonado.

—Ya lo he visto, señor; interceded al ménos por este pobre anciano.

—No puede ser; Oton jamás obró mal. Entiéndete con él, y cuenta que su sentencia la ejecuto yo, y que no excluyo la de muerte.

—Señor conde, ¿quereis darme á mi hija, por caridad?

—No.

—¿Por qué?

—Por que eres indigno de ella.

—¡Pues si la amo con todo mi corazon, si es mi vida!

—La quieres ménos que el tigre á su cachorro, que lo tiene á su lado y le enseña cuanto sabe.

—¡Y yo creí que la adoraba!

—Tú no supiste en el mundo otra cosa que hacer daño y estafar.

—¡Ay, bien os vengásteis, conde! ¡No contento con robarme mi hija, con deshonrarla, con darle acaso martirio perpétuo, me hicísteis ir al Havre, donde sólo befa, insultos y escarnio recibí; regresé á París, y estuve á la muerte por haber leido sólo el escrito, á cuyo pié pusísteis el nombre y rúbrica de Don Juan Magno de Austria! ¡Sano milagrosamente, me echo á la calle, y encuentro todas las puertas cerradas; los hombres me llamaron ladron; mis amigos, Nefftalí Asam;

los chicos me apedrearon, y hasta en las esquinas habia pasquines que decian: *Nefftalí, ladron, usurero, asesino, huye de Paris.*

—Pues yo no estaba allí.

—¡Quedaron vuestros agentes, vuestra sombra! ¡Realizo y salgo; pero en las posadas, en las poblaciones, en los caminos me siguió Oton, dignamente representado. Allí no me insultan, pero matan mis caballos, rompen los carruajes, me apalean, y tantos inconvenientes hallo, que empleo dos meses en esa travesía, regando el suelo con mis lágrimas, bañándolo con sangre!

—Así fueron treinta años sin tregua ni descanso Magno y Zaida.

—Pues yo no estaré un dia más; que de no abrazar hoy á mi hija, esta noche me atravieso el corazon.

—Es igual; en el otro mundo pagarás lo que te falta aquí; Dios no concedió á tu libre albedrío el privilegio de que pudiera eludir su justicia.

—Bien, moriré hoy, os lo juro, y no os he de maldecir, señor conde; no he de vengarme, aunque pueda, en la otra vida. A imitacion de estas tres almas nobles, yo tambien os perdono, Samuel Levi. Si el tiempo de mi expiacion ha llegado, bendito el cielo que me la impone en este mundo. Adios, Oton...

—Espera, anciano,—dijo Magno conmovido;—tus últimas frases resonaron en mi corazon. Melenik, hermano mio, por el amor que te tengo, haz en obsequio de Asam todo lo que te sea posible.

—Nada me es dable, Juan.

—¿Por qué?

—Porque este hombre quiere que le entregue su hija, y ella le odia, le aborrece.

—¡Mi hija! ¡La que yo idolatro! Eso no puede ser, señor conde. Perdonad mi franqueza.

—Nefftalí, yo no te odio ya ni tengo contra ti ira ni rencor; cuando mi hermano perdona, yo rara vez castigo. Me he

negado á satisfacer tu pretension por evitarte el más cruel de los desengaños.

—¿Cuál?

—La prueba de que tu hija es la única que te aborrece de cuantos estamos aquí.

—¡Sólo esto me faltaba, Dios Santo! Dejádmela siquiera contemplar.

—Que te pierdes, Asam.

—No importa; véala una vez, mire su deliciosa faz, y moriré satisfecho.

—Bueno; no me culpes si te pesa.

—Al contrario; resulte lo que quiera, os bendeciré el resto de la vida.

—Pues sea.

Y el conde acabó de abrir una puerta secreta que estaba cerca de él, y cuyo pasador oyó descorrer hacía tiempo, exclamando:

—Pantoja, entrad con mi paje Don César.

Y apareció Atalia, apoyada en el brazo del maestre.

La jóven se desasió, hizo una reverencia, quedando detrás de Melenik.

Pantoja ocupó su asiento.

Los restantes miraron al paje, sorprendiéndoles su perfecta hermosura, sus encantos y gracias.

El baron contemplaba en este instante á su hija absorto, con éxtasis arrobador. De pronto alzó los brazos, el báculo rodó por el suelo, y el anciano dijo con voz vibrante y cariñosa:

—¡Hija, hija mia! Soy tu padre. ¿No me conoces?

—No. Sólo sé que hay un Dios del cual no me hablásteis nunca, y un caballero en el mundo que me sirve de padre, de hermano, de protector. Vos me lo presentásteis, y es lo único que os debo en el mundo. Miradlo; está severo y grave para vosotros; para mí nunca le falta una sonrisa, una terneza, una accion noble y generosa. ¿Verdad, Oton?

—Sí, Atalia. Con un ángel como tú debia yo ser bueno, muy bueno.

Y el conde la miró sonriendo, retratándose en su rostro la bondad y el cariño.

Juana, Mondragon, Mateotti y Magno volvian á ser sorprendidos nuevamente por un acontecimiento heróico, realizado por Melenik. En la tersa epidermis de la jóven leyeron virtud, honestidad, satisfaccion de sí; en la sonrisa de Divari, alegría, abnegacion, heroismo. La idea concebida por los cuatro de que el georgiano vengaba en la hija las maldades del padre, sufrió una metamórfosis completa. El juicio que formaron de crueldad y fiereza respecto del montaraz caucasiano, cambió por completo, mirándole en este instante como al sér más bondadoso, noble y caballero.

El judío, fijo en Atalia, le parecia un sueño cuanto tenía delante; la contestacion de la jóven habia paralizado hasta la circulacion de su sangre.

—¿Con que nada me debes?—añadió.—¿No te he dado el sér? ¿No te amo más que á mi propia existencia?

—Señor baron, vine al mundo porque Dios lo dispuso así, y en vuestro cariño sólo hallé una tiranía tan dura como la del déspota con su esclavo. Amándome tanto, me tuvisteis siempre encerrada, léjos del mundo, y nada me enseñásteis. Oton, que no es mi padre, que fué vuestro enemigo, y que ninguna obligacion tiene, me enseñó primero á conocer á Dios, á amarle; luégo me llevó por el mundo, explicándome lo que era la creacion, lo que eran los hombres, las mujeres, á lo que hemos venido aquí y los deberes de cada uno. Me describió la grandeza de la virtud, lo horrible del vicio con frases tan convincentes, que bendije la primera y odié el segundo. Cuando esto supe, me permitió que en carroza ó á pié anduviera por las calles, hablase con mis semejantes é hiciera lo que mi conciencia me aconsejara; porque, como él dice muy bien, con la mujer que no sabe ó no quiere guardarse, son inútiles todas las precauciones. Para huir del castillo en que vos me encerrásteis bastó una palabra de Melenik; para que salga del alcázar de la virtud, donde estoy ahora encerrada, son pocos todos los séres humanos del universo.

—¡Con que no estás deshonrada, Atalia!

—¡Deshonrada yo! ¿Y quién habia de atreverse á tanto?

—Samuel Levi; el que delante de mí besó tu mano.

—¡Qué profanacion, qué locura! Solos hemos venido en carroza, solos en la cámara de un buque, solos estamos todas las horas de que el conde puede disponer; porque nuestra mayor ventura se cifra en contemplarnos, hablar, enseñarme él y aprender yo. Pero es tan ingrato, que desde que abandonamos el castillo ni una sola vez quiso estrechar mi mano entre las suyas. Es la única queja que tengo de él.

—Pero ¿qué suerte te espera junto al conde, hija mia?

—Hasta ahora me trató como á reina en lo espléndido y generoso; como á vírgen en lo atento, cortés y respetuoso; como á hija en todo lo demás. Me dijo que esperase, y, como estoy columpiándome en la dicha, aguardo tranquila lo que él disponga.

—¿Me dejarás marchar sin ti?

—Si no va Oton, claro está.

—¿Y mis derechos sobre ti, ingrata?

—Dios me ha dado voluntad y libre albedrío; por eso elijo de ámbos al que más debo, al que amo más. Entre ser vuestra hija ó su esclava, prefiero lo último.

—¡Ay, sólo esta desgracia me faltaba! ¡Todo lo hubiera dado por bien empleado, mis sufrimientos, mi deshonra, mi ruina, todo, por acabar mis dias junto á la hija de mi corazon, y cuando creo hallarla, cuando alargo la mano para coger el paño que debiera enjugar mis lágrimas, tiro de él y me encuentro con un conjunto de espinas y abrojos que hacen de mi desgraciada suerte la situacion más horrible, el caos más espantoso! ¡Dios mio, Dios de Abraham y de Moisés, perdona ya á este pobre anciano; compadécete de él! ¡Me mata la pena, me ahoga el dolor! ¡Ay!.. ¡Ay!..

Y el anciano prorumpió en llanto amargo que hubo de enternecer á Juan, hasta el punto de obligarle á decir:

—Serénate, Asam. ¡Hola! ¡Uno aquí! Sentad en ese sillon á este infeliz anciano, al cual apénas le es dado sostenerse en

pié. Dios misericordioso se apiadó de ti, Auch; que nunca se apela inútilmente á su infinita bondad. Cesa en tus sollozos, tranquilízate, oye y calla.

—Bien, señor, os obedezco. Al que tanto ofendí, al que tanto daño hice, veo ahora como único salvador del infortunio que me agobia.

—Haces bien, judío, que yo no conozco el odio, rencor ni venganza. Si de niño y por instinto te castigué, ahora que soy hombre enmendaré mi falta.

Y dirigiéndose á la hebrea, le dijo:

—Atalia, acércate á mí. Soy Magno. ¿Te habló de mí Oton?

—Mucho, todos los dias, á todas horas; tu nombre está siempre en sus labios. ¡Oh, cuánto te ama!

—Acércate más. Ven aquí.

Y el príncipe la sentó sobre sus rodillas, estampando un beso en la frente de la casta jóven. Luégo la dijo:

—Eres la mujer más hermosa de cuantas conocí en el mundo.

—Gracias, señor; me alegraria que fuera cierto, por Oton.

—Yo nunca miento, Atalia.

—Ya lo sé; pero puedes equivocarte.

—Ahora no. Dime, ¿naciste en Francia?

—Yo no sé.

—Sí, señor, en Francia vió la luz primera.

Contestó el judío.

—Muy bien. Oton, ¿era esta la francesa de que me hablaste un dia en que arranqué de tu alma la tristeza, melancolía y pesar?

—Sí, Magno.

—Entónces todo podrá arreglarse. Atalia, tu padre te ama, le debes la existencia, y cuanto hizo por ti, aunque se equivocara, fué con la mejor intencion, y en este mundo las obras se juzgan principalmente por la idea que las inspira.

—¡Tú le defiendes! ¿Pues no fué para ti el peor de los hombres!

—Hija, si su víctima le perdona y le alarga una mano,

tú debes echarle los brazos al cuello, besarlo y pedirle perdon. Dios te lo manda. ¡Dios, fuente inagotable de misericordia, que á cada instante perdona miles de ingratitudes! Al padre se le ama, no por lo que es solamente, sino por lo que representa. ¡Y la que no fué buena hija, será mala madre y peor esposa!

—¡Jesús, qué frases; me asustais, señor!

Y la jóven se puso en pié, mirando con fijeza á Oton.

Nuestro georgiano contestó á su significativo silencio, diciéndole:

—Atalia, mi hermano nunca se equivoca; el que me ama le obedece, que en ello me gozo yo.

La jóven dió la vuelta, y, dirigiendo la vista á Nefftalí, exclamó:

—¡Padre, padre mio, perdon! No te amé ántes porque no supe, porque tú no me enseñaste. Desde hoy empezaré.

El rostro de Asam se encendió; su sér adquirió vida, y, abriéndole los brazos, gritó:

—¡Hija de mi alma! ¡Bendito sea el príncipe! ¡Tus halagos me devuelven la vida, tu calor me rejuvenece! ¡Amor mio, sigue abrazada á mí!

—Un minuto nada más, que el faltaros lo hice delante de estos señores, y necesito que me perdonen tambien.

La jóven se desprendió de los brazos de su padre, y, cayendo á los piés de Juana, exclamó:

—¡Perdon, señora, perdon!

La madre de Magno la besó várias veces, y su hijo, esposo, Mateotti y Pantoja estamparon tambien un ósculo en su frente, diciéndole todos:

—No nos has faltado, Atalia; vuelve á estrechar á tu padre, y consuélale.

La hebrea les obedeció, añadiendo:

—Todos te perdonan, padre mio, se olvidan de lo que hiciste con ellos; tranquilízate; ámalos; no pienses en tus faltas; bendice á la Providencia, y estrecha á tu hija.

—¡Con todo mi corazon! ¡Atalia, cuánto suspiré por ti, cuánto he llorado!

Ambos se dieron repetidas pruebas de acendrado cariño, que veian con gusto y silencio los restantes.

El conde Divari acababa de desechar de su alma hasta el postrer átomo de la pena, amargura y dolor que por algun tiempo formaron su desdicha. Su frente estaba ya despejada, no fingia, si bien acarició una idea que de antiguo preconcibió.

Cuando Atalia hubo conseguido que su padre se tranquilizara por completo, lo dejó sentado en un sillon, y acercándose de nuevo al príncipe, besó una de sus manos, preguntándole:

—Y ahora, ¿qué hago, señor?

Juan tornó á sentarla sobre sus rodillas, contestándole con cariño:

—Ahora, hija mia, dejarás de ser paje para vestir otra vez como corresponde á tu sexo; mi madre te dará cuanto necesites, quedando á su lado.

—Mucho deseo tenia de conocerte y de tratar á tus padres, pero no puedo abandonar á mi amado protector Melenik.

—Es preciso; en su casa sólo hay hombres, y una doncella no puede estar entre ellos sin que padezca su fama.

—Si me lo mandas, tendré que obedecerte; pero...

—Atalia,—dijo Oton interrumpiéndole,—yo paso el dia junto á mis padres y hermano.

—¿Y ahora con más motivo, es cierto?

—Sí.

—Y mi padre, ¿dónde va á estar? No lo abandoneis, señores.

—Se irá conmigo,—replicó el conde,—y ocupará tu alcoba.

—Bien está, Melenik, si tú te encargas de velar por él.

—Señores,—exclamó el príncipe con tono solemne,—el acontecimiento que acaba de tener lugar será precursor de otros que acaso retrasen nuestro viaje. Para que la interrupcion no se prolongue mucho, aprovechemos el tiempo. Madre mia, llévate á Atalia y que la vistan como corresponde á su sexo. Al salir encarga que cierren esas puertas y que nádie

se acerque ni nos interrumpa. Vosotros, quedaos todos, pues se trata de una escena difícil, y es necesario que me ayudeis á desenlazarla.

Juana se levantó, y después que Atalia estrechó á su padre, se la llevó de la mano, dirigiéndose á sus habitaciones.

Las puertas se cerraron, permaneciendo en la estancia el príncipe, Mondragon, Mateotti, el conde, Pantoja y Nefftalí.

Todos miraban al primero, el cual, con la cabeza baja, parecia absorto, y de este modo prosiguió bastante tiempo.

Los restantes no se atrevieron á interrumpir su larga meditacion.

CAPITULO XXXVII.

Las condiciones.—Santa expiacion.—Las bodas.—Término del desenlace.

REINABA silencio profundo en la habitacion donde quedaron el príncipe y los restantes.

Magno meditaba: Oton era presa de la idea que citamos anteriormente, y los demás esperaban el principio de una escena que desconocian.

Asam habia dejado de llorar, se retrataba en su rostro la alegría, y fijo en Magno, aguardaba sus frases como palabras de oráculo.

Por fin Juan alzó la cabeza, exclamando:

—Conde Divari, deseo tu felicidad; me intereso por la suerte de Atalia, y preveo tu próximo enlace, si tu gran talento halla medio de entenderse con el baron de Auch, padre de tu futura. Yo accederé á todo si este asunto se arregla sin violencia ni haciendo la desgracia de nádie. Basta ya de víctimas, hermano; empiece la felicidad para nosotros y para cuantos nos rodeen.

—No es difícil eso, si Nefftalí ama á su hija y es razonable.

—Inténtalo, hermano; habla con él, y si hay disidencia, nosotros mediaremos.

—No admito intervencion alguna en este asunto. Lo que

yo pretendo es justo, y si Asam no se aviene, me será imposible realizar la ventura á que tú te referias ántes.

—¿Estais dispuesto, baron, á oir las proposiciones de mi hermano?

—Sí, señor. Hablad, conde Divari, tened piedad de mí, y sea lo que vos querais.

—Nefftalí, me casaré con tu hija, y la haré la más feliz de las mujeres, si accedes á las tres condiciones que tengo que imponerte.

—Decidlas, que si no son superiores á mis débiles fuerzas, las acogeré gustoso.

—Primera: ella y tú os hareis católicos mañana.

—¡Abjurar!

—Sí; en ello ganas mucho, que tú y los tuyos esperais á un Mesías que vino hace diez y seis siglos, lo desconocísteis, y lo que practicaron con tan Divino Señor tus antepasados, horroriza. Quiero que mi suegro deje de pertenecer á la raza deicida.

—Es justa la condicion.

Exclamaron Magno, Mondragon, Mateotti y Pantoja.

—Pues si todos opinais lo mismo, mañana seremos católicos.

—Muy bien. Va la segunda: harás cesion de tu título y millones en tu hija única.

—¿Y yo?

—Tú quedas á mi cuidado.

—Bueno; todo para ella, á excepcion de lo que pertenece al príncipe.

—Lo mio,—exclamó Magno,—se lo doy á Atalia como regalo de boda, con la única cláusula de que reparta lo que su corazon le inspire entre los desgraciados de la tierra.

—Más generoso estais que yo, señor; que el uno regala á su hija y el otro á una extraña. Sepamos la tercera, y haga el cielo que no se estrellen en ella dificultades...

—En tí consiste, Asam. Hé aquí la última: desde hoy vivirás conmigo; luégo partiremos á Venecia, ocupando el mejor

camarote de mi navío; pero ya en la ciudad acuática, sin pérdida de tiempo, entrarás en un convento de frailes, para acabar tu vida pidiendo á Dios que perdone tus crímenes.

—¡No veré á mi hija!

—Todos los dias, si quieres; que hasta los profesos pueden visitar parientes allegados.

—¡Sólo en una celda!

—Si eres bueno, te rodearán hermanos, Dios estará contigo, y, léjos de perder á Atalia, habrás ganado un hijo, que te querrá como yo sé hacerlo.

—Me faltan las fuerzas; pero tú puedes dármelas, Oton. ¡Hijo, á mis brazos, y sea lo que tú quieras, que en nada de lo propuesto pierdo, en todo puedo ganar!

—¡Padre mio! ¡Cuántos suspiros en silencio me costó este abrazo!

—¡Hijo del alma, perdonémonos todos, y bendigamos á Dios! ¿Ninguno me guardais rencor?

—No.

—No.

Y Magno, Mondragon, Mateotti y Pantoja estrecharon tambien á Nefftalí.

—Gracias, Señor,—exclamaba el hebreo.—¡Grande debe ser tu misericordia cuando te basta tan corta expiacion contra tan enormes crímenes! ¡Entre vosotros me creo feliz, dichoso! ¡Benditos seais los cinco! ¡Yo no quiero salir de esta casa, no! Vuestro aliento me purifica, vuestras miradas me ennoblecen. ¡Desde aquí á Venecia; desde Venecia al convento! Ya soy católico, y tan pobre que sólo tengo lo que mis hijos quieran darme. Toma, conde, esa escritura de depósito de lo que fué mi riqueza, este oro. Quítame ese peso, y descarga mi conciencia.

—Venga, padre mio, y dad la enhorabuena á todos los pobres que encontremos al paso.

—La cesion de mi título, mi bautizo cuando querais; ¡pero pronto, pronto!

—Mañana será.

—Dejadme, señores, que vaya donde está mi hija, que la contemple, que la estreche entre mis brazos. Yo no salgo de este palacio, no; si no me permitis que habite cerca de vosotros, estaré entre vuestros criados, pero próximo á ella para verla. ¡Tengo tantas cosas que decirle! ¡Oh, y qué despejada la encuentro; qué talento; qué soltura! Ese diablo de conde... Diablo no, que su talento y sabiduría encantan... Todo cuanto tengo y lo que he sufrido lo doy por bien empleado con tal que el marido de mi Atalia sea el conde Divari, que tiene el don de hacerse amar hasta de sus enemigos.

—Verdad es, baron,—exclamó Magno;—Melenik seduce á las mujeres, á los hombres y á cuantos le rodean. Cuando él habla, yo no estoy seguro de mis padres ni de mí propio.

—Le conozco bien. Yo, que desconfiaba de mi sombra, me entregué á él en cuerpo y alma en París, y hasta hoy no he podido explicarme la causa. Con que, señores, ¿me permitis que permanezca junto á mi hija?

—Sí, baron.

—¿Qué vaya á verla?

—Decidme ántes, ¿qué criados os siguen?

—Uno que me espera en el zaguan y otro que está con los equipajes en la posada.

—Muy bien. Que se vengan los dos; mi padre os acompañará, y ántes de presentaros á vuestra hija que os den un traje mio, cubrios con él, y que desaparezca para siempre hasta la más leve indicacion de vuestro orígen. Cortaos el pelo y la barba; que verifiquen lo mismo vuestros criados. Seguid, en fin, á Mondragon, y obedecedlo en todo. Marchad, padre mio, y haced que al presentarse Nefftalí á su hija la sorprenda agradablemente.

—Apoyaos, Asam, en mi brazo.

—¡En el vuestro! ¡Señor, estos hombres son diferentes á nosotros! ¿Con que vos tambien, general?

—Soy vuestro amigo. Cogeos, y adelante.

—¡Al entrar en este palacio creí hallar verdugos! ¡Qué necio fuí! ¡Son santos; el malo era yo solo; pero tambien os imi-

taré, tambien! ¡Benditos de Dios; la Providencia sea con ellos siempre!

Y salió del brazo de Mondragon, derecho, más fuerte que habia llegado, feliz por su presente y sin pensar para nada en el oro que formaba un dia su delicia.

Magno dijo á Pantoja:

—Amigo mio, toma posesion de la casa y muebles que á mi nombre te regaló Divari. Manda los criados del conde, cuanto á él pertenece, y un armario que verás cerca de mi antigua alcoba, en el cual guardo intereses y papeles de importancia. Lo demás es tuyo. Mañana te haré la cesion. Miéntras permanezcamos aquí, duermes en tu casa, pero comerás con nosotros. ¿Quieres algo más, Navor?

—Juan, me resta sólo admirar tu régia esplendidez, tu leal amistad.

—¿Y tú me dices eso; tú, que has estado en la cárcel pública contento y hasta orgulloso porque yo era la causa de tu prision? No ajustemos cuentas, Pantoja, que voy á salir deudor.

—No lo creas, Magno; pero conviene efectivamente no hablar de eso, porque me recuerda tu próxima marcha, y mis ojos se humedecen á mi pesar. Voy á cumplir tus órdenes, y vuelvo.

—Espera Navor,—exclamó Melenik.—Di á Luti que venga inmediatamente.

—¿Nada más?

—No.

Salió el maestre, quedando solos Magno, Oton y Mateotti. El primero dijo al segundo:

—Hermano, ¿con que después de mi entrevista contigo, relativa á tus padecimientos, aún sufriste en silencio, todavía disimulabas ante mí?

—Sí, Juan; pero volvamos la hoja, toda vez que ya acabaron mis males.

—Dime al ménos qué te propusiste al robar á Atalia.

—Te juro, por mi honor, que solo pretendí separarla de

su padre, para que aquél la buscase como tu madre á ti, como tú á tu madre.

—La idea era como tuya.

—Pero como ella no tenía la culpa, empecé tratándola bien, muy bien. Era mi hermana. Luégo vi su completa ignorancia, y principié á instruirla en todo. ¡Ay, eso me perdió! ¡Su candor, inocencia y virtud, unidas á su fácil comprension, talento y encantos físicos, fueron cambiando mi cariño, y el que empezó hermano acabó amante!

—¡Y ni una mano le cogiste!

—No; me horrorizaba la idea de empañar el luciente brillo de la castísima vírgen.

—¡Siendo la hija de tu mayor enemigo!

—Entre otras, por esa razon.

—¡Y juzgaba yo negra tu alma y de pedernal el corazon!

—Pues ahí verás.

—¿Y luégo?

—Preví, cási adiviné, la escena que acaba de tener lugar; pero la aguardaba mucho ántes. A pesar de los inconvenientes que yo puse á Nefftalí en su camino de París á Madrid, mi impaciencia de amante me presentaba las cosas de otro modo de como en realidad las habia yo dispuesto, y sufrí lo indecible. Unas veces juzgaba muerto á Asam, víctima de los atropellos de mis agentes; otras creia que le dominaba su ambicion, hasta el punto de haber olvidado á su hija, entregándose por completo á su insaciable sed de multiplicar el oro. Y, necio, tonto y estúpido como todos los enamorados, no distinguí la verdad hasta que hoy se me presentó. Dos meses juzgué que duraria su viaje. Esto lo pensaba yo cuando estuve en sana razon; al enloquecer, creí que debió bastarle con quince dias. Eso es todo, Juan.

—¿Y ahora, Oton?

—Ahora, Magno, soy más feliz que tú; te lo juro.

—Lo creo. Estréchame, y que el cielo aumente tu ventura.

—Y la tuya. Allí veo tintero, y, con tu permiso, voy á redactar dos órdenes

—¿A quién escribes?

—Ya lo sabrás.

—¿Aún tienes secretos para mí?

—Es el último, con el cual pienso sorprenderte de un modo agradable.

—Sea.

Melenik acabó en los momentos en que, acercándose Luti, le preguntó:

—¿Qué mandais, excelencia?

—No quiero tratamiento.

—Os lo ha dado el rey de España.

—Yo no le he admitido. Deseo salir de aquí limpio y ligero.

—Que sea enhorabuena. ¿Cuándo partimos?

—Tú, ahora mismo.

—¿Adónde voy?

—A Valencia, donde ya habrá anclado el *Dragon*. Que te acompañe Augusto, y, ganando horas, cumplimentais estas dos órdenes. Ahí tienes además las instrucciones necesarias; entérate.

Luti las leyó, exclamando al concluir:

—¡Santa Madonna, ocho dias para ir y volver!

—Te sobra tiempo.

—Señor conde...

—Bribon, ¿no te cobras el salario que te da la gana? ¿Tú vida no es de príncipe?

—Por eso me duele correr tanto, amo mio; desde que soy una especie de bajá sin cola.

—Cincuenta palos por cada hora que tardes más del tiempo que te he señalado; cincuenta ducados por cada una que adelantes.

—*Corpo di Bacco!* ¿Os han elegido rey, señor?

—No; pero esos papeles que ves ahí me hacen dueño de una fortuna de doce millones.

—¡Ay! Señor, con siete dias voy á tener bastante, y si me sobran veinticuatro horas, soltará mi amo mil doscientos ducados.

—En oro de ley.

—Encomendadme á Dios, por si me rompo la crisma en el camino. Hasta mi regreso.

—Que Dios te acompañe, Luti.

Magno, el conde y Mateotti se ocuparon inmediatamente de las cesiones, bautizos y boda, conviniendo que tenian tiempo sobrado en los diez dias que les quedaba de permanencia en Madrid. El embajador se encargó de allanar todas las dificultades, y, siendo llegada la hora de partir el príncipe á palacio, se despidió de ellos, siguiéndole Mateotti en cumplimiento de los muchos encargos que acababan de darle. Oton buscó á Atalia, que se encontraba entre Juana, Mondragon y Auch. La hija, adornada con galas femeniles, se presentó á sus ojos más hermosa que nunca; el padre, cubierto con un traje de Magno, sin barba ni melena, tranquilo y feliz al lado de su hija, parecia otro hombre completamente distinto. Los enamorados daban al judío continuas pruebas de cariño, que él recibia ansioso y agradecido.

Melenik realizó en Madrid los doce millones de su futura, confundiéndolos con el tesoro de Magno y Mondragon. Era ya el más rico de los tres, pero quiso que sólo hubiera una fortuna para todos.

Poco á poco fueron disponiéndose las bodas y todo lo necesario para los solemnes actos que iban á tener lugar. A la vez preparaba Oton la de María Leto con el agregado á la embajada.

Cuando todo estuvo corriente, partió el conde á palacio, pidió al rey una órden en pro de la libertad de un desgraciado, y, marchando á las prisiones, se hizo conducir al calabozo en que estaba encerrado mucho tiempo hacia Jacinto Alcalá, confidente que fué del infortunado hoy marqués de Altacima.

—Tomad esa órden de S. M.,—dijo Oton á los carceleros;—quitais á ese infeliz los grillos, cadenas, y que me siga al momento.

Poco después se hallaban ámbos al aire libre, cien pasos

de la cárcel, satisfecho Melenik y aturdido y confuso Jacinto.

De pronto se detuvo el conde, diciendo á Alcalá:

—Jacinto, mataste á Sergio, pero salvaste á Magno, y áun cuando te inspiró el egoismo la última accion, hoy te devuelve mi hermano la libertad, regalándote mil ducados, que hallarás en oro en este bolsillo.

—¡Señor!..

—Silencio. Oyeme: con ese dinero ve á tu pueblo, te casas, estableces, y sé hombre de bien, Jacinto. Recuerda constantemente que quitaste la vida al infeliz Sergio. Ruega á Dios que te perdone, bendice su bondad, y sé buen esposo, mejor ciudadano, y si un dia eres padre, no olvides que para el criminal sólo hay castigos y maldiciones en el mundo.

—Lo haré. ¡He sufrido tanto! ¡Vuestras palabras y acciones cambiaron mi sér! ¿Cómo os llamais, señor? Yo quiero grabar vuestro nombre en mi corazon.

—Es inútil; agradéceselo todo á Dios y á Magno el Dragon. Parte.

—Al amanecer saldré para mi pueblo; el resto de mi vida seré lo que vos me mandais, noble señor.

—La Providencia te inspire y acompañe. Adios.

—¡Bendito seais!

Melenik fué al palacio de Mondragon, participando al príncipe lo que acababa de hacer.

Jacinto se compró traje, marchó á una posada, y, descansando aquella noche, salió para su pueblo al siguiente dia, resuelto á obedecer á su desconocido y generoso protector.

CAPITULO XXXVIII.

Los bautizos.—Las bodas.—Embarque.—Conclusion.

Ocho dias después fueron bautizados en la capilla del real alcázar, con toda solemnidad, Nefftalí Asam y la baronesa de Auch. Horas después tuvo efecto el enlace de Oton y de Atalia, siendo padrinos los reyes, y por la noche se unieron María Leto y el agregado á la embajada, apadrinados por los condes Divari. La novia recibió como dote diez mil ducados y vários presentes que le hicieron Mondragon, Magno, Juana, Mateotti, Pantoja y otros. El príncipe, sus parientes y amigos habian comido en palacio; pero tenian dispuesto un expléndido banquete en el palacio de Mondragon para acabar de celebrar las bodas de Melenik y obsequiar á María y su esposo. A este festin fueron convidados, además de Pantoja y Gonzaga, todos los amigos de Magno residentes en Madrid.

A las nueve se sentaron á la mesa, ocupando la cabecera los cuatro desposados. En la mesa habia doscientos cubiertos y otras tantas personas entre damas y caballeros.

Comenzó el festin con gran alegría y contento de todos los presentes: Solo Oton, en medio de su dicha, demostraba algo de impaciencia. Su vista recorria el inmenso salon en

busca de un objeto que no hallaba. Por fin le sacó de su ansiedad una voz muy conocida.

—Aquí estoy, señor.

Le dijo Luti, sirviéndole un plato.

—¿Qué hiciste, bribon?

—Correr más que el águila, reventar dos caballos y cumplir fielmente vuestras órdenes, excelencia.

—¿Acabas de llegar?

—No. Entramos á las tres, pero estábais en el alcázar, y ocupé el tiempo en el cambio de trajes, aguardando luégo esta ocasion.

—¿Cuántas horas ganaste?

—Dos nada más, amo mio.

—Pues valen mil ducados, que partirás con tu compañero. Continúa sirviendo.

El banquete prosiguió, llegando á los postres, y con estos los brindis, la animacion, entusiasmo y algazara. Oton y su esposa eran los reyes de la fiesta, no sólo por el acto celebrado durante el dia, sino por la incomparable belleza de ámbos. Magno no separaba sus ojos de ellos; Nefftalí los devoraba con la vista.

—¡Brindo,—exclamó Divari, cogiendo su copa la quinta vez,—por la completa felicidad de Magno, y si algo hubiese que la empañara, que lo diga, y el conde Divari jura destruir en el acto su error!

Magno le reemplazó, contestando:

—¡Por la completa ventura de mi hermano, empañada, como la mia, por el recuerdo de lo que sufren Altacima y Alaejo! Cumple tu juramento, conde; si ahora no puedes, cuando te sea dable.

—¡Por la torpeza de mi hermano, que demuestro del modo siguiente: Luti,—añadió,—ha llegado el momento!

El fiel sirviente abrió una puerta, apareciendo en los umbrales el marqués de Altacima y Jonás de Alaejo, libres y vestidos con arreglo á su clase. Todos al verlos quedaron sorprendidos. Oton añadió:

—Avanzad, señores; la condesa Divari os devuelve vuestra libertad, la cual asegurará su esposo ante el *Consejo de los Diez*. Rico eres, marqués; marcha á tu palacio. Pobre eres, Jonás; mi mayordomo te entregará cinco mil ducados. Partid ámbos, y que Dios sea con vosotros.

Un aplauso general resonó en el extenso salon del festin. Damas y caballeros todos aplaudian frenéticamente la noble accion del georgiano. Sin excepcion alzaron las copas, brindando por él. Magno cerró el cuadro con las siguientes frases:

—Declaro con orgullo, con entusiasmo, que mi hermano Melenik me aventaja en talento y no reconoce rivales en valor, generosidad y sabiduría.

El marqués de Altacima avanzó dos pasos, diciendo con voz entrecortada:

—Señores, si me lo permitiéseis...

—¡Que hable!

—¡Que hable!

Gritaron todos.

—Gracias, nobles caballeros; la vergüenza y el rubor me hacen temblar, pero no serán motivo suficiente á enmudecer mi lengua. Oton Melenik, conde Divari, es tan grande en hechos como yo lo fuí en crímenes. Pretende igualarse á su hermano en acciones heróicas, y yo creo que lo consigue; y al decir esto tengo en cuenta que Don Juan Magno de Austria excede en grandeza de alma, en talento y valor á cuanto yo pudiera decir. ¡Dios les premie el bien que me han hecho; me perdonaron la vida, el castigo de galeote á que me condenaron después, y desde el crímen me han llevado al arrepentimiento, acaso á la ventura! Con las lágrimas en los ojos maldigo mi torpeza; llorando los aplaudo y bendigo.

Las frases de Altacima fueron escuchadas con profundo silencio. Al acabar, anduvo hácia atrás, avanzando Alaejo.

—Si me lo permitis, señores...

Exclamó Jonás. El auditorio le contestó afirmativamente, añadiendo aquél:

—Poco puedo decir; fuí más malo que Altacima, el autor

de todas las desgracias de Magno; no elogio á éste ni á su digno hermano por temor de que se empañen sus preclaros nombres al llegar á mis inmundos labios. Libre estoy; una fortuna me ha regalado el señor conde; libertad y dinero se encerrarán mañana conmigo en un claustro. El resto de mi vida lo ocuparé ganando almas, para que me ayuden dia y noche á rogar á Dios por el príncipe Don Juan de Austria, por el conde Divari. Reid vosotros, que fuísteis buenos; á mí sólo me resta llorar, que soy hijo de Dios, y quiero salvarme como vosotros. Vuestra mano, marqués, andemos hácia atrás, y no interrumpamos por más tiempo la ventura de los que fueron para nosotros la Providencia.

—¡Benditos sean ellos, sus esposas y sus hijos!

—¡Benditos!

—¡Benditos!

De este modo salieron ámbos, conmovidos y llorando.

El festin continuó; Oton acababa de demostrar á Magno que era tan generoso como él, y todos, desde el príncipe hasta el último caballero, lo aclamaron repetidas veces.

Atalia, su esposa, le aplaudió sin saber lo que hacía; tal era la perturbacion de su cerebro en aquellos instantes para ella de suprema ventura.

Y Asam reia, lloraba, y, envanecido con el hijo que la suerte le habia dado, se juzgó esta noche el más venturoso de los hombres.

A las dos de la madrugada terminó la reunion.

María Leto y su esposo se marcharon á su casa, despues de ser abrazados por los condes Divari. Y éstos, entre los aplausos de la multitud, los plácemes y las bendiciones de sus padres y hermanos, se retiraron al lecho nupcial, donde empezó para ellos el completo de su dicha.

Dos dias después caminaban en direccion de Valencia, Mondragon y su esposa, Oton y Atalia en una carroza; Magno, Asam y dos doncellas en otra. Detrás iban á caballo Mateotti, Pantoja, Gonzaga y hasta treinta caballeros más, amigos de Magno, que quisieron despedirlo en su mismo barco.

Delante caminaban ya la servidumbre de las tres familias con el resto de los equipajes, y treinta hombres armados para defender el oro y las alhajas que llevaban.

Tardaron en llegar seis dias. Sin detenerse se embarcaron, despidiéndolos allí sus amigos.

Cuando todo estuvo listo, gritó Magno:

—¡Rumbo á Levante, cien remos por banda!

—¡A Venecia, reina del Adriático!

Añadió Melenik, y delante el *Dragon*, detrás el navío almirante, comenzaron á surcar el agua, perdiéndose poco después entre la bruma y ondas del Mediterráneo.

En la galera *Dragon* iba la parte de servidumbre que no necesitaban nuestros amigos; en el navío *Venecia*, Magno, Oton, sus padres, esposa, María Leto, su marido y el ex-guarda, padre de aquella.

En Barcelona se les reunió el resto de la armada, con lo cual llegaron á Venecia sin dificultad alguna.

En la ciudad acuática fueron recibidos con entusiastas aplausos.

Gradenigo perdonó con gusto á Oton su abuso de autoridad al dejar libres á Jonás y Altacima, siendo luégo el amigo más íntimo y verdadero del conde.

Asam entró en un convento, y acabó sus dias tranquilamente.

Magno llegó á Dux y Melenik á general, el más famoso que hubo en la república. Ambos tuvieron hijos y sus mujeres fueron tan envidiadas como felices.

Mondragon vivió todavía diez años y su esposa veinte.

Habitaron las tres familias el palacio de Magno, ensanchado considerablemente.

Los condes Divari dieron en limosnas, con exceso, lo que Asam pudo llevar de más á los que prestó dinero.

Puesto que quedan contentos y felices en Venecia, regresemos nosotros á España.

Gonzaga, Pantoja y restantes amigos de Magno, vieron marchar el *Venecia* con las lágrimas en los ojos.

Lám.ª 15.



C. MUGICA dib.º y lit.º Lit. de J. DONON Madrid.

—A Venecia, reina del Adriático.

Llegaron á Madrid, refiriendo al rey que dejaron en el mar á su primo y comitiva sin novedad.

Felipe III despidió á Juan de Austria enternecido y pesaroso. Por algun tiempo continuó el sistema de gobierno tan admirablemente practicado por su primo; pero, como el tiempo todo lo borra, y Don Juan sólo se cuidó en lo sucesivo de Venecia, el monarca se fué poco á poco olvidando de lo que le causaba molestias, sinsabores y disgustos, dejó que Uceda mandase, y, notando un año después lo mal que lo hacía, lo desterró á Toledo, donde el duque, avergonzado y caviloso, enfermó, muriendo de *necio*, segun le decia su padre en una de sus últimas cartas. He aquí las mismas frases que le dirigió el cardenal duque de Lerma:

«Hijo mio: Tú mueres de necio; ménos años quisiera yo tener, y poco me importaria lo demás.»

A Uceda reemplazó en la privanza Don Rodrigo Calderon, y á ámbos luégo el conde de Olivares, gentil-hombre del príncipe de Astúrias, que reinó más tarde con el nombre de Felipe IV. Más ambicioso Olivares y con más habilidad que sus protectores, engañó á Uceda, y éste fué elevándolo hasta que al lado, y ganada la voluntad del príncipe heredero, hizo desterrar al duque y ahorcar más adelante en la Plaza Mayor á Don Rodrigo Calderon.

Buen intrigante Olivares; llegó á valido, duque y grande; pero sin dote alguna de mando ni talento para gobernar el país, se borró hasta de la memoria de los españoles cuanto habia hecho Magno, y de plaga en plaga fué perdiendo la nacion española su poderío, posesiones é importancia en el mundo.

En nuestro concepto, los imperios obedecen, como el hombre, á la suerte de un destino, y desde entónces sufre España las consecuencias de una fatalidad tan tenaz como funesta.

FIN DE LAS PLAGAS DE UN PUEBLO.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

		PÁGINAS.
CAPITULO I........	El padre y la hija.—Lamentos de una mujer enamorada.—Leon.—La fuga.—Los soldados, Jacinto y sus compañeros.—El nido de pájaros.—A la mar.....	5
CAPITULO II........	El mar.—La tormenta y el mísero bote.—Temeridad.—Los montes de alga.—La segunda cabaña.	25
CAPITULO III.......	La lancha de los pescadores.—Antítesis.—La escuadra veneciana y el puerto de Cartagena.—Empieza una nueva faz para Magno el *Dragon*..........	45
CAPITULO IV.......	Despedida.—A la mar.—Diálogo.—La galera francesa..	79
CAPITULO V........	Continúa el derrotero.—Barcelona.—Misterios.—El general Mondragon.—Rumbo á Venecia.—La galera *Estrella*..................................	99
CAPITULO VI.......	El *Dragon* y sus tres enemigos.—Actitud hostil.—La solucion del problema.—Oton retrasa la comida.—El golfo de Lion.........	120
CAPITULO VII......	Amo y criado.—Continuacion y término de la travesía.—Llegada á Venecia......................	137
CAPITULO VIII......	El conde Divari y el presidente Gradenigo.—Denuncias del uno y enérgica determinacion del otro.—Magno, Otilia, el Dux y Mondragon.....	152
CAPITULO IX.......	Los dos presos y los dos carceleros.—Melenik en su nuevo oficio de jefe interino de policía..........	169
CAPITULO X........	El sueño de Oton.—La noticia.—Conspiracion inocente.—Gran descubrimiento.....................	186
CAPITULO XI.......	La tertulia íntima.—Los cazadores.—La caza.—El nuevo jefe de la policía de Venecia............	201

PÁGINAS.

CAPITULO XII...... El cuervo y la paloma.—Presunciones de Jonás.—El diablo empieza á sucumbir.................. 217

CAPITULO XIII...... Llegada del segundo tigre.—Su encuentro con el milano.—Todo va saliendo segun el deseo de Jonás y de Altacima.—La bondad de Oton no tiene parecido.................................... 229

CAPITULO XIV...... El rapto.—La huida.—Sorpresa.—El duo de los cuervos.—El cuadro más halagüeño que presenció hasta ahora Oton Melenik..................... 244

CAPITULO XV...... La libertad de Magno.—Al terceto sigue el duo.—Melenik recrea la vista un poco............... 265

CAPITULO XVI...... Preparativos.—La boda.—Un adios á Venecia...... 288

CAPITULO XVII..... La última despedida.—Desde Venecia á París.—Los dos emisarios................................ 302

CAPITULO XVIII.... Zaida Abenamar.—Diálogo importante.—El judio Nefftalí Asam..................................... 318

CAPITULO XIX...... La madre y el hijo.—Historias.—La torre de Lorena.—Dos judíos, natural el uno y artificial el otro. 339

CAPITULO XX...... Prosiguen entendiéndose los dos judíos.—Oton acaba de ganar la voluntad de Nefftalí.—El bautizo.—Fin de la primera parte del plan desarrollado por el conde Divari................................ 365

CAPITULO XXI...... Los vigias.—Llegáda.—La madre y el hijo.—Magno, Juana, Mondragon y el conde Divari.—Despedida. 374

CAPITULO XXII..... Regreso.—París.—El nuevo judío ante el viejo..... 389

CAPITULO XXIII.... El tormento de las cuñas.—Doble intriga.—Melenik complica hasta el infinito su mision............ 412

CAPITULO XXIV.... El avaro.—Un anómino.—Lucha.—Vence el más fuerte.— El destino............................ 432

CAPITULO XXV..... La judia y el cristiano.—Los amores de Oton.—La fuga.—Marsella y el *Dragon*.................... 449

CAPITULO XXVI.... Un jinete que no se parece á Oton ni á Luti.—El Havre.—Primer desengaño.—Consecuencias........ 470

CAPITULO XXVII.... La madre, el hijo y después el padre.—Un acontecimiento que no esperaba Magno.—Fin de la trave-

PÁGINAS.

sia.—Madrid.................................... 489
CAPITULO XXVIII... Situacion de Madrid á la llegada de Magno.—Diálogo animado.—El plan de los dos embajadores....... 504
CAPITULO XXIX.... Atalia y Melenik.—Metamórfosis completa.—La cena.—Despedida.............................. 519
CAPITULO XXX..... Preliminares.—El rey y Juan Magno de Austria.—Los mismos y Melenik.—Concluye el embajador y empieza el primo............................ 536
CAPITULO XXXI.... Un afecto que se confunde con el amor.—Para tres cortesanos sobra con dos marinos.—Pantoja y sus compañeros.................................. 553
CAPITULO XXXII.... El conde Divari en medio de sus amigos.—Insolencia justificada.—Las dos tórtolas.—La paloma de Torrebella...................................... 575
CAPITULO XXXIII... Gonzaga, Mondragon y los desterrados.—Ultimo golpe al derruido pedestal.—Acaba para siempre la influencia y poder de Lerma.................... 591
CAPITULO XXXIV... Sandoval y el Dragon.—Sorpresa, confusion.—El ex-favorito halla el bien donde creyó que existia el mal.. 609
CAPITULO XXXV.... Una madre... *política*.—Donde no hay simpatía son inútiles los esfuerzos.—Leandra.—Preparativos de marcha.. 621
CAPITULO XXXVI... Continúan los preparativos de marcha.—Sorpresa y confusion.—Atalia abandona su segundo nido.—Un cuadro difícil de pintar.................... 635
CAPITULO XXXVII.. Las condiciones.—Santa expiacion.—Las bodas.—Término del desenlace....................... 655
CAPITULO XXXVIII.. Los bautizos.—Las bodas.—Embarque.—Conclusion.. 662

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	Páginas.
Lámina 8.ª	162
Id. 9.ª	332
Id. 10.ª	387
Id. 11.ª	455
Id. 12.ª	510
Id. 13.ª	537
Id. 14.ª	594
Id. 15.ª	666

